



***SOBRE EL FEMINISMO***





## **Machismo.**

Falsa superioridad del hombre sobre la mujer.  
Provoca discriminación y violencia física y verbal.



## **Hembrismo.**

Falsa superioridad de la mujer sobre el hombre.  
Provoca discriminación y violencia física y verbal.



## **Misoginia.**

Odio hacia las mujeres.



## **Feminismo.**

Defensa de la igualdad de derechos y oportunidades  
entre todos los seres humanos, sin distinción.



## **Feminazismo.**

Expresión utilizada por machistas de ultraderecha  
para tratar de insultar a las personas feministas.

## Contenido:

- Ana de Miguel Álvarez - La articulación clásica del feminismo y el socialismo: el conflicto clase-género.
- Carmen Jiménez Castro - La mujer en el camino de su emancipación.
- Cecilia Toledo - El género nos une, la clase nos divide.
- Cecilia Toledo - El Marxismo y la emancipación de la mujer.
- La mujer y el comunismo.
- Modificar el lenguaje sexista.
- Virginie Despentes - Teoría King Kong.

## **La articulación clásica del feminismo y el socialismo: el conflicto clase-género**

Ana de Miguel Álvarez

El sistema de producción industrial y capitalista alteró las relaciones entre los géneros. En el nuevo sistema económico las mujeres de las clases media y alta quedaron enclaustradas en un hogar que era, cada vez más, una propiedad y un símbolo del estatus social de los varones. Pero en el proletariado se estaba dando el fenómeno contrario, ya que el sistema fabril estaba incorporando en masa y sin contemplaciones a las mujeres al trabajo industrial, mano de obra mas barata y sumisa que los varones. Las diferentes formulaciones del socialismo decimonónico, en su contundente respuesta a la creciente situación de miseria de los trabajadores, siempre tuvieron en cuenta la situación de las mujeres, tanto en el momento de analizar la sociedad como de proyectar su futuro. Con el socialismo se inaugura, pues, una nueva corriente de pensamiento dentro del feminismo. Y es importante tener presente que la articulación de la llamada "cuestión femenina" en el socialismo, no tiene sólo como horizonte reflexivo el hecho de la subordinación de las mujeres, sino la teoría feminista ya consolidada, a la que se enfrenta polémicamente y se presenta como alternativa. Aunque existe una lógica continuidad en el tratamiento de algunos temas, puede hablarse también de un auténtico giro copernicano respecto al feminismo de raíz ilustrada. Este giro quedará patente en las diferentes respuestas que darán estas dos tradiciones a cuestiones teóricas -en aquellos momentos tan cruciales- como cuál es el origen de la opresión, la posibilidad de aunar los intereses de todas las mujeres y la estrategia correcta para lograr la emancipación.

### **Flora Tristán, el giro de clase de una Ilustrada**

Durante la primera mitad del siglo diecinueve surgen una serie de pensadores y reformadores sociales que coinciden en su propuestas de transformación radical del orden social. Son los *socialistas utópicos*, así denominados tanto por el idealismo que a veces tiñe sus propuestas como por la propia evolución del socialismo posterior, con análisis mas rigurosos y científicos -Marx dixit- de las posibilidades de cambio social. Flora Tristán ha sido tradicionalmente enmarcada en esta corriente del socialismo pero

en el contexto de este capítulo vamos a interpretar su obra como la de una figura de transición entre el feminismo de raíz ilustrada y el feminismo de clase. Flora Tristán (París, 1803-1844) es autora de diferentes escritos de ensayo y de carácter autobiográfico, pero destaca especialmente por su obra *Unión Obrera*, publicada en 1843. Esta obra tiene como objetivo "el mejoramiento de la situación de miseria e ignorancia de los trabajadores", a los que denomina, en clara reminiscencia saint-simoniana la parte mas viva, más numerosa y mas útil de la humanidad. Desde nuestro punto de vista interesa analizar el capítulo titulado "Por qué menciono a las mujeres", capítulo en el que desarrolla la tesis de que "todas las desgracias del mundo provienen del olvido y el desprecio que hasta hoy se ha hecho de los derechos naturales e imprescriptibles del ser mujer<sup>1</sup>".

Para Tristán la situación de las mujeres se deriva de la aceptación del falso principio que afirma la inferioridad de la naturaleza femenina. Este discurso ideológico, hecho desde la ley, la ciencia y la religión es causa y justifica la exclusión de las mujeres de la educación racional y su destino de esclavas de los hombres. Hasta aquí su planteamiento es similar al del sufragismo, pero el giro de clase comienza a producirse cuando señala cómo negar la educación a las mujeres está en relación con su explotación económica: no se envía a las niñas a la escuela "porque se le saca mejor partido en las tareas de la casa, ya sea para acunar a los niños, hacer recados, cuidar la comida, etc.", y luego "A los doce años se la coloca de aprendiz: allí continúa siendo explotada por la patrona y a menudo también maltratada como cuando estaba en casa de sus padres<sup>2</sup>." Efectivamente, Tristán dirige su discurso al análisis de las mujeres del pueblo, de las obreras. Y su juicio no puede ser más contundente: el trato injusto y vejatorio que sufren estas mujeres desde que nacen, unido a su nula educación y la obligada servidumbre al varón, genera en ellas un carácter brutal e incluso malvado. Pues bien, para Flora Tristán, esta degradación moral reviste la mayor importancia, ya que las mujeres, en sus múltiples funciones de madres, amantes, esposas, hijas, etc. "lo son todo en la vida del obrero", influyen a lo largo de toda su vida. Esta situación "central" de la mujer no tiene su equivalente en la clase alta, donde el dinero puede proporcionar educadores y sirvientes profesionales y otro tipo de estímulos y distracciones. En consecuencia, educar bien a las mujeres (obreras) supone el principio

---

<sup>1</sup> Flora Tristán, *Feminismo y Socialismo. Antología*, (Ed. de Ana de Miguel y Rosalía Romero), Madrid, Los Libros de la Catarata, 2003, p. 61.

<sup>2</sup> Ibid., p. 54.

de la mejora intelectual, moral y material de la clase trabajadora. Tristán, como buena "utópica", confía enormemente en el poder de la educación, y como feminista reclama la educación de las mujeres; además, sostiene que de la educación racional de las mujeres depende también el bienestar de los varones y la construcción de una sociedad mas justa. De la educación femenina se siguen tres resultados benéficos que son, embrionariamente, los tres argumentos que John Stuart Mill desarrollara cuando se plantee en qué beneficia a la humanidad la emancipación de las mujeres<sup>3</sup>. Primero esgrime el argumento de la competencia instrumental: al educar a las mujeres la sociedad no desperdiciaría por mas tiempo "su inteligencia y su trabajo"; en segundo lugar, desarrolla el argumento de la competencia moral: las obreras, bien educadas y bien pagadas, podrán educar a sus hijos como conviene a los "hombres libres", a los ciudadanos; en tercer y último lugar, el que denominábamos el argumento de la compañera, argumento según el cual los varones se benefician de la emancipación de las mujeres en cuanto que éstas dejan de ser sus meras siervas y pasan a ser auténticas compañeras: "porque nada es más grato, más suave para el corazón del hombre, que la conversación con las mujeres cuando son instruidas, buenas y charlan con discernimiento y benevolencia"<sup>4</sup>

El discurso de Tristán apela, de manera similar a como lo hiciera el de Wollstonecraft medio siglo antes, al buen sentido de la humanidad en general y de los varones en particular, como únicos beneficiarios del poder y la razón, para que accedan a cambiar una situación que, a su juicio, acaba volviéndose también contra ellos. Además, en clara sintonía con Wollstonecraft, defiende un feminismo de la igualdad que contrasta claramente con el discurso sobre la excelencia de las mujeres defendido por los saint-simonianos, Fourier y otros utópicos<sup>5</sup>. Tristán que conoció muy bien y de primera mano la vida de las mujeres proletarias, tanto en su Francia natal como en su

---

<sup>3</sup> Véase en esta misma obra el artículo "La desarticulación de la ideología patriarcal", especialmente los epígrafes "La familia como escuela de igualdad", "El incremento de la competencia instrumental" y "El argumento de la compañera."

<sup>4</sup> Ibid, p. 63.

<sup>5</sup> Cfr. los trabajos de Neus Campillo "El discurso de la excelencia: Comte y Sansimonianos", en A. Puleo (coord.), *La filosofía contemporánea desde una perspectiva no androcéntrica*, coordinado por Alicia Puleo, Madrid, Secretaría de Estado de Educación, Ministerio de Educación y Ciencia, 1993 y "Las sansimonianas: un grupo feminista paradigmático", en C. Amorós (coord.), *Feminismo e Ilustración*, Madrid, Instituto de Investigaciones Feministas-Universidad Complutense de Madrid, 1992. Para Fourier, el artículo de Arantza Campos, "Charles Fourier: la diferencia de sexos y las teorías utópicas", en A. Campos y L. Méndez (dirs.) *Teoría feminista: identidad, género y política. El estado de la cuestión*, Servicio Editorial Universidad del País Vasco, 1993, pp. 99-116.

celebre estancia en Inglaterra<sup>6</sup>, no parece haber encontrado en ellas cualidades y virtudes excepcionales. Más bien todo lo contrario, los defectos que son producto de la miseria, la explotación y la ignorancia; de ahí su racional y apasionada defensa de sus "derechos naturales e imprescriptibles", de su derecho a una educación igualitaria, al trabajo asalariado y a la dignidad o lo que hoy denominaríamos *el reconocimiento*.

Resumiendo podemos señalar que los elementos más ilustrados de Tristán se encuentran en el poder causal que otorga a la ideología y, en correspondencia, la importancia clave que asigna a la educación como fuente de perfectibilidad humana y motor del cambio social. Sin embargo es muy notable el giro de clase que imprime a estos argumentos en cuanto que su referente son las mujeres obreras. Como colofón transcribimos su arenga a los proletarios, en la que se puede observar que, al igual que los socialistas utópicos confiaban en la posibilidad de colaboración entre burgueses y proletarios, ella confía en la colaboración de ambos sexos para desprenderse de sus cadenas: "La ley que esclaviza a la mujer y la priva de instrucción, os oprime también a vosotros, hombres proletarios. (...) En nombre de vuestro propio interés, hombres; en nombre de vuestra mejora, la vuestra, hombres; en fin, en nombre del bienestar universal de todos y de todas os comprometo a reclamar los derechos para la mujer<sup>7</sup>.

### **El relato fundacional de Engels: la “armonía preestablecida”**

Aunque la obra de August Bebel *La mujer y el socialismo* constituyó un importante hito - además de un éxito editorial- en la articulación de la cuestión femenina en el socialismo científico, no menos crucial y tal vez más relevante para la futura ortodoxia socialista fue la aportación de Engels en su conocida obra *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, publicada en 1884. Engels, en clara polémica con el ahora denominado "feminismo burgués", ofrecerá una nueva interpretación de la historia de la mujeres: "Una de las ideas más absurdas que nos ha transmitido la

---

<sup>6</sup> Tristán es también la autora de *Paseos en Londres*, una extraordinaria e injustamente olvidada obra en la que se encuentra un minucioso y amargo retrato de la convivencia entre opulencia y miseria que ha caracterizado a la sociedad industrial capitalista desde sus comienzos. Los barrios obreros y las fábricas, pero también las calles y los locales de prostitutas, las prisiones, los psiquiátricos y los suburbios en que malviven minorías como los irlandeses y los judíos, fueron viitados y retratados por esta mujer, tan decidida a enfrentarse directamente a la miseria humana como a erradicarla.

<sup>7</sup> F. Tristán, *op. cit.*, pp. 65 y 66.

filosofía del siglo XVIII, es que en el origen de la sociedad, la mujer fue la esclava del hombre"<sup>8</sup>. Efectivamente, en la tradición ilustrada, la historia de la humanidad es la historia de un continuado progreso social y moral, es (o debe ser) la historia de la sustitución de la ley de la fuerza por la ley de la justicia, y, en un determinado momento de esta evolución las mujeres piden también justicia, el reconocimiento de sus derechos humanos, civiles y políticos. Pues bien, contra esta valoración positiva de la evolución social para las mujeres Engels, de acuerdo con algunos trabajos antropológicos de la época<sup>9</sup>, expone la conocida tesis de que en el origen no era la fuerza, sino el comunismo primitivo, en el que la división sexual del trabajo, que si existía, no implicaba diferencia alguna de estatus. Esta idílica situación finalizó con la aparición de la propiedad privada. Los varones experimentaron la necesidad de perpetuar su herencia y para ello de someter sexualmente a las mujeres a través del matrimonio monogámico (para ellas). El sometimiento de las mujeres se logro a costa de su segregación del proceso de producción y su confinamiento en la esfera privada-domestica; la dependencia material generaría con el tiempo la dependencia "espiritual" y la sumisión completa a los hombres. De este brevísimo relato sobre los orígenes de la situación de las mujeres se desprenden dos importantes consecuencias. En primer lugar, en consonancia con las tesis del materialismo histórico, se destierra cualquier tipo de argumentación biológica o naturalista -una supuesta debilidad física, la capacidad reproductora como minusvalía- para explicar una desigualdad social. El origen de la desigualdad sexual, como el de cualquier otro tipo de desigualdad, es social, en concreto económico. En segundo lugar, Engels extraerá importantes consecuencias estratégicas del razonamiento anterior. Si la desigualdad sexual tiene su origen en la propiedad privada y en la separación de las mujeres del trabajo productivo, abolir la propiedad privada de los medios de producción y la incorporación masiva de las mujeres a la producción, supondrá, en buena lógica histórica, el fin de la desigualdad sexual.

Desde el feminismo contemporáneo se ha reconocido la aportación crucial del análisis económico de la subordinación de las mujeres, pero también se ha esgrimido el peligroso reduccionismo que subyace en el fondo del argumento de Engels: las mujeres no necesitan una lucha específica contra su opresión. En una nueva modalidad de la teoría de la "armonía preestablecida" leibnitziana se concluye que su lucha es la misma

---

<sup>8</sup> F. Engels, *El origen de la familia, de la propiedad privada y del estado*, Madrid, Ayuso, p. 47.

<sup>9</sup> Nos referimos a las obras *El derecho materno (Hipótesis sobre el matriarcado en la antigua Grecia)* y *La sociedad primitiva (investigaciones sobre las líneas del progreso humano desde el estado salvaje a través de la barbarie hasta la civilización)*, de J. J. Bachofen y L. H. Morgan respectivamente.



que la del proletariado: acabar con la propiedad privada de los medios de producción. En este sentido diferentes estudiosas han puesto de relieve esta falta de especificidad de la lucha feminista en la tradición socialista y su subsunción en una causa más amplia e importante: la lucha contra la sociedad clasista. Simone de Beauvoir criticó las insuficiencias del "monismo económico" marxista y la feminista socialista Heidi Hartmann en su influyente artículo "Un matrimonio mal avenido: hacia una unión más progresiva entre marxismo y feminismo", juzgó el caso aún con mayor dureza. Según sus palabras las categorías analíticas del marxismo son ciegas al sexo y la "cuestión femenina" no fue nunca la "cuestión feminista". En definitiva, y como mínimo, la cuestión femenina se convirtió en la causa siempre aplazada ...hasta el triunfo del socialismo<sup>10</sup>.

### **Clara Zetkin, los intereses de clase separan a las mujeres**

Clara Zetkin (1857-1933) fue una activa militante comunista alemana y una de las primeras impulsoras de la organización de mujeres a nivel internacional desde una perspectiva de clase -el sufragismo también tenía proyección internacional. De Zetkin podemos afirmar que su lugar histórico es más importante en la articulación práctica del feminismo que en la teórica; es decir, sus escritos son fundamentalmente conferencias y panfletos dispuestos a persuadir a las masas, una tarea de educación y proselitismo. Sin embargo precisamente por eso tiene tanta importancia analizar algunos de estos escritos, ya que se convierten en un valioso testimonio de la posición general de las mujeres socialistas y feministas que llegaron a posiciones de poder dentro de los partidos comunistas y el movimiento obrero. En concreto nos centraremos en otra de las tesis clave en la configuración del feminismo socialista: la afirmación de que los intereses de las mujeres no son homogéneos, sino que está en función de su pertenencia a las diferentes clases sociales. Zetkin desarrolla esta tesis a través del análisis de la familia, análisis que coincide prácticamente con la posición ya mantenida por Marx y Engels en el *Manifiesto Comunista*. Como es bien conocido, Marx y Engels desmitificaron el

---

<sup>10</sup> Heidi Hartmann, "Un matrimonio mal avenido: hacia una unión más progresiva entre marxismo y feminismo", en *Zona Abierta*, nº 24, 1980, pp. 85-113.

carácter sagrado e inmutable de la familia burguesa, devolviéndola al terreno de las instituciones sociales tangibles y convirtiéndola en una categoría histórica transitoria. Según su análisis, la familia estaba inevitablemente abocada a una rápida disolución; de hecho hablar de familia proletaria carecía ya totalmente de sentido dadas sus espantosas condiciones de vida. Por otro lado, la familia burguesa, basada en la propiedad privada desaparecería con ésta. Así lo plantearon en el *Manifiesto Comunista*: "¿En qué bases descansa la familia actual, la familia burguesa? En el capital, en el lucro privado. La familia, plenamente desarrollada, no existe más que para la burguesía; pero encuentra su complemento en la supresión forzosa de toda familia para el proletariado y en la prostitución pública. La familia burguesa desaparece naturalmente al dejar de existir ese complemento suyo, y ambos desaparecen con la desaparición del capital."<sup>11</sup> Zetkin comienza su análisis desvelando los intereses de las mujeres de la alta burguesía. La familia de la alta burguesía se basa en un mero acuerdo económico, carece de sentido moral. Zetkin no encuentra ninguna función personal ni social a las mujeres dentro de esta familia: ni es madre ni es esposa, a los hijos los cuida la servidumbre y con el marido el acuerdo es económico no amoroso. En consecuencia, si estas mujeres quieren dar sentido a sus vidas necesitan poder disponer libremente de su patrimonio. Su interés específico consiste en luchar por conquistar el derecho civil a la propiedad, a disponer de su propio patrimonio. Este interés entra en conflicto con el de los varones de su clase, que son quienes, obviamente, les niegan tal derecho. Resumiendo, su reivindicación principal es el derecho a la propiedad privada y su antagonista los varones de su clase social.

Respecto a la familia de la mediana y pequeña burguesía observa su progresiva proletarización y destrucción. Los trabajos liberales se han proletarizado y esto conlleva la disminución del patrimonio y del número de matrimonios en esta clase social. Los varones, gracias a la voracidad del sistema capitalista cuentan con un nutrido ejército de prostitutas para satisfacer sus deseos sexuales y esto les resulta considerablemente más económico que el matrimonio. En consecuencia, optan por no casarse, lo que genera la imperiosa necesidad de incorporarse al trabajo asalariado para las mujeres de esta clase social, aunque también, reconoce Zetkin, lo deseen vivamente por otras razones no estrictamente económicas. Sin embargo, sus compañeros de clase se oponen vehementemente a que las mujeres puedan competir con ello por los trabajos liberales asalariados. Esta es la razón de su tajante negativa al sufragio femenino: saben que

---

<sup>11</sup> Karl Marx y Friedrich Engels, *El manifiesto Comunista*, Barcelona, Grijalbo, 1975, p. 44.

mediante éste las mujeres podrían cambiar las leyes y convertirse en incómodas rivales en un mercado de trabajo cada vez más precario. De nuevo el conflicto de intereses es un conflicto que enfrenta a ambos sexos. Ahora bien, también es imprescindible señalar que para Zetkin las aspiraciones de las burguesas están totalmente justificadas ya que además de constituir una legítima reivindicación económica, suponen también el justo derecho a ser sujetos autónomos de unas mujeres cansadas de "vivir como muñecas en una casa de muñecas."<sup>12</sup>

Por último, analiza la cuestión femenina en la clase proletaria. Como señalábamos antes, en esta clase social, no puede hablarse con propiedad de familia. Las mujeres, los niños incluso, han sido arrancados del hogar por la voracidad del capital. Sin embargo, no todo es negativo: las mujeres trabajadoras se han convertido en una fuerza de trabajo absolutamente igual a los camaradas varones. Siguiendo al pie de la letra la predicción de Engels, Clara Zetkin certifica la "buenanueva", la desaparición de la subordinación de las mujeres en el proletariado. Los problemas de las proletarias no tienen nada que ver con un supuesto sexismo de sus compañeros de clase sino con el sistema capitalista y la explotación económica. La obrera "como persona, como mujer y como esposa no tiene la menor posibilidad de desarrollar su individualidad. Para su tarea de mujer y madre sólo le quedan las migajas que la producción capitalista deja caer al suelo."<sup>13</sup> Sin embargo, y a pesar de este análisis diferencial de los intereses de las mujeres según la clase social, Zetkin defiende el apoyo a las reivindicaciones del movimiento feminista burgués, especialmente el derecho al voto. Aunque tanto Bebel como Engels habían relativizado la importancia del sufragio para las mujeres -ya que era confundir el efecto con la causa- Zetkin lo reivindica desde el pragmatismo: así las proletarias podrán luchar codo con codo junto a los proletarios por la conquista del poder político.

---

<sup>12</sup> Clara Zetkin, *La cuestión femenina y la lucha contra el reformismo*, Barcelona, Anagrama, p. 104.

<sup>13</sup> Ibid., p. 105. Clara Zetkin habla con naturalidad de la necesidad de armonizar "los dos ámbitos de deberes de las mujeres." De hecho, en las primeras formulaciones de teorías feministas casi siempre existe cierta aceptación de la división sexual del trabajo; por radicales que sean las demandas de derechos, la condición de madre y esposa es difícilmente cuestionable. No será hasta el feminismo de los años setenta del siglo XX cuando se llegue a cuestionar de raíz la división sexual del trabajo. Una reflexión muy interesante sobre los problemas de la tradición marxista a la hora de "pensar" las relaciones en las que está implicada la sexualidad y la reproducción se encuentra en el artículo de Celia Amorós "Marxismo y feminismo", *Hacia una crítica de la razón patriarcal*, Barcelona, Anthropos, 1985, pp. 289-318.

En general, y desde la renovación del feminismo socialista en los setenta, existe cierta unanimidad al criticar la insuficiencia del análisis marxista de la familia, y en concreto de las funciones de las mujeres dentro de la misma. También se ha criticado el injustificado optimismo sobre la situación de igualdad entre mujeres y varones en la clase proletaria, aunque aceptando que el acceso de las obreras a cierta autonomía económica socavaba la autoridad patriarcal<sup>14</sup>. Sin embargo, y aún reconociendo la legitimidad de estas críticas, contextualizar los escritos de Zetkin puede suministraros alguna clave para comprender mejor su indudable voluntarismo teórico. Cuando Zetkin escribe el apoyo del movimiento obrero organizado a la emancipación de las mujeres no estaba absolutamente claro. Al contrario, en ésta como en otras cuestiones, distintas tendencias luchaban por imponer sus criterios. Y una de las opiniones de más éxito quería alejar a las mujeres de la producción. Los argumentos utilizados eran varios: la necesidad de proteger a las obreras de la sobreexplotación, el elevado índice de abortos y mortalidad infantil, y también, por supuesto, el descenso de los salarios y la "competencia desleal" de las obreras. Para muchos, en definitiva, dada la condición natural de esposa y madre de las mujeres, su incorporación a la industria era algo monstruoso. Así de claro lo expresó August Bebel: "No se crea que todos los socialistas sean emancipadores de la mujer; los hay para quienes la mujer emancipada es tan antipática como el socialismo para los capitalistas."<sup>15</sup> Esto explicaría razonablemente la alegría y el optimismo de Zetkin al valorar lo que considera el gran avance del "socialismo científico", de Marx y Engels: su rotunda afirmación de que las mujeres deben entrar en la producción. Esta es para Zetkin la aportación fundamental del marxismo y de la Primera Internacional a la causa feminista<sup>16</sup>. Además, aunque no consta de manera explícita en sus escritos sobre la cuestión femenina, los partidos socialdemócratas -posteriormente comunistas- jamás apoyaron el feminismo más allá de la necesidad de incorporar a las mujeres a la causa socialista. Transcribimos a continuación una paternalista regañina de Lenin a Zetkin que no tiene desperdicio: "Clara, aún no he acabado de enumerar la lista de vuestras fallas. Me han dicho que en

---

<sup>14</sup> Para estas críticas remitimos a las obras generales sobre socialismo y feminismo que aparecen en la bibliografía.

<sup>15</sup> Auguste Bebel, *op. cit.*, p. 117.

<sup>16</sup> Véase en la obra ya citada de Zetkin el artículo "Contribución a la historia del movimiento proletario femenino alemán", especialmente el epígrafe "Los obreros alemanes en el período inicial de la lucha de clases y la cuestión del trabajo profesional femenino", pp. 56-112. También tratan este tema, entre otros, Sheila Robotham, *La mujer ignorada por la historia*, Madrid, Debate, 1980 y Richard J. Evans *Las feministas*, Madrid, Siglo XXI, 1980.

las veladas de lecturas y discusión con las obreras se examinan preferentemente los problemas sexuales y del matrimonio. Como si éste fuera el objetivo de la atención principal en la educación política y en el trabajo educativo. No pude dar crédito a esto cuando llegó a mis oídos. El primer estado de la dictadura proletaria lucha contra los revolucionarios de todo el mundo... ¡Y mientras tanto comunistas activas examinan los problemas sexuales y la cuestión de las formas de matrimonio en el presente, en el pasado y en el porvenir!"<sup>17</sup>

La referencia de la última frase alude al ya citado libro de August Bebel *La mujer y el socialismo*, cuyo subtítulo reza "en el pasado, en el presente y en el porvenir. Para Lenin en este libro estaba ya depositada toda la sabiduría dialéctica sobre la cuestión femenina y no eran necesarias posteriores elucubraciones. Además este texto es otro claro ejemplo de cómo la cuestión femenina se convierte en la cuestión siempre aplazada. Tal y como ha señalado Batya Weinbaum, Lenin no sólo critica el feminismo por pensar que resulta innecesario, sino por lo que tiene de destructivo al restar energías a la auténtica lucha. La consecuencia es que "la discusión sobre el sexo y el matrimonio deber esperar a que todo el mundo sea socialista o hasta que no haya contrarrevolucionarios en ninguna parte"<sup>18</sup>.

### ***La mujer nueva: el feminismo marxista de Alejandra Kollontai***

Clara Zetkin ya había sostenido que el triunfo del socialismo era imposible sin la inclusión de amplias masas de mujeres en la lucha revolucionaria, pero, hasta cierto punto, su argumento era meramente cuantitativo: las mujeres suponen la mitad de la población y además constituyen la parte más "retrógrada" o conservadora del proletariado. Es difícil, por tanto, que se pueda vencer al capitalismo sin el esfuerzo activo, o más bien con la rémora, de la mitad del proletariado. Desde nuestro punto de vista será la teórica rusa Alejandra Kollontai (1872-1945) quien articuló de forma más

---

<sup>17</sup> Vladimir I. Lenin, *La emancipación de la mujer*, Akal, 1974, p. 101.

<sup>18</sup> Batya Weimbaum, *El curioso noviazgo entre feminismo y socialismo*, Madrid, Siglo XXI, p. 38.



racional y sistemática feminismo y marxismo<sup>19</sup>. Kollontai no se limita a incluir a las mujeres en la revolución socialista, sino que piensa y teoriza el tipo de revolución que las mujeres necesitan para romper con siglos de servidumbre material y espiritual y acceder a la igualdad. No basta con la abolición de la propiedad privada y con que las mujeres se incorpore a la producción; es necesaria una revolución de la vida cotidiana y de las costumbres, forjar una nueva concepción del mundo y, muy especialmente, construir una nueva relación entre los sexos. Sin estos cambios, los que contribuyen a la efectiva emancipación de las mujeres, no podrá hablarse realmente de revolución socialista, por mucho que el proletariado haya conquistado el poder político. Por eso en su teoría no tiene sentido hablar de "un aplazamiento" de la cuestión femenina, en todo caso habría que hablar de un aplazamiento de la revolución. De hecho, Kollontai tuvo numerosos enfrentamientos con sus camaradas varones y con todos los que, desde una hostil indiferencia, negaban la necesidad de una lucha específica y defendían que los cambios relativos a la emancipación de las mujeres eran una simple cuestión de superestructura. Tal y como ha señalado Ann Foremann, la gran teórica rusa "fue la única de los dirigentes bolcheviques en integrar teóricamente los problemas de la sexualidad y la opresión de la mujer, dentro de la lucha revolucionaria"<sup>20</sup>.

### **La mujer nueva**

Karl Marx había señalado que para construir un mundo mejor no bastaba con transformar las relaciones de producción, era también necesaria la aparición de un hombre nuevo. Kollontai se une apasionadamente a esta reivindicación -"la necesidad de la renovación psicológica de la humanidad"- a la que dedica buena parte de sus escritos. La nueva clase en ascenso, el proletariado, necesita una ideología propia, crear nuevos valores y nuevos hábitos de vida; y esta revolución humana, tal vez la más importante, no puede ser pospuesta a ningún triunfo político. De hecho ha comenzado ya y como genialmente observa ha comenzado en las mujeres, en *la mujer nueva*,

---

<sup>19</sup> A la obra de Kollontai hemos dedicado un estudio más detallado en *Marxismo y Feminismo en Alejandra Kollontai*, Madrid, Instituto de Investigaciones Feministas-Universidad Complutense de Madrid, 1993 y *Alejandra Kollontai*, Madrid, eds. del Orto, 2001.

<sup>20</sup> Ann Foremann, *La femineidad como alienación: marxismo y psicoanálisis*, Madrid, Debate, 1979, p. 43.

aunque, aunque como se lamenta Kollontai "demasiado a menudo se olvida este importante factor... el cambio de la psicología femenina"<sup>21</sup>.

El feminismo tiene su razón de ser en las reivindicaciones y la lucha cotidiana de estas mujeres, porque, en buena lógica marxista no basta con que las mujeres estén oprimidas sino que tienen que llegar a ser conscientes de ello, a saber, tienen que coincidir las condiciones objetivas y las subjetivas. Y es esta mujer nueva o "mujer célibe", como también la denomina Kollontai, quien va a vivir la impotencia y el desgarramiento de ser una mujer en un mundo concebido en función de los varones; es ella quien se va a preguntar por las condiciones que han hecho posible su miserable situación a lo largo de la historia, y es ella quién va a reconsiderar el camino, la estrategia a seguir para finalizar con su opresión. La mejor manera de entender los rasgos psicológicos que caracterizan a la mujer nueva es confrontándolos con los de las mujeres del pasado, las mujeres cuyas vidas han llegado a estar presididas por los sentimientos. En un orden político, social y económico en que han sido relegadas al papel de esposas, sus vidas se han reducido al hecho de amar o de ser amadas: "Hasta ahora el contenido fundamental de la vida de la mayoría de las heroínas se reducía a los sentimientos de amor. Si una mujer no amaba, la vida se le aparecía tan vacía como su corazón"<sup>22</sup>. Esta dependencia material, moral y sentimental choca con la independencia y la actitud de los varones, para los que las mujeres, el amor, no es más que una parte de su vida. Encuentra aquí Kollontai la causa de incontables tragedias en el alma femenina, en el alma de las mujeres de todas las clases sociales: los celos, la desconfianza, la soledad, el renunciamiento a sí mismas por adaptarse al ser amado, etc. En definitiva, las mujeres se definen socialmente por sus relaciones sexuales o sentimentales, y su individualidad no tiene ningún valor social. Sólo tienen valor las virtudes genéricamente femeninas que tienden a reducirse a las sexuales. Al menos, así es definida por la literatura burguesa. Kollontai encuentra cuatro tipos fundamentales de heroínas en la literatura contemporánea: las encantadoras y puras jovencitas, que contraen matrimonio al final de la novela; las esposas resignadas o casadas adúlteras; las solteronas y, finalmente, las "sacerdotisas del amor" o prostitutas, que lo son bien por su pobreza o bien por su naturaleza viciosa. Frente a estas heroínas ha aparecido, tanto en la vida

---

<sup>21</sup> A. Kollontai, *Marxismo y Revolución sexual*, Madrid, Castellote, 1976, p. 50. Hay que saber valorar la valentía intelectual de Kollontai al señalar a las mujeres como la vanguardia en el cambio social. Tradicionalmente tanto burgueses como proletarios han coincidido en caracterizar a las mujeres como la parte más conservadora y reaccionaria de la sociedad. Seres que, aunque a veces lo disimulen, sólo tienen una aspiración en la vida, fundar una familia.

como en la literatura femenina, un quinto tipo de heroína, es la mujer nueva. La mujer nueva en cuanto tipo psicológico opuesto a la mujer del pasado se encuentra en todas las clases sociales. Son todas aquellas que han dejado de ser un simple reflejo del varón: "Se presentan a la vida con exigencias propias, heroínas que afirman su personalidad, heroínas que protestan de la servidumbre de la mujer dentro del estado, en el seno de la familia, en la sociedad, heroínas que saben luchar por sus derechos"<sup>23</sup>. La finalidad de su vida no es el amor sino su "yo", su individualidad. El amor no es sino una etapa más en el camino de su vida, la pasión les sirve para encontrarse a sí mismas, para afirmar su personalidad y llegar a comprenderse mejor: "Esta finalidad de su vida es en general para la mujer moderna algo mucho más importante: un ideal social, el estudio de la ciencia, un vocación o el trabajo creador"<sup>24</sup>.

Ahora bien, aunque Kollontai documenta y muy prolijamente cómo las mujeres nuevas están en todas las clases sociales, finalmente y de forma un tanto abrupta pasa a afirmar que "la transformación de la mentalidad de la mujer, de su estructura interior espiritual y sentimental se realiza primero y principalmente en las capas más profundas de la sociedad, es decir allí donde se produce necesariamente la adaptación de la obrera a las condiciones radicalmente transformadas de su existencia"<sup>25</sup>. La mujer nueva como tipo generalizado resulta ser el producto de la evolución de las relaciones de producción y de la incorporación de la fuerza de trabajo femenina al trabajo asalariado. Una vez más y en consonancia con la ortodoxia marxista será el capitalismo quien engendre el sujeto revolucionario que causará su destrucción; la mujer nueva como realidad cotidiana "ha nacido con el ruido infernal de las máquinas de las usinas y la sirena de llamada de las fábricas"; finalmente, y a pesar de que sus primeros análisis no apuntaban a ello, Kollontai mantendrá que la mujer nueva de la clase burguesa no deja de ser un tipo accidental. Por tanto son las obreras la auténtica vanguardia del movimiento de liberación de la mujer y quienes han puesto en el tapete "la cuestión femenina", cuestión que, sin embargo, pretenden apropiarse las igualitaristas. Kollontai señala indignada que las proletarias llevan ya años trabajando cuando sus compañeras burguesas, las sufragistas, reclaman como algo novedoso el trabajo para ellas, y no se dan cuenta de que, si pueden reivindicar el derecho al trabajo en las profesiones liberales es gracias a que otras mujeres llevan años pudriéndose en las fábricas. De igual

---

<sup>22</sup> Alejandra Kollontai, *La mujer nueva y la moral sexual*, Madrid, Ayuso, 1977, p. 70.

<sup>23</sup> Ibid, p. 44.

<sup>24</sup> Ibid., p. 72.

<sup>25</sup> Ibid, p. 81.

forma Kollontai observa que las proletarias llevan años ejerciendo el amor libre, y siendo calificadas peyorativamente como promiscuas, antes de que las burguesas lo asuman como "su" reivindicación. En todo caso terminamos este apartado con el texto que mejor define a las mujeres que tiene como referente: "Tal es la mujer nueva. La disciplina, en vez de la afectividad exagerada: la apreciación de la libertad y de la independencia, en vez de la sumisión y de la impersonalidad; la afirmación de su individualidad, en vez de los esfuerzos ingenuos por llenarse de la forma de ser del hombre amado y reflejarlo."<sup>26</sup>

### **La situación de las mujeres en el capitalismo: La importancia de este análisis**

Para Kollontai, frente a Engels y la postura hegemónica al respecto, no basta con descubrir el origen de la subordinación de las mujeres para encontrar una estrategia adecuada de liberación. Adelantándose notablemente a su tiempo Kollontai podría hacer suya la tesis, más propia del feminismo de los años sesenta, de que la anulación del origen de la opresión no tiene porqué eliminar la naturaleza de la opresión en su forma actual<sup>27</sup>. Efectivamente, para Kollontai, cualquier estrategia dirigida a la efectiva emancipación de las mujeres ha de partir del análisis concreto de su situación en la sociedad actual. Su examen de la situación de las mujeres en la sociedad capitalista aborda tres ámbitos importantes: el trabajo, la familia, y, fundamentalmente, el mundo personal, de las relaciones entre los sexos. Nos centraremos sólo en este último punto ya que es su aportación más original.

### **La crisis sexual**

La conciencia de estar viviendo una época de crisis en la relaciones entre los sexos y de la injusticia que suponía la existencia de una doble moral, una para los varones y otra para las mujeres, se remonta en la tradición socialista a los llamados socialistas utópicos, especialmente a Fourier y a William Thompson y Anna Wheeler loa autores de *La demanda de la mitad de la raza humana, las mujeres*. También era un tema denunciado por las sufragistas y quedaba ampliamente reflejada en la novela burguesa. Kollontai califica el problema como uno de los más importantes que afronta

---

<sup>26</sup> Alejandra Kollontai, *marxismo y revolución sexual*, op. cit., p. 95.

<sup>27</sup> Cfr. Batya Weimbaum, *op. cit.*, p. 10.

la humanidad, y en cierto modo, podemos afirmar que el tema del amor libre o la búsqueda de nuevas formas de relación sexual más satisfactorias, era uno de los temas de la época. Luciendo su vena más heterodoxa Kollontai critica explícitamente la postura marxista que mantiene que los problemas de amor son problemas de superestructura y que se solucionarán cuando cambie la base económica de la sociedad. Igualmente, desestima toda predicción optimista sobre la solución de la crisis sexual. Ser necesaria una larga lucha, y una lucha específica, para reeducar la psicología de la humanidad. Efectivamente, en este tema toma alas respecto a lo que por aquel entonces era la tradición marxista para adoptar una postura claramente feminista. Así, la contradicción que en otras esferas -como la del trabajo o la familia- aparecía entre los intereses de las mujeres burguesas y las mujeres proletarias desaparece, y pasa a un primer plano la contradicción varón-mujer. En este sentido, describe la crisis sexual tal y como la viven las mujeres y señala la imposibilidad de las mujeres nuevas de realizarse sentimentalmente en un mundo en que los varones, sean de la clase e ideología que sean, todavía no ha cambiado. Debido a esto, Kollontai irá más allá de la típica denuncia de la doble moral burguesa o de la reivindicación del derecho a amar libremente para las mujeres; porque, ¿qué ganará la mujer nueva con su recién estrenado derecho a amar mientras no exista un "varón nuevo" capaz de comprenderla?

Significativamente, al tratar este tema, desaparecen de sus textos las citas de "los marxistas" y ceden su sitio a las de la literatura burguesa pero femenina. Kollontai reivindica el valor y la necesidad de las obras literarias de las mujeres, porque: "No es posible comprender ni juzgar lo que pasa apoyándose tan sólo en la percepción que los hombres tienen de ello sobre todo cuando se trata de los problemas sexuales de ese misterio del amor."<sup>28</sup> Y en respuesta a la pregunta de una joven comunista sobre por qué sienten admiración por una poetisa "que no es en absoluto comunista", refiriéndose a la gran Ana Ajmatova, Kollontai responde convencida: "porque no hace pasar las emociones del alma femenina a través del prisma de la psicología masculina."<sup>29</sup>

En su escrito *La nueva moral sexual* Kollontai sigue las tesis expuestas por Meisel Hess en su obra *La crisis sexual* (1910). Esta autora, bien conocida en su momento, planteaba que las normas morales que reglamentan la vida humana no pueden tener más que dos finalidades: asegurar a la humanidad una descendencia sana y contribuir al enriquecimiento de la psicología humana en el sentido de fomentar los

---

<sup>28</sup> Alejandra Kollontai, *Marxismo y revolución sexual*, p. 104.

<sup>29</sup> Ibid., p. 103.



sentimientos de solidaridad y camaradería. El propósito de Kollontai será demostrar que las formas fundamentales de unión intersexual de su tiempo no sirven a la segunda finalidad señalada. Para ellos analiza el matrimonio legal, la prostitución y la unión libre. El matrimonio legal tiene en su base dos principios que lo envenenan y que afectan de igual forma a varones y mujeres. Estos principios son la indisolubilidad del matrimonio y la idea de propiedad respecto al cónyuge. La indisolubilidad del matrimonio que "se funda en la idea contraria a toda ciencia psicológica de la invariabilidad de la psicología humana en el curso de la vida", impide que el alma humana se enriquezca con otras relaciones amorosas. Esto es tanto más grave en tanto que, como señalara Meisel Hess, "un corazón sano y rico capaz de amar, no es un pedazo de pan que mengüe a medida que nos lo comemos". Por el contrario, el amor es una fuerza creadora, que aumenta a medida que se prodiga. Por otro lado, el matrimonio legal se muestra capaz de estrangular la relación más apasionada. La idea de propiedad respecto al otro lleva a estrechar la vida en común hasta tal punto que "hasta el amor más ardiente se convierte en indiferencia". Y tampoco enriquece el alma humana en cuanto que no requiere "sino pocos esfuerzos psíquicos para conservar al compañero de vida, ligado por cadenas externas".

La prostitución como forma de relación sexual tiene unos efectos mucho peores que el matrimonio legal en la psicología humana; en concreto, en la psicología del varón. A este respecto Engels había observado lo siguiente: "Entre las mujeres, no degrada sino a las infelices que caen en sus garras y aún a éstas en un grado mucho menor de lo que suele creerse. En cambio, envilece el carácter del sexo masculino entero."<sup>30</sup> Kollontai está de acuerdo con la última frase del texto anterior, pero, a su juicio, serán también todas las mujeres las que sufran los nefastos efectos de la prostitución sobre el varón. El problema reside en que mediante la prostitución, los varones establecen una relación con el sexo femenino en que sólo se disponen a recibir placer y no a darlo. Esta situación deforma profundamente la conciencia de que el acto sexual es cosa de dos, y como afirma Kollontai: "Lleva al hombre a ignorar con sorprendente ingenuidad, las sensaciones fisiológicas de la mujer en el acto más íntimo". La prostitución deforma la conciencia erótica del varón y abre un abismo entre las expectativas de varones y mujeres en las relaciones sexuales. El desencanto sexual de las mujeres trae como consecuencia el desentendimiento y la incompreensión entre los sexos. Kollontai no sólo denuncia explícitamente el desconocimiento por parte de los

varones de la sexualidad femenina, sino que acusa a la literatura masculina de silenciar esta insatisfacción sexual, cuando desde su punto de vista, es la causa de incontables dramas de "familia y amor". La unión libre surge como alternativa al matrimonio legal y para muchas -el individualismo burgués- sería la solución a la crisis del matrimonio legal. Sin embargo, para Kollontai esta unión está irremediablemente condenada al fracaso mientras no cambie la psicología de los individuos. El siguiente texto nos parece sumamente indicativo al respecto: "¿Acaso la psicología del hombre de hoy está realmente dispuesta a admitir el principio del amor libre? ¿Y los celos, que arañan incluso a los espíritus mejores? ¿Y ese sentimiento, tan hondamente enraizado, del derecho de propiedad no sólo sobre el propio cuerpo, sino también sobre el alma del compañero? ¿Y la incapacidad de inclinarse con simpatía ante una manifestación de la individualidad de la otra persona, la costumbre bien de 'dominar' al ser amado o bien de hacerse su esclavo? ¿Y ese sentimiento amargo, mortalmente amargo de abandono y de infinita soledad que se apodera de uno cuando el ser amado ya no os quiere y os deja?"<sup>31</sup> Kollontai entiende el amor libre como algo más que un mero cambio en los lazos formales o externos que unen a la pareja, como un cambio que tiene que afectar al contenido de la misma. Se caracteriza por negar los supuestos derechos de propiedad que el amor burgués concedía sobre el cuerpo y el alma de la persona amada. Muy al contrario, la unión libre se basa en el mutuo respeto de la individualidad y de la libertad del otro. En este sentido entraña el rechazo de la subordinación de las mujeres dentro de la pareja y de la hipocresía de la doble moral sexual.

La pregunta que formula Kollontai a los defensores del amor libre es la de si puede existir una relación tal en el "actual estado estacionario de la psicología de la humanidad". Según su análisis, la sociedad capitalista, basada en la lucha por la existencia, ha fomentado los hábitos y la mentalidad individualista e insolidaria entre las personas. Los seres humanos viven aislados, cuando no enfrentados con la comunidad; y es precisamente esta soledad moral en que viven varones y mujeres lo que "lleva a aferrarse con enfermiza avidez a un ser del sexo opuesto" y a "entrar a saco en el alma del otro". La idea de propiedad vicia inevitablemente hasta la unión que se pretende más libre. Lo que Kollontai plantea es que sólo en una sociedad basada en la solidaridad, el compañerismo y en la igualdad de los sexos, puede llegar a buen término la unión libre. Y en este preciso sentido afirma que la mujer nueva, mujeres de todas las clases

---

<sup>30</sup> F. Engels, *El origen de la familia ...*, p. 75.

<sup>31</sup> Alejandra Kollontai, *Marxismo y Revolución Sexual*, p. 49.

sociales, está poniendo las bases de una auténtica revolución sexual -y también de la revolución socialista- al poner en primer plano en las relaciones la no subordinación, el reconocimiento de la individualidad y el compañerismo.

Pero si las mujeres se están abriendo a una nueva manera de concebir la propia vida y las relaciones entre los sexos, no sucede lo mismo con los varones que siguen dominados por la ideología burguesa, hoy diríamos patriarcal. Durante siglos, la cultura burguesa ha fomentado en los varones hábitos de autosatisfacción y egoísmo, y entre estos, el de someter el "yo" de las mujeres. Y, reflexiona Kollontai, sea la unión intersexual legal o libre, el varón seguirá viendo en las mujeres "lo que tienen en común con su especie, su feminidad en general". Además, como decíamos antes, Kollontai no se muestra optimista. Según ella, ha de pasar aún mucho tiempo antes de que nazca un hombre que sea capaz de ver en las mujeres algo más que las representantes de su sexo y que sepa que el primer puesto en las relaciones amorosas le corresponde a la amistad y camaradería. Y es conveniente detenerse aquí para subrayar el acierto y la actualidad de los análisis de Kollontai cuando aborda la cuestión femenina como un problema que gira en torno a la falta del reconocimiento de su individualidad. Así, por ejemplo, en el trabajo de Celia Amorós "La ideología del amor y el problema de los universales" encontramos una precisa conceptualización para dar cuenta de los conflictos entre mujeres y varones que tan bien retratará la feminista rusa<sup>32</sup>. Desde el marco conceptual de esta filósofa las diversas caras que presenta la condición subordinada de las mujeres termina hallando su explicación en su falta de entidad como sujetos, en su absoluto déficit de individualidad. Ser *mujer* es pertenecer a al reino de las idénticas, es constituir la condición necesaria para el despliegue de la individualidad masculina. Esta situación trasladada al amor se traduce en que el deseo femenino es un deseo más individualizado que el del varón, en palabras de Amorós un deseo "nominalista" donde se entiende por nominalismo "la pasión ontológica por lo que está detrás de un nombre propio: el individuo en su irreductible plenitud y, como telón de fondo, un 'paisaje desértico, depurado de esencias'". Los varones, por su parte, amarían en las mujeres su feminidad, su esencia genérica, más lo que tiene en común este reino de "idénticas" que lo que las individualiza, lo que explicaría la fácil sustitución de unas por otras en la vida sexual y amorosa masculina.

---

<sup>32</sup> Celia Amorós, *Hacia una crítica de la razón patriarcal*, Barcelona, Antrophos, 1985. Véase también de esta misma autora el artículo "Espacio de los iguales, espacio de las idénticas. Notas sobre poder y principio de individuación" en *Arbor*, CSIC, 1987.

### *La revolución de la vida cotidiana*

Las mujeres de todas las clases sociales, con su cambio, están poniendo las bases para la transformación de la sociedad. Ahora bien, dicho cambio sólo podrá llegar a buen término en una sociedad comunista. Lo que nos lleva a ver qué tipo de revolución puede satisfacer las necesidades de las mujeres. En primer lugar una revolución de la vida cotidiana y de las costumbres entre las que destaca la socialización del trabajo doméstico y del cuidado de los niños.

Para Kollontai el trabajo asalariado es una condición necesaria, aunque no sea suficiente, para la liberación, pero en la sociedad capitalista esta condición nunca puede llegar a cumplirse satisfactoriamente. En primer lugar porque acepta la tesis marxista de las crisis periódicas que sacuden al capitalismo y en estos momentos de crisis las mujeres serían siempre las primeras en perder sus puestos de trabajo. En segundo lugar está el problema de la doble jornada laboral de las mujeres, irresoluble en el capitalismo ya que la simple idea de que un varón pudiese realizar también los trabajos domésticos ni se le pasaba por la cabeza y es relativamente reciente en la historia del feminismo. De ahí que la revolución que las mujeres necesitan tiene que incluir necesariamente la socialización del trabajo doméstico y una nueva concepción, una redefinición de la maternidad. Las mujeres deben ser descargadas de los trabajos domésticos y hasta donde sea posible de la tarea social de la reproducción de la especie. Sólo así podrán, sin poner en peligro su salud, cumplir con su trabajo productivo de una forma satisfactoria y aspirar a promocionarse y ocupar trabajos cada vez más cualificados. Aquí resulta obligado señalar que Kollontai también teoriza el deber social de la maternidad, con lo que no queda muy claro hasta dónde puede colisionar este deber con el derecho de las mujeres a disponer de su propia vida.

En segundo lugar, la efectiva emancipación de las mujeres no podrá lograrse sin una completa revolución en las relaciones entre los sexos, sin el desarrollo de un nuevo concepto de amor: el amor camaradería. En este sentido ya hemos analizado la importancia que otorga a la crisis sexual y su aireamiento de temas hasta entonces silenciados como la insatisfacción sexual de las mujeres; a continuación analizaremos la estrategia que propone para solucionar dicha crisis y su conexión con la revolución socialista. Para Kollontai, sin una reeducación básica de nuestra psicología, el problema sexual no tiene solución. Sostiene, de acuerdo con los marxistas de su época, que el

triunfo definitivo de esta reforma depender por entero de la reorganización radical de las relaciones socioeconómicas sobre bases comunistas, pero sostiene frente a aquellos la necesidad de una lucha específica contra la ideología tradicional. En consecuencia, critica lo que califica de "réplica estúpida" por parte de sus camaradas cuando mantienen que los problemas sexuales son problemas de superestructura, que encontrarán solución cuando la base económica de la sociedad se haya transformado. A esto responde: "¡Como si la ideología de una clase cualquiera se forme únicamente cuando ya se ha producido el desbarajuste en las relaciones socioeconómicas que asegura el poder de esa clase!"<sup>33</sup>.

Para Kollontai es en el proceso mismo revolucionario donde se conforma la ideología de la nueva clase, en el enfrentamiento con los viejos hábitos y mentalidades donde se va consolidando la nueva visión del mundo. Una parte importante del orden social es la que atañe a las relaciones entre los sexos y sería un gran error considerar esta cuestión como privada. El amor es una poderosa fuerza psíquico-social que la nueva clase hegemónica debe poner a su servicio. En este sentido, instaurar una nueva moral sexual, sin la que la emancipación de las mujeres no sería posible, es un deber de la clase obrera en su construcción de un mundo mejor, pero también un poderoso instrumento para consolidar su poder. De hecho, un recorrido por la evolución del concepto de amor a través de la historia deja de manifiesto cómo todas las clases sociales ascendentes, modelan el concepto de amor en coherencia con las necesidades de su organización socioeconómica y de su visión del mundo. Así lo hicieron en su día la sociedad feudal y la burguesa. Hoy: "Corresponde a la humanidad trabajadora, armada del método científico del marxismo y receptora de la experiencia del pasado, comprender esto: ¿Qué lugar debe reservar la nueva humanidad al amor en las relaciones sociales? ¿Cuál debe ser, por consiguiente el ideal amoroso que responda a los intereses de la clase que lucha por dominar tales relaciones sociales?"<sup>34</sup>.

La obra de Kollontai intentará responder todos estos interrogantes. En primer lugar, la tendencia actual del amor es la ambigüedad. El amor ha surgido del instinto biológico de la reproducción, pero, a través de milenios de vida social y cultural se ha "espiritualizado" para convertirse en un complejísimo estado emocional. El amor se puede presentar bajo la forma de pasión, de amistad, de ternura maternal, de inclinación amorosa, de comunidad de ideas, de piedad, de admiración, de costumbre y de cuantas

---

<sup>33</sup> A. Kollontai, *Marxismo y revolución sexual*, p. 155.

<sup>34</sup> Ibid., p. 170.



maneras imaginemos. Es decir, la humanidad, en su constante evolución, ha ido enriqueciendo y diversificando los sentimientos amorosos hasta el punto de que no parece fácil que una sola persona pueda satisfacer la rica y multiforme capacidad de amar que late en cada ser humano. Kollontai describe así la situación: "Una mujer ama a tal hombre con todo el alma, y los pensamientos de ambos, las aspiraciones, las voluntades están en armonía; pero la fuerza de las afinidades carnales la atrae irresistiblemente hacia otro. Un hombre experimenta por tal mujer un sentimiento de ternura lleno de atenciones, de compasión colmada de solicitud, a la par que haya en otra la comprensión y el sostén para las mejores aspiraciones de su yo. ¿A cuál de ambas debe consagrar la totalidad de Eros? ¿Y por qué habría de desgarrar, de mutilar su propia alma, si la plenitud de su individualidad no se realiza sino con uno y otro lazo?"<sup>35</sup>.

Para Kollontai esta ambigüedad y diversidad de los sentimientos choca frontalmente con el ideal burgués de propiedad, pero no con una supuesta esencia del amor, como pretendía Engels <sup>36</sup>. El ideal de exclusividad en el amor se ha forjado históricamente, ligado a la ideología basada en la noción de propiedad. Sin embargo, el mundo que proyecta construir la clase proletaria no se funda en la propiedad y el individualismo, sino en la comunidad y en la camaradería; en consecuencia, esta "ambigüedad" del amor no tiene por qué encontrarse en contradicción con los intereses ideológicos del proletariado. La nueva sociedad de los trabajadores se construye a partir de la solidaridad de todos los varones y mujeres que la componen, así pues, al proletariado le interesa fomentar un concepto del amor que refuerce los sentimientos de simpatía y camaradería entre todos sus miembros. El amor exclusivo y absorbente, el amor que lleva a la pareja a aislarse de la colectividad, está en profunda contradicción con la ideología de la nueva clase y con la sociedad que pretende consolidar. Para la nueva clase ascendente: "Cuantos más hilos haya tendidos de alma a alma, de corazón a corazón, de espíritu a espíritu, más se enraizará el espíritu de solidaridad y más fácil será la realización del ideal de la clase obrera: la camaradería y la unidad."<sup>37</sup>

---

<sup>35</sup> Ibid., 174 y 175

<sup>36</sup> Para Engels el amor sexual es, por su propia naturaleza, exclusivista. Ann Foremann ha señalado al respecto que la postura de Engels es "profundamente no marxista en cuanto que proyecta sobre los hombres y las mujeres unas características esenciales, una sexualidad estable, inalterada por los cambios en las relaciones sociales." A. Foreman, op. cit., p. 30.

<sup>37</sup> Alejandra Kollontai, *Marxismo y Revolución sexual*, p. 175.

La moral sexual proletaria admitirá todo tipo de relaciones sexuales con tal de que se basen en la igualdad y el reconocimiento. Relaciones tales como la prostitución, basada en la desigualdad sexual y económica y que implica la negación de la reciprocidad en las relaciones humanas están en contradicción con la ideología de la clase obrera. En realidad, el concepto de amor que debe fomentar el proletariado no es otro que el que propugnaba la mujer nueva, el amor camaradería. Queda así de manifiesto cómo las mujeres de todas las clases sociales contribuyen a la erosión de los valores dominantes y, una vez más, la relación entre la emancipación de las mujeres y el triunfo de la revolución. El amor camaradería pondrá fin a la supremacía masculina y a la indiferencia y el menosprecio por la individualidad femenina. Más adelante, cuando la solidaridad sea el nuevo cemento de la sociedad, cuando varones y mujeres lleguen a ser auténticos compañeros, cuando desaparezca la fría soledad moral y afectiva que rodea a los seres humanos en el capitalismo, sólo entonces podrá aparecer un nuevo tipo de amor, sólo entonces será posible una auténtica revolución comunista. Este horizonte normativo y vital, tan completo y consistente en la teoría, ha sido capaz de movilizar la confianza, casi podríamos decir la fe, y la militancia de millares de mujeres durante muchas décadas.

### **Unos apuntes sobre la relación entre el anarquismo y el feminismo**

Dentro de la tradición anarquista no encontramos una articulación teórica de la desigualdad sexual comparable a la del socialismo marxista. Por un lado, su rebelión contra la jerarquía política y su infravaloración de las democracias parlamentarias les llevaba, frente a las sufragistas, a minimizar la importancia del voto como instrumento de cambio revolucionario, por otro, su desconfianza hacia el Estado y el poder centralizado les alejaba de las propuestas comunistas, tales como la regulación por parte del estado de esferas propias de la vida cotidiana como la reproducción y la socialización de los niños. Sin embargo, el anarquismo como movimiento social contó con numerosas mujeres que, atraídas por su mensaje libertario, contribuyeron a la lucha por la igualdad sexual. Una de las ideas más recurrentes entre las anarquistas, en consonancia con la centralidad que otorgan al sujeto individual, era la de que las mujeres solo se liberarían gracias a su propia fuerza y esfuerzo individuales. Esta es, por ejemplo, la tesis sostenida por Emma Goldman (1869-1940) y desde la que llega a cuestionar la idea más o menos mecanicista de que el acceso al trabajo asalariado trae

consigo una mujer libre. Para Goldman poco ha de servir el acceso al trabajo asalariado u otros derechos si las mujeres no son capaces de vencer el peso de la ideología tradicional en su interior: “Su desarrollo, su libertad, su independencia deben surgir de ella misma. Primero afirmándose como persona y no como mercancía sexual. Segundo, rechazando el derecho que cualquiera pretenda ejercer sobre su cuerpo; negándose a engendrar hijos a menos que los desee; negándose a ser la sierva de Dios, del Estado, del esposo, etc”<sup>38</sup>. Interesantes palabras, sin duda, las de Goldman, pero seguramente insuficientes para enfrentarse al sistema de dominación más longevo y universal de los existentes. Como ha señalado Osborne “no acaba de verse claro cómo, con semejante estrategia, podrían enfrentarse las mujeres a las barreras institucionales, no por externas menos importantes, que obstaculizan su emancipación”<sup>39</sup>. Sin embargo, si el anarquismo no ofrece un análisis ni una estrategia adecuada para todas las mujeres sí aporta la conciencia de que el feminismo es, también, una elección y un camino personal que implica, necesariamente, una manera nueva de mirar y de vivir. El anarquismo aportará el énfasis en el imperativo de la coherencia personal, en la importancia de vivir de acuerdo con las propias convicciones. Este imperativo moral, unido a la firme creencia en la igualdad de todas las personas propicio auténticas revoluciones en la vida cotidiana de mujeres que, orgullosas se autodesignaban como “mujeres libres”. Tanto por su desafío a la moral sexual tradicional como al resto de las limitaciones en la vida pública. Las anarquistas, a pesar del probable coste personal que esta práctica tenía en sus vidas, se empeñaron en ser libres en un mundo que no lo era en absoluto, y menos para las mujeres. Y como ha sido frecuente en la historia del feminismo también tuvieron que soportar la incompreensión de algunos de sus teóricos emblemáticos, como fuera el caso de Proudhon (1809-1865). A este notable y audaz revolucionario –“la propiedad es un robo”- cuanto más pensaba en ello más raro se le hacia el proyecto de las mujeres de salir del confinamiento en la esfera privada: “Por ni parte, puedo decir que cuanto mas pienso en ello, menos me explico el destino de la mujer fuera de la familia y del hogar. Cortesana o ama de llaves (ama de llaves digo, y no criada)), yo no veo termino medio”<sup>40</sup>. Por ultimo hay que señalar que debido a su critica radical del camino tomado por la destructiva y alienante civilización

---

<sup>38</sup> Emma Goldman, citado en Raquel Osborne, *Las mujeres en la encrucijada de la sexualidad*, Barcelona, LaSal, 1989, p. 200.

<sup>39</sup> Ibid, p. 200.

<sup>40</sup> Pierre J. Proudhon, *Sistema de las contradicciones económicas o filosofía de la miseria*, vol.2, Madrid, Júcar, 1974, p. 175.

productivista, algunas anarquistas llegaron a sostener posturas que les convierten en precursoras de algunos planteamientos cercanos al ecologismo y la búsqueda de formas alternativas de vida para todos. En palabras de Lily Wilkinson "... en la vida comunal libre se descubrirá, no que las mujeres deban emanciparse convirtiéndose en abogados, médicos, etc., sino que los hombres tendrán que emanciparse retirándose de ocupaciones tan anormales para retornar a su hogar, su jardín y su parcela, que constituyen la autentica parcela de la vida humana"<sup>41</sup>.

## BIBLIOGRAFÍA

### 1. Bibliografía de Alejandra Kollontai en castellano

*Autobiografía de una mujer sexualmente emancipada*, Prólogo de Germaine Greer, y epílogo de Iring Fetscher, Barcelona, Anagrama, 1980.

*Memorias*, Madrid, Debate, 1979.

*La mujer nueva y la moral sexual y otros escritos*, Prólogo de Carmen Parrondo, Madrid, Ayuso, 1976.

*Marxismo y revolución sexual*, Madrid, Castellote, 1976.

*Escritos: Autobiografía. La juventud comunista y la moral sexual. El comunismo y la familia. Plataforma de la oposición obrera*, Barcelona, Fontamara, 1976.

*Sobre la liberación de la mujer (Seminario de Leningrado, 1921)*, Introducción de Jacqueline Heinen, Barcelona, Fontamara, 1979.

*La oposición obrera*, Introducción de Jean-Maurice Gélinet: "La oposición obrera o el centinela melancólico"; Epílogo de Anne Vahl: "Alejandra Kollontai: de los 'gentilhombres arrepentidos' a los 'apparatchiki. Feminismo y revolución", Barcelona, Anagrama, 1976.

*La bolchevique enamorada*, Barcelona, Lasal, Edicions de les Dones, 1978.

### 2. Bibliografía general

Amorós, Celia (1985), *Hacia una crítica de la razón patriarcal*, Barcelona, Anthropos.

Alvarez González, Ana I. (2000), "El fracaso de la lucha político-feminista: los casos de Zetkin y Kollontai", en Ana I. Cerrada y Cristina Segura (eds.) *Las mujeres y el poder*, Madrid, Al-Mudayna.

Bebel, August (1976), *La mujer. En el pasado, en el presente, en el porvenir*, Barcelona, Fontamara.

Beauvoir, Simone de (1999), *El segundo sexo*, Madrid, Cátedra, 1999.

Beltrán, E. y V. Maquieira (eds.) (2001), *Feminismos*, Madrid, Alianza Editorial.

Clements, Barbara E. (1979), *Bolshevik Feminist: The life of Aleksandra Kollontai*, Bloomington: Indiana University Press.

- (1997), *Bolshevik Women*, Cambridge, Cambridge University Press.

---

<sup>41</sup> Citado en S. Robotham, *La mujer ignorada por la historia*, Madrid, Debate, 1980, p. 137. Como se señala en el feminismo social ecológico de Inés Traquín, el movimiento verde contemporáneo tiene sus raíces en el anarquismo social, que ya había sugerido que la libertad humana sólo se concretaría cuando concluyera la liberación sobre la naturaleza no humana. Para una ampliación de este tema véase en este mismo libro el capítulo de Alicia Puleo titulado: ....

- Dunayevskaya, Raya (1985), *Rosa Luxemburgo, La liberación femenina y la filosofía marxista de la revolución*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Einsenstein, Zillah R. (1980), *Patriarcado capitalista y feminismo socialista*, Madrid, Siglo XXI.
- Engels, Friedrich (1976), *El origen de la familia, de la propiedad privada y del estado*, Madrid, Ayuso.
- Evans, Richard J. (1980), *Las feministas*, Madrid, Siglo XXI.
- Farnsworth, B. (1980), *Aleksandra Kollontai: Socialism, Feminism and the Bolshevik Revolution*, Stanford, Stanford University Press.
- Fitzpatrick, S. (1992), *The Cultural Front: Power and Culture in Revolutionary Russia*, Ithaca, Cornell University Press.
- Firestone, Shulamith (1976), *La dialéctica del sexo*, Barcelona, Kairós.
- Foremann, Ann (1979), *La femineidad como alienación: Marxismo y Psicoanálisis*, Madrid, Debate.
- Fraser, Nancy, *Iustitia Interrupta. Reflexiones críticas desde la posición "postsocialista"*, Colombia, Siglo del Hombre Editores - Universidad de los Andes, 1997.
- Freixas, Laura (1981), *Marxismo y feminismo en Alejandra Kollontai*, Universidad de Barcelona.
- Goldman, E. (1977), *Living my life*, Nueva York, New American Library.
- Harding, Sandra (1996), *Ciencia y Feminismo*, Madrid, Eds. Morata.
- Hamilton, Roberta (1980), *La liberación de la mujer. Patriarcado y paternalismo*, Barcelona, Península.
- Harris, Olivia, y Young, Kate (Eds.) (1979), *Antropología y feminismo*, Barcelona, Anagrama.
- Hartmann, Heidi I. (1980), "Un matrimonio mal avenido: hacia una unión más progresiva entre marxismo y feminismo", en *Zona Abierta*, nº 24, pp. 85-113.
- Ingemanson, B. (1989), "The Political Function of Domestic Objects in the Fiction of Aleksandra Kollontai", *Slavic Review* 48 (1), pp. 71-82.
- Jónasdóttir, Anna G. (1993), *El poder del amor*, Madrid, Cátedra.
- Lafargue, Paul (1977), *El matriarcado. Estudio de los orígenes de la familia*, Madrid, Dogal.
- Lenin, Vladimir I. (1975), *La emancipación de la mujer, Recopilación de artículos y apéndice de Clara Zetkin: Recuerdos sobre Lenin*, Barcelona, Akal.
- Manieri, R. (1978), *Mujer y Capital*, Madrid, Debate.
- Naiman, E. (1996), "When a Communist Writes Gothic: Aleksandra Kollontai and the Politics of Disgust", *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, vol. 22, nº 1.
- Marcuse, H. (1981), *Eros y civilización*, Barcelona, Ariel.
- Marx, Karl y F. Engels (1975), *Manifiesto comunista y otros escritos políticos*, Barcelona, Grijalbo.
- Marx, Karl (1970), *La ideología alemana*, Barcelona, Grijalbo.
- Mcdermid, Jane y Anna Hillyar (1998), *Women and Work in Russia 1880-1930*, New York, Addison Wesley Longman.
- Miguel Alvarez, Ana de (2001), *Alejandra Kollontai*, Madrid, eds. del Orto.
- (1995), "Feminismos" en C. Amoros (dir.) *Diez palabras clave sobre mujer*, Pamplona, Verbo Divino.
- Mitchell, Juliett (1975), *La liberación de la mujer: la larga lucha*, Barcelona, Anagrama.
- Osborne, Raquel (1989), "Emma Goldman: "Si no puedo bailar no me interesa tu revolucion"" en *Las mujeres en la encrucijada de la sexualidad*, Barcelona, laSal.
- Paramio, Ludolfo (1981), "Feminismo y socialismo: raíces de una relación infeliz." en *En Teoría*, Nº 6, Abril-Junio de 1981, pp. 49-71.
- Porter, Cathy (1980), *Alexandra Kollontai: A Biography*, London, Virago

- Reed, Evelyn (1980), *La evolución de la mujer. Del clan matriarcal a la familia patriarcal*, Barcelona, Fontamara, 1980.
- (1977) *Sexo contra sexo o clase contra clase*, Barcelona, Fontamara.
- Reich, Wilhem (1974), *La lucha sexual de los jóvenes*, México, Ediciones Roca.
- Romero, R. (2000), "La división sexual del trabajo en el pensamiento feminista: evolución y retos", en A. Valcárcel, MA Renau y R.Romero (eds.) *Los desafíos del feminismo ante el siglo XXI*, Sevilla, Instituto Andaluz de la Mujer, col. Hipatya.
- Rowbotham, Sheila (1979), *Feminismo y revolución*, Madrid, Debate.
- (1980) *La mujer ignorada por la historia*, Madrid, Debate.
- Rubio, Fany (Comp.) (1977), *Marxismo y liberación de la mujer*, Madrid, Dédalo.
- Saraceno, Chiara (1979), *A favor de la mujer*, Madrid, Zero.
- Tremosa, Laura, "Estampa. Alejandra Kollontai, una mujer revolucionaria", en *El Viejo Topo*, Nº 1.
- Tristán, Flora (2003), *Feminismo y socialismo. Antología*, Madrid, Los libros de la Catarata.
- Trotsky, Leon (1977), *Escrito sobre la cuestión femenina*, Barcelona, Anagrama.
- VV. AA. (1984), *Jornadas de feminismo socialista*, Madrid.
- Waters, Mary Alice (1977), *La revolución socialista y la lucha por la liberación de la mujer*, Barcelona, Anagrama.
- Weimbaun, Batya (1984), *El curioso noviazgo entre feminismo y socialismo*, Madrid, Siglo XXI.
- Wollstonecraft, Mary (1993), *Vindicación de los derechos de la mujer*, Madrid, Cátedra.
- Wood, Elizabeth A. (1997), *The Baba and the Comrade. Gender and Politics in Revolutionary Russia*, Indianapolis, Indiana University Press.
- Zetkin, Clara (1976), *La cuestión femenina y la lucha contra el reformismo*, Barcelona, Anagrama.



# La mujer en el camino de su emancipación

CARMEN JIMENEZ CASTRO





# **La mujer en el camino de su emancipación**

**Carmen Jiménez Castro**  
**Editorial Contracanto**  
**libro publicado en abril de 1987**

## **Sumario:**

### **Introducción**

#### **1. La mujer en las sociedades precapitalistas**

##### **1.1 Orígenes de la opresión de la mujer**

##### **1.2 La mujer en el esclavismo**

##### **1.3 La mujer en el feudalismo**

#### **2. La mujer en el capitalismo**

##### **2.1 La incorporación de la mujer al trabajo**

##### **2.2 Reproducción biológica y maternidad**

##### **2.3 Crisis de la familia y crisis de la pareja**

##### **2.4 Principios ideológicos que perpetúan la opresión**

#### **3. Dos concepciones en torno a la emancipación de la mujer**

##### **3.1 La cuestión femenina**

##### **3.2 Orígenes y desarrollo del Movimiento Femenino**

##### **3.3 El nuevo movimiento feminista**

##### **3.4 La mujer en la guerra revolucionaria**

#### **4. Polarización del movimiento femenino (1873-1931)**

##### **4.1 La burguesía y la cuestión femenina**

##### **4.2 La incorporación de la mujer al trabajo**

##### **4.3 La integración de la mujer en la lucha de clases**

#### **5. Hacia la reacción política y el oscurantismo**

##### **5.1 La II República ante el problema de la mujer**

##### **5.2 La vuelta al hogar**

##### **5.3 La legislación**

##### **5.4 La Sección Femenina y la Iglesia**

##### **5.5 La contraofensiva ideológica del fascismo**

#### **6. El camino de la emancipación**

##### **6.1 El naufragio del movimiento feminista burgués**

##### **6.2 Agudización de la problemática de la mujer**

##### **6.3 La mujer en el movimiento de resistencia**

##### **6.4 Una única alternativa: la Revolución Socialista**

#### **7. A modo de conclusión**

#### **8. Bibliografía**

**A la memoria de Carmen López Sánchez, Josefa Jiménez y Dolores Castro Saa, primeras militantes comunistas caídas en esta nueva etapa de la lucha que viene sosteniendo nuestro pueblo por la libertad y el socialismo.**

### **Introducción**

**Cuando hace unos tres años (año 1984), las militantes del PCE(r) en prisión decidimos comenzar este trabajo, se hacía ya impostergable llenar toda una serie de lagunas existentes en torno a la opresión de la mujer, sus causas y las vías para alcanzar su emancipación.**

**Hacer realidad ese proyecto suponía ir más allá de los cuatro conceptos generales que, por justos, siempre habíamos defendido, pero que necesitaban ser desarrollados y adecuados a las nuevas condiciones, a las**



nuevas experiencias que nos brinda la lucha revolucionaria en nuestro país y en buena parte del mundo.

¿Qué relación guarda la división social del trabajo entre los sexos con la aparición de la propiedad privada y de las clases? ¿Cómo entender la doble explotación de la mujer? ¿Están doblemente explotadas las amas de casa? ¿Qué papel cumple la mujer en la reproducción de la fuerza de trabajo? ¿Y la familia en la opresión de la mujer?

Estas y otras muchas preguntas fueron surgiendo en la misma medida en que nos introducíamos en el estudio y discusión del tema.

¿Por qué la mujer toma un mayor grado de participación en los procesos revolucionarios actuales? ¿Existe algún terreno vedado para la mujer por su condición de madre? Si, como está demostrado, sólo el socialismo es capaz de crear las bases para acabar con la opresión de la mujer ¿cómo entender entonces, los problemas que, a menudo, se aprecian en los países socialistas en este sentido y las diferencias evidentes que todavía existen en ellos entre hombre y mujer? ¿Es posible arrinconar de buenas a primeras, por el simple hecho de hacer la revolución, todo cuanto se arrastra desde siglos atrás?

En las páginas siguientes, intentamos dar respuestas fundamentadas, teniendo como base el marxismo-leninismo, a toda esta serie de preguntas, dejando a un lado los manidos tópicos de siempre y combatiendo las viejas concepciones burguesas que tanto menudean por doquier; respuestas que hoy se hacen mucho más necesarias ante los pasos que están dando las mujeres de nuestro pueblo. Las viejas trabas, los prejuicios seculares con los que siempre han querido maniatarlas, se están resquebrajando en la misma medida en que las calles recogen sus gritos de lucha. La mitad del cielo -en palabras de Mao Zedong- blande, también en nuestro país, la conocida espada de la revolución; esa espada que, defenestró al raquítico movimiento feminista cuando, una vez iniciada la reforma, intentó capitalizar y desviar la lucha de la mujer.

Ahora son momentos de saber encontrar las formas y cauces precisos para que esas mujeres que levantan resistencia a la reconversión, que defienden su derecho al trabajo, que luchan contra la OTAN y las leyes represivas, contra la tortura y por sus derechos específicos, se incorporen a la osadía de barrer, de una vez y para siempre, tantos siglos de opresión, oprobio y explotación.

En este sentido, nuestro trabajo quiere abrir una brecha que dé fuerza y seguridad a todas aquellas que ya han emprendido el camino de su emancipación y ser, al mismo tiempo, una puntual llamada para las que todavía permanecen en la sombra: sin la participación de la mujer, no hay revolución posible.

## **1. La mujer en las sociedades precapitalistas**

### **1.1 Orígenes de la opresión de la mujer**

Un análisis histórico del desarrollo de la sociedad nos demuestra que, en la época anterior a la aparición de la propiedad privada, en las llamadas comunidades primitivas -sociedades en las que no existía la explotación ni la opresión de unos hombres por otros-, la mujer gozaba de una posición libre y muy considerada.

En la gens -organización social de estas comunidades- existía una división natural y espontánea del trabajo que, en modo alguno, suponía la discriminación de un sexo por otro. Debido a la función biológica de la mujer, se tendía a especializarla en actividades que la mantuvieran próxima al lugar de residencia común: cuidaba del hogar, guisaba, hilaba,

cosía y recolectaba vegetales; por su parte, el hombre guerreaba contra otras tribus, cazaba, pescaba y buscaba o fabricaba los instrumentos necesarios para su actividad. Estas actividades se realizaban colectivamente y su fruto era propiedad común del grupo de familias que habitaban en un mismo lugar, si bien los instrumentos de trabajo eran propiedad de cada uno.

El nivel de productividad era tan bajo que, tanto el trabajo hecho por el hombre como el realizado por la mujer, eran igualmente necesarios y vitales y sólo daban lo necesario para el propio consumo. No había excedente y la subsistencia de los miembros de la gens dependía de ambas actividades económicas en igual medida; en consecuencia, las mujeres disfrutaban de un status social igual e incluso superior al de los hombres. Un rasgo característico de estas comunidades era el matriarcado. Al realizarse los matrimonios por grupos, era imposible determinar la ascendencia paterna de los hijos y se imponía el reconocimiento exclusivo de la madre, con lo que las relaciones familiares sólo podían estar basadas en el derecho materno. Este hecho, unido al papel jugado por la mujer en la producción, generaba una profunda estimación hacia las mujeres, hacia las madres y, en ello, podemos encontrar la causa de su relevante papel en la sociedad. La mujer de entonces era la jefa y directora de esta cooperativa familiar, participaba en las asambleas, tenía voz y voto en el consejo de la gens y proponía y disponía los jefes de paz y de guerra. Lentamente, el desarrollo de la sociedad, junto al proceso de evolución de la familia, van a ir creando unas condiciones enteramente nuevas que acarrearán importantes repercusiones para la situación de la mujer. Por una parte, la selección natural va a actuar como fuerza motriz en la evolución de la familia. Poco a poco, se irá produciendo una progresiva restricción del matrimonio por grupos; primero, excluyéndose las uniones consanguíneas; más tarde, las de los parientes lejanos, con lo que se haría cada vez más difícil el matrimonio dentro de la propia tribu. De esta manera, se irá configurando una nueva forma de familia -la sindiásmica- basada en la unión, por un tiempo más o menos largo, de una pareja. Esa unión, concertada por las madres atendiendo a determinados intereses gentilicios, podía disolverse con facilidad por ambas partes; tras la ruptura, los hijos seguían perteneciendo al clan materno. *La familia sindiásmica -señala Engels- aparece en el límite entre el salvajismo y la barbarie [...]* *Es la forma característica de la barbarie, como el matrimonio por grupos lo es del salvajismo y la monogamia lo es de la civilización [...]* *La selección natural había realizado su obra reduciendo, cada vez más, la comunidad de matrimonios; nada le quedaba ya que hacer en este sentido. Por tanto, si no hubieran entrado en juego nuevas fuerzas motrices de orden social, no hubiese habido ninguna razón para que de la familia sindiásmica naciera otra nueva forma de familia. Pero entraron en juego esas fuerzas motrices (1).*

Paralelamente a la selección natural, también se va produciendo, de forma paulatina, una transformación en el orden social de estas comunidades; el hombre, con su trabajo, iba aprendiendo a incrementar la obtención de los productos naturales. Así comenzó la cría y domesticación de los animales y el cultivo rudimentario de la tierra; con la cocción del barro, nació la alfarería y, más tarde, aprendieron a fundir algunos metales. De la cría y domesticación de animales, nacieron los primeros rebaños y el empleo de animales de tiro en el cultivo de la tierra dio origen a la agricultura propiamente dicha.

Las tribus de pastores se destacaron del resto de las tribus dando lugar a la Primera Gran División Social del Trabajo. Las nuevas fuentes de riqueza crearon condiciones sociales enteramente nuevas pues, si bien en un principio esas riquezas siguieron perteneciendo a la gens, poco a poco,

fueron pasando a ser propiedad particular de las familias que la componían. La codicia de los propietarios impulsó las guerras de rapiña; en éstas, los jefes militares se apoderaban de la mayor parte del botín y, a la vez, tendían a apropiarse del excedente comunal ya hacer sus cargos hereditarios. Como la familia crecía más despacio que la nueva riqueza, se necesitó más fuerza de trabajo, por lo que comenzó a utilizarse a los prisioneros de guerra como esclavos. *De la Primera Gran División Social del Trabajo nació la primera gran escisión de la sociedad en dos clases: señores y esclavos, explotadores y explotados (2).*

*¿Cómo van a influir estos hechos en la situación de la mujer? Nada sabemos hasta ahora acerca de cuándo y cómo pasaron los rebaños de propiedad común de la tribu o de la gens a ser patrimonio de los distintos jefes de familia aislados; pero, en lo esencial, ello debió acontecer en ese estadio. Y con la aparición de los rebaños y las demás riquezas nuevas, se produjo una revolución en la familia (3).* Este hecho no puede sorprendernos si tenemos en cuenta que el procurar los alimentos para comer había sido siempre asunto del hombre y, en consecuencia, los medios para procurar esos alimentos también eran propiedad suya. Así pues, los rebaños y la tierra cultivada constituían esos medios que, junto a los esclavos, eran propiedad del hombre y, lo que éste producía, era el excedente para el intercambio. De esta manera, la producción social quedó en manos del hombre y todo el beneficio, que provenía del intercambio de los excedentes entre las tribus, le pertenecía.

En esta nueva situación creada, la mujer podía disfrutar de la nueva riqueza, pero no participar de su propiedad. La división del trabajo dentro de la familia, que antes no había supuesto ningún antagonismo entre los sexos, al cambiar las condiciones fuera, al aparecer la propiedad privada y la división social del trabajo, hizo que el trabajo realizado por las mujeres, al no producir excedente, quedara relegado a un segundo plano; con ello, las mujeres corrieron la misma suerte: a la par que perdieron su posición en la producción, fueron perdiendo también todos sus derechos y su papel activo dentro de la comunidad.

La posición en la producción dio al hombre la supremacía en la familia, de la cual se sirvió para introducir el derecho paterno. El hombre necesitaba asegurar que fueran sus propios hijos quienes le heredasen y, para ello, no podía sino echar mano del matrimonio monogámico. La unión de la pareja sindiásmica era muy débil para poder asegurar la paternidad de los hijos. En cambio, en la familia monogámica, la disolución de la pareja ya no era potestativa para la mujer; a partir de ese momento, se le exigía fidelidad absoluta; el hombre, sin embargo, era libre para mantener todo tipo de relaciones fuera del matrimonio, para repudiar a la mujer e, incluso, para castigar su infidelidad, matándola o vendiéndola como esclava. La familia monogámica fue la primera forma de familia que se basó, no en condiciones naturales como hasta ese momento, ni tampoco -como algunos pretender hacernos creer- en el fruto del amor y de los sentimientos, sino en condiciones puramente económicas. En ella, se reproduce toda la estructura de la sociedad a nivel más pequeño, en sus manifestaciones económica, social e ideológica; su pilar fundamental es la propiedad privada. *La monogamia -dice Engels- fue, más que nada, el triunfo de la propiedad individual sobre el comunismo espontáneo primitivo; más adelante continúa: Por tanto, la monogamia no aparece de ninguna manera en la historia como una reconciliación entre el hombre y la mujer y, mucho menos aún, como la forma más elevada de la familia. Por el contrario: entra en escena bajo la forma de esclaviza miento de un sexo por el otro, como la proclamación de un conflicto entre los sexos, desconocido hasta entonces en la prehistoria [...] La primera división del trabajo es la que se hizo entre el hombre y la mujer para la procreación de*

*hijos. Y hoy puedo añadir: el primer antagonismo de clases que apareció en la historia coincide (subrayado nuestro) con el desarrollo del antagonismo entre el hombre y la mujer en la monogamia [...] La monogamia fue un gran progreso histórico, pero al mismo tiempo inaugura -juntamente con la esclavitud y con la propiedad privada- aquella época que aún dura en nuestros días y en la cual cada progreso es, al mismo tiempo, un retroceso relativo, en que la ventura y el desarrollo de unos verifican a expensas de la desventura y la represión de otros (4).*

Así, si la aparición de la propiedad privada relegó a un segundo plano el trabajo realizado por la mujer, con la implantación de la familia monogámica éste se fue individualizando progresivamente. En el antiguo hogar comunista, la dirección de la casa -confiada a las mujeres- era una industria pública, realizada en común; ahora, el trabajo doméstico se transforma en un servicio privado, realizado dentro del marco de la familia. El trabajo doméstico, individualizado, se limitó a la elaboración de bienes para el consumo exclusivamente familiar, o lo que es lo mismo, a la reposición privada de la fuerza de trabajo, actividad ésta que comprende tareas como el mantenimiento del hogar, preparación de la comida, el vestido, lavado, etc. En una palabra, todas las tareas necesarias para reponer las fuerzas de trabajo que, diariamente, desgastan los miembros de la familia en el proceso productivo, así como la educación y el cuidado de las futuras generaciones. El trabajo doméstico - que no creaba excedente ni, por tanto, riqueza- se convirtió en un trabajo invisible, considerado a partir de este momento como una prolongación de la capacidad biológica de la mujer de gestar y amamantar. Se perpetuó como una tarea específicamente femenina tras la que quedó oculta la actividad económica, útil y necesaria, que cumplía para el desarrollo de la sociedad.

A partir de este momento, los trabajos realizados por el hombre y por la mujer pasan a ser cualitativamente diferentes y, con ello, la situación de la mujer cambió radicalmente:

La mujer fue envilecida, domeñada, trocose en esclava del placer y en simple instrumento de reproducción.

Esta degradada condición de la mujer [...] ha sido gradualmente retocada, disimulada y, en ciertos sitios, hasta revestida de formas suaves; pero de ningún modo se ha suprimido (5).

## 1.2 La mujer en el esclavismo

En la sociedad esclavista encontramos la familia individual configurada como una unidad económica de la sociedad y fundada sobre la esclavitud doméstica de la mujer. Estas características y funciones esenciales se perpetuarán a través de los distintos modos de producción y van a configurar uno de los rasgos característicos de las sociedades clasistas.

A partir de este momento, nos encontramos ya ante una sociedad dividida en clases; en consecuencia, la situación de la mujer hay que abordarla desde el punto de vista de la clase social a la que pertenece. Siguiendo este criterio, en el esclavismo, sólo se puede hablar de opresión de la mujer en las clases poseedoras. Para las esclavas, la *igualdad* con sus compañeros de infortunio era absoluta pues, tanto el hombre como la mujer esclavos, carecían por completo de derechos. A pesar de ser ellos los productores de la riqueza, no eran considerados como personas, sino como un instrumento de trabajo más, que pertenecían, íntegra e ilimitadamente, al esclavista. En cuanto a las mujeres de la clase esclavista, dependían totalmente de sus esposos o padres, a los que debían obediencia ciega; no les estaba permitido participar en los asuntos públicos y su Única actividad consistía en organizar y dirigir el trabajo doméstico de los esclavos y

engendrar hijos que pudieran heredar los bienes del padre; en realidad, jugaban el papel de criada principal del amo de la casa.

En una sociedad como la esclavista, basada en la explotación masiva de esclavos y cuyo objetivo era aumentar el plusproducto, era lógico que el trabajo doméstico fuera menospreciado hasta ser considerado como una actividad carente de utilidad alguna. A pesar de ello, la mujer fue destinada a este trabajo que le ocupaba la mayor parte de su tiempo, mientras se la apartaba del resto de las actividades, tanto de la producción como de la política o la cultura. De esta manera, los hombres pertenecientes a la clase esclavista que, con el empleo masivo de esclavos se habían liberado del trabajo físico, también se liberaron del trabajo doméstico, lo que hizo posible que se dedicaran a desarrollar toda una serie de actividades en el terreno de la política, la cultura y el arte; actividades que, con el tiempo darán lugar a la aparición de una nueva división del trabajo: la existente entre el trabajo intelectual y el manual. A partir de este momento, y con la mujer ya completamente relegada de esta nueva esfera, comenzarán a consolidarse toda una serie de concepciones, cuyo fin será justificar su opresión, y que se basarán en una pretendida inferioridad o en unas cualidades innatas al sexo femenino. Esta ideología, en sus distintas vertientes, se ha seguido manteniendo hasta nuestros días.

Junto a la monogamia, basada en condicionamientos económicos y que sólo fue impuesta y exigida a las mujeres, era lógico que aparecieran sus dos aditamentos complementarios: el adulterio y la prostitución. Esta última se convirtió en una institución a la que gran número de mujeres, tanto libres como esclavas, se vieron abocadas como única forma de subsistencia. Fue, precisamente, sobre la base de la prostitución, de donde salieron las únicas mujeres que llegaron a destacar en la política y la cultura de aquella época. Eso sucedió, por ejemplo, con las hetairas griegas, quienes lograron adquirir una independencia -que no pasó de ser muy relativa, puesto que no realizaban un trabajo productivo y tenían que depender de la venta de su cuerpo a un hombre-. *Pero el solo hecho -dice Engels- de que para convertirse en mujer fuese preciso antes hacerse hetaira, es la condenación más severa de la familia ateniense (6).*

A medida que se iniciaba la decadencia de los Estados esclavistas -griego y romano-, la degeneración de las costumbres, la extensión de todo tipo de vicios y lacras... se apoderaron de la vida pública y privada. Muchas mujeres romanas, para escapar de la situación opresiva y degradante que vivían en sus familias, se inscribieron en los templos como prostitutas; mientras, otros miles de mujeres, arrancadas del hogar, alejadas de sus padres e hijos y llevadas a Italia por los conquistadores en calidad de esclavas, sentían del modo más profundo la miseria y ansiaban algo que las redimiera de sus desdichas.

Así, no es de extrañar el hecho de que, entre la masa de esclavas y en buena parte de las mujeres romanas que se sentían asqueadas, prendiera con fuerza la doctrina del cristianismo, una nueva religión que predicaba la redención y la liberación del cenagal en que se desarrollaba la vida durante el esclavismo. Las mujeres tomaron parte muy activa en la propagación de la nueva doctrina; sin embargo, la Iglesia recompensó mal su fervor, puesto que el cristianismo, desde sus inicios, ha considerado a la mujer como sierva del hombre, colocándola a la altura de los animales domésticos, la tierra, etc.

La crisis del modo de producción esclavista trajo consecuencias importantes para la situación de la mujer. El hecho de que fueran los pueblos germanos, galos y eslavos, que se encontraban en el estadio superior de la barbarie, los únicos que tuvieran la vitalidad suficiente para acabar con la exhausta sociedad esclavista, influyó en un mejoramiento de

la vida de las mujeres. Entre las comunidades germanas que irrumpieron en la vida del decadente imperio romano, la posesión de los bienes era fundamentalmente comunal y, en ellas, regía todavía el matrimonio sindiásmico, por lo que la mujer gozaba de mayor consideración que en las sociedades esclavistas. Y, si bien los germanos asimilaron la cultura, el régimen de propiedad privada y la monogamia de los romanos, de la mezcla de ambas costumbres resultó un matrimonio algo más dulce que el anterior.

### 1.3 La mujer en el feudalismo

De entre las ruinas del Estado esclavista, fue surgiendo el Estado feudal; los campesinos, antes libres, cayeron bajo la dependencia de los señores feudales que se apoderaron de sus tierras, extendiéndose el vasallaje y la servidumbre de la gleba.

En el feudalismo, la mayor parte de la producción era creada por la explotación agrícola-ganadera de carácter familiar y casi autosuficiente. La mujer dentro de esta economía tenía un papel productivo en el que encontraba un sentido, ya que el trabajo doméstico necesario para el mantenimiento de la familia estaba interrelacionado con el trabajo social, y ambos eran realizados por la familia como unidad productiva.

En este tipo de economía natural, el intercambio era muy reducido; la familia era, al mismo tiempo, el centro de la reproducción de la fuerza de trabajo y de la creación del plusproducto, el cual se manifestaba en la renta en productos que el siervo pagaba al señor feudal. Este pago no se efectuaba a título personal del campesino, sino como fruto de la economía familiar en la que participaban todos sus miembros; por otro lado, el trabajo de subsistencia era consumido por el conjunto de la familia. Ambos trabajos eran del mismo tipo y, generalmente, sólo producían valores de uso.

En este contexto, la situación de la mujer campesina en el trabajo no se diferenciaba en nada de la de los campesinos; sin embargo, a nivel social su situación era más oprobiosa. El señor feudal podía destinar una mujer a un hombre y podía disponer de la mujer o la hija del siervo que se le antojara, ejerciendo sobre ella el derecho de pernada; además, en la vida doméstica, la mujer debía obediencia a su marido y estaba bajo su tutela; de este modo, tenía que servir a dos señores a la vez.

La Iglesia contribuyó en buena medida a favorecer y aumentar la situación de miseria, opresión y explotación en que vivían los campesinos y, en particular, las mujeres. Dos factores contribuyeron a ello: uno, que los abades, obispos, congregaciones, etc. eran también señores feudales y disponían de tantas tierras, vasallos y siervos como los señores laicos y, dos, la propagación de todo tipo de costumbres inmorales que acompañaban por doquier a los representantes eclesiásticos. El cristianismo había elevado a rango de virtud la paciencia, la obediencia y la resignación con el propio destino, virtudes que los siervos tenían el deber de practicar y por las cuales, según les decían, serían compensados en el otro mundo. En cuanto a la mujer, los padres de la Iglesia tuvieron que recurrir a un sinnúmero de galimatías para demostrar su supuesta inferioridad y justificar su dependencia respecto al hombre. El más célebre de sus teólogos, Tomás de Aquino, decía al respecto: *La mujer es una mala hierba que crece rápidamente, es una persona imperfecta, cuyo cuerpo alcanza su desarrollo completo más rápidamente sólo porque es de menos valor y la naturaleza se ocupa menos de él. Las mujeres nacen para estar sujetas eternamente bajo el yugo de su dueño y señor, a quien la naturaleza ha destinado al señorío por la superioridad que le ha dado al hombre en todos los aspectos* (7).



Esta situación, particularmente oprobiosa para la mujer, explica el hecho de su importante participación en las denominadas *jaquerías*, sublevaciones campesinas en la Francia de 1358; otro tanto sucedió en Inglaterra con los *lollardos* o en la propia Alemania, país en donde las mujeres fueron las más acérrimas defensoras de las ideas preconizadas por el líder campesino Tomás Münzer.

En esencia, éste era el modo de vida de la campesina, sierva o vasalla. Por su parte, las mujeres de los señores feudales controlaban la economía del feudo, organizaban la producción doméstica y, en ausencia del marido, recogían los impuestos y cánones de los campesinos. Pero la dama de la época feudal carecía de derechos en el seno de su propia familia. Su marido podía jugársela a los dados o encerrarla en un convento ante la simple sospecha de que le hubiera sido infiel. Así pues, en calidad de esposa del señor, tenía derecho a títulos y posesiones y, en calidad de miembro de la familia, estaba sometida al derecho paterno. En esta época, los matrimonios, entre la clase de los feudales, se realizaban exclusivamente por razones económicas e incluso políticas, prometiendo los padres a sus hijos cuando éstos eran aún niños.

Un pequeño grupo de mujeres escapó, durante la última época de la Edad Media, a la vida de miseria y humillación que padecían la mayoría de las masas femeninas de aquella época. Eran las artesanas de las florecientes ciudades o burgos, quienes gozaban de una serie de derechos, fruto de su participación activa en la producción social; podían obtener el título de maestría y regentar talleres con oficiales y aprendices. Formaban parte de la corporación gremial y, por lo tanto, tenían voz y voto en los consejos y asambleas donde se discutían los asuntos públicos y políticos de la ciudad. A la muerte del artesano, su mujer podía heredar el taller y el título de maestro. El propio artesano estaba muy interesado en mantener esta situación ya que, cuantos más miembros de la familia trabajasen en torno suyo, más productivo era su trabajo.

No obstante, no hay que sobrestimar el papel de la mujer artesana de esa época. En primer lugar, porque constituían una insignificante minoría que en nada podía alterar la situación general y, en segundo, porque su propia situación no dejó de ser pasajera. Bastó que las ciudades sufrieran el colapso producido por la llegada de miles de campesinos huidos de la servidumbre, para que la competencia eliminara a la mujer de la producción. A partir de ese momento, miles de mujeres se encontraron ante el dilema de encerrarse en un convento o de sumarse a los ejércitos de vagabundos y mendigos que poblaban caminos, bosques y ciudades y, contra los cuales, se promulgaba un decreto tras otro, a cual más duro. A medida que fue incrementándose la producción, aumentó el intercambio. El yugo feudal que pendía sobre los campesinos les impedía incrementar la producción agrícola, las barreras y los reglamentos gremiales obstaculizaban el aumento de la producción de los artesanos. Todo esto, planteó la necesidad de romper con la estructura gremial y dejar paso al taller capitalista, libre de todo tipo de restricciones. El modo de producción capitalista nacía de las mismas entrañas del sistema feudal. El desarrollo de la división social del trabajo condujo a la aparición de nuevos oficios; esto, unido al consiguiente auge del comercio, a la acumulación de capitales y la existencia de una masa de gentes desposeídas, carentes de medios de producción y cuyo único medio de subsistencia era la venta de su fuerza de trabajo, crearon las premisas necesarias para la aparición del capitalismo.

El capitalista, en un primer momento, se limitó a agrupar a un gran número de obreros en un taller. Este primer paso dio lugar a la aparición de la manufactura, en la que distintos obreros se fueron especializando, según su habilidad, en una determinada operación de trabajo, con lo que se

incrementaba la productividad. Fue la manufactura, por tanto, la que preparó las condiciones necesarias para el paso a la producción mecanizada.

Durante el período manufacturero del capitalismo, el trabajo a domicilio adquirió un desarrollo muy importante, lo que ofreció a la campesina, a la sierva que huía del yugo feudal o a la artesana empobrecida, la posibilidad de participar en la producción social sin tener, por ello, que abandonar el hogar. Esta fue la razón de que miles de mujeres se convirtieran en asalariadas en el período de formación del capitalismo. Ahora bien, al contrario que en la etapa de las corporaciones gremiales, su trabajo ya no estuvo protegido; ahora se caracterizaba por las extenuantes jornadas laborales, las bajas tarifas del trabajo-hora, la explotación de los niños, etc. La manufactura amplió aún más la posibilidad de incorporación de la mujer a la industria ya que, gracias a la división del trabajo, el obrero manufacturero sólo tenía que realizar una operación simple, rutinaria, para la que no se exigía una cualificación profesional. Y así, al tiempo que se iba constituyendo la clase de los trabajadores asalariados, la mujer abordó un nuevo viraje en su historia: además de sufrir la opresión como persona y ciudadana, como miembro de la familia, comenzó a sufrir la explotación capitalista.

## 2. La mujer en el capitalismo

### 2.1 La incorporación de la mujer al trabajo

En el sistema capitalista, se despoja al trabajador de la tierra y de los instrumentos de producción, es decir, de toda posibilidad de satisfacer sus necesidades, excepto mediante la venta de su fuerza de trabajo. Este hecho provoca un cambio radical en la naturaleza del sistema de producción; se proletariza a todas las capas de pequeños productores ya todos los miembros de la familia, incluyendo mujeres y niños, produciéndose, en consecuencia, una división bien delimitada entre la reproducción de la fuerza de trabajo y la producción social. Al no disponer de la tierra ni de los instrumentos de producción antes radicados en la casa, la familia dejó de tener un papel en la producción social; por ello, el trabajo doméstico de la mujer volvió a tener un carácter meramente privado.

No obstante, en el período de acumulación de capital -y como medio de obtención de sustanciosos beneficios-, el capitalismo va a recurrir al empleo, en número importante, de la fuerza de trabajo femenina. En esta primera etapa de desarrollo capitalista, la mujer fue lanzada al mercado de trabajo antes de que la gran industria hubiera alcanzado un grado de desarrollo tal que permitiera absorber algunas de las labores domésticas que realizaba en el hogar; esto implicaba que, al volver del trabajo tenía que desempeñar sus funciones tradicionales en el hogar. Para las obreras, en una época en que las jornadas de trabajo se prolongaban por encima de las doce horas, era imposible realizar el trabajo doméstico, lo que ponía en peligro, principalmente, el desarrollo de las nuevas generaciones de trabajadores y por tanto la reposición de la futura fuerza de trabajo. Las jornadas extenuantes, la falta de cuidados en los períodos de embarazos, los trabajos perjudiciales y la imposibilidad de atender y cuidar de los hijos, generaban el aumento de las enfermedades, las malformaciones y el incremento de la mortalidad infantil.

Esta incorporación de la mujer a la producción social vino a destapar ya poner crudamente de manifiesto la contradicción existente entre el trabajo social de la mujer y las tareas domésticas que, tradicionalmente, venía desempeñando. Engels resumía así la situación: *Si la mujer cumple con sus*



*deberes en el servicio privado de la familia, queda excluida de la producción del trabajo social y no puede ganar nada y, si quiere tomar parte en la industria social y ganar por su cuenta, le es imposible cumplir con sus deberes en la familia (8).*

Esta contradicción, que ponía en peligro la reposición de la fuerza de trabajo, no podía mantenerse por tiempo indefinido; por ello, en los países de temprano desarrollo industrial, una vez concluido en sus líneas esenciales el período de acumulación originaria del capital y, sobre todo, con la imposición de la gran industria, se produjo un reflujo importante en la incorporación de la mujer a la producción social. Muchas trabajadoras fueron despedidas y hubieron de volver a sus casas para poder cumplir con su tarea de reproducción de la fuerza de trabajo en el seno de la familia. Sin embargo, a medida que el capitalismo se fue desarrollando, se produjeron una serie de cambios fundamentales que iban a permitir que, tras ese reflujo inicial, volviera a predominar la tendencia de la incorporación de la mujer al trabajo. Dos factores influyeron en este hecho: Por un lado, la industria fue absorbiendo, cada vez más, la fabricación de productos que antes realizaba la mujer en el hogar, haciendo más liviano el trabajo doméstico y dejando a ésta más tiempo libre; por otro, la familia fue necesitando una mayor entrada de dinero para obtener en el mercado esos productos que antes se fabricaban en la casa y éste sólo podía obtenerse si la mujer vendía también su fuerza de trabajo. El capitalista se aprovechaba así del tiempo libre de la mujer, adueñándose de él; sin embargo, y a diferencia del período anterior, en esta etapa la mujer va a poder conjugar la tarea de reproducción de la fuerza de trabajo con su incorporación a la producción. El capitalismo va a conseguir que se puedan combinar ambas actividades aumentando la explotación de la mujer hasta los límites de una doble jornada y otorgando un carácter subsidiario a su trabajo productivo, es decir, convirtiéndola en una parte esencial del ejército industrial de reserva, en mano de obra barata a quien se incorpora a la producción o se la devuelve al hogar dependiendo de las necesidades económicas del sistema.

A partir de esos momentos, la discriminación que ha sufrido la mujer durante siglos, se manifestará también en el trabajo social, tanto en lo que concierne a las ocupaciones como en lo que atañe a los salarios.

En general, la actividad que va a desempeñar la mujer en la producción social será la continuación de las tareas realizadas en el hogar. Así, y como norma habitual, las mujeres serán incorporadas a la industria textil y sus derivados, a la industria alimenticia y farmacéutica y al sector servicios: maestras, secretarias, telefonistas, sirvientas, etc., siendo marginadas, de forma sistemática, de todas aquellas ramas con un mayor desarrollo de las fuerzas productivas, salvo en los períodos de guerra en los que la necesidad obligará a incorporarla a la industria pesada. De esta manera, el trabajo social de la mujer no va a entrar en contradicción con la imagen femenina, históricamente condicionada por su función dentro de la economía doméstica.

Pero existe, además, otro factor que va a condicionar esta discriminación: la doble jornada de trabajo. La trabajadora, al terminar su jornada social, habrá de llevar a cabo otra, a veces igualmente larga, en la casa. Este hecho la obligará a realizar, en general, trabajos de baja intensidad laboral que le permitan reservar parte de sus energías musculares, indispensables para la realización de las tareas domésticas y la atención del conjunto de la familia, principalmente de los hijos. Esta función, realizada por la mujer en el seno de la familia, es de vital importancia para la supervivencia del sistema capitalista.

Esta división del trabajo en la producción, contribuye a consolidar los prejuicios sobre los sexos en el terreno laboral y justifica, por un lado, la

desigualdad de salarios de la mujer con respecto al hombre -aun en puestos equivalentes y con una misma cualificación- y, por otro, la obligación de la obrera de seguir ocupándose del trabajo doméstico.

El beneficio que estas características del trabajo femenino reporta a los capitalistas, es enorme, ya que garantiza la perpetuación de la familia como unidad económica y, al mismo tiempo, sirve para aumentar la explotación de la clase obrera en su conjunto. Teniendo en cuenta que, según la norma tradicionalmente establecida, la tarea específica de la mujer es la doméstica y no es a ella, por tanto, a la que corresponde mantener a la familia con su salario -responsabilidad específica del hombre-, no es de extrañar la consideración de que la mujer necesita un salario menor. De esta forma, con la creciente incorporación de la mujer al trabajo, el capitalista -que antes extraía una única cuota de plusvalía del cabeza de familia-, ahora va a obtener un beneficio multiplicado, puesto que la mujer, por el mismo trabajo que el hombre, recibe un salario menor, pero imprescindible para completar la entrada necesaria de dinero a la familia; pero, ahora, el salario no se le paga íntegro al obrero, sino que se distribuye entre ambos miembros. El resultado de esta situación es que el capitalista extrae una mayor cuota de plusvalía de la familia obrera; en contraposición, los ingresos de ésta aumentan muy poco en relación a la explotación de que son objeto. Las causas de esto se deben a *que lo que determina el valor de la fuerza de trabajo y, por tanto, el nivel de ingresos salariales de la misma, es el valor de las mercancías que son medios de vida necesarios para el sustento de la familia en su conjunto* (9). Y, aún más, la mujer, al estar peor pagada, reduce el salario promedio de los obreros, lo que constituye una amenaza para los demás trabajadores quienes, según los intereses del momento, podrán ser sustituidos o ver caer sus salarios a un nivel todavía más bajo. De esta forma, la discriminación de la mujer en este terreno contribuye a la depreciación general de los salarios.

Por su parte, la mujer trabajadora tiene que soportar una mayor explotación en la producción social y la doble jornada, lo que la convierte en una persona doblemente explotada; por un lado, en su faceta de obrera asalariada y, por otro, como reproductora privada de la fuerza de trabajo. Habitualmente, se piensa que las labores domésticas están al margen de la producción, que son deberes naturales de la mujer hacia la familia y, por lo mismo, totalmente ajenos a la economía. Partiendo de esta concepción, se niega el valor económico de las tareas domésticas y, ello, a pesar de que en esta actividad se consumen muchas horas diarias de trabajo. El trabajo doméstico sólo se concibe como una prolongación del papel biológico de la mujer en la reproducción, a la par que se sostiene que la mujer nace con ciertos rasgos físicos e intelectuales que la destinan, por naturaleza, a cumplir ese determinado tipo de labores. Y, sin embargo, nada más alejado de la realidad. El objetivo del trabajo doméstico no es otro que la reposición de la fuerza de trabajo, es decir, *del conjunto de energías físicas y mentales del trabajador, su capacidad laboral. En todo proceso productivo, ésta desempeña un papel fundamental. Con ella los hombres y mujeres laboran, y en el curso de esta actividad se consume, se desgasta y debe ser respuesta de nuevo. Diariamente las mujeres y los hombres realizan sus tareas consumiendo sus energías; deben, pues, comer, vestirse, descansar, para poder continuar produciendo al día siguiente* (10). El obrero, con la venta de su fuerza de trabajo, obtiene un salario, pero él y su familia no se sustentan sólo con lo que pueden comprar con dicho salario, sino que es preciso invertir muchas horas en el trabajo doméstico, es decir, en las labores de subsistencia, tarea que, como norma, realiza la mujer.

En el capitalismo, el trabajo doméstico está totalmente deslindado del trabajo social y se va circunscribiendo y limitando al trabajo invisible, definido socialmente como 'femenino', que produce los siguientes bienes y servicios: alimentos preparados, ropa en buenas condiciones, vivienda limpia y niños educados de acuerdo con las normas exigidas a la nueva generación de trabajadores (11). Es cierto que el trabajo doméstico, dado el papel que cumple en la reproducción de la fuerza de trabajo, no produce valor; ahora bien, no por ello la mujer deja de sufrir la explotación capitalista. Es cierto también que esta actividad no forma parte del modo de producción capitalista y, sin embargo, es imprescindible para el propio desarrollo del sistema; aunque los capitalistas no tienen relación directa con el trabajo de subsistencia, sí lo explotan indirectamente, ya que, gracias a todas las actividades y servicios realizados por la mujer en el hogar, se puede liberar y gastar toda la fuerza de trabajo de los hombres en el proceso productivo. De no recaer este trabajo sobre la mujer, no quedarían más que dos opciones: o reducir sensiblemente las horas de trabajo de los hombres para poder cubrir estas necesidades, o poner en marcha toda una serie de servicios sociales colectivos (guarderías, lavanderías, comedores,...) para suplir las labores domésticas y liberar a la mujer de esta pesada carga. En el primer supuesto, la plusvalía arrancada al obrero quedaría reducida sensiblemente; en el segundo, se tendrían que elevar los salarios de los trabajadores para poder costear esos servicios o el propio capitalista tendría que pagarlos de su bolsillo. En ambos casos, el resultado es el mismo: se extrae una menor plusvalía y, en consonancia, una menor cuota de ganancia.

Por otra parte, la doble explotación de la mujer trabajadora está indisolublemente ligada a la existencia de la unidad económica familiar. Este hecho pone sobre el tapete la contradicción flagrante, que existe en este sistema, entre la necesidad de utilizar la fuerza productiva femenina a nivel social y la necesidad de seguir perpetuando la familia como unidad económica y, en consecuencia, el papel de la mujer en ella. De hecho, con la incorporación de la mujer a la producción, se inicia uno de los fenómenos más importantes bajo el sistema capitalista: la crisis de la familia como unidad económica.

Hasta ese momento, la división del trabajo entre los sexos en la familia se había adaptado a todas las sociedades clasistas; la familia -y la situación de la mujer dentro de ella- seguía conservando sus rasgos esenciales a través de los distintos modos de producción. Con el capitalismo, esta situación va a variar. Las causas principales que actúan en este cambio son dos; primero, al despojar a la mayoría de la población de todo lo que no sea su propia fuerza de trabajo, se deja a la mayor parte de las familias sin su base fundamental: el patrimonio y la herencia; segundo, al incorporar a la mujer a la producción social, sale a la luz la contradicción que existe entre la necesidad de desarrollar las fuerzas productivas y la necesidad del sistema capitalista de reproducir la fuerza de trabajo, de forma privada, en el seno de la familia.

Bajo el capitalismo, sólo la familia de la burguesía está basada en intereses económicos. Los matrimonios se realizan en base a los bienes que posee cada cónyuge y su objetivo es el de mejorar la posición social de ambos. Los hijos son los herederos de los bienes de la familia y se les educa para defender sus privilegios económicos y aumentar el patrimonio familiar. La familia burguesa responde, en toda su magnitud, a la función de célula económica de una sociedad basada en la propiedad privada sobre los medios de producción. Por su parte, la familia proletaria ha perdido totalmente esta base económica; el proletario, al no poseer más que su fuerza de trabajo -la cual tiene que vender para poder subsistir-, no tiene propiedad alguna que preservar o transmitir; así, la familia, concebida

como unidad económica, pierde su sentido. Marx y Engels decían a este respecto: *La burguesía desgarró los velos emotivos y sentimentales que envolvían a la familia y puso al desnudo la realidad económica de las relaciones familiares...* [pero] *¿En qué se funda la familia actual, la familia burguesa? En el capital, en el lucro privado. Sólo la burguesía tiene una familia, en el pleno sentido de la palabra;* en otra parte de su obra añaden: *Las condiciones de vida de la vieja sociedad aparecen ya destruidas en las condiciones de vida del proletariado. El proletariado carece de bienes. Sus relaciones con la mujer y con los hijos no tienen ya nada en común con las relaciones familiares burguesas* (12).

Ciertamente, y aunque en el capitalismo, la familia proletaria pierde su base económica, eso no significa que no siga funcionando como unidad económica social, ya que en ella se sigue reproduciendo, diariamente, la fuerza de trabajo de los desposeídos. El capitalista necesita que siga cumpliendo esta función económica, además de su función ideológica, como transmisora de los valores tradicionales; él nunca va a renunciar a las múltiples ganancias y al sinfín de beneficios que le reporta el trabajo doméstico de la mujer. Pero, esta perpetuación de la unidad económica familiar, que sólo beneficia a los capitalistas, entra en contradicción con los intereses de las mujeres y de toda la sociedad.

Recordemos que en las economías naturales, precapitalistas, la familia era una unidad de reproducción de fuerza de trabajo y una unidad social; en el proceso de desarrollo de tales economías, las mujeres participaban en la producción social y en la de subsistencia y autoconsumo. Ahora, ambos trabajos están completamente diferenciados. Y en la esfera del trabajo invisible -a diferencia de la producción social- no se producen cambios, transformaciones; no hay en ella evolución alguna. Su perpetuación es una constante traba para el desarrollo de las fuerzas productivas y de las propias mujeres, ya que consume improductivamente, millones de horas de trabajo realizadas por la mitad de la población e impide la incorporación activa de la mujer a todas las esferas de la vida económica, política, social y cultural del país.

Liberar, para el provecho social, todas las energías femeninas que se consumen diariamente en el alienante y embrutecedor trabajo doméstico, implica la urgente necesidad -puesta de manifiesto por el propio sistema capitalista- de acabar con la familia como unidad económica de la sociedad y que las funciones económicas que la mujer realiza en su seno sean absorbidas por toda la sociedad. Pero pensar que esto se pueda conseguir bajo el capitalismo es una pura ilusión, pues acabar con esta contradicción -al igual que con las demás contradicciones internas bajo las que se desenvuelve el modo de producción capitalista- supondría negarse a sí mismo, atacar uno de los pilares básicos sobre los que se asienta: su sacrosanta propiedad privada y la renuncia de su verdadera razón de ser: el aumento de la tasa de beneficios y el incremento, cada vez mayor, de sus ganancias. La imposibilidad que tiene este sistema para resolver tal contradicción es la causa de que, bajo el capitalismo, la familia haga aguas por sus cuatro costados y esté en franca descomposición.

A medida que se ha ido desarrollando el monopolismo y, más en concreto, a medida que se va agravando la crisis económica en que se debate el sistema, la propia crisis de la familia se ha ido agudizando en la misma proporción.

Con la crisis, las mujeres son las primeras en ser expulsadas de la producción y devueltas a la esfera del hogar. Por su parte, el aumento del paro crea una situación de miseria tal en las familias, que lleva a todos sus miembros a buscar un sustento como sea; en situaciones así, como los propios hechos demuestran, los únicos que tienen posibilidad de emplearse son las mujeres y los niños. Su incorporación a la producción se

encauza hacia los trabajos marginales, que siempre proliferan en épocas de crisis, y que se caracterizan por las condiciones leoninas de sobreexplotación y por los salarios de miseria. Miles de familias subsisten gracias a estos ingresos, pero este hecho crea situaciones verdaderamente caóticas en el seno familiar; las mujeres permanecen fuera de casa todo el día, dejándose la piel en un trabajo que se realiza en condiciones infrahumanas y, mientras, los hombres permanecen todo el día en casa, realizando las tareas domésticas y cuidando de los hijos. Los papeles se invierten, pero el hombre no puede aceptar esta situación que, curiosamente, coincide con la que se produjo en los inicios del capitalismo, en el período de acumulación del capital y que Engels -refiriéndose, en concreto a la situación de la clase obrera en Inglaterra- definía así: *Estas condiciones que degradan a los dos sexos, y en ellos a la humanidad, son la última consecuencia de nuestra elogiada civilización...; debemos agregar que esa total inversión de la condición de los sexos solamente puede provenir de una causa: que los sexos, desde el principio, han sido puestos falsamente frente a frente... La mujer puede ahora, como antes el hombre, cimentar su dominio, puesto que la mayoría de las veces da todo a la familia; de esto se sigue, necesariamente, que la comunidad de los miembros de la familia no es verdadera ni racional, porque un solo miembro de ella contribuye con la mayor parte. La familia de la moderna sociedad es disuelta, y en esta disolución se demuestra, justamente, que en el fondo no es el amor a la familia sino el interés privado, necesariamente conservado en la investida comunidad de bienes, el lazo que sostiene a la familia* (13).

Esta situación va minando las bases del sistema pero, entre tanto, el capitalista obtiene un buen provecho de ella. El carácter subsidiario de la fuerza de trabajo femenina, permite que se la encamine hacia la economía sumergida y que se la pueda sobreexplotar de forma bestial, como no podría hacerse con la mano de obra masculina; a la par, el que la mujer forme parte esencial del ejército industrial de reserva y tenga un importante trabajo que cumplir en el hogar, permite que una parte de la mano de obra sobrante en época de crisis no plantee conflictividad alguna; por añadidura, esto permite que quede encubierta la incapacidad del capitalismo para garantizar el pleno empleo, ya que un número importante de mujeres no tienen en toda su vida otra ocupación ni otra actividad que el trabajo doméstico.

En la actualidad, en cada país capitalista, son miles las mujeres cuyo trabajo no produce valor alguno y que tampoco venden su fuerza de trabajo sino que, simplemente, por medio del matrimonio, aceptan ponerla al servicio de la familia. Son las amas de casa quienes, a cambio de su manutención y de la adquisición de un determinado status social -establecido por la posición del marido-, aceptan la obligación del cuidado de la familia, del mantenimiento del hogar y de la crianza y educación de los hijos.

Las amas de casa (por supuesto, sólo nos referimos a las que pertenecen a los sectores populares), al no estar incorporadas al proceso productivo, no sufren la doble explotación; ahora bien, su situación es todavía más oprobiosa. Su vida transcurre diariamente entre las cuatro paredes del hogar, aisladas del mundo exterior y condenadas a un trabajo alienante, embrutecedor y repetitivo; su único horizonte en la vida se circunscribe, casi exclusivamente, al ámbito de los hijos y la casa. Su situación se ve agravada, además, por la total dependencia económica del marido lo que les priva de la posibilidad de tomar la más mínima decisión en terreno alguno y les hace vulnerables al autoritarismo de sus compañeros.

De hecho, la opresión de la mujer en la familia -opresión ejercida por el hombre- viene determinada por la histórica división del trabajo entre los

sexos y por la preponderancia económica que tal división ha proporcionado, a lo largo de los siglos, al hombre; y mientras el peso fundamental de la manutención de la familia siga recayendo en éste, su posición dentro de la misma seguirá siendo privilegiada. A poco que echemos una ojeada a todas las sociedades de clases, veremos que el hombre ha sido -y aún hoy sigue siéndolo- el «jefe» de la familia y, como tal, ejerce su autoridad sobre los demás miembros de la misma. La mujer, en cambio, sigue siendo la esclava del hogar. Unos y otras han sido educados para jugar estos distintos papeles. Acorde con esta educación recibida, el hombre, lejos de ayudar a su compañera en las tareas domésticas y en la educación de los hijos, consiente en verla convertida en su esclava y la obliga a cargar con todo el peso del trabajo. En consecuencia, las relaciones personales que se establecen en el ámbito de la familia son igualmente opresivas; no responden a una igualdad y colaboración mutuas, sino que vienen a ser el resultado del ejercicio de la autoridad masculina que, en numerosas ocasiones, llega a ser vejatoria y denigrante. En cuanto a la mujer, tampoco escapa a la influencia de esta ideología; la propia educación recibida la predispone a admitir, sumisamente, ese papel de segunda fila, a acomodarse en él hasta el extremo de buscar, como algo natural, la protección del hombre ya aceptar la sumisión y la dependencia como algo característico de su ser.

Es cierto también que, fruto del progreso social, la conciencia de los jóvenes ha variado algo a este respecto; no obstante, aunque más *dulce*: su esencia sigue siendo la misma y, a la postre, siempre acaban apareciendo los prejuicios y las lacras heredados tras siglos de imposición de la ideología patriarcal.

Además de la opresión en la familia, la mujer sufre también la opresión social, característica de todas las sociedades de clases, y cuya base económica es la explotación de una mayoría por una minoría detentadora del poder y de todos los derechos. La existencia de un sinfín de leyes y normas que legalizan la carencia de libertades y derechos de la mayoría, unido a la represión física, son las armas de que se dotan las sociedades clasistas para conservar, por tiempo indefinido, su dominación. Y si esto sucede a nivel general, para la mujer, la situación es, en muchas ocasiones, aún peor, ya que, si bien en las leyes se reconoce la igualdad de derechos para todos sin importar raza, sexo o religión, en la realidad, estos derechos suelen ser puro papel mojado, agudizando aún más la opresión que ejerce la sociedad burguesa sobre las masas femeninas. De esta manera, la mujer está sometida a una doble opresión: la opresión por parte de la sociedad burguesa y la opresión en la familia, aunque -tampoco podemos olvidarlo-, la segunda es consecuencia de la primera.

Esta es, a grandes rasgos, la situación de la mujer en el sistema capitalista. Ahora bien, también es necesario señalar otro aspecto: el progreso que las mujeres han experimentado con el desarrollo del capitalismo. La incorporación de la mujer a la producción ha supuesto, para multitud de ellas, la toma de conciencia sobre su situación y ha jugado un papel fundamental en el resquebrajamiento del baluarte ideológico sobre el que se asienta la familia tradicional y su propia opresión. La mujer trabajadora, con cierta independencia económica y con conciencia de su opresión, ya no se conforma con esta situación, puesto que la familia no le ofrece una vida satisfactoria; por ello, a la par que lucha con sus compañeros de clase contra la explotación capitalista, lucha, asimismo, por la consecución de derechos políticos y sociales y reclama unas relaciones diferentes, basadas en la igualdad y no en la opresión, que acaben con la subordinación e inferioridad que padece en el seno de la familia.



La incorporación de la mujer a la producción y la disolución de la familia como unidad económica de la sociedad son, pues, dos hechos intrínsecamente unidos e imprescindibles para el desarrollo de las fuerzas productivas y para alcanzar la emancipación de la mujer. En la lucha por la conquista de ambos, siempre se llega a un mismo punto: la lucha contra el sistema capitalista, porque, como primer paso para poder llegar a alcanzarlos, es imprescindible eliminar la propiedad privada sobre los medios de producción y la explotación del hombre por el hombre y acabar con la división del trabajo entre los sexos y con la familia tradicional que sostiene esta sociedad; sólo entonces, la mujer podrá abandonar la esfera privada para instalarse, definitivamente, en la esfera social en igualdad de condiciones y con los mismos derechos que los hombres.

Ya en su época, Marx apuntó la importancia de los cambios que se estaban operando bajo el capitalismo, como inicio de un camino que conduciría a la humanidad hacia futuras victorias. *Por muy espantosa y repugnante que nos parezca la disolución de la antigua familia dentro del sistema capitalista, no es menos cierto que la gran industria, al asignar a la mujer, al joven y al niño de ambos sexos, un papel decisivo en los procesos socialmente organizados de la producción, arrancándolos con ello a la órbita doméstica, crea las nuevas bases económicas para una forma superior de familia y de relaciones entre ambos sexos [...] y no es menos evidente que la existencia de un personal obrero combinado, en el que entran individuos de ambos sexos y de las más diversas edades -aunque hoy, en su forma primitiva y brutal, en que el obrero existe para el proceso de producción y no éste para el obrero, sea fuente apestosa de corrupción y esclavitud-, bajo las condiciones que corresponden a este régimen se trocará necesariamente en fuente de progreso humano (14).*

## 2.2 Reproducción biológica y maternidad

Al hablar de las actividades que la mujer realiza en el seno de la familia, suele confundirse, sistemáticamente, la reproducción estrictamente biológica con la reproducción privada de la fuerza de trabajo. Dicha confusión sirve de base para cimentar toda una serie de teorías, mediante las cuales se justifican la división del trabajo entre el hombre y la mujer y la propia opresión de la mujer.

Nadie puede negar el hecho de que la reproducción biológica ha ejercido su influencia a la hora de realizarse la división natural del trabajo entre los sexos en las comunidades primitivas. La mujer difícilmente podía ir a cazar en los periodos de embarazo y era lógico, por tanto, que se quedara en los asentamientos mientras el hombre se ausentaba por largas temporadas. El escaso desarrollo de las fuerzas productivas exigía esta división natural del trabajo entre los sexos; sin embargo, en modo alguno esto supuso la discriminación de la mujer, ni su alejamiento de las tareas productivas o de los trabajos pesados. En las primitivas gens, las mujeres fueron las primeras en dedicarse a la agricultura ya otra serie de tareas de vital importancia para la supervivencia de toda la comunidad. Incluso, en las mismas sociedades clasistas, sólo las mujeres de las clases explotadoras fueron reducidas a la ociosidad o al trabajo doméstico; ni las esclavas, ni las siervas o campesinas del feudalismo, estuvieron apartadas de los trabajos productivos; todas ellas eran capaces de parir, de realizar los trabajos domésticos y de participar en los trabajos agrícolas o artesanales. Bajo el capitalismo, con la incorporación de la mujer a la producción social, las trabajadoras vuelven a combinar estas tres facetas de su actividad, sin que nadie se acuerde de su inferioridad o debilidad ni de su incapacidad para realizar ciertas tareas. Sin embargo, el capitalismo ha sido capaz de extender, al mismo tiempo, entre las clases desposeídas y bajo la figura

del ama de casa, el papel de la mujer como esclava del hogar para quien la producción social está vedada.

La reproducción biológica incide en la actividad económica de la mujer, dependiendo de las costumbres y, sobre todo, del desarrollo de la sociedad. Esta incidencia puede ser mucha o nula, pero, en cualquier caso, nunca justifica la opresión de la mujer ni su alejamiento de la esfera de la producción social. Por otra parte, dado el actual desarrollo de las fuerzas productivas, la mecanización del trabajo y la posibilidad de que la sociedad absorba las tareas domésticas, ya no existe razón alguna que justifique la división del trabajo entre los sexos; de ahí que su abolición sea una necesidad perentoria a la que no se opone, bajo ningún concepto, la función biológica de la mujer.

La misma confusión que existe a la hora de analizar la relación factor biológico-opresión de la mujer, nos la encontramos también a la hora de relacionar el papel biológico que la mujer cumple en la reproducción con toda una serie de tareas relacionadas con la crianza y educación de los hijos. Con mucha frecuencia, ambos aspectos se confunden, hasta el punto de convertirlos en una misma cosa. Dicha confusión es necesaria para justificar que el hombre se haya desentendido totalmente de su responsabilidad respecto a los hijos y que la tarea de su educación y cuidado haya recaído totalmente sobre la mujer. Así, nos encontramos ante una situación en que hombres y mujeres aceptan, como cosa lógica y justa, el hecho de que los hijos sean asunto de exclusiva incumbencia femenina, ya que las mujeres son las que los paren.

Esta situación se ha mantenido prácticamente invariable a lo largo de los siglos. Los hombres sólo han incidido a la hora de tomar las decisiones -pues así lo impone el derecho paterno-, lo que ha generado una concepción, plenamente vigente en nuestros días, según la cual, la maternidad no se circunscribe meramente al hecho de la gestación y la lactancia, sino que abarca la relación madre-hijo a lo largo de la existencia de ambos; relación que se ha convertido, para la mayoría de las mujeres, en el verdadero sentido de su existencia.

La mujer se convierte así, ante todo, en una madre sumisa, abnegada, sacrificada y dedicada íntegramente a los hijos y al hogar. Desde pequeñas, por todos los medios posibles, se inculca a las niñas que su único objetivo en la vida es casarse para ser ejemplares madres de familia; a su vez, esas futuras madres serán las encargadas de transmitir tal concepción a sus hijas; y, así, de generación en generación.

La mujer, por norma general, educa a sus hijos en las mismas concepciones y con las mismas ideas en que ella ha sido educada, transmitiéndoles todos los valores morales, los prejuicios y las lacras, en definitiva, toda la ideología conservadora que ella ha recibido. Este aspecto de la maternidad es sumamente importante para las clases dominantes, ya que les supone una garantía para la transmisión de su ideología a través de la familia y, más en concreto, a través de la figura de la madre.

La maternidad, así concebida, es reaccionaria y alienante para la mujer y para los propios hijos, pues las relaciones que se establecen entre ellos son egoístas y anuladoras; la madre depende por completo del hijo y, para que su vida pueda tener un sentido, necesita inculcarle un sentimiento de dependencia respecto a ella para aparecer ante él como imprescindible. De esta manera, en lugar de formar personas independientes, con iniciativa y espíritu creador, se educa a los hijos con una serie de debilidades y lacras de los que les va a ser muy difícil desprenderse y que, en cierta medida, transmitirán también a sus futuros hijos. *A las mujeres se las mantiene en un estado de sumisión y dependencia ideológica muy favorable para la*



***burguesía. Condicionadas por una represión tan refinada, se convierten en las educadoras que la burguesía necesita. No es solamente la madre quien educa al hijo como la sociedad quiere, es además la sociedad quien, por medio del hijo, educa a la madre según sus deseos. El hijo es un medio de presión destinado a encerrar a la madre en su papel de madre. Esto no quiere decir que el hijo oprima deliberadamente a la madre, él es más bien el sostén de toda clase de sueños, de deseos, de mitos que someten a la mujer a su 'vocación de mártir'; el hijo es la continuación de la estirpe, el tributo que ella debe a su marido, la esperanza de un éxito que ella no conoce. Ella ayuda a aceptar las mezquindades y bajezas de una existencia que se detiene en el umbral de la casa, él es el sentido de su vida. Pero esta subordinación al hijo se duplica en compensaciones. Según la ideología burguesa, los deberes sagrados de la madre le dan derechos morales; todo sucede con una lógica comercial: dando, dando, dando. Sin saberlo, ella hace pagar muy caras las noches pasadas a la cabecera del hijo enfermo, pues tiene necesidad de que él no sea nada sin ella. Por eso, lo mutila, lo paraliza, lo asfixia. Para que pueda saciarse su deseo de brindarse, ella crea en el hijo una necesidad duplicada de ternura. Se autoriza a sí misma a limitar la vida de su hijo a su único amor, a su sola presencia (15).***

**Esta forma de entender y practicar la maternidad, entra en contradicción con los intereses de la mujer e impide su incorporación activa a todos los órdenes de la sociedad. Cuando la mujer se ve obligada a incorporarse al trabajo, éste termina siendo una carga que se suma a la realización de las tareas domésticas. De ahí que, bajo el capitalismo, la mujer nunca puede ejercer libremente su maternidad; por el contrario, se ve abocada a ella dependiendo del grado de desarrollo de la sociedad en que vive.**



**Así, por ejemplo, en las sociedades capitalistas desarrolladas, con una creciente incorporación de la mujer al trabajo social, ésta se ve obligada a reducir el número de hijos; hasta tal punto se da este fenómeno, que las tasas de crecimiento de la población de estos países suelen ser casi nulas, lo que llega a convertirse en un grave problema para el propio desarrollo de tales sociedades. Por lo demás, esta situación es lógica. La mujer se ve obligada a incorporarse a la producción para contribuir con su trabajo al sustento de la familia y mantenerla así acorde al nivel de vida propio de las sociedades desarrolladas; fruto de esta incorporación, la mujer alcanza una independencia económica y adquiere la posibilidad de abandonar los estrechos marcos del hogar y realizar otro tipo de actividades; esto hace que ya no se conforme con seguir siendo la «reina» del hogar. Al mismo tiempo, la sociedad, al no absorber las tareas domésticas, no le deja otra opción que la de reducir al máximo las responsabilidades que aún la atan en el hogar y, por tanto, renunciar a la posibilidad de tener hijos.**

**En las sociedades subdesarrolladas sucede el fenómeno contrario. El bajo desarrollo de las fuerzas productivas, la sobreexplotación, la miseria y las condiciones infrahumanas en que viven los pueblos, provocan un envejecimiento prematuro de la población, una alta tasa de mortalidad -sobre todo, entre la población infantil- y, en consecuencia, una necesidad de renovar constantemente el desgaste de la población. Ante esto, las**

mujeres se ven obligadas a tener numerosos hijos para paliar, en parte, el peligro de extinción de la población. Domitila Barrios, dirigente revolucionaria boliviana, señala a este respecto: *El control de la natalidad no se puede aplicar en mi país. Ya somos tan poquitos los bolivianos que, limitando todavía más la natalidad, Bolivia se va a quedar sin gente y, entonces, las riquezas de nuestro país se van a quedar como regalo para los que nos quieren controlar completamente* (16).

Bajo el yugo imperialista, la maternidad está hasta tal punto condicionada que, en ocasiones, tener muchos hijos es una forma de combatir los planes de exterminio de muchos de los pueblos sojuzgados. En Puerto Rico, por ejemplo, en sólo 10 años, el imperialismo ha esterilizado al 80 por ciento de las mujeres en edad de procrear; es decir, casi a la totalidad de las mujeres fértiles. El régimen racista de Sudáfrica está estudiando la puesta en marcha de un plan para la esterilización masiva de las mujeres negras; al tiempo, a las mujeres blancas se les niega la utilización de anticonceptivos para fomentar el aumento de la población blanca. En Brasil, México y otros países latinoamericanos, se han llevado a cabo campañas masivas de esterilizaciones en determinadas zonas populares. En Bangladesh, los médicos y todo el personal sanitario reciben incentivos económicos por cada esterilización practicada y, si no consiguen cubrir al menos un 70 por ciento de la cuota mensual estipulada, son despedidos de sus trabajos.

A la luz de estos datos -y otros muchos que se podrían aportar-, podemos concluir que el ejercicio de la maternidad libre y voluntaria es un espejismo, tanto para las mujeres de los países desarrollados, que se ven obligadas a renunciar al ejercicio de la maternidad, como para las de los países subdesarrollados, ya que una mujer cargada de hijos jamás podrá emanciparse, menos aún en las condiciones del sistema de explotación capitalista, al recaer sobre ella todas las tareas relacionadas con la familia. De este modo, lo que debiera ser una cuestión social de importancia al estar relacionada con el desarrollo de la humanidad y que, como tal, debiera corresponder a toda la sociedad, al estar íntegramente relacionada con la mujer, entra en contradicción con su emancipación y con el propio desarrollo social. Por ello, la disolución de la familia tradicional y del papel que la mujer cumple en su seno aparecen, de nuevo, como una inminente necesidad para acabar con esta contradicción.

### 2.3 Crisis de la familia y crisis de la pareja

Al hablar de la familia patriarcal, hemos analizado la opresión que el hombre ejerce sobre la mujer, su desigualdad de derechos y cómo las relaciones de amor que surgen entre ambos están condicionadas por esas mismas relaciones de opresión establecidas. También hemos analizado cómo, con la incorporación de la mujer a la producción, ésta toma conciencia de su situación y ya no se conforma con ella; hoy día son muchas las mujeres que ya no aceptan su falta de derechos ni la relación de vasallaje que padecen en la familia.

Esta situación nos coloca ante un fenómeno que surge paralelo a la crisis de la familia y que tiene mucho que ver con la opresión de la mujer: se trata de la crisis de la pareja tradicional, crisis en la que las mujeres juegan un papel muy activo; por un lado, ya no aguantan tantas situaciones humillantes como antes y, por otro, la actual relación no les satisface en absoluto, por lo que buscan otras nuevas, completamente distintas y establecidas sobre bases diferentes. En cuanto a sus compañeros, también sufren el proceso, pues el tipo de relaciones establecidas tampoco les son plenamente satisfactorias. No obstante, entre ambos existe una diferencia: mientras la mujer impulsa el cambio, el

hombre es reacio a él. Ellos parten de la posición inversa y, a la hora de entablar nuevas relaciones, son los que deben renunciar a los privilegios; hay que tener en cuenta que, mentalmente, han sido educados en la supremacía, por lo que su proceso de cambio es largo y dificultoso. Esto no significa que no haya que trabajar para que se cambie esta mentalidad, lo mismo en el hombre que en la mujer, pues tanto uno como otro, tienen la necesidad interna de ese cambio y objetivamente están interesados en él.

La mentalidad que sustenta las actuales relaciones desiguales entre el hombre y la mujer tiene una clara base económica y se afianza sobre la desigualdad económica de la mujer en la familia y sobre su total falta de derechos en todos los ámbitos de la vida. Por ello, mientras persista la actual configuración de la familia como unidad económica de la sociedad -con todo lo que ello entraña para la mujer-, mientras no sea posible la plena incorporación de la mujer a todo tipo de actividad económica, política y social, la crisis en que se debate la pareja tradicional no tendrá una salida. Por lo demás, ésta es una situación intrínsecamente ligada a la existencia de la sociedad de clases.

Para entender plenamente la crisis actual de la pareja hay que remontarse a analizar la esencia sobre la que se asienta la pareja monogámica actual. La monogamia supuso, en su día, un avance respecto a los matrimonios en grupo; la mujer estaba especialmente interesada en esta situación, pero el cambio no la benefició en absoluto, ya que acabó sirviendo para garantizar el predominio del hombre. Engels al analizar este problema dice: *La monogamia se realizó esencialmente gracias a las mujeres. Cuanto más perdían las antiguas relaciones sexuales su candoroso carácter primitivo selvático a causa del desarrollo de las condiciones económicas y, por consiguiente, a causa de la descomposición del antiguo comunismo y de la densidad, cada vez mayor, de la población, más envilecedoras y opresivas debieron parecer esas relaciones a las mujeres y con mayor fuerza debieron anhelar, como liberación, el derecho a la castidad, el derecho al matrimonio temporal o definitivo con un solo hombre. Este progreso no podía salir del hombre, por la sencilla razón, sin buscar otras, de que nunca, ni aún en nuestra época, le ha pasado por las mientes la idea de renunciar a los goces del matrimonio efectivo por grupos. Sólo después de efectuado por la mujer el tránsito al matrimonio sindiásmico, es cuando los hombres pudieron introducir la monogamia estricta, por supuesto, sólo para las mujeres.*

Más adelante, analizando el verdadero carácter de la monogamia, añade: *La monogamia nació de la concentración de grandes riquezas en las mismas manos -las de un hombre- y del deseo de transmitir esas riquezas por herencia a los hijos de este hombre, excluyendo a los de cualquier otro. Para eso era necesario la monogamia de la mujer, pero no la del hombre; tanto es así, que la monogamia de la primera no ha sido el menor óbice para la poligamia descarada u oculta del segundo (17).*

Ahí radica el problema. La monogamia, aunque supone un avance, surge por unos motivos económicos y, por ello, lejos de garantizar el amor sexual individual, asegura el predominio del hombre y la esclavización de la mujer. Por eso, cuando los motivos económicos que sustentan a la familia de hoy desaparecen y, en consecuencia, la familia entra en crisis, con ella también entra en crisis la pareja monogámica actual, ya que la base que la sustenta ha caído igualmente.

Ahora bien, *la revolución social inminente, transformando por lo menos la inmensa mayoría de las riquezas duraderas hereditarias -los medios de producción- en propiedad social, reducirá al mínimo todas esas preocupaciones de transmisión hereditaria. Y ahora cabe hacer esta pregunta: habiendo nacido de causas económicas la monogamia, ¿desaparecerá cuando desaparezcan esas causas? Podría responderse no*

*sin fundamento: lejos de desaparecer, más bien se realizará plenamente a partir de ese momento... [en vez de decaer] la monogamia llegará por fin a ser una realidad, hasta para los hombres (18).*

De nuevo, Engels pone el dedo en la llaga; de nuevo nos sitúa en la única perspectiva de solución para el problema de la pareja: poner fin a la propiedad privada sobre los medios de producción ya la explotación de unos hombres por otros, como única manera de que la familia deje de ser una célula económica y se convierta en una comunidad de personas unidas por lazos sentimentales y en total libertad; sólo así, empezará a ser realidad la emancipación de la mujer y, con ello, las relaciones entre hombres y mujeres se establecerán en base a otros principios. Por eso, *cuando lleguen a desaparecer las consideraciones económicas, en virtud de las cuales las mujeres han tenido que aceptar esta infidelidad habitual de los hombres -la preocupación por su propia existencia y más aún por el porvenir de los hijos-, la igualdad alcanzada por la mujer, a juzgar por toda nuestra experiencia anterior, influirá mucho más en el sentido de hacer monógamos a los hombres que en el de hacer poliándras a las mujeres. Así, pues, lo que podemos conjeturar hoy acerca de la regularización de las relaciones sexuales después de la inminente supresión de la producción capitalista es, más que nada, de un orden negativo y queda limitado, principalmente, a lo que debe desaparecer. Pero, ¿qué sobrevendrá? Esto se verá cuando haya crecido una nueva generación (19).* Efectivamente, sólo esa generación de hombres y mujeres nuevos, libres de cualquier tipo de condicionamientos económicos en sus relaciones y educados fuera de la nefasta influencia de la ideología patriarcal y burguesa, podrán establecer un nuevo tipo de relaciones entre la pareja, volviendo completamente del revés todas las concepciones y valores morales establecidos en nuestros días. Y entonces *cuando esas generaciones aparezcan, enviarán al cuerno todo lo que nosotros pensamos que deberían hacer. Se dictarán a sí mismas su propia conducta y, en consonancia, crearán una opinión pública para juzgar la conducta de cada uno (20).*

#### 2.4 Principios ideológicos que perpetúan la opresión

En la historia de la sociedad de clases, siempre se ha apartado a la mujer de la esfera de la producción social, se la ha confinado en el hogar con la tarea de reproducir la fuerza de trabajo y se la ha privado de todos sus derechos. Para justificar esta situación, en este largo proceso, se ha ido creando toda una serie de concepciones tendentes a justificar su opresión ya ocultar, por todos los medios, la realidad de que esta opresión no es sino el fruto de la división social del trabajo y de la aparición de la propiedad privada.

Desde la sociedad esclavista hasta nuestros días, los filósofos, pensadores y hombres de relevancia política, han elaborado toda una serie de teorías que tienen como fin, presentar la situación de la mujer como algo natural. Así, por ejemplo, el Aristóteles de la sociedad esclavista afirmaba: *Es una ley natural que existen elementos naturalmente dominantes y elementos naturalmente dominados [...] el gobierno del hombre libre sobre el esclavo es un tipo de dominio; el del hombre sobre la mujer, otro.* Por su parte, el Rousseau de la Ilustración *ilustra* a los ciudadanos y ciudadanas de su época con sentencias de este estilo: *Toda la educación de la mujer debe referirse al hombre. Complacerlo, serle útil, hacerse amar y honrar por él, educarlo cuando joven, cuidarlo cuando adulto, aconsejarlo, consolarlo y hacerle la vida dulce y agradable. Estos son los deberes de las mujeres en todo momento y lo que debe caracterizarlas desde su más tierna infancia.* Tomás de Aquino o San Agustín no merecen tampoco ser olvidados en este pequeño recorrido; para ellos, las mujeres eran seres imperfectos e

inferiores por naturaleza, mientras que para el célebre Napoleón Bonaparte, *la naturaleza quiso que las mujeres fuesen nuestras esclavas [...] son nuestra propiedad [...] nos pertenecen tal como un árbol que pare frutos pertenece al granjero [...] la mujer no es más que una máquina para producir hijos (21).*

Con el desarrollo del capitalismo, los ideólogos burgueses también han dado a luz todo tipo de teorías pseudocientíficas para demostrar, al igual que sus antecesores, la supuesta inferioridad biológica de las mujeres. Es cierto que entre el hombre y la mujer hay diferencias biológicas obvias; no obstante, *sobre las mismas se ha erigido, en el curso de la historia, una vasta superestructura cultural por la cual se fomenta el desarrollo, en la mujer y en el hombre, no sólo de tipos físicos sino de rasgos de temperamento, carácter, inclinaciones, gustos y talentos que se suponen biológicamente inherentes a cada sexo. Se consideran como características sexuales secundarias, inamovibles, fatales y ahistóricas (22).* Así, se hizo a la mujer responsable de la continuidad de la especie, pasando «por alto» la coparticipación del hombre. Y, paralelamente, surgió la creencia de la incapacidad de la mujer para realizar las tareas *pesadas, peligrosas o de responsabilidad.*

De esta forma, se han creado dos formas de caracteres y comportamientos sociales radicalmente opuestas dependiendo del sexo, consolidadas y apuntaladas por la moral, la legislación y la cultura y que, en realidad, son sólo fruto de la división del trabajo.

Mientras que, para la mujer, lo determinante es la maternidad y todas las actividades relacionadas con el hogar, para el hombre lo principal es el trabajo productivo y las actividades sociales. Estos cánones de conducta, conservados y profundamente arraigados a través de los siglos, determinan de antemano la distinta educación y destino del futuro ser, según nazca varón o hembra. A la niña, por ejemplo, se le impide realizar juegos violentos y, con ello, se perjudica su necesario desarrollo físico y la formación completa de su carácter. Se le reprime y, con mucha frecuencia, hasta se le prohíbe, toda curiosidad por los instrumentos de trabajo e, incluso, se llega a crear en ella el temor a la investigación y al mundo exterior a la familia; en los juegos, se la limita casi exclusivamente al ámbito del hogar: la muñeca, el juego de cocina con sus cacerolitas y platitos, los costureros con sus agujas y sus hilos... son, entre otros, los regalos más acostumbrados para una niña; en cambio, nunca se le regalan camiones, juegos de carpintería o pistolas. Unido a todo esto, se le va inculcando la idea de que es un objeto decorativo, bonito, *femenino...*; así se le crea la conciencia de que ha nacido para agradar por el sexo. Este hecho tiene una gran importancia ya que, a través de él, poco a poco, se va enfocando a la niña hacia su futuro papel en la sociedad, desviando sus fuerzas creativas hacia la reproducción de la especie y las labores domésticas.

Por su parte, la poesía, la novela, la música, los medios de comunicación de masas, las costumbres y hábitos..., es decir, la cultura, proseguirán esta obra y, así, al llegar a la edad adulta, la mujer se habrá convertido, objetivamente hablando, en un ser atrofiado. Eso es, justamente, lo que se requiere de ella: que sea mansa, pasiva, abnegada y con un miedo patológico a la independencia. Así se crean las cadenas que la definen como tradicionalmente conservadora e insegura. Y, por este mismo motivo, cuando la mujer se atreve a romper estas cadenas e inicia la lucha por su emancipación, inevitablemente tiene que superar muchos más obstáculos que el hombre y romper con muchas más lacras y prejuicios que éste para evitar su tendencia a buscar la protección y la aprobación de un hombre o para sacudirse la secular inseguridad que la acompaña, a causa de la carga reaccionaria que ha recibido en su formación como persona. En



contraposición, al hombre se le educa para todo lo contrario; de hecho, va a tener que ser el futuro trabajador. En consonancia con este papel, en él se estimula al máximo el desarrollo de la fuerza física, de la inteligencia, de la audacia... características todas ellas, falsamente asociadas al concepto de «virilidad».

Por otra parte, a la mujer también se la bombardea con una amplia profusión de ideas cuyo objetivo no es otro que hacerla sentir como un objeto de apropiación masculina; en base a esto, su verdadero valor -socialmente reconocido- se encuentra en su sexo. Por ello, la mujer debe convertirse en un permanente foco de atracción social y utilizar «sus armas» -encanto, belleza, femineidad, etc.- para promocionarse socialmente.

Pero los cánones de belleza que rigen en el mercado sexual están muy lejos de ajustarse a las condiciones de las mujeres trabajadoras; estos son atributo, único y exclusivo, de las clases poseedoras y tienen como meta *infiltrar en las conciencias de las clases explotadas los valores estéticos y morales de la clase dominante* (23). ¿Cuál es si no el prototipo de mujer ideal propuesta por los medios de comunicación, por la literatura y por las canciones de la sociedad burguesa? ¿A qué intereses responde ese prototipo de mujer de piel suave, miembros esbeltos y gestos dulces, sin atisbo alguno de desarrollo muscular? Sin duda, es el prototipo de mujer de la clase dominante, un prototipo en el que se rechaza todo desarrollo físico alcanzado por la realización de tareas productivas o de deporte; un prototipo que no admite presencia muscular alguna, ni las manos anchas y fuertes de trabajadora, ni la frente contraída por el estudio. Tales *atributos* están ciertamente reñidos con la necesidad de esa mujer a quien, desde su más tierna infancia, hay que preparar para la competencia sexual. De esta forma, las mujeres se convierten en atractivas mercancías.

Por último, hay otro aspecto a señalar: la unión entre los dos ideales de mujer -la mujer bella, a la moda y la buena ama de casa, firmemente anclada en la cocina-. Para poder compaginar ambas facetas, la mujer se ve abocada, firmemente y de lleno, al consumismo: la moda, la cosmética, los electrodomésticos... Y aun en el caso de que no pueda adquirir estos objetos de consumo, no por ello está menos libre de la influencia de los medios de comunicación masivos; en este sentido, no podemos olvidar que se la conforma para comprar y no para producir. Este hecho crea una conciencia social femenina por la que se obliga a las mujeres a consumir objetos totalmente innecesarios, que abarcan una amplia y variopinta gama: las pestañas postizas, las pelucas, las joyas, las medias de seda, los electrodomésticos de todo tipo... y los bienes ideológico-culturales como revistas femeninas, películas, etc., que la encadenan a una psicología típicamente *femenina*, lo que constituye la mejor garantía para que ésta no escape al papel que tiene encomendado en la sociedad y en la familia.

La división de tipologías masculina y femenina, radicalmente opuestas, se manifiesta, asimismo, en la existencia de una doble moral -en la que el hombre tiene el papel represivo- que garantiza su opresión sobre la mujer en las relaciones cotidianas. Según esta doble moral, se incentiva en él todo lo que se reprime bestialmente en ella. Así, mientras a ésta se le exige fidelidad absoluta, en aquél se valora su grado de «virilidad» por el número de conquistas que haya realizado. La moral y la cultura patriarcales actúan como guardianes en una doble vertiente: para cuidar que la mujer no se desmande y abandone su papel y para evitar la toma de conciencia por parte del hombre.

En definitiva. La ideología patriarcal que ha enfrentado radicalmente los sexos, creando cánones totalmente opuestos de conductas sociales para cada uno, tiene como fin el garantizar una mano de obra semiesclava para la reposición privada de la fuerza de trabajo y, por supuesto, no tiene base

científica ni biológica alguna en que apoyarse. Es una ideología que sólo beneficia a las clases dominantes y que intenta confundir al pueblo para impedirle tomar plena conciencia de la capacidad creadora de la mujer; una capacidad creadora tal que, si fuera masivamente volcada en la producción social y en las demás esferas de la vida, provocaría un fabuloso salto adelante. Esta ideología justifica también la deformación y la sobreexplotación de la mujer en la sociedad de clases y actúa de freno en mujeres y hombres para intentar evitar la toma de conciencia y la unión de ambos sexos en la lucha conjunta contra la sociedad de clases.

### 3. Dos concepciones en torno a la emancipación de la mujer

#### 3.1 La cuestión femenina

El sistema capitalista, a medida que ha ido avanzando, ha hecho añicos la antigua economía familiar en la que la mujer tenía una actividad productiva que le proporcionaba el sustento y daba sentido a su vida. Por ello, mientras subsistió este tipo de economía natural, la mujer no era consciente de su falta de derechos, de la discriminación que sufría en la sociedad y en la familia. Pero el nuevo modo de producción impuso a miles de mujeres la necesidad de buscar un sustento fuera de la economía natural y, así, tuvieron que dirigir sus pasos hacia la producción social.

Al empujar a la mujer a la producción industrial, el capitalismo crea las condiciones necesarias para que ésta tome conciencia de su situación y luche por su emancipación. Su trabajo, despreciado hasta entonces, pasa de nuevo a ser imprescindible para la sociedad y la mujer empieza a comprender la contradicción que existe entre su participación como fuerza de trabajo socialmente útil y su carencia absoluta de derechos en el orden político, social y, por supuesto, familiar, donde el marido ha dejado de ser ya el único sustento de la familia. Dicha contradicción va a ser el origen de la toma de conciencia que hará surgir un fenómeno completamente nuevo, la «cuestión femenina» y el consiguiente nacimiento de un movimiento de mujeres que, desde un principio, tomó dos direcciones: mientras que las mujeres de la burguesía formaron organizaciones feministas, las trabajadoras se fueron incorporando a las organizaciones obreras. Es necesario añadir que, al ser un producto exclusivo del modo de producción capitalista, *no existe una cuestión femenina en la clase campesina [...]* *En cambio, podemos encontrar una cuestión femenina en el seno de aquellas clases de la sociedad que son las criaturas directas del modo de producción moderno. Por tanto, la cuestión femenina se plantea para las mujeres del proletariado, de la pequeña y media burguesía, de los estratos intelectuales y de la gran burguesía; además presenta distintas características según la situación de clase de estos grupos (24).* Como se desprende de estas palabras de Clara Zetkin, la cuestión femenina está íntimamente ligada a las clases; tanto es así que, desde el primer momento, los movimientos de mujeres que surgen van a tener unas características, unos planteamientos y unas reivindicaciones propias, dependiendo de la posición de clase desde la que sean planteados.

Así tenemos que, para las mujeres de la alta burguesía, la cuestión femenina tenía un objetivo claro: disponer autónoma y libremente de su patrimonio. Como mujeres, seguían dependiendo de sus maridos y, aunque participaban del patrimonio, no podían disponer de él. La lucha se debatía, en consecuencia, contra los hombres de su propia clase. Clara Zetkin señalaba a este respecto: *Mientras el capitalismo exista, el derecho de la mujer a disponer libremente de su patrimonio y de su persona, representa el último estadio de emancipación de la propiedad (25).*

**Para la pequeña y media burguesía, el problema se planteaba en el terreno del derecho al voto, el derecho a la instrucción ya poder ejercer cualquier profesión sin discriminación alguna. *La mujer de las clases medias debe conquistar, ante todo, la igualdad económica con el hombre y sólo lo puede conseguir mediante dos reivindicaciones: la de igualdad de derechos en la formación profesional y la de igualdad de derechos para los dos sexos en la práctica profesional. Desde un punto de vista económico, esto significa la consecución de la libertad de profesión y la concurrencia entre hombre y mujer. La consecución de estas reivindicaciones desencadena un contraste de intereses entre los hombres y las mujeres de la media burguesía y de la intelligentsia. La concurrencia de las mujeres en las profesiones liberales es la causa de la resistencia de los hombres frente a las reivindicaciones de las feministas burguesas. Se trata del simple temor a la concurrencia; sea cual sea el motivo que se hace valer contra el trabajo intelectual de las mujeres: un cerebro menos eficiente, la profesión natural de madre, etc., sólo se trata de pretextos. Esta lucha concurrencial impulsa a la mujer, que perterlece a estos estratos, a la consecución de los derechos políticos, con el fin de romper todas las barreras que obstaculizan su actividad económica (26).***

**Hay que tener en cuenta un hecho; a medida que el capitalismo ha ido desarrollándose, el nivel de vida de estas clases ha ido descendiendo, lo que ha hecho cada vez más difícil a los hombres mantener ellos solos a toda la familia. Esto ha empujado a las mujeres de las familias más desfavorecidas a buscar un trabajo; para otras, no ha sido tan sólo la situación económica, sino que para ellas el trabajo era la única forma posible de desarrollar su propia personalidad. Así, pues, el problema se planteaba en la lucha contra los hombres de su propia clase por eliminar la discriminación que sufría en todos los terrenos: económico, social, político y familiar.**

**Para la mujer proletaria, por el contrario, su emancipación está inmersa en la lucha contra el sistema capitalista y al lado de sus compañeros de clase. Para las trabajadoras, el origen de la cuestión femenina parte de la necesidad que el sistema capitalista tiene de su fuerza de trabajo barata, para lo que ha roto las barreras de las diferencias de sexos y ha equiparado, en sus resultados productivos, la fuerza de trabajo femenina y masculina. Los capitalistas se han aprovechado de esta fuerza de trabajo mucho más barata y con un grado de organización y de experiencia de lucha mucho menor, para someterla a unas condiciones de trabajo leoninas. La obrera, con su incorporación a la producción, consigue la independencia económica y ya no tiene que depender del padre o del marido; sin embargo, no por ello mejora su situación; por el contrario, se hace aún más desesperada.**

**La lucha de la mujer trabajadora nunca se ha circunscrito a conseguir tal o cual reforma dentro del sistema capitalista; esto no quiere decir que, en ocasiones, no haya apoyado ciertas reivindicaciones del movimiento feminista, pero sólo como un instrumento para alcanzar su verdadero objetivo: la revolución socialista. La liberación de la mujer siempre ha estado ligada a la liberación de la clase obrera. Y, si en los inicios del movimiento femenino, la lucha de la mujer, al igual que la del resto de los trabajadores, se planteaba frenar la explotación capitalista y, en concreto, como mujeres, evitar que se pusiera en peligro su condición específica de madre, esta lucha siempre ha estado enmarcada en la lucha general por la revolución socialista, ya que las trabajadoras son muy conscientes de que nunca podrán alcanzar la igualdad y la plena participación en todos los aspectos de la vida mientras exista una sociedad dividida en clases, que presuponga la explotación del hombre por el hombre y la desigualdad para la mayoría en todos los terrenos.**



### 3.2 Orígenes y desarrollo del Movimiento Femenino

Desde las posiciones burguesas, la cuestión femenina siempre se ha tratado de presentar como interclasista y aglutinadora de todas las mujeres en torno a unas reivindicaciones comunes; de este modo, se han querido velar las diferencias de clase, pero éstas siempre han estado presentes y, ya desde sus inicios, se puede constatar la diferencia de intereses y planteamientos, atendiendo a su distinta posición de clase.

La cuestión femenina no fue planteada abiertamente y con una clarificación de objetivos hasta mediados del siglo pasado; sin embargo, tuvo sus inicios en la época de las revoluciones burguesas, particularmente en Francia, cuya economía era, por aquel entonces, fundamentalmente manufacturera.

Para el feminismo burgués, la cuestión femenina surge gracias a las ideas aportadas por algunos ilustres filósofos del siglo XVIII y por la acción de unas cuantas mujeres decididas, que sacaron a la palestra la falta de derechos de la mujer. Pero esta apreciación es completamente falsa. Esas decididas mujeres no hubieran podido plantear nunca la *cuestión femenina* si las mujeres del pueblo, en un número importante, no se hubieran incorporado a la producción social y si la sociedad no hubiera reconocido como necesaria su fuerza de trabajo. La Revolución Inglesa, la lucha de Norteamérica por su independencia y la Revolución Francesa demostraron que fue la incorporación de la mujer a la producción social lo que abrió el camino e hizo posible la lucha por la igualdad de derechos, y no a la inversa como se nos ha querido hacer creer.

En la Revolución Francesa, las mujeres del pueblo exigían el libre acceso a todas las profesiones y oficios. ¡Libertad de trabajo! era la consigna que las unía a sus compañeros de clase, empeñados en acabar con los cotos y barreras del régimen feudal. Estas reivindicaciones -que no eran únicamente femeninas, sino propias de los intereses del conjunto del incipiente proletariado francés- debían permitir a decenas de miles de mujeres, que padecían miseria y hambre, escapar de la pobreza y de la prostitución. La participación de las mujeres de los arrabales de París en la Revolución está reconocida por todos los historiadores, sobre todo por los más reaccionarios, quienes no dudan en presentarlas como salvajes, sanguinarias, etc. Por su parte, las feministas no conceden importancia alguna a aquella primera confrontación revolucionaria de las mujeres trabajadoras. A este respecto, Victoria Sau dice: *Las mujeres, en su mayoría, toman parte en la revolución para defender los derechos de sus maridos, de sus hijos y de sus padres y hermanos, pero tan inmersas se hallan en el contexto de su no valencia que no reclaman lo que como individuo les pertenece. ¡Tan extasiadas están en el culto a lo masculino!... Algunas mujeres de la burguesía, más cultas que las del pueblo, quienes no ven mas que por los derechos de sus hombres, fundan clubs políticos, periódicos* (27). Para demostrar esto, menciona únicamente a algunas destacadas mujeres burguesas -la mayoría pertenecientes a la reacción girondina- y olvida, por completo, que las mujeres trabajadoras de París participaron con las armas en la mano en la toma de La Bastilla y que, en una impresionante manifestación, encabezada por Rose Lacombe, se dirigieron a Versalles y obligaron a los reyes a regresar a París. Y olvida que, también entre las propias mujeres trabajadoras, surgieron destacadas figuras que conservan un lugar de honor en la historia. Una de ellas, fue la mencionada Rose Lacombe que, junto a la lavandera Pauline Leonie, fundaron un club de mujeres revolucionarias que, con los jacobinos, encabezaron la lucha contra la reacción girondina. Rose Lacombe incitaba a las mujeres a que no exigieran derechos especiales, sino que defendieran

sus intereses en calidad de miembros de la clase obrera y, como tales, las obreras a domicilio asistían a las sesiones de la Asamblea Nacional sin dejar, por ello, de calcear.

Mientras tanto, desde las posiciones burguesas, en la Revolución Francesa se planteaba la reivindicación de la igualdad política, lo que no era una cuestión candente, en esos momentos, para la mujer trabajadora. Así, mientras el movimiento feminista burgués se desarrolló a partir de la consigna *Igualdad de derechos*, la primera consigna de las obreras fue «Derecho al trabajo», ya que intuían que esta reivindicación y la supresión de las trabas feudales sentarían las bases para la futura conquista de otros derechos.

A mediados del siglo XIX, podemos decir que ya se habían configurado, en la mayoría de los países capitalistas, las organizaciones feministas; su lucha se circunscribía, fundamentalmente, a lograr la igualdad de la mujer respecto al hombre, por el derecho al voto, por el derecho a la instrucción, etc. No obstante, a pesar de lo justo de estas reivindicaciones, el hecho de que intentaran trasladar la lucha por sus derechos al terreno de la lucha entre los sexos las llevó, a menudo, a un callejón sin salida. En 1848, por ejemplo, se celebró una asamblea de mujeres burguesas en Seneca Falls (New York); a pesar de que el tono de su declaración era muy enérgico, ni una sola vez se aludía al régimen social existente y se presentaba al hombre como el tirano, el ser omnipotente y autoritario, causante de todas las injusticias y opresiones que sufren las mujeres -*La historia de la humanidad es la historia de reiterados prejuicios y usurpaciones por parte del hombre en perjuicio de la mujer* (28), decían en su declaración-. Esto nos ofrece una pequeña muestra de la errónea concepción del mundo y de la historia que, desde entonces, acompañaría a las elaboraciones teóricas de las organizaciones feministas.

Empeñadas en demostrar que la mujer era totalmente igual al hombre -partían de que el reconocimiento de los derechos de la mujer dependía de ello-, cayeron a menudo en disparatadas afirmaciones. Cuando las organizaciones feministas del siglo pasado se enteraron que, en algunos puertos había mujeres trabajando como descargadoras, se regocijaron por ello y escribieron: *Una nueva victoria a añadir en la cuenta de la lucha por la igualdad de los derechos de la mujer. Mujeres descargadoras del puerto transportan junto a sus colegas masculinos cargas que pesan hasta 200 kilos* (29). En vez de denunciar la criminal explotación de que era objeto la mujer, sobre todo en la época del desarrollo del capitalismo y cuando todavía el movimiento obrero era muy débil para defenderse, tomaban como victoria lo que no era más que un escalón en la historia de la explotación de la clase obrera. Se olvidaron de la especificidad de la mujer; sólo consideraban su derecho a participar, en pie de igualdad, en la vida política, social y laboral, pero no tenían en cuenta el derecho a que se reconociera y protegiera su calidad de madre y más aún en unos momentos en que, por la brutal sobreexplotación a que eran sometidas y por la imposibilidad de cuidar a sus hijos, el futuro desarrollo de las generaciones de trabajadores estaba en peligro.

En cambio, las trabajadoras no podían olvidar esa realidad, como tampoco podían confundirse respecto al origen de todos sus padecimientos; de ahí que, paralelamente, se vaya configurando un movimiento de mujeres en torno a las organizaciones obreras; aunque hay que tener en cuenta que, en los inicios del movimiento obrero, cuando aún la clase obrera no se había configurado como clase con unos objetivos claros, la mujer trabajadora se encontró con la incompreensión de los mismos trabajadores. Así, por ejemplo, en numerosas ramas de la industria les fue prohibida la entrada por sus propios compañeros, se pedía su expulsión del trabajo y su retorno a la casa. El problema era enfocado de forma unilateral; sólo se

veían las consecuencias realmente trágicas que acarrearía esta incorporación para la clase obrera en su conjunto: despido de la fuerza de trabajo masculino, descenso de los salarios en las ramas donde estaban empleadas mayoritariamente las mujeres, consecuencias destructivas para la familia y la constitución física de las mujeres...

Los primeros que plantearon la necesidad de incorporar a las mujeres trabajadoras a la lucha por la emancipación de la clase obrera fueron los socialistas utópicos, entre los que destaca Flora Tristán; esta mujer se negó, de manera consecuente, a participar en el movimiento feminista burgués porque juzgaba que *la cuestión de las mujeres* era un asunto mucho más vasto y complejo y que no se iba a resolver, simplemente, con su acceso a la universidad y a las urnas.

Ahora bien, será con la aparición del socialismo científico cuando se analice, por vez primera, la cuestión de la mujer científicamente, lo mismo en el aspecto de la familia y el matrimonio como en el trabajo. Marx y Engels desarrollarán este tema en varias de sus obras, poniendo al descubierto la brutal explotación y las destructivas consecuencias que trae aparejado el trabajo industrial de la mujer para las propias mujeres y para la clase obrera en su conjunto; sin embargo, no se limitaron únicamente a denunciar sus manifestaciones -producto de la utilización que el capitalismo hace de la incorporación de la mujer al trabajo y no, como erróneamente se veía hasta entonces, del mero hecho de esta incorporación-, también y, principalmente, señalaron el alcance revolucionario que representa la inserción de las mujeres en la producción moderna; en primer lugar, porque la convierte en compañera de lucha del proletario por una sociedad nueva y, en segundo, por la superación y destrucción de formas de vida y concepciones atrasadas y por la construcción de formas y concepciones propias de una nueva y superior estructura social.

La influencia de las ideas marxistas entre los obreros afiliados a la I Internacional y la profunda y amplia propagación del *Manifiesto Comunista* sirvieron para que el movimiento obrero situara el trabajo de la mujer desde el punto de vista de su situación de clase; de esta forma, los recelos que existían en un principio hacia el trabajo femenino, desaparecieron y las reivindicaciones de la mujer trabajadora fueron asumidas. Las teorías bakuninistas y proudhonianas, que se oponían al trabajo de la mujer, fueron arrinconadas (Proudhon sostenía que las mujeres o *eran amas de casa o ramera*s).

Muy pronto, en casi todas las secciones de la Internacional, se reivindicó el derecho de la mujer a ocupar un puesto en la producción industrial y, sobre todo, se luchó para que su trabajo fuera protegido y se prohibiese en aquellos lugares en que la toxicidad o la peligrosidad pudieran causar efectos perniciosos para su salud o la de sus hijos. Dos años más tarde de la publicación del *Manifiesto Comunista* (1848), las reivindicaciones de las obreras de la mayor parte de los países capitalistas podían resumirse así:

- 1) Acceso a los sindicatos en las mismas condiciones que sus compañeros
- 2) A trabajo igual, salario igual
- 3) Protección del trabajo femenino
- 4) Protección general de la maternidad.

Cuando en 1.869, ocho mil hilanderas de Lyon, afiliadas a la Internacional, se declararon en huelga, recibieron el apoyo y la solidaridad de sus compañeros de clase en Francia y otros países, gracias a lo cual y su propia firmeza lograron imponer sus reivindicaciones. La chispa de la revolución había prendido en buena parte del proletariado francés que, dos años más tarde, proclamó la Comuna y llevó a cabo el primer intento de toma del poder.

Durante los dos meses de existencia de la Comuna, las obreras y trabajadoras de París defendieron con las armas en la mano, día a día y palmo a palmo, las conquistas de su clase. Cuando el ejército de la burguesía fue lanzado desde Versalles contra los insurrectos, las mujeres construyeron barricadas que defendieron con su vida. La represión que se cernió sobre el pueblo parisino por haber osado levantar la cabeza costó más de 100.000 muertos. Miles de hombres y mujeres fueron fusilados o enviados a la muerte en los campos de trabajos forzados de las islas del Pacífico. Entre los deportados se encontraba una de las insignes figuras de la Comuna: Louise Michel.

La enconada lucha de clases surgida en Francia supuso que, en este país, el movimiento feminista quedara postergado. Será en EEUU, Inglaterra y otros países capitalistas donde, por esa misma época, se organicen las mujeres de la pequeña y media burguesía bajo la consigna del derecho al voto, del derecho a elegir y ser elegida. La lucha, por ejemplo, de las sufragistas inglesas llevó a la cárcel y al exilio a muchas de ellas y adquirió, en algunos momentos, tintes realmente violentos.

A fines de siglo XIX, también las trabajadoras, alentadas por las mujeres socialistas, luchaban por la consecución del sufragio universal. Esta reivindicación adquirió importancia sólo en el momento en que la táctica del proletariado consistía en utilizar las instituciones burguesas contra las instituciones mismas. *Para nosotras socialistas -escribía Clara Zetkin-, el derecho al voto de la mujer no puede ser el 'objetivo final', a diferencia de la mujer burguesa, pero consideramos la conquista de este derecho como una etapa importante en el camino que lleva hasta nuestro objetivo final, y que permitirá entrar en la lucha con las mismas armas al lado del proletariado (30).*

El estallido de la I Guerra Mundial supuso un giro en la actividad y la orientación de la lucha de las mujeres; de nuevo se advierte la diferencia de posiciones entre las mujeres burguesas y las trabajadoras. Una de las principales dirigentes del movimiento feminista burgués declaró entonces: *Ha llegado la hora de dejar de luchar contra los hombres para luchar a su lado (31).* Las sufragistas encarceladas fueron amnistiadas y las más destacadas se hicieron responsables de organizar el reclutamiento de mujeres para sustituir la mano de obra masculina. En todos los países que participaban en la guerra, miles y miles de mujeres accedieron a un trabajo profesional cualificado, a las industrias de armamento, a oficios que les habían sido vedados hasta entonces. Pero esa participación masiva en el campo laboral no tenía la misma causa para todas; mientras las mujeres social-patriotas y burguesas se aliaban aliado de la clase dominante y hacían suya la ideología chovinista e imperialista, encubriéndola con el ropaje de *amor y deber patriótico*, las mujeres trabajadoras, agobiadas por la miseria que la guerra traía para ellas y sus familias, se veían obligadas a aceptar unos salarios de hambre, horarios interminables, condiciones de trabajo infrahumanas. Los capitalistas se aprovecharon de su falta de organización y experiencia en la defensa de sus intereses de clase para eliminar todas las reivindicaciones que la clase obrera había impuesto a través de largos años de lucha. Las mujeres pertenecientes a los partidos socialistas, que habían roto con los socialchovinistas y reformistas de la II Internacional, fueron las primeras en levantar su voz contra la guerra imperialista y en favor de la paz. Una buena muestra de esta actitud la tenemos en el Congreso Internacional de Mujeres Socialistas, celebrado en Berna en 1915, ya en plena guerra; a él asistieron un buen grupo de bolcheviques encabezadas por Nadejna Krupskaja y otras muchas socialistas, como Clara Zetkin. El Congreso finalizó haciendo un llamamiento a la paz: *Paz, paz, que las mujeres precedan a sus esposos ya sus hijos y que proclamen sin cesar: los trabajadores de todos los países*

***son hermanos. Sólo esta voluntad será capaz de detener la matanza. ¡Sólo el socialismo es capaz de asegurar la paz en el mundo! ¡Fuera la guerra! ¡Viva el socialismo! (32).***

La rapacidad capitalista, el naciente monopolismo, había echado por tierra y había arrinconado la vieja palabrería acerca de la inferioridad de la mujer. Intelectuales, políticos, periodistas,... hacían coro con la clase dominante para llamarla a que cumpliera con sus *deberes cívicos*, para recomendarle que no se entretuviera demasiado ni en la cocina ni en las labores domésticas; ya nadie hablaba de sus deberes de esposa y madre. La burguesía necesitaba cerrar filas frente a un enemigo que se alzaba peligrosamente: el socialismo. Las consignas de paz y revolución socialista cruzaban Europa. La miseria y los millones de muertos crearon una situación de crisis revolucionaria abierta. Los socialistas y comunistas, que agitaban en favor de la paz, eran perseguidos y fusilados, acusados de alta traición... Y, en la mayor parte de los países, estallaron motines e insurrecciones contra la guerra y en favor de la paz. En Austria, por ejemplo, en junio de 1916, una manifestación de mujeres contra la guerra y la inflación levantó por todo el país una insurrección que duró tres días. Por esas mismas fechas, las mujeres de París expropiaban los almacenes de víveres y de carbón; en otros muchos países, cientos de mujeres se tendían en las vías férreas para impedir el paso de los convoyes que conducían a los soldados al frente. En el ocaso de la Rusia zarista, las obreras participaban activamente en los movimientos huelguísticos; el 8 de Marzo de 1.917, las obreras textiles de San Petersburgo se lanzan a la calle exigiendo pan y paz; meses más tarde, la clase obrera rusa toma el poder, instauro la República de los Soviets y declara la paz.

El triunfo de la I Gran Revolución Socialista marcó un hito en la historia de la clase obrera de todo el mundo. Por primera vez se demostró, en la práctica, cómo con la abolición de la propiedad privada sobre los medios de producción y la inserción de la mujer en la producción de bienes sociales, en un sistema en el que no existen ya ni la explotación ni la opresión del hombre por el hombre, se crean las bases necesarias para que la mujer pueda desarrollar, plenamente, su personalidad como trabajadora y como ciudadana.

### **3.3 El nuevo movimiento feminista**

Una vez terminada la I Guerra Mundial, miles de mujeres fueron expulsadas de la producción y devueltas al hogar para que los hombres, que volvían de la guerra, ocuparan nuevamente sus puestos de trabajo. Los capitalistas renunciaron a la utilización de la fuerza de trabajo femenina ya sus sustanciosos beneficios, ante el temor de que el desempleo masivo agudizara aún más la marea revolucionaria que la guerra y el ejemplo de la Revolución de Octubre, habían provocado.

En la mayoría de los países capitalistas, bajo las presiones revolucionarias que les sacudían, la burguesía se vio obligada a ceder en algunos terrenos. A la mujer, en concreto, se le concedió el derecho al voto y la posibilidad de participar en los asuntos del estado; también se reformó el código del matrimonio y el derecho relativo a la herencia. En este conjunto de reformas estaban ya contenidas las principales reivindicaciones del movimiento feminista y, sin embargo, la situación de la mujer no había cambiado. El reconocimiento de estos derechos en el capitalismo no la liberaron de la dependencia de su marido ni, por supuesto, de la explotación capitalista, causa determinante de su situación.

La burguesía, como clase, había llegado a una etapa en la que ya había realizado cuanto de progresista podía realizar. El sistema capitalista

entraba en su fase de decadencia y reacción y, frente a él, se abría una nueva época iniciada con el triunfo de la revolución proletaria en Rusia y el avance del socialismo, ante lo que, la burguesía de todos los países se apresuró a cerrar filas.

El movimiento feminista, como representante de los intereses de la burguesía, tampoco iba a escapar a este fenómeno; ya había conseguido todo lo alcanzable dentro del sistema capitalista y, ahora, se encontraba en un callejón sin salida. A partir de ese momento, sólo las organizaciones revolucionarias podían indicar el camino a las mujeres trabajadoras. El movimiento feminista entró en un prolongado letargo. Sus posiciones iban teniendo tintes cada vez más reaccionarios y se verá reducido a una corriente marginal, aunque no llegará a desaparecer, porque su existencia es la manifestación real de la situación opresiva que sufren las mujeres de las clases medias y de la pequeña burguesía en la sociedad y en la familia, pero su carácter de clase las llevará inevitablemente a plantear los problemas de forma unilateral, exaltando ciertos aspectos y ocultando otros; eso sí, siempre evitando buscar las causas de esta opresión en el tipo de sociedad. Una clara muestra de esto va a ser el nuevo surgimiento del feminismo bajo la consigna de *liberación sexual de la mujer*. El problema fue planteado en base a las formas autoritarias de relación sexual, mitificándolo hasta convertirlo en la causa de todos los males que padece la mujer; para ello tuvieron que ocultar un hecho fundamental: que el origen del problema sexual, al igual que todos los demás problemas, se encontraba en la opresión de clases y que, por tanto, era consecuencia directa del problema social. De esta manera, la cuestión femenina, aislada del contexto social, quedaba reducida a la simple parcela de la sexualidad y al contexto individual de la relación hombre-mujer.

A partir de los años 60-70, se produce un nuevo resurgir del movimiento feminista, primero en EE.UU., y que se extiende, más tarde, a la mayor parte de los países capitalistas desarrollados. Hay varios factores que influyen en ello. A finales de los años 60, tras el auge económico de los años posteriores a la II Guerra Mundial, empiezan a manifestarse los primeros síntomas de la crisis económica del sistema capitalista; a esto hay que añadir el surgimiento, en EE.UU. y otros países de Europa, de un amplio movimiento en contra de la guerra de Vietnam, hecho que provocó la politización y radicalización del movimiento estudiantil y que contó con una importante participación femenina, que alcanzó unas proporciones desconocidas hasta entonces.

En los países capitalistas desarrollados, el número de mujeres incorporadas al mercado laboral tras la II Guerra Mundial, había aumentado considerablemente, principalmente entre las capas y sectores populares. En el año 1.973, en EE.UU., las mujeres llegan a componer el 43 % de la población activa; en ese período, los salarios que percibían fueron reducidos a la mitad que los de los hombres. Entretanto, las mujeres de la burguesía mantenían un nivel de vida que les permitía hacer del hogar su única actividad. Sin embargo, a medida que la crisis económica se va agudizando, iba en aumento el número de mujeres que tenían que buscar un empleo, ante el descenso de sus ingresos y de su status social. En este terreno, se encontraban siempre con la discriminación salarial de que eran objeto y, sobre todo, con la falta de una preparación profesional que les facilitase el acceso a las profesiones más lucrativas.

El movimiento feminista de esta época respondía, precisamente, a esta situación y sus reivindicaciones se van a traducir, principalmente, en la posibilidad de poder competir con los hombres de su clase en igualdad de condiciones. Una de las líderes de este movimiento, la norteamericana Betty Friedan, definía los objetivos de dicho movimiento como *La*

***participación completa, poder y voz completos en la vida del país, del proceso político, de las profesiones y del mundo de los negocios (33).***

Con estas premisas, el movimiento feminista pretendía alzarse como representante de todas las mujeres; sin embargo, en sus planteamientos y en sus acciones demostraron siempre no representar a nadie más que a ellas mismas; no representaban, en absoluto, los intereses de las mujeres trabajadoras y, por añadidura, estaban en franca oposición con ellas. La consigna enarbolada por el feminismo de *la abolición de los privilegios de sexo*, que pasaba por demostrar que la naturaleza no encadena a las mujeres a ser esposas y madres al servicio del hombre, no era un tema cadente para las trabajadoras y, menos aún, cuando habían sido arrancadas del hogar desde hacía mucho tiempo, para incorporarlas a la producción.

Muchos han sido los esfuerzos de las feministas por presentar a este movimiento con un carácter progresista cuando, en realidad, sus posiciones han sido claramente reaccionarias; sus postulados nunca han representado la emancipación de la mujer, sino sólo la aspiración de las mujeres de la clase dominante de arrebatárselos a los hombres de su clase el monopolio del poder político o de los negocios, de participar activamente, en la explotación y opresión de los trabajadores. Este movimiento nunca ha atentado contra los pilares del capitalismo monopolista, sino que, por el contrario, ha sido su engendro más genuino y un firme baluarte de sus intereses.

Un buen ejemplo de nuestra afirmación lo tenemos en el papel que estas feministas han jugado en las Conferencias Mundiales sobre la Mujer. Frente a las posiciones de las mujeres de los países que se han liberado del imperialismo y las representantes de los movimientos de Liberación, que hacen de estas Conferencias una tribuna para denunciar la situación que padecen como consecuencia de la explotación, el expolio y la agresión militar que sufren sus pueblos por parte del imperialismo, las feministas han boicoteado sistemática mente todas aquellas propuestas que supongan una definición de las mujeres contra estos problemas, propuestas en que, por supuesto, se responsabiliza al sistema capitalista y al imperialismo de ser el verdadero causante y el origen de todos los males que afectan a la mujer; por el contrario, una y otra vez, han intentado llevar la discusión y los acuerdos a tomar al terreno específico de los problemas de la mujer contra el autoritarismo masculino en abstracto, convirtiéndose así en las más fieles defensoras de la política agresiva y expoliadora del imperialismo.

Tras un período de efervescencia de algunos años, el movimiento feminista se fue desmembrando y perdiendo actualidad hasta desembocar, en los años 80, en un fenómeno realmente digno de mención; se trata del cambio radical de posiciones de algunas de sus ideólogas más representativas. Miembros tan destacados como Betty Friedan, Susan Briwnmiller o la australiana, Germaine Greer, han sacado a la luz nuevas teorías que, con diferentes matices, coinciden en exaltar el papel maternal de la mujer y su regreso al hogar. Este cambio de posiciones tan *asombroso*, lo definen como la segunda fase en la que ha entrado el feminismo, acorde con el cambio producido en la sociedad, en la que ¡Por fin! empiezan a converger los intereses de los hombres y las mujeres; ahora, la mujer se ha incorporado ya al trabajo y ha alcanzado puestos de responsabilidad, mientras que el hombre ha dejado de estar absorbido por su trabajo y busca con más frecuencia los parabienes del hogar.

Este cambio de posiciones, por mucho que intenten justificarlo, viene determinado en los hechos, por el aumento del paro en todos los países capitalistas desarrollados y por el alarmante descenso de la natalidad. Por eso, no es extraño oírles declarar, sin ningún tipo de sonrojo, cosas como



*ésta: Yo, desde luego, estoy a favor de la vida y de la familia; éstos son valores fundamentales para mí y deberían serlo para cualquier feminista. Yo no estoy a favor del aborto, sino de la opción de tener hijos (34).* ¡Brillante razonamiento, sobre todo, si se tiene en cuenta que éste ha sido uno de los pocos derechos que la mujer siempre ha tenido! Pero algunas todavía van más lejos y no se conforman con hacer un llamamiento en contra del aborto, sino también contra todo tipo de anticonceptivos, llegando incluso, a afirmar que la mujer sólo puede encontrar su realización y felicidad haciendo de la maternidad y del cuidado de los hijos su único objetivo.

En un momento en que el sistema capitalista necesita que la mujer vuelva al hogar -para encubrir el paro y frenar la conflictividad social- y que aumente el índice de la natalidad, estas ideólogas del feminismo se han apresurado a justificar y teorizar esta política con los argumentos más reaccionarios, demostrando, una vez más, que sus intereses nunca han sido otros que la defensa del sistema capitalista.

Para terminar, hay que hacer mención a la nueva tendencia que se ha abierto paso en el seno del movimiento feminista y que trata de conjugar dos ideologías tan contrarias e irreconciliables como el marxismo y el feminismo. Tras esta corriente, a poco que se profundice en ella, sólo se pueden encontrar las posiciones burguesas de siempre; eso sí, ahora aderezadas con unos cuantos términos pseudo-marxistas. Ante la descomposición del sistema capitalista y los logros alcanzados por la mujer en el socialismo, no pueden ocultar que la emancipación de la mujer pasa por la destrucción del actual sistema de explotación. Dicho reconocimiento tiene un carácter vergonzante, ya que antepone la lucha de sexos y las reivindicaciones específicamente femeninas a la lucha de clases. Se han visto obligadas, ante el avance de la revolución en todas partes, a declararse marxistas, pero sus posiciones no han cambiado; en el fondo, no son sino un intento más de la burguesía de desviar la lucha de la mujer trabajadora al terreno de las reformas dentro del sistema. Encubierta con una palabrería izquierdista, esta corriente se alza en abierta oposición a la concepción que propugnan las verdaderas organizaciones marxista-leninistas; de ahí sus ataques contra la incorporación de la mujer al movimiento revolucionario y contra los logros de la mujer en el sistema socialista.

### 3.4 La mujer en la guerra revolucionaria

Por un lado, el movimiento feminista. Al margen de él y en contra suya, la lucha de las mujeres trabajadoras de todo el mundo ha discurrido por los mismos cauces que desde comienzos del capitalismo. Una vez más, se ha constatado que su lucha está inmersa en la lucha de clases y que sus objetivos y destinos están ligados a la lucha que el proletariado mantiene por la destrucción del sistema capitalista.

Desde sus inicios hasta hoy, el número de mujeres, que participan activamente en los procesos revolucionarios, se ha ido elevando; su conciencia de clase también se ha elevado y ello se ha traducido en una mayor incorporación femenina a las organizaciones y partidos revolucionarios. En este sentido, el papel de los partidos comunistas ha sido muy importante, ya que siempre han desarrollado una intensa labor por elevar la conciencia e incorporar a la lucha revolucionaria a la mitad más oprimida y explotada de la sociedad.

Estas son las pautas de la incorporación de la mujer a la lucha revolucionaria; ahora bien, a partir del segundo tercio de este siglo, aparece un fenómeno nuevo y que se viene dando en la mayoría de los procesos revolucionarios: la participación militar de la mujer en la guerra



revolucionaria. Hasta ese momento, ésta se había circunscrito al ámbito de la lucha política, mientras que en el terreno puramente militar, había sido o muy minoritaria o casi nula, pudiéndose considerar como verdaderas excepciones los casos de mujeres que habían empuñado las armas en la guerra. De alguna manera, se puede considerar la Revolución china como el punto de arranque de este nuevo fenómeno; a partir de aquí se va a combinar la participación activa de la mujer en la lucha política y en la lucha militar, pudiendo afirmar que se convierte ya en un fenómeno habitual.

Es cierto, y esto no se puede perder de vista, que en todas las guerras justas, en las guerras de liberación y en las guerras revolucionarias, que han mantenido los pueblos contra sus opresores y explotadores, las mujeres trabajadoras y campesinas siempre han mantenido una firme actitud de apoyo; pero, por regla general, siempre desde la retaguardia, cubriendo los puestos que los hombres dejaban libres en la producción al marcharse al frente, organizando todo tipo de servicios como la sanidad o la enseñanza, pero sin empuñar las armas más que de forma aislada. A simple vista, podría parecer que la creciente incorporación de la mujer a la guerra, con las armas en la mano, es producto de un mayor grado de conciencia, del grado de emancipación de los yugos seculares que siempre la han atado o, simplemente, la consecuencia más directa de la extrema opresión y explotación a que se ve sometida bajo el capitalismo y el imperialismo. Y, efectivamente, la elevación de la conciencia de las masas femeninas, su voluntad de acabar con la penosa situación que padecen en todos los órdenes de la vida, la necesidad de luchar por la liberación de todo el pueblo, como premisa para alcanzar su propia emancipación, conduce a su participación activa, y cada vez más numerosa, en los procesos revolucionarios. Ahora bien, esto no explica, por sí solo, el por qué de su participación militar en la guerra revolucionaria; más aún, cuando a lo largo de este siglo, tan prolífico en revoluciones y guerras revolucionarias, mientras que la incorporación de la mujer a la lucha política ha sido una realidad constante, su participación militar, por el contrario, se ha dado en unas guerras sí y en otras no. Un ejemplo lo tenemos en el caso de las mujeres soviéticas durante la ocupación nazi en la II Guerra Mundial. Ellas gozaban, en el país de los Soviets, de un grado de igualdad incomparablemente mayor al de cualquier otro país; la revolución socialista iniciada en 1917 había sentado las bases para su verdadera emancipación. Sin embargo, en la guerra contra los agresores nazis participaron siguiendo las pautas clásicas, es decir, organizando todo tipo de servicios desde la retaguardia; sólo un escaso número de ellas participó militarmente en algunos destacamentos guerrilleros. Ese mismo tipo de participación activa, pero no militar, fue el de las mujeres de nuestro país que lucharon contra los fascistas en la Guerra Nacional Revolucionaria de 1936 a 1939. Sin embargo, por esos mismos años, en la China semifeudal y semicolonial se formaban los primeros destacamentos guerrilleros, con una importante participación femenina. Y en el Vietnam invadido y avasallado, primero por los imperialistas franceses y, más tarde, por los yanquis, la participación militar de la mujer en la guerra creció, paulatinamente, hasta hacerse masiva. Hoy día, en las guerras de liberación y en la guerrilla urbana de los países capitalistas, la participación de la mujer se da tanto en el terreno político como en el militar.

¿Donde radica la diferencia? Sólo existe una explicación posible: el tipo de guerra y la forma en que se han ido desarrollando los procesos revolucionarios.

Hasta finales del siglo XIX y principios del XX, la acumulación de fuerzas revolucionarias se realizaba por medio de la lucha política -clandestina o

legal- hasta el estallido de la insurrección popular y la toma del Poder. En la estrategia insurreccional, la guerra de guerrillas tiene una gran importancia, pero no deja de ser un método de lucha utilizado en determinados momentos de la lucha revolucionaria, concretamente, en los períodos insurreccionales. Sin embargo, en los países semifeudales y coloniales no existían estas condiciones para la acumulación de fuerzas basadas, esencialmente, en la lucha política. Otro tanto ocurrirá más tarde en los países capitalistas en los que, tras la revolución de Octubre, se irá produciendo una creciente militarización y fascistización, cuyo objetivo no es otro que el impedir la acumulación de las fuerzas revolucionarias. Ante esta situación, se abre paso una nueva estrategia: la Guerra Popular Prolongada y la Guerra de Guerrillas.

*El arte militar de la guerra del pueblo* -decía Giap- se basa en este principio-guía general: resistencia de larga duración, de todo el pueblo a todos los niveles, apoyado esencialmente en sus propias fuerzas (35). La Guerra Popular Prolongada es, por tanto, la guerra de todo el pueblo y, en consecuencia, en ella tiene participación la mujer. Es la guerra que los pueblos de los países coloniales y dependientes llevan a cabo contra los imperialistas y sus gobiernos títeres; es la guerra que las masas explotadas de los países capitalistas e imperialistas llevan a cabo contra sus enemigos de clase. La guerra de guerrillas es la única forma posible de desgastar y debilitar la relativa superioridad de las fuerzas contrarrevolucionarias, a la par que permite la acumulación de las fuerzas revolucionarias -contrarrestando así su relativa inferioridad-, hasta lograr que se produzca una correlación de fuerzas favorable para la revolución, que permita la derrota definitiva de las fuerzas reaccionarias.

En este tipo de guerras, no son ya ejércitos regulares los que se enfrentan a las fuerzas armadas del imperialismo y del capitalismo, sino destacamentos, columnas, agrupaciones guerrilleras que, bajo una sólida dirección política y militar, van golpeando y debilitando al enemigo y acumulando fuerzas. Esta guerra de resistencia no puede llevarse a cabo sin la incorporación y la participación activa de todos los sectores populares y, por tanto, de las mujeres. Su papel en la guerra de guerrillas ya no consiste sólo en realizar tareas de infraestructura, de información o de participación activa en la lucha política; ahora, también pasa a desempeñar un papel en el ejército, empuñando las armas, codo a codo, con sus compañeros de lucha.

Por todo esto, no es de extrañar que fuera en Vietnam, por ejemplo, donde una mujer -la generala Nguyen Thi Ding- ocupara el cargo de segundo comandante en jefe de las FALP, o que el 40 por ciento de los comandantes de regimientos regionales de las FALP fueran mujeres. Sobre ellas, recayó la mayor parte de la responsabilidad de la defensa antiaérea en el Norte; cientos de campesinas, que limpiaban durante el día las bases americanas, las bombardeaban, ellas mismas, por la noche con morteros; en el transcurso de la ofensiva del Tet, participaron militarmente dos millones de mujeres. Además, millones de mujeres participaron, tanto en el movimiento político -en el que desplegaron una importante actividad-, como en la resistencia armada contra el ejército invasor.

La experiencia de China y Vietnam, por otra parte, no han sido casos aislados. Como ya hemos dicho anteriormente, la participación de la mujer en la guerra revolucionaria, a nivel político y militar, se ha dado en la mayoría de los procesos revolucionarios. Nicaragua, El Salvador, Guatemala, Perú, Filipinas... son algunos de los múltiples ejemplos que avalan, con los hechos, su incorporación en gran número a los ejércitos populares ya las organizaciones armadas, empuñando el fusil en la lucha contra el imperialismo y el capitalismo; de la misma manera, en todos

estos procesos, la mujer se ha incorporado a las organizaciones de masas, teniendo una participación destacada y de primer orden.

Este mismo proceso se hace extensivo a los países capitalistas. Como puede observarse desde hace años, en el movimiento revolucionario que se extiende por Europa, la mujer se ha incorporado, en número creciente, a la lucha por la revolución socialista. Es evidente que, en estos países, el proceso revolucionario tiene sus características peculiares pero, aún así, la lucha tendrá inevitablemente un carácter prolongado. Los Estados capitalistas, partiendo de las experiencias en la lucha contra el movimiento revolucionario, se han dotado de una serie de medios que hacen que esté fuera de toda posibilidad el pensar en organizar y educar a las masas dentro de la legalidad y de forma pacífica pues, de hecho, estos Estados se han convertido en la contrarrevolución organizada permanentemente. *En tales circunstancias, sólo la lucha política de resistencia y la estrategia de guerra prolongada de guerrillas podrán ir cambiando esta relación desfavorable por otra favorable; sólo la lucha de resistencia y la lucha armada revolucionaria podrán permitir la acumulación de las fuerzas propias* (36).

El movimiento revolucionario que se extiende por Europa cuenta con la presencia de la mujer en todos los frentes de lucha. Junto a su participación en el Movimiento Político de Resistencia, en huelgas, en manifestaciones, en enfrentamientos con la policía... junto a su incorporación a las organizaciones de masas ya los Partidos Comunistas, la mujer también se ha incorporado a las organizaciones guerrilleras; así lo demuestra el hecho del alto número de acciones de la guerrilla donde ha estado presente.

De este modo, podemos concluir que la participación militar de la mujer depende de las características que tenga la guerra. La guerra que el pueblo soviético sostuvo contra la agresión nazi y la Guerra Nacional Revolucionaria en España se desarrollaron, esencialmente, bajo la forma clásica de guerra de frentes y con ejércitos regulares; la utilización de la lucha guerrillera fue muy escasa. Esta es la causa que determinó, en ambas guerras, la escasa participación de la mujer en el terreno militar.

En España, en los primeros momentos, las mujeres empuñaron las armas y jugaron un importante papel en el aplastamiento de la sublevación fascista en las ciudades y se incorporaron a los frentes en un número importante pero, al poco tiempo, fueron desmovilizadas y, sólo en casos muy aislados, siguieron perteneciendo al Ejército. Aunque pudiera parecer lo contrario, dicha decisión no vino determinada por una cuestión de prejuicios, ni era fruto de una política de discriminación con respecto a la mujer. Era una medida que venía impuesta por el tipo de guerra que se estaba desarrollando.

En este tipo de guerras, al existir un frente y una retaguardia, se produce una marcada división de tareas que se efectúa dependiendo del sexo; así, mientras que los hombres se incorporan al ejército y combaten en los frentes, a las mujeres les es asignada la tarea de asegurar la retaguardia, de mantener la producción y la familia, lo que viene determinado por la división del trabajo que existe entre los sexos. En este contexto, las mujeres se encargan de la producción, del abastecimiento de los frentes y de la población, de la defensa de las ciudades... se encargan, en fin, de todas aquellas actividades que también son imprescindibles para ganar la guerra, pero que, al mismo tiempo, las mantienen cerca del hogar para que puedan seguir desempeñando su papel en la familia y, principalmente, en el cuidado de los hijos.

En el propio Vietnam, donde existió una participación masiva de mujeres en el terreno militar, se produjo una situación parecida. Mientras en el

Vietnam ocupado existía un alto número de mujeres que se incorporaron a las FALP (Fuerzas Armadas de Liberación del Pueblo) y que participaron en la lucha guerrillera, en el Norte liberado, la situación era diferente. En esa zona, el número de mujeres en el Ejército era escaso y se trataba principalmente de jóvenes sin hijos, que sólo desempeñaban tareas altamente especializadas; entretanto, para la mayoría, sus actividades se concretaron en torno al *Movimiento de las Tres Responsabilidades*: producción, defensa y familia.

Las mujeres norvietnamitas formaron parte de la milicia y de los equipos de autodefensa en las fábricas, en el campo, en las escuelas, en las aldeas... La defensa se estableció como su tarea principal. Se hicieron expertas en el manejo de armas antiaéreas y fueron entrenadas militarmente; sin embargo, enviarlas al Frente no fue una política generalizada y rara vez estuvieron presentes en él.

Junto a la defensa, el mantener la producción y la familia son también tareas de primer orden para continuar la guerra. Alguien tiene que desempeñarlas y esta responsabilidad recae sobre la mujer, manteniéndola cerca de la casa. Ha sido ésta una responsabilidad que se le ha asignado durante siglos y es absurdo pensar que, por el mero hecho de emprender la lucha por la liberación, se puede eliminar de un plumazo la división del trabajo entre los sexos o realizar la socialización de las tareas domésticas y del cuidado de los hijos. Esto requiere, hasta ser alcanzado, un largo proceso de construcción socialista y, como primera medida imprescindible, se necesita ganar la guerra para poder empezar la construcción de una nueva sociedad.

#### **4. Polarización del movimiento femenino (1873-1931)**

##### **4.1 La burguesía y la cuestión femenina**

En España, al igual que en resto de los países de Europa, el desarrollo del capitalismo y la incorporación de la mujer a la producción social van a ser los factores que crean las condiciones para la aparición del movimiento femenino. Ahora bien, dado nuestro propio desarrollo histórico, el proceso va a tener unas características peculiares.

Las primeras ideas acerca del problema de la mujer, no aparecerán en España hasta mediados del siglo XIX; este retraso, con respecto a los países de Europa, está motivado por el tardío desarrollo industrial de España y, por tanto, por la tardía incorporación de la mujer a la producción. No podemos olvidar que, en esta época, España seguía siendo un país semifeudal, con una economía fundamentalmente agrícola, lo que conllevaba la supervivencia en la sociedad de las ideas más reaccionarias y oscurantistas. Por otra parte, el fracaso de la revolución burguesa supuso un freno para el desarrollo industrial y económico e impidió la ruptura con las trabas feudales que aprisionaban a la sociedad, lo que tuvo una gran incidencia en el desarrollo del movimiento femenino. Es cierto que, con la proclamación de la I República, en 1873, se habían creado las condiciones para la formación y desarrollo de ese movimiento, pero su fracaso cortó para siempre esa posibilidad.

Así, la burguesía industrial republicana, al igual que no pudo mantenerse en el poder y realizar la revolución burguesa que tanto necesitaba el país, perdió también su oportunidad en el terreno de la mujer. Las mujeres de esta clase hicieron gala de una gran debilidad en lo que al tema de la mujer se refiere y fueron incapaces de desarrollar un movimiento feminista.

Como consecuencia de esta debilidad de la burguesía, en España, sólo las organizaciones obreras pertenecientes a la I Internacional, que habían sido fundadas en 1868, fueron capaces de dar una alternativa al problema

de la mujer; por tanto, la cuestión femenina y sus reivindicaciones, quedaron en manos del proletariado desde los primeros momentos.

Esta situación conferirá al movimiento femenino en España una de sus características más peculiares: su polarización. Por un lado, y para impedir la incorporación de la mujer a la lucha revolucionaria y para conservar las tradiciones más negras, las clases dominantes y la Iglesia van a crear toda una serie de organizaciones y sindicatos católicos, con los que tratarán de canalizar y desviar las aspiraciones de emancipación de la mujer por los derroteros de la sumisión, a través del paternalismo y la beneficencia. Al margen y en lucha contra estas concepciones reaccionarias, el movimiento femenino -en manos del proletariado- va a ir aglutinando a un número cada vez mayor de mujeres que ven en la lucha junto a sus compañeros de clase la única solución a sus problemas.

La cuestión femenina, planteada desde la posición de la burguesía, nunca se va a configurar en nuestro país como un verdadero movimiento de las características de las sufragistas europeas o norteamericanas. Únicamente van a surgir casos aislados de mujeres que plantean el problema desde posiciones vacilantes, muy tímidas e impregnadas de todos los prejuicios que reinaban en la sociedad. A pesar de que el conjunto de sus objetivos y planteamientos era muy limitado y, en muchos aspectos, con marcados tintes reaccionarios, tuvieron una importancia en su época y despertaron muchas incomprendiones y protestas, incluso entre las propias mujeres de su clase, ya que sus planteamientos rompían, en alguna medida, con las costumbres y normas impuestas por la moral clerical de la época.

Mientras el feminismo europeo llevaba ya mucho tiempo luchando por conseguir el derecho al trabajo -como forma de proporcionar a la mujer la independencia económica- y por conquistar unos derechos políticos que las pusieran en mejores condiciones de igualdad con los hombres de su clase, en España, las escasas mujeres burguesas que dejaron oír su voz se limitaban, fundamentalmente, a reivindicar el derecho a la instrucción. Sólo la revolución burguesa podía haber acabado con los prejuicios de la burguesía española respecto al trabajo, actividad que consideraban propia sólo de las clases más bajas. Este prejuicio afectaba especialmente a las mujeres y les impedía comprender la fuerza liberadora de una reivindicación tan necesaria como ésta; de ahí que, para estas mujeres la reivindicación esencial fuera la educación, porque veían que, a través de ella, la mujer iba a ocupar el puesto que le correspondía en la sociedad, mientras que el derecho al trabajo sólo constituía una necesidad para la subsistencia, pero en ningún momento un medio para la emancipación.

En el panorama socio-cultural español de mediados del siglo XIX, la reivindicación del derecho a la educación y la instrucción era justa y progresista. Ahora bien, las mujeres burguesas sólo reivindicaban este derecho para las de su clase; de hecho, nunca tuvieron en cuenta a las mujeres del pueblo trabajador quienes, en la práctica, no necesitaban liberarse de su ignorancia para acceder a los trabajos duros, embrutecedores y alienantes que la sociedad les tenía reservados. Las escuelas, eran lugares reservados exclusivamente a los miembros de las clases altas y media y, en ellas, las mujeres sufrían una total discriminación; la Universidad y los niveles superiores de enseñanza les estaban totalmente vedados (Concepción Arenal, por ejemplo, para asistir a algunas clases en la Universidad -no para estudiar en ella, algo que era completamente imposible-, tuvo que recurrir a varios subterfugios, entre ellos, el de disfrazarse de varón); a esto, se añadía la orientación dada a la reducida y minoritaria enseñanza que recibían, cuyos ejes eran las prácticas piadosas, las labores propias de su sexo y algún que otro complemento como baile, piano, etc.

En una situación como ésta, el mero hecho de instruir intelectualmente a la mujer parecía ya un acto revolucionario que provocaba serios recelos y fuertes resistencias; yeso cuando, en un principio, los objetivos que se proponían eran sumamente limitados. Así lo demuestra, por ejemplo, la meta que se proponían alcanzar las llamadas Conferencias Dominicales para la Educación de la Mujer, celebradas en 1868: *convertir a la mujer en eficaz ayuda del esposo, hacerla buena educadora de sus hijos y permitirle influir en la sociedad por medio de la religión, las buenas costumbres y la urbanidad* (37). Estas Conferencias fueron el primer paso en favor de la educación de la mujer; a raíz de ellas, se crearon la Escuela de Institutrices (1869) y la Asociación para la Enseñanza de la Mujer (1870). Muy lentamente, se va dando una evolución en los objetivos; se pasa, de intentar conseguir el reconocimiento del derecho de la mujer a la instrucción, a luchar por conseguir una igualdad con el hombre en los grados y en el contenido e incluso, más adelante, a exigir el derecho a poder ejercer todas las profesiones estudiadas. De esta forma, las mujeres de la burguesía no sólo defendían su derecho a satisfacer sus necesidades culturales, sino también que, en caso de tener que acceder a un puesto de trabajo, pudieran hacerlo de acuerdo a su estrato social; para ello, necesitaban una preparación y cualificación previas.

Concepción Arenal y Emilia Pardo Bazán son lo más representativo de lo que, en sus orígenes, el feminismo burgués ha dado de sí en nuestro país. Tendrán que transcurrir algunos años para que aparezcan unas ideas feministas más avanzadas, como fruto de un mayor desarrollo del capitalismo. Es precisamente en Cataluña, donde estas ideas son difundidas por Leonor Serrano.

#### 4.2 La incorporación de la mujer al trabajo

Durante el siglo XIX, los porcentajes de incorporación de la mujer al trabajo son muy bajos; a fines de siglo, tan sólo representaban el 18 por ciento de la población activa. Esta incorporación femenina viene determinada por la escasa industrialización del país en esta época. Este mismo hecho va a determinar los sectores productivos donde se concentra, preferentemente, la mano de obra femenina; serán la agricultura y el sector servicios donde, a fines de siglo, se dan los mayores porcentajes que se pueden situar, para la primera actividad, en más de la mitad de la población activa femenina y, para la segunda, en un 28'4 por ciento de las que el 24'3 por ciento corresponden al servicio doméstico; el resto se distribuye entre transporte, comercio y profesiones liberales. En la industria, las mujeres sólo representan el 13'24 por ciento -en este porcentaje están incluidas también las mujeres que trabajan en las minas, en las canteras y en la construcción-. El trabajo en minas y canteras se da, sobre todo, en las zonas de Galicia y Asturias y, en la mayoría de los casos, las mujeres acuden a ellos no como obreras asalariadas, sino como ayuda al padre o al marido.

La incorporación de la mujer a la industria es de vital importancia para su toma de conciencia. Sin embargo, en España, el número de obreras fabriles va a ser siempre muy minoritario y se va a concentrar en ramas como el textil, tabaco, alimentación, vestido y tocado. Esto es lógico, dada la necesidad de la sociedad capitalista de que la mujer pueda seguir desarrollando la segunda jornada de trabajo. Por ello, su acceso a otras ramas industriales como la fabricación de armas o la siderurgia (en general, a toda la industria pesada) va a ser extremadamente minoritaria. Por otra parte, la incorporación de la mujer al trabajo no va a seguir una línea ascendente. En 1930, por ejemplo, el número de trabajadoras es de un 12'3 por cien del total de la población activa, cifra sensiblemente más baja que a finales del siglo XIX. El origen de este descenso hay que

buscarlo en la agricultura (en 30 años, el número de mujeres ocupadas en esta rama descendió en más de 500.000), y si bien en la industria y en el sector servicios aumentó la mano de obra femenina, no lo hizo lo suficiente como para producir una compensación. Sólo la I Guerra Mundial y la posición de neutralidad mantenida por España van a favorecer la demanda y, por tanto, la recuperación de los porcentajes de empleo femenino. Sin embargo, este fenómeno será transitorio y, al término de la contienda, se vuelve a las cotas originales. Este hecho no es extraño, dado que la mano de obra femenina siempre ha formado parte del ejército industrial de reserva a quien se emplea o se despide según las circunstancias lo requieran.

Entonces, la explotación de la clase obrera era bestial; las jornadas laborales oscilaban entre las 15 y las 16 horas, los salarios eran de miseria y las condiciones de trabajo verdaderamente infrahumanas; en el caso de las mujeres, esta situación se agravaba ostensiblemente. Los salarios de las trabajadoras oscilaban entre la mitad y la tercera parte de los recibidos por los varones, y esto por dos motivos: un mismo trabajo se remuneraba peor si lo realizaba una mujer; además, generalmente, estaban empleadas en las actividades menos cualificadas y, por tanto, peor pagadas. Sin embargo, en la duración de la jornada no había diferencia alguna; tampoco existía ningún tipo de protección para la maternidad. A todo esto hay que unir las condiciones de las viviendas, que tampoco van a ser mejores. El proletariado fabril se concentra en la periferia de las grandes ciudades; las casas son pequeños cuartos en donde se hacían varias familias que carecen de los servicios mínimos como agua, luz eléctrica, ventilación... Son barrios donde la miseria se refleja en todas partes.

Las mujeres, tras un extenuante horario laboral y en unas condiciones verdaderamente deplorables, tenían que proseguir su segunda jornada en una situación muy dura, lo que reducía, sensible y peligrosamente, sus fuerzas para poder garantizar el trabajo doméstico y el cuidado de los hijos. No obstante, al ser aún muy minoritario el número de mujeres trabajadoras, la reposición de la fuerza de trabajo quedaba asegurada en su conjunto. Por otra parte, el desarrollo industrial de nuestro país, al ser tan tardío, coincide con el desarrollo del movimiento obrero, con lo que las luchas obreras van a empezar a frenar esta voraz explotación capitalista. En 1900, se promulga una ley reglamentando el trabajo de mujeres y niños; en ella se establecía para las mujeres una jornada máxima de 11 horas, se reglamentaba el descanso de la obrera-madre durante tres semanas por parto y la dedicación de una hora diaria para la lactancia durante la jornada laboral. Esta ley, conseguida tras numerosas luchas obreras, en medio de una grave crisis económica y de una situación interna del régimen muy precaria, permanecerá en parte incumplida.

La rama industrial que concentre mayor número de trabajadoras va a ser el textil por ser el primer sector que se mecanizó; por tanto, la fuerza física ya no es un factor determinante; todo el trabajo se reducía a movimientos mecánicos y sencillos, capaces de ser realizados perfectamente por mujeres y niños. Los empresarios, en el período de acumulación del capital, estaban ávidos de mano de obra barata, de fácil explotación y que les suministrara sustanciosos beneficios. En consonancia fueron sustituyendo en esta rama, progresivamente, a los hombres por mujeres y niños quienes, por el mismo trabajo, recibían salarios mucho más bajos. Desde la segunda mitad del siglo XIX, se crean numerosas fábricas textiles en diversos puntos del país y la obrera textil se convierte en el prototipo de la trabajadora fabril. Esta industria adquiere su mayor desarrollo en la zona de Cataluña. En 1905, por ejemplo, en Barcelona, el 28 por ciento de la clase obrera son mujeres. El proceso de industrialización de esa zona abarca las comarcas del litoral, las grandes ciudades y, sobre todo, las



regiones fluviales montañosas donde, antes de la I Guerra Mundial, se concentra entre un 70 y un 80 por ciento de la industria algodonera catalana. En estas empresas, el porcentaje de mujeres es muy elevado -entre el 70 ó el 75 por ciento-, ya que los hombres se dedican a las faenas agrícolas, al cuidado del ganado o a la minería.

Los talleres textiles se caracterizan por sus reducidas dimensiones, por el hacinamiento de máquinas y obreras, por la falta total de ventilación, de iluminación... motivo de múltiples enfermedades que, en muchos casos, originaban muertes prematuras.

En los Informes presentados en 1885 sobre el trabajo de la mujer y los niños en el textil, Luis Aner dice: *Lo general es que sean muy malas -las condiciones higiénicas-, pues teniendo que cerrar sus ventanas tanto en invierno como en verano, por exigirlo, según dicen, la hilatura y la maquinaria, es el caso que la atmósfera viciada por el polvo y las emanaciones de los aceites y de tanto cuerpo humano allí hacinado se hace tan insalubre que da origen a muchas desgracias en mujeres encintas y niños de corta edad... La permanencia prolongada en tal ambiente, las posturas forzadas a que obligan algunas tareas -casos de las tejedoras-, la inhalación continua del polvillo desprendido de ciertas materias como el algodón, el permanente contacto con agua saturada de detritus, caso de las limpiadoras de capullos de seda, etc., habían de resultar patológicas y así era. Las trabajadoras textiles padecían con frecuencia inflamaciones y ulceraciones crónicas de la mucosa pulmonar que, en ocasiones, ayudadas por una deficiente alimentación, degeneraban en tuberculosis; las remalladoras habían de retirarse a los 40 años obligadas por la pérdida de visión que les ocasionó su labor y con frecuencia torcidas por la incómoda postura que habían de adoptar; las sederas sufrían desequilibrios nerviosos por la atmósfera caldeada del taller; las hilanderas verán afectadas las manos por una especie de sarna que lleva su nombre, etc. En fin, cada oficio tenía su enfermedad propia, derivada de las condiciones antihigiénicas en que se llevaba a cabo* (38).

El segundo sector que va a contar con mano de obra mayoritariamente femenina es la elaboración del tabaco. Después de la obrera textil, la cigarrera es el tipo más representativo del proletariado femenino. Emilia Pardo Bazán las describe así: *Vestida con [su] traje clásico; el mantón, el pañuelo de seda para las solemnidades, la falda de percal planchada y de cola... siempre pronta a la burla, escéptica, capaz de armar camorra... dejarse conmovir... [cuya presencia] en los movimientos populares tiene gran importancia, [cuyas huelgas] son temibles para los poderes públicos [porque] el pueblo va siempre con ellas* (39).

Ciertamente, una de las características de este monopolio estatal va a ser el alto grado de combatividad de sus trabajadoras, fruto de la ausencia casi absoluta de obreros, lo que las convertía en las únicas defensoras de sus intereses frente a la Arrendataria. También influía el hecho de que todas las fábricas tenían el mismo patrón, lo que facilitaba una mayor unidad entre las trabajadoras a la hora de plantear sus reivindicaciones. Este fue el motivo, precisamente, de que los salarios en este sector fuesen más altos que los del resto de las trabajadoras fabriles. Sin embargo, las condiciones laborales eran muy similares a las del textil. Los límites fijados para las jornadas eran violados constantemente; a ello contribuía el carácter de trabajo a destajo que imperaba. Los locales carecían de las mínimas condiciones de seguridad, higiénicas y de salubridad. La falta de ventilación impedía la eliminación del polvo, desprendido del tabaco, que se iba acumulando en la atmósfera y causaba muchas enfermedades pulmonares.

Otra modalidad de trabajo con mano de obra primordialmente femenina es el trabajo a domicilio. En las ciudades existían verdaderas legiones de

trabajadoras manuales en sus domicilios; miles de costureras, guanteras, bordadoras, sombrereras, encajeras... Este tipo de trabajo se caracteriza porque es la forma más leonina y bestial de explotación que puede sufrir un trabajador. Las jornadas laborales son indefinidas, ya que se las impone el propio trabajador para poder sacar un mínimo jornal; los salarios -por piezas-, son inferiores en un 60 por ciento a los de una obrera fabril; además, con un único salario se explota, en muchas ocasiones, la fuerza de trabajo de toda la familia.

Por su parte, el capitalista obtiene inmensos beneficios. A los bajos salarios, se le une que no tiene que invertir en maquinaria, ni en edificios, ni en electricidad... todo ello, corre a cargo del propio trabajador. Esta explotación bestial sólo es posible porque el trabajo a domicilio impide la organización y la unidad de los trabajadores para defender sus reivindicaciones.

A este tipo de trabajo acudían las obreras obligadas por las necesidades familiares, ante el descenso de los salarios masculinos; pero, también, mujeres pertenecientes a la pequeña burguesía, hijas y esposas de funcionarios modestos, de empleados, de empresarios arruinados que se veían obligadas a aumentar el sueldo del cabeza de familia. Preferían el trabajo a domicilio, antes que cualquier trabajo fuera de casa por la deshonra que suponía para ellas el poner en evidencia el descenso de su nivel de vida.

El trabajo a domicilio está muy ligado a la industria y, de hecho, nace como consecuencia de ella. Ahora bien, en el primer cuarto del siglo XX, pervive otro sistema domiciliario de tipo preindustrial, que se localiza en las zonas rurales y que cuenta con una ocupación femenina importante; así, por ejemplo, en Galicia, Asturias y León, numerosas mujeres tenían telares en sus casas; en Mallorca se daba la manufactura del calzado y en Alicante, Castellón y Murcia, la alpargatería.

Dentro del sector servicios, las tres cuartas partes de las trabajadoras estaban empleadas en el trabajo doméstico. Para otras profesiones encuadradas en esta rama, se requería una mínima instrucción y, por lo tanto, sólo podían acceder a ellas mujeres de la clase media. Pero, entre ellas estaban muy arraigadas aún las concepciones, según las cuales, el trabajo es degradante. Por eso, en su mayoría, sólo aspiraban a casarse. Esta situación no variará en mucho tiempo, si bien se dan algunos pasos en el sentido de abrir las puertas a la mujer en trabajos anteriormente prohibidos, tales como el Cuerpo de Telégrafos y Correos, el Metro o la Compañía Telefónica.

En la agricultura, por último, aunque trabajan muchas mujeres, la mayoría lo hacen en la propiedad familiar. En el Norte, las mujeres labran, aran, cultivan, recogen la cosecha, cuidan el ganado... pero como un miembro más de la familia y dentro de su propiedad.

En las zonas campesinas donde predomina el latifundio, la mujer trabaja como jornalera en las temporadas. En 1906, se calcula que había 718.000 mujeres trabajando en el campo como asalariadas. Las labores que realizan son las mismas que los hombres, pero -siguiendo la tónica general- sus salarios son bastante más bajos.

#### **4.3 La integración de la mujer en la lucha de clases**

El notable atraso económico en que seguirá sumida España y la pervivencia de las ideas más reaccionarias y conservadoras van a influir, de manera considerable, en el desarrollo de la cuestión femenina en el seno del movimiento obrero; estas características van a hacer que se perpetúen toda una serie de trabas feudales arraigadas dentro de la clase obrera, de las que tampoco estaban exentas las propias vanguardias, y que se van a

manifestar a la hora de plantear este problema a nivel teórico y práctico. En los albores del movimiento obrero, al igual que había ocurrido un siglo antes en Europa, existe una corriente generalizada dentro de la propia clase obrera, de rechazo al trabajo de la mujer en la industria. Los motivos aducidos tampoco difieren: las consecuencias destructivas y antiobreras que acarreaba. Es cierto que, en un principio el trabajo femenino supuso, entre otras cosas, el despido de la fuerza de trabajo masculino, el descenso de los salarios en aquellas ramas de la producción donde el número de obreras era mayoritario y, en ocasiones, hasta la utilización de su fuerza de trabajo para suplantar a los obreros en huelga. A todo ello hay que añadir su baja conciencia, lo que dificulta enormemente su organización y el poder hacer frente común en la defensa de sus reivindicaciones. Junto a estas consecuencias económicas, se alegaban otras de índole social tales como que el trabajo extra-doméstico de la mujer conducía a la disolución de la familia.

Es con los primeros círculos internacionalistas, ligados a la AIT y surgidos en Madrid y Barcelona en 1868, cuando se dé un importante paso en la organización y concienciación de la clase obrera, así como en el fomento y desarrollo de la participación de las mujeres en la lucha revolucionaria; no obstante, sus planteamientos teóricos son muy moderados y superficiales, como queda reflejado en el I Congreso de la Sección Española de la I Internacional, celebrado en Barcelona en 1870. Todas las intervenciones en el mismo son mayoritariamente contrarias al ingreso de la mujer en la producción y señalan que la fuerza de trabajo femenina representa una competencia peligrosa para la clase obrera en su conjunto... Estos planteamientos les lleva a considerar que el lugar de la mujer se halla en el hogar; así lo demuestran, por ejemplo, estas palabras de uno de los delegados: *La mujer no ha nacido para trabajar... tiene una misión moral e higiénica que cumplir en la familia educando a la niñez, amenizando a la familia con sus prendas y su amor* (40). Como consecuencia, el trabajo a desarrollar para que la mujer se incorpore al movimiento obrero y sus organizaciones, se va a encontrar, en el terreno práctico, con numerosos obstáculos por parte de las propias mujeres y de los dirigentes y militantes obreros.

A partir de 1872, en el Congreso de la Federación Regional Española de la I Internacional, es cuando se van a abrir paso concepciones más favorables para la mujer. En este Congreso se aprobó un dictamen titulado *De la Mujer*, que trata de la emancipación femenina; en él se manifiesta una posición favorable respecto al trabajo fabril de las mujeres. He aquí unos extractos de los aspectos más importantes que recoge el documento: *Los que quieren emancipar a la mujer del trabajo para que se dedique exclusivamente al hogar doméstico, al cuidado de la familia, suponen que ésta es únicamente su misión, para lo cual, afirman, tienen facultades especiales que se contrarían sacándola de lo que ellos llaman su centro. Los que esto afirman suponen que la actual constitución de la familia es imperecedera, y éste es el fundamento principal de su oposición. Pero los hechos, siguiendo una lógica severa, independientes de todo sentimentalismo y de toda preocupación, variando las condiciones económicas de las sociedades, sobre todo la forma de propiedad, varían también las instituciones sociales... La mujer es un ser libre e inteligente y como tal, responsable de sus actos, lo mismo que el hombre; pues si esto es así, lo necesario es ponerla en condiciones de libertad, para que se desenvuelva según sus facultades. Ahora bien, si relegamos a la mujer exclusivamente a las faenas domésticas, es someterla, como hasta aquí, a la dependencia del hombre y, por tanto, quitarle su libertad. ¿Qué medio hay para poner a la mujer en condiciones de libertad? No hay otro que el trabajo. Pero se dirá: el trabajo es origen de grandes inmoralidades, causa*

*de degeneración de la raza y perturba las relaciones entre el capital y el trabajo en perjuicio de los trabajadores, por la concurrencia que les hacen las mujeres. A esto respondemos: la causa de estos males no está en el trabajo de la mujer sino en el monopolio que ejerce la clase explotadora; transfórmese la propiedad individual en colectiva y se verá cómo cambia todo por completo... Entretanto, creemos que nuestro trabajo acerca de la mujer es hacerla entrar en el movimiento obrero a fin de que contribuya a la obra común, al triunfo de nuestra causa, a la emancipación del proletariado, porque así como ante la explotación no hay diferencias, tampoco debe haberlas ante la justicia (41).*

Este cambio de posición se refleja también en el hecho de que, en esta época, dos mujeres forman parte de los organismos directivos: Isabel Vila, como Secretaria Corresponsal de la Sección Internacional de Llagostera (Barcelona) y Guillermina Rojas, una de las primeras mujeres con relevancia en el movimiento obrero.

A pesar de estos ejemplos, la integración de la mujer en las organizaciones obreras es aún aislada y minoritaria y, las que forman parte de la Asociación, no dejan de ser una excepción. La escasa industrialización del país y el peso de las ideas conservadoras en el sector femenino siguen operando como un factor de freno en su toma de conciencia y organización, pero no en su participación en las luchas populares de la época, que podemos considerarla bastante amplia. La lucha contra la miseria y la explotación y por unas mejores condiciones de vida, al ser problemas que sufren muy directamente, les hace incorporarse y participar espontáneamente.

Será a partir de la primera década del siglo XX, coincidiendo con el auge de las luchas obreras y populares y con una mayor consolidación de las organizaciones obreras, cuando se centran los esfuerzos en organizar a las mujeres y en incorporarlas a la vanguardia del movimiento obrero como un miembro más. Sólo en ese momento, se comprende el potencial revolucionario de este sector y la necesidad de ganárselo para conseguir junto al resto de la clase obrera su emancipación; sólo entonces se comprende también la estrecha ligazón que existe entre la emancipación de la mujer y la emancipación de toda la clase.

En las zonas con mayor industrialización y, por tanto, con mayor número de mujeres incorporadas al trabajo industrial será donde su conciencia y participación van a ser mayores. Una muestra del avance dado por las mujeres es la aparición de trabajadoras con puestos de responsabilidad en sindicatos y organizaciones obreras, entre los que cabe destacar las figuras de la anarquista Teresa Claramunt y de la socialista Virginia González. A diferencia de la época anterior ya no serán casos aislados, sino el síntoma de que las ideas revolucionarias están penetrando en ellas. Virginia González tiene una gran relevancia política ya que se trata de la primera mujer obrera que aplica las posiciones marxistas a la cuestión femenina en España. Sus planteamientos más avanzados y consecuentes, tanto en el terreno político como en el aspecto de la mujer, la llevan a abandonar el PSOE ya participar en la fundación del Partido Comunista en 1921, siendo elegida miembro del Comité Central.

A medida que se profundiza la crisis política y económica del régimen, aumenta la conflictividad social que se extiende por todo el país. Esta situación empuja a sectores cada vez más numerosos de mujeres a protagonizar importantes luchas, principalmente, contra la miseria y el hambre y contra la guerra colonial que se estaba desarrollando en Marruecos. Hasta ese momento, quienes principalmente habían participado eran mujeres obreras que, por su trabajo industrial, tenían una conciencia más elevada; pero en el movimiento contra la guerra, van a ser amplios sectores de mujeres los que se opongan al mantenimiento de la guerra

colonial y tratan de impedir la incorporación de sus hijos y maridos a las filas de un ejército que luchaba en defensa de unos intereses que no eran los suyos y cuyo mantenimiento sólo beneficiaba a las clases dominantes. Estas mujeres participan en mítines y manifestaciones, se enfrentan a las fuerzas represivas y tratan de impedir la salida de trenes repletos de soldados.

La elevación de la conciencia y combatividad de la mujer no va a pasar desapercibida ni para las clases dominantes ni para la Iglesia, quienes se apresuran a cerrar filas, creando sindicatos católicos como instrumentos para intentar controlar al proletariado. Plenamente conscientes de que, entre el proletariado masculino, tienen perdida la batalla, centran toda su actividad en la mujer quien, por su atraso y su mayor vinculación a la Iglesia, constituye uno de los pilares más vulnerables. No es, pues, casual que, quienes no se habían preocupado hasta entonces por la situación de la mujer, empiecen ahora a construir sindicatos, ensalzando en ellos la figura de la mujer católica, férrea defensora del orden y los principios morales establecidos. Como dijo Alarcón y Meléndez *en esta cuestión, que es parte de la cuestión social, es imperdonable dejar que los enemigos de la Iglesia nos tomen la delantera, como se puede decir que la van tomando en la cuestión del proletariado. Por eso hay que defender la causa de la mujer.* Y ponen manos a la obra, principalmente entre los sectores más fácilmente influenciables: las trabajadoras a domicilio y las campesinas, dado que el aislamiento en que desarrollaban su trabajo favorecía su conservadurismo ideológico y su escasa concienciación.

La estructura de estos sindicatos está basada en gremios para la defensa de los intereses profesionales y no de clase, cosa fácil de imaginar, al tratarse de sindicatos mixtos (de obreras y *señoras*) ya que, según la opinión de una de sus fundadoras, María de Echarri, las obreras no estaban preparadas para manejarse solas. La verdadera razón, sin embargo, es muy distinta; en realidad, se trata de intentar atenuar la lucha de clases y de que las obreras se unan a las patronas en una *gran familia social*, en la que ellas perciban unas limosnas y, a cambio, se sigan dejando explotar con todas las garantías de tranquilidad y sumisión. Por si queda alguna duda al respecto, la propia María de Echarri nos explica sus verdaderos objetivos, que no son otros que *encauzar el peligro, para desarmar al pueblo con cariño* y evitar que las obreras se organicen de forma independiente en sus sindicatos de clase, alejadas de ese *socialismo sin Dios... que va creciendo de día en día* (42).

Estos sindicatos, a pesar de sus grandes esfuerzos por implantarse en otros sectores, sólo tendrán una influencia significativa entre las trabajadoras a domicilio. La obrera industrial es consciente de que sólo con la lucha más resuelta contra los patronos, y no con la conciliación con ellos, es como podrán alcanzar sus reivindicaciones.

## 5. Hacia la reacción política y el oscurantismo

### 5.1 La II República ante el problema de la mujer

Con la II República, se abre un nuevo período y se crean las condiciones para que el movimiento femenino se desarrolle entre amplios sectores de mujeres. Un movimiento a cuya cabeza se van a situar, una vez más, las mujeres obreras.

Una vez establecido el Gobierno Provisional de la República, se comienzan los preparativos destinados a celebrar las elecciones a las Cortes Constituyentes, lo que implicaba revisar el restringido sistema electoral que imposibilitaba una amplia participación popular. Se reduce la edad de voto a los 23 años, pero no se concede el voto a la mujer; esta decisión se

deja en manos de las siguientes Cortes; de momento, únicamente se aprueba la posibilidad de que la mujer pueda ser elegida. Las elecciones se celebran en junio y, de un total de 470 diputados, salen elegidas tres mujeres: Clara Campoamor -del Partido Republicano Radical-, Victoria Kent -del Partido Radical Socialista- y Margarita Nelken -del Partido Socialista Obrero Español-.

Tras elaborar la Constitución, el Gobierno republicano-socialista comienza a abordar, de una forma muy tímida, los múltiples problemas que el pueblo tiene planteados; entre ellos, la desigualdad política, jurídica y laboral en que se encuentra sumida la mujer española. En este terreno, se consiguen una serie de reformas tales como el derecho a voto, la ley de divorcio, el matrimonio civil, la penalización del parricidio *por honor*, los mismos derechos y autoridad que el padre sobre los hijos, el que la mujer pueda ser testigo en los testamentos, el poder ejercer la tutoría sobre los menores e incapacitados, etc. En el terreno laboral, se consigue el derecho a descansar durante 6 semanas en el post-parto, la prohibición de que las mujeres puedan ser despedidas al casarse, etc. Pero en lo concerniente a las posibilidades que se abren para la incorporación de la mujer a la producción, las medidas que se toman son insignificantes, por no decir nulas, y la mayoría de las veces quedan sin aplicar; es más, con el aumento del paro, además de decrecer las posibilidades de obtener un puesto de trabajo, se reduce también el número de mujeres que lo habían conseguido ya.

De entre todas las medidas citadas anteriormente, merece mención especial la aprobación del derecho al sufragio universal sin discriminación de sexos. El derecho al voto femenino suscitó una viva polémica en el Parlamento y en la prensa, y en las propias filas de los partidos socialistas y republicanos, no hubo unanimidad de criterios. Los que se oponían, no dudaban de la justeza de este derecho; su argumento se basaba en que, en esos momentos, no se podía conceder debido al gran atraso cultural de las mujeres ya la influencia en ellas de las ideas clericales y oscurantistas, por lo que consideraban necesario que, antes de concederles el voto, hubiera un período de educación y preparación para evitar que votasen a los partidos conservadores y reaccionarios. La otra tendencia, favorable a la concesión del voto, opinaba que la mejor forma de que la mujer avanzase y dejase atrás esas influencias retrógradas era, fundamentalmente, ejercitando sus derechos como ciudadana. Por fin, tras largos debates, en diciembre se otorga el voto a la mujer por sólo 39 votos de diferencia. A este respecto, es significativa la firme actitud de Clara Campoamor en pro del voto femenino. En contra de su propio partido, defendió con ardor sus opiniones en el Parlamento y fue una de las primeras impulsoras en la creación de organizaciones para informar y preparar a la mujer en el uso de sus derechos. A principios de 1935, Clara Campoamor abandona las filas del Partido Republicano Radical, al estar en desacuerdo con la política reaccionaria que, en unión de la CEDA, mantenía dicho partido. La oposición de los partidos burgueses al voto femenino es una muestra clara de su propia debilidad y del atraso de sus posiciones políticas; vacilan ante una reivindicación por la que su misma clase había luchado e impuesto hacia ya tiempo en toda Europa; una reivindicación que, de hecho no era una medida radical ni atacaba pilar alguno de su dominación. Sin embargo, todavía es más criticable la oposición mantenida por los socialistas. Esta sólo se comprende si se tiene en cuenta la degeneración de este partido, fiel a la política oportunista de la II Internacional, que ve en la burguesía a la clase dirigente y que, por tanto, analiza cualquier problema desde esta óptica y no desde la proletaria. Sus mismas posiciones oportunistas le hacen plantearse la solución del problema de la mujer al margen de la lucha de clases.



Se hace necesario mencionar a una de las mujeres más destacadas del Partido Socialista y una de las que más arduamente se opuso a la concesión del derecho al voto para la mujer. Se trata de Margarita Nelken. A pesar de que sus posiciones respecto a la mujer no fueron siempre, como en este caso, las más acertadas, es una de las figuras femeninas a reivindicar. Esta intelectual fue una de las primeras mujeres que, a nivel teórico, intentó basarse en las obras marxistas, en concreto en Bebel, para hacer sus análisis sobre la cuestión femenina. En 1920 aparece su libro *La condición social de la mujer*, obra de gran importancia por la polémica que suscita y por ser uno de los primeros trabajos en que se aborda el tema. A pesar de las ideas avanzadas que presenta -avanzadas para una sociedad como la española de los años 20-, no llega al fondo de la cuestión ni encuentra una respuesta al origen de la opresión de la mujer. En el libro de Margarita, se describen de forma exacta las condiciones de vida de la mujer española, la dependencia, la marginación, la explotación y la opresión a que la someten las clases dominantes y la Iglesia; analiza también los prejuicios de las mujeres de las capas burguesas y sus intentos por entorpecer las ideas que van surgiendo, pero no llega a vislumbrar el camino para su emancipación. Al plantear la cuestión de la incorporación de la mujer al trabajo, no lo hace como un derecho de toda mujer y que, como tal, debe reivindicar, sino como un hecho real que existe: *No se trata de saber si la mujer debe trabajar o no fuera de la casa, se trata únicamente de saber si lo necesita o no; lo mismo en la clase obrera que en la pequeña burguesía, el trabajo de la mujer constituye una contribución muy grande al bienestar de la familia* (43). En definitiva, no ve la incorporación de la mujer a la producción como la forma de que tome conciencia de su situación y adquiera una independencia económica, sentando las bases para su liberación. Para ella, lo verdaderamente importante es la igualdad legal; no llega a ver la causa de la opresión de la mujer en el sistema social existente y en su base: la propiedad privada.

El PCE, por su parte, permanece al margen de esta polémica; por aquella época, atravesaba por una serie de errores izquierdistas, producto de los cuales no apoyaba a la República. Estos errores se manifiestan asimismo en el terreno de la mujer; si bien reconoce que es necesaria su inserción en la lucha de clases -es decir, que analiza el problema femenino como parte del problema social-, esto se contradice con su práctica, ya que toda su labor se basa en cuestiones de tipo sindical.

El PCE sale muy debilitado de esta etapa y no es capaz de influir en el rumbo de la política. Sólo después de su IV Congreso, en el que son derrotadas las posiciones erróneas y se elige una nueva dirección, con José Díaz a la cabeza, comienza a salir de su aislamiento. Este viraje en su línea política se va a reflejar también en su posición con respecto a la mujer. Se comienza a analizar su importancia en la revolución, no desde el punto exclusivista de la mujer proletaria, sino de todas las mujeres oprimidas. Consecuentemente, en sus programas se comienza a exigir la equiparación de derechos civiles y políticos y, en las elecciones siguientes, el partido incorpora mujeres en sus listas. Al permanecer la desigualdad económica, consideraban las reformas políticas conseguidas como una entelequia; denunciaban lo poco que la República había concedido a las mujeres e indicaban, una y otra vez, que la solución a los problemas femeninos estaba en unirse a la lucha general de todo el pueblo.

Con el triunfo del Frente Popular, se ponen las bases necesarias para que las mujeres trabajadoras puedan alcanzar sus reivindicaciones y mejorar su situación. A partir de este momento, el carácter de la República se va a transformar en *una República Democrática y Parlamentaria de nuevo tipo y de un profundo contenido social* (44). sin igual en la Europa de entonces. El nuevo carácter se debe a que el Estado recién surgido está asentado en



**el pueblo trabajador, en organizaciones democráticas y populares y cuenta con un programa revolucionario que ataca, directamente, las bases económicas y sociales del dominio de la oligarquía.**

**El período de paz, tras el triunfo del Frente Popular, es tan escaso que no se pueden acometer grandes transformaciones en la situación de la mujer trabajadora. El salto que se había producido en su conciencia tras los sucesos de octubre del 34, sigue madurando y puede decirse que, en todas las manifestaciones populares que se suceden tras la victoria electoral, la presencia de las mujeres antifascistas es muy destacada, tanto para imponer las medidas revolucionarias como para forzar al Gobierno a llevarlas a cabo. También empiezan a incorporarse en mayor número a las organizaciones políticas, principalmente a las filas de las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU) -fruto del mayor empuje que siempre tiene la juventud- ya la Organización de Mujeres Antifascistas (OMA) que, en julio de 1936, tenía ya 50.000 afiliadas. El PCE destaca, especialmente, en la tarea de promover y facilitar la incorporación femenina a la vida política activa, a través del esfuerzo desplegado por las mujeres comunistas para lograr la unidad de todas las mujeres antifascistas; además, el propio partido despliega un gran esfuerzo para promover la incorporación de las mujeres más avanzadas a sus filas y dotarlas de una conciencia de clase y comunista. Hasta entonces, el porcentaje de militancia femenina era muy reducido ya que, si bien se había dado un progreso real en la situación de la mujer, su atraso aún era considerable.**

**Pero las verdaderas transformaciones revolucionarias en la situación de la mujer se van a producir durante la Guerra Nacional Revolucionaria. La sublevación fascista del 18 de julio vino a reforzar el carácter popular de la República del 36, ya que fueron las masas, el pueblo en armas, las únicas fuerzas capaces de respaldar al nuevo poder. Por ello, es ya iniciada la guerra, cuando el Frente Popular toma las medidas más revolucionarias; y ello, a pesar de las divisiones que existían en su seno y las grandes dificultades que imponía la guerra.**

**Si en general, la guerra polariza al máximo la situación en España, en el terreno concreto de la mujer, la guerra consigue, de golpe, lo que de otra forma se hubiera tardado años en lograr: despertar la conciencia de miles y miles de mujeres antifascistas que, desde el primer día, salen a la calle dispuestas a ocupar su puesto ya darse por entero a la lucha contra el fascismo.**

**La Guerra Nacional Revolucionaria marca en la historia de la mujer trabajadora de España un salto cualitativo, una nueva etapa en la que demuestra ser capaz de defender a tiros, como el que más, la libertad conquistada por los votos; demuestra ser capaz de llevar sobre sí todo el peso de la producción, a pesar de haber estado relegada de esta tarea durante siglos y demuestra, en definitiva, que para vencer al fascismo, no sólo se debe, sino que se puede contar con ella.**

**Este salto es posible porque las mujeres del pueblo trabajador habían sufrido en su propia carne, y en la de sus seres más allegados y queridos, los efectos de la represión encarnizada y la sobreexplotación salvaje, porque con ellas se había llevado toda una labor conciencia dora de lo que significaba el fascismo y de lo que supondría su victoria para el pueblo y, sobre todo, porque habían participado directamente en la conquista de un gobierno verdaderamente democrático y popular y habían empezado a ver, en la práctica, lo que esto significaba, y no estaban dispuestas a dejárselo arrebatar. En ese momento, miles de hombres y mujeres empuñaron el fusil para defender la República. Es de destacar esta primera incorporación espontánea de las mujeres, principalmente anarquistas y comunistas, a las Milicias; incorporación que, en lugares como Madrid, se hace patente a lo largo de toda la defensa de la capital, si bien, a medida que va pasando el**

tiempo, ésta va teniendo menos intensidad. Durante los primeros meses de la guerra se alienta su participación en las Milicias; en los carteles agitativos era frecuente utilizar como símbolo a una miliciana empuñando el fusil, y en los propios llamamientos -como el que, en octubre de 1936, realiza el Quinto Regimiento de las Milicias Populares al pueblo de Madrid con motivo de la formación de los cuatro batallones de choque para la defensa de la capital- se empezaba diciendo: *Madrileños, Hombres y Mujeres...* y se concluía: *Cuatro Batallones de Choque para la defensa de Madrid, en los que rivalizarán por formar parte de ellos lo mejor de las obreras, obreros y antifascistas madrileños* (45).

Sin embargo, la guerra empieza pronto a dilucidarse en los frentes, y ya hacia finales del 36, fruto del tipo de guerra que empieza a desarrollarse, se produce una división del trabajo; el papel asignado a la mujer se canaliza hacia la retaguardia, en las tareas de todo tipo de ayuda al frente, pero sin una participación directa en él. Las consignas que todos los partidos y organizaciones empiezan a difundir son: *Los hombres al frente, las mujeres a la producción, Mujer, exige un puesto en la producción que hoy es tu frente de lucha* y otras por el estilo. Sólo una minoría de mujeres, principalmente jóvenes, se van a incorporar al frente en tareas especializadas; algunas de ellas llegaron a ocupar puestos de responsabilidad, destacando por su valor y sus cualidades. La mayoría eran comunistas o militantes activas de alguna organización como Lina Odena, Antonia Portero, Elvira Gallardo...

## 5.2 La vuelta al hogar

La victoria del fascismo supone para la mujer la pérdida de todos los derechos conquistados durante la República y que habían hecho posible su incorporación activa a muchos aspectos de la vida política, cultural, económica y social del país. El fascismo no tenía ninguna base social, ninguna estabilidad y, en esas condiciones, la represión - aunque fundamental- no era suficiente para asegurar su dominación. Necesitaban desarmar ideológicamente al pueblo y, en ese sentido, el atraso histórico de la mujer la convertía en uno de los blancos más vulnerables. Frenar su avance, intentar convertirla en uno de los pilares sobre los que reposara el nuevo régimen o, en su defecto, neutralizarla o convertirla en un ser pasivo, inofensivo e incapaz de hacer frente al sistema; éste era el objetivo que el régimen perseguía con ellas. Para ello, puso en marcha toda una serie de mecanismos laborales, legislativos e ideológicos.

Uno de los primeros pasos del fascismo es apartar a la mujer de la producción. Ya en plena guerra, en las zonas dominadas por ellos, Franco empieza a dictar normas legislativas al respecto. En 1938, en el Fuero del Trabajo -ley calcada de la Carta del Lavoro de Mussolini y que ha constituido una de las leyes fundamentales del Estado franquista- se regula la participación de la mujer en el trabajo. Según dicha ley, *el Estado regulará el trabajo a domicilio y liberará a la mujer casada de la oficina y de la fábrica*; poco después, un nuevo decreto amplía el sentido de esta ley: *La tendencia del nuevo Estado es que la mujer dedique su atención al hogar y se separe de los puestos de trabajo* (46).

Esta política tiene un claro fundamento económico. Es la época del período autárquico del régimen en que *la acumulación intensiva de capital y la industrialización a marchas forzadas es la meta que se fija la oligarquía monopolista para superar el atraso que la mantiene en inferioridad de condiciones con respecto a las burguesías extranjeras, enriquecerse aún más y conjurar el peligro de revolución en el futuro* (47). El alcance de esta meta implica un bajo desarrollo tecnológico, una escasa demanda de bienes de consumo y un mercado de trabajo poco activo. La acumulación de capital se va a realizar en base a la esquilma del campo ya la

sobreexplotación más salvaje de los trabajadores. Los salarios eran tan bajos que estaban situados en los niveles de subsistencia; por otra parte, la brutal represión desencadenada tras la guerra garantizaba, durante unos años, esta sobreexplotación sin necesidad de tener que recurrir al trabajo de la mujer, como en los inicios del capitalismo. Además, la gran cantidad de mano de obra masculina desocupada después de la guerra, era un peligro demasiado importante como para que el régimen evitara, por todos los medios, un desempleo masculino muy elevado. Dado que el estancamiento de la economía provocaba, de todas formas, escasez de puestos de trabajo volvió, de nuevo, a tener el carácter subsidiario de antes condicionado a su función de esposa y madre.

El factor económico fue determinante a la hora de apartar a la mujer de la producción; pero no fue el único; también hubo otros de tipo político y social que el régimen supo utilizar. Por un lado, las consecuencias demográficas de la guerra justificaban el que se le diera una gran importancia a la función reproductora de la mujer; así, bajo la necesidad de tener hijos, se encubría toda una concepción fascista y reaccionaria sobre la maternidad y sobre el papel de la mujer en la sociedad. Por otro lado, apartar a la mujer de la producción era la condición indispensable para impedir su toma de conciencia; recluirla en el hogar era la única garantía de que surtiera efecto la labor ideológica desplegada por el régimen a través de los medios de comunicación y, principalmente, de la Iglesia. De esta forma, la familia queda configurada como el puntal más importante del régimen y, en ella, la madre se convierte en el principal vehículo transmisor de una moral conformista, de una actitud de obediencia y respeto a la jerarquía y la autoridad.

### 5.3 La legislación

Lo mismo en lo que concierne al trabajo que en lo que concierne a la familia, la legislación vino a asegurar el cumplimiento práctico de esta política. En la mayoría de las regulaciones laborales aprobadas a partir de 1942, se dispone que la trabajadora, al casarse, deje su puesto de trabajo; a cambio, recibía una dote nupcial. En la Administración pública no se admitía a ninguna trabajadora casada. En empresas estatales o concesionales (Telefónica), a fin de asegurar el cumplimiento de esta norma, se exige a las empleadas, en el momento de ingresar, una declaración de renuncia voluntaria al puesto de trabajo en caso de contraer matrimonio. Hasta tal punto el matrimonio se ofrecía como alternativa al empleo, que en algunos sectores (Banca), con la fórmula *excedencia forzada*, se procedía al despido en caso de boda.

Paralelamente, empieza a ponerse en vigor el régimen de subsidios familiares, con los que se completa la tarea de encerrar a la mujer en el hogar. A partir del nacimiento del segundo hijo, se aplica ya un subsidio; a las familias con más de tres hijos se les rebajan los transportes públicos. Se premia a aquellas familias en que la mujer abandona el trabajo para atender el hogar. Surgen los famosos premios a las maternidades numerosas, que eran más cuantiosos cuantos más hijos se tenían, etc. En 1945, al implantarse la ayuda familiar conocida como *puntos*, se castiga el trabajo de la mujer casada con la pérdida del plus familiar. Por otro lado, era talla discriminación salarial de la mujer -se llegan a alcanzar hasta diferencias del 30 por ciento en trabajos iguales- que las primas recibidas por familia solían equiparar su salario habitual, hecho que no compensa la realización de una doble jornada, con los que muchas mujeres acaban optando por abandonar el puesto de trabajo y quedarse en el hogar. La discriminación salarial de la mujer se agravaba aún más en el caso de aquéllas que se seguían contratando en talleres y fábricas, en canteras y minas, en el campo, etc.; en ellos, los contratos se hacían en términos de

mercado negro, con lo que la mano de obra se abarató hasta la usura, convirtiéndose en la más menospreciada y desvalorizada.

Las leyes, además, se encauzaron hacia otros aspectos importantes para la mujer, buscando su sometimiento.

El fascismo deroga todas las leyes progresistas que había promulgado la II República. Respecto a la familia, se anula la ley de matrimonio civil como el único válido, aprobada en 1932; asimismo, se deroga la ley de divorcio, también de 1932; esta medida es acogida por la Iglesia con grandes loas y, al mismo tiempo, con furibundos ataques a la labor de la República. Monseñor León del Amo decía sobre esta cuestión: *La ley del divorcio en España nunca fue un remedio santo para aquietar escrúpulos de conciencia, sino una injuria gravísima al sacramento y un atentado criminal contra la dignidad del matrimonio* (48).

La salvaguarda de los principios morales de la familia tradicional católica va a regir el Código Civil y, junto a lo anteriormente descrito, de nuevo van a adquirir validez otros principios que suponen una total discriminación y subordinación de la mujer en la familia. Por ejemplo: se promulga un artículo, según el cual, *la mujer casada sigue la condición y nacionalidad de su marido* (49). La mujer debe obedecer al marido y está obligada a seguirlo dondequiera que fije su residencia. El marido es el administrador de los bienes de la familia y el representante de su mujer: ésta, sin su permiso, no puede acceder a un puesto de trabajo, tomar decisión alguna o disponer de su patrimonio.

La legislación respecto a los hijos también sufre un fuerte retroceso. Se establece la diferencia entre hijos legítimos e ilegítimos, basándose en el criterio de haber nacido dentro o fuera del matrimonio. Los hijos ilegítimos no tienen ningún derecho. Se establece también la patria potestad para el padre y, hasta la tutela, salvo en casos límites, se ejerce preferentemente por los parientes varones del tutelado.

Aunque la mayoría de edad se establece a los 23 años, la mujer soltera no podrá abandonar el domicilio paterno hasta los 25 años sin permiso del padre, salvo en caso de contraer matrimonio.

Se penan con severidad las tentativas o prácticas de aborto, así como «la divulgación pública, en cualquier forma que se realizara, de medios o procedimientos para evitar la procreación, así como todo género de propaganda anticoncepcionista» (50). También se castiga *la exposición pública y ofrecimiento en venta de objetos destinados a evitar la concepción* (51). Asimismo, se clausuran todos los centros u hospedajes dedicados a las embarazadas que había puesto en marcha la República, o a la asistencia y tratamiento de las mismas y los consultorios topológicos y ginecológicos, a excepción hecha de los oficiales.

Se pena el adulterio, siendo especialmente dura la pena con la mujer.

#### 5.4 La Sección Femenina y la Iglesia

La Sección Femenina de la Falange, fundada en 1934 por José Antonio Primo de Rivera, fue durante muchos años la portavoz y promotora - no menos de lo que lo han sido las leyes, la prensa y los medios de comunicación- de la política fascista de sometimiento de la mujer.

Su misión fundamental consiste en intentar hacer calar entre las masas femeninas de nuestro pueblo, por medio de una labor de intoxicación ideológica y por la viva fuerza, todas las concepciones ultrarreaccionarias que la inspiraban y que habían sido elaboradas por su fundador y por el mismísimo verdugo Franco. La Sección Femenina se basaba en todos los principios necesarios para intentar hacer de la mujer un ser amorfo, para imposibilitar cualquier forma de realización, de superación o de toma de conciencia. Se asfixiaban todas sus capacidades, se la sometía en todos los

terrenos bajo el peso de la represión, bajo el peso de una exacerbada ideología patriarcal llevada a su límite más reaccionario.

La exaltación de la maternidad y la femineidad, con todos sus complementos de fragilidad, sumisión y espíritu de sacrificio, constituían la base de una concepción de la mujer como ciudadano de segunda clase. Este papel, difundido a través de la enseñanza, de las leyes, de los medios de comunicación y de la prensa, tuvo su fundamento cultural en la tradición católica más conservadora. La Iglesia fue el gran soporte de la labor ideológica de la Sección Femenina; una y otra, intentaron arrastrar a las mujeres a la senda del oscurantismo, de los prejuicios, del atraso y la sumisión.

Son los propios discursos de sus ideólogos los que mejor nos muestran la base ideológica que inspiraba la labor de este organismo. Para José Antonio, los fundamentos del *nuevo feminismo* son los siguientes: *No entendemos que la manera de respetar a la mujer consista en sustraerla a su magnífico destino y entregarla a funciones varoniles. A mí siempre me ha dado tristeza ver a la mujer en ejercicios de hombre, toda afanada y desquiciada en una rivalidad donde lleva todas las de perder. El verdadero feminismo no debiera consistir en querer para las mujeres las funciones que hoy se estiman superiores, sino en rodear cada vez de mayor dignidad humana y social a las funciones femeninas. Para conseguir tan elevadas miras es preciso apartar primero a la mujer de las funciones varoniles que durante siglos lleva desempeñando* (52).

Pero aún no está todo dicho. El propio Franco hace sus aportaciones en esta línea: *Este ha sido uno de los aciertos de nuestro Movimiento: encuadrar a la mujer en la política, sin matar ni mermar en lo más mínimo su espiritualidad; antes al contrario, despertándola y estimulándola a emplearla en mitigar los dolores, en redimir miserias y despertar a la esperanza ya la ilusión a tantas otras mujeres, vencidas y agotadas, que estaban en trance de perder esos tesoros de ternura y espiritualidad que son el mejor adorno de nuestras mujeres* (53).

Esto, aparte de constituir un ataque directo al papel que la mujer había llegado a desempeñar en la República y en el Frente Popular, es una orientación clara de por dónde debían encaminar su labor las pupilas falangistas: reprimir los avances dados por las mujeres, mutilar la independencia y la conciencia adquiridas, sumirla de nuevo en una coraza de limitaciones y atrasos. Para ello, construían y difundían un modelo de mujer totalmente alejado de los espectros de las mujeres avanzadas de la República, un modelo que borrara el ejemplo de Margarita Nelken, de Lina Odena, de Aída Lafuente y de tantas y tantas mujeres que fueron un símbolo de resistencia y fortaleza.

Enfrentado a ese ejemplo, se erige un modelo de esposa y madre sostenedora de los valores más conservadores. La Falange se esfuerza por inculcar en la mujer cosas como que *el hombre es torrencialmente egoísta por naturaleza; en cambio, la mujer, casi siempre, acepta una vida de sumisión, de servicio, de ofrenda abnegada a una tarea... Ved, mujeres, cómo la Falange ha hecho virtud capital de una virtud, la abnegación, que es sobre todo vuestra* (54).

La Sección Femenina desarrolla una intensa actividad en sectores claves de la sociedad, como la escuela, la Universidad y los barrios populares, con una única finalidad: impulsar las actividades políticas y económicas del régimen. Su colaboración con el Gobierno es muy estrecha y se basa en el mutuo apoyo y en el intercambio de favores. En esta línea está, por ejemplo, la implantación del Servicio Social obligatorio para cualquier joven que quiera obtener un empleo, el carnet de conducir o el pasaporte, y para acceder a estudios superiores o para cualquier tipo de diploma. El

Servicio Social, apoyado por organizaciones adyacentes como las Escuelas del Hogar, tenía como objetivo la formación de apagadas amas de casa, a quienes se instruía con lecciones de cocina, gastronomía, puericultura, corte y confección, religión, historia de España versión Falange, etc. y, a la vez, suponía desarrollar un trabajo gratuito en las instituciones de beneficencia, en los asilos-nido y en los sanatorios. El Servicio Social fue creado en 1937, en plena guerra civil; pero, a partir de 1940, queda configurado como servicio obligatorio de 6 meses para todas las mujeres, excepto casadas, monjas, viudas, huérfanas de guerra o jóvenes con 8 hermanos solteros. Las trabajadoras de las fábricas estaban obligadas a asistir dos horas diarias y durante un período de 6 meses a los cursos de la Sección Femenina.

Otra de sus tareas fue la creación de la institución de *delegadas de empresa*, equivalente femenina de los enlaces creados por el Sindicato Vertical fascista, cuyo fin era asegurar el control de la clase obrera. Las delegadas de la Sección Femenina empiezan a actuar a partir de 1945 en aquellas fábricas con mayoritaria o exclusiva mano de obra femenina; servían de lazo de unión entre el Sindicato Vertical y la patronal. En realidad, su objetivo era sofocar los eventuales focos de conflictividad que surgieran. Se les otorgaba, de forma descarada, la función de *armonizar a las obreras con el empresario* (55).

La labor de la Sección Femenina en el campo fue aún más intensa; en las zonas rurales se crea la *Hermandad de la Ciudad y del Campo*. Amparándose en el mayor atraso y en la mayor influencia de la Iglesia sobre las mujeres campesinas, la *Hermandad* centra su atención en la mujer, la madre y la hija del campesino para que impidan la tendencia al éxodo a la ciudad que existía en aquellos años, fruto de la miseria en que vivían, ya que esta actitud estaba en abierta contradicción con los planes económicos del régimen en su etapa autárquica.

Paternalismo, conformismo, sumisión; tal era el área ideológica en que se movía la Sección Femenina, labor que también abarcaba a la enseñanza, uno de sus sectores de máxima influencia. Todos los libros de texto, programas y materiales de enseñanza sufren, de hecho, el control de la Iglesia y de las falangistas. Por otra parte, desde 1941, se introduce obligatoriamente en todas las escuelas públicas y privadas una asignatura con el significativo nombre de HOGAR. La cultura era entendida, evidentemente, como perfeccionamiento o potenciamiento de *ser mujer*. En realidad, la presencia femenina en el sector de la enseñanza era muy escasa, aunque no hubiera ninguna ley que lo prohibiera. A ello hay que añadir toda una serie de normas coercitivas generales destinadas a reservar el acceso a la enseñanza sólo a personas encuadradas rigurosamente en la línea del régimen dictatorial.

Se abole la educación mixta y se establece una rígida separación entre escuelas masculinas y femeninas con profesores del mismo sexo que los alumnos. De esta manera, se condiciona ya el futuro papel a desempeñar por cada sexo en la sociedad; a los niños se les educa en la exaltación de la virilidad y el patriotismo ya las niñas en el espiritualismo y el irracionalismo y en el cuidadoso conocimiento de las técnicas domésticas; las horas de costura y bordado, por ejemplo, ocupaban gran parte del horario escolar femenino. Se ponen en circulación textos como *La perfecta casada* de Fray Luis de León, en donde el autor dibuja un modelo ejemplar de mujer y madre inspirado en los dogmas religiosos. José María Pemán, defensor a ultranza del régimen fascista, es otro de los autores ampliamente difundido; en sus libros podemos leer afirmaciones como ésta: *La mujer que está siempre en cierta condición de inferioridad frente al hombre, como ser instintivo y elemental que lo es, frente al se*



*intelectual por esencia que es el hombre, alcanza en el amor su desquite y su trueque de papeles (56).*

Resultado de esta política es que, entre 1940 y 1945, las mujeres dedicadas a la enseñanza son escasas y casi todas ejercen en la escuela maternal y primaria. En la Universidad no existe ninguna mujer titular de cátedra y las licenciadas que actúan en calidad de ayudantes no superan el 4 por ciento; y ello, en las Facultades Humanísticas.

### 5.5 La contraofensiva ideológica del fascismo

La batalla ideológica es otro de los frentes al que el fascismo presta una muy especial atención. Su política cultural tiene como objetivo desarmar ideológicamente al pueblo, combatir la labor ideológica llevada a cabo por la República -la amplia difusión de las ideas progresistas, de la cultura científica y popular- que redundó en una elevación general de la conciencia popular. El fascismo necesitaba contrarrestar estos efectos; necesitaba sembrar el país, además de con sangre, con toda su podrida y negra ideología. Necesitaba inculcar sus concepciones, sus hábitos, prejuicios y lacras para mutilar las conciencias de los hombres y mujeres de nuestros pueblos, para matar sus ansias de libertad y de progreso, para domar su rebeldía y apagar su confianza en la conquista de una sociedad nueva poblada de hombres nuevos.

Todo sistema tiene en el frente ideológico una de las batallas más importantes a librar y el fascismo, lejos de ser una excepción, derrochó medios y fórmulas para inundar las ciudades y pueblos de España con sus retrógradas concepciones, con sus ideas más cerriles y reaccionarias. Dentro de esta guerra ideológica, la mujer tuvo su parcela; el fascismo desplegó una política específica respecto a ella, una política que era el complemento y el soporte ideológico para sostener y afianzar el tipo de mujer que le interesaba al régimen.

Los medios de comunicación encauzan su labor en la misma dirección que la política educativa; la difusión de la imagen de la mujer ideal para el fascismo, la sublimación del sentimentalismo más bobalicón y el encuadramiento de la mujer en unos roles muy determinados eran la tónica general en todas las esferas de la «cultura».

La importancia que prestan a la mujer se deduce de los medios desplegados para su adormecimiento, medios que, con el paso del tiempo, se van especializando para conseguir una mayor eficacia intoxicadora.

Un ingrediente común en todas las representaciones *culturales* del fascismo en aquellos años era la exaltación de los valores de la *patria*: el Ejército, el amor a la bandera, a la Legión, etc. rezumando un anticomunismo rabioso en sus películas, en sus novelas y en su teatro.

El cine dedica una buena parte de su producción a embotar las mentes de las mujeres, alternando las películas de amor y las religiosas. Las historias de amor en las que el príncipe acaba casándose con su pastora o el multimillonario con su secretaria, o esas otras que narran las gestas del señorito andaluz, dueño de extensos territorios, que queda prendado y acaba casándose con la más dulce de sus criadas. . . pueblan los sueños de muchas jóvenes. Películas en las que se defienden a ultranza, como los valores más sagrados de la mujer, su virginidad o su fidelidad absoluta al esposo; otras, en las que se enseña cómo atrapar un marido, etc., etc.

*Morena Clara, Nobleza Baturra, Un soltero difícil, Locura de amor*, entre muchas, son claros exponentes de lo que decimos. Las películas religiosas, por su parte, exaltan los grandes valores espirituales de los pecadores convertidos y difunden las vidas de Santas; la mayoría de sus protagonistas son dulces doncellas mártires por defender su virtud, esposas ejemplares ante la tiranía y maldad de su marido y heroínas



inspiradas en el valor y la fuerza que les da la Divina Providencia. De entre los miles de films de este tipo, podemos destacar *La mies es mucha*, *Balarrasa*, *Juana de Arco*, *El milagro de Fátima*, *Santa Isabel de Portugal*, etc.

Las canciones contribuyen a crear ese mundo de fantasía, de cuento de hadas, en donde se desea que se refugie la mujer. Una avalancha de lánguidas melodías que hablan de historias de amor incomprensibles, de amantes desesperados, de deseos apasionados, de despedidas y recuerdos inconsolables, del tipo de *Bésame mucho*, *Noche de ronda*, *Dos gardenias para tí*, *Madrecita* y un sinfín imposible de mencionar aquí, copan las ondas de los medios de comunicación e invaden los hogares españoles.

En teatro se sigue la misma línea. Representaciones ridículas, ñoñas, sensibleras y estúpidas, que tienen como principales autores a los Quintero, Benavente, Luca de Tena, Ruiz Iriarte y demás joyas reaccionarias. De nuevo, las historias de dulces esposas que soportan el desvío del marido con paciente y servil resignación para obtener su arrepentimiento y la vuelta al hogar; otras donde se ensalza la maternidad o los noviazgos pacientes, resignados... que acabarán conduciendo a la mujer a su meta soñada: el matrimonio.

Y por si esta ofensiva fuera poco suficiente, la radio va a jugar un papel destacado en ella con la retransmisión de interminables seriales que, a partir de los primeros éxitos, se convierten en el pasto intelectual de un montón de mujeres. Autores inéditos como Guillermo Sautier Casaseca acaban convirtiéndose, gracias a los seriales radiofónicos, en autores con los ingresos más saneados de todo el país. En todas las obras, verdaderos dramones, los amores ilícitos son castigados virtuosamente, salvando el amor materno que defiende la vida de su hijo, para concluir, perdonada la falta, en un feliz y amoroso final.

A los seriales -se emiten 3 y 4 por día-, se une la publicación de novelas «rosas», tarea que emprenden las editoriales más importantes del país con la entrega de premios a la fecundidad y perseverancia en la fabricación de género tan monótono y reaccionario.

De esta forma, la mujer -recluida en el hogar- sólo puede dedicar sus horas de ocio a escuchar el serial, a aprenderse las recetas de cocina y los últimos patrones de las revistas femeninas ya soñar... soñar con el marido ideal, con los hijos saludables y hermosos que traerá al mundo, con la ropa que debe bordar para el ajuar, con los primeros aparatos electrodomésticos que acaban de surgir, con el vestido de novia que lucirá el día de su boda... sueños que no ocultan la realidad de explotación y represión que, día a día, viven ella y su familia, la miseria que asola los hogares de posguerra y las negras perspectivas que se abren ante todo el pueblo.

Es cierto que esta labor del fascismo hizo su mella en la mujer y condicionó la perpetuación de su atraso; sin embargo, no consiguió borrar la memoria histórica de las mujeres ni obtuvo, tampoco, los resultados ansiados. La propia dureza de la realidad se encargaba de evitarlo.

## 6. El camino de la emancipación

### 6.1 El naufragio del movimiento feminista burgués

En el año 1975, coincidiendo con el inicio de la reforma ya la vez que salen a la luz los partidos reformistas que se aprestan a colaborar con ella, surgen en nuestro país una serie de organizaciones feministas; éstas van a constituir el último intento de levantar el movimiento feminista desde las posiciones de la burguesía, a pesar de que esta clase ya no tiene nada que ofrecer y que su papel progresista en la historia hace ya tiempo que pasó;

no obstante, las peculiares características del desarrollo histórico de España van a posibilitar este surgimiento, si bien su duración va a ser efímera y el apoyo que consigan muy escaso.

La proclamación, por parte de la ONU, de 1975 como Año Internacional de la Mujer, es aprovechado por diferentes grupos de mujeres de la pequeña burguesía y de las organizaciones reformistas para intentar dar forma a un verdadero movimiento feminista que, de entrada, se va a materializar en la celebración de las Primeras Jornadas por la Liberación de la Mujer.

Pero ¿Por qué esta aparición, precisamente, en estos momentos? En España, la burguesía nunca ha tenido la fuerza suficiente como para organizar un movimiento feminista y, desde hacía mucho tiempo, la cuestión femenina -como los demás problemas de nuestros pueblos- había quedado en manos del proletariado. La efímera, pero fructífera, etapa del Gobierno de Frente Popular corrobora y refuerza esta situación, demostrando claramente por dónde iba a venir la solución de todos los problemas. Sin embargo, el Frente Popular es derrotado y, en la larga etapa de fascismo abierto, en la que se alcanzan cotas extremas de terror, de sobreexplotación y de opresión para todo el pueblo, no aparecen ni siquiera tímidos intentos de hacer oír las voces feministas y, mucho menos aún, de organizar todo un movimiento. Mientras muchas mujeres se pudrían en las cárceles fascistas, eran torturadas o asesinadas; mientras otras luchaban en las fábricas o en los barrios y se unían al poderoso movimiento político contra el fascismo, siendo salvajemente reprimidas por ello, ¿dónde estaba el movimiento feminista? Sencillamente, en ninguna parte; ese movimiento no existía ni, de hecho, podía existir, como no ha existido ni existirá nunca en aquellos países y en aquellos momentos en que las clases dominantes recurren a la forma fascista de poder, a las férreas y sanguinarias dictaduras en las que no caben ningún margen de legalidad *democrática* y en las que la única lucha que tiene sentido es aquélla que se enfrenta directamente al mismo poder, al sistema de dominación.

En España, la existencia del fascismo abierto hace que todas las luchas, desde las económicas o sociales hasta las estrictamente políticas, acaben en un enfrentamiento directo con el Estado; que la conquista de la más mínima reivindicación pase por enfrentarse a ese Estado ya su aparato represivo y que el objetivo prioritario para las amplias capas de la población sea, precisamente, acabar con ese Estado como condición indispensable para aspirar a ver satisfechas sus reivindicaciones. En este contexto, es imposible el surgimiento de cualquier movimiento que no se plantee este objetivo y que no se prepare, por tanto, para poder librar esa lucha. Los objetivos de los movimientos feministas, por el contrario, nunca han ido más allá de alcanzar una serie de reformas dentro del sistema, de conquistar los máximos límites posibles de *igualdad para la mujer* sin alterar las bases de esta sociedad; se trata tan sólo de conseguir las mejores condiciones para que las mujeres de la burguesía puedan participar e incorporarse a esta sociedad que es, al fin y al cabo, la sociedad nacida de las revoluciones burguesas por y para provecho de la burguesía. En consecuencia, la lucha feminista necesita unas condiciones para poder desarrollarse; la primera de ellas es, precisamente, la existencia de un marco mínimo de legalidad y de juego «democrático» en el que poder desplegar sus reivindicaciones y en el que tener unas mínimas posibilidades de alcanzarlas. Es claro que, mientras se está peleando por destruir a un régimen y mientras se aplasta brutalmente la más mínima protesta, no tiene sentido que se alcen voces exigiendo el divorcio o la patria potestad compartida, pues -por muy justos que sean- no dejan de ser ridículos frente a la magnitud de la lucha que se libra; además, sin

acabar con ese obstáculo, no hay posibilidad de alcanzar reivindicación alguna.

Esta es la principal razón de que, hasta que el régimen no se ve obligado a retroceder ante el empuje del movimiento obrero y popular y hasta que no se inicia su cambio de fachada y su modernización de las formas de dominación, no aparezca de nuevo el movimiento feminista. Ahora bien, si esto nos explica el cuándo, no nos aclara, en cambio, el por qué de este surgimiento. Nuevamente, hay que buscar la causa en la propia existencia del fascismo, régimen que arrasó con todas las conquistas populares conseguidas durante la República y que redujo a la mujer a la más absoluta falta de derechos ya la más oprobiosa marginación. Así, mientras en 1975 en España se ha llegado a una situación casi feudal en el terreno de la mujer, en Europa, EEUU, y en todos los países de capitalismo desarrollado, hacía ya mucho tiempo que sus burguesías habían realizado todas las reformas que tenían cabida en su sistema. Aquí, por el contrario, muchas de ellas, de carácter básico y que, por lo demás, no atentan contra los pilares del régimen, siguen pendientes. Este va a ser el terreno en el que van a desplegar su labor las nacientes organizaciones feministas.

La necesidad de conquistar esas reformas daba sentido y era la razón de ser de esas organizaciones que, desde entonces, van a intentar arrastrar, tras sus planteamientos, a las mujeres de nuestro pueblo, intentando desviarlas de su lucha y de sus objetivos fundamentales. La bandera que enarbolan es la de las reivindicaciones específica mente femeninas que, en lo fundamental, se concretan en las conclusiones salidas de las Jornadas por la Liberación de la Mujer: revisión de las leyes en favor de la igualdad, creación de oportunidades para una mayor inserción de la mujer en el trabajo productivo sin discriminación salarial y profesional, creación de guarderías y centros preescolares gratuitos, institución de la coeducación y eliminación de las enseñanzas ligadas a la «especificidad» femenina, despenalización del aborto y del adulterio, legalización del uso y propaganda de anticonceptivos, formación sexual en los planes de estudio, promulgación de una ley sobre el divorcio, supresión de la doble moral y de la división de los papeles dentro de la familia, reconocimiento de un Movimiento de Liberación de la Mujer como agrupación unitaria e independiente de todos los partidos políticos y del Estado y promulgación de una amnistía general para todos los detenidos y exiliados políticos y sindicales.

40 años de fascismo y la radicalización de la lucha de clases le dan a este movimiento unas connotaciones especiales al no poder sustraerse a la realidad política del país. De principio, la mayoría de los grupos feministas, desde los «independientes» hasta los potenciados por las organizaciones reformistas en boga -PTE, ORT...-, pretenden encubrir sus posiciones feministas burguesas bajo el manto del marxismo e, incluso, llegan a hablar de lucha de clases y de revolución socialista; a la vez, incluyen entre sus reivindicaciones específicas algunas de carácter general. Ambos aspectos no son sino el reflejo de una misma realidad: la aguda lucha de clases que se desarrolla en el país y la potente influencia del movimiento obrero. Las propias feministas decían que *una de las tristezas del feminismo es la experiencia de que el socialismo haya absorbido mucho terreno* (57); de ahí que recurran al marxismo para, en su nombre, tergiversarlo y privarlo de su verdadero contenido; de la misma forma, no podían desligarse totalmente de las luchas generales que se libraban, so pena de quedar aisladas y al descubierto aún antes de nacer. El hecho de que su principal objetivo en aquel momento sea «unirnos al resto del pueblo para conquistar la plena democracia política, sólo en esa medida será factible que se cumplan nuestras reivindicaciones inmediatas y se reconozcan legalmente nuestros derechos» (58) y el que esto se presente

como un paso previo a la conquista del socialismo, nos da la mejor medida del tipo de marxismo y de socialismo al que aspiran.

Otro factor significativo es la casi nula influencia de los grupos feministas al estilo yanqui y europeo de los años 60. Las feministas *radicales*, que consideran a la mujer como una clase social y que ven la contradicción hombre-mujer como la fundamental y, por lo tanto, al hombre como el enemigo principal a combatir, no han tenido ciertamente ninguna influencia, lo que no es sino una muestra del escaso caldo de cultivo que estas posiciones peregrinas tienen allí donde la lucha de clases está más desarrollada.

Los demás grupos o grupúsculos no han corrido mejor suerte; lejos de desarrollar un poderoso movimiento feminista (tal y como era su intención), han desaparecido en pocos años de la escena, dejando tras de sí apenas unos restos del naufragio. De hecho, este intento estaba condenado al fracaso por unas razones bien obvias. El régimen, en esta etapa de su desarrollo, no ha tenido demasiados inconvenientes en llevar a cabo algunas de las reivindicaciones que dieron origen a estas organizaciones, privándolas así de buena parte de sus objetivos. Reformas como el divorcio, la patria potestad, la eliminación del delito de adulterio, la legalización de los anticonceptivos, la coeducación, etc., etc., si bien son derechos justos y que benefician a la mayoría de las mujeres, sin embargo, no afectan para nada a los pilares del régimen y, de hecho, no son sino un desarrollo de ese mismo régimen. En España, por añadidura, llevar a cabo estas reformas formaba parte de los planes de encalamiento de la fachada del régimen, por lo que, hoy día, ya nos hemos puesto a la altura de los países desarrollados en este terreno. Sólo la gran incidencia que aún mantienen las castas más reaccionarias y, muy especialmente la Iglesia, explican la reticencia a la hora de abordar problemas como el del aborto, último bastión de las tímidas voces feministas que se alzan de vez en cuando.

En cambio, los problemas fundamentales de las mujeres de nuestro pueblo siguen sin solucionarse. El derecho al trabajo, la creación de servicios sociales gratuitos o la vigencia de la familia tradicional son sólo algunos ejemplos de las reivindicaciones que aún pudieran dar vida al movimiento feminista; sin embargo, lejos de ello, estas organizaciones no han dudado en renunciar a ellas. Y no podía ser de otra manera cuando ya ha quedado suficientemente demostrado que estos problemas ya no se resuelven con reformas y que ni siquiera tienen solución dentro de los marcos de este sistema. Para acabar con ellos, hay que acabar antes con el capitalismo, con la sacrosanta propiedad privada y las no menos sacrosantas clases y hay que caminar hacia el comunismo. Pero, lógicamente, esta bandera sólo puede levantarla el proletariado y, bajo ella, caminarán todos los explotados y oprimidos en ardua lucha contra la burguesía y su Estado y, también, claro está, contra su ideología.

Ante el momentáneo respiro alcanzado por el régimen en aquel momento y cuando aún estaba por ver el grado de credibilidad que iba a alcanzar el sistema con su maniobra reformista, es lógico que las feministas encontraran el terreno propicio para desarrollar su labor e intentar arrastrar tras de sí a las mujeres trabajadoras, desviándolas de sus principales objetivos. En cambio, hoy, cuando para todos está claro que aquí los Únicos cambios, la única solución de nuestros problemas va a tener que conquistarse en una larga y cruenta lucha contra los que, desde hace 50 años, nos arrebataron el poder, y nos vienen masacrando y explotando; hoy, cuando las mujeres de nuestro pueblo también lo han comprendido así, las organizaciones feministas no han dudado en colocarse en el lado que les corresponde en la batalla, junto a su clase, defendiendo los intereses del sistema cuando éste se resquebraja por

todas partes y necesita la ayuda de todos para intentar sostenerse a flote. *La democracia ha acabado con este intento de organizar un movimiento feminista*; este pensamiento de una militante feminista, resume a la perfección lo sucedido.

En este contexto, mientras la mayoría de las feministas están totalmente integradas en el sistema y disfrutando de algún que otro puestecito, los restos del naufragio no pueden ser más desoladores. Para unas, la revolución de la mujer, su lucha contra el hombre, se ha quedado reducida a la consigna de *revolución personal*, que se concreta en conseguir que el marido friegue los platos o le quite los pañales al niño o, en el caso de las más *avanzadas*, en proclamar el lesbianismo como la verdadera panacea emancipadora. Entretanto, unas pocas siguen aferradas al inútil intento de conjugar el marxismo con el feminismo, como forma de no quedarse demasiado atrás con respecto al avance de la lucha de nuestro pueblo y de las victorias alcanzadas en todo el mundo por el socialismo; pero, en el fondo, son incapaces de abandonar su ideología pequeño-burguesa y de abrazar la ideología proletaria.

Sin embargo, tampoco podemos olvidar a aquellas mujeres que militan en organizaciones feministas y que, aunque son una minoría y se circunscriben principalmente a Euskadi, han roto, en cierta medida, los estrechos marcos de las reivindicaciones puramente feministas y reformistas y han dotado a su lucha de un carácter más amplio, asumiendo ciertas reivindicaciones comunes a los sectores populares, como son la amnistía, la lucha contra la represión y la tortura, la lucha contra el paro, etc. Esta es quizás la prueba más palpable de que hoy, quien realmente pretenda alcanzar la emancipación de la mujer, o se integra en la lucha general por la destrucción del sistema capitalista y, por lo tanto, une su lucha a la del resto del pueblo, o está condenado al más rotundo fracaso.

## 6.2 Agudización de la problemática de la mujer

La modernización de las estructuras de dominación del régimen fascista se va a materializar, en el terreno de la mujer, en la realización de algunas reformas pendientes que, aunque van en su beneficio y no son dádivas del capital, sino conquistas arrancadas en la lucha, no van a variar para nada su situación de opresión y explotación.

El régimen fascista, de acuerdo con su plan de encalamiento de fachada, va a aprobar toda una serie de leyes y disposiciones en las que se reconocerán algunas de las reivindicaciones fundamentales de las mujeres -la no discriminación salarial o el derecho al trabajo en igualdad de condiciones y oportunidades con el hombre- que, más tarde, quedarán recogidas en la Constitución. No obstante, y aunque en el Parlamento se aprueben estas leyes, la situación real en que viven las mujeres se agrava de día en día; así, por ejemplo, si en los años de auge y expansión económica se produce una importante elevación de la población activa femenina, a partir del año 1974, comienzan a sufrirse las consecuencias de la crisis económica y se registra un estancamiento en el proceso de incorporación de la mujer al trabajo; el paro se ceba de una forma bestial en las mujeres, y miles de ellas son despedidas.

Junto a las conocidas medidas que el estado capitalista va a aplicar a nivel general -reconversiones, despidos masivos, etc.-, la mujer trabajadora va a sufrir la aplicación de una serie de medidas específicas por su condición de mujer. Son las primeras a la hora de los despidos, se les vuelve a aplicar la restricción de contratos a todas aquéllas cuyos maridos trabajan, se niega su incorporación al trabajo tras el período de excedencia por maternidad... y así, paulatinamente, sin grandes espectacularidades, muchas empresas van a reducir sus plantillas femeninas en un tiempo récord o van a llegar al

cierre total. Si a esto le unimos la contratación cada vez más escasa de mujeres y las enormes dificultades que encuentran aquéllas que buscan un empleo por primera vez, nos podemos hacer una idea de la incidencia real que llega a alcanzar el paro en estos años entre la población femenina. Actualmente, de los tres millones oficiales de trabajadores en paro, más del 30 por ciento son mujeres; eso sin contar ese 70 por ciento que sólo trabaja en el hogar y el que la reconversión aún no ha llegado a muchas empresas de las ramas ocupadas mayoritariamente por mujeres al ser sectores secundarios.

Los distintos gobiernos que se han sucedido desde el inicio de la reforma, han realizado amplias campañas para retirar a la mujer de la producción; pero, quien ha realizado esta tarea con mayor ahínco, ha sido el gobierno socialfascista del PSOE, que ha contado con la estrecha colaboración de las centrales sindicales reformistas. Los llamamientos a la vuelta al hogar de la mujer se han sucedido constantemente y se han justificado con campañas en las que se ensalza, con el más puro estilo joseantoniano, su papel en la familia y en la educación de los hijos; declaraciones como «es una injusticia que las mujeres tengan un puesto de trabajo mientras haya un padre de familia en paro» y otras similares se han utilizado para tratar de calar en la conciencia de los sectores más atrasados de los trabajadores y, en especial, de las propias trabajadoras e intentan enfrentar unos a otras, creando una predisposición en contra del trabajo de la mujer. De esta forma, se pretenden encubrir las verdaderas causas del paro, desviarlas y sembrar la división entre los trabajadores, a la vez que intentan aminorar la conflictividad laboral que provocan los despidos masivos, justificándolos en el caso de las mujeres y aprovechando su menor grado de organización y experiencia de lucha.

Junto a los despidos masivos y la predisposición contra el trabajo femenino, el gobierno socialfascista se ha destacado también en la utilización de las mujeres como mano de obra superbarata y sobreexplotada. Aprovechándose de la situación desesperada que existe en muchas familias acuciadas por el paro, se empuja a las mujeres hacia los trabajos en los que no existe ningún tipo de contratación legal y en donde los salarios alcanzan límites de miseria. Esto es lo que se ha dado en llamar la *economía sumergida*, una forma de trabajo que se realiza, fundamentalmente, bajo la modalidad de trabajo a domicilio o en pequeños talleres clandestinos.

Ya desde los inicios del modo de producción capitalista, junto a la producción realizada en grandes fábricas, ha existido a su alrededor una legión de trabajadores a domicilio, principalmente en ramas como el textil, la confección, el calzado, etc.; trabajo que, en épocas de crisis, crece a enormes velocidades. Este es el caso de la España actual donde, según cifras oficiales, hay 800.000 personas dedicadas a esta actividad, en su gran mayoría mujeres -de cada 10 trabajadores a domicilio, 7 son mujeres-. El desorbitante aumento del paro y la situación de miseria que amenaza a miles de familias, máxime cuando sólo una parte recibe el subsidio de desempleo, lo aprovechan los capitalistas para aumentar al máximo la explotación de esas miles de mujeres que se ven en la necesidad de buscar un empleo con el que poder ayudar al mantenimiento de la familia -en el caso del descenso del poder adquisitivo del salario del marido- o para mantenerla en su totalidad en el caso de que el marido esté en paro.

Con el trabajo a domicilio, las cotas de explotación superan todos los límites. Con el sistema del salario por piezas, se llegan a alcanzar jornadas laborales de hasta 12 y 14 horas diarias y no se tiene ningún tipo de contrato o seguridad social; todo ello para conseguir un salario que ni siquiera cubre las necesidades mínimas de subsistencia. Para poder

aumentarlo mínimamente, se recurre a emplear en el trabajo a todos los miembros de la familia, principalmente a los hijos, con lo que el capitalista explota a la familia entera a cambio de un solo salario. Los beneficios obtenidos de este modo son cuantiosos: la reducción de los salarios, la flexibilidad de la contratación, el menor costo laboral, el ahorro de las cuotas de seguridad social y, quizás uno de los más importantes, la escasa o nula conflictividad laboral de esta fuerza de trabajo, ya que su dispersión y la falta de contratos hace muy difícil cualquier intento de organización de los trabajadores para llevar una lucha en común. Sólo así, impidiendo la organización de los obreros, es como los capitalistas pueden pasar por encima de una serie de reivindicaciones conquistadas por la clase obrera hace ya mucho tiempo. Sólo así, pueden imponer esos salarios de miseria, esas jornadas de 12 y 14 horas y esas condiciones infrahumanas de trabajo.

Pero éste es sólo un aspecto de la economía sumergida; la otra cara de la moneda la constituyen los pequeños talleres clandestinos. Estos talleres se montan, generalmente, por los mismos empresarios que han cerrado sus fábricas y han despedido a sus trabajadores. El patrón pone en marcha el taller con los mismos obreros que tenía antes, pero en unas condiciones de trabajo mucho más desfavorables. Mayor explotación, condiciones infrahumanas de trabajo, ausencia total de condiciones higiénicas y sanitarias son las características comunes de todos ellos. Una trabajadora describe de esta manera las condiciones en que se desarrolla su trabajo en uno de estos talleres: *Lo peor es cómo te tratan, cómo te humillan. Trabajamos a un ritmo infernal. Nadie se atreve a moverse del sitio sin permiso de la dueña. Para ganar tiempo, en el lavabo situado dentro del taller, hay una pequeña luz roja exterior que señala cuándo está ocupado y que prohíbe levantarse mientras la lámpara está encendida. En verano, para remediar el calor y la asfixia, pasa de ven en cuando una chica con un botijo para que puedas refrescarte sin apenas dejar el trabajo. Sentadas en la silla una tras otra pasamos día tras día. Los días se hacen interminables, pero de nada sirve mirar el reloj porque la jornada no termina hasta que la jefa no da la señal (59).*

Paralelamente a esta política de sobreexplotación de una parte de la mano de obra femenina y como consecuencia, también, de la aguda crisis económica capitalista, se está volviendo a producir -aunque aún minoritariamente- la incorporación de las mujeres a los trabajos perjudiciales para su condición de madres; trabajos de los que se las había conseguido preservar tras largos años de luchas obreras, y que son una clara muestra de las cotas de explotación a las que los capitalistas están dispuestos a llegar en su afán de descargar la crisis sobre las espaldas de los trabajadores.

Otro sector hacia donde se está desviando gran parte de la fuerza de trabajo femenina es el tradicional servicio doméstico. En los últimos años recurren a él todo tipo de mujeres, desde jóvenes sin trabajo o amas de casa sin otro recurso para sacar a flote a la familia acuciada por el paro y la miseria, hasta licenciadas que, una vez acabada la carrera, no pueden ejercerla.

El servicio doméstico reúne tales características que hacen de él el trabajo más humillante y dónde la alienación alcanza cotas más altas; la ley creada por el gobierno del PSOE y que, en teoría, tendría que haber supuesto una mejora en la situación de estas trabajadoras, no ha venido sino a legitimar ya agravar, más aún, si cabe, la bestial explotación y humillación a que están sometidas.

La crisis económica está afectando, también con cierta intensidad, a las profesiones liberales. Lo mismo para los hombres que para las mujeres de este sector, el paro es el principal problema al que se enfrentan. Si en los



años de auge económico, el régimen necesitaba gran número de técnicos y profesionales para cubrir las exigencias de un sistema en expansión y, para ello, abrió las puertas de la enseñanza superior y de las universidades acogiendo de forma masiva, principalmente, a los jóvenes de la pequeña burguesía, la rápida aparición de la crisis ha vuelto a poner sobre el tapete la necesidad de restringir el número de cuadros, limitándolos a una élite claramente al servicio del régimen. La pequeña burguesía en España, como en todos los regímenes monopolistas, está en proceso de acelerada ruina y proletarianización y en ella se da una competencia y una pugna bestial para intentar conservar su status y sus privilegios de clase y no pasar a engrosar la lista de los desposeídos. En esta concurrencia, la mujer sigue siendo la gran perdedora; su discriminación ya no se presenta en forma de discriminación salarial o como prohibición de ejercer ciertas profesiones, sino en la falta de una igualdad real de oportunidades; sólo en determinadas profesiones, más relacionadas con las funciones consideradas típicamente femeninas como la enseñanza, la sanidad, el secretariado y similares, las mujeres tienen algunas preferencias y, aún así, siguen predominando en los niveles secundarios. Estas mujeres, a diferencia de las de la burguesía que, con el desarrollo del sistema han conseguido ya la igualdad máxima a la que pueden aspirar con los hombres de su clase, se van acercando objetivamente, a medida que se desarrolla el capitalismo, a los intereses de las mujeres trabajadoras ya que, al igual que ellas, sólo podrán alcanzar su verdadera emancipación en la medida en que se acabe con el sistema capitalista.

La crisis económica y su incidencia en las mujeres de nuestro pueblo ha colocado sobre el tapete una de las realidades más palpables; por un lado, la lucha de las mujeres por el derecho al trabajo es ya una cuestión de supervivencia y, hoy por hoy, la piedra de toque fundamental de todos los problemas y de todas las luchas. Pero, a su vez, ha quedado sobradamente demostrada la total imposibilidad de conquistar este derecho dentro del actual sistema, pues ha demostrado ser incapaz de garantizar el pleno empleo y de prescindir del carácter de mano de obra barata y subsidiaria que le otorga el trabajo femenino. De esta forma, la conquista del derecho al trabajo de la mujer se entronca, directamente, con la necesidad de acabar con el sistema como única forma de poder empezar a andar los primeros pasos hacia nuestra emancipación.

Lo ocurrido en el terreno del trabajo con el desarrollo del monopolismo y la agravación de la crisis económica, se manifiesta también en otros campos para la mujer.

Por ejemplo: la independencia económica, una de las cuestiones básicas para poder siquiera pensar en la emancipación de la mujer, sigue siendo una utopía para ese 70 por ciento de amas de casa que no reciben retribución alguna por su trabajo. La dependencia económica de estas mujeres respecto a sus maridos les hace totalmente vulnerables a su dominio y constituye la mejor garantía para perpetuar su opresión en la familia. Por otra parte, ese otro 30 por ciento que ha alcanzado una relativa independencia económica sigue sufriendo, no obstante, una falta absoluta de derechos en la familia y en la sociedad. La mujer sigue estando doblemente oprimida y doblemente explotada y, si bien la independencia económica es importante, por sí sola no garantiza su emancipación.

Las mujeres que trabajan siguen cargando sobre sí con el peso de la segunda jornada de trabajo; el sistema ha absorbido sólo una mínima parte de las tareas que ella realiza y, además, los escasos servicios sociales que se han creado, al ser privados, no están al alcance de muchos bolsillos de las familias obreras.

Por otra parte, la crisis económica ha agudizado aún más, la ya de por sí patente crisis en que se debate la familia patriarcal. La situación de miseria

de muchas familias, el paro, la falta total de perspectivas y salidas para su futuro no hacen sino emponzoñar las relaciones familiares. La desesperación de muchos padres de familia se descarga a menudo en la mujer y los hijos, hecho ratificado por los miles de casos de malos tratos que están reconocidos oficialmente en nuestro país.

En el aspecto de la maternidad no existe -ni puede existir- de hecho una verdadera planificación familiar ni una información sexual o sobre la contracepción adecuada; de alguna manera, todavía siguen vigentes los prejuicios e ideas atrasadas inculcadas por la Iglesia desde los tiempos de la Inquisición. Debido a ello, diariamente se producen situaciones tales que colocan a miles de mujeres al borde de la desesperación; en los últimos años, por ejemplo, el número de madres adolescentes ha aumentado en más del 500 por cien, de las que la mitad son menores de 15 años; y no son menos los casos de embarazos no deseados, lo mismo entre las mujeres jóvenes que no desean aún tener hijos ni se sienten capacitadas para afrontar esa responsabilidad o que les impide llevar adelante sus proyectos de vida, como en las mujeres cargadas ya de hijos o que han alcanzado el número deseado y uno más viene a romper el equilibrio, suponiendo un problema para toda la familia. A diario, se dan infinidad de casos que son un índice de cómo la maternidad libre y sin contradicción con los intereses de las mujeres es algo imposible de alcanzar mientras siga vigente el sistema capitalista.

El hecho de que en la España de hoy aún siga pendiente una conquista tan elemental como el derecho al aborto es un reflejo de la influencia de las ideas reaccionarias de la Iglesia; aún así, es muy probable que, en un breve plazo de tiempo, esa reivindicación sea aprobada en el Parlamento.

Además, existe un fenómeno que no puede pasarse por alto: la prostitución; fruto de la agudización de la crisis económica, miles de mujeres se están viendo abocadas a ella como único medio de subsistencia. En España, si bien las cifras oficiales calculan en torno a unas 500.000 prostitutas, en la actualidad esa cifra podría duplicarse.

La prostitución es una lacra de las sociedades de clase, con una clara base económica, pero que, a la vez, pone de manifiesto la opresión y la degradación que las mujeres sufren en la sociedad capitalista. El cinismo y la desfachatez con que esta sociedad la protege alcanza su punto culminante cuando, los mismo que la generan, intentan legalizarla y considerarla como cualquier otro trabajo; así tratan de ocultar que la prostitución es la forma más humillante y degradante de opresión a que es sometida la mujer y el único destino que la sociedad capitalista depara a millones de mujeres en todo el mundo.

En definitiva, podemos decir que, tras las reformas realizadas en la legislación sobre la mujer, por muchos derechos que se nos reconozcan, mientras exista el capitalismo, éstos no nos acercan ni un solo paso a nuestra emancipación. Las conquistas se ven minimizadas ante la magnitud de los problemas fundamentales, producto de la sociedad de clases y de la ideología patriarcal que sigue existiendo.

### **6.3 La mujer en el movimiento de resistencia**

Con la reforma en marcha, se va a ir desarrollando y ampliando un nuevo movimiento de resistencia, cuya base va a ser la combinación de la lucha política de la clase obrera y de las masas y las acciones guerrilleras. En este nuevo movimiento, al margen y en contra de la reforma, la mujer va a tener una amplia participación, que se irá haciendo más consciente y activa a medida que se vaya agudizando la crisis económica, política y social del régimen fascista de los monopolios ya medida, por tanto, que se vaya desenmascarando la verdadera esencia de la reforma y se vayan

desvaneciendo las ilusiones que ésta pudo generar en los primeros momentos.

Los primeros años estuvieron marcados, sin duda, por una importante oleada de luchas revolucionarias en las que se exigía un verdadero cambio y verdaderas soluciones a los problemas de todo tipo que acuciaban a la sociedad. y van a ser las mujeres de la clase obrera, como parte integrante del proletariado, quienes, una vez más, estén a la vanguardia y protagonicen las más importantes luchas. Así, por ejemplo, en 1977, las obreras de la fábrica textil Induyco (Madrid) realizan una importante huelga con la que mantienen en jaque, durante varios meses, a patrones y policías con manifestaciones casi diarias y formación de piquetes a la entrada del Corte Inglés; con su actitud de resistencia, consiguen la solidaridad del pueblo y el boicot a las compras en esta empresa. Las obreras de Intelsa, de Triumph Internacional, de Artiach, de la industria conservera o textil y de otras muchas fábricas, imposibles de enumerar, protagonizan también importantes huelgas en esos años y sus luchas se convierten en un ejemplo de combatividad, organización y conciencia de clase. Siguiendo este ejemplo, desde hace años también, hay una importante participación femenina en la lucha política contra el sistema de opresión y explotación que padecen las masas trabajadoras. La lucha contra la represión y la tortura, contra las leyes antiterroristas y las cárceles de exterminio, contra la OTAN y las bases militares, por la amnistía y la libertad de expresión, por los derechos de las nacionalidades oprimidas, contra el paro, etc., ha contado siempre con una importante participación femenina y, de hecho, su porcentaje, en los movimientos de masas creados en torno a estos problemas es muy elevado, lo mismo que en el movimiento estudiantil, en la lucha de los jóvenes por sus problemas específicos o en la de los intelectuales y profesionales progresistas. Algunas de estas mujeres han dado su vida en la consecución de estos objetivos; basta recordar a Mari Luz Nájera -asesinada en 1977 en una manifestación por la amnistía, a Yolanda González -asesinada por las bandas parapoliciales-, a Gladys del Estal -asesinada por la policía en una manifestación antinuclear-, a Normi Mentxaka, etc.

Pero, sin duda, donde la presencia de la mujer ha sido verdaderamente masiva en estos años, ha sido en la lucha que se desarrolla en los barrios: por una vivienda digna, por el mejoramiento de los servicios públicos, por la falta de agua, de colegios, de ambulatorios, contra la subida de los impuestos, por la construcción de parques y señalizaciones en la carretera... En los barrios populares, son las amas de casa quienes están sufriendo todos los días las nefastas consecuencias de la política que llevan a cabo en todos los terrenos los oligarcas y sus gobernantes; son ellas las que tienen que enfrentarse, en cada momento, a la realidad de su vivienda que se empieza a resquebrajar a los pocos años de comprarla, a la falta de colegios donde enviar a sus hijos o a la carestía, cada vez mayor, de los artículos de primera necesidad: agua, luz, colegios, etc., etc. Por eso, estos problemas han impulsado ya a una gran mayoría a participar activa y decididamente, en la lucha ya emplear, con frecuencia, métodos radicales: manifestaciones, barricadas, cortes de tráfico y todo tipo de acciones que, en muchos casos, han acabado convertidas en verdaderas batallas campales y en enfrentamientos con las fuerzas represivas. En los barrios y en los pueblos, estas mujeres -siguiendo el ejemplo de todos los trabajadores- han ido imponiendo, a lo largo de estos años, la desobediencia civil, extendiendo este método de lucha de una a otra punta del país: barrios y pueblos enteros se han organizado y se han negado a pagar los impuestos, la luz, el agua, los transportes, han ocupado viviendas vacías, etc.

Dentro de este panorama general, es preciso detenerse especialmente en los últimos años de gobierno socialfascista, ya que podemos decir que, bajo el mandato de los señoritos andaluces, el Movimiento Político de Resistencia ha tomado tintes aún más radicales y se encuentra abiertamente enfrentado al Estado fascista de los monopolios. Las mujeres, como parte de ese nuevo movimiento, han jugado un importante papel en este proceso.

En esta etapa de agravamiento de la crisis económica y el paro -que se han cebado especialmente con las mujeres obreras-, junto a las luchas en que se reivindican mejoras en los salarios y en las condiciones de trabajo, cada vez adquiere mayor importancia la lucha por la defensa del puesto de trabajo para aquellas mujeres que aún lo conservan y su conquista para esa inmensa mayoría que no lo tiene. Nuevamente, las obreras de Artiach, Rodyalc, Standard, Regojo... y de talleres y empresas pequeñas, protagonizan destacadas luchas, que son una constante denuncia de la política económica que está aplicando el PSOE.

Entre ellas, hay que destacar las de las jornaleras andaluzas de Bornos, Puerto Serrano, Espera y otros pueblos de la zona que, en 1984-85, encabezaron las primeras luchas de las mujeres del campo por la conquista de su derecho a un puesto de trabajo. Durante más de un año, las jornaleras andaluzas han venido enfrentándose con todos los medios a su alcance y realizando acciones de todo tipo: encierros, manifestaciones, enfrentamientos con la policía, ocupaciones de fincas, etc. para ser incluidas en los Fondos de Empleo Comunitario -se lo niegan por ser mujeres-. La miseria en que viven les ha hecho comprender la necesidad de incorporarse al trabajo y, una vez que han abierto los ojos, ya no quieren volver a cerrarlos. Saben que su puesto no está en la casa, sino en la calle luchando junto a sus compañeros, a quienes han hecho comprender que sus reivindicaciones son justas, que el conseguirlas va en beneficio de todos los trabajadores y que luchando juntos, hombres y mujeres, es como mejor se puede hacer frente al enemigo común. Ellas mismas han explicado así sus objetivos: *No se trata de repartirnos la limosna del Empleo Comunitario, sino de reclamar el trabajo que los señoritos nos niegan tanto a nuestros compañeros jornaleros como a nosotras... Nos dan una miseria, pero no pedimos que nos suban más. Lo que queremos es trabajo... Una mujer trabajando es más libre y no tiene que esperar en casa a que el marido o los hijos traigan el dinero... Al principio, los hombres no nos apoyaban; ellos trabajaban, pero de nosotras no se sabía nada, ahora cada vez vienen más y nos apoyan, vienen a las asambleas y saben que nuestra lucha es también la de ellos* (60).

La puesta en marcha de las reconversiones salvajes y la mayor agravación de la miseria de nuestro pueblo ha sido, sin duda, el motor que ha impulsado, en los últimos años, a la incorporación de numerosas mujeres a las luchas más importantes que está desarrollando la clase obrera en España: la lucha contra la reconversión. Este hecho es muy importante, ya que ha conseguido arrastrar a la lucha a sectores de mujeres, amas de casa en su mayoría, para quienes la vida transcurre en los estrechos marcos del hogar; la reconversión les afecta directamente, ya que pone en peligro su supervivencia y la de su familia; por eso, estas mujeres han sido capaces de salir a la calle, de enfrentarse a la policía y de utilizar, los métodos más radicales. Las mujeres de los obreros de Sagunto, Euskalduna, Astano, Ascón, de los Astilleros de Gijón, Nervacero, Magefesa, de los mineros de Río Tinto (Huelva), etc. han participado en las asambleas, han dado en todo momento su opinión de cómo extender la lucha a todos los barrios para explicar las consecuencias de la reconversión y conseguir la solidaridad de todos los sectores, directa o indirectamente, afectados por la crisis; ellas mismas, en el curso de la

lucha, han puesto en práctica diversas formas de desobediencia civil y de resistencia activa, ocupando las factorías, encabezando las manifestaciones de obreros y el llamamiento a todo el pueblo para unirse a la lucha contra la reconversión, formando piquetes de extensión y de cierre de comercios, etc., etc. Esta participación de las mujeres -aunque hay quien dice lo contrario no es sólo en apoyo de sus compañeros, sino que supone un enfrentamiento directo con la política económica del gobierno y es la expresión del grado de comprensión y conciencia de su situación y de cómo combatirla. Una mujer que participó en la lucha de Euskalduna analiza así su propia experiencia: *A las mujeres que hemos participado en esta lucha no se nos va a olvidar tan fácilmente; muchas hemos salido del atolladero de la cocina y la lavadora, nos hemos sentido vivas y nunca nos habíamos sentido tan útiles; yo pensaba que sólo servía para fregar, para lavar la ropa y atender a mis hijos, ahora pienso que puedo jugar un papel importante en la sociedad* (61).

La reciente lucha de los mineros de Río Tinto es otra muestra viva de lo que decimos. Las mujeres de los mineros formaron una coordinadora para discutir las acciones a realizar y se han lanzado a la calle, tras decidirlo en asamblea, para bloquear la producción minera de plata y oro, con el fin de obligar a la empresa a negociar con los trabajadores el futuro de la mina. También han sido ellas las que han decidido quién podía entrar o salir de la mina. En unas declaraciones a la revista *Área Crítica*, una de estas mujeres decía: *Estamos aquí día y noche y no permitimos que entren camiones llevando material como gasoil, cal, cianuro, ácido, maquinarias, grúas o cualquier otra cosa que sea imprescindible para que sigan sacando oro y plata que es lo único que les interesa... Cuando comenzaron los problemas con la empresa formamos una coordinadora de mujeres para decidir por nosotras mismas lo que teníamos que hacer. Al principio costó un poco convencer a las más tímidas de que esto era tan importante como cuidar de la casa y preparar la comida al marido y a los hijos. Aquí hay una realidad de la mujer que lucha* (62).

Con el PSOE, junto a la lucha contra la reconversión y el aumento del paro, se ha incrementado, también, la lucha por la amnistía, contra la tortura y las leyes represivas, contra la OTAN, las bases militares y la política armamentista, por las libertades políticas y la autodeterminación de las nacionalidades, por unas mejores condiciones de vida en los barrios populares, etc., pues el gobierno socialfascista ha agravado, aún mucho más, todos estos problemas convirtiéndose, de hecho, en el más firme y seguro defensor de los intereses de los monopolios españoles. El aspecto más significativo de todas estas luchas es, sin duda, la conjunción de intereses de los distintos sectores y la comprensión, cada vez mayor, por parte de las masas obreras y populares de que la conquista de cada una de estas reivindicaciones va unida a la conquista del resto. Hoy, ya es habitual que, en cada manifestación y acto de protesta, las consignas contra el paro y la reconversión se unan a las consignas contra la OTAN y las bases militares, o por la amnistía y contra la tortura. La participación femenina en todos estos frentes ha sido asimismo muy importante.

Por otra parte, las mujeres también han jugado un papel destacado en las organizaciones de vanguardia, denotando el alto grado de conciencia y compromiso político adquiridos en estos años por la mujer. Tanto en las organizaciones políticas como en las armadas, la militancia femenina está situada en torno al 25 por cien, cifra muy importante si se tiene en cuenta el atraso secular que siempre ha arrastrado la mujer en España. Esta militancia es una militancia activa, pues, en estas organizaciones, la mujer no está relegada a un segundo plano sino que tiene el mismo grado de responsabilidad que cualquier otro compañero, dependiendo únicamente de su grado de compromiso libremente adquirido y de la claridad política e

ideológica y de su firmeza revolucionaria. En los últimos años, en el curso de su actividad revolucionaria, cuatro mujeres -militantes del PCE(r) o de los GRAPO y de ETA(m)- han sido asesinadas por las fuerzas represivas: Carmen López Sánchez, Dolores Castro Sea, Josefa Jiménez y Miren Bakarne Arzallus. Su entrega a la causa de la libertad y el socialismo es el mejor ejemplo de la continuidad y el compromiso de las mujeres de nuestros pueblos con la lucha revolucionaria, y constituyen la más firme bandera y el mejor patrimonio para todas las demás mujeres que encaminan sus pasos en ella.

La incorporación, cada vez mayor, de mujeres de los distintos sectores populares a la lucha contra el régimen es un claro exponente del fracaso de la reforma y del total resquebrajamiento de las ilusiones en un *cambio* que ha permanecido intacto. Y es, a la vez, un fiel exponente de que lo mismo que en los hombres, en las mujeres del pueblo se ha producido un salto cualitativo en su conciencia. Hoy, las mujeres ya no luchan por arrebatarse tal o cual reforma, esta o aquella parcela de libertad. Después de 11 años de reforma, para las mujeres está más que demostrado que en este sistema ya no hay nada que reformar, que todo el edificio está podrido y que la conquista de cualquier mínima reivindicación supone, antes que nada, acabar de raíz con el régimen de explotación y opresión capitalista, que no hace sino agravar todas y cada una de las contradicciones de la sociedad española. Por eso hoy, las mujeres, aliado de los hombres trabajadores, dirigen su lucha, abierta y frontalmente, contra el régimen de los monopolios y el Estado policiaco fascista que lo sustenta y encaminan sus pasos hacia la revolución socialista.

#### 6.4 Una única alternativa: la Revolución Socialista

La lucha por la emancipación de la mujer forma parte indisoluble de la lucha de todos los oprimidos y explotadores por la destrucción del sistema capitalista y la construcción de una sociedad que tenga, por pilares fundamentales, la propiedad social sobre los medios de producción y la abolición de la explotación del hombre por el hombre.

Las mujeres constituyen la mitad más oprimida y explotada de la población y, por tanto, son uno de los sectores más interesados en el triunfo de la revolución; una revolución que, de una vez por todas, acabe con la propiedad privada, con la esclavizadora división del trabajo entre los sexos y con la familia patriarcal; una revolución en la que la mujer nada tiene que perder, salvo sus cadenas, sus siglos de atraso y relegación, de abusos y falta absoluta de derechos, sus siglos de oprobios y humillaciones, de sobreexplotación y opresión absolutas. Una revolución que, en cambio, puede hacer posible que las mujeres empiecen, por vez primera, a recorrer masivamente el camino de su liberación y que se incorporen activamente a todas las esferas de la vida económica, política, social y cultural del país.

Hoy, en España, cuando la revolución socialista se ha convertido, de manera clara, en la única alternativa que nuestro pueblo tiene para la conquista de sus más mínimas reivindicaciones, se hace imprescindible comprender esa realidad que ya Lenin señalara en su tiempo: *No hay revolución sin la participación de las mujeres* (63). Las mujeres han de ser plenamente conscientes del papel activo que tienen que jugar -que, de hecho, están jugando ya- y de la necesidad de su incorporación y organización en todos los frentes de lucha. Ahora bien, ¿hacia dónde deben encaminar sus pasos las mujeres trabajadoras?

Es cierto que la mujer es un sector con unos problemas específicos que requerirá, en su día, la creación de una organización que agrupe a la mayoría de las mujeres interesadas en la destrucción del sistema capitalista. En estos momentos, es imposible precisar el cómo y el cuándo

surgirá, pues sólo el propio desarrollo de la lucha de clases en la que estamos inmersos lo podrá determinar. Pero, como parte del pueblo, la mujer también tiene unos problemas y unas reivindicaciones generales por las que seguir luchando. Por ello, es preciso que su presencia se refuerce en todos los frentes de lucha, que se incremente su incorporación a las organizaciones que componen el Movimiento Político de Resistencia; organizarse en los comités de parados o contra la reconversión, en torno a las asociaciones de apoyo a los presos políticos y contra la tortura, en las organizaciones estudiantiles, juveniles, en contra de la OTAN... y a cualesquiera otras que puedan surgir, fruto del propio desarrollo de la lucha.

Por otra parte, es fundamental que las mujeres más conscientes y decididas den un paso más en su compromiso y se incorporen, cada vez en mayor número, a la organización de vanguardia de la clase obrera y a la guerrilla. Serán las mujeres más avanzadas, fundamentalmente las obreras, quienes se integren activamente en el PCE(r), contribuyendo a su fortalecimiento ya que se puedan dar los pasos necesarios para que la revolución socialista pueda hacerse una realidad. Al tiempo que se desarrolla el Partido de la clase obrera, hay que ir desarrollando el futuro Ejército Popular de los Trabajadores, cuyo embrión lo forma hoy la guerrilla urbana. En este importante frente de lucha, la mujer y, fundamentalmente las jóvenes, han venido jugando hasta ahora un importante papel que, sin duda, deberá incrementarse.

Este es el único camino. Sólo integrándose en el Movimiento de Resistencia Popular y orientando su lucha en la perspectiva de la destrucción del sistema capitalista, la mujer podrá ir caminando, con paso firme y seguro, hacia la resolución de todos y cada uno de sus problemas. La emancipación de la humanidad -y, con ella, la propia emancipación de la mujer- no va a ser un regalo llovido del cielo; hay que conquistarla. De las propias mujeres depende el seguir arrastrando para siempre sus cadenas o el iniciar la senda de su emancipación.

## **7. A modo de conclusión**

En los anteriores capítulos ha quedado ya demostrado cómo la opresión de la mujer es consecuencia directa del sistema social de explotación y va ligada, pareja e indisolublemente, a la aparición de la propiedad privada y de las clases. Para solucionar esta contradicción, para conseguir su verdadera y total emancipación no existe más camino que la revolución socialista, única que barrerá las bases sobre las que se asienta dicha opresión.

La revolución socialista sienta las bases económicas, políticas y sociales que permiten a la mujer alcanzar la igualdad con los demás miembros de una sociedad en donde ha sido eliminada la explotación del hombre por el hombre.

Tras la revolución socialista, el primer paso que se da es la proclamación de la igualdad de derechos para la mujer, obteniéndose, por tanto, la igualdad jurídica; pero el contenido de ésta es radicalmente diferente de las mismas conquistas ya obtenidas bajo el sistema capitalista. En el plano económico, una de las primeras medidas puesta en marcha es su incorporación a la producción social y su participación en ella en igualdad de condiciones; con ello, no sólo desaparece la discriminación salarial, sino que también la mujer puede acceder a ciertas profesiones que en la sociedad capitalista le estaban vedadas; al tiempo, se empiezan a poner los medios necesarios para ir acabando con la pequeña economía doméstica que la esclaviza y oprime; se suprime, asimismo, la



discriminación en la educación, la prostitución y la dualidad moral entre los sexos. Pero, todo esto, son sólo los primeros pasos.

*Lenin, un año después de la Revolución de Octubre, escribía: Observad la situación de la mujer. Ningún partido democrático del mundo en ninguna de las repúblicas burguesas más avanzadas, ha hecho, en este aspecto, en decenas de años, ni la centésima parte de lo que hemos hecho nosotros en el primer año de nuestro Poder. No hemos dejado piedra sobre piedra de las vergonzosas leyes que establecían la inferioridad jurídica de la mujer, que ponían obstáculos al divorcio, de los odiosos requisitos que se exigían para él, de la ilegitimidad de los hijos naturales, de la investigación de la paternidad, etc. En todos los países civilizados subsisten numerosos vestigios de estas leyes, para vergüenza de la burguesía y del capitalismo. Tenemos mil veces razón para estar orgullosos de lo que hemos realizado en este sentido. Pero cuanto más nos deshacemos del fárrago de la viejas leyes e instituciones burguesas, tanto más claro vamos viendo que sólo se ha descombrado el terreno para la construcción pero no se ha comenzado todavía la construcción misma (64).*

La Revolución Socialista es el punto de partida tras el que las mujeres comienzan a recorrer masivamente el camino que les conduce a su emancipación, pero llegar a hacerla realidad requiere de un largo proceso. El socialismo es una etapa de tránsito que media entre el capitalismo y el comunismo y que tiene por objetivo la transformación revolucionaria de todas las esferas de la vida, para poder hacer realidad el principio *De cada uno según su capacidad, a cada uno según sus necesidades*. La emancipación de la mujer está enmarcada dentro de este largo proceso que culmina en la sociedad comunista.

Por tanto, nada hay más alejado de la realidad que la simplificación, que a menudo se hace sobre el tema de la emancipación de la mujer, reduciéndolo a la simple cuestión de alcanzar la igualdad jurídica y la independencia económica. La abolición de la propiedad privada sobre los medios de producción y la incorporación de la mujer al trabajo son condiciones indispensables para su emancipación, pero no la determinan por sí solas. Junto a esta base primordial, son necesarios otros factores de cardinal importancia, tales como la socialización del trabajo doméstico, la eliminación de la división del trabajo entre los sexos, la transformación revolucionaria de la familia, del concepto de la maternidad, de la educación de los hijos, de las relaciones entre hombres y mujeres... Todas estas transformaciones que hacen posible la emancipación de la mujer, sólo se pueden lograr con su participación activa en la transformación de la sociedad; al mismo tiempo, sólo con esta participación plena, se podrá combatir y erradicar la ideología propagada durante siglos en torno a su inferioridad y las cualidades innatas a su sexo.

En el socialismo, la incorporación a la producción tiene un alcance aún más significativo que el hecho de conseguir la independencia económica. Esto, que ya de por sí es un importante paso, se convierte, además, en un arma liberadora, a través de la cual, la mujer sale de las cuatro paredes del hogar y participa activamente en la transformación de la sociedad. Para que la incorporación de la mujer al trabajo pueda ser efectiva, se necesita la transformación del trabajo doméstico y que la mujer deje de encargarse de esta actividad económica que, a lo largo de los siglos, la ha relegado de todas las esferas sociales. *La mujer -dice Lenin- continúa siendo esclava del hogar, a pesar de todas las leyes liberadoras, porque está agobiada, oprimida, embrutecida, humillada por los pequeños quehaceres domésticos, que la convierten en cocinera y niñera, que malgastan su actividad en un trabajo absurdamente improductivo, mezquino, enervante, embrutecedor y fastidioso. La verdadera emancipación de la mujer y el verdadero comunismo no comienza sino en el país y en el momento en que*

*empiece la lucha en masa (dirigida por el proletariado, dueño del Poder del Estado) contra esta pequeña economía doméstica, o mas exactamente, cuando empiece su transformación en masa en una gran economía Socialista (65).*

La socialización del trabajo doméstico es esencial para la liberación de la mujer. La existencia de la familia, configurada como centro donde se reproduce diariamente la fuerza de trabajo de forma privada, ha sido la base sobre la que se ha asentado la división del trabajo entre los sexos, su discriminación y, por tanto, la barrera que ha impedido la participación de la mujer a nivel social; si no se comprende esta importante tarea la igualdad entre los sexos será formal, jurídica, pero en modo alguno real y, en consecuencia, la contradicción entre hombres y mujeres seguirá latente.

Otro aspecto importante que trae aparejada la colectivización de la reproducción de la fuerza de trabajo, es la destrucción de la función económica y política que tiene asignada la familia en las sociedades clasistas. La familia -conformada como unidad económica privada- entre en conflicto con la economía social transformada por la revolución y no regida ya por la propiedad privada; en el terreno ideológico y político, mientras la familia siga cumpliendo una actividad económica con carácter privado, será generadora de ideología burguesa y no podrá erradicarse totalmente la influencia de la propiedad privada y el individualismo, lo que afectará, necesariamente, no sólo a la emancipación de la mujer, sino también a la formación del hombre y la mujer nuevos.

A medida que la familia pierda su contenido económico, se producirán importantes transformaciones en su seno, dejarán de existir las relaciones de subordinación y dependencia de los hijos respecto a los padres y de la mujer respecto al hombre y, de la antigua familia, sólo quedarán en pie las relaciones de amor y afecto entre sus miembros que, al no verse enturbiadas por los intereses económicos, estarán basadas en la igualdad y el respeto mutuo. Para avanzar en este sentido y transformar totalmente la familia, también es necesario transformar la educación, el concepto de la función de la maternidad y el matrimonio.

Junto a la incorporación de la mujer a la producción, es necesaria también su incorporación a la actividad política, al estudio, a las discusiones políticas ya la lucha de clases. Este aspecto es de suma importancia; a través de él es como las mujeres toman conciencia, masivamente, de su estado de opresión y marginación y emprenden la lucha por la transformación de la sociedad y, en concreto, de todos aquellos aspectos donde se materializa su opresión. Para ello, es necesario partir, precisamente, de esta situación desigual en que se encuentra.

La emancipación de la mujer supone ponerla en condiciones para su integración plena en el proceso revolucionario, para que participe con clara conciencia en la construcción de una sociedad nueva, donde serán barridos todos los vestigios de explotación. Pero, a menudo, esta incorporación se ve frenada por la ideología propagada durante siglos en torno a su inferioridad. La sumisión, la dependencia, la servidumbre a que ha estado siempre sometida, son lacras que están imbuidas, tanto en las mujeres como en los hombres, y que constituyen un freno para su incorporación. Acabar con ellos requiere una amplia y larga lucha ideológica, pero sin perder de vista que esta lucha ideológica tiene que estar ligada a la lucha por erradicar las bases materiales sobre las que se sustenta la inferioridad de la mujer y que sirven de soporte a las viejas ideas del pasado. La emancipación de la mujer requiere de un prolongado combate y está intrínsecamente ligada a la construcción del comunismo. Todo paso adelante en este terreno será un paso adelante en la emancipación de la mujer, y viceversa. Es aquí donde cobra toda su justeza la frase de Lenin:

*El proletariado no puede alcanzar su plena liberación sin conquistar la liberación de la mujer (66).* El comunismo supone la emancipación de toda la humanidad; por ello, para alcanzar el comunismo, es necesario erradicar antes hasta el último vestigio, por pequeño que sea, que perpetúe la discriminación o la relegación de la mitad de la población, y es necesario, también, colocar en condiciones de completa igualdad a ambos sexos, transformándolos y construyendo una mujer y un hombre nuevos.

## **8. Bibliografía**

- C. Marx y F. Engels: El Manifiesto Comunista. Editorial Progreso.
- F. Engels: El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado. Editorial Fundamentos.
- F. Engels: La ideología alemana. Editorial Progreso.
- F. Engels: La situación de la clase obrera en Inglaterra. Editorial Akal.
- V. I. Lenin: La emancipación de la mujer. Editorial Akal.
- August Bebel: La mujer y el socialismo. Editorial Akal.
- Clara Zetkin: La cuestión femenina y la lucha contra el reformismo. Editorial Anagrama.
- Clara Zetkin: Recuerdos sobre Lenin. Editorial Grijalbo.
- Alejandra Kolontai: Sobre la liberación de la mujer. Editorial Fontamara
- Vo Nguyen Giap: Guerra del pueblo contra guerra de destrucción. Editorial Ciencias Sociales (Instituto Cubano del Libro).
- Isabel Larguía y John Dumoulin: Hacia una concepción científica de la emancipación de la mujer. Editorial Ciencias Políticas (La Habana).
- Tomás Borge: La mujer y la revolución nicaragüense. Editorial Pathfinder Press.
- Noema Viezzer: Domitila, si me permiten hablar... Una mujer de las minas de Bolivia. Editorial Siglo XXI.
- Claudie Broyelle: La mitad del cielo. El movimiento de liberación de las mujeres en China. Editorial Siglo XXI.
- Margaret Randall: Las mujeres en la revolución; conversaciones con mujeres cubanas. Editorial Siglo XXI.
- Margaret Randall: Todas estamos despiertas. Testimonios de la mujer nicaragüense hoy. Editorial Siglo XXI.
- Margaret Randall: El espíritu de un pueblo. Las mujeres de Vietnam (1.961-1972). Editorial Siglo XXI.
- Arlene Eisen Bergman: Las mujeres de Vietnam. Serie Popular Era.
- C.A.M.E.: La mujer en la sociedad socialista. Editorial Akal.
- Anabel González y otras: Los orígenes del feminismo en España. Editorial Zero ZYX.
- Amalia Martín-Gamero: Antología del feminismo. Alianza Editorial.
- Concepción Arenal: La emancipación de la mujer en España. Editorial Júcar.
- Margarita Nelken: La condición social de la mujer en España. Editorial CUS.
- Concha Fagoaga: La voz y el voto de las mujeres. El sufragismo en España (1877-1931). Editorial Icaria.
- Rosa M<sup>a</sup> Capel Martínez: El trabajo y la educación de la mujer en España (1.900-1.930). Ed. Ministerio de Cultura.
- Albert Balcells: Trabajo industrial y organización obrera en la Cataluña contemporánea (1.900-1.936). Editorial Laia.
- Mary Nash: Mujer, familia y trabajo en España (1.875-1.936). Ediciones Anthropos.
- Lola Iturbe: La mujer en la lucha social y en la guerra civil de España. Editores Mexicanos Unidos S.A.
- Mary Nash: Mujer y movimiento obrero en España (1.931-1.939).

#### **Editorial Fontamara.**

- **Carmen Alcalde: La mujer en la guerra civil. Editorial Cambio 16.**
- **Mary Nash: Mujeres Libres. Editorial Tusquets.**
- **M. Aurelia Capmany: La dona a Catalunya. Ediciones 62.**
- **M. Teresa León: Memorias de la melancolía. Editorial Bruguera**
- **Constancia de la Mora: Doble esplendor. Editorial Crítica.**
- **Dolores Ibarruri: El único camino. Editorial Bruguera.**
- **Dolores Ibarruri: En la lucha. Editorial Progreso.**
- **Juana Doña: Desde la noche y la niebla. Mujeres en las cárceles franquistas. Ediciones de la Torre.**
- **Consuelo García: Las cárceles de Soledad Real. Editorial Alfaguara.**
- **Tomas Cuevas: Mujeres en las cárceles franquistas. Editorial Casa de Campo.**
- **Giuliana di Febo: Resistencia y movimiento de las mujeres en España (1936-1975). Editorial Icaria.**
- **Lourdes Benería: Mujer, economía y patriarcado durante la España franquista. Editorial Anagrama.**
- **Pilar Alcobendas Tirado: Datos sobre el trabajo de la mujer en España. Centro de Investigaciones Sociológicas.**
- **M<sup>a</sup> Ángeles Durán: El trabajo de la mujer en España. Editorial Tecnos.**
- **Servicio de Publicaciones del M. de Trabajo: El trabajo de la mujer. Legislación básica.**
- **Eliseo Bayo: Trabajos duros de la mujer en España. Alianza Editorial.**
- **Anna Mercadé: El despertar del feminismo en España.**
- **Varias autoras: Mujer y sociedad en España (1.700-1.975). Ed. Ministerio de Cultura.**
- **Primeras Jornadas de la Mujer Trabajadora (M.L.M. y M.D.M.). Editorial Akal.**
- **Victoria Sau: Manifiesto para la liberación de la mujer. Ediciones 29.**
- **Varias autoras: La liberación de la mujer, año cero. (Granica editor).**
- **Lidia Falcón: Mujer y sociedad. Editorial Fontanella.**
- **M<sup>a</sup> Aurelia Campmany: El feminismo ibérico. Editorial Oikos- Tau**
- **S.A. Anabel González: El feminismo en España hoy. Editorial Zero ZYX.**
- **Empar Pineda: Polémicas feministas. Editorial Revolución.**
- **Eva Forest: Testimonios de lucha y resistencia. Editorial Hordago.**
- **Sheila Rowbotham: Feminismo y Revolución. Editorial Debate (Fernando Torres, editor).**
- **Martina Weisler: Mujeres activas. Ediciones de la Torre.**
- **Betty Friedan: La segunda fase. Editorial Plaza & Janés.**
- **Betty Friedan: Mística de la feminidad. Editorial Júcar.**
- **Fernando Arenas: Marxismo y feminismo. Bandera Roja núm. 35 (Órgano del Comité Central del PCE(r)).**
- **PCE(r): Proyectos de Programa y Estatutos al III Congreso del PCE(r).**
- **PCE(r): Manual de Formación Política para militantes del PCE(r).**
- **GRAPO: Proyecto de Programa-Manual del guerrillero.**
- **Tuñón de Lara: La España del siglo XIX. Editorial Laia.**
- **Tuñón de Lara: La España del siglo XX. Editorial Laia.**
- **Tuñón de Lara: El movimiento obrero en la historia de España. Editorial Taurus.**
- **Varios autores: Guerra y revolución en España (3 tomos). Editorial Progreso.**
- **Rafael Gómez Parra: La guerrilla Antifranquista. Editorial Revolución.**

#### **Notas:**

- (1) F. Engels: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado.***
- (2) F. Engels: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado.***
- (3) F. Engels: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado.***
- (4) F. Engels: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado.***

- (5) F. Engels: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*.
- (6) F. Engels: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*.
- (7) Citado en la obra de Augusto Bebel: *La mujer y el socialismo*.
- (8) F. Engels: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*.
- (9) Isabel Larguía-John Dumoulin: *Hacia una concepción científica de la emancipación de la mujer*.
- (10) Isabel Larguía-John Dumoulin: *Hacia una concepción científica de la emancipación de la mujer*.
- (11) Isabel Larguía-John Dumoulin: *Hacia una concepción científica de la emancipación de la mujer*.
- (12) Carlos Marx y F. Engels: *El Manifiesto Comunista*.
- (13) F. Engels: *La situación de la clase obrera en Inglaterra*.
- (14) Carlos Marx: *El Capital*.
- (15) Claudie Broyelle: *La mitad del cielo. El Movimiento de Liberación de las Mujeres en China*.
- (16) Noema Viezzer: *Si me permiten hablar...*, testimonio de Domitila, una mujer de las minas de Bolivia.
- (17) Noema Viezzer: *Si me permiten hablar...*, testimonio de Domitila, una mujer de las minas de Bolivia.
- (18) F. Engels: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*.
- (19) F. Engels: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*.
- (20) F. Engels: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*.
- (21) Citado por I. Larguía y J. Dumoulin en su trabajo *Hacia una concepción científica de la emancipación de la mujer*.
- (22) I. Larguía y J. Dumoulin, *Hacia una concepción científica de la emancipación de la mujer*.
- (23) Isabel Larguía y John Dumoulin, *Hacia una concepción científica de la emancipación de la mujer*.
- (24) Clara Zetkin: *La cuestión femenina y la lucha contra el reformismo*.
- (25) Clara Zetkin: *La cuestión femenina y la lucha contra el reformismo*.
- (26) Clara Zetkin: *La cuestión femenina y la lucha contra el reformismo*.
- (27) Victoria Sau: *Manifiesto para la liberación de la mujer*.
- (28) Citado en el libro de Clara Zetkin: *La cuestión femenina*.
- (29) Citado en el libro de Alejandra Kolontai: *Sobre la liberación de la mujer*.
- (30) Clara Zetkin: *La cuestión femenina y la lucha contra el reformismo*.
- (31) Citado por Alejandra Kollontai: *Sobre la liberación de la mujer*.
- (32) Citado en el libro de Alejandra Kolontai: *Sobre la liberación de la mujer*; Clara Zetkin: *La cuestión femenina y la lucha contra el reformismo*.
- (33) Betty Friedan: *La segunda fase*.
- (34) Betty Friedan: *La segunda fase*.
- (35) Vo Nguyen Giap: *Guerra del pueblo contra guerra de destrucción*.
- (36) Proyecto de Programa-Manual del Guerrillero de los GRAPO.
- (37) *Mujer y Sociedad en España, 1700-1975*. Varios autores.
- (38) Citado en *Movimiento obrero en la Historia de España*, M. Tuñón de Lara.
- (39) Emilia Pardo Bazán, *La Tribuna*.
- (40) Citado en el libro *Mujer y Movimiento Obrero en España, 1931-1939* de Mary Nash.
- (41) Mary Nash, *Mujer, familia y trabajo en España (1875-1936)*.
- (42) Amalia Martín-Gamero: *Antología del Feminismo*.
- (43) Margarita Nelken: *La condición social de la mujer en España*.
- (44) José Díaz: *Tres años de lucha*.
- (45) *Guerra y Revolución en España 1936-1939*, Varios Autores.
- (46) Giuliana Di Febo: *Resistencia y Movimiento de Mujeres en España 1936-76*.
- (47) Del Proyecto de Programa y Estatutos del PCE(r).

- (48) Lidia Falcón: *Mujer y sociedad*.
- (49) Lidia Falcón: *Mujer y sociedad*.
- (50) Lidia Falcón: *Mujer y sociedad*.
- (51) Lidia Falcón: *Mujer y sociedad*.
- (52) Lidia Falcón: *Mujer y sociedad*.
- (53) Giuliana di Febo: *Resistencia y Movimiento de Mujeres en España (1936-76)*.
- (54) Lidia Falcón: *Mujer y sociedad*.
- (55) Giuliana di Febo: *Resistencia y Movimiento de Mujeres en España (1936-76)*.
- (56) Giuliana di Febo: *Resistencia y Movimiento de Mujeres en España (1936-76)*.
- (57) Anabel González: *El feminismo en España, hoy*.
- (58) Anna Mercadé: *El despertar del feminismo en España*.
- (59) *El País*, domingo 28 de octubre de 1984.
- (60) Citado en la revista *La mujer feminista*.
- (61) Entrevista realizada a un grupo de mujeres de Euskalduna.
- (62) *Área Crítica* núm. 16.
- (63) V. I. Lenin: *La emancipación de la mujer*.
- (64) V. I. Lenin: *Una gran iniciativa*.
- (65) V. I. Lenin: *La emancipación de la mujer*.
- (66) V. I. Lenin: *La emancipación de la mujer*.

## MUJERES: EL GÉNERO NOS UNE, LA CLASE NOS DIVIDE

**CECILIA TOLEDO**

Periodista y miembro de la Secretaría Nacional de Mujeres del PSTU (Brasil)

La desigualdad de la mujer en el capitalismo se viene profundizando en los últimos años, sobre todo en los países explotados. La discusión de por qué se da eso se reviste de un carácter académico y todo lo que se refiere a la opresión de la mujer es rotulado como una **cuestión de género**.

Después de las grandes movilizaciones feministas de los años 60 y 70, las mujeres volvieron a casa, y las discusiones feministas pasaron de las calles a las aulas de las universidades. Surgieron los llamados Estudios de la Mujer y, posteriormente, Estudios de Género, sobre todo en los países imperialistas, y la lucha por la liberación de la mujer perdió lo más progresivo que tenía: el método de lucha, las manifestaciones masivas, la movilización, que involucraba otros sectores de la sociedad. Bajo la dirección de corrientes de clase media e intelectuales, sin la participación masiva de la mujer trabajadora, la lucha feminista se volvió aún más reformista, contentándose con ampliar los espacios de la mujer en la democracia burguesa, como queda claro en esta declaración de la feminista argentina Mabel Bellucci: *“La expresión Estudios de la Mujer identifica esa nueva empresa intelectual dispuesta a democratizar aquellos espacios productores de conocimiento, donde las mujeres no se sienten representadas por estar excluidas como sujetos y objetos de estudio”*<sup>1</sup>.

En estos últimos treinta años, se produjo mucha literatura sobre el tema, en especial en Inglaterra, Estados Unidos, España, Italia y Francia. Los catálogos de las grandes editoriales y los programas de congresos, conferencias y cursos universitarios lo confirman, así como la pluralidad de posiciones teóricas existentes. Tanto que ya se habla de *teoría feminista*, que fundamenta toda un área llamada **estudios de género**.

Dentro de los marcos del capitalismo, estos estudios son importantes porque tornan cada vez más visible la desigualdad de la mujer y, en algunos países, sobre todo en los países imperialistas, esta producción académica consiguió ampliar los espacios de la mujer en la sociedad. Sin embargo, es preciso polemizar con esta postura porque, al centrar la opresión de la mujer en la desigualdad de género, restringe su lucha en los marcos del capitalismo –tornándose una lucha por reformas dentro del sistema capitalista– e ignora el problema de clase, llevando a una política que busca unir a todas las mujeres, independientemente de la posición que ocupan en el modo de producción.

### **Género y autonomismo**

¿Qué significa hablar de género? Para la investigadora española María de Jesús Izquierdo:

La desigualdad de las mujeres es un proceso que comienza con la división sexual del trabajo y se consolida con la constitución de los géneros sociales: si usted es mujer, tiene que hacer determinadas cosas, si es hombre, otras. El paso siguiente es considerar como femeninas las actividades hechas por las mujeres y masculinas aquellas hechas por los hombres. El tercer paso es

---

<sup>1</sup> *Las Mujeres en la Imaginación Colectiva*, Paidós, 1993, cap. 1. Destacado mío.



diferenciar el tratamiento recibido (respeto, reconocimiento, medios y estilo de vida) por las personas que realizan actividades femeninas y las que realizan actividades masculinas. En este momento decimos que tienen carácter de género. Las personas, independientemente de cuál sea su sexo, son tratadas según un patrón específico, el de género.<sup>2</sup>

Para María de Jesús Izquierdo, el género es tan importante que llega al punto de afirmar que *lo que estructura a la sociedad es el género*, porque prácticamente todos los ámbitos de la vida tienen el carácter de uno u otro género, y que la sociedad se vendría abajo o cambiaría sus fundamentos si se rompiera con las posiciones de género. Para ella, el aspecto fundamental de la estructura de géneros es la interrelación entre la posición social del “ganador de pan” y del “ama de casa”, pues *“la mayor parte de las actividades está organizada dando por sentado que en toda casa hay un ama de casa”*.

Los hombres no están sometidos a una tensión estructural entre el trabajo doméstico y el trabajo remunerado. Las mujeres sí. Mantienen una dedicación parcial tanto al trabajo remunerado como al doméstico, y viven, por eso, una gran frustración, malestar e insatisfacción. No cambian de posición en la estructura social, pero “medio-ocupan” dos posiciones al mismo tiempo.

De ahí, ella concluye que, aunque las mujeres no estuviesen discriminadas en el trabajo, tendrían pocas posibilidades de ser promovidas, porque no es posible que rindan tanto como los hombres. El peso de la estructura de la sociedad sobre la mujer es tan importante que eso se torna imposible.

Virginia Vargas y Wicky Meyen definen el género como parte de un sistema:

Definiremos el sistema sexo/género como el conjunto de actitudes mediante las cuales la sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana y a través de la cual estas necesidades son satisfechas. No es, entonces, sólo una relación entre mujeres y hombres, sino un elemento constitutivo de las relaciones sociales en general que se expresa en símbolos, normas, organización política y social y en las subjetividades personales y sociales.

Las dos investigadoras van más allá y concluyen que las mujeres no pueden ser reducidas a su condición de género, porque

en cada individuo conviven diferentes posiciones subjetivas; cada agente social está inscrito en una multiplicidad de relaciones sociales: de producción, de raza, de nacionalidad, etnicidad, género, sexo, etc. Cada una de esas relaciones específicas no puede ser reducidas ni unida a las otras. Y cada una de ellas determina diferentes subjetividades.

De esta forma, crean un mundo aparentemente complejo, donde todo se relaciona y donde no existe una jerarquía de las cosas, como si las relaciones de producción y las de raza, sexo, género, nacionalidad, etc., estuviesen al mismo nivel, sin que una determine a la otra. De ahí trazan la política que se conoce como **autonomismo**. *“La autonomía, dicen, es una forma de generar un espacio de maniobra para las mujeres y de iniciar un proceso de crecimiento personal y colectivo que asegure el cuestionamiento a las diferentes formas que asume su subordinación, así como la capacidad de desarrollar control y poder sobre sus vidas, sus organizaciones y sobre sus contextos sociales, económicos, políticos y*

<sup>2</sup> “A desigualdade em função do gênero”, en *Aguantando el Tipo. Desigualdad y Discriminación Salarial*, p.34.

*culturales específicos”.*

Sería la organización autónoma de las mujeres para luchar por sus derechos y abrir espacios en la sociedad.

Esta concepción se construyó en oposición y en confrontación directa con una visión de clase sobre el problema de la mujer, considerada reduccionista y economicista. Virginia Guzmán, del *Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán*, argumenta que la subordinación femenina es un problema diferente del problema de las relaciones de clase. Ataca a las feministas marxistas por considerar que “*todos los procesos sociales son consecuencias o epifenómenos de una estructura económica (expresiva de una sociedad de clases dependiente del capitalismo mundial). Los sujetos sociales portadores del cambio están jerarquizados solamente por su posición de clase*”.<sup>3</sup> Esta acusación apunta a demostrar que ahora las mujeres tienen una visión “*más completa y global*” de su condición, y ya no una visión reduccionista, “*sólo*” clasista del problema. Porque lo que estructura la sociedad no son más las clases sociales, como afirma el marxismo, sino los géneros.

De hecho, cuando se habla de opresión de la mujer no se puede utilizar sólo categorías económicas. La opresión es un conjunto de actitudes que involucran también categorías psicológicas, emocionales, culturales e ideológicas. La correspondencia entre éstas y la estructura económica de la sociedad es muy compleja y varía de acuerdo con las épocas históricas. Desde que Marx escribió *El Capital*, describiendo las leyes generales que rigen el modo de producción capitalista, muchas otras ciencias se desarrollaron, entre ellas el psicoanálisis, sin hablar de la antropología y la sociología, que ayudaron a clarificar el problema de la superestructura ideológica de la sociedad y su relación con la estructura de producción. Sin embargo, todas ellas, en su búsqueda de una respuesta a los problemas que afligen a los hombres en momentos históricos determinados, siempre tuvieron que volver los ojos a lo que ocurría en las condiciones materiales de vida. No es una relación mecánica, no hay una correspondencia directa y universal entre una y otra. Las leyes económicas determinan las leyes ideológicas, en última instancia. Sin embargo, nosotros no partimos de las numerosas formas de opresión (de la mujer, del negro, de los homosexuales, de los inmigrantes, etc.) para explicar las leyes generales de la sociedad, sino al contrario. Sería hacer lo mismo que intentaron los filósofos reaccionarios de la época de Marx y Engels: demostrar teóricamente que era imposible conocer la realidad objetiva, reduciendo la misión de la ciencia a “*analizar las sensaciones*”.

Por más complejos que fuesen los problemas psicológicos de sus pacientes, Freud buscaba su explicación última en las relaciones concretas entre los hombres, en el mundo objetivo; no tenía otro camino. Él dió el nombre de *introyección* al proceso psíquico por medio del cual es formada nuestra conciencia, el proceso de tomar algo que está fuera de nosotros e interiorizarlo. Para Freud, todo sueño era la realización de un deseo que tenía una u otra relación con las condiciones concretas de vida. Así, demostraba que en esta multiplicidad de relaciones sociales en las cuales estamos insertos hay una jerarquía, unas determinan a las otras. Para Marx, las relaciones de producción eran las determinantes.

En la producción social de la propia existencia, los hombres entran en relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad; estas relaciones de producción corresponden a un grado determinado de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. La totalidad de estas relaciones de producción constituyen la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la cual se eleva una

---

<sup>3</sup> Idem, p. 29.

superestructura jurídica y política y a la cual corresponden formas sociales determinadas de conciencia. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de vida social, política e intelectual<sup>4</sup>.

## **Género, construcción cultural**

Cuando se habla de género femenino y género masculino ya no se habla más de algo inherente a los seres humanos; no se está tratando del *ser genérico*, sino del *ser histórico*, aquel que es constituido históricamente. Son construcciones culturales derivadas de las diferencias sexuales existentes entre hombres y mujeres. Las ideas de lo que es femenino y masculino con las cuales convivimos día a día se fueron construyendo y transformando a lo largo de la historia. Los géneros guardan poca relación con el sexo porque, como explica la psicoanalista Emilce Bleichmar, se definen en la etapa edípica (la superación del Complejo de Edipo), cuando se pasa de la biología a la cultura. El Complejo de Edipo, conforme fue formulado por Freud, requiere determinados presupuestos que sólo se encuentran en las familias nucleares, características de las sociedades capitalistas modernas. Las familias nucleares son típicas del patriarcado y se fueron constituyendo por razones económicas, más que culturales. Lo que es femenino y lo que es masculino también son comportamientos simbólicos típicos de las sociedades patriarcales y asentadas en el modo de producción capitalista. El modo de producción dominante determina, en última instancia, la superestructura cultural. No es una relación mecánica, sino dialéctica, un choque constante entre la psiquis humana y su relación social y económica, que va conformando los comportamientos humanos.

Así, podemos concluir que los géneros, guardan poca relación con el sexo y tienen mucha relación con las clases sociales, con la localización de la familia en el modo de producción dominante. La sociedad capitalista está estructurada sobre la división de los hombres y mujeres según la función que cumplen en la producción general de bienes. Está dividida entre aquellos que producen y aquellos que se apropian del trabajo ajeno. Es de esta estructura central de la que, en última instancia, surgen las ideologías y construcciones culturales, como los géneros. Tiene razón María de Jesús Izquierdo cuando dice que todos los ámbitos sociales tienen un carácter de uno o de otro género. Pero no es eso lo que estructura la sociedad; ella no se asienta sobre esta división, y no se va a derrumbar si esta división se acabara, si trabajar con máquinas pasara a ser considerado femenino y cuidar niños, masculino.

Jamás las sociedades, en cualquier época histórica, se estructuraron sobre construcciones culturales. Éstas son derivadas de un determinado modo de producción, la manera en que los hombres se relacionan para producir sus medios materiales de vida. Y, como ya recordó Marx, las ideologías sirven para justificar determinadas relaciones de producción, y las ideologías dominantes son las de la clase dominante, porque ella y solamente ella posee los mecanismos para tornar dominante su ideología, su cultura.

Dado que no afectan la estructura de la sociedad y no alteran el modo de producción dominante, las construcciones culturales se modifican. En los años 20, hablar de sexo estaba prohibido; hoy en día, se habla de él por televisión. Hasta pocos años atrás, era mal visto que la mujer condujera automóviles o se sentara en un bar y pidiera una cerveza. Hoy, nada de eso causa sorpresa. Operar máquinas era un trabajo masculino; hoy es preciso

---

<sup>4</sup> K.Marx, *Prefácio a Contribuição à Crítica da Economia Política*, en Florestan Fernandes, *Marx Engels*, Col. Historia, São Paulo, Ática, p. 231.

decir que ya no tiene una definición tan clara, a pesar de que la mayoría de los operadores de máquinas son hombres. Ser profesora siempre fue considerado una profesión femenina. Hoy, por diversos motivos que no cabe discutir aquí, algunos de los mejores profesores son hombres. Son muchas las transformaciones operadas en la cultura, y siempre ocurren en el ámbito de las relaciones humanas cuando se opera alguna transformación en las condiciones materiales de vida, en el modo de producción de la riqueza.

La división sexual del trabajo está apenas simbólicamente asentada en una supuesta división entre **géneros**. Las mujeres de la clase trabajadora sufren, antes que nada, una discriminación entre clases –relación desigual entre ellas y las mujeres burguesas, o entre ellas y toda la burguesía– que una discriminación entre géneros (que ocurriría en el ámbito de su propia clase). Inclusive, la discriminación de género que la mujer trabajadora sufre en el ámbito de su propia clase es impuesta a partir de la clase dominante.

En el interior de las clases sociales, la **cuestión de género** es definida por el papel que esta clase cumple en el modo de producción. Hay una distorsión importante en esta premisa, que es el hecho de que la noción de género está definida a partir de la clase dominante. Trabajar fuera era, hace pocos años, considerado masculino. La mujer era ejército de reserva. Si en la clase burguesa eso no generaba más que problemas psicológicos para la mujer, en la clase trabajadora ese preconceito era señal de aumento de la miseria, sobre todo cuando el marido quedaba desempleado. Así, la situación económica impuso una ruptura en la ideología dominante. Lo que se operó fue una transformación en esta ideología, impuesta por las condiciones de vida: la crisis económica empuja a la mujer hacia el trabajo remunerado.

Por otro lado, la mujer trabajadora continúa relegada al trabajo precapitalista. Aquí guarda un vínculo fuerte con el pasado, ya que la mujer primordial fue la trabajadora precapitalista por excelencia. Ya sea en la condición de ama de casa o en la de trabajadora asalariada, especialmente en la prestación de servicios. Las que consiguen integrar el sector formal o hegemónico, ejercen actividades en condiciones aún más subalternas que las masculinas: reciben salarios más bajos, en puestos inferiores en la jerarquía del trabajo y en tareas más descalificadas<sup>5</sup>.

A partir del momento en que las representaciones inconscientes son producidas por los hombres insertos en una situación de vida determinada, ya la transformación de esta situación de vida podrá conducir, aunque lentamente, a cualquier transformación de estas representaciones inconscientes. ¿Y cuáles son las condiciones materiales de vida determinantes hoy, en este final de milenio?

En las *Tesis sobre Feuerbach*, escritas en 1845, Marx ya había visto que estas ideas y representaciones no existen de forma autónoma.

La producción de las ideas y la conciencia está directamente entrelazada con la actividad material y el trato material de los hombres, como el lenguaje de la vida real. La formación de las ideas, el pensamiento, el trato espiritual de los hombres se presentan aquí aun como emanación directa de su comportamiento material. Y lo mismo ocurre con la producción espiritual, tal y como se manifiesta en el lenguaje de la política, de las leyes, de la moral, de la religión, de la metafísica etc., de un pueblo. Los hombres son los productores de sus representaciones, de sus ideas, pero se trata

---

<sup>5</sup>Para más informaciones, ver *Mujeres e trabajadoras: presença feminina na constituição do sistema fabril*, de Maria Valéria Junho Penha. Rio, Paz e Terra, 1981.

de hombres reales y activos tal y como se hayan condicionados por un determinado desarrollo de sus fuerzas productivas.<sup>6</sup>

De ahí que no sea la liberación de la mujer algo de la esfera de la representación, de lo espiritual, de la moral, sino algo material, histórico. No se puede liberar a la mujer de la dominación en la medida que ella no esté en condiciones de garantizar plenamente sus condiciones materiales de vida. En un nivel más general, no se puede liberar a los hombres de la dominación, y los sexos del conflicto en que están insertos, en la medida que no se liberen de los conflictos que el sistema económico crea entre la propiedad privada y el trabajo asalariado.

La desigualdad entre los géneros como creación cultural sólo puede ser formulada como tal en una sociedad donde existen dominados y dominantes, y la mujer cumple una función social y económica como ser dominado. Restringir el problema a una cuestión de género puede enmascarar los determinantes económicos que separan a los hombres y mujeres de las diferentes clases, además de diluir las diferencias que existen entre las mujeres burguesas y proletarias. La cuestión de género se manifiesta de forma distinta en cada clase social y tratar de forma globalizante esta cuestión enmascara ese hecho, transmite la idea de que todas las mujeres están unidas por igual problemática. A pesar de que todas sufren la problemática de género, lo sufren de forma diferente y las salidas para ellas son diferentes, de acuerdo con la clase social a que pertenezcan. Las salidas para las opresiones de distintos órdenes en el Capitalismo no son individuales, sino colectivas, y como tal dependen directamente de las transformaciones operadas en la estructura económica de la sociedad.

El **género** es una construcción social burguesa, es ideología de la clase dominante. No fueron los trabajadores los que definieron lo que es masculino y lo que es femenino. Fue la burguesía, en su proceso de afirmación como clase que precisaba generar un modo de producción asentado en la explotación de masas y masas de lumpenes que vagaban por las ciudades y campesinos despojados de sus tierras que después se constituyeron como clase obrera. El género, por lo tanto, es una construcción social propia del Capitalismo, y tiene una esencia opresora, que busca resaltar las diferencias entre las personas, en especial las diferencias que son naturales y contra las cuales nadie puede hacer nada. Como el hecho de ser mujer y engendrar hijos, por ejemplo. El género, como construcción social, se asienta, por lo tanto, en algo que es de la naturaleza, que no es cultural.

## El origen de la opresión

Un punto clave en esta discusión es el origen de la opresión de la mujer. Y existen distintas formas de abordar eso. El feminismo académico divide la *teoría feminista* en tres grandes perspectivas o enfoques: la teoría feminista liberal, la teoría feminista marxista y socialista y la teoría feminista radical.<sup>7</sup> Para las **feministas liberales**, la causa principal de la opresión de la mujer es la injusta discriminación –legal y de otros tipos– a que está sujeta, que la priva del derecho a la auto-realización y a la búsqueda de su propio interés, un derecho que debe ser considerado idéntico al del hombre. Por eso, al criticar las normas

<sup>6</sup> Karl Marx, *Obras Escogidas*, Ed. Progreso, Moscou, Tomo I, pp.21-22.

<sup>7</sup> *Perspectivas Feministas en Teoría Política*, Carme Castells (org.), Paidós, p.21.

y costumbres sexuales contemporáneas, las liberales usan casi exclusivamente conceptos de **libertad e igualdad**. Sus propuestas políticas para cambiar la situación de subordinación de la mujer consisten en alcanzar la igualdad con los hombres. Afirman que no basta la igualdad formal, sino la igualdad auténtica, que sólo se podrá alcanzar con la reestructuración de la sociedad, cuando hombres y mujeres compartan, tanto en la esfera pública como en la privada, las responsabilidades hasta ahora divididas conforme al sexo.

El **feminismo radical** toma como la causa principal de la opresión de la mujer el patriarcado, *“un conflicto sexual transhistórico que los hombres resolvieron hasta el momento a su favor, controlando los cuerpos, la sexualidad y los procesos reproductivos de las mujeres”*.<sup>8</sup> A pesar de ser menos influyente que el feminismo liberal, la teoría feminista radical viene ejerciendo atracción sobre las feministas descontentas con el liberalismo. Es un fenómeno cuyas raíces pueden ser buscadas en el movimiento de liberación de las mujeres del final de los años 70 y la *new left* norteamericana, de inspiración parcialmente marxista. A pesar de la gran heterogeneidad de posiciones que abarca ese rótulo, todas tienen en común la preocupación con la biología reproductiva humana; la concepción de que la biología femenina es básica para la división sexual del trabajo, que se asienta en la subordinación de la mujer, y el papel relevante que atribuyen a la cultura y la socialización, ya que *“la mujer no nace mujer, sino que se hace mujer”*.

En consecuencia, las feministas radicales consideran que la opresión de las mujeres no puede ser erradicada reformando las leyes y haciendo que hombres y mujeres compartan por igual las responsabilidades que antes eran divididas en función del sexo, como postulan las feministas liberales, ni compartiendo en pie de igualdad las instituciones políticas y económicas, como defienden las feministas socialistas. Es preciso una reconstrucción radical de la sexualidad. Esto explica por qué muchas de sus políticas pretenden identificar los aspectos de la construcción social de la feminidad que sirven para perpetuar la dominación masculina: la maternidad forzada y diversas formas de esclavitud sexual, incluyendo el acoso y la pornografía.

Sobre las propuestas de actuación, acostumbran defender formas de separatismo entre hombres y mujeres. A pesar de que la defensa de organizaciones políticas separadas, por lo menos en forma temporaria, es compartida por todas las corrientes, las radicales las ven como el único camino para alcanzar la liberación de las mujeres. Se diferencian de las demás corrientes por dar énfasis al **compromiso feminista**.

Las feministas radicales buscan una respuesta universal a la pregunta de por qué las mujeres están sometidas a los hombres, y afirman que la naturaleza es la única causa del dominio de los hombres. La versión más conocida de este argumento está en el libro *La Dialéctica del Sexo*, de S. Firestone. Al mismo tiempo que ataca la separación liberal entre público y privado, ella se mantiene dentro del marco del individualismo abstracto. Reduce la historia de la relación entre naturaleza y cultura, o entre privado y público, a una oposición entre femenino y masculino. Afirma que el origen de la dualidad reside en la *“propia biología y en la procreación”*, una desigualdad natural u original que es la base de la opresión de la mujer y fuente de poder e incluso moviliza millones de mujeres en el mundo entero contra la opresión masculina. Los hombres, al confinar a las mujeres al espacio de la reproducción (a la naturaleza), se liberaron a sí mismos para *“los negocios del mundo”*, y de esta forma crearon y controlaron la cultura. La solución propuesta consiste en eliminar las diferencias naturales (desigualdades) entre los sexos, introduciendo

---

<sup>8</sup> *Perspectivas feministas en teoría política*, Carme Castells (org.), p.21. Ed. Paidós.

la reproducción artificial. Entonces, la “naturaleza” y la esfera privada de la familia quedarían abolidas y los individuos, de todas las edades, actuarían como iguales en el espacio público.

El **marxismo** fue el único que consiguió dar una respuesta concreta al problema. La línea divisoria establecida por Marx y Engels desde el *Manifiesto* es la que existe entre el socialismo utópico y el socialismo científico. Los socialistas utópicos premarxistas también defendían la emancipación de la mujer. Pero su defensa se asentaba sobre principios morales y deseos abstractos, no sobre una comprensión de las leyes de la historia y de la lucha de clases. El marxismo proporcionó, por primera vez, una base materialista científica para la emancipación femenina. La mujer no nació oprimida; su opresión coincide, en la historia, con el surgimiento de la opresión y explotación del conjunto de los hombres y mujeres que trabajan. El marxismo sólo expuso las raíces de esta opresión, su relación con un sistema de producción basado en la propiedad privada y con una sociedad dividida en clases, en la cual todas las relaciones son relaciones de propiedad.

Por haber comprendido que la opresión de la mujer tiene una raíz económica, el marxismo puede apuntar el camino para conseguir su liberación: la abolición de la propiedad privada, única forma de proporcionar las bases materiales para transferir a la sociedad en su conjunto las responsabilidades domésticas y familiares que recaen sobre los hombros de la mujer. Libres de estas cargas, decía Marx, las masas de mujeres podrán romper los grilletes de servidumbre doméstica y cultivar sus plenas capacidades como miembros creativos y productivos de la sociedad, y no sólo reproductivos.

### **Género y mercado de trabajo**

A pesar de que el Capitalismo se aprovecha de las diferenciaciones de género, ésta no es la causa primordial de la opresión de la mujer. Apenas agrava la situación de la mujer trabajadora y pobre. La situación social de las mujeres se caracteriza por la desigualdad y en el fondo de cualquiera de los aspectos en que se manifiesta esta desigualdad está el trabajo, porque está relacionada directamente con la forma como la mujer trabajadora concilia su condición de reproductora del Capital y de fuerza de trabajo.

En el estudio “*Cambio Tecnológico y Género en Brasil*”, Alice Rangel de Paiva aborda los impactos de la nueva tecnología microelectrónica sobre la división y la organización del trabajo. Según la autora, el estudio de las calificaciones, de las trayectorias ocupacionales y de las formas de gestión pasa por la articulación de la problemática de la división sexual del trabajo con la categoría **género**, que le confiere la dimensión histórico-social esencial para una real profundización de la cuestión.

La autora parte del análisis de las transformaciones operadas en el trabajo femenino a partir de los años 80. Hubo una incorporación masiva de mujeres en el mercado de trabajo brasileño (la tasa de actividad femenina creció del 33,6% en 1979 al 38,7% en 1989), mientras la tasa de actividad de los hombres se mantenía prácticamente estable en el mismo período. Este movimiento estaría acoplado a una nítida tercerización de la economía y a un sensible aumento del asalariamiento del empleo urbano que se da, sin embargo, de forma bastante precaria, toda vez que disminuyó a lo largo de la década el número de asalariados con puesto de trabajo estable. Entre las mujeres, apenas el 55% de las asalariadas tienen empleo estable en Brasil.



La autora busca analizar este período de *“modernización de la estructura industrial brasileña”* desde el punto de vista de la división sexual del trabajo porque, según ella, si la clase obrera tiene dos sexos, el cambio tecnológico sólo puede ser entendido a partir de una perspectiva de género.

Aquí queda claro, por lo tanto, que la autora descarta una perspectiva de clase para analizar el cambio tecnológico. Pero, según la perspectiva de género, a nuestro entender, la autora no consigue dar respuesta al problema de por qué la mujer continuó siendo discriminada en el mercado de trabajo con la modernización de la estructura industrial. Y eso se debe, justamente, a no haber adoptado una perspectiva de clase.

Alice Rangel afirma que la

idea largamente difundida en los años 60 de que las nuevas tecnologías microelectrónicas, al eliminar trabajos pesados y sucios, permitirían una mayor igualdad entre hombres y mujeres en el mercado de trabajo fue siendo desmentida a lo largo de las dos décadas siguientes, ante la constatación irrefutable de las diferencias que mantienen el foso entre el trabajo calificado de los hombres y el trabajo descalificado de las mujeres.

Tiene razón, pero esta constatación debe ser comprendida desde el punto de vista de la explotación del conjunto de los trabajadores, porque las nuevas tecnologías sirven a los intereses del Capital y no para aliviar la explotación de la clase. Éstas eliminan trabajos pesados e sucios, y con eso emplean más mujeres, pero no por la preocupación de interferir en la desigualdad de género sino obedeciendo a la lógica del Capital, o sea, en búsqueda de reducir costos y aumentar el rendimiento del Capital fijo.

Alice Rangel da otro argumento que sólo refuerza esto:

La feminización creciente de la fuerza de trabajo europea y americana en este final de siglo no fue acompañada de la soñada igualdad en el empleo. Especialmente en la industria de transformación, los guetos ocupacionales masculinos y femeninos fueron de hecho reforzados.

Para ella, eso muestra que la utilización de mano de obra femenina no se explica por imperativos técnicos. Si no es por imperativos técnicos, o sea, la supuesta capacidad de la mujer para lidiar con alta tecnología, entonces tampoco se explica por una cuestión de género, porque la informatización, por ejemplo, creó nuevos puestos de trabajo para mujeres, sobre todo en un gueto tradicionalmente femenino, como es el sector bancario. Así, la mujer no quedó totalmente alejada de la alta tecnología y, sin embargo, eso no trajo mayor igualdad para ella en el mercado de trabajo. Si fuese por una cuestión de género, eso no se explicaría, porque la mujer y el hombre se igualan en la mayoría de los trabajos. Prueba de esto es la propia revolución industrial, cuando la llegada de la máquina a vapor llevó a la incorporación en masa de la mujer en las fábricas. El Capital confiscó la mano de obra femenina para hacer rendir más a la máquina; en las grandes concentraciones fabriles trabajaban, lado a lado, hombres y mujeres. Ella era superexplotada debido a la doble jornada y recibía un salario inferior porque en la familia patriarcal el salario de la mujer es visto como complementario al del hombre.

Además de esto, Ricardo Antunes recuerda que *“en la división sexual del trabajo operada por el Capital dentro del espacio fabril generalmente las actividades de concepción o aquellas basadas en capital intensivo (las de alta tecnología) son cumplidas por el trabajo masculino, mientras aquellas dotadas de menor calificación, más elementales y muchas veces fundadas en el trabajo intensivo, son destinadas a las mujeres*

*trabajadoras (y, muy frecuentemente, también a los trabajadores/as inmigrantes y negros/as)”.<sup>9</sup>* Por lo tanto, estos puestos donde la explotación de la mano de obra es mayor no se destinan sólo a las mujeres, sino también a los varones inmigrantes y varones negros. O sea, a los sectores más oprimidos y “descalificados” de la clase trabajadora.

El Capital califica a la clase trabajadora de acuerdo con sus intereses y sus necesidades, a cada momento, no de acuerdo con los intereses del trabajador. Éste queda desempleado conforme su fuerza de trabajo atienda o no al interés del Capital en aquel momento, conforme el mercado lo absorba o lo descarte. Qué es trabajo “femenino” y “masculino” es definido a partir de la necesidad del Capital de obtener más lucro y utilizar la fuerza de trabajo disponible, aprovechándose inclusive de sus diferenciaciones internas (entre sexo, edad, color, etc.) para éste o aquél empleo, aumentando su rendimiento. La opresión de la mujer, del negro, del inmigrante tiene que ver, por lo tanto, con una lógica superior, que determina todas las demás: la necesidad del Capital de reproducirse continuamente. El empleo de nuevas tecnologías sirve a los intereses del Capital en esta tarea, y no para aliviar la explotación de la clase trabajadora de conjunto. Los trabajadores no tienen el control sobre su uso, y cuanto más son empleadas, más agravan la falta de control que tienen sobre su propia fuerza de trabajo. Por eso, profundizan la explotación y la división sexual del trabajo.

Es claro que, en este mecanismo, los sectores más discriminados de la clase trabajadora sufren grados especiales de explotación, y el Capital obtiene un lucro extra. Por eso, el Capital no se preocupa por aliviar esta discriminación; si en algunos momentos hace adaptaciones en la tecnología empleada para que sea operada por mujeres, lo hace en el sentido de extraer más lucratividad del Capital fijo, y no por una supuesta búsqueda de igualdad entre la mujer y el hombre. Es lo que ocurre en las Zonas Francas, como la de Manaus, en el norte de Brasil, por ejemplo, que emplea más del 30% de mujeres en el sector de producción, y se asemejan a las zonas francas industriales asiáticas y de México, consideradas como “industrias maquiladoras”. Como en estas otras Zonas Francas, en la de Manaus predominan las actividades intensivas en mano de obra y, como informa la investigadora Edila Ferreira, son extremadamente desgastantes de la agudeza visual y el equilibrio motor. Las industrias emplean fuerza de trabajo joven, abundante, barata y no-especializada, reciben incentivos fiscales que incluyen la exención de impuestos, se instalan en un lugar privilegiado, a 8 km del centro de Manaus, disponiendo de rutas pavimentadas, iluminación pública, sistema de agua y cloacas, teléfono y télex. En fin, toda la infraestructura necesaria para la instalación de la moderna tecnología internacional. El sector privilegiado ahí es el electroelectrónico, con el mayor número de empresas implantadas y cuya mano de obra es 75% femenina. Dentro de la división internacional del trabajo, realizan el montaje final del producto con partes producidas en otros países.

La investigadora Edila Ferreira entrevistó gerentes de empresas de Manaus, y las respuestas de estos gerentes muestran: 1) como el Capital se aprovecha del problema de género para mejor explotar a la mujer como fuerza de trabajo, 2) como la opresión está al servicio de la explotación, y 3) como la opresión no existe en sí misma, separada del modo de producción y de la división social en clases. Veamos algunos de estas declaraciones:

---

<sup>9</sup> Para más informaciones sobre la mujer en el mundo del trabajo, ver Ricardo Antunes, *Os Sentidos do Trabalho*, que dedica un capítulo especial al tema. Boitempo Editorial, São Paulo, 2º ed., 2000.

*Damos preferencia al trabajo femenino por ser la mujer más sumisa y más sometida; es más fácil de someterse a la monotonía del trabajo de montaje que el hombre (gerente de producción de industria electroelectrónica).*

*Ningún hombre se somete a un trabajo monótono y repetitivo como este, de pasar el día entero soldando pequeñas puntas de hilos. Este es un trabajo que sólo la paciencia de las mujeres permite hacer (jefe de personal de industria de televisores).*

*El trabajo es femenino porque es servicio manual. Para la mujer, es más práctico. Ellas se quedan en aquel mismo trabajo. Los hombres tratan luego de volverse operadores (jefe de producción de fábrica de compensados).*

Estos relatos comparan a la mujer y el hombre y muestran que, contradictoriamente a lo que parece, el Capital da preferencia al hombre y no a la mujer como fuerza de trabajo; acepta la mujer porque el hombre está más bajo presión (como dice un gerente: “*si yo tuviese trescientos hombres en vez de mujeres, los problemas serían mucho mayores*”). Pero, sobre todo, lo que aprovecha el Capital es la abundancia de mano de obra disponible. Esta relación es la que determina cómo, cuándo y en qué grado el empleador da preferencia al hombre o a la mujer. Da preferencia a una fuerza de trabajo que sea sumisa, independientemente del sexo. Y eso tiene que ver también con la correlación de fuerzas entre las clases en un determinado momento, que va a determinar si la fuerza de trabajo está dispuesta a aceptar o rechazar el grado de explotación que le imponen. A nuestro modo de ver, ese es el determinante en las relaciones de producción y no las cuestiones relativas a las diferencias sexuales y de género. En momentos de crisis, el Capital apunta a la parte más descalificada de la fuerza de trabajo, porque lo que tiene para ofrecer es un trabajo repetitivo, sin calificación alguna, y precisa bajar el precio de la mano de obra para compensar su retorno. A partir de esta situación concreta surgen los estereotipos de género o se aprovechan los estereotipos ya existentes.

Lo mismo ocurre con relación a la jerarquía salarial. En el ramo de confecciones, por ejemplo, el corte de la tela es la única función dentro de la producción que es desempeñada por hombres, y justificada como una tarea pesada, que necesita de firmeza en los movimientos. El salario puede ser hasta tres veces mayor que el de las mujeres. Como las mujeres sólo pueden alcanzar el máximo de un salario y medio, aquellas consideradas “profesionales”, el cortador puede sobrepasar tres salarios mínimos. Cortar tela siempre fue una tarea históricamente femenina (diríamos, entonces, de género femenino) pero aquí no es desvalorizada por eso. Por el contrario. Pasa a ser atribuida al hombre debido a la carga de responsabilidad que exige, con la cual la mujer, supuestamente, no podría cargar. En las industrias de montaje de televisores de Manaus, el embalaje es una actividad masculina y mejor remunerada (20% más que las otras), no sólo por exigir mayor esfuerzo físico, sino también por ser considerado un trabajo de mayor responsabilidad. En general, los sectores de punta de la economía tienden a absorber fuerza de trabajo masculina, independientemente del género del trabajo, justamente porque se considera a la mujer menos responsable. Es lo que ocurre, por ejemplo, con la industria textil, que tradicionalmente emplea mayoría de mujeres, pero cuando es una rama de producción importante en un país, como en el caso de Venezuela, por ejemplo, emplea mayoría de hombres.

En todos estos casos, el género de la tarea no fue tenido en cuenta para bajar el salario, sino su importancia en la línea de producción. La mujer se queda con las tareas de menor importancia, porque es considerada menos “responsable” y eso sirve para aumentar la explotación del conjunto de los trabajadores, bajando los costos salariales.

La **calificación** es otra **construcción social**, definida de acuerdo con los intereses de la burguesía y no de la clase trabajadora. Recordemos la afirmación de Marx de que el hombre es versátil por naturaleza<sup>10</sup>, y puede aprender y desarrollar una infinidad de tareas. El Capitalismo, además de crear la subdivisión del trabajo, concede premios a especialidades parciales y unilaterales, y produce una camada de trabajadores no-calificados, **elevando la ausencia de calificación a un nuevo tipo de especialidad**. Marx reconocía que una cierta división del trabajo era necesaria en la sociedad industrial, pero no una división en especialidades tan estrecha y permanente que impidiese el desarrollo total del individuo<sup>11</sup>.

La mujer genérica es versátil por naturaleza. Sin embargo, la sociedad de clases la conforma según los intereses del Capital. Ser operadora de máquina, ejercer las tareas más mecánicas y repetitivas, no asumir cargos que exijan decisión y responsabilidad, en fin, ser un trabajador no-calificado: esta es la especialidad de la mujer en el Capitalismo. Y eso se hace en nombre del **género**, para que no abandone las tareas de reproducción de mano de obra en el hogar, de donde el Capital extrae una parte de plusvalía; continúe ocupándose de las tareas domésticas, con las cuales suple las deficiencias del Estado en relación a los servicios públicos, reciba salarios precarios y sirva de mano de obra barata y descartable. Estas tareas, que tienen relación directa con el género femenino, no tienen en él su explicación concreta. Todo eso ocurre porque no existe pleno empleo para todos, y el Capital precisa administrarse. Se aprovecha de esos datos culturales y los profundiza en la dirección que le interesa, para poder disponer de la mano de obra.

## Una llaga del Capitalismo

Como toda cuestión cultural, la desigualdad entre los géneros no es igual en todo el mundo. En los países imperialistas está más atenuada, porque la mujer tuvo más conquistas. Francia acaba de votar una serie de leyes para reducir la desigualdad de oportunidades para la mujer en el mercado de trabajo, e Inglaterra votó la remuneración del trabajo doméstico. Para que estas concesiones fuesen hechas, se profundizó la opresión y la explotación de la mujer en los países dependientes.

Hay más desigualdad de género cuanto más dependiente es el país y más explotada la mujer. Cuanto mayor la explotación, mayor la barbarie, y barbarie significa para la mujer violencia y costumbres religiosas retrógradas. En África, costumbres salvajes, como la mutilación del clítoris, sobreviven sin grandes chances de cambio, incluso con las furiosas campañas feministas de denuncia. En los países musulmanes, como Afganistán, Arabia Saudita o Pakistán, las leyes seculares del Corán están en pleno vigor, y las mujeres son asesinadas a pedradas por sus maridos o hermanos. La espantosa miseria de países como Bangla Desh, por ejemplo, impide a la mujer hasta, incluso, un derecho natural, que es el de ser madre, ya que el hambre la torna impotente para engendrar hijos. En China, con la restauración capitalista, las mujeres, que llegaron a ser las más emancipadas del mundo,

<sup>10</sup> *El Capital*, vol. I.

<sup>11</sup> Idem, ibidem.

sufrieron grandes derrotas. Y hoy, en el campo chino, ocurre el mayor número de suicidios de mujeres por ahorcamiento o envenenamiento del mundo. Con la vuelta del Capitalismo también volvió la costumbre ancestral del secuestro de mujeres para que trabajen como prostitutas. La restauración capitalista es lo que explica la vuelta, en Cuba, de la degradación femenina. La isla volvió a ser, como en los tiempos de Batista, un paraíso para que los turistas extranjeros se diviertan con las prostitutas, en su mayoría jóvenes con diploma universitario que no encuentran empleo. Sólo la lucha de clases explica estos hechos.

El desempleo crónico, que había sido superado en los estados obreros, ahora se agrava cada día en todo el mundo. El empleo es crucial para la emancipación de la mujer, o para trazarse cualquier “política de género”. El trabajo, la oportunidad de disfrutar de un empleo con derechos laborales, un salario digno y otros beneficios, es fundamental para cualquier trabajador, en especial para la mujer. Es la piedra de toque para su independencia y su libertad, para que ella consiga minimizar la opresión, la violencia y la miseria. Basta observar como en Afganistán, tal vez el caso más extremo de atentado a los derechos de la mujer, una de las primeras prohibiciones para ellas por parte del gobierno Talibán fue al trabajo.

El desempleo estructural es un retroceso en la emancipación femenina. Una mujer que trabaja, que puede alcanzar cierta independencia, no es tan fácil de someter como una mujer que permanece recluida en casa, encerrada en el núcleo familiar, sin perspectivas de vida. En los países pobres, una mujer que encuentra un empleo puede aumentar mucho su grado de independencia, de poder decisorio, y tener acceso a la educación y a la formación profesional. La diferencia, simplemente, entre saber leer y escribir o no saber, puede ser decisiva. Desde el punto de vista de la clase trabajadora, una mujer que trabaja es una mujer que puede participar del sindicato y de los movimientos políticos, y puede localizarse en el seno de su clase. Eso significa un logro para la clase trabajadora. Si algo se avanzó en el terreno de los derechos de la mujer, eso se debió en gran parte al hecho de que se incorporaron cada vez más al mercado de trabajo.

En los países dependientes, la entrada de la mujer en el mercado de trabajo no significa mayor igualdad ni mayores derechos. El Capital viene consiguiendo transformar ese paso fundamental de la mujer en dirección a su emancipación en una forma de profundizar su explotación. La mayor parte de las trabajadoras que se incorporan al mercado de trabajo lo hacen en sectores informales, precarios, y son blancos fáciles de la superexplotación del capitalista, acumulando el trabajo doméstico. Las nuevas tecnologías profundizan la división sexual del trabajo. Además de eso, la opresión femenina se torna aún más injusta cuando se recuerda que su trabajo no es accesorio o complementario al del hombre, pero es imprescindible para la economía y la supervivencia de millones de familias. Según la OIT, el trabajo de las mujeres es la principal fuente de ingresos para el 30% de los hogares del mundo. En Europa, el 60% de las trabajadoras aporta la mitad o más de los ingresos del grupo familiar. En India, 60 millones de personas viven en hogares mantenidos únicamente por mujeres. En América Latina, la mitad de toda la producción agrícola sale de manos femeninas.

Por lo tanto, garantizar trabajo para la mujer es una reivindicación fundamental para asegurar la emancipación femenina. El derecho al trabajo remunerado es inalienable no sólo para los hombres, sino también para las mujeres. La autonomía de una persona es

imposible si carece de ingresos propios. Como dice María Jesús Benito<sup>12</sup>, enfrentar el problema por la raíz implica enfrentar el hecho de que obtener un empleo es una necesidad, no un deseo. La crítica al principio de igualdad de oportunidades debe necesariamente ir acompañada de una exigencia: que toda mujer adulta sin empleo remunerado debe ser contabilizada en las estadísticas de desempleados y no declarada como “ama de casa”. Es una forma de encubrir el desempleo femenino, extremadamente alto en todos los países.

No es la desigualdad de género lo que explica eso. Es la desigualdad de clase. La mujer no tiene empleo porque no hay empleo para la clase trabajadora de conjunto. En un sistema basado en la explotación de la clase trabajadora, sus sectores más oprimidos son los más afectados. Los estudios de género ven ahí el problema central. Refiriéndose, por ejemplo, al hambre en África, dicen que, a pesar de que la mujer tiene un papel primordial en la producción agrícola, produciendo el 80% de los alimentos de base, recibe solamente el 10% de los ingresos generados en la agricultura y controla apenas el 1% de la tierra. Se trata, realmente, de una disparidad. Sin embargo, no es una situación que afecta sólo a la mujer y tampoco a África. El hombre trabajador agrícola en África tampoco tiene el control de la tierra ni de sus ingresos. Su situación es, tal vez, un poco mejor que la de la mujer, pero no se puede afirmar que controle la tierra y sus ingresos, y la mujer no. Quien controla toda la tierra es el latifundio, los grandes propietarios. Ese es el enemigo principal de las mujeres y los hombres trabajadores africanos. Si tomamos el caso de los trabajadores agrícolas en Brasil, la situación no es muy diferente de África, y aquí tampoco se puede afirmar que los hombres tengan el control de la tierra y sus ingresos, y la mujer no. La división primordial, decisiva, se da entre clases poseedoras y desposeídas, y no entre hombres y mujeres desposeídos. No puede negarse que haya un desarreglo entre hombres y mujeres de la clase trabajadora, y que la explotación se suma a la opresión, sacrificando aún más a la mujer. Sin embargo, aquí se trata de buscar el camino para la solución de un problema que afecta a ambos, hombres y mujeres trabajadores, y ese camino es el del enfrentamiento con la burguesía, cuyo programa incluye las banderas específicas de la mujer, como legalización del aborto, igual salario por igual trabajo y otras.

Sin embargo, eso no significa que si la burguesía dejase de aprovecharse de estas desigualdades, la situación de la clase trabajadora de conjunto estaría resuelta. ¡Basta recordar que en la sociedad machista, patriarcal y blanca en que vivimos, los hombres no consiguen empleo y mejores condiciones de vida y qué decir de las mujeres, los negros, los homosexuales! Por eso, es un error centrar la política en este aspecto y exigir una “*política de género*”. Estas son reivindicaciones democráticas que surgen de una contradicción estructural de la sociedad: el Capitalismo no avanza más, las fuerzas productivas no se desarrollan y, por eso, no hay espacio para concesiones democráticas. Es el choque de las fuerzas productivas con las relaciones de producción, que sólo puede ser resuelto por la revolución socialista, que liberará las fuerzas productivas para que la sociedad avance y las cuestiones democráticas encuentren un camino de resolución.

Las políticas de género, al no asentarse en la clase trabajadora, tienen que asentarse en alguna cosa. Por eso, están siempre dirigidas a los gobiernos burgueses, a los organismos del imperialismo, ONU y FMI, como hacen las organizaciones que ahora dirigen la *Marcha de las Mujeres 2000*. Tienen siempre al frente una primera dama o una ONG que aportan su “esencia femenina”, su iniciativa personal para salir de los dilemas, el “toquecito femenino” para resolver los conflictos. La política de género pide a la mujer que

---

<sup>12</sup> Organizadora del libro *Aguantando em Tipo. Desigualdad social y discriminación salarial*, publicado en

vote una mujer, no importa cual sea. El objetivo es aumentar la representación femenina en el Parlamento, no derribarlo, ya que no se llama a la mujer trabajadora a votar por mujeres trabajadoras. Es como si no existiesen mujeres burguesas y proletarias, intereses burgueses y proletarios, como si un Parlamento mayoritariamente femenino votase sólo políticas favorables al pueblo.

Lo mismo ocurre en todos los documentos de las mujeres de la CUT, principal central sindical de Brasil, y del PT (Partido de los Trabajadores), donde la palabra **clase** fue literalmente substituida por la palabra **género**. Lo que es un error en todos los frentes, porque cada vez que crece el conflicto, que aumenta la opresión contra la mujer, eso estimula a las mujeres a tomar conciencia de pertenecer a una clase social definida, con intereses y principios opuestos a la clase dominante, y no a tomar conciencia de pertenecer al sexo femenino, o al género femenino. Cada vez que se hace un aborto, la mujer trabajadora se siente violando la ley, una ley que no la beneficia a ella, sino sólo a la mujer burguesa. Cada vez que busca trabajo fijo y sólo encuentra trabajo precario ella, objetivamente se siente identificada con la clase de los desempleados y no a una supuesta conciencia de pertenecer al género femenino. Los golpes contra la mujer la empujan contra el gobierno, contra la injusticia social, contra un modo de vida deshumano. Y no contra los hombres de forma genérica. Por eso es un crimen lo que hacen las activistas que exigen la autonomía de las mujeres porque, en vez de desarrollar la conciencia contra el sistema la desarrollan contra los hombres.

El fin del Capitalismo y de la división de la sociedad de clases con certeza permitirá que la mujer desarrolle plenamente sus potencialidades latentes, ya que tendrá el control de su fuerza de trabajo y su calificación no responderá a otro interés que el suyo y el del conjunto de la humanidad. El fin de la sociedad de clases podrá conformar a la mujer como un ser histórico diferente, participante de la producción social como cualquier trabajador.

Para Alise Rancel, la explicación para la situación de la mujer en el mercado de trabajo pasa por la articulación de la problemática de la división sexual del trabajo con la categoría género. Para nosotros, ninguna explicación es posible si no se articula la problemática de la división sexual del trabajo con la relación entre las clases. Para María de Jesús Izquierdo, la sociedad se estructura en géneros. Para nosotros, marxistas, se estructura en clases sociales, y todos los problemas sociales tienen un carácter de clase, porque se relacionan con la estructura económica de la sociedad.

Y no es un discurso, es lo que la realidad nos está mostrando todos los días. Oposición femenina es desempleo, es prostitución, es degradación, es violencia, es muerte por aborto sin asistencia médica, es tristeza, frustración y dolor. Todo eso tiene un nombre: Capitalismo. En los estados obreros, había sido erradicado y volvió a aparecer con la restauración capitalista.

Por eso, el problema de la mujer trabajadora no es ser mujer, es vivir en un régimen capitalista. Ella no precisa rechazar su feminidad, ni su función de maternidad. No precisa ver en el hombre un adversario. Lo que precisa es reconocer su propia fuerza y unirse – como mujer, con todas sus potencialidades– a su clase para luchar por el fin de la sociedad capitalista. Tenemos que hacer con que, las mujeres que en su día a día, se enfrentan, objetivamente, con las trabas del capitalismo –el hambre, la miseria, el desempleo, la opresión sexual, la humillación- tome conciencia de quien es su real enemigo y se disponga a hacer un llamado a sus compañeros de clase para luchar juntos contra el capital. Ese será el primer paso para que se transforme como ser histórico y pueda construir una sociedad



socialista, en igualdad con el hombre, donde todos los resquicios de opresión sean tirados al basurero de la historia.

## El Marxismo y el Problema de la Emancipación de la Mujer (extractos)

texto de Cecilia Toledo, periodista y militante brasileña del Partido Socialista dos Trabalhadores Unificado (PSTU) del Brasil. Formó parte de la Comisión de Mujeres de la Liga Internacional de los Trabajadores (Cuarta Internacional).

Publicado en 2006 - tomado de Marxists Internet Archive (8 de marzo de 2008 - Día Internacional de la Mujer trabajadora)

Por el número de páginas, el texto se publica en el Foro en dos mensajes.

-- mensaje nº 1 --

Un estudio, aunque sea breve, sobre la manera de como el problema de la opresión de la mujer fue visto en las filas marxistas revolucionarias desde la I Internacional nos lleva a dos constataciones. Primero: que, al contrario de lo que afirman sus detractores, el marxismo, desde el inicio, hace más de 150 años, siempre se preocupó de la cuestión de la mujer y buscó encontrar la política más justa para el problema, en el marco de la división de la sociedad en clases, justamente lo que lo diferencia de las corrientes reformistas y burguesas. Por eso, las corrientes que acusan al marxismo de no preocuparse con la cuestión de la mujer, de verdad, están contra el análisis materialista de la opresión de la mujer, contra la necesidad de un partido marxista y revolucionario para organizar a la clase trabajadora para destruir el capitalismo y acabar con la opresión de la mujer.

La segunda constatación es que la cuestión de la mujer siempre fue polémica dentro del movimiento socialista, con los marxistas enfrentándose a los más diversos matices de reformismo, justamente porque es una de las que más pone en evidencia la división de la sociedad en clases. ¿El problema de la opresión de la mujer es una cuestión de las mujeres o de la clase trabajadora? ¿Hasta qué punto puede ir la unidad entre las mujeres trabajadoras y burguesas? ¿Es posible resolver el problema de la opresión femenina en el capitalismo? ¿La raíz del problema es cultural, una cuestión de género, de opresión sobre un sector de la sociedad, o económica, con fundamento en la división de la sociedad entre productores y poseedores de riqueza? Estas y otras preguntas siempre atravesaron las grandes polémicas que se dieron en las Internacionales y en el movimiento socialista, y la respuesta que cada sector les daba, fuese o no marxista, demostraba, en última instancia, de qué lado de la división de clases estaba.

### El Manifiesto Comunista: primer paso

El Manifiesto Comunista, lanzado en 1848 por Marx y Engels, comenzaba por cuestionar a la familia burguesa. Respondiendo a aquellos que acusaban a los comunistas de querer acabar con la institución familiar burguesa, en la cual a mujer es sometida al papel de un simple instrumento de producción, Marx argumentaba:

«¿En qué se basa la familia actual, la familia burguesa? En el capital, en el lucro privado. La familia plenamente desarrollada sólo existe para la burguesía; pero encuentra su complemento en la supresión forzada de todo vínculo familiar para el proletariado y en la prostitución pública. (...) Las declaraciones burguesas sobre la familia y la educación, sobre los dulces lazos que unen padres e hijos, resultan aún más repugnantes a medida que la gran industria destruye todo vínculo de familia para el proletariado y transforma los niños en simples artículos de comercio, en simples instrumentos de trabajo. (...) Para el burgués, su mujer no pasa de un instrumento de producción. Oyó decir que los instrumentos de producción deben ser de uso común y, naturalmente, no puede llegar a otra conclusión que lo mismo va a ocurrir con las mujeres en el socialismo. No sospecha que se trata justamente de acabar con esa situación de la mujer como simple

instrumento de producción. Nada más grotesco que el horror ultramoralista que la pretendida comunidad oficial de las mujeres, atribuida a los comunistas, inspira en nuestros burgueses. Los comunistas no tienen necesidad de introducir la comunidad de las mujeres: ella prácticamente siempre existió. Nuestros burgueses, no satisfechos con tener a su disposición las mujeres y las hijas de sus obreros, sin hablar de la prostitución oficial, encuentran un placer singular en seducir mutuamente sus esposas. El matrimonio burgués e, en realidad, la comunidad de las esposas. Como máximo se podría acusar a los comunistas de querer sustituir una comunidad de mujeres hipócritamente disimulada, por una comunidad franca y oficial. Es evidente que, con la abolición de las relaciones de producción actuales, la comunidad de las mujeres derivada de ella desaparecerá, o sea, la prostitución oficial y no oficial».

La línea divisoria establecida aquí, y en todos los escritos posteriores de Marx y Engels, sobre el tema de la mujer es la que existe entre el socialismo utópico y el socialismo científico. Los socialistas utópicos pre-marxistas, como Fourier y Owen, también fueron ardorosos defensores de la emancipación de la mujer. Pero su socialismo, así como sus teorías sobre la familia y la mujer, se asentaban sobre principios morales y deseos abstractos, no sobre una comprensión de las leyes de la historia y de la lucha de clases basada en el crecimiento de la capacidad productiva de la humanidad.

El marxismo proporcionó, por primera vez, una base materialista científica no sólo para el socialismo, sino también para la causa de la liberación de la mujer. Expuso las raíces de la opresión de la mujer, su relación con un sistema de producción basado en la propiedad privada y con una sociedad dividida entre una clase poseedora de riquezas y otra productora de riquezas. El marxismo explicó el papel de la familia en la sociedad de clases como un contrato económico, y su función primordial de perpetuar el capitalismo y la opresión de la mujer. Más que eso: apuntó el camino para la liberación de la mujer. Explicó cómo la abolición de la propiedad privada proporcionaría las bases materiales para transferir a la sociedad de conjunto todas las responsabilidades sociales que hoy recaen sobre la familia individual, como el cuidado de los niños, de los ancianos, de los enfermos; la alimentación, el vestuario, la educación. Libres de esas cargas, las mujeres podrán romper con la servidumbre doméstica y cultivar plenamente sus capacidades como miembros creativos y productivos de la sociedad, y no sólo como reproductivos. Libre de la coacción económica sobre la cual reposa, la familia burguesa, como la conocemos hoy, desaparecerá y las relaciones humanas se transformarán en relaciones libres, de personas libres.

Así, el marxismo eliminó el carácter utópico del socialismo y de la lucha por la liberación de la mujer, al demostrar que el propio capitalismo engendra una fuerza, el proletariado, bastante poderosa para destruirlo. Por primera vez, los socialistas podían dejar de soñar con una sociedad nueva y mejor, y comenzar a organizarse para conseguirla.

#### La cuestión de la mujer en la I Internacional (1864)

La Primera Internacional fue fundada por Marx e Engels, en 1864. Respondió a la necesidad práctica de los obreros europeos de organizarse, ya que la burguesía estaba unificando económicamente el continente. Al principio, la I no tenía un programa claramente marxista (agrupaba también a los anarquistas), pero ya en sus primeros pasos fue definiendo su posición con relación a la causa de la emancipación de la mujer. Contra todas las costumbres de la época, la Asociación Internacional de los Trabajadores, como era llamada, eligió una mujer para su Consejo General, la sindicalista inglesa Henrietta Law.

Fue un paso tan importante que Marx relata haber recibido numerosas cartas de mujeres queriendo afiliarse a la Internacional. Tanto que él, personalmente, presentó una moción al Consejo General para que se organizaran secciones especiales de mujeres trabajadoras en las fábricas y zonas industriales de las ciudades donde hubiese grandes concentraciones de trabajadoras, alertando que eso no debía, de forma alguna, interferir en la construcción de secciones mixtas.

Desde 1865 hasta mediados de la década de 1880, el movimiento socialista en Alemania estaba dividido entre los seguidores de Ferdinand Lasalle, y los marxistas, dirigidos por Wilhelm Liebknecht y August Bebel. En 1875, los dos grupos se unieron en un único partido, el SPD (Partido Social-Demócrata Alemán, el mayor partido socialista de la época anterior a la I Guerra Mundial), pero mantuvieron serias divergencias dentro de la organización. La cuestión de la mujer fue una de ellas. Los lasalleanos (seguidores de Ferdinand de Lasalle) se oponían a exigir la igualdad de derechos para la mujer como parte del programa del partido. Opinaban que las mujeres eran criaturas inferiores, cuyo lugar predestinado era el hogar, y la victoria del socialismo, asegurando al marido un salario adecuado para abastecer a toda la familia, las haría regresar a su hábitat natural, ya que no tendrían que trabajar por un salario. Los primeros programas de los socialdemócratas alemanes exigían apenas «plenos derechos políticos para los adultos», dejando ambigua la cuestión de si la mujer era considerada adulta o no.

La ideología de que el «lugar de la mujer es el hogar» tuvo como uno de sus mayores impulsores al pensador francés Proudhon, cuyas ideas repercutieron en los sindicatos y también entre los dirigentes de la I Internacional. Él defendía ardorosamente ideas muy semejantes a las de los padres de la Iglesia, los teólogos que construyeron la teología del catolicismo en la Edad Media. Respetado en los medios políticos, inclusive de izquierda, e intelectuales y obreros de toda Europa, Proudhon defendía que la función de la mujer era la procreación y las tareas domésticas; aquella que trabajaba (fuera de la casa) estaba robando el trabajo del hombre. Él llegó a proponer que el marido tuviese derecho de vida o muerte sobre su mujer, por desobediencia o mal carácter, e demostraba, mediante una relación aritmética, la inferioridad del cerebro femenino sobre el masculino.

El preconceito contra las mujeres envenenó a tal punto al movimiento obrero que, en 1867, los dirigentes de la Internacional Socialista fueron capaces de hacer la siguiente declaración solemne:

«En nombre de la libertad de conciencia, en nombre de la iniciativa individual, en nombre de la libertad de las madres, debemos arrancar de la fábrica que la desmoraliza y la mata, a esa mujer que soñamos libre... La mujer tiene por objetivo esencial el de ser madre de familia, ella debe permanecer en el hogar, el trabajo debe serle prohibido».

Y en 1875, en el Congreso de Gotha, los socialistas alemanes, sensibles a las ideas de Proudhon, se oponen al grupo marxista dirigido por Bebel, que quería inscribir en el programa del partido la igualdad del hombre y de la mujer. El Congreso derrotó a Bebel afirmando que «las mujeres no están preparadas para ejercer sus derechos».

En 1866, Marx presenta a la Internacional Socialista una resolución en favor del trabajo de los niños y de las mujeres, con la condición de que sean reglamentados por ley. Él pensaba que el trabajo no podía separarse de la educación y era benéfico para los seres humanos. En *El Capital*, Marx escribió que:

«Si los efectos inmediatos (del trabajo de los niños y de las mujeres) son terribles y repugnantes, no por eso deja de contribuir al dar a las mujeres, jóvenes e niños de ambos sexos una parte importante, en el proceso de producción, fuera del medio doméstico, en la creación de nuevas bases económicas, necesarias para una forma más elevada de familia y de relación entre los dos sexos».

A pesar de haber sido con otras palabras, lo mismo dice Engels:

«Parece que la emancipación de la mujer, su igualdad de condición con el hombre es, y continúa siendo imposible, mientras la mujer permanezca excluida del trabajo social productivo y debe limitarse al trabajo privado doméstico... La liberación de la mujer tiene como condición primera la incorporación de todo el sexo

en la industria pública» (El Origen de la Familia).

Hasta mediados del siglo XIX, la idea de que la mujer tiene que quedarse en casa permaneció casi inalterada, pero la realidad otra vez se mostró más fuerte: pese a toda la ideología, la mujer trabajaba porque precisaba sobrevivir.

En 1883, August Bebel publicó el libro *La mujer y el socialismo*, que colaboró mucho para transformar la discusión sobre la cuestión de la mujer. A pesar de haber salido un año antes del libro de Engels, *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*, el trabajo de Bebel es básicamente un desarrollo de las ideas de Engels. Explica las raíces profundas de la opresión de la mujer, las formas que adoptó a lo largo de los siglos, del significado históricamente progresivo de la integración de la mujer en la producción industrial y la necesidad de la revolución socialista para abrir el camino para la liberación de la mujer. El libro causó sensación no sólo en Alemania, sino en toda Europa, y ayudó en la formación de varias generaciones de marxistas.

En cuanto al libro de Engels, se volvió un clásico que, hasta hoy, guía las discusiones sobre el origen de la opresión de la mujer. Socialista científico, Engels partió de los descubrimientos históricos hechos hasta entonces sobre el origen de la opresión de la mujer, de la familia y del matrimonio. Los primeros historiadores, entre ellos Bachofen y Morgan, que desarrollaron sus pesquisas en siglo XIX, afirmaron que la mujer no siempre fue oprimida y, en algunas sociedades primitivas, hubo un período en que había matriarcado, el predominio de la mujer en las tribus. Estas afirmaciones fueron tan revolucionarias para la época que provocaron un verdadero escándalo en las sociedades conservadoras y, sobre todo, entre los religiosos. Marx e Engels dieron gran importancia a estos descubrimientos, que incorporaron en sus estudios sobre el surgimiento de la propiedad privada de los medios de producción.

Fue en base a ellas que Engels escribió *El Origen de la Familia, de la Propiedad Privada y del Estado*, publicado en 1884, obra que sirvió de gran impulso para que el movimiento revolucionario pasara a integrar en su seno la lucha por la emancipación de la mujer.

Los descubrimientos hechos por la antropología del siglo XX nos permiten concluir que la monogamia no surgió con la propiedad privada, como creía Engels, sino antes de ella, ya con la explotación. La propiedad privada sólo acentuó, de forma brutal, la opresión de la mujer, y la consolidó. Sin embargo, el gran mérito de Engels fue asociar el surgimiento de la opresión de la mujer con una causa económica y no natural o psíquica. Para él, el surgimiento de la monogamia no fue, de forma alguna, fruto del amor sexual individual, sino pura convención. Fue la primera forma de familia que tuvo por base condiciones sociales y no naturales. Y fue, más que nada, el triunfo de la propiedad individual sobre el comunismo espontáneo primitivo.

Engels definió la abolición del derecho materno como la «gran derrota del sexo femenino».

«El hombre se apoderó también de la dirección de la casa; la mujer fue inferiorizada, dominada, pasó a ser la esclava de su placer e un simple instrumento de reproducción. Esta situación degradada de la mujer, tal como se manifestó sobre todo entre los griegos de los tiempos heroicos, y más aún en los tiempos clásicos, fue gradualmente retocada y disimulada, en ciertos lugares incluso fue revestida de formas más suaves; pero de ninguna forma fue suprimida» (El Origen de la Familia, p.66).

Preponderancia del hombre en la familia y procreación de hijos que sólo podían ser de él y destinados a ser sus herederos. En todo el resto, el matrimonio era una carga, un deber. Engels recuerda que:

«La monogamia fue un gran progreso histórico pero, al mismo tiempo inaugura, juntamente con la esclavitud y la propiedad privada, aquella época que aún dura en nuestros días y en la cual cada progreso es, al mismo tiempo, un retroceso relativo, en que la ventura y el desarrollo de unos se da al costo de la desventura y la

represión de otros. Es la forma celular de la sociedad civilizada, en la cual ya podemos estudiar la naturaleza de las contradicciones y de los antagonismos que se propagan y crecen plenamente en esta sociedad». (El Origen de la Familia, p. 76)

Es cierto que los descubrimientos hechos por la antropología del siglo XX actualizan la obra de Engels y corrigieron ciertas imprecisiones, pero ella continúa siendo la base para el programa marxista con relación a la mujer porque tira por tierra la concepción burguesa de que ella ya nació oprimida, y que la causa de la opresión es su inferioridad natural con relación al hombre. Demuestra que la causa de la opresión de la mujer es fundamentalmente económica y no histórica y, por lo tanto, para acabar con ella es preciso transformar la sociedad.

### La mujer en la II Internacional (1889)

Si la I Internacional significó la conquista de la vanguardia proletaria para el marxismo, la II Internacional llevó millones de trabajadores a sus concepciones. Fue la Internacional más característica de la era reformista, pues fue el período en que más concesiones se arrancaron, como vacaciones, aumentos salariales, legislación social y laboral y otras. Con relación a la cuestión de la mujer, la lucha por derechos democráticos (igualdad política, derecho de afiliación a los partidos y derecho de voto) fue la que más agitó a la II Internacional.

Iniciada en los Estados Unidos, la lucha sufragista fue la primera lucha feminista internacionalista; involucró mujeres de varios países del mundo e incorporó los métodos tradicionales de lucha de la clase trabajadora, como marchas masivas, asambleas, huelgas de hambre y enfrentamientos brutales con la policía, en los cuales muchas activistas fueron presas y asesinadas.

En el campo socialista, la lucha sufragista fue dirigida por la II Internacional, dividida entre los reformistas, que defendían el derecho de voto sólo para los hombres (ellos creían que las mujeres votarían en los partidos católicos reaccionarios) y los marxistas, defensores del voto universal. La dirigente política feminista marxista más importante de la II Internacional, y también de la III, fue Clara Zetkin, miembro del SPD. En el Congreso de Stuttgart, en 1907, ella defendió la posición de los marxistas, que salió vencedora. La II lanzó una campaña internacional por el sufragio femenino, con movilizaciones de masas en diversos países.

El partido más importante de la II Internacional era el SPD que, en 1891, año en que el ala izquierda consiguió aprobar un programa básicamente marxista, pasó a exigir derechos políticos para todos, independientemente del sexo, y la abolición de todas las leyes que discriminaban a mujer.

Después que los lasalleanos dejaron de existir como tendencia dentro del SPD, surgió una nueva corriente reformista dentro del partido, que presionaba por la adaptación al status quo capitalista. Clara Zetkin, del ala izquierda marxista, dirigió el movimiento socialista de la mujer durante todo el período anterior a guerra y combatió, dentro del SPD, por desarrollar una perspectiva revolucionaria sobre la lucha por la emancipación de la mujer. En 1914, cuando la mayoría de la dirección del SPD capituló ante el imperialismo alemán y votó por la defensa de su «propia» burguesía en la I Guerra Mundial, Clara Zetkin fue uno de los pocos dirigentes del partido, junto con Rosa Luxemburgo e Karl Liebknecht, en romper con el SPD y mantener una posición internacionalista revolucionaria.

En la década de 1890, el SPD se concentró, en primer lugar, en la organización sindical de las mujeres, y logró algunas conquistas importantes. En 1896, por propuesta de Clara Zetkin, el partido aprobó una moción para iniciar el desarrollo de organizaciones especiales para una actividad política más amplia entre las mujeres. Además de trabajar por los objetivos generales del partido, se concentraron en banderas feministas, como igualdad política, licencia por maternidad, legislación de protección para la mujer trabajadora,

educación y protección para los niños y educación política para las mujeres.

Hasta 1908, en la mayor parte de Alemania, las mujeres tenían prohibido afiliarse a cualquier grupo político. Para burlar esto, el SPD organizó decenas de «sociedades para la autoeducación de las trabajadoras», organizaciones libres que estaban parcialmente fuera de los límites del partido, pero estrechamente ligadas a él. Desde 1900 en adelante, se organizaron conferencias bianuales de mujeres socialistas para unificar esos grupos e darles una dirección.

Después de 1908, las mujeres pudieron afiliarse legalmente al SPD, y lo hicieron en las organizaciones especiales de mujeres del partido. Pero continuaron manteniendo su propio periódico, Igualdad, dirigido por Clara Zetkin. Este fue uno de los periódicos femeninos más importantes del mundo, cuya circulación superaba los 100 mil ejemplares, hasta 1912.

Sin embargo, a pesar de estos avances, las reivindicaciones de la mujer se volvieron realidad, por primera vez, en Rusia, con la revolución de 1917.

-- fin del mensaje nº 1 --



## El Marxismo y el Problema de la Emancipación de la Mujer (extractos)

texto de Cecilia Toledo, periodista y militante brasileña del Partido Socialista dos Trabalhadores Unificado (PSTU) del Brasil. Formó parte de la Comisión de Mujeres de la Liga Internacional de los Trabajadores (Cuarta Internacional).

Publicado en 2006 - tomado de Marxists Internet Archive (8 de marzo de 2008 - Día Internacional de la Mujer trabajadora)

Por el número de páginas, el texto se publica en el Foro en dos mensajes.

-- mensaje nº 2 y último --

### La Revolución Rusa y la mujer

La revolución socialista en Rusia significó una revolución también en la situación de la mujer en el mundo entero. Por primera vez un país tomaba medidas concretas para alcanzar la igualdad entre hombres e mujeres.

La mujer rusa tomó parte activa en todo el proceso revolucionario, a pesar (y, quién sabe, por eso mismo) de la enorme carga de opresión secular e brutal que pesaba sobre sus hombros, sobre todo entre las mujeres campesinas. Pero la vorágine revolucionaria empujó al frente a la mujer trabajadora rusa que, ya en aquellos años, tenía un papel decisivo en la producción, concentrada en las grandes fábricas.

La historia de la revolución, si bien no siempre es fácil encontrar las citas, está repleta de ejemplos sobre la abnegación, la garra y el coraje demostrados por las obreras rusas en aquellos días terribles y decisivos.

La revolución de febrero de 1917 (antesala de la revolución decisiva de octubre) se inició el Día Internacional de la Mujer, con manifestaciones masivas de mujeres en Petrogrado contra la miseria provocada por la participación de Rusia en la I Guerra Mundial. La guerra había empujado a la mujer rusa al mercado de trabajo y, en 1917, la tercera parte de los obreros industriales de Petrogrado eran mujeres. En las áreas de producción textil de la región industrial del centro, el 50%, o más de la fuerza de trabajo, estaba compuesta por mujeres.

La militancia femenina era disputada palmo a palmo por las diversas tendencias políticas. Tanto los bolcheviques como los mencheviques tenían periódicos especiales para la mujer trabajadora, como el Rabotnitsa, publicado por los bolcheviques y el Golos Rabotnitsy, por los mencheviques. Los llamados social-revolucionarios (SR), que luchaban por una democracia burguesa en Rusia, por su parte, propusieron la creación de una «unión de las organizaciones democráticas de mujeres», que uniría los sindicatos y los partidos bajo la bandera de una república democrática. Fue en aquellos días que surgió la Liga por los Derechos Iguales para la Mujer, exigiendo el derecho de voto para las mujeres, acompañando la batalla que ellas libraban en el mundo entero por sus derechos civiles.

Pero en Rusia, con la revolución socialista, ellas conquistaron mucho más que derechos democráticos. Por primera vez, un país legisló que el salario femenino sería igual al masculino por el mismo trabajo. Tanto que, al finalizar la Segunda Guerra, contrariamente a lo que ocurrió en los países capitalistas, en la URS se conservó la mano de obra femenina y se buscaron los medios para que éstas tuviesen mayor calificación. Había mujeres en todos los sectores de la producción: en las minas, en la construcción civil, en los puertos, en fin, en todas las ramas de la producción industrial e intelectual.

Sin embargo, poco después de la toma del poder por los soviets, la cuestión de la mujer enfrentó el duro embate con la realidad. De hecho, fue la primera vez en la historia que pasó del plano de la discusión para la práctica.

En un país atrasado, como Rusia, con relación a las cuestiones morales e culturales, con una enorme carga de preconcepciones arraigadas hacia siglos, lo que caracteriza, en general, a los países predominantemente campesinos, la cuestión de la emancipación de la mujer asumía, en aquellos momentos difíciles para el joven estado obrero, contornos tan complejos como muchos de los otros aspectos relativos a la transformación hacia el socialismo.

Por eso, Lenin y Trotsky, juntamente con muchas dirigentes mujeres, además de dedicarse a «explicar pacientemente» a las masas, sobre todo a las mujeres, cuales era las tareas generales del movimiento obrero femenino de la República Soviética, no esperaron para tomar las primeras medidas en ese terreno y revertir la situación humillante a la cual estaba sometida la mujer rusa hacia siglos.

Esta tarea tenía dos aspectos fundamentales:

- 1) la abolición de las viejas leyes que colocaban a la mujer en situación de desigualdad con relación al hombre y,
- 2) la liberación de la mujer de las tareas domésticas, que exigía una economía colectiva en la cual ella participase en igualdad de condiciones con el hombre.

Con relación al primer aspecto, desde los primeros meses de su existencia, el Estado Obrero concretó la mudanza más radical en la legislación referente a la mujer. Todas las leyes que colocaban a la mujer en una situación de desigualdad con relación al hombre fueron abolidas. Entre ellas, las referentes al divorcio, a los hijos naturales y la pensión alimenticia. Fueron abolidos también todos los privilegios ligados a la propiedad que se mantenían en provecho del hombre en el derecho familiar. De esta forma, la Rusia Soviética, sólo en los primeros meses de su existencia, hizo más por la emancipación de la mujer que el más avanzado de los países capitalistas en todos los tiempos.

Fueron introducidos decretos estableciendo la protección legal para las mujeres y los niños que trabajaban, el seguro social, igualdad de derechos para las mujeres con relación al matrimonio.

Con la acción política del Zhenotdel, el departamento femenino del Partido Bolchevique, las mujeres conquistaron el derecho al aborto legal y gratuito en los hospitales del Estado. Pero no se incentivaba la práctica del aborto y quien cobraba para practicarlo era punido. La prostitución y su uso eran descritos como «un crimen contra los vínculos de camaradería y solidaridad», pero el Zhenotdel propuso que no hubiese penas legales para ese crimen. Se intentó atacar las causas de la prostitución mejorando las condiciones de vida y trabajo de las mujeres y se dio inicio a una amplia campaña contra los «resquicios de la moral burguesa».

La primera Constitución de la República Soviética, promulgada en julio de 1918, dio a la mujer el derecho de votar y ser electa para cargos públicos. Sin embargo, igualdad ante la ley aún no es igualdad de hecho. Para la plena emancipación de la mujer, para su igualdad efectiva con relación al hombre es necesaria una economía que la libre del trabajo doméstico y en la cual ella participe de forma igualitaria al hombre. La esencia del programa bolchevique para la emancipación de la mujer era su liberación final del trabajo doméstico por medio de la socialización de estas tareas. Lenin insistía en que el papel de la mujer dentro de la familia era a llave de su opresión:

Independientemente de todas las leyes que emancipan a la mujer, ésta continúa siendo una esclava, porque el trabajo doméstico oprime, estrangula, degrada y la reduce a la cocina y al cuidado de los hijos, y ella

desperdicia su fuerza en trabajos improductivos, intrascendentes, que agotan sus nervios e la idiotizan. Por eso, la emancipación de la mujer, el comunismo verdadero, comenzará solamente cuando y donde se inicie una lucha sin cuartel, dirigida por el proletariado, dueño del poder del estado, contra esa naturaleza del trabajo doméstico, o mejor, cuando se inicie su transformación total, en una economía a gran escala (jul.1919).

En las condiciones de Rusia, esta era la parte más difícil de la construcción del socialismo y la que requería más tiempo para ser concretada. El Estado Obrero comenzó por crear instituciones como comedores y guarderías modelo para liberar a la mujer del trabajo doméstico. Y eran justamente las mujeres quienes más se empeñaban en su organización. Estas instituciones, instrumentos de liberación de la mujer de su condición de esclava doméstica, surgían en todas las partes donde era posible, pero incluso así fueron pocas para las necesidades.

Rusia estaba en guerra civil, siendo atacada por sus enemigos, y las mujeres tuvieron que asumir, junto con los hombres, las tareas de la guerra y de defensa del Estado Obrero. Muchas de esas instituciones fueron creadas y funcionaron perfectamente, mostrando su acierto y la necesidad de su expansión y mantenimiento.

Por otro lado, los dirigentes soviéticos, Lenin al frente, llamaban a las mujeres a tomar parte cada vez mayor en la gestión de las empresas públicas y en la administración del Estado, y que también fueran candidatas a delegadas en los soviets. En un discurso de homenaje al Día Internacional de la Mujer, en marzo de 1920, Lenin se dirigió así a las mujeres rusas:

«El capitalismo unió una igualdad puramente formal a la desigualdad económica y, por consecuencia, social. Y una de las manifestaciones más fuertes de esa inconsecuencia es la desigualdad de la mujer y del hombre. Ningún Estado burgués, por más democrático, progresivo y republicano que sea, reconoce la entera igualdad de los derechos del hombre y de la mujer. La República de los Soviets, por el contrario, destruyó de un sólo golpe, sin excepción, todos los trazos jurídicos de la inferioridad de la mujer y también de un sólo golpe le aseguró, por ley, la igualdad más completa». (Obras Escogidas)

Él recuerda que se acostumbra decir que el nivel de un pueblo se caracteriza mejor por la situación jurídica de la mujer. Bajo este punto de vista, sólo la dictadura del proletariado, sólo el Estado socialista, pueden alcanzar y alcanzan el grado más alto de cultura. Sin embargo, esto no es suficiente. El movimiento obrero femenino ruso no se contentó con una igualdad puramente formal y asumió una tarea ardua y larga, porque exige una transformación radical de la técnica social y de las costumbres, y luchar por la igualdad económica y social de la mujer, haciendo que ella participase del trabajo productivo social, libertándola de la esclavitud doméstica, que es siempre improductiva e embrutecedora.

Las resoluciones de la III Internacional sobre la cuestión de la mujer (1919)

La Tercera Internacional surgió al calor de la Revolución Rusa y su programa con relación a la cuestión de la mujer incorporó las experiencias soviéticas. En el libro Recuerdos de Lenin, Clara Zetkin describe las opiniones de Lenin sobre la cuestión de la mujer, expresadas en dos encuentros que ambos tuvieron en Moscú, en 1920. Ella estaba encargada de elaborar la resolución sobre el trabajo entre las mujeres para ser presentada en el Tercer Congreso de la Internacional, en 1921, y fue discutir con Lenin.

En primer lugar, Lenin insistió en que la resolución debería enfatizar «la conexión inquebrantable entre la posición humana y social de la mujer y la propiedad privada de los medios de producción». Para mudar las condiciones de opresión de la mujer en el seno de la familia, los comunistas se deben esforzar por unir el movimiento de la mujer con «la lucha de la clase proletaria y la revolución».

Con relación a las cuestiones organizativas, la polémica que recorría el partido era si las mujeres debían o no organizarse de forma separada. Sobre esto, Lenin recordaba que «Nosotros deducimos nuestras ideas organizativas de nuestras concepciones ideológicas. No queremos organizaciones separadas de mujeres comunistas. Una comunista es miembro del partido tanto como el comunista. Tienen los mismos derechos y deberes. Sin embargo, no debemos cerrar los ojos a los hechos. El partido debe contar con organismos (grupos de trabajo, comisiones, comités, secciones o como se los quiera llamar) con el objetivo específico de despertar a las amplias masas de mujeres...»

Clara Zetkin comentó que muchos miembros del partido la acusaron, por hacer propuestas parecidas, de cometer un desvío socialdemócrata, ya que si los partidos comunistas concedían la igualdad a las mujeres, ellas debían, por eso, desarrollar su trabajo sin diferencias entre los obreros en general. Lenin argumentó que la «pureza de los principios» no puede entrar en choque con las necesidades históricas de la política revolucionaria. Todo ese discurso cae por tierra delante de las necesidades impuestas por la realidad. Interrogándose por qué en ningún lugar hay igual número de hombres y de mujeres en el partido, incluso en la Rusia Soviética, y por que es tan bajo el número de mujeres en los sindicatos, él defendió la necesidad de levantar las reivindicaciones especiales en favor de todas las mujeres, de las obreras y campesinas e, inclusive, de las mujeres de las clases poseedoras, que también sufren en la sociedad burguesa.

Por último, Lenin criticó a las secciones nacionales de la Comintern que adoptaban una actitud pasiva, de esperar y ver, cuando llega el momento de crear un movimiento masivo de mujeres trabajadoras bajo la dirección comunista. Atribuía la debilidad del trabajo sobre la mujer en la Internacional a la persistencia de ideas machistas que llevaban a la subestimación de la importancia vital de construir un movimiento de masas de la mujer. Por eso, creía que la resolución para el Tercer Congreso Mundial de la Comintern era muy importante.

La resolución adoptada en junio de 1921 trataba dos aspectos políticos e organizativos de la orientación da Internacional. Con relación a los aspectos políticos, la «Tesis sobre el trabajo de propaganda entre las mujeres» destaca la necesidad de la revolución socialista para conseguir la liberación de la mujer, y la necesidad de que los partidos comunistas conquistaran el apoyo de las masas de mujeres si querían conducir la revolución socialista a la victoria. Ninguno de los dos objetivos se puede conseguir sin el otro. Si los comunistas fracasan en la tarea de movilizar a las masas de mujeres del lado de la revolución, las fuerzas políticas reaccionarias se esforzarán por organizarlas contra ellos.

Afirma también que «no existen cuestiones femeninas especiales». Con eso no querían decir que no hubiesen problemas que afectasen especialmente a las mujeres o reivindicaciones especiales en torno de las cuales las mujeres pueden ser movilizadas; significa sólo que no existe problema que afecte a la mujer y no sea también una cuestión social más amplia, de interés vital para el movimiento revolucionario, por lo cual tanto los hombres como las mujeres deben luchar. No se dirigía contra la exigencia de levantar reivindicaciones especiales para las mujeres, sino precisamente al contrario, para explicar a los trabajadores y trabajadoras más atrasados que tales reivindicaciones no pueden ser descartadas como «preocupaciones femeninas» sin importancia.

La resolución también condenaba el feminismo burgués, refiriéndose al sector del movimiento feminista que pensaba que se podía alcanzar la liberación de la mujer reformando el sistema capitalista. Exortaba a las mujeres a repudiar esta orientación.

Sobre los aspectos organizativos, explicaba porque no podía existir una organización aparte para las mujeres dentro del partido y, por otro lado, porque debe haber organismos especiales del partido para trabajar entre las mujeres. Volvía obligatorio, casi una condición para ser miembro de la Internacional Comunista, que toda sección organizase una comisión de mujeres, estructura que funcionaría en todos los niveles del partido,

desde la dirección nacional hasta las secciones o células. Instruía a los partidos para garantizar que por lo menos una camarada tuviese la tarea permanente de dirigir ese trabajo a nivel nacional. y creaba una Secretaría Internacional de la mujer para supervisar el trabajo y convocar, cada seis meses, conferencias regulares de representantes de todas las secciones para discutir y coordinar su actividad.

Por último, la resolución trataba dos tipos concretos de acciones que podían ayudar a movilizar a las mujeres en todo el mundo. Incluían manifestaciones y greves, conferencias públicas que involucrasen a las mujeres sin partido, cursos, escuelas de cuadros, envío de miembros del partido a las fábricas donde trabajase un gran número de mujeres, utilización del periódico del partido etc. Los sindicatos y las asociaciones profesionales de mujeres eran señaladas como los terrenos centrales de la actividad. Esta resolución fue aplicada dentro de la Internacional de forma muy desigual, debido a los diferentes niveles de desarrollo de las secciones.

En el Cuarto Congreso, a finales de 1922, se reafirmó la línea esencial de la resolución de 1921. El Congreso llamó la atención sobre el hecho de que algunas secciones, no especificadas, no hubiesen aplicado las decisiones del último congreso. Se mencionó especialmente el trabajo efectivo entre las mujeres hecho por la sección china, que había organizado a las mujeres según la línea marcada por el Tercer Congreso. La Comintern daba mucha importancia al trabajo entre las mujeres más oprimidas de los países coloniales. Las concepciones marxistas sobre la emancipación de la mujer y su papel en la lucha por el socialismo fueron transformadas en tesis y resoluciones durante el Tercer Congreso de la Internacional Comunista, reunido en 1921, antes, por lo tanto, del período estalinista. Este evento, de importancia histórica para el movimiento socialista mundial, trazó un programa y una orientación para el trabajo entre las mujeres que, por su claridad y coherencia con los principios del marxismo, no fueron superados hasta hoy por ninguna otra organización obrera. Por eso, continúan siendo válidos.

En primer lugar, la Internacional Comunista deja bien definida su posición de que la liberación de la mujer de la injusticia secular, de la esclavitud y de la falta de igualdad de la cual es víctima en el capitalismo sólo será posible con la victoria del comunismo.

Lo que el comunismo dará a la mujer, en ningún caso el movimiento feminista burgués podrá darlo. Mientras exista la dominación del capital y de la propiedad privada, la liberación de la mujer no será posible.

La mujer acababa de conquistar el derecho de voto, y la Internacional alertaba que esto, a pesar de ser importante, no suprimía la causa primordial de la servidumbre de la mujer en la familia y en la sociedad y no solucionaba el problema de las relaciones entre los sexos.

La igualdad no formal sino real de la mujer, sólo será posible en un régimen donde la mujer de la clase obrera sea dueña de sus instrumentos de producción y distribución, participando de su administración y teniendo la obligación del trabajo en las mismas condiciones que todos los miembros de la sociedad trabajadora; o sea, esa igualdad sólo es realizable después de la destrucción del sistema capitalista y su substitución por formas económicas comunistas.

Sobre la cuestión de la maternidad, la Internacional no deja dudas también de que sólo en el comunismo esta función natural de la mujer no entrará en conflicto con las obligaciones sociales y no impedirá su trabajo productivo. Sin embargo, aclara que el comunismo es el objetivo último de todo el proletariado, «por eso, la lucha de la mujer y del hombre debe ser dirigida de forma inseparable».

Y, lo más importante, es que la que fue una de las organizaciones internacionales más activas de la causa de los trabajadores confirma los principios fundamentales del marxismo, según los cuales no existen problemas específicamente femeninos y que la mujer obrera tiene que mantenerse junto a su clase, y no unirse a la mujer burguesa.

Toda relación de las obreras con el feminismo burgués y las alianzas de clase debilitan las fuerzas del

proletariado y retardan la revolución social, impidiendo así la realización del comunismo y la liberación de la mujer.

Por fin, la Internacional refuerza el principio de que el comunismo sólo será alcanzado con la unión de todos los explotados y no con la unión de las fuerzas femeninas de las dos clases opuestas. Termina llamando a todas las mujeres trabajadoras a tener una participación activa y directa en las acciones de masas, tanto en el marco nacional como a escala internacional.

Bajo nuevas bases, el mismo combate que se libraba en la I Internacional entre los marxistas revolucionarios y los reformistas de todos los matices, sobre el papel de la mujer en la sociedad, si su lugar predestinado es el hogar o el mundo entero, continúa hasta hoy. Firmes en la defensa de la revolución socialista y la organización de las mujeres trabajadoras y pobres en las filas revolucionarias, al lado de su clase, los marxistas revolucionarios mantienen vivo el combate del movimiento socialista internacional por la liberación de la mujer. En contrapartida, al afirmar que el problema de la mujer es un problema de género, que puede ser resuelto dentro del capitalismo, y que, por eso, las mujeres trabajadoras y pobres deben estar junto con todas las mujeres, apartadas de la lucha de clases, el feminismo reformista retoma lo más atrasado del pasado de la lucha de los trabajadores, de qué el lugar de la mujer es el hogar. Porque, como dice Lenin, la única forma de emancipar a la mujer es emancipar al conjunto de la clase trabajadora por la revolución socialista y la construcción de nuevas bases sociales, sin explotación, sin opresión y con igualdad plena entre hombres y mujeres.

-- fin del mensaje nº 2 -- FINAL del texto --





# LA MUJER y el COMUNISMO

A N T O L O G Í A  
DE LOS GRANDES TEXTOS  
DEL MARXISMO

*PRECEDIDO DE UNA PRESENTACIÓN  
DE JEANNETTE VERMEERSCH  
Y DE UN ESTUDIO DE JEAN FRÉVILLE*

1951  
PARIS

ÉDITIONS SOCIALES  
64, BOULEVARD AUGUSTE-BLANQUI, PARIS



## ÍNDICE

<b><u>PRÓLOGO</u></b> .....	14
<b><u>LA MUJER Y EL COMUNISMO</u></b> .....	16
I- <u>La Oprimida</u> .....	18
II- <u>Marx y Engels</u> .....	26
III- <u>Lenin y Stalin</u> .....	34

### **1ª PARTE: LA EVOLUCIÓN DE LA FAMILIA**

1- <u>El materialismo histórico y la familia</u> .....	42
2- <u>La evolución del matrimonio</u> .....	42
3- <u>La familia sindiásmica</u> .....	43
4- <u>El tránsito del matriarcado al patriarcado</u> .....	44
5- <u>Poligamia y Poliandria</u> .....	45
6- <u>La decadencia de la gens y el nacimiento del Estado</u> .....	45
7- <u>Origen de la familia monogámica</u> .....	46
8- <u>Características de la monogamia</u> .....	47
9- <u>El amor sexual y el matrimonio; de la Antigüedad hasta nuestros días</u> .....	50
10- <u>Las mujeres y la revolución francesa</u> .....	52
11- <u>La historia de la mujer es la historia de su opresión</u> .....	53
12- <u>El futuro de la monogamia</u> .....	54

### **2ª PARTE: EL MARXISMO Y LA LIBERACIÓN DE LA MUJER**

1- <u>La mujer y el comunismo burdo</u> .....	56
2- <u>La emancipación de la mujer y la crítica crítica</u> .....	57
3- <u>La descomposición de la familia burguesa</u> .....	58
4- <u>El régimen comunista y la familia</u> .....	58
5- <u>Los comunistas y la familia</u> .....	59
6- <u>Fourier y la emancipación de la mujer</u> .....	60
7- <u>La familia según el Sr. Dürhing</u> .....	60
8- <u>El matrimonio burgués</u> .....	60
9- <u>La situación jurídica de la mujer y las condiciones de su liberación</u> .....	61
10- <u>La mujer debe poder vivir trabajando</u> .....	63
11- <u>La salvación de la mujer está en la sociedad comunista</u> .....	64
12- <u>La cuestión de la mujer</u> .....	64
13- <u>La cuestión de la mujer debe ser un aspecto de la cuestión social</u> .....	67
14- <u>Feminismo burgués y lucha de clases</u> .....	68
15- <u>La clase obrera y el neo-maltusianismo</u> .....	68
16- <u>Las mujeres en la lucha revolucionaria</u> .....	70
17- <u>La lucha por el derecho a voto</u> .....	70
18- <u>¡No hay democracia sin mujeres</u> .....	71
19- <u>La educación política de la mujer!</u> .....	71
19- <u>El Día Internacional de las mujeres</u> .....	72

### **3ª PARTE: LA MUJER, EL NIÑO Y LA FAMILIA EN EL RÉGIMEN CAPITALISTA**

1- <a href="#">Las encajadoras</a> .....	74
2- <a href="#">Las modistas y las costureras</a> .....	75
3- <a href="#">Las madres arrebatadas a sus hijos</a> .....	76
4- <a href="#">La disolución de la familia</a> .....	77
5- <a href="#">La obrera bajo el yugo del patrón</a> .....	77
6- <a href="#">El capitalismo hace imposible la vida en familia al trabajador</a> .....	78
7- <a href="#">Los niños y las mujeres en las minas</a> .....	79
8- <a href="#">La mortalidad infantil</a> .....	82
9- <a href="#">El sistema de cuadrillas</a> .....	83
10- <a href="#">Los campesinos obligados a vender a sus hijos</a> .....	84
11- <a href="#">El desenfreno</a> .....	85
12- <a href="#">...Y la muerte</a> .....	85
13- <a href="#">Dos hogares de parados</a> .....	85
14- <a href="#">El bautizo en la infamia</a> .....	86
15- <a href="#">La desgracia de ser joven</a> .....	87
16- <a href="#">La explotación de las mujeres casadas</a> .....	87
17- <a href="#">El capitalismo y la familia</a> .....	87
18- <a href="#">Bajo el talón de hierro</a> .....	88
19- <a href="#">Las mujeres contra la guerra</a> .....	89
20- <a href="#">Cómo lucha la burguesía contra la prostitución</a> .....	89
21- <a href="#">El derecho al divorcio</a> .....	90
22- <a href="#">La guerra imperialista y las mujeres</a> .....	91
23- <a href="#">La hipocresía de las clases dirigentes</a> .....	92
24- <a href="#">La mujer en el pueblo</a> .....	92
25- <a href="#">Las condiciones de explotación de la mujer en la sociedad capitalista</a> .....	93

### **4ª PARTE: LA MUJER EN EL PAÍS DE LOS SOVIETS**

1- <a href="#">La mujer y la vida pública</a> .....	96
2- <a href="#">¡Igualdad completa para las mujeres!</a> .....	96
3- <a href="#">El éxito de una revolución depende del grado de participación de las mujeres</a> .....	99
4- <a href="#">La mujer y la revolución</a> .....	100
5- <a href="#">Las tareas de las mujeres en la República de los Soviets</a> .....	101
6- <a href="#">El poder soviético y la situación de la mujer</a> .....	103
7- <a href="#">La conquistas de la Revolución rusa</a> .....	105
8- <a href="#">Lenin y la cuestión sexual</a> .....	106
9- <a href="#">Las mujeres en el koljós</a> .....	112
10- <a href="#">Individualista ayer, koljosiana hoy</a> .....	113
11- <a href="#">Importancia de la actividad de las mujeres en la edificación del socialismo</a> .....	113
12- <a href="#">Heroínas del trabajo socialista</a> .....	113
13- <a href="#">Las mujeres en el movimiento stajanovista</a> .....	114
14- <a href="#">La mujer y la constitución de la U.R.S.S</a> .....	115
15- <a href="#">Las mujeres soviéticas en la guerra de liberación contra el invasor hitleriano</a> .....	116

### **ANEXO**

<a href="#">Lo que Lenin pensaba del amor libre</a> .....	118
---	-----

# **BÚSQUEDA POR AUTOR**

[Textos de Auguste Bebel](#)

[Textos de Karl Marx](#)

[Textos de Friedrich Engels](#)

[Textos de Vladimir Ilich Ulianov, \*Lenin\*](#)

[Textos de Josiph Vissarionovitch, \*Stalin\*](#)

[Textos de Jean Freville](#)

[Textos de Jeannette Vermeersch](#)

[Textos de Jules Guesde](#)

[Textos de Maurice Thorez](#)

[Textos de Paul Lafargue](#)

[Textos de Clara Zetkin](#)

# **PRÓLOGO**

**DE**

**JEANNETTE VERMEERSCH**

Los sabios, los genios, los mejores de entre los mejores amigos de la humanidad, escribieron sobre las mujeres, sobre su vida, su labor, sus sufrimientos, sus combates. Estos hombres se llaman Marx, Engels, Lenin y Stalin.

Anteriormente a ellos, hombres generosos, como Fourier, se indignaban con la condición de la mujer en los diferentes estadios de la humanidad. Pero ellos no pudieron indicar el remedio.

Marx, Engels, Lenin y Stalin no solo han aportado a las trabajadoras, obreras y campesinas, a las madres, su solidaridad, además han buscado las razones de su explotación, de sus sufrimientos, de su esclavitud. Han explicado estas razones. Han buscado y encontrado el remedio.

Desde antes de la guerra, en 1938, Jean Freville había escogido, traducido y presentado, en la colección « Los grandes textos del Marxismo », publicados por las Ediciones Sociales Internacionales, numerosos textos referidos a la vida, a las luchas de las mujeres, a las condiciones de su liberación social, de su independencia.

Desgraciadamente, los hitlerianos y sus cómplices del vichysmo prohibieron, destruyeron o quemaron todo lo que podía golpear al capitalismo, al imperialismo, ya que ellos eran sus representantes más abnegados.

Ahora bien, nunca hemos tenido tanta necesidad de estos textos, que constituyen un arma sólida en las manos de los combatientes por la democracia y la paz.

Tras una segunda guerra mundial espantosa, y en el momento en el que los culpables de la guerra imperialista preparan una guerra que será más espantosa todavía, millones de mujeres se han despertado con esta conciencia de la necesidad de un combate sin tregua contra los responsables de las guerras injustas, que las convierten en esposas sin marido, en madres sin hijos, en novias de cadáveres.

Las mujeres han aprendido por experiencia que las guerras, y también los períodos que preceden a las guerras, significan para ellas, para sus hogares, en los países dirigidos por los imperialistas, el encarecimiento de la vida, el hambre, la miseria, el sufrimiento, la represión. Han aprendido que, por el contrario, allí donde el pueblo está en el poder, el pan está asegurado, la libertad existe para la gran mayoría, las energías se ponen al servicio de la Paz.

Las mujeres no pueden dejar de ver que el mundo está dividido en dos campos, que esta división no es geográfica, que no opone dos bloques de Estados: es mucho más profunda.

Por un lado, las mujeres ven el mundo imperialista, con, a su cabeza, los círculos financieros y militaristas de los Estados Unidos. Los Estados imperialistas, Francia incluida, imponen un yugo cruel no solo a la clase obrera, a los pueblos de sus países, sino también que mantienen en la esclavitud a cientos de millones de hombres y mujeres de los países coloniales y semicoloniales, cuyos territorios conquistaron a punta de bayoneta.

En este campo imperialista, que se compone de un puñado de hombres opuestos a sus pueblos, las trabajadoras, las madres constatan que reina la explotación sinvergüenza del hombre por el hombre, explotación que golpea asimismo a niños de 6 años en los países coloniales.

En este campo están la miseria, el chabolismo, las epidemias, las hambrunas permanentes. Una represión sangrienta se abate sobre los pueblos que se rebelan contra las injusticias y que luchan por sus libertades, por su independencia. La sangre de millones de víctimas enrojece las manos de los imperialistas.

En este campo, está la preparación y desencadenamiento de atroces guerras (1914 y 1939), está hoy la preparación de una guerra todavía más atroz. Está la carrera armamentística, están los pactos de guerra, están los presupuestos de guerra aplastantes que cuestan a los pueblos sudor, lágrimas, una miseria creciente.

Todo ello en vista de una guerra que, si los pueblos no toman precauciones, sería desencadenada contra la vanguardia de las fuerzas del socialismo del mundo, la Unión Soviética, y, por contragolpe, contra todos los pueblos que aspiran a la felicidad en democracia real y en paz.

En el otro campo, se encuentran los cientos de millones de hombres y mujeres que quieren sacudirse el yugo imperialista de la miseria, de la represión y de la guerra. A su cabeza, el país que ha roto el sistema

universal del capitalismo, dando nacimiento a la sociedad socialista, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Este campo de lucha por la supresión de la explotación del hombre por el hombre, ya realizada en la Unión Soviética, por la supresión de la explotación de los niños, de la esclavitud de las mujeres. En este campo, la tierra es de aquél que la trabaja. ¡El camino está abierto a la inteligencia, al saber, en todos los dominios y por el único bien de la humanidad progresista!

Este campo de lucha es por la democracia, por una paz justa y durable.

En el gran combate que opone a dos mil millones de hombres y mujeres del campo democrático al puñado de criminales del campo imperialista, fascista, las mujeres toman un papel hasta ahora desconocido.

¿Cuántas mujeres, heroínas, han muerto por la causa de su pueblo, por la independencia de su país, en el combate contra los culpables de la guerra?

Desde Juana de Arco, heroína de la independencia nacional, a Daniela Casanova, muerta por la causa del pueblo de Francia y por el comunismo, pasando por la maestra Louise Michel, heroica combatiente de la Comuna de París, y Juana Labourbe, ejemplo de internacionalismo proletario, ¿cuántas son las « *Maries de Francia, gratos nombres para los hijos, hermanos, maridos* » que han luchado hasta el sacrificio, por el pueblo, por el país, por la democracia y por la paz?

Y aquellas que más han sufrido, las que más han dado, las mujeres de la Unión Soviética, consideran no ya como un derecho sino como un deber sagrado encontrarse hoy a la cabeza de cientos de millones de mujeres que desarrollan el combate por la Paz.

Las mujeres, en efecto, han comprendido esta verdad subrayada por Jaurés de que la lucha por la Paz es el más duro de los combates.

Para engañar al pueblo, para engañar a las mujeres, para aspirar a este infame objetivo: la guerra que preparan ideológicamente y materialmente, los imperialistas despliegan los mayores esfuerzos.

Quieren sembrar la duda en el seno de las fuerzas de paz. Intentan justificarse por todos los medios.

Dicen y hacen decir: « *Siempre ha habido ricos y pobres, y siempre los habrá* ».

« *El bote de tierra no puede luchar contra el bote de hierro* », queriendo hacer creer, naturalmente, que el imperialismo es el bote de hierro.

« *Siempre ha habido guerras y siempre las habrá* ».

Estos proverbios inventados por ellos son repetidos hasta el infinito.

A eso vienen a unirse las mentiras, las calumnias contra el pueblo en el poder. A entender de los imperialistas, no habría nada peor para el pueblo que gobernarse a sí mismo.

Sus lacayos, los socialistas de derecha y las gentes del Vaticano, van más allá puesto que, para ellos, el imperialismo, el colonialismo siempre vendrán mejor que un gobierno del pueblo. Toman hasta las riendas del gobierno contra el pueblo, cuando se vuelve demasiado difícil para los hombres de derecha dirigir por sí mismos directamente su política reaccionaria.

También, para combatir eficazmente a los culpables de la miseria y las guerras injustas, las mujeres necesitan esclarecer su camino a la luz del marxismo.

Jean Freville ha hecho para nosotras, mujeres trabajadoras, madres de familia, militantes comunistas y de todo el movimiento democrático femenino (¡y también para militantes de otros espacios!) una nueva selección de textos marxistas. Estos textos son poco conocidos, algunos inéditos en francés, otros difíciles si no imposibles de conseguir.

Las militantes encontrarán no solamente la refutación de los argumentos reaccionarios sobre la mujer y la familia en general, sino también los medios de combatir a la reacción imperialista con inteligencia y éxito. Ellas encontrarán igualmente la prueba de que el comunismo es el portador de un humanismo superior, que los comunistas son los defensores reales de la familia, que quieren llevar, lo llevan ya, en la Unión Soviética, en una sexta parte del globo, a una forma superior.

Gracias a Jean Freville y a las Ediciones Sociales por darnos, con ocasión del Día Internacional de la Mujer del 8 de Marzo, nuevas armas para nuestro combate, y una razón más para amar de todo corazón a aquellos que han consagrado sus días y sus noches, su inteligencia, todo lo mejor que tenían, a la felicidad de los pueblos: ¡Marx, Engels, Lenin, Stalin!

JEANNETTE VERMEERSCH

París, 9 de febrero de 1950.

# **LA MUJER Y EL COMUNISMO**

P O R

**JEAN FREVILLE**

¡La mujer envilecida, prostituida, puesta en común! ¡Los hijos arrancados a sus padres! ¡La familia profanada, pervertida, disociada, destruida! Eso es lo que hacen los bolcheviques, clamaban los ideólogos, los políticos, los plumistas de la clase poseedora, mientras que el incendio de Octubre abrazaba el horizonte y sacaba de su noche a los pueblos...

¡Verdugos de la mujer, demoledores de la familia ! ¡Qué argumento soberano para inspirar el horror del comunismo, qué receta infalible para preparar, en nombre de la moral ultrajada, la cruzada imperialista contra la joven República de los obreros y campesinos ! La intervención fracasa, gracias al heroísmo de la Rusia revolucionaria, al genio de los bolcheviques, a la acción del proletariado internacional. Pero la calumnia persiste. No es nueva. Marx la denunciaba ya en el Manifiesto de 1848. Se arrastró en 1871, en el fango de Versalles. Una burguesía plena de imaginación y respiro se le aferra.

Los dignatarios de la Iglesia y de la francmasonería, los realistas y los republicanos burgueses, los puritanos y los fascistas, los defensores de la « persona humana » y los paladines de la « civilización atlántica », de acuerdo en exprimir la mano de obra femenina para esclavizar a la mujer invocando sus pretendidas deficiencias naturales, los mismos que la confinan a su función de reproductora, la encadenan a su limpieza de la casa y le niegan todos los derechos, se compadecen hipócritamente de la mujer soviética y maldicen la revolución proletaria, ¡que la ha situado, por primera vez, en pie de igualdad absoluta con el hombre !

En 1931, cuando la crisis, el paro y la miseria hacían evidentes las contradicciones internas del capitalismo, y que el éxito del primer plan quinquenal demostraba la superioridad del sistema socialista, Paul Van Zeeland, « conservador esclarecido », líder del partido social-cristiano belga, trazaba el siguiente cuadro del « infierno soviético »:

*« No hay vida en familia: la familia está literalmente destruida en las ciudades y lo va a estar en los campos, en la que sean colectivizados. No hay ambición personal: todo hombre que se levanta es hecho sospechoso, todo hombre que logra el éxito en la dirección de una empresa es desplazado. No hay confort, refinamiento de la vida, no hay vida religiosa, ni esperanza en el más allá ».*<sup>1</sup>

¡No hay vida en familia! ¡Como si no sería el capitalismo el que pone a la mujer en la imposibilidad de tener una vida de familia estable y satisfacer su instinto maternal! ¡Como si no sería el capitalismo el que le arranca su marido y sus hijos para la guerra! ¡Como si no sería el capitalismo el que perpetúa la vieja iniquidad bárbara del macho soberano y de la esclava duramente explotada! Pero ¿qué importa? La fábula grosera de las « mujeres soviéticas puestas en común » pertenece también al arsenal ideológico de la nueva Santa Alianza.

Cuando, tras la caída del hitlerismo, los *trust* de los Estados Unidos se pusieron a la cabeza de la cruzada antisoviética y que la propaganda de Wall Street sucediera a Goebbels, el Comité de actividades no americanas de la Cámara de representantes publica un catecismo anticomunista. Se puede leer que:

ART 2.- *¿Cual era la concepción de Marx sobre el mundo comunista?*

*Era que el mundo tal que nosotros lo conocemos debía de ser destruido -religión, familia, leyes, derecho: todo. Y que toda persona que se opusiera debía de ser destruida también.*

Mientras que « *los que creen en América y en Dios* », para retomar la frase del Cardenal Spellman, reducen el marxismo a esta caricatura, anarquistas, trotskistas, existencialistas acusan a los dirigentes soviéticos de haber restablecido las obligaciones patriarcales, la dominación del hombre sobre la mujer.

---

<sup>1</sup> Van Zeeland: *Reflexiones sobre el plan quinquenal*, pág. 95, Editions de la Revue générale. Bruselas, 1931.

Así, ¡los bolcheviques están condenados a los demonios por haber suprimido la familia y por haberla mantenido a la vez! Los matachines del comunismo, que hacen leña de todo árbol, no se molestan con estas contradicciones. ¿No se trata de tocar diversos medios? ¿No hay que aterrorizar a las clases medias y, al mismo tiempo, convencer a las masas, impacientes por romper su yugo, de que la realidad soviética no difiere de la realidad capitalista?

Estos irrisorios anatemas, estas chochees sobre la « quiebra del comunismo »<sup>2</sup> no impiden a los pueblos todavía esclavizados luchar por una sociedad en la que, como en la U.R.S.S, la mujer sea liberada y promovida a la dignidad del trabajo creador.

Puesto que la verdad, que intentan disimular o travestir en vano los profesionales del antisovietismo, bajo los eslóganes más caducos o bajo atavías remendados, se resume en estas palabras: Ha sido necesaria la Revolución proletaria para poner fin a la esclavitud de la mujer.

En todas las sociedades que se basan en la explotación, la mujer está humillada, ridiculizada, pisoteada. El macho le ordena: « ¡Procura placer! ¡Trae niños al mundo! ¡Prepara la sopa! »

*Man was made for God*

*And Woman was made for man...*<sup>3</sup>

« *El hombre se hizo para Dios y la mujer se hizo para el hombre* », escribe Milton. Bossuet recuerda a las mujeres « *que provienen de un hueso sobrenumerario en el que no había más belleza que la que Dios quiso poner* ». Vigny habla de una lucha eterna « *entre la bondad del Hombre y la astucia de la Mujer* ». Proudhon decreta: « *la Mujer es la desolación del justo* ». Amiel aconseja « *honorarla y gobernarla* ». Schopenhauer la define: « *un animal con cabellos largos e ideas cortas* ». Nietzsche ve en ella « *el descanso del guerrero* »...

Tal ha sido la filosofía del viejo mundo.

Pero el proletariado revolucionario se inscribe sobre estas banderas:

**« Igualdad social de la mujer y del hombre ante la ley y en la vida práctica. Transformación radical del derecho conyugal y del código de la familia. Reconocimiento de la maternidad como función social. Adopción por la sociedad de los cuidados y de la educación a dar a los niños y adolescentes. Lucha sistemática contra las ideologías y las tradiciones que hacen de la mujer una esclava ».**

Tales son los principios de los nuevos tiempos. Se realizan en la vida y en los hábitos allá donde los pueblos se han puesto en marcha hacia el comunismo

---

<sup>2</sup> El “hormiguero comunista”, la teoría del amor “que no es más que un vaso de agua para engullir cuando se tiene sed” han fracasado junto a muchos otros accesorios de la ética comunista. Pero sólo cuando los fundamentos de esta ética sean formalmente desaprobados podrá renacer verdaderamente la familia” (Helene Isvolsky, *Esprit*, 1 de junio de 1936). La autora de estas líneas no hace más que manifestar su ignorancia completa de los “fundamentos de la ética comunista”. Marx, Engels, Lenin, Stalin siempre han combatido lo que Lenin llamaba la “teoría del vaso de agua”.

<sup>3</sup> Milton: *El paraíso perdido*.



- I -

## **LA OPRIMIDA**

La familia no constituye una formación social inmutable. Se ha modificado en el curso de los tiempos. Esta evolución está determinada, en última instancia, por el factor económico.

La esclavitud de la mujer coincide con ese período de la prehistoria en el que la familia se opone a la tribu, en el que se desarrolla la propiedad privada, en la que la sociedad se divide en clases y, en el que de la necesidad de controlar los antagonismos de clase, va a nacer el Estado.

En los períodos remotos de la prehistoria, el hombre se dedica a la caza y la pesca, la mujer se preocupa de alimentar su progenitura, de protegerla de las fieras, del frío, la intemperie; recolecta y prepara las hierbas, cura enfermedades y heridas, aprovisiona a las bestias, vela por las reservas, se preocupa por el futuro,... Actividades indispensables y múltiples, que dan a la mujer, llamada a mantener la especie, una ventaja respecto al hombre. Es ella la que cría a los hijos, toma las iniciativas, fija los tabúes, descifra y posee los secretos de la naturaleza: es venerada y temida. El hombre aprecia sus cualidades, se somete a sus sugerencias: social e intelectualmente, ella es, al menos, su igual.

La mujer entra también en la mitología y la leyenda con cualidades y atributos que le eran propios en las edades primitivas. Las divinidades tutelarias que representan la generación y la fecundidad, como Cibeles y Ceres, o la inteligencia, como Minerva, las sibilas que leen el futuro, las hadas y las brujas, dotadas de un poder sobrenatural, las Madres misteriosas del segundo *Fausto* de Goethe, son mujeres.

Encantadora, echadora de maldiciones, iniciada, mensajera de lo impenetrable, dispensadora de lo maravilloso, la mujer encarna los poderes del más allá, lo desconocido, las fuerzas mágicas y ocultas.

En la época del matriarcado, las mujeres ejercían una autoridad preponderante: la filiación era contada en línea femenina y los hijos pertenecían a la tribu de la mujer. Los escritores de la Antigua Grecia relatan la existencia, en el caso de ciertas tribus escitas, de « comunas dirigidas por las mujeres »: ahí estaban los vestigios del matriarcado.

El descubrimiento del cobre, del bronce y del hierro, la fabricación de armas y útiles de metal, convertida la guerra en fuente principal de subsistencia y beneficio, supondrán el triunfo del macho, conmocionarán la antigua división del trabajo, relegarán a segundo plano los trabajos domésticos de la mujer. Con la extensión de la propiedad privada, la acumulación de riquezas en el seno de la familia, el deseo creciente de un enriquecimiento continuo, se plantea el problema de la transmisión de los bienes. Poseedor de armas y útiles, de tropas y esclavos, el padre quiere que sus hijos lo hereden. Ahora bien, bajo el régimen del matriarcado, los bienes del padre no iban a parar a sus descendientes, que continuaban formando parte de la tribu materna, sino a sus hermanos y hermanas. El hombre se esfuerza en quitar a la mujer su hegemonía: durante siglos, combate por asegurarse la primacía. Los relatos de luchas sostenidas por las amazonas parecen referirse a la resistencia armada que las mujeres, en estos tiempos remotos, opusieron en algunos casos a las pretensiones de los hombres. Pero estos, que deseaban que su posición social respondiera todavía a su rol económico, acabaron por imponerse.

La filiación femenina y el derecho hereditario materno fueron abolidos. El casamiento múltiple o temporal fue reemplazado por el casamiento monogámico, que solo el hombre podía romper. Al matriarcado le sustituye la familia patriarcal, fundada sobre la dominación del hombre, que quiere hijos de una paternidad indiscutible, para así poder legarle sus bienes. Esta fue la « *gran derrota histórica del sexo femenino* ».<sup>4</sup>

*« La monogamia entra en escena como la esclavización de un sexo por el otro, como la proclamación de un conflicto entre los sexos, desconocido hasta entonces en toda la prehistoria... El primer antagonismo de clases que apareció en la historia coincide con el desarrollo del antagonismo entre el hombre y la mujer en la monogamia, y la primera opresión de clases, con la del sexo femenino por el sexo*

---

<sup>4</sup> F. Engels: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*.

*masculino. La monogamia fue un gran progreso histórico, pero, al mismo tiempo, junto a la esclavitud y la propiedad privada, inaugura la época que dura hasta nuestros días, en la que cada paso adelante es al mismo tiempo un paso atrás relativo, en la cual el bienestar y el progreso de los unos se alcanzan a expensas del dolor y la frustración de los otros.”<sup>5</sup>*

A partir de ahí, queda establecida la supremacía del hombre. Considera a la mujer como un instrumento de trabajo y procreación. Del patrimonio de su padre, pasa al patrimonio de su marido, es cambiada por bestias o armas, su infidelidad es castigada con la muerte, puesto que con ella se deja planear una duda sobre la legitimidad de su descendencia.

Después, la mujer no ha dejado de sufrir, a través de los regímenes esclavista, feudal, capitalista, una doble opresión: opresión en el seno de la sociedad, opresión en el seno de la familia.

Las religiones y legislaciones primitivas sancionaron esta subordinación de la mujer, condenada a la perpetuación de la especie. Tanto la ley de Manu, como el libro de Moisés, ordenan dejar a la esposa sin descendencia. Los textos sagrados de la India privan a la mujer de bienes y libertad. Los pueblos de Oriente la desprecian. « *He encontrado la mujer más amarga que la muerte* », dice el Eclesiasta. Los griegos, cuya civilización brilla tanto, no la trataban mejor. El padre y el tutor pueden imponerle un esposo de su selección. El esposo tiene la capacidad de intercambiarla o regalarla. Si ella se vuelve estéril, no repudiarla es un crimen contra los dioses. Mientras que el hombre se consagra a sus deberes cívicos, ella vive en un retiro absoluto, sin contacto con el mundo exterior.

Buscaríamos en vano, en el caso de los pensadores griegos, muestras de revuelta contra esta opresión de la mujer. Apenas algunos de ellos la tratan como compañera cuya opinión convendría conocer. Diógenes Laerte quería que no hubiera « *otra condición a la unión de los sexos que el consentimiento recíproco* ». Pero la mayor parte de los filósofos y escritores griegos son misóginos. Pitágoras distingue « *un príncipe bueno que ha creado el orden, la luz, y al hombre, y un príncipe malo que ha creado el caos, las tinieblas y a la mujer* ». Hipócrates declara: « *La mujer está al servicio del vientre* ». Hesiodo, Arquíloco e Hiponauses la denigran; Aristófanes y Menandro la colman de sarcasmos; Pericles la confina en el gineceo; Demóstenes dice que toma una esposa para tener hijos legítimos, concubinas para estar bien cuidado y cortesanas para los placeres del amor.

La antigüedad, que desprecia a la mujer, no conoció demasiado el sentimiento del amor.

Ni Platón ni Aristóteles, para quien « *la hembra es hembra en virtud de cierta falta de cualidades* », no piensan en sacar a la mujer de su condición subalterna, en volverla igual al hombre. La comunidad de mujeres y niños, expuesta por Platón en su *República*, es la consecuencia y la condición de un comunismo impuesto a los guerreros en solitario. Estos, los más fuertes y más bravos, no deben poseer nada propio. A la selección de guerreros corresponde la selección de mujeres que les son destinadas. Los « *casamientos más ventajosos para el Estado serán los más santos* »<sup>6</sup>; los magistrados pondrán en relación « *los sujetos de élite de uno y otro sexo* », con el fin de que los hijos que vayan a nacer sean vigorosos. En la ciudad ideal de Platón se afirma la primacía de la especie sobre el individuo, que no es libre de amar ni de escoger a su agrado.<sup>7</sup>

En medida que la condición del sexo femenino decae, aumenta la prostitución, herencia de las antiguas relaciones sexuales y complemento de la boda monogámica. La hetaira griega, escapando a la boda, se sustrae a la reclusión. Su vida intelectual y sentimental no es disimulada. La hetaira sirve de modelo para pintores y escultores, inspira a los poetas, ella misma cultiva las artes, conoce a los hombres célebres. Prínea posa para Praxíteles, Aspasia es la amiga de Pericles, Dánae la de Epicuro, Archeanasa de Platón,...

El derecho romano primitivo no reconoce voluntad propia a la mujer: la somete a la tutela de su padre. De la ley de las XII Tablas hasta Marco Aurelio, el derecho civil evolucionó en un sentido favorable a la mujer. La boda con *manu* daba al esposo un poder discrecional sobre su persona y bienes: la boda *sine manu* limita este poder a su persona, y este poder es el mismo neutralizado por la autoridad que el *paterfamilias* mantiene sobre su hija. Poco a poco, el legislador restringe los derechos del marido y del padre, abole la tutela, permite a la mujer heredar y testar. Pero si la romana llega a disponer de su fortuna, es

---

<sup>5</sup> F. Engels, *ibidem*

<sup>6</sup> Platón, *La República*.

<sup>7</sup> Campanella, en *La Ciudad del Sol* (1623), invoca el mismo principio. “*La reproducción de la especie, interesa a la república y no a los particulares*”. También preconiza “*las uniones de genitores y genitoras más distinguidos*”.

para disfrutarla. En ningún momento ha luchado para adquirir derechos políticos. Hubo, en la historia de Roma, guerras de esclavos, pero no hubo movimiento feminista, y no podía haberlo. Las sociedades antiguas no se plantearon un problema que hubieran sido incapaces de resolver.

El cristianismo naciente aporta a las mujeres y a los esclavos una inmensa esperanza de liberación, pronto decepcionada. Para la nueva fe, las mujeres afrontan en masa el martirio. Pero desde que el cristianismo, de religión de los pobres y oprimidos, deviene religión de Estado, degrada a la mujer. ¿No había dicho San Pablo que « *el hombre no ha sido creado para la mujer, sino la mujer para el hombre* »?

Los doctores y Padres de la Iglesia la tratan como enemiga, ven en ella la eterna tentación, la invitación al fornicio, la trampa del mal,... “*Mujer*, escribe Tertuliano, *tu eres la puerta del diablo... ¡Tu deberías ir vestida siempre de luto y harapos!*”. San Juan Crisóstomo la fustiga: « *Entre todas las bestias salvajes, no hay ninguna tan perjudicial como la mujer* ». La subordinación de la mujer al hombre es el principio una constante del canon correcto. « *La mujer*, escribe Santo Tomás de Aquino, *está destinada a vivir bajo la influencia del hombre y no tiene por sí misma ninguna autoridad* ». El celibato impuesto a los sacerdotes refuerza el descrédito lanzado sobre las relaciones naturales entre los sexos, y subraya, pese al culto ofrecido a la Virgen, el carácter peligroso y sospechoso de la mujer. La repulsa a la mujer, el odio al pecado de la carne, incitaron más tarde al Papa Pío IX a proclamar, en 1854, el dogma de la Inmaculada Concepción. El matrimonio es incompatible con la perfección cristiana. ¿Qué representa? « *La unión de las almas* ». La Iglesia destierra la atracción física. El amor no tiene sitio en lo más importante, lo más solemne, en lo más íntimo de todos los pactos sellados entre dos seres humanos. Pero la prostitución es aceptada como un mal necesario. « *Las prostitutas*, leemos en *La Suma* de Santo Tomás, *están en una ciudad que es la cloaca de un palacio: suprimid la cloaca, y el palacio será un sitio sucio e infecto* ».

En la Edad Media, la mujer es considerada la propiedad del hombre. Incorporada al feudo, depende del señor: éste, escogiéndole un esposo, dispone de la mujer y del dominio. El caballero puede maltratar a su esposa, pegarla, « *castigarla razonablemente* », regalarla, legarla por testamento, repudiarla y, hasta el siglo XIII, venderla. Casada, está obligada a una fidelidad unilateral: el marido, cuando está ausente, la encierra bajo llave en un cinturón de castidad. Viuda, ella debe aceptar un nuevo amo. Desde la edad de siete años, el hijo de sexo masculino, escapa a la autoridad materna; si su padre muere, puede declararse mayor de edad y ser tutor de su propia madre.

Así vive la mujer en el seno de la clase dominante. En cuanto a la mujer del siervo, sometida al *jus primae noctis*, es una bestia de carga, miserable, ignorante, reventada por la sociedad feudal.

En la barbarie de la época florecen los focos del amor cortés. Nobles damas, apasionadas de la literatura y de la belleza, atraen en torno a ellas a poetas, oponiendo a la brutalidad conyugal las dulzuras del buen decir y las inclinaciones del corazón, rinden cuentas sobre las cuestiones de galantería de los arrestos motivados, en los tribunales llamados cortes de amor.

“*El amor, en el sentido moderno de la palabra, sólo se presentaba en la Antigüedad fuera de la sociedad oficial... La Edad Media arranca del punto en que se detuvo la Antigüedad, con su amor sexual en embrión, es decir, arranca del adulterio.*”<sup>8</sup>

El Renacimiento no modifica la condición jurídica de la mujer, pero aporta cambios considerables en las costumbres.

Las nuevas aspiraciones, el espíritu de investigación y de libre examen, los inventos y descubrimientos, el empuje individualista, el humanismo golpean las costumbres feudales y la escolástica. La mujer adquiere cierta independencia, toma parte en la vida intelectual, encuentra defensores. Erasmo denuncia la tiranía de los hombres « *que tratan a las mujeres como juguetes, hacen de ellas sus lavanderas y cocineras* ». Soberanas y *condottiers*, poetisas y músicas, sabias, letradas, cortesanas se liberan de la moral corriente; pero, aún así, siguen siendo casos aislados.

Mientras que la burguesía ascendente en los siglos XVII y XVIII, preconiza la austeridad, las virtudes familiares, la discreción de la mujer, en la Corte y en los salones, el sexo bello triunfa. Sin ambicionar nada más que la gloria de aparentar, y los éxitos mundanos, brillante, superficial, frívola, reducida a la habilidad, a la intriga, a las aventuras amorosas, la mujer de la clase dominante se corrompe en la ociosidad, el goce, el desprecio de la maternidad, la miseria moral.

---

<sup>8</sup> F. Engels; *Ibidem*

En la Edad Media, la mujer del pueblo, que es aplastada por la sociedad, debe contentarse con un salario extremadamente bajo. Las corporaciones se oponen al trabajo femenino, se esfuerzan por suprimir una competencia peligrosa, que juzgan desleal. Algunas de entre ellas obligan a las mujeres a afiliarse, prohibiéndoles aún así el acceso a la maestría. Otras les cierran las puertas, alegando el carácter tan penoso de sus tareas. Resulta que las mujeres, excluidas de las corporaciones, son sometidas a las duras condiciones y salarios bajos del trabajo a domicilio. La revolución industrial del siglo XVIII hace entrar en la producción un número creciente de mujeres; pero, al mismo tiempo, las nuevas máquinas suprimen los trabajos manuales, que les eran reservados, tales como la hilatura y la industria textil, que hacen la competencia más dura y el paro más frecuente, bajan el precio de la mano de obra femenina.

La Revolución francesa abolió en 1790 el derecho de primogenitura. Autoriza el divorcio en 1792 pero se niega a seguir a Condorcet, que había reivindicado en 1789 los derechos cívicos para la mujer.

Sin embargo, las mujeres del pueblo habían jugado un papel decisivo en el curso de los grandes días en los que se decidió la suerte de la revolución. Estas fueron las obreras de los arrabales, los mercados de Los Halles, quienes, el 5 y el 6 de octubre de 1789, forzaron las puertas del Hotel de Ville reclamando pan, tras lo cual marcharon sobre Versalles en número de 8000, con Theroigne de Mericourt, la *Amazona de la Libertad* en cabeza: conducen a Tuileries al “*boulanger, la boulangère et le petit mitron*” \*.<sup>9</sup> También se puede decir, de acuerdo con Michelet, que si los hombres tomaron la Bastilla, fueron las mujeres quienes se encargaron de la realeza.

Cuando aparece la Declaración de los Derechos del Hombre, Olimpia de Gouges, una de las fundadoras del movimiento feminista, publica una Declaración de los Derechos de la Mujer:

*“La mujer nace libre y permanece igual al hombre en derechos... El principio de toda soberanía reside esencialmente en la nación, que no es más que la unión de la mujer y el hombre...Todas las ciudadanas y todos los ciudadanos, iguales ante la ley, deben ser igualmente admisibles en todas las dignidades, lugares y empleos públicos, según sus capacidades y sin más distinciones que las de sus virtudes y talentos... Si la mujer tiene derecho a subir al cadalso, debe tener igualmente el de subir a la tribuna... ¡Mujeres, despertaos!”*

Pero las dirigentes de las primeras organizaciones de mujeres – Olimpia de Gouges, Rosa Lacombe – perecieron bajo el filo de la guillotina, y la Convención decidió disolver y prohibir todas las asociaciones femeninas.

Mientras que la supresión de los enclaves feudales permite al capitalismo explotar la mano de obra « libre » y bajar los salarios recurriendo al trabajo de las mujeres y los niños, el Estado burgués fija el estatus de la familia, pilar del régimen.

El Código civil de Napoleón pone a la mujer casada bajo tutela. Se inspira en el derecho romano y en el antiguo derecho francés (Pothier afirma que la preponderancia del marido y la sujeción de la mujer son de « *derecho natural* »). Napoleón estima que la mujer es propiedad del hombre a quien ella le da hijos, como un peral da a su propietario peras. Ante el Consejo de Estado, declara que “*La naturaleza ha hecho de nuestras mujeres nuestras esclavas. El marido tiene derecho de decir a su mujer: ¡Señora, usted no saldrá! ¡Señora, usted no irá a la Comedia! ¡Señora, usted no verá a tal o cual persona!, es decir; ¡Señora, usted me pertenece en cuerpo y alma!*”

El poder marital se ejerce sobre la persona de la esposa y sobre sus bienes. « *El marido debe protección a su mujer, la mujer obediencia a su marido* » (art. 213 del Código civil). La incapacidad de la mujer casada se expresa con la prohibición de testar, heredar, invertir dinero, comprar, vender, viajar, adoptar un oficio o un negocio sin la autorización del marido. El adulterio de la mujer puede acarrear una pena de reclusión. Las mujeres son excluidas de los derechos políticos. Gran número de funciones y carreras le son negadas. La búsqueda de la paternidad llega a estar prohibida. La madre soltera y su hijo natural son marginados de la sociedad.

El capitalismo del siglo XIX se desarrolla sobre las bases de la familia, tal y como la consagró el Código de 1804. El padre cobra y autoriza; la mujer asegura el linaje; el hijo hereda y sucede; la hija se alía; la virginidad forma parte de su capital y garantiza su fidelidad posterior. La maternidad fuera del matrimonio es una carga, casi un delito.

---

<sup>9</sup> \* « *El panadero, la panadera y el pequeño aprendiz* ». Expresión en francés de la época para referirse al rey, la reina y el heredero al trono



Célula exclusiva y antisocial, destinada esencialmente a la custodia y transmisión del patrimonio, la familia burguesa está caracterizada por el egoísmo, la mentira, la hipocresía, la guerra contra el resto de familias del exterior, la limitación de nacimientos en su mismo seno.

Balzac, con la perspicacia de un genio, no sólo describió sus vicios, sino que también previó las consecuencias sociales:

*“Hoy, las familias ricas están entre el peligro de arruinar a sus hijos si tienen demasiados o el de extinguirse si se limitan a tener uno o dos; un singular efecto del Código Civil, en el que no pensó Napoleón”.*<sup>10</sup>

Para la burguesía, la mujer es el sonajero, el bien del hombre.

*“El destino de la mujer y su única gloria son hacer latir los corazones de los hombres... La mujer es una propiedad que se adquiere por contrato; es un mobiliario, puesto que la posesión necesita de un título; en resumen, la mujer no es, propiamente hablando, más que un anexo del hombre”.*<sup>11</sup>

Molière, en nombre del buen sentido, se burló de las *Preciosas ridículas* y las *Mujeres sabias*, desprovistas de virtudes sólidas y conocimientos prácticos, propios de la clase ascendente. Se burló del burgués enriquecido y vanidoso, encaprichado con las condecoraciones y plumas del caballero. Consideraba como méritos las desgracias de George Dandin: ¡un burgués debe permanecer fiel a los suyos!

Balzac, bajo la Monarquía de Julio, asiste a la llegada al trono de la sociedad burguesa, al triunfo de los banqueros y del dinero que todo lo domina y todo lo procura -placeres, poder, partículas. El matrimonio, este acto por el cual la mujer y el hombre disponen de sí mismos, se convierte en un mercado; y como una unión en la que el amor está ausente peligra con conducir a la mujer al adulterio, el marido la limitará a los trabajos del hogar, la vigilará, la embridará, se opondrá al desarrollo de su personalidad.

*“El matrimonio no podría tener como base la pasión, ni tampoco el amor...El viático del matrimonio está en estas palabras: resignación y abnegación”.*<sup>12</sup>

¿Qué ha hecho la burguesía con sus antiguas virtudes? No reconoce más que un mérito: ¡ser rico! El matrimonio es « un medio de fortuna ». La nobleza arruinada del arrabal de Saint Germain se lanza « a la caza de herederos », con tal de volver a dorar sus coronas de conde o marqués; el burgués acomodado, deslumbrado por los blasones de la clase que acaba de abatir, compra a su hija un marido con título. Los héroes de Balzac, arribistas desenfrenados, -Marsay, Rastignac, Rubempré, Máximo de Trailles- se hacen mantener por las mujeres. En la mediocridad de las pequeñas ciudades de provincia, los jóvenes sin posición se desesperan: « ¡ay! si alguna mujer rica quisiera de mí... ».

¿De qué valen la inteligencia, la belleza, las cualidades morales? ¡Caídas en saco roto! A través de la explotación desvergonzada, el robo legal, la tiranía de los ricos, la corrupción de la moralidad, el desencadenamiento de ambiciones sin escrúpulos, la venalidad general, se perpetúan las viejas injusticias y, entre ellas, la más vieja de todas: la esclavitud de la mujer.

\*

\*

\*

Una profunda decepción siguió al nacimiento de la nueva sociedad que los filósofos del siglo de las luces esperaban basar en la razón. Este desencantamiento se expresa en la literatura por medio del romanticismo y, en el pensamiento social, por lo que más tarde se conoció como el socialismo utópico.

Saint-Simón y Fourier en Francia, Owen en Inglaterra, retoman y profundizan las críticas de los materialistas del siglo precedente. Condenan esta caótica sociedad, ciega y feroz, en la que la dominación de una clase ha sido sustituida por la de otra, en la que el capitalismo progresa por medio de los antagonismos sociales y la anarquía de la producción, en la que crece la miseria del pueblo, en la que cada uno lucha contra todos, en la que persiste la vieja esclavitud de la mujer.

---

<sup>10</sup> Balzac: *La falsa amante*.

<sup>11</sup> Balzac: *La psicología del matrimonio*.

<sup>12</sup> Balzac: *Memorias de dos jóvenes casadas*.

Diderot se compadeció de las mujeres: « *La crueldad de las leyes civiles se une contra las mujeres a la crueldad de la naturaleza* ». Helvetius, d'Alembert, que atribuían su inferioridad a la educación y las leyes, las habían considerado como iguales al hombre. El socialismo utópico recoge esta herencia de los Enciclopedistas. Se levanta contra la suerte reservada a la mujer por la sociedad burguesa, y propone sus soluciones.

Para Saint-Simón, la igualdad del hombre y la mujer era un principio simplemente político. Tras su muerte (1825), su discípulo Olinde Rodrigues lo desarrolló, le dió un nuevo contenido, invocando la palabra que el maestro pronunció en una de sus entrevistas supremas: « *El hombre y la mujer; hé aquí el individuo social* ». Otro discípulo de Saint-Simon, Prosper Enfantin, realiza el nudo central de la teoría; lo titula el « *San Juan de la Mujer* », y motiva en ese sentido su dignidad de segundo revelador. La mujer se convierte en la obsesión colectiva de los saint-simonistas, que querrán fundar « *el reino de la paz y el amor* » sobre la rehabilitación del instinto sexual.

El cristianismo, declara Enfantin, condena el instinto sexual e introduce en la mujer la encarnación del pecado. La castidad, el celibato, la moral asceta, la indisolubilidad del matrimonio, todos estos principios religiosos que contribuyen a esclavizar a la mujer, no responden a la naturaleza humana. Habiendo sido creada la materia por Dios, como el espíritu, sus manifestaciones son, para Enfantin, igualmente santas. Es necesario legitimar los placeres sensuales, poner fin al viejo anatema, relevar los « ángeles rebeldes » que la Iglesia fulmina desde hace dieciocho siglos. Esa será la obra de la nueva Iglesia, alimentada con los principios del saint-simonismo.

Enfantin divide los individuos de cada sexo en móviles e inmóviles, unos sienten afectos vivos y pasajeros, una necesidad de cambio, de variedad, de multiplicidad, y los otros consagrados a las uniones profundas y duraderas. Los matrimonios temporales y sucesivos, derivados de entusiasmos efímeros, son sin embargo tan normales como los matrimonios definitivos, fundados sobre un amor al abrigo de los perjuicios del tiempo. Aunque sus relaciones se funden sobre la inestabilidad o sobre la constancia, los dos sexos seguirán teniendo los mismos derechos.

El saint-simonismo no se basaba en un análisis de las clases: consideraba a la mujer, no en su función social, sino en su función sexual, y como el símbolo mismo de la obra del instinto sexual que exalta. Quería renovar la sociedad por medio de una doctrina mística y sensual, la revelación de una nueva moral, encarnada y predicada por el « sacerdote de la pareja », encargado de armonizar las relaciones sociales.

El Padre Enfantin instala su falansterio en abril de 1832 en Menilmontant. Llamado meses después a declarar a la sala de lo penal, fue condenado a un año de prisión por ultrajes a la moral pública. Mientras cumplía su condena en Sainte-Pelagie, algunos de sus discípulos se embarcaban hacia Oriente, a la búsqueda de la Mujer-Mesías, guía y sabia de la humanidad. Los « Compañeros de la Mujer » se toparon con la incomprensión del sultán de Turquía, continuaron su cruzada en Egipto, en donde se les unió, tras su liberación, el Padre Enfantin, con una pequeña corte de fieles. En la tierra de los Faraones, donde Enfantin pensaba en la apertura del istmo de Suez y en la presa del Nilo, la extravagante odisea de la Familia saint-simonista acaba con numerosas decepciones, con la desertión de unos, la ruina de otros y la muerte de algunos otros.

Fourier, con mordaz fogosidad y una viva imaginación, un sentido elevado de la justicia, reclama la emancipación de la mujer, la igualdad jurídica de los dos sexos, la libertad de las pasiones. Los filósofos desconocieron « *los derechos del sexo débil, cuya opresión destruía la justicia desde la base* ». Las mejores naciones son aquellas que acuerdan la mayor libertad a las mujeres: ése es el verdadero criterio del progreso social.

*“Los progresos sociales y los cambios de período tienen lugar en razón del progreso de las mujeres hacia la libertad, y las decadencias de orden social tienen lugar en razón del decrecimiento de la libertad de las mujeres...La extensión de los privilegios de las mujeres es el principio general de todo progreso social”*<sup>13</sup>

Las mujeres se muestran tan aptas como los hombres para todos los trabajos. Cuando ellas pueden desplegar sus capacidades naturales, igualan y sobrepasan a los hombres.

*« La Armonía no cometerá como nosotros la idiotez de excluir a las mujeres de la medicina y de la enseñanza, para reducirlas a la costura y al bote. Ella sabrá que la naturaleza distribuye a los dos sexos, en igual proporción, la aptitud para las ciencias y artes,... Así, los filósofos que quieren de forma tiránica*

<sup>13</sup> Fourier: *Teoría de los cuatro movimientos*.

*excluir a un sexo de algún empleo son comparables a estos colonos malos de las Antillas que, tras haber embrutecido por medio de suplicios a sus negros ya embrutecidos por la bárbara educación, pretenden que estos negros no estén al nivel de la especie humana. La opinión de los filósofos sobre las mujeres es tan justa como la de los colonos sobre los negros »<sup>14</sup>*

En su crítica de la “civilización” – quinto período de la evolución humana- Fourier se levanta contra el comercio y el matrimonio, que hacen reinar la mentira y la deslealtad, el primero en las relaciones económicas, el segundo en las relaciones sexuales. El matrimonio, fundado en « *especulaciones codiciosas* », desarrolla « *el egoísmo, esencia del bien conyugal* ». Ante su celebración, degrada a la mujer: la joven chica debe envilecerse ofreciéndose como una mercancía. Tiene que encontrar a todo precio alguien que la tome. Se trafica con ella bajo el manto de la ley.

*“¿No es la joven una mercancía expuesta en venta para quien quiere negociar la adquisición y la propiedad exclusiva? ¿El consentimiento que ella da al lazo matrimonial no es irrisorio y forzado por la tiranía de los prejuicios que la tienen obsesionada desde su infancia?”<sup>15</sup>*

El hombre también persigue con el matrimonio su interés, de forma que el marido y la mujer se venden: « *en el negocio conyugal, dos prostituciones valen una virtud* ».

La atracción pasional, piensa Fourier, es un aspecto de la gran ley de la atracción que rige el universo. Ahora bien, « *la odiosa unidad familiar* » reduce a la mujer a la servidumbre, esteriliza sus facultades, contradice la libertad de las pasiones. A la vida de familia, que aísla a la pareja, la condena al aburrimiento y a la mentira y le ata a una misma cadena, Fourier opone la comunidad del falansterio. Las mujeres, liberadas de los cuidados domésticos y de la vigilancia de los hijos, se dedicarán a todos los trabajos igual que los hombres. Disfrutarán como ellos de todos los derechos. Por sus actividades cotidianas, podrán satisfacer la « *mariposa* », esta necesidad imperiosa de variedad sentida por cada uno de los seres humanos.

Los grupos de amor se organizarán en el falansterio como los grupos de trabajo, según su temperamento o sus gustos. Esta revolución en los hábitos sexuales liberará el amor, a partir de la tercera generación de Armonía, de todas las restricciones impuestas por la « *civilización* ».

Los utopistas se conmovieron con el destino impuesto a la mujer. Pero confundieron su liberación con la licencia sexual. ¿Hay que acusarlos por ello? Ulcerados por las desigualdades sociales, impacientes de un futuro mejor del que no distinguen ni promesas ni elementos de la realidad, agitaron por el mundo su campana de los milagros. No ven la emancipación de la mujer como algo inherente a la evolución histórica, la descubren en la libertad de las pasiones.

Su ideología refleja este estadio del capitalismo en el que la imaginación trata de suplir por medio de sus hallazgos la falta de madurez de las condiciones objetivas. El proletariado en formación se busca, se tantea, pasa de movimientos espontáneos a las revueltas esporádicas, no sabe todavía lo que es ni hacia donde va, no lucha de forma organizada contra la burguesía,... Los utopistas no distinguen lo nuevo en lo viejo, no se apoyan en las fuerzas ascendentes: su generosidad impotente sólo ha podido alumbrar paraísos quiméricos,...

Una mujer quiere emancipar a las mujeres: se volverá hacia el proletariado. En la Unión Obrera (1843), Flora Tristán pide a los obreros que hagan triunfar el principio de igualdad del hombre y la mujer.

*“Reclamando justicia para vosotros, demostrad que sois justos, igualitarios; proclamad, vosotros, los hombres fuertes, los hombres de los brazos desnudos, que reconocéis a la mujer como vuestra igual...”*

A la Declaración de los Derechos del Hombre corresponde la Declaración de los Derechos de la Mujer. Entonces, « *la unidad humana será constituida* ».

Pero esta idea de incorporar la causa de la mujer a la causa de los obreros no es, en el espíritu de la « *paria* » nada más que una afirmación abstracta, difuminada en aspiraciones fourieristas y sueños románticos. Flora Tristán cree en la redención del pueblo por la mujer y en la regeneración de la sociedad por medio del amor.

<sup>14</sup> Fourier: *El Nuevo Mundo industrial y societario*.

<sup>15</sup> Fourier: *Teoría de los cuatro movimientos*

*“En realidad, os lo digo una vez más, vosotros no seréis libres hasta que no sepáis amar, y ¿cómo lo sabréis si nada queréis aprender de la mujer?”*

La fe en el poder de la pasión le inspira llamamientos fervientes y desesperados.

*“¡Mujeres, hermanas mías, no permanezcáis ociosas en el combate que se prepara, puesto que será lo más cariñoso lo que gane!... Hermanas mías, no seáis más esclavas cuya carne se vende y su corazón se apaga. Haced mejor como yo, protestad y morid...”<sup>16</sup>*

Con Marx y Engels, la cuestión femenina deja el mundo de las quimeras y las efusiones generosas. No imaginan conventos del amor o ciudades ideales, no creen en la virtud de exhortaciones patéticas. La armonía de la familia, el libre desarrollo de la mujer, la felicidad del niño son imposibles en el marco de la sociedad burguesa.

Los creadores del socialismo científico saben que los hombres, las mujeres, tendrán que librar duras batallas y ganarlas, antes de realizar una humanidad liberada, reconciliada consigo misma, que extraiga su fuerza de la totalidad al fin conquistada. El problema de la mujer no puede estar separado del conjunto de los problemas sociales. Marx y Engels lo resolvieron uniéndolo a la lucha de clases y a la transformación revolucionaria del mundo.

---

<sup>16</sup> Padre Constant: *La emancipación de la mujer o el testamento de la paria*.



## - II - **MARX Y ENGELS**

Cuando Marx, con 24 años, expone por primera vez en la *Gaceta Renana*, en 1842, sus ideas sobre la mujer y el matrimonio, no terminó la evolución que le había de llevar dos años después, al comunismo. Partiendo de Hegel, empieza a alejarse de los jóvenes hegelianos. Estos acaban de formar en Berlín el grupo de los « Liberados », con Max Stirner y algunos libertinos, cuyo extremismo verbal se satisface con una vida bohemia. Marx, lanzado en la batalla contra la reacción prusa y emparejado con Jeny Von Westphalen, con la que se casará en junio de 1843, condena la fraseología y la moralidad de los « Liberados ».

En dos artículos de la *Gaceta Renana* en los que trata sobre el tema de la familia, Marx se pronuncia, en uno, por la monogamia, y en el otro, por la libertad de divorcio.

El primer artículo de Marx, datado del 9 de agosto de 1842, está consagrado a un manifiesto publicado por la escuela histórica del Derecho. Marx hace un escarnio con esta escuela « *que explica la infamia de hoy con la infamia del ayer* », y cuyo fundador, Hugo, « *nos ordena someternos a todo lo que existe, por la única razón de que existe* ». Hugo, sin embargo, critica el matrimonio, institución que, según él, no tiene « *nada de razonable* »: resuelve la cuestión de la poligamia o de la monogamia por medio de una simple referencia a la naturaleza animal del hombre. Marx se burla de la « *imprudencia frívola* » del honorable profesor.

***“La satisfacción del deseo sexual por su carácter excepcional, su encadenamiento por normas legales, su belleza moral que transforma el instinto de la naturaleza en una unión espiritual, la esencia espiritual del matrimonio, todo ello inspira al Sr. Hugo grandes inquietudes”***<sup>17</sup>

El segundo artículo del 15 de noviembre de 1842 critica el proyecto de ley pruso sobre el divorcio. Marx rechaza el punto de vista de Hegel, que proclamaba la indisolubilidad del matrimonio en sí, en tanto que concepto. Ahora bien, el matrimonio no es un concepto, es un hecho social. Un matrimonio sin amor, un matrimonio que no represente más que una fachada tras la que no subsiste nada, no podría ser mantenido. El divorcio será la constatación jurídica de su disolución real.

Asentado en París en noviembre de 1843, algunos meses más tarde de la prohibición de la *Gaceta Renana*, Marx prepara dos estudios para los *Anales Franco-Alemanes*, cuyo único número apareció en marzo de 1844. Después redacta sus *Manuscritos económicos y filosóficos*: hallamos una página remarcable sobre el comunismo y las relaciones del hombre y la mujer.

Marx trata dialécticamente de la doble relación entre la propiedad privada y el comunismo, por un lado, y, entre el hombre y la mujer, por otro. La influencia persistente de las ideas saint-simonistas y fourieristas, las aportaciones de ciertos medios babeufistas (Babeuf no había preconizado nunca la comunidad de mujeres) llevan a Marx a delimitar el comunismo científico al que separa de « *este comunismo todavía absolutamente grosero y desprovisto de pensamiento* », que quiere sustituir el matrimonio burgués por la comunidad de mujeres y niega la personalidad humana.

***“Este comunismo - que niega en todo momento la personalidad humana- no es más que una expresión consecuente de la propiedad privada, que es en sí misma la negación”***<sup>18</sup>

Las relaciones del hombre y la mujer, dice Marx, señalan el grado de desarrollo social. La comunidad de mujeres es la expresión de un comunismo inculto<sup>19</sup>, impulsado por el único deseo de nivelar, y que se vuelve contra la propiedad privada para saciar su apetito de posesión.

***“La propiedad privada nos ha hecho tan estúpidos y tan limitados que un objeto, no es nuestro hasta que lo poseamos, es decir, hasta que exista para nosotros como capital, hasta que lo tengamos en posesión inmediata, lo comamos, lo bebamos, lo llevemos sobre nuestro cuerpo, vivamos en él, etc., desde que, en una palabra, lo consumamos...”***

---

<sup>17</sup> Marx, *Marx-Engels Gesamtausgabe*, t. I, Edición del Instituto Marx-Engels.

<sup>18</sup> Ibidem, t. III

<sup>19</sup> El comunismo utópico de Tomas Moro se pronunció en favor de la comunidad de bienes pero no de mujeres (*Utopía*, 1518)

*Es por lo que el lugar de todos los sentimientos físicos y morales fue ocupado por la simple alienación de todos estos sentimientos, por el sentimiento de la posesión. La esencia humana debía caer en esta pobreza absoluta para poder hacer nacer de sí misma su riqueza interior”*<sup>20</sup>

Los que reclaman la comunidad de mujeres confunden el instinto sexual con otras necesidades naturales. El hambre se satisface con alimentos. Pero el alimento del instinto sexual es un ser humano, que actúa, que piensa, que sufre. ¿Se puede admitir que un ser humano se convierta en un objeto de explotación o de humillación con el único fin de satisfacer las necesidades o los caprichos del prójimo?

En *La Santa Familia* (1845), Marx ejecuta por última vez la filosofía idealista de los jóvenes hegelianos, cuyas grandes palabras no sirven más que para ocultar la sumisión al orden existente. Uno de entre ellos, Szeliga, había puesto por las nubes los *Misterios de París*. Marx compara las « ideas » que profesa Rodolfo, el héroe de Eugenio Sue, a las « fantasías » de Fourier. El novelista, inflado de pretensiones socializantes y de filantropía vulgar, está lejos de « considerar la condición general de la mujer en la sociedad moderna como inhumana ». Sus prédicas y sus hipócritas habladurías solo disimulan el egoísmo, la injusticia, la dureza de la clase dominante: Marx le opone las críticas dirigidas por el utopista Fourier a la familia burguesa y la « característica magistral » que este último da al matrimonio<sup>21</sup>.

Mientras Marx, por la vía de la filosofía, llegaba al comunismo, Engels provenía de la observación social y la economía política. Cuando se encontraron en París, en agosto de 1844, constataron la admirable concordancia de sus ideas.

Desde 1842, Engels trabajaba en Manchester en los telares cuyo padre era copropietario. Habiendo observado de cerca la vida de las masas trabajadoras y los avances del sistema capitalista, había llegado a conclusiones precisas. El paro crea un ejército de reserva industrial, que permite a la patronal mantener salarios bajos. Crisis periódicas, debidas al atragantamiento del mercado, devastan la economía inglesa, siembran desgracias y ruinas. Frente a los capitalistas, se levanta un proletariado cada vez más numeroso, que no tiene otra salida a su miseria que el socialismo.

La *Situación de la clase obrera en Inglaterra* describe las condiciones económicas y sociales nacidas del desarrollo de la industria: miseria de los obreros, alcoholismo, excesos, degradación física y moral.

*“Cuando se pone a las personas en una situación que solo puede convenir a la bestia, no le queda más que rebelarse o sucumbir a la bestialidad... La burguesía tiene verdaderamente menos derecho que nadie de reprochar a la clase obrera su brutalidad sexual”*<sup>22</sup>

Si, tras cien años de luchas y conquistas obreras, el proletariado de los países capitalistas no conoce la explotación despiadada de la que habla Engels, no se deduce por eso que la sociedad capitalista haya dejado de desarrollarse gracias a esta explotación. ¿Acaso no siguen sufriendo un trato análogo ciertas capas del proletariado y los pueblos coloniales? El libro de Engels no es solamente uno de los primeros documentos del materialismo histórico, mantiene su actualidad y su fuerza. Remonta a las causas profundas de la miseria, del vicio, de la prostitución. La mujer envilecida y esclavizada, el niño sacrificado y martirizado, el obrero famélico y andrajoso, se convierten en acusadores de la clase que los masacra, y cuyo final inevitable anuncia Engels.

En Francia, Engels podría haber denunciado la misma explotación, los mismos abusos. Los testimonios de los cronistas de la época, del Doctor Guepin, de Villermé<sup>23</sup>, concuerdan en toda su trágica evocación de la miseria obrera.

Las mujeres y los niños son las víctimas señaladas del capitalismo. Los patrones de los telares e hilares prefieren las mujeres a los hombres, puesto que, dicen, « ellas hacen mejor trabajo y menos pagado ». En Lyon, en 1831, las obreras de la seda trabajaban en verano desde las tres de la mañana hasta la noche, en invierno desde las cinco de la mañana hasta las once de la noche, es decir, diecisiete horas por día en los talleres húmedos y oscuros.

*“La mitad de estas jóvenes están tísicas antes del fin del aprendizaje. Cuando se quejan se les acusa de fingir”*<sup>24</sup>

Los niños que trabajan desde los seis años, durante dieciséis o diecisiete horas al día sin cambiar de sitio, aguantan un verdadero martirio.

<sup>20</sup> Marx, *Marx-Engels Gesamtausgabe*, t. III

<sup>21</sup> Marx, *ibidem*, t. III

<sup>22</sup> Engels, *El Origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*

<sup>23</sup> Villermé: *Tabla del estado físico y moral de los obreros empleados en las manufacturas de seda, algodón y lana*. París, 1840

<sup>24</sup> Norbert Truquin: *Memorias y aventuras de un proletario*. París, 1888

(En Lyon), “los niños muy jóvenes son situados en la rueda destinada a hacer canillas; allí, constantemente agachados, sin movimiento, sin poder respirar aire puro y libre, contraen irritaciones que se convierten acto seguido en enfermedades escrofularias; sus débiles miembros se contraen y su espina dorsal se desvía; se debilitan y, desde sus primeros años, son lo que deberán de ser habitualmente siempre: débiles y siervos. Otros niños se ocupan de cambiar las ruedas que ponen en funcionamiento cabestros mecánicos para devanar; la nutrición de los brazos crece a expensas de la de las piernas, y estos pequeños desgraciados tienen habitualmente los miembros inferiores deformados”<sup>25</sup>

Lafargue cita las declaraciones de un industrial del Norte que, en 1857, se jactaba de haber enseñado a los niños a cantar durante el trabajo: « eso les distrae y les hace aceptar con valentía estas doce horas de trabajo que son necesarias para procurarles medios de existencia »<sup>26</sup>

Víctor Hugo, en *Los Castigos*, evoca las cuevas de Lille, la desesperación y el dolor que encierran:

*“Allí, se estremecen, más bajo que las alcantarillas de las calles,  
Familias de la vida y del día desaparecidas,  
Grupos tiritantes;  
Allí, cuando yo entraba, arisco, a las medusas parecido,  
Una chica pequeña con cara de vieja  
Me dice: ¡tengo dieciocho años!*

*Allí, sin tener cama, la madre desgraciada  
Pone a sus pequeños hijos en un agujero que ella cava,  
Temblorosos como el pájaro;  
¡Desgraciadamente! ¡Estos inocentes con mirada de paloma  
encuentran al llegar a la tierra una tumba,  
en lugar de una cuna! “*

Este es el régimen que combaten Marx y Engels. De todos los explotados que defienden, los más explotados son la mujer y el niño.

Expulsado de París en enero de 1845, Marx se vuelve a Bruselas. Nada más llegar redacta sus tesis sobre Feuerbach. Liquidando y sobrepasando el idealismo de Hegel y el humanismo de Feuerbach, declara que « el nuevo materialismo » considera, no solo el individuo, sino la sociedad. « *Los filósofos no han hecho más que interpretar el mundo de distintas formas; ahora se trata de transformarlo* ».

Marx y Engels exponen su concepción del materialismo histórico en una obra que no aparece entonces, y que el Instituto Marx-Engels-Lenin publica íntegramente bajo el título de *La Ideología Alemana*. Pasando por la criba de su crítica la herencia legada por el hegelismo, Marx denuncia el socialismo sentimental de los « *filósofos, semi-filósofos y a las almas bellas alemanas* ». Max Stirner, uno de los « *Liberados* », el autor de *El único y su propiedad*, se había rebelado contra las instituciones establecidas, la familia y el matrimonio: su revuelta estéril expresa solamente la exasperación del pequeño burgués que quiere demoler, no el régimen social, sino las barreras que entorpecen su egoísmo.

El *Manifiesto del Partido Comunista*, redactado bajo petición de la Liga de los Comunistas, aparece en febrero de 1848, la víspera de la Revolución. Su influencia, bastante débil para los acontecimientos inmediatos, no dejará de crecer. Gracias al *Manifiesto*, el proletariado cristalizará sus confusas aspiraciones, se armará ideológicamente, tomará conciencia de su fuerza y de su papel histórico. Estas fulgurantes páginas, maestras en profundidad y concisión, explican el pasado, aclaran el presente, desvelan el futuro.

Engels había escrito previamente un proyecto de catecismo comunista, con forma de 25 preguntas seguidas de 25 respuestas. La pregunta 21 era sobre la familia. « *La organización comunista, explica Engels, lejos de introducir la comunidad de mujeres, por el contrario, la suprimirá* ».

Es en el *Manifiesto* que la crítica marxista del matrimonio burgués encuentra su expresión más aguda<sup>27</sup>. Sólo una sociedad comunista liberará a la mujer, suprimirá toda prostitución oficial y no oficial.

<sup>25</sup> J.B. Monfalcon: *Historia de las insurrecciones de Lyon*. París, 1884.

<sup>26</sup> Paul Lafargue: *El Derecho a la Pereza*. Lafargue añade: “¡Los materialistas lamentarán siempre que no haya un infierno para clavar a estos cristianos, estos filántropos, verdugos de la infancia!”

<sup>27</sup> Marx-Engels: *El Manifiesto comunista*.

Cuando la reacción se expande por el continente, Marx, que tomó junto a Engels parte activa en la revolución de 1848 de Alemania, se establece en Londres. Durante el período de calma social que previó, continuará con sus trabajos científicos.

En *El Capital*, su obra maestra, Marx desmonta el mecanismo de la economía capitalista. Censura los crímenes de la clase poseedora que recoge sus más suculentos beneficios de la sangre de mujeres y niños. Subraya al mismo tiempo el aspecto progresista de esta entrada en masa de las mujeres en las fábricas. Disgregando la vieja familia, liberando a la mujer y al niño de la autoridad del padre y del marido, la gran industria trabaja por la aparición de una nueva familia, en la que la mujer dejará de ser una esclava. Puesto que Marx aporta a las mujeres el anuncio de su liberación ineluctable, acarreada por la del proletariado.

Marx parte del mundo real y del movimiento dialéctico de la historia. La contradicción del trabajo colectivo en las fábricas y de la apropiación individual entraña la rebelión de las fuerzas productivas contra la propiedad capitalista. El régimen de la libre empresa y del beneficio engendra al proletariado, hoy enemigo suyo, mañana su enterrador -el proletariado, compuesto por hombres y mujeres que no pueden emanciparse sin emancipar al mismo tiempo a todas las capas de la sociedad...

Participación en la producción, liberación de la explotación capitalista, tales son las dos fases de la emancipación femenina. Con la abolición de la dictadura del capital, la suerte de la mujer se encontrará reglada. La victoria de la obrera emancipará a todas las mujeres de sus obstáculos, pondrá fin a la inferioridad jurídica, política, económica: puesto que las tutelas, las sujeciones, las servidumbres domésticas impuestas al sexo femenino por la sociedad burguesa no desaparecerán más que con ella.

Marx abordaba también el problema demográfico. Malthus había visto la causa de todos los males en la excesiva gran proliferación de la especie humana. En virtud de una ley natural, declaraba el economista inglés, la población seguía una progresión geométrica, mientras que la producción seguía creciendo bajo una progresión aritmética. No es casualidad que estas ideas hayan surgido en Inglaterra, cuna del maquinismo: las manufacturas del Lancashire y los grandes patrones de Londres debieron acoger con entusiasmo una teoría que absolvía al capitalismo. Los explotados, convencidos del pecado de la desmedida procreación, ¿no serían ellos los únicos creadores de su miseria?

A pesar de que las cifras, en la primera mitad del siglo XIX, parecen confirmar la hipótesis de Malthus, Marx demuestra que el crecimiento de la población dependía de factores políticos, sociales y económicos: no existe ninguna fatalidad en esta área, sino solamente ciclos demográficos que varían de una época a otra, según el tipo de organización social.

La historia ha dado la razón a Marx. Se asiste, en el siglo XX, en los países más industrializados, al fenómeno inverso de la desnatalidad. Que este fenómeno sea consecuencia de un orden social inhumano o resultado de los cortes oscuros efectuados por las guerras imperialistas, el capitalismo destructor es el responsable. Como cantaba *Jean Misère* de Eugene Pottier:

*¡Desgracia! Nos dan el sermón,  
Predican el orden y la familia;  
Su guerra ha matado a mi chaval,  
Su lujo ha despedido a mi hija!*

\*

\*

\*

No hay que pensar que las ideas de Marx sobre el papel y el futuro de la mujer se impondrían tan pronto. En el seno de la clase obrera y de la I Internacional, constituida en 1864, tuvo que combatir la nefasta influencia de los proudhonistas que pretendían descartar a la mujer de la producción. Su maestro Proudhon escribió:

*”El hombre y la mujer no quieren compañía. La diferencia de sexo levanta entre ellos una separación de la misma naturaleza que la de la diferencia que impone las razas entre los animales. También, lejos de aplaudir a esto que se llama hoy día emancipación de la mujer, yo me inclinaría más bien, si es que habría que llegar a estos extremos, por poner en reclusión a la mujer”* <sup>28</sup>

*“La mujer, por naturaleza y destino, no es ni asociada, ni ciudadana, ni funcionaria pública”* <sup>29</sup>

<sup>28</sup> Proudhon: *Primera memoria sobre la propiedad*.

<sup>29</sup> Proudhon: *Tercera memoria sobre la propiedad*.



La inferioridad física, intelectual, moral de la mujer tiene por lo tanto como consecuencia su subordinación al hombre... ¡No hay sitio para ella en el taller, ni en los asuntos públicos! ¡Que solo se ocupe de sus tareas y sus chiquillerías! Este ideal de pequeño propietario, tirano doméstico y partidario de la parcela familiar, reúne muy exactamente las concepciones de los ideólogos reaccionarios como de Bonald, que escribía: « *Las mujeres pertenecen a la familia y no a la sociedad política, y la naturaleza las ha hecho para los cuidados domésticos y no para las funciones públicas* ».

Contra los proudhonistas, que pretenden relegar a la mujer al hogar, Marx hace triunfar su punto de vista en el I Congreso de la Internacional en Génova (septiembre de 1866)

\* \* \*

Los acontecimientos de 1871 han mostrado lo que eran capaces de hacer estas mujeres que sabían morir igual que los hombres, pero a las que reaccionarios y proudhonistas negaban los derechos de los hombres. Al día siguiente de la Comuna, Arthur Rimbaud cantó *Las manos de la joven Jeanne Marie*:

*“Han palidecido, maravillosas,  
Al gran sol de amor cargado  
Bajo el bronce de las ametralladoras  
¡A través del París insurgente!”*

Las mujeres del pueblo, valientes, entusiastas, mostraron una lucidez que solía desafiar a los dirigentes de la Comuna. Contribuyeron a construir las barricadas, reclamaron armas al Comité de Salvación Pública, constituyeron batallones.

Marx opuso al París capitalista, refugiado en Versalles y Saint-Germain, el París de los obreros y obreras, pioneros del futuro:

*« ¡Nada más maravilloso que el cambio en la fisonomía de París bajo la Comuna!... Las mujeres elegantes habían seguido la pista de sus protectores, los guardianes de la familia, de la religión, y por encima de todo, de la propiedad. Habían desaparecido. Por contra, la verdadera Parisina reapareció; se mostraba heroica, noble sacrificada, como una Romana de la Antigüedad »<sup>30</sup>*

La Unión de Mujeres para la defensa de París y los cuidados de los heridos, fundada por Elisabeth Dimitriev, una joven rusa que servía de intermediaria entre el Consejo General de la Internacional en Londres y sus correspondientes de París, y por una militante obrera, Nathalie Lemel, mantiene una propaganda activa, se esfuerza en propagar las ideas revolucionarias, empuja a la acción : « *El único medio (para las mujeres) de salvar a los que le son queridos, es tomar parte activa en la lucha... ¡Desgracia para las madres, si una vez más el pueblo sucumbiera !* »

Más de diez mil mujeres, obreras mayoritariamente, hacen frente a los versalleses. « *Las mujeres quieren marchar adelante* », relata Lissagaray en su *Historia de la Comuna de 1871*. Cosen sacos de tierra, abastecen a los federados, les llevan ropa y sopa « *como en la obra* », disparan. Plaza Pigalle, cincuenta mujeres, con Nathalie Lemel, levantaron y defendieron una barricada. Adela Chignon, que luchó durante los días de junio de 1848, encuentra la muerte cerca del Panteón, Louise Michel, apasionada y romántica, invulnerable tanto a la desmoralización como al miedo, predica la lucha a ultranza, se une a la barricada de la Calzada Clignancourt, resiste hasta el final, mientras sus compañeros caen a su alrededor... es una conductora de ambulancia de las últimas barricadas, la de la calle Trois-Bornes, a la que Jean-Baptiste Clément, luchador intrépido de la Semana Sangrienta, dedicó *El Tiempo de las Cerezas*...

En el presidio de Nueva Caledonia al que fueron deportadas, estas combatientes del pueblo se mostraron, al igual que Louise Michel, tan irreductibles como bajo el crepitar de las balas.

\* \* \*

---

<sup>30</sup> Marx: *La guerra civil en Francia*

La publicación del libro de Lewis H. Morgan, *Ancient Society* (Londres, 1877), llama de nuevo la atención de Marx en torno a la familia. Quiso dedicarle un libro. La muerte no le dejó tiempo. Fue Engels el que lo escribió.

Las nuevas investigaciones sobre la prehistoria, los progresos de las ciencias vinculadas a ella, invalidaron las tesis de Morgan. Este había establecido varios estadios en la evolución de la familia: matrimonios por grupos o de grupos enteros de hombres y mujeres poseyéndose recíprocamente, grupos conyugales separados siguiendo a las generaciones, exclusión progresiva, primero de padres cercanos, luego de padres más o menos alejados,...este sistema evolucionista, que iba en el sentido de un estrechamiento continuado, contaba con una seductora lógica; no satisfacía totalmente a los especialistas, que criticaban el matrimonio por grupos. Si ciertas conclusiones de Morgan se encuentran hoy día superadas, sus grandes líneas no han dejado de ser exactas: *El Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*, que se basa en los trabajos de Morgan, no ha perdido nada de su valor.

Engels demuestra que la servidumbre de la mujer está unida a la aparición de la propiedad privada. El patriarcado, que sucedió al matriarcado por razones económicas, encadena la mujer al hombre. El derecho burgués no ha hecho más que confirmar la supremacía masculina. Pero el capitalismo, que necesita mano de obra abundante y a buen precio, emplea a mujeres en la fábrica. La integración de las mujeres en la producción les permitirá emanciparse.

*“Se verá entonces que la liberación de la mujer tiene como primera condición la entrada de todo el sexo femenino en la industria pública, y que a su vez esta condición exija la supresión de la familia individual como unidad económica de la sociedad”*<sup>31</sup>

La monogamia, cuyo « *origen tiene poco que ver con el amor* », es para Engels la expresión más alta de las relaciones sexuales. Provocada por « *la concentración de grandes riquezas en las mismas manos* », ligada al desarrollo de la propiedad privada, ¿no desaparecerá con la revolución socialista que volverá a poner en manos de la colectividad la propiedad de los medios de producción? Apoyarla, sería sustituir el marxismo por una interpretación mecánica de las relaciones entre la economía y las superestructuras ideológicas.

*“Se podría responder, no sin razón: desaparecerá a poco que sea plenamente realizada. Puesto que con la transformación de los medios de producción en propiedad social desaparecerán también el salario, el proletariado, y, en consecuencia, la necesidad que obliga a cierto número – calculable para la estadística- de mujeres a prostituirse a cambio de dinero. Desaparecida la prostitución, la monogamia, en vez de decaer, se convierte finalmente en una realidad -también para los hombres”*<sup>32</sup>

Lo que desaparecerá en la monogamia, serán todas las características que le imponen las relaciones de producción basadas en la explotación del hombre por el hombre. En una sociedad en la que el interés, el egoísmo, la sed de lucro, habrán dejado de jugar su papel primordial, el verdadero amor, la inclinación recíproca, conferirán a la familia y al matrimonio un nuevo carácter y una verdadera dignidad. Entonces se apagarán las prostituciones masculinas y femeninas: veremos establecerse en las relaciones entre hombres y mujeres, de las que la mentira y la hipocresía habrán sido excluidas, una forma superior de monogamia, una monogamia real, depurada, término y coronación del amor.

\*

\*

\*

Si pasamos revista a las páginas que los fundadores del socialismo científico consagraron a la mujer, a la familia, al matrimonio y al amor, desde los *Manuscritos económicos y filosóficos* de Marx (1844) hasta el *Origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (1884), nos damos cuenta de que, durante estos cuarenta años, su pensamiento se fortaleció, se enriqueció, se precisó, pero que, desde las obras de la juventud, poseen un vigor y una cohesión remarcables. Podemos resumirlas así: a lo largo de su historia, el hombre se libera de la animalidad. En los tiempos prehistóricos, fue juguete y esclavo de los elementos. Poco a poco, un hombre social, cada vez más consciente, cada vez más dominante de la naturaleza que él

---

<sup>31</sup> F. Engels: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*.

<sup>32</sup> *Ibidem*.

mismo humaniza, reemplaza al hombre *natural*. Marx, desde 1844, busca en la actitud del hombre hacia la mujer « *hasta qué punto el comportamiento natural del hombre se ha convertido en humano* ».

El humanismo marxista es un combate mantenido por el hombre para desarrollarse y abastecerse, combate contra las condiciones naturales y sociales de existencia que le son impuestas y, para él, se trata de modificarlas.

El amor, plenitud de la persona humana, está doblemente amenazado, social e individualmente: por las servidumbres exteriores, derivadas de las relaciones de producción y los ciegos impulsos del instinto. En todas las sociedades de clases que se han sucedido, la mujer ha sido explotada y oprimida, el amor aplastado, perseguido, proscrito. La relación contra la hipócrita moral burguesa se expresa a veces por medio de la exaltación de los apetitos y caprichos sexuales. El libertinaje no hace más que reflejar la corrupción de la sociedad burguesa. Incapaz de liberarse de las servidumbres sociales, el individuo se entrega al instinto.

Marx y Engels denunciaron la coacción económica que el capitalismo hace pesar sobre las relaciones entre el hombre y la mujer, y también la revuelta anarquizante contra el matrimonio burgués. Esta revuelta toma la forma de condena de la monogamia, de un « *comunismo grosero* » que preconiza la comunidad de mujeres, de una licencia generalizada que, en nombre del amor libre, desemboca en la « *prostitución universal* ».

La verdadera libertad del amor, la libertad del matrimonio, el bienestar de la familia están condicionados por el final del régimen capitalista. Ya que la sociedad burguesa, que se opone al amor, es también enemiga de los hogares (explotación de la mujer, tugurios y falta de vivienda, ausencia de ayudas, pobre tasa de alquileres, miseria, paro, guerras, etc....)

*“La plena libertad de contraer matrimonio no podrá por tanto ser realizada de forma general más que a partir de que la supresión de la producción capitalista y las condiciones de propiedad creadas por ella hayan descartado todas las consideraciones económicas accesorias que, todavía hoy, ejercen una muy potente influencia sobre la elección de los esposos. Entonces no quedará más motivo que la inclinación recíproca”*<sup>33</sup>

La revolución proletaria, que suprimirá la explotación y las desigualdades sociales, abole el antagonismo de sexos y la servidumbre de la mujer. Una cadena milenaria se rompe: rompiéndose, libera y devuelve a la dignidad la mitad del género humano. En su maternidad honorada y protegida, en sus hijos asegurados de su futuro, en el trabajo al que en lo sucesivo tendrá acceso en pie de igualdad absoluta con el hombre, la mujer poseerá un sentimiento de confianza y orgullo, afirmará su independencia, desarrollará su personalidad.

Cuando cada individuo pueda dar rienda suelta a sus aspiraciones más nobles, el amor sexual se liberará de la bestialidad. La pareja humana se reconciliará y se combinará con la plenitud del amor recíproco y con la comprensión mutua.

\*

\*

\*

Frente a las ideologías abiertamente retrógradas o falsamente progresistas, el marxismo indica a la mujer la vía revolucionaria que la conduce a su liberación.

Aquí, como en cualquier parte, afronta los prejuicios y las rutinas, las mismas de las que el marxismo la quiere liberar. Muchísimas mujeres, formadas por una tradición de servidumbre, aceptan su inferioridad social. « *Me gusta ser golpeada* », decía la mujer de Sganarelle, que se vengaba, por otra parte, en seguida de su marido...

El marxismo, enemigo implacable de toda mistificación, denuncia a los pretendidos caballeros de la mujer, las sirenas de un romanticismo anacrónico<sup>34</sup>, los bardos retrasados de la mujer-niño, de la mujer-Piedad, los augurios que la ascienden sobre un podio con el fin de sustraerla de las luchas liberadoras del

---

<sup>33</sup> F. Engels: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*

<sup>34</sup> Michelet es el prototipo de estos aduladores de mujeres que la glorifican pero que luego la declaran sumisa ante las fatalidades de la naturaleza y no apta para el trabajo. Para no empañar su pureza, la destierran de la vida social y la condenan a la servidumbre del hogar ya que ella es “el ángel del hogar”. Michelet, en *El Amor*, escribe: “¿Qué se puede hacer con la mujer en sociedad? Nada ¿Ya solas? Todo”.



mundo real. Porque la filosofía idealista exalta « *lo eterno femenino* » y lo alza sobre un trono de nubes, para eternizar mejor la esclavitud de la mujer sobre la tierra.

¡Cuántos enemigos que combatir! Primero a la reacción bajo todas sus formas, en todas sus encarnaciones,...

La reacción siempre ha querido, siempre ha agravado la esclavitud de la mujer. De Bonald, Le Play, Le Tour du Pin, precursores del paternalismo de Vichy, la inclinan en sus composturas, sus limpiezas, sus fregados, la convierten en una reclusa. El positivismo de Augusto Comte la encierra en la familia. Proudhon no la imagina si no es como « *limpiadora o cortesana* » -bestia de carga o bestia de lujo. El fascismo la envilece, la sitúa ante sus pucheros, le exige que abastezca al estado totalitario con soldados, la reduce a la función de órgano reproductor. El III Reich ha retomado la fórmula de Guillermo II, que definía a la mujer con *las tres K-s: Kirche, Küche, Kinder* (Iglesia, Cocina, Niños). El racismo ha creado, con tal de preservar « la pureza de la raza », acaballaderos para sementales arios y reproductoras arias con cabellos de lino. Ya vemos a qué desprecio y a qué degradación de la persona humana conducen, también por la élite privilegiada, la doctrina del odio y del oscurantismo predicada por Hitler.

El marxismo denuncia las múltiples ideologías que se proponen, más o menos, emancipar a la mujer, pero que se revelan perfectamente incapaces.

El feminismo burgués, en el siglo XIX, se decía de George Sand. Sus novelas de tesis -Indiana, Valentine, Lelia, Jacques- predicán el derecho de la mujer a múltiples amores. George Sand se levanta contra la autoridad marital, combate por la libertad pasional. Protesta contra la servidumbre de la mujer en el matrimonio, pero ignora la servidumbre social de la mujer del pueblo. Sólo pleitea por ella misma, por la mujer superior que se niega a reconocer un amo en aquél que ella supera intelectualmente.

Egoísta también, en *La Casa de Muñeca* de Ibsen, la revuelta de Nora, que se da cuenta un día de que su marido no la ha conocido, que es un extraño para ella; entonces, negándose a jugar este papel indigno de mujer-muñeca, abandona su hogar y a sus hijos para cumplir « *sus deberes para con ella misma* »...

El derecho al amor libre, la voluntad de sustraerse a ciertas obligaciones sociales, el deseo de « vivir su vida », y no el de hacer mejor y más digna la vida de la inmensa mayoría de las mujeres, a eso se reduce el feminismo burgués, condenado a título justo por Louise Michel, porque, encerrado en estos objetivos, atrayendo a las mujeres explotadas crea el peligro de apartarlas de la lucha de clases.

Léon Blum sale a la búsqueda de la felicidad conyugal, especificando en todo momento que desea salvaguardar « *la organización actual de la familia y de la sociedad* »... La vida humana, según él, se divide en dos períodos: el primero, caracterizado por las curiosidades y la impaciencia sexual de la juventud, apasionada por el cambio; el segundo, el período matrimonial, en el que se afirma el gusto por la fijeza, la unidad y el reposo sentimental. Léon Blum preconiza, antes de este período matrimonial, « *las uniones poligámicas* »: las relaciones entre el hombre y la mujer seguirán « *la curva espontánea y caprichosa del instinto* ». Moral plenamente adaptada al cinismo complaciente de una burguesía que se descompone...<sup>35</sup>

El freudismo vincula todo el desarrollo de la vida sólo a la sexualidad. Cuando la reacción tradicional aprisiona a la mujer en sus labores del hogar, el freudismo la aprisiona en su sexo, la expulsa de la realidad económica y social, la excluye de la historia. El psicoanálisis prohíbe así a la mujer toda esperanza de liberación.

El existencialismo, bajo la pluma de Simone de Beauvoir, sitúa a la mujer frente al hombre. « *Ella se determina y se diferencia en relación al hombre y no éste en relación a ella; ella es lo inesencial enfrente de lo esencial. Él es el Sujeto; él es el Absoluto: ella es la Otra* ». ¿Qué propone el existencialismo a la mujer para poner fin a esta situación? Le pide « superar su alteridad », quererse, no ser creada para el hombre, sino creada para ella misma. Le bastará con descubrirse, gracias a la « *infraestructura existencial, que permite por sí misma comprender en su unidad esta forma singular que es una vida* »...<sup>36</sup>

El marxismo se opone a estas imposturas, estas impotencias, estas tomaduras de pelo, mientras que llama a hombres y mujeres a unirse en un mismo combate. No hay liberación posible de la mujer sin el triunfo del socialismo; pero tampoco habrá socialismo sin la participación efectiva de la mujer.

---

<sup>35</sup> Léon Blum: *Sobre el matrimonio* (París, 1970). En cuanto al problema de los niños salidos de estas relaciones poligámicas, León Blum lo resuelve de forma muy simple: « No se tendrán niños ». Añade que « *el acto más importante de la vida de Rousseau puede ser que hubiera sido el de haber metido en la Torre a los hijos nacidos de Teresa* ».

<sup>36</sup> Simone de Beauvoir: *El Segundo sexo*

## - III -

# **LENIN Y STALIN**

Lenin y Stalin tienen, en torno a todos los problemas que conciernen a la mujer y la familia, las mismas ideas de Marx y Engels. Les fue otorgada la tarea de convertir estas ideas en una realidad viva.

La revolución socialista estalla en 1917 en un país atrasado, en el que la suerte de la mujer era particularmente dura. Oprimida, explotada, maltratada, mantenida en la ignorancia, privada de todos sus derechos por la legislación reaccionaria de un Estado semi-feudal, la obrera pasa en la fábrica doce y trece horas por día a cambio de un salario irrisorio, la campesina cumple un trabajo degradante y vegeta en la miseria.

La ley « protegía » a la familia: el hombre, amo absoluto, podía llamar a la policía para obligar a su mujer a regresar al domicilio conyugal. Los que habían contraído matrimonio sin el consentimiento de sus padres eran encarcelados y privados de sus derechos sucesorios. El matrimonio con los « heréticos », paganos y judíos, estaba prohibido. Sólo el matrimonio religioso era considerado legal, y sólo la Iglesia podía pronunciar el divorcio, costoso y accesible únicamente a los ricos.

La mujer se hallaba en el último círculo del infierno zarista. Los poetas y novelistas contaban sus sufrimientos. Nekrassov se dirige de esta forma a las mujeres rusas:

*« El destino os ha reservado tres partes amargas:*

*La primera, es esposar a un esclavo;*

*La segunda, ser madre de un hijo de esclavo;*

*La tercera, obedecer durante toda vuestra vida a un esclavo »*

En la sombra del imperio del *knout* y la horca, el movimiento revolucionario une a hombres y mujeres. Las esposas de los diciembristas quieren ser iguales a sus maridos en la desgracia: cuando estos fueron condenados tras su conspiración abortada (1825), ellas les siguieron en las minas de Siberia.

*« Y estas mujeres sin miedo, estas reinas destronadas,*

*Desdeñaban quejarse y se fueron al desierto*

*Sin volver la vista, sin tampoco estar extrañadas*

*Pasando por la puerta en la que toda esperanza se pierde.*

*Al ver su frente tan tranquila, se podría pensar que saben*

*Que sus años, día por día, se graban por adelantado*

*En un libro eterno ante el franco zar »*<sup>37</sup>

Los populistas revolucionarios, que « van al pueblo » (1870-1880) y responden con atentados al terror gubernamental, cuentan con muchas mujeres en sus filas: la más famosa, Vera Zassoulitch, que disparó contra el jefe de policía Trepov, siguió a Pléjanov en su evolución hacia el marxismo.

En el curso de la primera revolución rusa (1905), las mujeres participaron en las huelgas. En *La Madre*, Gorki muestra este despertar de la mujer del pueblo para con la lucha política. Lucharon en las barricadas con sus maridos y hermanos; al igual que ellos, ellas también son encarceladas o llevadas al presidio.

Con ocasión del Día Internacional de las Mujeres, el 23 de febrero (8 de marzo) de 1917, las obreras desfilaron por las calles de Petrogrado exigiendo paz y pan. Es la primera de estas manifestaciones que, en pocos días, va a arrastrar a las masas y barrer el zarismo. El Día Internacional de las Mujeres marca el inicio y el desencadenamiento de la revolución rusa; adquiere, por este hecho, una gloria inmortal.<sup>38</sup>

---

<sup>37</sup> A. de Vigny: *Wanda*

<sup>38</sup> Es el Partido socialista americano el que decide, en su Congreso de 1908, consagrar el último domingo de febrero a una manifestación por el derecho a voto de las mujeres y las reivindicaciones femeninas. El movimiento fue lanzado el 27 de febrero de 1909: se diferencia del feminismo de las sufragistas inglesas por su carácter proletario.

Esta iniciativa tuvo pronta continuación. En 1910, la II Internacional celebra en Copenhague un Congreso en el que participó Lenin. Una Conferencia internacional de mujeres socialistas se reunió al mismo tiempo que el Congreso: a propuesta de Clara Zetkin, se decidió fijar el 8 de marzo como el Día Internacional de la Mujer. Este fue celebrado por vez primera en 1911 en varios países, principalmente en los Estados Unidos y en Alemania. Nacido en América, popularizado por el movimiento obrero, el Día Internacional de la Mujer tomó, con la Revolución de Octubre, una mayor amplitud. A través del mundo entero moviliza masas femeninas cada vez más numerosas y ardientes que, bajo el eslogan « ¡pan, libertad, paz! » marchan hacia la conquista universal de la felicidad.

De nuevo, en octubre de 1917, desde que la joven República de los Soviets, enfrentada con las peores dificultades económicas, el desaprovechamiento más trágico y el hambre, debiendo hacer frente a la contrarrevolución interior y a los invasores extranjeros, las mujeres reemplazan en la fábrica a los obreros alistados en el Ejército Rojo, se alistan como enfermeras y soldados. Youdenitch llega en octubre de 1919 a las puertas de Petrogrado: toda la población trabajadora se levanta. Doce mil obreras cavan trincheras y cerca de tres mil combaten en primera línea.

Las mujeres se unen a los grupos de partisanos o se consagran a la lucha clandestina, sufren tortura y muerte. El sacrificio de la francesa Juana Labourbe y de la rusa Ida Krasnochtchekova, las dos ejecutadas en Odesa, la primera en 1919 y la segunda en 1920, levanta nuevas cosechas. Otras llegarán, que construirán el socialismo, contribuirán posteriormente a dar caza al invasor hitleriano,...

Desde que el proletariado toma el poder, proclama la igualdad completa entre los dos sexos. La mujer podrá ocupar todos los puestos, ejercer todas las actividades. Recibirá, por el mismo trabajo, el mismo salario que el de un hombre. Los Soviets se proponen sacar a la vida pública a todas las mujeres, también a las más atrasadas. Transformación prodigiosa, ilustrada por la consigna de Lenin: « *Cada cocinera debe aprender a dirigir el Estado* ».

Una transformación tan radical no podía avanzar sin rechazos y pertinaces resistencias a veces de parte de las mismas que se trataba de liberar y no lo comprendían. Cholokov, en *Campos Roturados*, describe una revuelta de campesinas, influenciadas por los *kulaks*, jauría en furia dispuesta a despedazar a un comunista. Pero siempre acaba por amanecer...

En su poema *El amor*, Maiakovski, tras una crítica mordaz de las supervivencias del pasado, da con la palabra clave que abre las puertas al futuro:

*Hay que  
ligar  
la vida de los hombres y las mujeres  
Con la palabra  
que nos une:  
« Camaradas »*

\*

\*

\*

La igualdad política y económica entre el hombre y la mujer no podía menos que traer repercusiones inmediatas sobre el régimen matrimonial.

Un decreto de diciembre de 1917 reglamenta el matrimonio. ¿Cuáles son las características? Primero, la igualdad de los contratantes, lo que implica la abolición del poder marital y de la incapacidad de la mujer casada: luego, la supresión de la indisolubilidad del matrimonio. Los únicos requerimientos legales son los relacionados con la edad (18 años para los hombres, 16 para las mujeres), con un matrimonio anterior subsistente, con algún lazo de parentesco.

La familia se basa en la filiación efectiva: no se establece ninguna diferencia entre el parentesco natural y el parentesco legítimo. El matrimonio tiene como principal consecuencia poner a cargo del padre el mantenimiento del hijo, que el Estado no puede asegurar todavía. El esposo debe una pensión alimenticia a su pareja necesitada. El aborto, considerado ya como un « *mal social* », es autorizado por medio de una ley de 1919, en el curso de los tres primeros meses de gestación, « *mientras que las supervivencias morales del pasado y las penosas condiciones económicas del presente obliguen a ciertas mujeres a sufrir esta operación* ».

La familia feudal y capitalista, basada en la esclavitud de la mujer, el interés, el abandono de los hijos naturales, había sido arrastrada por el huracán de la Revolución. La legislación de los primeros años de la República de los Soviets traduce, por la simplificación de las formalidades del divorcio, la voluntad de extirpar todo lo que recordara al antiguo régimen.

La amplitud de la Revolución, el caos general, las fluctuaciones de la lucha, la incertidumbre, las penurias, la inestabilidad de la situación incitaban, como en todas las épocas de conmociones y alteraciones, a « disfrutar del momento », a acoger el placer pasajero. Este fenómeno se manifiesta sobre todo en las ciudades, más particularmente entre la bohemia intelectual y los desclasados, que veían en la licencia sexual

el signo y la continuación de la emancipación social. Libertinaje y desreglamentación fueron características de una pequeña minoría anarquizante, no del pueblo.

Sin embargo, algunos « teóricos » concluían que con la desaparición de la sociedad burguesa se avanzaba a la desaparición de la familia monogámica, institución burguesa. « *La familia deja de ser una necesidad para los miembros que la componen así como para el Estado*<sup>39</sup> ». En el prefacio al Código Bolchevique del matrimonio de 1919, el jurista Hoichbarg considera que la familia subsiste « *porque estamos en un socialismo con el Estado en proceso de nacimiento* »; estima que « *la institución del matrimonio lleva en sí misma el germen de su ruina* ». ¿Es necesario subrayar cuantas concepciones como estas están alejadas de las ideas expresadas por Marx y Engels?

La realidad soviética planteaba de forma concreta el problema que había planteado Engels: ¿dejando de ser una unidad económica de producción y de consumo en el marco de la sociedad capitalista, estaba destinada a desaparecer la familia monogámica? No, había respondido Engels: el socialismo abolirá la prostitución y consolidará la monogamia.

Lenin, al igual que Marx, condena la licencia sexual y el « amor libre »: una primera vez, a comienzos de 1915, en plena guerra imperialista, en dos cartas a Inés Armand; una segunda vez en 1920 durante una entrevista con Clara Zetkin.

A pesar de que estuviera ocupado con la lucha contra el socialchovinismo, con la resurrección de una nueva Internacional depurada de oportunistas y traidores, Lenin no olvidaba ninguna cuestión que tendría que ver con la vida proletaria. Una camarada del Partido Bolchevique, Inés Armand, le mandó un folleto que dirigía a las obreras en el que defendía el « amor libre » y Lenin analiza esta fórmula desde un punto de vista de clase. El amor libre, declara, es una reivindicación burguesa, que no tiene sitio en un folleto escrito para obreras; el amor libre es predicado por las mujeres burguesas que quieren escapar a las consecuencias serias del amor, vivir « a lo chico », no molestarse con niños, engañar a su pareja. No hay que oponer, como lo hace Inés Armand, el amor libre al matrimonio sin amor, el amor-pasión, sino que hay que oponerle, al matrimonio sin amor practicado en la burguesía el « *matrimonio proletario con amor* ». <sup>40</sup>

Lenin expresó ideas análogas en su conversación con Clara Zetkin. Censuró a los libertinos que asimilaban el amor con la satisfacción de una necesidad natural, los que exclamaban, con Musset:

« *¡Qué importa el frasco, si es que hay borrachera!* »

Ciertos jóvenes, observa Lenin, muestran en cuanto a la vida sexual teorías que califican como « revolucionarias » y « comunistas », pero que la burguesía ya ha profesado mucho antes que ellos. Su aplicación convertiría la sociedad en un burdel.

Lenin se levanta enérgicamente contra la « teoría del vaso de agua »:

« *Cierto es, la sed debe ser saciada. Pero un hombre normal, en condiciones normales igualmente, ¿se pondría boca abajo en la calle para beber en un charco de agua sucia? ¿O de un vaso cuyos bordes hayan sido manchados por decenas de labios distintos?* » <sup>41</sup>

Es irrisorio invocar, en cuanto a esto, el materialismo histórico y decretar, contra Engels, que el fin del capitalismo significa el fin de la monogamia.

« *Gracias por este marxismo por medio del que todos los fenómenos y todas las modificaciones que intervienen en la superestructura ideológica de la sociedad se deducen inmediatamente, en línea recta y sin reserva alguna, únicamente desde la base económica. La cosa no es tan simple como parece... La tendencia de llevar directamente a la base económica de la sociedad la modificación de estas relaciones fuera de su relación con toda ideología no sería del marxismo, sino del racionalismo* » <sup>42</sup>

Y Lenin resume así su pensamiento sobre el comportamiento sexual: « *¡Ni monje ni Don Juan!* ».

---

<sup>39</sup> A. Kollontai: *La Familia y el Estado comunista*.

<sup>40</sup> Cartas de Lenin a Inés Ramand, 1915

<sup>41</sup> Clara Zetkin, *Notas de mi cuaderno*.

<sup>42</sup> *Ibidem*.

La emancipación de la mujer está condicionada por su independencia material. La mujer debe participar en la producción. Será para el hombre una colaboradora inestimable en el dominio social, puesto que ella desplegará sus cualidades particulares, aportará su experiencia de organizadora y ama de casa.

*« La obra emprendida por el Poder de los Soviets no podrá progresar a menos que en toda Rusia, no cientos, sino millones y millones de mujeres le aporten su colaboración »<sup>43</sup>*

Para que la mujer pudiera trabajar fuera había que liberarla de las servidumbres cotidianas, crear restaurantes, lavanderías, jardines de infancia, guarderías, escuelas.

*« La mujer permanece como la esclava doméstica a pesar de todas las leyes liberadoras, puesto que la pequeña economía doméstica la oprime, la ahoga, la embrutece, la humilla, atándola a la cocina, a la habitación de los niños, obligándola a dispensar sus fuerzas en tareas terriblemente improductivas, mezquinas, irritantes, deprimentes. La verdadera liberación de la mujer, el verdadero comunismo sólo comenzará en el momento en el que dé comienzo la lucha de masas (dirigida por el proletariado que detenta el poder) contra esta pequeña economía doméstica, más exactamente, durante su transformación masiva en gran economía socialista »<sup>44</sup>*

El gobierno soviético se ha comprometido resueltamente en la vía indicada por Lenin. Una basta red de instituciones diversas ha cubierto, poco a poco, el inmenso país, liberando a la mujer de sus miserias tradicionales. La obra proyectada parecía sobrehumana. Todo ha ayudado a conseguir este objetivo: progreso del maquinismo doméstico, realizaciones del urbanismo moderno, maternidades y hogares de descanso, cantinas y dispensarios, cooperativas de consumo o ayuda mutua, servicios colectivos, etc.... cada victoria del socialismo era una victoria de la mujer.

La legislación de la familia y del matrimonio reflejó esta marcha adelante hacia el socialismo. Los decretos de los primeros años nunca han « suprimido la familia », como lo pretendían los ideólogos de la burguesía, sino que han destruido radicalmente, en efecto, la vieja familia de la sociedad capitalista. Han protegido a la madre, casada o no, otorgando a la mujer embarazada reposo y cuidados gratuitos. Se han esforzado en abolir la hipoteca que hacía pesar sobre la mujer las preocupaciones domésticas.

Sin embargo, el joven Estado proletario, que acababa de superar victoriosamente la terrible prueba de la guerra civil y de la intervención, no podía llegar a todo, modificar de la noche a la mañana las condiciones de existencia de una población ocupada en levantar las ruinas. Las mujeres abandonadas como consecuencia de la ley del divorcio buscaban en vano hacer valer sus derechos; los tribunales se encontraban sumergidos en asignaciones por impagos de pensiones alimenticias. Los niños abandonados (*bezprizornié*) formaban bandas que vivían de rapiñas: el Estado les aseguró la reeducación. Habiéndose convertido las uniones de hecho en algo tan frecuente como las uniones registradas, el Código de 1927 extiende a estas uniones de hecho los efectos del matrimonio civil.

Los éxitos de los planes quinquenales consolidaron la familia soviética.

A partir del segundo plan quinquenal, la continua elevación del nivel de vida, el bienestar creciente de los trabajadores, la multiplicación de las maternidades, de los jardines de infancia, de las guarderías, de las escuelas, volvieron caduca y absurda la práctica del aborto. Los progresos en la industria, el futuro mismo de la Unión Soviética exigían un crecimiento mayor de la población. ¿No es el hombre el factor esencial de la edificación del socialismo? « No podemos separar la técnica de los hombres que ponen en práctica esta técnica », decía Stalin, y proclamaba que « el hombre es el capital máspreciado ».

La defensa y el desarrollo de la familia se convierten entonces en una de las preocupaciones primordiales del gobierno soviético.

*« Necesitamos hombres. El aborto que destruye la vida es inadmisibile en nuestro país. La mujer soviética tiene los mismos derechos que el hombre, pero eso no la libera del gran y honorable deber que le corresponde por naturaleza: es madre, ella da la vida. Y esto no es para nada una asunto privado, sino un asunto de alta importancia social »<sup>45</sup>*

---

<sup>43</sup> Lenin: *Obras*, t. XXIV

<sup>44</sup> Ibidem

<sup>45</sup> Troud, 27 de abril de 1936.



En 1936, severas condenas sancionan el impago de las pensiones alimenticias. El divorcio se reglamenta, el aborto se prohíbe (decreto del 27 de junio de 1936). El artículo 122 de la Constitución presentada por Stalin en diciembre de 1936, recuerda que la mujer tiene sus derechos, iguales que los del hombre en cuanto al trabajo, al salario, al descanso, a los seguros sociales, y a la instrucción, y que también tiene derecho, al igual que el niño, a la protección del Estado.

La guerra contra el invasor hitleriano no podía sino potenciar el reforzamiento de la familia. El decreto del 8 de julio de 1944 establece que « *solo el matrimonio legal supone derechos y deberes para el marido y la mujer* ». Las personas que vivan matrimonialmente deberán legalizar su unión. El divorcio no será pronunciado salvo en los casos importantes y tras decisión de un tribunal.

Al mismo tiempo, el Estado intensifica su ayuda a las familias numerosas, amplía los servicios colectivos, destinados a relevar a la mujer de sus tareas caseras.

Así, la legislación soviética sobre la familia, inspirada en las ideas del marxismo-leninismo, obedece, en la evolución que sigue desde hace treinta años, a la preocupación constante de liberar y defender a la mujer. Esta preocupación ha conducido al legislador soviético del divorcio libre al divorcio reglamentado, del aborto legal a la prohibición del aborto. Ha multiplicado las instituciones de ayuda a la familia, protegido a la madre y al niño, elevado la maternidad al honor recompensando a las madres<sup>46</sup>, aumentando las prestaciones y subsidios. El Estado soviético vela por la solidez y la estabilidad de la familia. Ya que la familia abre al individuo una vida plena y total; es ella la que educa a los hijos en el espíritu del socialismo; es ella la que asegura la capacidad de producción del país.

\*

\*

\*

¿Cómo se traduce, en los hechos, la igualdad conferida a la mujer soviética por la Revolución de Octubre?

Tras las elecciones de 1946, 277 mujeres ocupaban un escaño en el Soviet supremo de la U.R.S.S. 1.738 en los Soviets superiores de la Repúblicas Socialistas. Más de 480.000 han sido elegidas en los Soviets locales.

En 1950, las mujeres representaban el 40% de los trabajadores en la industria, el 63% en los servicios de limpieza, el 68% en los empleos pedagógicos.

Mientras, bajo el régimen zarista y según el censo de 1897, el 55% de las trabajadoras constituían el personal doméstico, las asistentes sociales que ocupaban tareas ayudando a personas de avanzada edad no representaban más que un 2% de las mujeres que trabajaban.

Decenas de miles de mujeres dirigen las fábricas, los *koljós*, las empresas, los laboratorios. A la víspera de la guerra, había 141.000 mujeres ingenieros y técnicos. El 43% de los especialistas cualificados en las ciencias, la técnica y las artes son mujeres: más de 200 de entre ellas han sido laureadas con el Premio Stalin. Todo esto ha sido realizado en treinta años, en un país en el que antes de la Revolución, la inmensa mayoría de los analfabetos pertenecía al sexo femenino.

El Poder Soviético ha sacado literalmente de la esclavitud a las mujeres de las Repúblicas soviéticas de Asia Central. Liberadas del viejo código familiar musulmán, millones de mujeres uzbecas, tadjicas, turkmenas, kirghizes se han convertido en las mejores obreras del comunismo. Las tradiciones de antaño las mantenían sumidas en la pasividad y la ignorancia, las condenaba a una labor extenuante. « *La mujer*, decía un proverbio caucásico de la vieja época, *debe de trabajar más que un asno, porque un asno come paja y la mujer come pan* ». Es con razón que una mujer de Azerbaiyán, que conoció el enclaustramiento y se convirtió en una de los mejores ingenieros de los pozos de petróleo de Bakú, ha podido decir que « *antes, la gente creía en los milagros, pero los verdaderos milagros, son los que el Poder de los Soviets ha cumplido* ».

Desde febrero de 1933, campesinas, brigadas y jefas de equipo son delegadas en el congreso de obreros de choque de los *koljós*. Las mujeres han brillado en las primeras filas del movimiento stajanovista, cientos de ellas han sido proclamadas heroínas del trabajo socialista. Se las ve bajando a las obras del metro, inclinarse a la boca de los hornos, montadas en cosechadoras y tractores; se las encuentra en cualquier parte donde se construya, se produzca, se siembre,... es Vinogradova, pionera del movimiento stajanovista en el textil la que conduce simultáneamente 216 hilanderas automáticas; es la mecánica de locomotoras

---

<sup>46</sup> El primero de junio de 1949, se podían contar más de dos millones de madres de 5 y 6 hijos titulares de la medalla de la maternidad; 700.000 madres de 7, 8 y 9 hijos titulares de la medalla a la « Gloria de la maternidad; 30.000 madres de 10 hijos y más, titulares de la medalla a la « Madre heroína »

Troitskaia; es la koljosiana María Demtchenko, que ha sido la primera en recolectar con su equipo más de 500 quintales de remolachas por hectárea; es la conductora de tractores Angelina; es la aviadora Grizodubova que realiza, en 1938, el trayecto Moscú-Océano Pacífico de un solo vuelo...

Ante el siniestro resplandor de la guerra, la mujer soviética aparece en todo su esplendor, compartiendo los peligros y combates del hombre. Lo reemplaza en todos los trabajos del campo, abastece el frente con comida, armas y municiones. Pero las mujeres patriotas hacen más: luchan. « *La igualdad de las mujeres*, dijo Kalinina, *existe entre nosotros desde los primeros días de la Revolución de Octubre, pero vosotras habéis conquistado la igualdad de la mujer en un nuevo dominio, el de la defensa de la patria, con las armas en la mano* ».

Y aquí están, tras las heroínas del trabajo, las heroínas de la guerra. Son una legión: Natacha Kovchovaia, Maroussia Polivanova, Marseieva, Ana Paulova, María Baida,... Un mismo amor las exalta. « *La muerte no me asusta*, grita a los koljosianos reunidos en el lugar de su propio suplicio Zoia Kosmodemianskaia, *es una suerte morir por su pueblo. ¡Adiós camaradas! ¡Luchad! ¡No tengáis miedo! ¡Stalin está con nosotros! ¡Stalin vendrá!* » ¿De qué prodigios no es capaz el país en el que mueren y nacen las Zoias?

Y es también una mujer, Tcherkassova, quien, en Stalingrado, en medio de las humeantes ruinas, forma la primera brigada de voluntarios para reconstruir la ciudad, gloriosa entre todas,...

\*

\*

\*

En la sociedad burguesa, la aspiración al amor es un crimen que lleva en sí mismo su castigo. Emma Bovary fue conducida al suicidio, al igual que Ana Karenina, o que Catherina en *La tempestad* de Ostrovski. La literatura de los países capitalistas ha descrito los numerosos dramas provocados por los matrimonios « de razón »; la degradación del hombre y de la mujer dirigidos el uno contra el otro, estos nidos de víboras, estos hogares de odio que son las familias divididas por cuestiones de herencias e interés.

Generador de contradicciones y antagonismos, el capitalismo disocia la pareja humana y la familia<sup>47</sup>, dirige a la mujer contra el marido, al hijo contra el padre, al hermano contra el hermano. « *La mujer*, dice un personaje de Strindberg, *ha sido tu enemigo, y el amor entre los sexos no es más que un combate* ». Otro personaje del dramaturgo sueco define de esta forma la mentalidad que reina en el seno de la familia burguesa: « *Comer o ser comido. Esa es la cuestión* ».

La liberación de la mujer permite basar el matrimonio en el amor, pasar, según la expresión de Engels, « *del reino de la necesidad al reino de la libertad* ». A partir de ahora, la noción de propiedad personal está desterrada del dominio de los sentimientos. No son los cálculos, las presiones exteriores, los prejuicios religiosos los que fijan la una al otro dos existencias, sino la libre elección y el libre consentimiento.

A la hora del primer encuentro, el amor no es más que una emoción de la carne, un esbozo difuso, un presentimiento de felicidad. En las pruebas afrontadas y superadas en común, la unión se sella y se afirma, cada uno se engrandece con todo lo que da.

Un poeta soviético, Stepan Chtchipatov, escribe lo siguiente:

*« Hay que saber querer el amor.  
Los años pasan –doblemente hay que quererlo.  
El amor no es un suspiro sobre un banco,  
Unos pasos en la luna.  
Habrá lodo, nieves que caen.  
Es toda una vida la que hay que vivir juntos.  
El amor, se parece a una buena canción,  
Y hacer una buena canción no es del todo fácil »*

<sup>47</sup> Los Estados Unidos, fortaleza del capitalismo, ofrecen el cuadro de una sociedad atormentada por la obsesión y las neurosis sexuales, desatada por la guerra entre los sexos, apresada por las angustias colectivas y la furia del interés privado. No hay más que leer las novelas americanas o las obras de los mejores observadores de la vida americana: *Los Estados Desunidos*, de Vladimir Pozner; *Claves para América*, de Claude Roy. Denis de Rougemont, que no es para nada sospechoso de hostilidad hacia los Estados Unidos, evoca la « *tragedia secreta de una civilización que produce más divorcios, homosexuales, obsesos, estén encerrados o no, y más alcohólicos que ninguna otra* » (*Vivir en América*). Reconoce que la « *moral burguesa, producto de los puritanos, ha sido una de las más perversas que la Humanidad haya secretado nunca* ».



El comunismo, que quiere que todos tengan « pan pero también rosas », ofrece al amor su mejor oportunidad.

\*

\*

\*

Estos hombres y estas mujeres, a los que un mismo impulso lleva hacia un futuro luminoso, no son el juguete de una fatalidad ciega y absurda, sino los dueños de su destino. El sueño del gran demócrata-revolucionario Tchernyheski se hace realidad:

*« ¡Cómo de justo, poderoso y penetrante es el espíritu del que la mujer está dotada por naturaleza! Y este espíritu queda inutilizado por la sociedad que la rechaza, que la rompe, que la ahoga, ... La historia de la humanidad iría diez veces más rápido si la inteligencia de la mujer no sería rechazada y aniquilada, si podría actuar »<sup>48</sup>*

La mujer ha sido situada por la Revolución de Octubre en condiciones en las que puede actuar: y la historia ha marchado diez veces más rápido...

La victoria de los ejércitos soviéticos en la Segunda Guerra Mundial, el aplastamiento de los invasores hitlerianos y japoneses han hecho surgir en Europa democracias populares y asegurado, en Asia, el triunfo de la China progresista, dirigida por el Partido comunista y su líder Mao Tse Tung. Estas nuevas repúblicas han dado a la mujer los mismos derechos que al hombre. La mujer china, mártir secular a la que se le mutilaban los pies para retenerla en el hogar, es hoy libre e independiente. Ayer partisana en la guerra de liberación, participa hoy en la vida política, en la edificación de una democracia del pueblo y para el pueblo.

En la antigua China, la mujer vivía desde hace milenios bajo una legislación bárbara: las niñas recién nacidas eran ahogadas habitualmente en su nacimiento, el marido tenía derecho a infligir a la esposa infiel todo tipo de castigos, incluyendo la muerte. El hombre compraba o vendía a la mujer como esposa, concubina, prostituta o esclava. Tomaba a su gusto diversas esposas, mientras que la mujer debía estar « *sin manchas, como una piedra de jade* », tanto antes como después del matrimonio. También en los matrimonios « normales », la novia era habitualmente objeto de un sórdido mercadeo entre las dos familias. La viuda no tenía más remedio que permanecer fiel a la memoria del difunto. Una mujer no podía poseer nada.

Los conquistadores extranjeros, que llevaban en la boca la palabra « progreso », se beneficiaron magníficamente de esta esclavitud medieval. Para esquilmar mejor los países ocupados, reforzaron el antiguo feudalismo y el compradurismo (capitalismo feudal).

Pero las mujeres de Asia, parias entre las parias, comprendieron que su condición de esclavas estaba ligada al feudalismo y lucharon contra él. Comprendieron que los señores feudales sólo se pueden mantener con la ayuda del imperialismo extranjero y lucharon contra él. Así se han convertido en una de las principales fuerzas de la Revolución.

Triunfando sobre sus opresores, el pueblo ha liberado a la mujer.

Desde su creación, la República Popular de China le otorga los mismos derechos que al hombre en los campos político, económico, social y cultural. La libertad de matrimonio está garantizada para los dos sexos. La nueva ley matrimonial prohíbe la poligamia, el concubinaje, la remuneración de intermediarios matrimoniales, el matrimonio y la prostitución de niños. Autoriza el matrimonio a las viudas, pone a los niños nacidos fuera del matrimonio en pie de igualdad con el resto, obliga a los dos cónyuges a criar y alimentar a su progenitura.

Respetada por su marido, protegida por el Estado que le permite acceder a partir de ahora a la propiedad terrenal, la mujer china acaba de nacer en vida con la Revolución.

El ejemplo de sus hermanas soviéticas y chinas entusiasma a las mujeres que están todavía bajo el yugo del imperialismo. Desde Corea del Sur hasta Irán, de Indochina y Vietnam hasta África, con una valentía encomiable, sin dejarse intimidar ni por la persecución ni la muerte, luchan por la independencia nacional, contra los colonialistas extranjeros y sus cómplices. Saben que la emancipación de la mujer, la felicidad de los niños, sólo son posibles allí donde el pueblo se ha convertido en dueño de su destino, allí donde el imperialismo ha sido vencido.

En algunos años, la humanidad ha hecho más camino que en el transcurso de muchos siglos. Y eso es, en parte, gracias a las mujeres, combatientes del pueblo y liberadas por su victoria.

---

<sup>48</sup> Tchernyhevski: ¿Qué hacer?

Las oprimidas y explotadas del mundo entero oyen girar la locomotora de la historia, se estremecen al viento de la joven libertad y se disponen a lanzar su inmensa fuerza en la lucha final.

**JEAN FREVILLE**

**P R I M E R A P A R T E :**

**LA EVOLUCIÓN DE**  
**LA FAMILIA**

***EL MATERIALISMO HISTÓRICO Y  
LA EVOLUCIÓN DE LA FAMILIA***

P O R

***FRIEDRICH ENGELS***

Según la teoría materialista, el factor decisivo en la historia es, en última instancia, la producción y la reproducción de la vida inmediata. Pero esta producción y reproducción son de dos tipos. Por una parte, la producción de medios de existencia, de alimentos, de ropa, de vivienda, y de los instrumentos necesarios para producir todo eso; por otra parte, la producción del hombre mismo, la continuación de la especie. El orden social en que viven los hombres en una época o en un país dados está condicionado por esos dos tipos de producción: por el grado de desarrollo del trabajo y de la familia. Cuanto menos desarrollado está el trabajo y más restringida es la cantidad de sus productos, -y por consiguiente, la riqueza de la sociedad-, con tanta mayor fuerza se manifiesta la influencia dominante de los lazos de parentesco sobre el régimen social. Sin embargo, en el marco de esta sociedad basada en los lazos de parentesco, la productividad del trabajo aumenta sin cesar, y con ella se desarrollan la propiedad privada y el intercambio, las diferencias de fortuna, la posibilidad de emplear fuerza de trabajo ajena y, por consiguiente, la base de los antagonismos de clase: los nuevos elementos sociales, que en el transcurso de generaciones tratan de adaptar el viejo régimen social a las nuevas condiciones hasta que, por fin, la incompatibilidad entre uno y otras conduce a una completa revolución. La sociedad antigua, basada en las uniones gentilicias, salta por los aires a consecuencia del choque de las clases sociales recién formadas. Su lugar lo ocupa una sociedad organizada en Estado y cuyas unidades inferiores ya no son gentilicias, sino territoriales. Se trata de una sociedad en la que el régimen familiar está completamente sometido a las relaciones de propiedad y en la que se desarrollan libremente las contradicciones de clase y la lucha de clases, que constituyen el contenido de toda la historia escrita hasta nuestros días.

F. Engels: *El Origen de la familia, la propiedad privada y el Estado.*  
Prefacio a la primera edición, 1884.

\*

\*

\*

***LA EVOLUCIÓN DEL MATRIMONIO***

P O R

***FRIEDRICH ENGELS***

Como hemos visto, hay tres formas principales de matrimonio, que corresponden aproximadamente a los tres estadios fundamentales de la evolución humana. Al salvajismo le corresponde el matrimonio por grupos; a la barbarie, el matrimonio sindiásmico; a la civilización, la monogamia con sus complementos, el adulterio y la prostitución. Entre el matrimonio sindiásmico y la monogamia se intercala, en el estado superior de la barbarie, un período en que los hombres tienen a su disposición a las esclavas y se practica la poligamia.

Según ha demostrado todo lo antes expuesto, la peculiaridad del progreso manifestado en esta sucesión de formas de matrimonio consiste en que a las mujeres, pero no a los hombres, se les ha ido quitando más y más la libertad sexual del matrimonio por grupos. En efecto, el matrimonio por grupos sigue existiendo hoy para los hombres. Lo que en la mujer es un crimen de graves consecuencias legales y sociales se considera muy honroso en el hombre, o a lo sumo, como una ligera mancha moral que llevar con gusto. Pero cuanto más es modificado en nuestra época el antiguo heterismo por la producción mercantil capitalista, a la cual se adapta, más se transforma en prostitución descarada y más desmoralizadora se hace su influencia. Y a decir verdad, desmoraliza mucho más a los hombres que a las mujeres. Entre ellas, la prostitución sólo degrada a las infelices que caen en sus garras, e incluso a éstas en grado mucho menor de lo que suele creerse. En cambio, envilece el carácter de todo el sexo masculino. Y así, de advertir que el noventa por ciento de las veces el noviazgo prolongado es una verdadera escuela preparatoria para la infidelidad conyugal.

F. Engels: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*.

\*

\*

\*

## ***LA FAMILIA SINDIÁSMICA***

**P O R**

***FRIEDRICH ENGELS***

En el régimen de matrimonio por grupos, o quizás antes, ya se formaban parejas conyugales por un tiempo más o menos largo. El hombre tenía una mujer principal (no puede decirse todavía que una favorita) entre sus muchas esposas y él era para ella el esposo principal entre todos los demás. Esta circunstancia contribuyó no poco a la confusión producida en la mente de los misioneros, quienes en el matrimonio por grupos ven ora una comunidad promiscua de las mujeres, ora un adulterio arbitrario. Pero conforme se desarrollaba la *gens* e iban haciéndose más numerosas las clases de « hermanos » y « hermanas » entre quienes ahora era imposible el matrimonio, esta unión conyugal por parejas, basada en la costumbre, debió de ir consolidándose. El impulso dado por la *gens* a la prohibición del matrimonio entre parientes consanguíneos incluso llevó las cosas más lejos. Así, entre los iroqueses y la mayoría de los demás indios del estadio inferior de la barbarie está prohibido el matrimonio entre *todos* los parientes de su sistema, que cuenta con algunos centenares de parentescos diferentes. Con esta creciente complicación de las prohibiciones del matrimonio, las uniones por grupos se hicieron cada vez más imposibles y fueron sustituidas por la *familia sindiásmica*. En esta etapa, un hombre vive con una mujer, pero de tal suerte que la poligamia y la infidelidad ocasional siguen siendo un derecho para los hombres, aunque por causas económicas la poligamia raramente ocurre. Al mismo tiempo, se exige la más estricta fidelidad a las mujeres mientras dure la vida común y su adulterio se castiga cruelmente. Sin embargo, el vínculo conyugal se disuelve con facilidad por cualquiera de las partes. Tras la separación, los hijos siguen perteneciendo sólo a la madre.

La selección natural continúa actuando sobre esta exclusión, cada vez más extendida, de los parientes consanguíneos del lazo conyugal. Según Morgan, el matrimonio entre *gens* no consanguíneas « engendra una raza más fuerte, tanto en el aspecto físico como en el mental (...) Al fundirse dos tribus avanzadas en una sola (...) los nuevos cráneos y cerebros crecían hasta abarcar las capacidades de ambas ». Así pues, las tribus que habían adoptado el régimen gentilicio estaban llamadas a predominar sobre las atrasadas, o a arrastrarlas con su ejemplo.

Por tanto, la evolución de la familia en los tiempos prehistóricos consiste en una constante reducción del círculo en cuyo seno prevalece la comunidad conyugal, círculo que en su origen abarcaba la tribu entera. La exclusión progresiva, primero, de los parientes cercanos, después, de los lejanos, y, finalmente, incluso de los parientes políticos, hace imposible en la práctica todo matrimonio por grupos. En última instancia no queda sino la simple pareja unida por vínculos todavía frágiles, la molécula con cuya disociación concluye el matrimonio como tal. Esto prueba que el origen de la monogamia tiene poco que ver con el amor sexual individual, según la actual concepción del término.

(...)

La familia sindiásmica aparece en la frontera entre el salvajismo y la barbarie, la mayoría de las veces en el estadio superior del primero y sólo en algunas partes en el estadio inferior de la segunda. Es la forma de familia característica de la barbarie, como el matrimonio por grupos lo es del salvajismo y la monogamia lo es de la civilización. Para que la familia sindiásmica evolucionase hasta llegar a una monogamia estable fueron menester causas distintas a las que hemos visto hasta aquí. En la familia sindiásmica, el grupo había quedado ya reducido a su última unidad, a su molécula biatómica: un hombre y una mujer. La selección natural había realizado su obra reduciendo cada vez más la comunidad de los matrimonios, nada le quedaba ya que hacer en este sentido. Por tanto, de no haber entrado en juego nuevas fuerzas *sociales*, no hubiese habido ninguna razón para que de la familia sindiásmica surgiera otra nueva forma de familia. Pero esas nuevas fuerzas entraron en juego.

F. Engels: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado.*

\*

\*

\*

## ***EL TRÁNSITO DEL MATRIARCADO AL PATRIARCADO***

P O R

***FRIEDRICH ENGELS***

El esclavo no tenía ningún valor para los bárbaros del estadio inferior. Por eso los indios americanos obraban con sus enemigos vencidos de una manera muy diferente a como se hizo en el estadio superior. La tribu vencedora mataba a los hombres o los adoptaba como hermanos; las mujeres eran tomadas por esposas o adoptadas con sus hijos supervivientes. En este estadio, la fuerza de trabajo humana no produce todavía un excedente apreciable sobre sus gastos de mantenimiento. Pero las cosas tomaron otro cariz con la introducción de la cría de ganado, la elaboración de los metales, el arte del tejido y, por último, la agricultura. Sobre todo desde que los rebaños pasaron definitivamente a ser propiedad de la familia, con la fuerza de trabajo pasó lo mismo que había pasado con las mujeres, antes tan fáciles de adquirir y que ahora tenían ya su valor de cambio y se compraban. La familia no se multiplicaba con tanta rapidez como el ganado, que ahora requería más personas para su custodia. Podía utilizarse para ello al prisionero de guerra, que además, al igual que las reses, podía multiplicarse.

Convertidas en propiedad particular de las familias y aumentadas después rápidamente, todas estas riquezas asestaron un duro golpe a la sociedad fundada en el matrimonio sindiásmico y en la *gens* matriarcal. El matrimonio sindiásmico había introducido en la familia un elemento nuevo. Junto a la verdadera madre había puesto al verdadero padre, probablemente mucho más auténtico que muchos “padres” de nuestros días. Con arreglo a la división del trabajo en la familia de entonces, correspondía al hombre procurar la alimentación y los instrumentos de trabajo necesarios para ello. Consiguientemente, era, por derecho, el propietario de dichos instrumentos, y en caso de separación se los llevaba consigo, de igual manera que la mujer conservaba sus enseres domésticos. Por tanto, según las costumbres de aquella sociedad, el hombre era el propietario de la nueva fuente de alimento, el ganado y, más adelante, del nuevo instrumento de trabajo, el esclavo. Pero según la usanza de aquella misma sociedad, sus hijos no podían heredar de él, porque, en cuanto a este punto, las cosas eran como sigue:

Con arreglo al derecho materno, es decir, mientras que la descendencia sólo se contaba por línea femenina, y según la primitiva ley de herencia imperante en la *gens*, al principio los miembros de ésta heredaban de su pariente gentilicio fallecido. Sus bienes debían quedar, pues, en la *gens*. Por efecto de su poca importancia, en la práctica estos bienes pasaban, desde tiempo inmemorial, a los parientes más próximos, es decir, a los consanguíneos por línea materna. Pero los hijos del difunto no pertenecían a su *gens*, sino a la de la madre. Al principio heredaban de la madre, con los demás consanguíneos de ésta; luego probablemente fueran sus primeros herederos. Pero no podían serlo de su padre porque no pertenecían a su *gens*, en la cual debían permanecer sus bienes. Así, a la muerte de su propietario, los rebaños pasaban *primero* a sus hermanos y hermanas y a los hijos de éstas, o a los descendientes de las hermanas de su madre. Respecto a sus propios hijos, se veían desheredados.

Así pues, a medida que iban en aumento, las riquezas daban al hombre una posición en la familia más importante que a la mujer y hacían que naciera en él la idea de valerse de esta ventaja para modificar en provecho de sus hijos el orden de herencia establecido. Pero esto no podía hacerse mientras permaneciese vigente la filiación según el derecho materno. Éste tenía que ser abolido, y lo fue, lo que no resultó tan difícil como hoy nos pueda parecer. Aquella revolución –una de las más profundas que la humanidad ha conocido– no tuvo necesidad de tocar ni a un solo miembro vivo de la *gens*. Todos los miembros de ésta pudieron seguir siendo lo que hasta entonces habían sido. Bastó decidir sencillamente que, en el futuro, los hijos pertenecerían a la *gens* de su padre. Así quedaron abolidos la filiación femenina y el derecho hereditario materno, sustituyéndolos la filiación masculina y el derecho hereditario paterno. Nada sabemos respecto a cómo y cuándo se produjo esta revolución en los pueblos cultos, pues se remonta a los tiempos prehistóricos (...)

La abolición del derecho materno fue *la gran derrota histórica del sexo femenino* en todo el mundo. El hombre empuñó las riendas también en la casa y la mujer se vio degradada, convertida en la servidora, en la esclava de la lujuria del hombre, en un simple instrumento de reproducción. Esa baja condición de la mujer, que se manifiesta sobre todo en los griegos de los tiempos heroicos y todavía más entre los de los tiempos clásicos, ha sido gradualmente retocada, disimulada y, en ciertos lugares, hasta revestida de formas más suaves, pero ni mucho menos ha sido abolida.

F. Engels: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado.*

\*

\*

\*

## ***POLIGAMIA Y POLIANDRIA***

P O R

***FRIEDRICH ENGELS***

Antes de pasar a la monogamia, a la cual da rápido desarrollo el derrumbamiento del matriarcado, digamos algunas palabras sobre la poligamia y la poliandria. Estas dos formas de matrimonio sólo pueden ser excepciones, artículos de lujo de la historia, digámoslo así, a no ser que estén presentes simultáneamente en un mismo país, lo cual, como sabemos, no se produce. Pues bien, como los hombres excluidos de la poligamia no podían consolarse con las mujeres dejadas en libertad por la poliandria, y como el número de hombres y mujeres independientemente de las instituciones sociales ha seguido siendo hasta ahora casi igual, ninguna de estas dos formas de matrimonio pudo alcanzar un carácter general. De hecho, la poligamia de un hombre era, evidentemente, un producto de la esclavitud y se limitaba a las gentes de posición elevada. En la familia patriarcal semítica, es polígamo el patriarca y, a lo sumo, algunos de sus hijos; los demás se tienen que contentar con una sola mujer. Así sucede aún hoy en todo Oriente: la poligamia es un privilegio de los ricos y los poderosos, y las mujeres son reclutadas principalmente a través de la compra de esclavas. La masa del pueblo es monógama. Una excepción parecida es la poliandria en la India y en el Tíbet, nacida del matrimonio por grupos y cuyo interesante origen queda por estudiar más a fondo. En la práctica, parece mucho más tolerante que el régimen del harén musulmán. Entre los naires de la India, por lo menos tres, cuatro o más hombres tienen una mujer común, pero cada uno de ellos puede tener, en unión con otros hombres, una segunda, una tercera, una cuarta mujer y así sucesivamente.

F. Engels: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado.*

\*

\*

\*

## ***LA DECADENCIA DE LA GENS Y EL NACIMIENTO DEL ESTADO***

P O R

***FRIEDRICH ENGELS***



Así pues, en la constitución griega de la época heroica todavía vemos llena de vigor la antigua organización gentilicia, pero también observamos el comienzo de su decadencia: el derecho paterno con herencia de la fortuna por los hijos, lo cual facilita la acumulación de las riquezas en la familia y hace de ésta un poder contrario a la *gens*; la repercusión de las diferencias de fortuna sobre la constitución social, mediante la formación de los gérmenes de una nobleza hereditaria y de la monarquía; la esclavitud, que al principio sólo comprendió a los prisioneros de guerra, pero que desbrozó el camino a la esclavitud de los propios miembros de la tribu y hasta de la *gens*; la degeneración de las antiguas guerras de unas tribus contra otras en correrías sistemáticas por tierra y por mar para apoderarse de ganados, esclavos y tesoros, lo que llegó a ser un negocio más. En resumen, la fortuna es apreciada y considerada como el sumo bien, y se abusa del antiguo orden gentilicio para justificar el robo de las riquezas por medio de la violencia. No faltaba más que una cosa: la institución que no sólo asegurase las nuevas riquezas de los individuos contra las tradiciones comunistas de las *gens*, que no sólo consagrarse la propiedad privada, antes tan poco estimada, e hiciese de esta satisfacción el fin más elevado de la sociedad humana, sino que además imprimiera el sello del reconocimiento social a las nuevas formas de adquirir la propiedad, que se desarrollaban una tras otra, y, por tanto, a la acumulación cada vez más acelerada de la riqueza. En una palabra, faltaba una institución que no sólo perpetuase la naciente división de la sociedad en clases, sino también el derecho de la clase poseedora de explotar a la no poseedora y el dominio de la primera sobre la segunda.

Y esa institución nació. Se inventó el *Estado*.

F. Engels: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*.

\* \* \*

**EL ORIGEN DE  
LA FAMILIA MONOGÁMICA**

P O R

**FRIEDRICH ENGELS**

Según hemos indicado, nace de la familia sindiásmica en el período de la transición entre los estadios medio y superior de la barbarie. Su triunfo definitivo es uno de los síntomas de la naciente civilización. Se fundamenta en el predominio del hombre y su fin expreso es el de procrear hijos cuya paternidad sea indiscutible. Esta paternidad indiscutible se exige porque los hijos, en calidad de herederos directos, han de hacerse un día con los bienes de su padre. La familia monogámica se diferencia del matrimonio sindiásmico por una solidez mucho mayor de los lazos conyugales, que ya no pueden ser disueltos por deseo de una de las partes. Ahora, como regla, sólo el hombre puede romper esos lazos y repudiar a su mujer. También se le otorga el derecho de infidelidad conyugal –legitimado al menos por la costumbre (el Código de Napoleón se lo concede expresamente, mientras no lleve a la concubina al domicilio conyugal)–, derecho que se ejerce cada vez más ampliamente a medida que progresa la evolución social. Si la mujer se acuerda de las antiguas prácticas sexuales y quiere reavivarlas, es castigada con más rigor que en ninguna otra época anterior.

Entre los griegos encontramos en toda su severidad la nueva forma de familia. Mientras que, como señala Marx, la situación de las diosas en la mitología nos habla de un período anterior en que la posición de las mujeres era más libre y más estimada, en los tiempos heroicos vemos ya a la mujer humillada por el predominio del hombre y la competencia de las esclavas. Léase en la *Odisea* cómo Telémaco interrumpe a su madre y le impone silencio. En Homero, los vencedores satisfacen sus apetitos sexuales con las jóvenes capturadas. Los jefes, conforme a su rango, elegían para sí las más hermosas; toda la *Iliada* gira en torno a la disputa entre Aquiles y Agamenón a causa de una esclava. Junto a cada héroe, más o menos importante, Homero habla de la joven cautiva con la cual comparte su tienda y su lecho. Esas mujeres eran también conducidas al país nativo de los héroes, a la casa conyugal, como hizo Agamenón con Casandra, en Esquilo. Los hijos de estas esclavas reciben una pequeña parte de la herencia paterna y son considerados como hombres libres. Así, Teucro es hijo natural de Télamon y tiene derecho a llevar el nombre de su padre. En cuanto a la mujer legítima, se le exige que tolere todo esto y, a la vez, guarde una castidad y una fidelidad conyugal rigurosas. Ciertamente es que la mujer griega de la época heroica es más respetada que la del período civilizado, pero para el hombre no es, a fin de cuentas, más que la madre de sus hijos legítimos, sus herederos, la que gobierna la casa y vigila a las esclavas, de quienes él tiene derecho a hacer, y hace, concubinas siempre que se le antoje. La existencia de la esclavitud junto a la monogamia, la presencia de



jóvenes bellas cautivas que pertenecen en cuerpo y alma al *hombre*, es lo que imprime desde su origen un carácter específico a la monogamia, que *sólo es monogamia para la mujer*, pero no para el hombre. Actualmente todavía conserva este carácter.

En cuanto a los griegos de una época más reciente, debemos distinguir entre los dorios y los jonios. Entre los primeros, de los cuales Esparta es el ejemplo clásico, las relaciones conyugales son, en muchos sentidos, más primitivas que las recogidas por Homero. En Esparta existe un matrimonio sindiásmico modificado por el Estado conforme a las concepciones allí dominantes y que conserva muchos vestigios del matrimonio por grupos. Las uniones estériles se rompen: el rey Anaxándrides (hacia el año 650 antes de nuestra era) tomó una segunda mujer, sin dejar a la primera, que era estéril, y mantenía dos domicilios conyugales. Hacia la misma época, teniendo el rey Arsitón dos mujeres sin hijos, echó a una de ellas y tomó a otra. Además, varios hermanos podían tener una mujer común. El hombre que prefería a la esposa de un amigo podía compartirla con éste. Y se estimaba decoroso poner la mujer propia a disposición de un « buen semental » (como diría Bismarck), aunque no fuese un conciudadano. De un pasaje de Plutarco, en que una espartana envía a su marido un pretendiente que la persigue con sus proposiciones, puede incluso deducirse, según Schoemann, una libertad de costumbres aún mayor. Por esta razón, el adulterio efectivo, la infidelidad de la mujer a espaldas de su marido, era inaudito. Por otra parte, la esclavitud doméstica era desconocida en Esparta, por lo menos en su mejor época. Los ilotas vivían aparte, en las tierras de sus señores, y, por consiguiente, entre los espartanos era menor la tentación de solazarse con sus mujeres. Por todas estas razones, las mujeres tenían en Esparta una posición mucho más respetada que entre los otros griegos. Las casadas espartanas y la flor y nata de las hetairas atenienses son las únicas mujeres de quienes hablan con respeto los antiguos y de las cuales se tomaron el trabajo de recoger sus palabras.

Otra cosa muy diferente era lo que pasaba entre los jonios, para los cuales es característico el régimen de Tanas. Las doncellas sólo aprendían a hilar, tejer y coser, a lo sumo también a leer y escribir. Prácticamente eran cautivas y sólo tenían trato con otras mujeres. Su habitación era un aposento separado, sito en el piso alto o detrás de la casa, adonde las mujeres se retiraban en cuanto llegaba algún visitante; los hombres, sobre todo los extraños, no entraban fácilmente allí. Las mujeres no salían sin que las acompañase una esclava y dentro de la casa estaban sometidas a vigilancia. Aristófanes habla de perros molosos para espantar a los adúlteros, y en las ciudades asiáticas las mujeres eran vigiladas por eunucos, que ya en los tiempos de Herodoto se fabricaban en Quíos para comerciar con ellos y que, si hemos de creer a Wachsmuth, no sólo los compraban los bárbaros. En Eurípides se califica a la mujer de *oikurema*, algo destinado a cuidar del hogar doméstico (la palabra es neutra), y fuera de la procreación, para el ateniense sólo era la criada principal. El hombre tenía sus ejercicios gimnásticos y sus discusiones públicas, cosas de las que estaba excluida la mujer. Además solía tener esclavas a su disposición y, en la época floreciente de Atenas, una prostitución muy extensa que el Estado, en todo caso, protegía. Precisamente sobre la base de esa prostitución se desarrollaron las mujeres griegas, que sobresalen entre las mujeres del mundo antiguo por su ingenio y su gusto artístico, al igual que las espartanas sobresalen por su carácter. Pero el hecho de que para convertirse en mujer fuese preciso ser antes hetaira es la condena más severa de la familia ateniense.

Con el transcurso del tiempo, esa familia ateniense llegó a ser la horma que modeló las relaciones domésticas del resto de los jonios y también de todos los griegos de la metrópoli y las colonias. Sin embargo, a pesar del secuestro y la vigilancia, las griegas hallaban muy a menudo ocasiones para engañar a sus maridos. Estos, que se hubieran ruborizado de mostrar el más pequeño amor a sus mujeres se recreaban con las hetairas en toda clase de galanterías. Pero el envilecimiento de las mujeres se vengó en los hombres y los envileció a su vez, llevándolos hasta la repugnante práctica de la pederastia y a deshonar a sus dioses y a sí mismos con el mito de Ganímedes.

Tal fue el origen de la monogamia, según hemos podido seguirla en el pueblo más culto y desarrollado de la Antigüedad. De ninguna manera fue fruto del amor sexual individual, con el que no tuvo nada que ver, sino que, como antes, la conveniencia era el móvil de los matrimonios. Fue la primera forma de familia que no se basó en condiciones naturales, sino económicas, concretamente en el triunfo de la propiedad privada sobre la propiedad común primitiva originada espontáneamente. Preponderancia del hombre en la familia y procreación de hijos que sólo pudieran ser de él destinados a heredarle: tales fueron, abiertamente proclamados por los griegos, los únicos objetivos de la monogamia. Por lo demás, el matrimonio era para ellos una carga, un deber para con los dioses, el Estado y sus propios antepasados, deber que se veían obligados a cumplir. En Atenas, la ley no sólo imponía el matrimonio, sino que además obligaba al marido a cumplir un mínimo determinado de los llamados deberes conyugales.

F. Engels: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado.*

\* \* \*

**CARACTERÍSTICAS DE  
LA MONOGAMIA**

P O R

**FRIEDRICH ENGELS**

Por tanto, de ninguna manera la monogamia aparece en la historia como una reconciliación entre el hombre y la mujer, y menos aún como la forma más elevada de matrimonio. Al contrario, entra en escena bajo la forma de la esclavización de un sexo por el otro, como la proclamación de un conflicto entre los sexos, desconocido hasta entonces en la prehistoria. En un viejo manuscrito inédito, redactado en 1846 por Marx y por mí <sup>49</sup>, encuentro esta frase: « La primera división del trabajo es la que se hizo entre el hombre y la mujer para la procreación de hijos ». Y hoy puedo añadir: el primer antagonismo de clases, con la opresión del sexo femenino por el masculino. La monogamia fue un gran proceso histórico, pero al mismo tiempo, junto con la esclavitud y las riquezas privadas, inaugura esta época que dura hasta nuestros días y en la cual cada progreso es al mismo tiempo un retroceso relativo, en la cual el bienestar y el desarrollo de unos se alcanzan a expensas del dolor y la frustración de otros. La monogamia es la forma celular de la sociedad civilizada, y en ella ya podemos estudiar la naturaleza de las contradicciones y antagonismos que alcanzan su pleno desarrollo en esta sociedad.

La antigua libertad relativa en las relaciones sexuales no desapareció del todo con el triunfo del matrimonio sindiásmico, ni incluso con el de la monogamia. « El antiguo sistema conyugal, reducido a más estrechos límites por la gradual desaparición de los grupos de punalúas, seguía siendo el medio en que se desenvolvía la familia, cuyo desarrollo llegó hasta los albores de la civilización (...); desapareció, por fin, en la nueva forma del heterismo, que persigue al género humano en la civilización como una negra sombra que se cierne sobre la familia ». Morgan entiende por heterismo las relaciones extraconyugales, *coexistentes junto a la monogamia*, de hombres con mujeres no casadas, intercambio carnal que, como es sabido, florece junto a las formas más diversas durante todo el período de la civilización y se transforma cada vez más en descarada prostitución. Este heterismo deriva en línea recta del matrimonio por grupos, de la entrega propiciatoria con la que las mujeres adquirieron el derecho a la castidad.

La entrega por dinero fue al principio un acto religioso. Se practicaba en el templo de la diosa del amor y, primitivamente, el dinero ingresaba en las arcas del templo. Las hieródulas de Anaitis en Armenia, las de Afrodita en Corinto, al igual que las bailarinas religiosas de los templos de Ainidia (conocidas por el nombre de bayaderas, derivado del portugués *bailadeira*), fueron las primeras prostitutas. El sacrificio de entregarse, en un principio obligación de todas las mujeres, fue más tarde ejercido solamente por estas sacerdotisas, en sustitución de todas las demás. En otros pueblos, el heterismo proviene de la libertad sexual concedida a las jóvenes antes del matrimonio. Así pues, es también un resto del matrimonio por grupos, pero que ha llegado hasta nosotros por otro camino. Con la diferencia en la propiedad, es decir, ya en el estadio superior de la barbarie, junto al trabajo esclavo aparece esporádicamente el trabajo asalariado, y al mismo tiempo, como un correlativo necesario de éste, junto a la entrega forzada de las esclavas aparece la prostitución profesional de las mujeres libres. Así pues, la herencia que el matrimonio por grupos legó a la civilización es doble, como también es doble, ambiguo, equívoco, contradictorio, todo lo que la civilización produce: por un lado, la monogamia, y por el otro, el heterismo, incluyendo su forma extrema, la prostitución. El heterismo es una institución social como cualquier otra y mantiene la antigua libertad sexual... en provecho de los hombres. No sólo tolerado de hecho sino practicado libremente sobre todo por las clases dominantes, se reprueba de palabra. Pero, en realidad, esta reprobación nunca va dirigida contra los hombres que lo practican, sino solamente contra las mujeres, que son despreciadas y rechazadas, proclamando con ello, una vez más, la supremacía absoluta del hombre sobre el sexo femenino como ley fundamental de la sociedad.

Pero en la monogamia se da una segunda contradicción. Junto al marido, que ameniza su existencia con el heterismo, se encuentra la mujer abandonada. Y en una contradicción no puede existir un término sin que exista el otro, como no se puede tener en la mano una manzana entera después de haberse comido la

---

<sup>49</sup> *La Ideología alemana*

mitad. Sin embargo, ésta parece haber sido la opinión de los hombres hasta que las mujeres les pusieron otra cosa en la cabeza. Con la monogamia aparecieron dos figuras sociales, constantes y características, desconocidas hasta entonces: el inevitable amante de la mujer y el marido cornudo. Los hombres habían logrado la victoria sobre las mujeres, pero las vencidas se encargaron generosamente de coronar a los vencedores. El adulterio, prohibido y castigado rigurosamente pero indestructible, llegó a ser una institución social inevitable, junto a la monogamia y el heterismo. En el mejor de los casos, la certeza de la paternidad de los hijos se basaba ahora, como antes, en el convencimiento moral, y para resolver la irresoluble contradicción, el Código de Napoleón dispuso en su artículo 312: « *L'enfant conçu pendant le mariage a pour père le mari* »<sup>50</sup>. Este es el resultado final de tres mil años de monogamia.

Así pues, en los casos en que la familia monogámica refleja fielmente su origen histórico y manifiesta con claridad el conflicto entre el hombre y la mujer, originado por el dominio exclusivo del primero, tenemos un cuadro en miniatura de las contradicciones y los antagonismos en medio de los cuales se mueve la sociedad, dividida en clases desde la civilización, sin poder resolverlos ni vencerlos. Naturalmente, sólo hablo aquí de los casos de monogamia en que la vida conyugal transcurre con arreglo a las prescripciones del carácter original de esta institución, pero en la que la mujer se rebela contra el dominio masculino. Que no en todos los matrimonios ocurre así, lo sabe mejor que nadie el filisteo alemán, que no sabe mandar ni en su casa ni en el Estado y cuya mujer lleva con pleno derecho los pantalones de los que él no es digno. Pero no por esto deja de creerse muy superior a su compañero de infortunios francés, a quien con mayor frecuencia que a él mismo le suceden cosas mucho más desagradables.

Por supuesto, la familia monogámica no ha revestido en todo tiempo y lugar la forma clásica y dura que tuvo entre los griegos. La mujer era más libre y estaba más considerada entre los romanos, quienes en su calidad de futuros conquistadores del mundo tenían un concepto más amplio de las cosas, aunque menos refinado que los griegos. El romano creía suficientemente garantizada la fidelidad de su esposa por el derecho de vida y muerte que tenía sobre ella. Además, tanto el hombre como la mujer podían romper el vínculo matrimonial a su arbitrio. Pero indudablemente el mayor progreso en el desarrollo de la monogamia se realizó con la entrada de los germanos en la historia, y fue así porque, dada su pobreza, parece que por aquel entonces la monogamia aún no se había desarrollado plenamente entre ellos a partir del matrimonio sindiásmico. Sacamos esta conclusión basándonos en tres circunstancias mencionadas por Tácito: en primer lugar, junto con la santidad del matrimonio (« se contentan con una sola mujer y las mujeres viven cercadas por su pudor »), la poligamia estaba en vigor para los nobles y los jefes de tribu, una situación análoga a la de los americanos, entre quienes existía el matrimonio sindiásmico. En segundo lugar, la transición del derecho materno al paterno se había de realizar poco antes, puesto que el hermano de la madre —el pariente *gentilicio* más próximo, según el matriarcado— casi era tenido como un pariente más próximo que el propio padre, lo que también corresponde al punto de vista de los indios americanos, entre los cuales Marx había encontrado la clave para comprender nuestro propio pasado, como solía decir. Y en tercer lugar, entre los germanos las mujeres gozaban de suma consideración y ejercían una gran influencia hasta en los asuntos públicos, lo cual es diametralmente opuesto a la supremacía masculina de la monogamia. Todos estos son puntos en que los germanos están casi por completo de acuerdo con los espartanos, entre quienes tampoco había desaparecido del todo el matriarcado sindiásmico, según hemos visto. Así pues, también desde este punto de vista llegó con los germanos un elemento enteramente nuevo que se impuso en todo el mundo. La nueva monogamia que, entre las ruinas del mundo romano, salió de la mezcla de los pueblos, revistió la supremacía masculina de formas más suaves y dio a las mujeres una posición mucho más considerada y más libre, por lo menos aparentemente, de lo que nunca había conocido la edad clásica. Gracias a ello fue posible, partiendo de la monogamia — en su seno, junto a ella o contra ella, según las circunstancias—, el progreso moral más grande que le debemos: el amor sexual individual moderno, desconocido anteriormente en el mundo.

F. Engels: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*.

\*

\*

\*

---

<sup>50</sup> « El hijo concebido durante el matrimonio tiene como padre al marido ». En francés en el original.

## **EL AMOR SEXUAL Y EL MATRIMONIO, DE LA ANTIGÜEDAD HASTA NUESTROS DÍAS**

P O R

**FRIEDRICH ENGELS**

Antes de la Edad Media no puede hablarse de la existencia del amor sexual individual. Es obvio que la belleza personal, la intimidad, las inclinaciones comunes, etc. han debido despertar en los individuos de sexo diferente el deseo de relaciones sexuales, que tanto a hombres como a mujeres no les era indiferente con quién entablar relaciones íntimas. Pero de eso a nuestro amor sexual individual aún media muchísima distancia. En toda la Antigüedad, son los padres quienes conciertan las bodas, en vez de los interesados, que se conforman tranquilamente. El poco amor conyugal que la Antigüedad conoce no es una inclinación subjetiva, sino más bien un deber objetivo; no es la base, sino el complemento del matrimonio. El amor, en el sentido moderno de la palabra, sólo se presentaba fuera de la sociedad oficial. Los pastores cuyas alegrías y penas de amor nos cantan Teócrito y Moscos, o Longo en su Dafnis y Cloe, son simples esclavos que no tienen participación en el Estado, esfera en la que se mueve el ciudadano libre. Pero fuera de los esclavos sólo encontramos relaciones amorosas como un producto de la descomposición del mundo antiguo mantenidas con mujeres que también viven fuera de la sociedad oficial, con hetairas, es decir, con extranjeras o libertas: en Atenas, en vísperas de su caída; en Roma, bajo los emperadores. Si había relaciones amorosas entre ciudadanos y ciudadanas libres, eran relaciones adúlteras. Y el amor sexual, tal como nosotros lo entendemos, era algo tan indiferente para el viejo Anacreonte, el cantor clásico del amor en la Antigüedad, que ni siquiera le importaba el sexo de la persona amada.

Nuestro amor sexual difiere esencialmente del simple deseo sexual, del eros de los antiguos. En primer lugar, supone la reciprocidad en el ser amado. Desde este punto de vista, la mujer es en él igual que el hombre, mientras que en el eros de la Antigüedad se está lejos de consultarla siempre. En segundo lugar, el amor sexual alcanza una intensidad y una duración que hace que ambas partes consideren la falta de relaciones íntimas y la separación como una gran desventura, si no la mayor de todas; para poder ser el uno del otro, no se retrocede ante nada y se llega hasta jugarse la vida, lo cual sólo sucedía en la Antigüedad en caso de adulterio. Y, por último, nace un nuevo criterio moral para juzgar las relaciones sexuales. Ya no se pregunta solamente: ¿son legítimas o ilegítimas?, sino también: ¿son hijas del amor y de un afecto recíproco? Por supuesto, en la práctica feudal o burguesa este criterio no es respetado más que cualquier otro criterio moral, pero tampoco menos; al igual que los restantes, está reconocido sobre el papel. Y por el momento, no puede pedirse más.

La Edad Media arranca del punto en que se detuvo la Antigüedad, con su amor sexual en embrión, es decir, arranca del adulterio. Ya hemos pintado el amor caballeresco que engendró los *Tageledier*.<sup>51</sup> De este amor, que tiende a destruir el matrimonio, hasta el amor que debe servirle de base, hay un largo trecho que la caballería jamás recorrió totalmente. Incluso cuando pasamos de los frívolos pueblos latinos a los virtuosos alemanes, vemos en el *Cantar de los Nibelungos* que Krimilda, aunque secretamente tan enamorada de Sigfrido como él de ella, responde a Gunther cuando éste le anuncia que la ha prometido a un caballero, de quien calla el nombre: « No tenéis necesidad de suplicarme, señor, a unirme con aquel que me deis por marido ». A Krimilda ni se le pasa por la imaginación que su amor pueda ser tenido en cuenta para nada. Gunther pide en matrimonio a Brunilda y Atila pide a Krimilda, sin haberlas visto nunca. De igual manera, Sigebant de Irlanda busca en *Gudrun* a la noruega Ute, Hetel de Hegelingen busca a Hilda de Irlanda, y, en fin, Sigfrido de Morlandia, Heartmut de Normandía y Herwig de Celandia piden los tres la mano de Gudrun; y aquí ésta se pronuncia libremente por primera vez a favor del último. Por lo común, la novia del joven príncipe es elegida por los padres de éste si aún viven o, en caso contrario, por él mismo, aconsejado por los grandes señores feudales, cuya opinión en estos casos tiene gran peso. Y no puede ser de otro modo, por supuesto. Para el caballero o el barón, como para el mismo príncipe, el matrimonio es un acto político, una oportunidad de aumentar el poder mediante nuevas alianzas. Lo decisivo son los intereses de « la casa » y no las inclinaciones individuales. ¿Cómo podía entonces tener el amor la última palabra en la concertación de un matrimonio?

---

<sup>51</sup> *Cantos de la mañana*, alboradas.



Lo mismo sucede con los burgueses de los gremios en las ciudades medievales. Precisamente sus privilegios protectores, las cláusulas de los reglamentos gremiales, las complicadas líneas fronterizas que separaban legalmente al burgués, acá de las otras corporaciones gremiales, allá de sus propios colegas de gremio o de sus fieles aprendices, hacían harto estrecho el círculo dentro del cual podía buscarse una esposa adecuada para él. Y en este complicado sistema, evidentemente no era su gusto personal, sino el interés de la familia, lo que decidía cuál era la mujer que más le convenía.

Así, en la mayoría de los casos y hasta el final de la Edad Media, el matrimonio siguió siendo lo que había sido desde su origen: un trato que no cerraban las partes interesadas. Al principio, se venía ya casado al mundo, casado con todo un grupo de seres del otro sexo. En la forma posterior del matrimonio por grupos, verosíblemente existían análogas condiciones, pero con un estrechamiento progresivo del círculo. En el matrimonio sindiásmico la regla es que las madres concierten entre sí el matrimonio de sus hijos. También aquí el factor decisivo es el deseo de que los nuevos lazos de parentesco robustezcan la posición de la joven pareja en la *gens* y la tribu. Y cuando la propiedad individual se impuso a la propiedad colectiva, cuando, los intereses de la transmisión hereditaria le dieron la primacía al derecho paterno y a la monogamia, el matrimonio comenzó a depender por entero de consideraciones económicas. La *forma* del matrimonio por compra desapareció, pero en esencia continúa practicándose cada vez más y más, y de modo que no sólo la mujer tiene su precio, sino también el hombre, aunque no dependiendo de sus cualidades personales, sino con arreglo a la cuantía de sus bienes. En la práctica y desde el principio, si algo había inconcebible para las clases dominantes era que la inclinación recíproca de los interesados pudiese ser la razón por excelencia del matrimonio. Esto sólo pasaba en las novelas o en las clases oprimidas, que no contaban para nada.

Tal era la situación con que se encontró la producción capitalista cuando, a partir de la era de los descubrimientos geográficos, se puso a conquistar el mundo mediante el comercio universal y la industria manufacturera. Es de suponer que este tipo de matrimonio le convenía excepcionalmente, y así era en verdad. Y sin embargo –la ironía de la Historia es insondable– era precisamente el capitalismo quien había de abrir la brecha decisiva en él. Al transformar todo en mercancías, la producción capitalista destruyó todas las relaciones tradicionales del pasado y reemplazó las costumbres heredadas y los derechos históricos por la compraventa, por el « libre » contrato. El jurista inglés H. Summer Maine creyó haber hecho un descubrimiento extraordinario al decir que nuestro progreso respecto a las épocas anteriores consiste en que hemos pasado *from status to contract*<sup>52</sup>, de un orden de cosas heredado a uno libremente consentido, lo cual, en lo que tiene de correcto, ya se dice en *El Manifiesto Comunista*.

Pero para contratar se necesitan gentes que puedan disponer libremente de su persona, sus acciones y sus bienes, y que gocen de los mismos derechos. Crear esas personas « libres » e « iguales » fue precisamente una de las principales tareas de la producción capitalista. Aunque al principio esto se hizo de una manera medio inconsciente y, por añadidura, bajo el disfraz de la religión, desde la reforma luterana y calvinista quedó firmemente asentado el principio de que el hombre sólo es completamente responsable de sus acciones cuando las comete por libre albedrío y que es un deber ético oponerse a todo lo que le obliga a un acto inmoral. Pero ¿cómo poner de acuerdo a este principio con la práctica, usual hasta entonces, de concertar el matrimonio? Según el concepto burgués, el matrimonio era un contrato, una cuestión de derecho, y, por cierto, la más importante de todas, pues disponía del cuerpo y el alma de dos seres humanos para toda la vida. Verdad es que en aquella época el matrimonio era formalmente voluntario; sin el « sí » de los interesados no se podía hacer nada. Pero bien se sabía cómo se obtenía el « sí » de los interesados y cuáles eran los verdaderos autores del matrimonio. Sin embargo, puesto que para todos los demás contratos se exigía la libertad real de decidir, ¿por qué no se exigía en éste? Los jóvenes que debían casarse, ¿no tenían también el derecho de disponer libremente de sí mismos, de su cuerpo y de sus órganos? ¿No se había puesto de moda, gracias a la caballería andante, el amor sexual? ¿Acaso, en contra del amor adúltero de los caballeros andantes, no era el amor conyugal su verdadera forma burguesa? Si el deber de los esposos era amarse recíprocamente, ¿no era tan deber de los amantes el casarse sólo entre ellos y con nadie más? Y este derecho de los amantes, ¿no era superior al derecho del padre y la madre, los parientes y demás casamenteros y alcahuetes tradicionales? Si el derecho al libre examen personal había penetrado en la Iglesia y la religión, ¿podía acaso detenerse ante la intolerable pretensión de la vieja generación de disponer del cuerpo, el alma, los bienes, la ventura y la desventura de la generación joven?

---

<sup>52</sup> « *Del status al contrato* », en inglés en el original.

Por fuerza debían ser planteadas estas cuestiones en una época que relajaba todos los antiguos vínculos sociales y sacudía los cimientos de todas las concepciones heredadas. De pronto, la Tierra se había hecho diez veces más grande. En lugar de la cuarta parte de un hemisferio, el globo entero se extendía ante los ojos de los europeos occidentales, que se apresuraron a tomar posesión de las otras siete octavas partes. Y, al mismo tiempo que las antiguas y estrechas barreras del país natal, caían las milenarias barreras puestas al pensamiento en la Edad Media. Un horizonte infinitamente más extenso se abría ante los ojos y el espíritu del hombre. ¿Qué importancia podían tener la reputación de honorabilidad y los respetables privilegios corporativos, transmitidos de generación en generación, para el joven a quien atraían las riquezas de las Indias, las minas de oro y plata de México y del Potosí? Aquella fue la época de la caballería andante de la burguesía, porque también ésta tuvo su romanticismo y su delirio amoroso, pero sobre un pie burgués y con miras burguesas al fin y al cabo.

Así sucedió que la burguesía, sobre todo la de los países protestantes, donde se perturbó más profundamente el orden de cosas existentes, fue reconociendo cada vez más la libertad del contrato matrimonial y puso en práctica su teoría del modo que hemos descrito. El matrimonio continuó siendo matrimonio de clase, pero en el seno de la clase se concedió a los interesados cierta libertad de elección. Y sobre el papel, tanto en teoría moral como en las narraciones poéticas, nada quedó tan inquebrantablemente asentado como la inmoralidad de todo matrimonio no fundado en un amor sexual recíproco y en un contrato de los esposos realmente libre. En resumen: el matrimonio con amor quedaba proclamado como un derecho del ser humano; y no sólo como *droit de l'homme*<sup>53</sup>, sino también, excepcionalmente, como *droit de la femme*<sup>54</sup>.

Pero este derecho difería en un punto de todos los demás derechos humanos, que, confirmando una vez más la ironía de la Historia, estaban en la práctica reservados para la clase dominante, la burguesía, mientras que para la clase oprimida, el proletariado, eran directa o indirectamente letra muerta: la clase dominante siguió sometida a las conocidas influencias económicas y sólo excepcionalmente se dan casos de matrimonios verdaderamente concertados con total libertad, que sin embargo, como ya hemos visto, son la regla entre las clases oprimidas.

Por tanto, el matrimonio sólo se concertará con toda libertad cuando la supresión de la producción capitalista y de las condiciones de propiedad por ella creadas haya eliminado las consideraciones económicas accesorias que todavía ejercen tan poderosa influencia sobre la elección de los esposos. Entonces el matrimonio ya no tendrá más motivo que la atracción recíproca.

F. Engels: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado.*

\* \* \*

## ***LAS MUJERES Y LA REVOLUCIÓN FRANCESA***

P O R

***AUGUST BEBEL***

El gran movimiento intelectual, que se encarna en el transcurso del siglo XVIII en hombres como Montesquieu, Voltaire, d'Alembert, Holbach, Helvetius, La Mettrie, Rousseau y otros, no deja indiferentes a las mujeres. Si bien muchas de ellas se unían al movimiento para estar a la moda, o para satisfacer su deseo de intrigas, o por otros motivos poco serios, otras muchas tomaron parte activa en el movimiento que iguala las bases de la sociedad y arruina el sistema feudal.

Durante los veinte años que preceden a la explosión de la gran Revolución de 1789, que pasó por Francia como una tormenta purificadora, dislocó todo el viejo organismo social y liberó los espíritus, ellas acudían en masa a los círculos políticos y científicos. Ayudaron a preparar la Revolución que hizo pasar la teoría a la práctica.

<sup>53</sup> *Derecho del hombre*, en francés en el original.

<sup>54</sup> *Derecho de la mujer*, en francés en el original.

Cuando en julio de 1789 la gran Revolución comenzó por fin con la toma de la Bastilla, fueron tanto las mujeres de las clases altas como las del pueblo las que tomaron parte activa en el movimiento, ejercieron una notable influencia en pro o contra este movimiento. Excesivas tanto para bien como para mal, cooperaron allí donde se presentaba la ocasión. La mayor parte de los historiadores solo han tomado acta de los excesos cometidos, excesos inevitables porque provenían de la indescriptible corrupción, de la explotación, de la opresión, del desprecio y de la traición de las clases reinantes hacia el pueblo. Han minimizado o silenciado las acciones heroicas. Bajo la influencia de este juicio superficial, Schiller canta que « *Las mujeres se transformaron en hienas y se burlaron del miedo* ». Y sin embargo, ellas han dado tantos ejemplos de heroísmo, de grandeza de alma, de admirable abnegación durante estos años terribles que la redacción imparcial de un libro sobre « Las mujeres durante la gran Revolución » equivaldría a la erección de un monumento en su honor<sup>55</sup>. Michelet dice que las mujeres fueron la vanguardia de la Revolución.

Como siempre, la miseria general que pesaba sobre el pueblo francés durante el régimen de los Borbones, golpea sobre todo a las mujeres. Excluidas por ley de toda profesión honesta, caían por decenas de miles en la prostitución. Súmese a eso la hambruna de 1789, que lleva su miseria y la de sus próximos a su punto culminante. Llegaron al asalto del ayuntamiento en octubre, y se dirigieron en masa hacia Versalles, donde residía la Corte. Otras pidieron a la Asamblea Nacional « *que se restablezca la igualdad entre el hombre y la mujer, que se les acuerde la libertad de trabajo y que se las admita en las funciones a las que las predisponían sus aptitudes* ». Como ellas sabían que debían ser fuertes para poder obtener estos derechos, y que la fuerza no se obtiene más que por medio de la organización y la unión, organizaron por toda Francia círculos de mujeres en los que algunos contaron con un gran número de miembros. Entrarán igualmente en los clubes masculinos. Mientras que la Sra. Roland trataba, gracias a su inteligencia, de jugar un papel político preponderante entre los Girondinos, estos « hombres de Estado » de la Revolución, la ardiente y elocuente Olimpia de Gouges tomó la dirección de las mujeres del pueblo y las defendió con el exuberante entusiasmo que la caracterizaba.

Cuando, en 1793, la Convención proclamó los Derechos del Hombre, las mujeres perspicaces se dieron cuenta bien rápido que no se trataba más que de los derechos de los hombres. Olimpia de Gouges, Rosa Lacombe y otras más le opusieron los « derechos de la mujer » en diecisiete artículos, basados en esta declaración hecha el 28 brumario (20 noviembre de 1793) ante la Comuna de París: « Si la mujer tiene el derecho de subir al cadalso, también debe tener el de subir a la tribuna ». Estas pretensiones fueron rechazadas. Pero se confirma de forma sangrante lo que ellas habían dicho sobre el derecho de subir al cadalso. La defensa de los derechos de la mujer por un lado, la lucha contra la violencia de la Convención por otro, la señalaron para la guillotina. Olimpia de Gouges fue decapitada durante el mes de noviembre del mismo año; la Sra. Roland muere cinco días después. Las dos murieron como heroínas. Poco tiempo antes de su muerte, el 17 de octubre de 1793, la Convención había demostrado su antipatía por las mujeres cerrando todos los clubes femeninos. Más tarde, como las mujeres no dejaban de protestar contra la injusticia de la que eran víctimas, se les cerró incluso al acceso a la Convención y las reuniones públicas, y se las trató de rebeldes.

Y cuando la Convención declaró « la patria en peligro » frente a toda la Europa reaccionaria marchando contra ella e invitó a todos los hombres en estado de portar armas a acudir inmediatamente para salvar la Patria y la República, entusiastas parisinas se ofrecieron a hacer lo que veinte años antes hicieron las mujeres prusas contra el despotismo de Napoleón: defender la patria con el fusil en la mano.

Auguste Bebel, *La Mujer y el Socialismo*

\*

\*

\*

<sup>55</sup> Ver Enma Adler: *Die berühmten Frauen der französischen Revolution* (Las mujeres famosas de la Revolución francesa). Viena, 1906



## ***LA HISTORIA DE LA MUJER ES LA HISTORIA DE SU OPRESIÓN***

P O R

***AUGUST BEBEL***

La mujer y el trabajador tienen esto en común: los dos están oprimidos. Esta opresión ha sufrido modificaciones en cuanto a la forma, según el tiempo y el país, pero la opresión se ha mantenido. A través de la historia, los oprimidos tuvieron habitualmente conciencia de su opresión, y esta conciencia condujo a modificaciones y alivios en su situación. Pero ellos no pudieron determinar la verdadera naturaleza de esta opresión. Tanto en la mujer como en el trabajador, este conocimiento data de nuestros días.

Era necesario antes de nada conocer la verdadera naturaleza de la sociedad y de las leyes, que sirvieron de base a su desarrollo, antes de desencadenar, con alguna posibilidad de éxito, un movimiento para poner fin a situaciones reconocidas como injustas. La importancia y la extensión de un movimiento semejante dependen de la conciencia de las capas golpeadas y de la libertad de movimiento que ellas tengan.

Bajo esta doble relación la mujer es inferior al trabajador, tanto por los usos y la educación como por la libertad que le es dada. Por otra parte, las condiciones mantenidas durante una larga serie de generaciones acaban por convertirse en costumbres: la herencia y la educación las hacen aparecer como « naturales » a las dos partes interesadas. Es así como la mujer acepta todavía hoy su situación de inferioridad como una cosa evidente por sí misma. Nos cuesta mucho demostrarle que su situación es indigna de ella, y que ella debe buscar por convertirse en un miembro de la sociedad que posea los mismos derechos que el hombre, y sea su igual bajo toda relación.

Si hay muchos puntos parecidos entre la situación de la mujer y la del obrero, también hay una diferencia esencial: la mujer es el primer ser humano que tuvo que sufrir la servidumbre. Ella ha sido esclava, antes de que lo fuera el esclavo.

Toda dependencia social encuentra su origen en la dependencia económica del oprimido frente a la del opresor. Desde tiempos inmemoriales, la mujer se encuentra en esta situación; la historia del desarrollo de la sociedad humana nos lo enseña.

Auguste Bebel: *La Mujer y el Socialismo*.

\*

\*

\*

## ***EL FUTURO DE LA MONOGAMIA***

P O R

***FRIEDRICH ENGELS***

Caminamos en estos momentos hacia una revolución social en que las actuales bases económicas de la monogamia desaparecerán tan seguramente como las de su complemento, la prostitución. La monogamia nació de la concentración de grandes riquezas en las mismas manos – las de un hombre- y del deseo de que solamente sus hijos heredasen dichas riquezas. Por eso era necesaria la monogamia de la esposa, pero no la del marido. Tanto es así, que la monogamia de ella no ha sido óbice para la poligamia descarada u oculta de él. Pero la revolución social inminente, al por lo menos transformar la inmensa mayoría de las riquezas duraderas hereditarias (los medios de producción) en propiedad social, reducirá al mínimo todas esas preocupaciones de transmisión hereditaria. Y ahora cabe hacer esta pregunta: dado que la monogamia nació de causas económicas, ¿desaparecerá cuando desaparezcan estas causas?

Podría responderse, no sin fundamento, que lejos de desaparecer, más bien se realizará plenamente a partir de ese momento. Porque con la transformación de los medios de producción en propiedad social desaparecerán también el trabajo asalariado, el proletariado y, por consiguiente, la necesidad de que cierto número de mujeres, estadísticamente calculable, se prostituya. Desaparece la prostitución, pero la monogamia, en vez de decaer, llega por fin a ser una realidad, también para los hombres.

En todo caso, cambiará mucho la posición de los hombres. Pero también sufrirá profundas modificaciones la de las mujeres, la de *todas* ellas. Cuando los medios de producción pasen a ser propiedad

común, la familia individual dejará de ser la unidad económica de la sociedad. La economía doméstica y el cuidado y educación de los hijos se convertirán en un asunto social. La sociedad cuidará con el mismo esmero a todos los hijos, sean legítimos o naturales. Así desaparecerá el temor a « las consecuencias », que es hoy el más importante motivo social –tanto desde el punto de vista moral como desde el punto de vista económico- que impide a una joven soltera entregarse libremente al hombre a quien ama. ¿No bastará eso para que se desarrollen progresivamente unas relaciones sexuales más libres y también para hacer a la opinión pública menos rigurosa acerca de la honra de las vírgenes y la deshonor de las mujeres? Y por último, ¿no hemos visto que en el mundo moderno la prostitución y la monogamia, aunque antagónicas, son inseparables, como polos de un mismo orden social? ¿Puede desaparecer la prostitución sin arrastrar consigo al abismo a la monogamia?

Ahora interviene un elemento nuevo, un elemento que en la época en que nació la monogamia existía a lo sumo en germen: el amor sexual individual.  
(...)

Pero dado que, por su propia naturaleza, el amor sexual es exclusivista - aun cuando en nuestros días ese exclusivismo sólo se realiza plenamente en la mujer -, el matrimonio fundado en el amor sexual es por su propia naturaleza, monógamo. Hemos visto cuánta razón tenía Bachofen cuando consideraba que el progreso del matrimonio por grupos al matrimonio por parejas se debió sobre todo a la mujer. Solamente se puede atribuir al hombre el paso del matrimonio sindiásmico a la monogamia, que históricamente ha consistido sobre todo en rebajar la situación de las mujeres y facilitar la infidelidad de los hombres; Por eso, cuando lleguen a desaparecer las consideraciones económicas en virtud de las cuales las mujeres han tenido que aceptar esta infidelidad habitual de los hombres (la preocupación por su propia existencia y todavía más por el porvenir de los hijos), la igualdad alcanzada por la mujer, a juzgar por toda nuestra experiencia anterior, influirá mucho más en el sentido de hacer monógamos a los hombres que en el de hacer poliandras a las mujeres.

Pero lo que sin duda alguna desaparecerá de la monogamia son todas las características que le imprimieron las relaciones de propiedad que la originaron. Estas características son la preponderancia del hombre y la indisolubilidad del matrimonio. La preponderancia del varón en el matrimonio es sencillamente consecuencia de su preponderancia económica, y desaparecerá por sí sola cuando ésta desaparezca. La indisolubilidad del matrimonio es consecuencia de las condiciones económicas que engendraron la monogamia y de la tradición de la época en que, mal comprendida aún, la vinculación de esas condiciones económicas con la monogamia fue exagerada por la religión. Actualmente está deteriorada ya por mil lados. Si el matrimonio fundado en el amor es el único moral, sólo puede ser moral el matrimonio donde el amor persiste. Pero la duración del arrebató del amor sexual varía mucho según los individuos, particularmente entre los hombres. En virtud de ello, cuando el afecto desaparezca o sea reemplazado por un nuevo amor apasionado, el divorcio será un beneficio tanto para ambas partes como para la sociedad. Sólo que deberá ahorrarse a la gente el tener que pasar por el barrizal inútil de un pleito de divorcio.

Así pues, lo que podemos conjeturar hoy acerca de la regularización de las relaciones sexuales después de la inminente supresión de la producción capitalista es, más que nada, de un orden negativo y queda limitado principalmente a lo que debe desaparecer. Pero ¿qué sobrevendrá? Eso se verá cuando haya crecido una nueva generación: una generación de hombres que no sepan lo que es comprar a una mujer con dinero ni con ayuda de ninguna otra fuerza social; una generación de mujeres que no sepan lo que es entregarse a un hombre por miedo a las consecuencias económicas que pudiera acarrear una negativa en virtud de otra consideración que no sea un amor real. Y cuando esas generaciones aparezcan, enviarán al cuerno todo lo que nosotros pensamos que deberían hacer. Se dictarán a sí mismas su propia conducta, y en consonancia, crearán una opinión pública para juzgar la conducta de cada uno. ¡Y todo quedará hecho!

F. Engels: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado.*

\*

\*

\*

**S E G U N D A   P A R T E :**

**EL MARXISMO Y**

**LA LIBERACIÓN DE LA MUJER**

**LA MUJER Y  
EL COMUNISMO BURDO**

P O R

**KARL MARX**

Este movimiento que tiende a oponer a la propiedad privada la propiedad privada hecha común, se expresa de forma animal cuando opone al matrimonio (que evidentemente es una *forma de propiedad privada exclusiva*) la *comunidad de mujeres*, en la que la mujer se convierte en propiedad *colectiva y vulgar*. Se puede decir que esta idea de la *comunidad de mujeres revela el secreto* de este comunismo todavía totalmente burdo y desprovisto de pensamiento. Al igual que la mujer deja el matrimonio por la prostitución general, al igual que el mundo entero de la riqueza, es decir, la esencia objetiva del hombre, pasa del estado de matrimonio exclusivo con propiedad privada a la prostitución general con la colectividad. Este comunismo –que niega en todo momento la *personalidad humana*– no es más que una expresión consecuente de la propiedad privada que es en sí misma la negación. La *envidia general*, convertida en fuerza, no es más que una forma camuflada por medio de la que la avidez se afirma y se satisface de otra forma. La idea de toda propiedad privada en tanto que tal, se vuelve *al menos* contra la propiedad privada *más rica*, bajo forma de envidia y tendencia a nivelar, de forma que estas últimas constituyen la esencia de la competencia. El comunismo burdo no es más que el remate de esta envidia y este deseo de nivelar de cara a un mínimo imaginado. Hay una escala de medidas *definida y limitada*. Que esta abolición de la propiedad privada no sea absolutamente una verdadera apropiación, eso ya está probado por la negación abstracta de todo el universo de la cultura y de la civilización, el retorno a la simpleza *no natural* del hombre pobre y en la necesidad, que no solamente no ha depasado la propiedad privada, sino que ni siquiera la ha alcanzado.

La *mujer*, considerada una presa y objeto que sirve para satisfacer la concupiscencia colectiva, expresa la degradación infinita del hombre que no existe más que para sí, puesto que el misterio de las relaciones del hombre con su parecido encuentra su expresión *no equívoca*, decisiva, *pública*, abierta, en la relación del hombre y la mujer y en la forma de concebir la relación genérica *inmediata y natural*. La relación inmediata, natural, necesaria, de los seres humanos es la *relación del hombre y la mujer*. En esta relación genérica *natural*, la relación del hombre con la naturaleza representa directamente la relación del hombre con su parecido, al igual que la relación del hombre con su parecido representa directamente su relación con la naturaleza, su propio destino *natural*. En consecuencia, esta relación *hace aparecer de manera sensible*, reduce a un *hecho* visible, hasta qué punto la naturaleza se ha convertido en la esencia humana del hombre. Es por lo que, basándose en esta relación, se puede juzgar el grado general de desarrollo del hombre. La característica de esta relación muestra en qué medida el *hombre*, en tanto que *ser genérico*, se ha convertido en *hombre* y se concibe como tal; la relación del hombre y la mujer es la relación *más natural* de los seres humanos. Por tanto, vemos hasta qué punto el comportamiento *natural* del hombre se ha convertido en *humano*, y hasta qué punto su esencia *humana* se ha convertido para él en esencia *natural*, hasta qué punto su *naturaleza humana* se ha convertido en *naturaleza* para él. En esta relación, vemos también hasta qué punto la *necesidad* del hombre se ha convertido una necesidad *humana*, es decir, hasta qué punto *otro* ser humano se ha convertido para él en una necesidad, en tanto que ser humano, hasta qué punto es, en su existencia individual, un ser social al mismo tiempo.

Así, la primera forma positiva de la abolición de la propiedad privada, el comunismo *burdo*, no es más que una *forma en la que se manifiesta* la mezquindad de la propiedad privada que quiere afirmarse como *forma de ser social positiva*.

Karl Marx: *Propiedad privada y Comunismo*  
*Manuscritos económicos y filosóficos*, 1844

\*

\*

\*

## **LA EMANCIPACIÓN DE LAS MUJERES Y LA CRÍTICA CRÍTICA**

POR

**KARL MARX**

Con ocasión de la detención de Louis Morel, Rodolfo se entrega a reflexiones que pueden resumirse como sigue: «El amo pervierte habitualmente a la sirviente, por medio del terror, la sorpresa o aprovechando las ocasiones creadas por la naturaleza misma de la *domesticidad*. La hunde en la desgracia, la vergüenza, el crimen. Pero la *ley* quiere *ignorar* todo eso... El criminal que, de hecho, ha empujado a la joven al infanticidio no es *castigado*».

En sus reflexiones, Rodolfo no va hasta someter la *domesticidad* a su enorme crítica. *Pequeño príncipe*, él es un *gran* protector de la domesticidad. Rodolfo está todavía lejos de considerar la condición general de la mujer en la sociedad moderna como inhumana. Absolutamente fiel a su antigua teoría, rechaza simplemente la ausencia de una *ley* que *castigue* al seductor y acompañe el arrepentimiento y expiación de terribles castigos.

Rodolfo no tendría más que estudiar la legislación actual de otros países. La legislación *inglesa* colma todos sus deseos. En su delicadeza, de la que *Blackstone* hace el mayor elogio, ella va hasta declarar culpable de *felonía* a cualquiera que seduzca a una chica de vida alegre.

El Señor Szeliga hace retumbar a sus comparsas:

« ¡Esto! - ¡Pensadlo entonces!- ¡Rodolfo!- Comparad estas ideas con vuestras *elucubraciones fantasistas* sobre la *emancipación de la mujer*. Esta emancipación, *casi* la podemos tocar con el dedo en el caso de Rodolfo, mientras que vosotros sois, por vuestra naturaleza, demasiado prácticos y conocéis en consecuencia tantos fracasos en vuestras tentativas ».

Debemos, en todo caso, al Señor Szeliga la revelación de este misterio: un hecho puede ser *casi* tocado con el dedo en las ideas. En cuanto a su bromista comparación de Rodolfo a los hombres que han preconizado la emancipación de la mujer, no hay más que comparar las *ideas* de Rodolfo a las siguientes fantasías de Fourier:

« El adulterio, la seducción hacen honor a los seductores y están de buen tono... Pero ¡pobre chica! el infanticidio ¡qué crimen! Si ella mantiene el honor, es necesario que ella haga desaparecer las pruebas del deshonor; y si ella sacrifica su hijo a los prejuicios del mundo, se deshonra mucho más y cae bajo los prejuicios de la ley... Tal es el círculo vicioso que describe todo mecanismo civilizado... »

« La joven ¿no es una mercancía expuesta en venta cuya adquisición y propiedad exclusiva hay que negociar?... *De même qu'en grammaire deux négations valent une affirmation, l'on peut dire qu'en négoce conjugal deux prostitutions valent une vertu...*<sup>56</sup> »

« La evolución de una época histórica está determinada por la relación entre el progreso de la mujer y la libertad, ya que de las relaciones entre el hombre y la mujer, entre lo débil y lo fuerte, se desprende claramente el triunfo de la naturaleza humana sobre la bestialidad. El grado de emancipación femenina determina naturalmente la emancipación general... »

« La humillación del sexo es un rasgo esencial y característico tanto de la civilización como de la barbarie, con la diferencia de que el vicio se practica en la barbarie sin ser adornado, mientras que en la civilización se ha elevado al grado de una existencia compleja, equívoca, inconveniente e hipócrita... Nadie está tan humillado como el hombre por el crimen de tratar a la mujer como esclava ».

Es superfluo, ante las ideas de Rodolfo, remitirse a la característica magistral que Fourier nos ha dado del *matrimonio*, así como a los escritos de la fracción materialista del comunismo francés.

El desecho más triste de la literatura socialista tal y como la encontramos en el novelista revela siempre la crítica crítica de los « misterios desconocidos ».

Karl Marx: *La Santa familia o Crítica de la crítica crítica*.

\*

\*

\*

<sup>56</sup> Al igual que en gramática dos afirmaciones valen por una afirmación, se puede decir que en el negocio conyugal dos prostituciones valen por una virtud. En francés en el original.

## **LA DESCOMPOSICIÓN DE LA FAMILIA BURGUESA**

P O R

**KARL MARX**

El bravo chico <sup>57</sup>ve una vez más la dominación del santo allí donde dominan solamente las relaciones empíricas. El burgués considera las instituciones de su régimen como el judío considera la ley; las transgrede todo lo que le sea posible, en cada caso particular, pero quiere que todos los demás se sometan. Si todos los burgueses transgredieran en masa y de un sólo golpe las instituciones de la burguesía, dejarían de ser burgueses, -conducta que no les viene naturalmente al espíritu y no depende de ninguna manera de su voluntad. El burgués libertino transgrede el matrimonio y comete un adulterio de forma clandestina; el mercader transgrede la institución de la propiedad privando a los demás de su propiedad por medio de la especulación, la bancarrota, etc....; el joven burgués se vuelve independiente de su propia familia, cuando puede; disuelve prácticamente por su cuenta la familia; pero el matrimonio, la propiedad privada, la familia, permanecen históricamente intactos, puesto que, en la práctica, tienen el fundamento sobre el que la burguesía ha erigido su dominación, puesto que, en su forma burguesa, tienen las condiciones que hacen de un burgués un burgués, al igual que la ley siempre transgredida hace de un judío religioso un judío religioso. Esta relación del burgués con sus condiciones de existencia encuentra su expresión general en la moral burguesa. No hablemos por otra parte de « la » familia. La burguesía da históricamente a la familia el carácter de familia burguesa, cuyos lazos son el aburrimiento y el dinero, y que comprende también la descomposición burguesa de la familia, durante la cual la familia misma continúa existiendo. A su embarrada existencia corresponde también una concepción sagrada, en la fraseología oficial y en la hipocresía general. Allí donde la familia se ha descompuesto *realmente*, como en el proletariado, pasa justo lo contrario de lo que piensa Stirner. La idea de la familia no existe para nada, mientras que constatamos, aquí y allá, es cierto, una inclinación por la vida familiar que se apoya en relaciones completamente reales. En el siglo XVIII, la idea de familia fue disuelta por los golpes de los filósofos, porque la familia real, en el grado superior de la civilización, empezaba a disolverse ya. Lo que se disolvía, era el interior de la familia ; la obediencia, el amor, la fidelidad conyugal, etc....; pero el cuerpo real de la familia, las condiciones de fortuna, la actitud exclusiva de cara a las otras familias, la cohabitación forzada, las condiciones creadas por la existencia de los niños, la construcción de ciudades modernas, la formación de capital, etc.... permanecerán, a pesar de que sean perturbadas, puesto que la existencia de la familia se ha vuelto necesaria por su conexión con el modo de producción independiente de la voluntad de la sociedad burguesa. Esta necesidad se manifiesta de la forma más chocante en la Revolución francesa donde la familia, por un instante, fue por así decirlo abolida por la ley. La familia continúa existiendo sin embargo en el siglo XIX, pero esta diferencia de su descomposición se ha vuelto más general, no a causa de la ideología, sino a consecuencia del desarrollo de la industria y de la competencia; continúa existiendo, a pesar de que su descomposición haya sido proclamada desde hace tiempo por los socialistas franceses e ingleses y que las novelas francesas hayan acabado también por poner este hecho en conocimiento de los doctores de la Iglesia alemana.

Karl Marx: *La Ideología alemana.*

\*

\*

\*

## **EL RÉGIMEN COMUNISTA Y LA FAMILIA**

P O R

**FRIEDRICH ENGELS**

Pregunta nº 21 - ¿Qué repercusiones tendrá el régimen comunista en la familia?

Respuesta - Transformará las relaciones entre los sexos en relaciones puramente privadas, que no concernirán más que a las personas que de ella participan, y en las que la sociedad no podrá intervenir. Esta transformación será posible desde el momento en que la propiedad privada sea suprimida, en el que críe a los hijos en común y destruya de esta forma las dos bases principales del matrimonio actual, es decir, la

<sup>57</sup> Max Stirner, autor de *El Único y su propiedad*.



dependencia de la mujer hacia el hombre y la dependencia de los hijos hacia los padres. Ahí está la respuesta a todos los criterios de los moralistas burgueses sobre la comunidad de mujeres que quieren, al parecer, introducir los comunistas. La comunidad de mujeres es un fenómeno que pertenece únicamente a la sociedad burguesa y que se cumple hoy día con la prostitución. Pero la prostitución descansa en la propiedad privada y desaparece con ella. En consecuencia, el régimen comunista, lejos de introducir la comunidad de mujeres, por el contrario, la suprimirá.

Friedrich Engels, Principios del Comunismo.

\*

\*

\*

## **LOS COMUNISTAS Y LA FAMILIA**

P O R

**FRIEDRICH ENGELS Y KARL MARX**

¡Supresión de la familia! Incluso los más radicales pierden los estribos en torno a este vergonzoso propósito de los comunistas.

¿En qué descansa la familia actual, la burguesa? En el capital, en la ganancia privada. En su desarrollo acabado, existe sólo para la burguesía; pero halla su complemento en la forzada carencia de familia de los proletarios y en la prostitución pública.

La familia del burgués desaparece, naturalmente, con la desaparición de ese complemento suyo, y ambos desaparecen con la desaparición del capital.

¿Nos reprocháis que queramos suprimir la explotación de los hijos por sus padres? Confesamos este delito. Pero, decís vosotros, eliminamos las relaciones más íntimas sustituyendo la educación familiar por la social.

¿Y no está determinada también vuestra educación por la sociedad? ¿No lo está a través de las relaciones sociales en cuyo seno educáis, a través de la intervención directa o indirecta de la sociedad, de la escuela, etc.? Los comunistas no inventan el influjo de la sociedad en la educación; simplemente cambian su carácter arrancan de ella el influjo de la clase dominante.

Las expresiones burguesas sobre familia y educación, sobre la íntima relación de padres e hijos, se vuelven tanto más nauseabundas cuanto más se desgarran los lazos familiares de los proletarios a consecuencia de la gran industria, mientras sus hijos se transforman en simples artículos de comercio e instrumentos de trabajo.

Pero vosotros, comunistas, queréis introducir la comunidad de mujeres, nos grita a coro la burguesía entera.

El burgués ve en su mujer un mero instrumento de producción. Oye que los instrumentos de producción han de ser explotados en común y, naturalmente, no puede imaginarse sino que el destino de la socialización afectará también a las mujeres.

No sospecha que de lo que se trata precisamente es de acabar con la posición de la mujer como mero instrumento de producción.

Por lo demás, nada hay más ridículo que el moralísimo horror de nuestros burgueses sobre la supuesta comunidad oficial de mujeres de los comunistas. Éstos no necesitan introducir la comunidad de mujeres. Casi siempre ha existido.

Nuestros burgueses, no contentos con tener a su disposición a las mujeres e hijas de sus proletarios, por no hablar de la prostitución oficial, encuentran un placer singular en la seducción recíproca de sus esposas.

El matrimonio burgués es, de hecho, la comunidad de las esposas. A lo sumo, se podría reprochar a los comunistas el querer introducir la comunidad de mujeres, hipócritamente oculta, sustituyéndola por una comunidad de mujeres oficial, franca. Por lo demás, cae por su propio peso que con la supresión de las actuales relaciones de producción desaparece también la comunidad de mujeres derivada de ellas, esto es, la prostitución oficial y la no oficial.

K. Marx y F. Engels: El Manifiesto Comunista.

\*

\*

\*

## ***FOURIER Y LA EMANCIPACIÓN DE LA MUJER***

P O R

***FRIEDRICH ENGELS***

Fourier toma la palabra a la burguesía, sus profetas entusiastas antes de la Revolución, y sus panegiristas interesados de después. Desvela sin piedad la miseria material y moral del mundo burgués y la confronta con las promesas halagüeñas de los filósofos de las luces sobre la sociedad en la que debía reinar sólo la razón, sobre la civilización que aportaría la felicidad universal, sobre la perfección ilimitada del hombre; al igual que con las expresiones color de rosa de los ideólogos, sus contemporáneos; demuestra cómo, en todas partes, la realidad más lamentable corresponde a la fraseología más grandilocuente, y lanza su mordaz ironía contra este fiasco irremediable de la frase. Fourier no es solamente un crítico; su naturaleza eternamente jovial hace de él un satírico, y uno de los más grandes satíricos de todos los tiempos. Pinta con semejante maestría y encanto la enorme especulación que florece con la decadencia de la Revolución, así como el espíritu mercader universalmente expandido en el comercio de esta época. Más magistral todavía es la crítica que hace de la vuelta dada por la burguesía a las relaciones sexuales y de la situación de la mujer en la sociedad burguesa. Es el primero en enunciar que, en una sociedad dada, el grado de emancipación de la mujer es la medida natural de la emancipación general.

F. Engels: *Anti-Dühring*.

\*

\*

\*

## ***LA FAMILIA SEGÚN EL Sr. DÜHRING***

P O R

***FRIEDRICH ENGELS***

Al igual que, anteriormente, el Sr. Dühring tenía la idea de que se podía remplazar el modo de producción capitalista por el modo social sin por ello refundir la producción misma, al igual que se imagina aquí que se puede arrancar a la familia burguesa moderna de toda su base económica sin cambiar por ello toda su forma. Esta forma es para él tan inmutable que hace también del “viejo derecho romano”, aunque sea de forma “perfeccionada”, la ley eterna de la familia, y no puede representar una familia más que como “heredera”, es decir, como unidad poseedora. En torno a este punto, los utopistas rebasan de lejos al Sr. Dühring. Para ellos, la libre socialización de los hombres y la transformación del trabajo doméstico privado en una industria pública conllevan inmediatamente la socialización de la educación de la juventud y, en consecuencia, una relación recíproca realmente libre de los miembros de la familia. Y, por otra parte, Marx ha demostrado ya que gracias al papel decisivo que la familia asigna a las mujeres y a los niños, fuera del círculo doméstico en el proceso de producción socialmente organizados, la gran industria no crea nada menos que la nueva base económica sobre la que se levantará una forma superior de la familia y de relaciones entre los sexos.

F. Engels: *Anti-Dühring*.

\*

\*

\*

## ***EL MATRIMONIO BURGUÉS***

P O R

***FRIEDRICH ENGELS***

En nuestros días hay dos maneras de concertar el matrimonio burgués. En los países católicos, como antes, los padres proporcionan al joven burgués la mujer que le conviene, de lo cual resulta naturalmente el más amplio desarrollo de la contradicción que la monogamia encierra: exuberante heterismo masculino y exuberante adulterio femenino. Y si la Iglesia católica abolió el divorcio, es probable que fuese por haber reconocido que frente al adulterio, como frente a la muerte, no hay remedio que valga. Por el contrario, en los países protestantes la regla general es conceder al hijo del burgués más o menos libertad para buscar mujer dentro de su clase. Por ello el amor puede ser, hasta cierto punto, la base del matrimonio, y para



guardar las apariencias se supone siempre que es así, lo que está muy en consonancia con la hipocresía protestante. Aquí, el marido no practica el heterismo tan enérgicamente y la infidelidad de la esposa es menos frecuente, pero como, sea cual sea el tipo de matrimonio, los seres humanos siguen siendo lo que eran antes y como los burgueses de los países protestantes son en su mayoría filisteos, esa monogamia protestante deviene, incluso tomando el término medio de los mejores casos, en un aburrimiento mortal sufrido en común que recibe el nombre de felicidad doméstica. El mejor espejo de estos dos tipos de matrimonio es la novela: la francesa, para el católico; la alemana, para el protestante. En ambos casos, el hombre « consigue lo suyo »: en la novela alemana, el mozo logra a la joven; en la francesa, el marido obtiene su cornamenta. ¿Cuál de los dos sale peor parado? No siempre es posible decirlo. Por eso el aburrimiento de la novela alemana inspira a los burgueses franceses que la leen el mismo horror que la « inmoralidad » de la novela francesa inspira al filisteo alemán. Sin embargo, en estos últimos tiempos, desde que « Berlín se está haciendo una gran capital », la novela alemana comienza a tratar algo menos tímidamente el heterismo y el adulterio, bien conocidos allí desde hace largo tiempo.

Pero en ambos casos, el matrimonio se funda en la posición social de los contrayentes, y por tanto, siempre es un matrimonio de conveniencia. También en ambos casos este matrimonio de conveniencia se convierte a menudo en la más vil de las prostituciones, a veces por ambas partes, pero mucho más habitualmente en la mujer, que sólo se diferencia de la cortesana ordinaria en que no alquila su cuerpo a ratos, como una asalariada, sino que lo vende de una vez para siempre, como una esclava. A todos los matrimonios de conveniencia se les puede aplicar la frase de Fourier: « Así como en gramática dos negaciones equivalen a una afirmación, de igual manera en la moral conyugal dos prostituciones equivalen a una virtud ».

En las relaciones con la mujer, el amor sexual no es ni puede ser una regla excepto entre las clases oprimidas (en nuestros días, el proletariado), estén o no esas relaciones autorizadas oficialmente. Pero en este caso también desaparece el fundamento de la monogamia clásica, dado que faltan por completo los bienes de fortuna, para cuya conservación y transmisión por herencia se instituyeron precisamente la monogamia y el dominio del hombre. Por ello faltan también motivos para establecer la supremacía masculina. Es más, faltan hasta los medios de conseguirla: el derecho burgués, que protege dicha supremacía, sólo existe para las clases poseedoras y para regular las relaciones de estas clases con los proletarios. Eso cuesta dinero y, a causa de la pobreza del obrero, no desempeña ningún papel en la actitud de éste hacia su mujer. En este caso, el papel decisivo lo desempeñan otras relaciones personales y sociales. Además, sobre todo desde que la gran industria ha arrancado del hogar a la mujer para arrojarla al mercado de trabajo y a la fábrica, convirtiéndola bastante a menudo en el sostén de la casa, han quedado desprovistos de toda base los últimos restos de la supremacía masculina en el hogar del proletario, excepto, quizás, cierta brutalidad para con sus esposas, muy arraigada desde el establecimiento de la monogamia. Así pues, la familia del proletario ya no es monogámica en el sentido estricto de la palabra, ni siquiera con el amor más apasionado y la más absoluta fidelidad de los cónyuges y a pesar de todas las bendiciones espirituales y temporales posibles. Por eso, el heterismo y el adulterio, eternos compañeros de la monogamia, desempeñan aquí un papel casi nulo. La mujer ha reconquistado en la práctica el derecho de divorcio; cuando ya no pueden entenderse, los esposos prefieren separarse. En resumen, el matrimonio proletario es monógamo en el sentido etimológico de la palabra pero en absoluto lo es en su sentido histórico.

F. Engels: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado.*

\*

\*

\*

## ***LA SITUACIÓN JURÍDICA DE LA MUJER Y LAS CONDICIONES DE SU LIBERACIÓN***

**P O R**

***FRIEDRICH ENGELS***

Por cierto, nuestros juristas estiman que el progreso de la legislación va quitando a las mujeres cada vez más todo motivo de queja. Los sistemas legislativos de los países civilizados modernos van reconociendo más y más, en primer lugar que el matrimonio, para tener validez, debe ser un contrato libremente consentido por ambas partes y, en segundo lugar, que durante el período de convivencia matrimonial ambas partes deben tener los mismos derechos y deberes. Si estas dos condiciones se aplicaran con un espíritu consecuente, las mujeres gozarían de todo lo que les apeteciese.

Esta argumentación típicamente jurídica es exactamente la misma de que se valen los republicanos radicales burgueses para disipar los recelos de los proletarios; El contrato de trabajo se supone contrato consentido por ambas partes. Pero se considera libremente consentido desde el momento en que la ley establece *sobre el papel* la igualdad de ambas partes. La fuerza que la diferente situación de clase de una de las partes, la presión que esa fuerza ejerce sobre la otra, la situación económica real de ambas,... todo esto no le importa a la ley. Y mientras dura el contrato de trabajo, se sigue suponiendo que ambas partes disfrutan de iguales derechos, en tanto que una u otra no renuncien a ellos expresamente. Y si su situación económica concreta obliga al obrero a renunciar hasta a la última apariencia de igualdad de derechos, de nuevo la ley no tiene nada que ver con ello.

Respecto al matrimonio, hasta la ley más avanzada se da enteramente por satisfecha desde el punto y hora en que los interesados han inscrito formalmente en el acta su libre consentimiento. En cuanto a lo que pasa fuera de las bambalinas jurídicas, en la vida real, y en cuanto a cómo se expresa ese consentimiento, no es algo que inquiete a la ley ni al jurista. Y sin embargo, la más sencilla comparación del derecho de los distintos países debería mostrar al jurisconsulto lo que representa el libre consentimiento. En los países donde la ley asegura a los hijos la herencia de una parte de la fortuna paterna y donde, por consiguiente, no pueden ser desheredados (Alemania, los países que siguen el derecho francés, etc.), los hijos necesitan el consentimiento de los padres para contraer matrimonio. En los países donde se practica el derecho inglés, donde el consentimiento paterno no es condición legal del matrimonio, los padres gozan también de absoluta libertad de testar y pueden desheredar a su antojo a los hijos. Claro es que, a pesar de ello, e incluso por ello mismo, la libertad para contraer matrimonio no es, de hecho, ni un ápice mayor en Inglaterra o Norteamérica que en Francia o Alemania entre las clases que tienen algo que heredar.

La situación no es mejor en lo concerniente a la igualdad jurídica entre el hombre y la mujer en el matrimonio. Su desigualdad legal, que hemos heredado de condiciones sociales anteriores, no es causa, sino efecto, de la opresión económica de la mujer. En el antiguo hogar comunista, que comprendía numerosas parejas conyugales con sus hijos, la dirección del hogar, confiada a las mujeres, era una industria pública y tan necesaria socialmente como la obtención de los víveres por los hombres. Las cosas cambiaron con la familia patriarcal y todavía más con la familia individual monogámica. El gobierno del hogar perdió su carácter social. La sociedad ya no tuvo nada que ver con ello. El gobierno del hogar se transformó en servicio privado y la mujer se convirtió en la criada principal, sin tomar ya parte en la producción social. Sólo la gran industria moderna le ha abierto de nuevo –aunque sólo a la mujer proletaria– el camino a la producción social. Pero esto se ha hecho de tal suerte que, si la mujer cumple con sus deberes en el servicio privado de la familia, queda excluida de la producción social y no puede ingresar nada. Y si quiere tomar parte en la industria social y tener sus propios ingresos, le es imposible cumplir con los deberes familiares. En cualquier tipo de actividad, incluidas la medicina y la abogacía, le ocurre a la mujer lo mismo que en la fábrica. La familia individual moderna se funda en la esclavitud doméstica, franca o más o menos disimulada, de la mujer; y la sociedad moderna es una masa cuyas moléculas son las familias individuales. Hoy, en la mayoría de los casos, el hombre tiene que ganar los medios de vida, tiene que alimentar a la familia, por lo menos entre las clases poseedoras, lo que le da una posición preponderante que no necesita ser privilegiada de un modo especial por la ley. En la familia, el hombre es el burgués y la mujer representa al proletario. Pero en el mundo industrial, el carácter específico de la opresión económica que pesa sobre el proletariado sólo se manifiesta con total nitidez una vez suprimidos todos los privilegios legales de la clase capitalista y establecida la plena igualdad jurídica de ambas clases. La república democrática no suprime el antagonismo entre las dos clases; al contrario, no hace más que suministrar el terreno en que llega a su máxima expresión la lucha por resolver dicho antagonismo. De igual modo, el carácter particular del predominio del hombre sobre la mujer en la familia moderna, así como la necesidad y la manera de establecer la igualdad social efectiva de ambos, sólo se manifestarán con toda nitidez cuando el hombre y la mujer tengan, según la ley, derechos absolutamente iguales. Entonces se verá que la liberación de la mujer exige, como primera condición, la reincorporación de todo el sexo femenino a la producción social, lo que a su vez requiere que se suprima la familia individual como unidad económica de la sociedad.

F. Engels: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado.*

## **LA MUJER TIENE QUE PODER VIVIR TRABAJANDO**

P O R

**JULES GUESDE**

Entre las resoluciones adoptadas por unanimidad por el Congreso sindical de Rennes, hay una, la de la Comisión del trabajo de las mujeres en la industria, que es imposible dejar pasar sin protestar en nombre de la misma Francia obrera.

Sin pedir positivamente que la mujer sea excluida de las fábricas y talleres de todo tipo, que el campo del trabajo económico le sea prohibido -lo que, en las condiciones actuales, equivaldría a la muerte industrial- el Congreso entiende limitarlo a la mujer, « *hija o viuda, obligada en consecuencia a satisfacer sus necesidades* », y añade:

« *En todos los medios, debemos esforzarnos por propagar esta idea de que el hombre debe alimentar a la mujer* ».

No teníamos otro lenguaje en 1876, durante el primer Congreso obrero de la sala de Arras, en el que tras haber declarado que « *el hombre siendo el más fuerte y más robusto debe ganar con lo que poder subsanar los gastos del hogar* », los delegados eran unánimes en calificar de « *lamentable* » el trabajo de las mujeres y en repetir, según Monsieur Prud'homme, que « *el verdadero sitio de la mujer está en el hogar* ».

Pero si entonces, al comienzo del movimiento, cuando estaban por descubrir por nuestro proletariado aburguesado las causas profundas de la miseria y los medios de hacerla desaparecer, un error semejante era explicable, tampoco digo excusable, mientras que hoy, tras veintidós años de socialismo hundiéndose sin obstáculos, ha tenido lugar una sorprendente recaída que, evidentemente, no puede ser más que accidental.

No, pese a alguna superioridad de fuerza que se le suponga al hombre, y algún remunerador que pueda convertirse en su trabajo, no es posible condenar a la mujer a hacerse alimentar por él. Menos que nadie, los obreros a quienes su emancipación civil y política ha permitido medir la mentira de toda emancipación no económica, pueden desear eternizar la subordinación económica de un sexo al otro. Esto sería querer hacer de la mujer *el proletario* del hombre, sin contar que toda dignidad se encontraría de un golpe arrancada de las relaciones sexuales sin libertad.

La razón del yugo que pesa sobre la clase trabajadora y que ella busca cada vez más sacudirse, se sitúa totalmente en el hecho de que los medios de producción -y en consecuencia los productos- se encuentran concentrados en las manos de una parte de la sociedad que dispone así de la vida de la otra parte. Como consecuencia de esta monopolización de los bienes económicos o riquezas, la mayoría no poseedora tiene que tragar con todos los caprichos de la minoría propietaria, sin la cual y contra la cual ninguna resistencia es posible.

Ahora bien, admitiendo que solo el hombre debe producir, dándose que sea él el que se haga cargo de las necesidades de la mujer, de su mantenimiento, ¿quién no ve que esta última se encontrará frente a él en la misma situación de inferioridad, en la misma dependencia que tiene el trabajador actual frente al capitalista?

Ella sólo existirá condicionalmente *en la medida que le parezca al hombre*, o lo que tampoco es mejor, *en la medida en la que ella le guste*.

« *¡Cortesana o limpiadora!* » nada menos conforme a la verdad que este famoso dilema del sofisma hecho hombre, P. J. Proudhon.

El trabajador no puede por lo tanto, sin convertirse en culpable ante la opinión de la mitad de la humanidad de negación de la justicia que él reprocha con razón a la burguesía, limitar en la medida que sea el derecho que pertenece a la mujer, como a todo ser humano, a vivir trabajando sin deber nada a nadie.

No, el lugar de la mujer no está ni en el hogar ni en otra parte. Como el del hombre, está en todos, allí donde su actividad puede y quiere emplearse. ¿Por qué, encerrarla a título de qué, encerrarla en su sexo, transformado en profesión - se quiera o no-, por no decir en oficio? El hombre también, tiene funciones que responden a su sexo; es marido y padre, lo que no le impide ser médico, artista, obrero manual o intelectual. ¿Por qué, a título de qué - esposa o madre o lo que se quiera, por no hablar de todas las que no son ni una cosa ni la otra- la mujer no puede manifestarse también socialmente bajo la forma que más le convenga?

El mal no está en el trabajo, mismo industrial, de la mujer, sino en la retención, en el *diezmo* capitalista del que el trabajo femenino, como y más que el masculino, es objeto hoy. Tanto está en los obstáculos impuestos por las costumbres como en las leyes de acción social de la mujer.

Asegurar a la mujer, como al hombre, el desarrollo integral y la libre aplicación de sus facultades. Asegurar por otra parte a los trabajadores, sin distinción de sexo, el producto integral de su trabajo. Esa y ninguna otra es toda la solución.

Jules Guesde: «La mujer y su derecho al trabajo »  
El Socialista, 9 de octubre de 1898

\* \* \*

**LA SALVACIÓN DE LA MUJER  
ESTÁ EN LA SOCIEDAD COMUNISTA  
POR  
JULES GUESDE**

La mujer, en período capitalista, no puede vivir de sí misma, de su trabajo. Mismo fuera de los momentos en los que absorbida por la más alta de las funciones sociales inmortaliza nuestra especie reproduciéndola, no encuentra en la venta de fuerza muscular e intelectual más que un complemento, a lo sumo, de existencia. Ultrajosamente reducido, su salario le obliga a pedir el resto al hombre, en tanto que macho: marido, amante o transeúnte.

Está condenada, en otros términos, a comerciar con su sexo, convertido en su principal - o único- medio de vida. Y cuando, con esta entrega de sí misma llevada a cabo de una vez por todas, que se llama matrimonio, llega – al precio de la servidumbre que sea- a asegurar su mantenimiento o subsistencia, no se sabe como cabría la posibilidad de obligarla, mediante esta verdadera rescisión que es el divorcio, a hacerse...alimentar en otra parte.

Aparte de que su cuerpo, transformado necesariamente en mercancía, pueda convertirse, por el uso o la usura, en un emplazamiento más difícil o imposible, ella tiene derecho, entre las dos formas de prostitución a las que está reducida, a preferir la seguridad de la prostitución definitiva a un único, que a los abusos de una prostitución sucesiva y múltiple.

... Para que los individuos lleguen a la propiedad de sí mismos, a la libre disposición de lo más íntimo que haya en su persona, es necesario que el medio individualista y propietario haya dejado sitio al medio colectivista y comunista.

Es necesario que por medio del trabajo liberado, *desalarizado*, retribuido en base a su producto, la mujer pueda ser autosuficiente trabajando, pudiendo sólo su independencia económica dejarla tan libre en el amor como en la amistad.

Es necesario que durante la gestación y la lactancia, cuando por este trabajo orgánico ella fabrica mejor que los productos y que los productores, esté socialmente admitido su disfrute de los productos del trabajo económico.

Es necesario, por otra parte y sobre todo, que, como las tribus comunistas de otrora en las que bajo el nombre de tíos, la paternidad era ejercida por todos los hombres hechos, el niño, todos los niños que constituyan la humanidad del mañana, sean puestos al recaudo de la humanidad del día. « *Ampliad a Dios* » decía Diderot. Pero no es Dios. Es la familia la que conviene ampliar extendiéndola a toda la sociedad, por la igual conservación e igual desarrollo de todos los hijos del hombre, sin distinción.

Entonces, y solamente a partir de entonces, habrá, podrá haber, no el divorcio - este pretendido corrector del matrimonio no es más que un mal añadido a otro mal- sino esa libertad ilimitada de simpatías compartidas, fuera de las cuales no hay más que prostitución o violación.

Jules Guesde: *Sobre el divorcio. La solución.*  
En *Le Cri du Peuple*, 12 de junio de 1884

\* \* \*

**LA CUESTIÓN DE LA MUJER  
POR  
PAUL LAFARGUE**

El burgués ha pensado y piensa todavía que la mujer debe quedarse en casa y consagrar su actividad a vigilar y dirigir las labores del hogar, a cuidar al marido, a fabricar y alimentar a los niños. Ya, Xenofon, mientras que la burguesía nacía y tomaba cuerpo en la sociedad antigua, trazó las grandes líneas de su ideal



de la mujer. Pero si durante siglos, este ideal ha podido parecer razonable porque correspondía a condiciones económicas florecientes, no es más que una supervivencia ideológica desde que estas han dejado de existir.

La domesticación de la mujer presupone que ella cumple en las tareas del hogar funciones múltiples que absorben toda su energía; ahora bien, las más importantes y más esclavizantes de estas labores domésticas -hilado de la lana y del lino, costura, talla y confección de vestidos, lavandería, panificadoras, etc.- son hoy ejecutadas por la industria capitalista. Presupone igualmente que el hombre, por su aporte dotal y sus ganas, aprovisiona las necesidades materiales de la familia; ahora bien, en la burguesía ociosa, el matrimonio es tanto una asociación de capitales como una unión de personas y habitualmente la aportación dotal de la esposa es superior a la del esposo<sup>58</sup>, caídos tan bajo que los niños, tanto los niños como las niñas, están obligados a ganarse sus medios de existencia en el comercio, las administraciones del ferrocarril, los bancos, la enseñanza, correos, etc. y ocurre frecuentemente que la joven casada continúe trabajando fuera, con tal de completar los recursos del hogar, ya que los sueldos del marido no llegan a cubrir todos los gastos.

Las chicas y mujeres de la pequeña burguesía, así como las de la clase obrera, entran por tanto en competencia con sus padres, hermanos y maridos. Este antagonismo económico que la burguesía había impedido que se produjera por el enclaustramiento de la mujer en la residencia familiar, se generaliza e intensifica en medida que la producción capitalista se desarrolla; invade el campo de las profesiones liberales -medicina, derecho, literatura, periodismo, ciencias, etc.- cuyo monopolio se había reservado el hombre, de manera que se lo imaginaba eterno. Los obreros, como siempre, han sido los primeros en extraer consecuencias lógicas de la participación de la mujer en la producción social, han remplazado el ideal del artesano, -la mujer, exclusivamente limpiadora del hogar- por un nuevo ideal, -la mujer, compañera de sus luchas económicas y políticas por el aumento de salarios y la emancipación del trabajo.

La burguesía no está todavía dispuesta a entender que hace tiempo que su ideal se ha pasado de moda y que debe remodelarlo para hacerlo corresponder a las nuevas condiciones del medio social; sin embargo, desde la primera mitad del siglo XIX, las damas de la burguesía empezarán a protestar contra su interiorización familiar, más intolerable aún cuando el aporte dotal las situaba en pie de igualdad con el marido: se revelarán contra el esclavismo doméstico y la vida parsimoniosa a la que eran condenadas, así como contra la privación de satisfacciones intelectuales y materiales que les era impuesta; las más audaces irán hasta reclamar el amor libre y a filiarse a las sectas socialistas que predicaban la emancipación de la mujer<sup>59</sup>. Los filósofos y los moralistas tuvieron la inocencia de creer que pararían el movimiento feminista oponiéndole el interés sagrado de la familia, que declaraban no poder subsistir sin el sometimiento de la mujer a los trabajos del hogar, sin la colocación de los botones de la camisa, sin el zurcido de los calcetines, etc., ella debería dedicarse a estas oscuras e ingratas tareas, para que el hombre pudiera desplegarse y pavonearse libremente a cuenta de sus brillantes facultades; estos mismos sabios, que sermoneaban a las burguesas sublevadas en torno a la familia, cantaban a las alabanzas de la industria capitalista, que, arrancando a la mujer del hogar doméstico y de la cuna del hijo para infligirle los trabajos forzados de la fábrica, destruye la familia obrera.

---

<sup>58</sup> La dote jugó un papel decisivo en la historia de la mujer: al principio su precio de venta, si por cualquier causa él la repudia y la vuelve a mandar a su familia, después este precio de compra le es remitido y constituye su dote, que desde el período patriarcal, el marido compra a su padre, que a su vez debe restituir a sus padres tomando la costumbre de doblarlo. Desde el momento en que la esposa entra en la casa del marido con una dote, deja de ser una esclava que él pueda echar, vender o matar. La dote, hipotecada en Roma y en Atenas sobre los bienes del marido, debía, en caso de repudio o divorcio, serle restituida preferentemente a todo crédito. « No disfrutamos de las riquezas que la mujer aporta al hogar, dice un fragmento de Eurípides, sólo sirven para convertir el divorcio más difícil ». Los autores cómicos se burlan de los maridos que, tras el efecto de una acción dotal, caen en la dependencia de la esposa. Un personaje de Plauto dice a un marido que recrimina contra su mujer: « Tú has aceptado el dinero de la dote, tú has vendido tu autoridad - *imperium* ». Las ricas matronas romanas llevaban la insolencia hasta no confiar la gestión de su dote al marido; la regalaban a intendentes, que a veces cumplían junto a ellas con otro empleo, dice Marcial, esta mala lengua. El adulterio de la mujer entrañaba el derecho de divorcio y la restitución de la dote, pero más que llegar a este doloroso extremo, los maridos preferían cerrar los ojos ante las locuras de sus esposas; la ley debía, en Roma y Atenas, golpearlas para recordarles la dignidad marital; en China se les aplicaba cierto número de golpes de bambú en la planta de los pies. Las penalidades no eran suficientes para animar a los romanos a repudiar a sus mujeres adúlteras; la ley, con tal de relevar la virtud masculina, permite a los que denunciaban la infidelidad de su mujer retener una parte de la dote. Hubo entonces hombres que sólo se casaban en previsión del adulterio de su esposa. Las damas romanas esquivaron la ley inscribiéndose en el censo de las listas de prostitutas, a las que no se les aplicaba la medida. El número de matronas inscritas se volvió tan considerable que el Senado, bajo Tiberio, emite un decreto prohibiendo « a las damas que tengan un caballero por abuelo, padre o marido, traficar con su cuerpo » (Tácito: *Anales*) El adulterio femenino en la sociedad patricia de la antigüedad así como en la sociedad aristocrática del siglo XVIII, se generalizó de tal manera que por así decirlo se convirtió en costumbre, y se consideraba de forma afable, como un correctivo o un complemento del matrimonio (Nota de Lafargue)

<sup>59</sup> El manifiesto saint-simonista de 1830 anunciaba que la religión de Saint-Simón iba a « poner fin a este tráfico vergonzoso, a esta prostitución legal, que bajo el nombre de matrimonio consagra frecuentemente la unión monstruosa de la abnegación y el egoísmo, de la luz y la ignorancia, de la juventud y la decrepitud ». (Nota de Lafargue)

Las damas burguesas se burlarán de las prédicas tan imbéciles como morales de estos enormes tartufos, ellas continuarán su camino y llegarán al objetivo que se proponen; tanto como la patricia de la antigua Roma y la aristócrata del siglo XVIII, se han desembarazado de las preocupaciones del hogar y de amamantar al niño con mercenarias para consagrarse enteramente al aseo, para ser las muñecas más lujosamente engalanadas del mundo capitalista y con tal de que el negocio marche. Las señoritas y damas de la plutocracia americana han llegado al último grito en esta especie de emancipación, metamorfoseando a sus padres y maridos en acumuladores de millones que ellas gastan como locas. Arreglarse no es la única tarea de las mujeres del capitalismo, ya que se divierten cribando a navajazos el matrimonio, con tal de afirmar su independencia y perfeccionar la raza. El *Manifiesto Comunista* subraya que los innumerables procesos por adulterio y separación de bienes son incontestables testimonios del respeto que inspiran a los burgueses de los dos sexos los lazos sagrados del matrimonio que los licenciados socialistas decían que había que desatar.

Cuando las chicas y mujeres de la pequeña burguesía, obligadas a ganar su subsistencia y acrecentar los recursos de la familia, empezaron a invadir las tiendas, administraciones, puestos y profesiones liberales, los burgueses se empezaron a preocupar por sus ya tan reducidos medios de existencia; la competencia femenina iba a reducirlos más todavía. Los intelectuales, que se propusieron hacer la defensa del macho, consideraron prudente no recomenzar con los sermones de los moralistas, puesto que ya habían fracasado de forma penosa ante los burgueses ricos; hicieron un llamamiento a la ciencia, demostraron con razones irrefutables y superiormente científicas que la mujer no puede salir de las ocupaciones del hogar, sin violar las leyes de la naturaleza y la historia. Probaron para su completa satisfacción que la mujer es un ser inferior, incapaz de recibir una cultura intelectual superior y de ofrecer la suma de cuidado, energía y agilidad que reclaman las profesiones en las que entra en competencia con el hombre. Su cerebro, menos voluminoso, menos pesado y menos complejo que el del hombre es un « cerebro de niño »; sus músculos menos desarrollados no tienen fuerza de ataque y resistencia, los huesos de su antebrazo, de su pelvis, el cuello del fémur, en resumen, todo su sistema óseo, muscular y nervioso sólo le permiten llevar la rutina del hogar. La naturaleza le designaba con todos sus órganos para ser la sierva del hombre, como el mal Dios de los judíos y cristianos había marcado con su maldición la raza de Cam para la esclavitud.

La historia aportaba su sorprendente confirmación a estas verdades ultracientíficas; los filósofos e historiadores afirmaban que ella enseña que siempre y en todo lugar la mujer subordinada al hombre había sido encerrada en la casa, en el gineceo: si ésa había sido su suerte en el pasado, tal debía ser su destino en el futuro, declaraba positivamente Augusto Comte, el profundísimo filósofo burgués. Lombroso, el ilustre bromista, le arrea con la coza del burro; asegura seriamente que la estadística social proclamaba la inferioridad de la mujer, puesto que el número de criminales femeninas es inferior al de los masculinos; mientras que estaba sumido en cifras, podría haber añadido que la estadística de la locura constata la misma inferioridad. Así, por lo tanto, moral, anatomía, fisiología, estadística social e historia atan a la mujer para siempre a la servidumbre doméstica.

La producción capitalista que se encarga de la mayor parte de los trabajos a los que se consagraba la mujer en el hogar familiar, ha incorporado a su ejército de asalariados de la fábrica, del comercio, de la oficina y de la enseñanza a las mujeres y chicas de la clase obrera y de la pequeña burguesía con tal de procurarse trabajo a buen precio. Su apremiante necesidad de capacidades intelectuales ha dejado de lado el venerable y venerado axioma de la moral masculina: *leer, escribir y contar debe ser todo el saber de la mujer*; ha exigido que se enseñara tanto a las chicas como a los chicos los rudimentos de las ciencias. El primer paso estaba hecho, no se le pudo prohibir la entrada en las universidades. Comprobaron que el cerebro femenino que los intelectuales habían denominado « cerebro de niño » era tan capaz como el cerebro masculino para recibir toda la enseñanza científica. Las ciencias abstractas (matemáticas, geometría, mecánica, etc.), las primeras cuyo estudio era accesible a las mujeres, fueron también las primeras en las que ellas pudieron dar la medida de sus capacidades intelectuales; ahora se atreven con las ciencias experimentales (fisiología, física, química, mecánica aplicada, etc.) y en América y Europa surge una legión de mujeres que caminan a la par que los hombres, a pesar de la inferioridad de las condiciones de desarrollo físico y moral en las que viven desde la primera infancia.

El capitalismo no ha arrancado a la mujer del hogar doméstico y no la ha lanzado a la producción social para emanciparla, sino para explotarla todavía más ferozmente que al hombre; y también se ha guardado bien de demoler las barreras económicas, jurídicas, políticas y morales que se habían erigido para enclaustrarla en la residencia matrimonial. La mujer, explotada por el Capital soporta las miserias del trabajador libre y carga además con las cadenas del pasado. Su miseria económica es agravada; en lugar de

ser alimentada por el padre o el marido, cuya ley continua sufriendo, debe ganar sus medios de existencia, y bajo el pretexto de que tiene menos necesidades que el hombre, su trabajo está peor remunerado, y cuando su trabajo cotidiano en el taller, la oficina o la escuela está terminado, da comienzo su trabajo en el hogar. La maternidad, el trabajo sagrado, la más alta de las funciones sociales, se convierte en la sociedad capitalista en causa de horribles miserias económicas y fisiológicas. La intolerable condición de la mujer es un peligro para la reproducción de la especie. Pero esta aplastante y dolorosa situación anuncia el fin de su servidumbre, que comienza con la constitución de la propiedad privada y que no puede llegar a su fin sin su abolición. La humanidad civilizada, bajo la presión del modo mecánico de producción, se orienta hacia una sociedad basada en la propiedad común, en la que la mujer liberada de las cadenas económicas, jurídicas y morales que la retienen pueda desarrollar libremente sus facultades físicas e intelectuales como en la época del comunismo de los salvajes.

Los salvajes, para prohibir la promiscuidad primitiva y restringir sucesivamente el círculo de relaciones sexuales, no encontraron otro medio que separar los sexos; existen razones para creer que fueron las mujeres las que tomaron la iniciativa de esta separación que la especialización de las funciones consolida y acentúa. Eso se manifiesta socialmente por medio de ceremonias religiosas y lenguas secretas particulares para cada sexo, y también por medio de luchas<sup>60</sup>: tras haber tomado un carácter de antagonismo violento se llega a la brutal opresión de la mujer, la cual subsiste todavía, a pesar de que vaya atenuándose en medida que se generaliza y se acentúa sobre el terreno económico el antagonismo de los dos sexos. Pero el antagonismo moderno no llegará a la victoria de un sexo sobre el otro, puesto que es uno de los fenómenos de la lucha del Trabajo contra el Capital que encontrará su solución con la emancipación de la clase obrera en la que tanto las mujeres como los hombres están incluidas.

La técnica de la producción que tiende a suprimir la especialización de las profesiones y funciones y a reemplazar el esfuerzo muscular por la atención y la habilidad intelectual y que, en medida que más se perfecciona más mezcla y confunde a la mujer y al hombre en el trabajo social, impedirá la vuelta de las condiciones que en el caso de las naciones salvajes y bárbaras habían mantenido la separación de sexos. La propiedad común hará desaparecer el antagonismo económico de la civilización. Pero si es posible entrever el final de la servidumbre femenina y del antagonismo de los sexos y concebir para la especie humana una era de incomparable progreso corporal e intelectual, hasta que sea reproducida por mujeres y hombres de alta cultura muscular y cerebral, es imposible prever relaciones sexuales de mujeres y hombres libres e iguales, que no serán reunidos o separados por sórdidos intereses materiales y por la grosera moral que han engendrado. Pero si se juzga según el presente y el pasado, los hombres cuya pasión genésica es más violenta y continua que en el caso de las mujeres, -el mismo fenómeno se observa en los machos y hembras de toda la serie animal- estarán obligados a pavonearse y a exhibir todas sus cualidades físicas e intelectuales para conquistar enamoradas. La selección sexual, que, tal y como lo ha demostrado Darwin, cumple un papel importante en el desarrollo de las especies animales, pero que, salvo extrañas excepciones, ha dejado de cumplirlo en las razas indoeuropeas desde hace cerca de tres mil años, volverá a ser uno de los factores enérgicos del perfeccionamiento humano.

La maternidad y el amor permitirán a la mujer reconquistar la posición superior que ocupaba en las sociedades primitivas, cuyo recuerdo ha sido conservado por leyendas y mitos de las antiguas religiones.

Paul Lafargue: *la Cuestión de la mujer*  
París, 1904

\*

\*

\*

---

<sup>60</sup> A.W. Howit, que ha observado entre los australianos una especie de totemización sexual, dice que suele ocurrir que hombres y mujeres de un mismo clan peleen cuando muere un animal que sirve de tótem a un sexo a consecuencia de la acción de una persona del sexo contrario.



***LA CUESTIÓN DE LA MUJER ES  
UN ASPECTO DE LA CUESTIÓN SOCIAL***

P O R

*AUGUSTE BEBEL*

Somos los contemporáneos de una gran evolución social que toma día a día proporciones más vastas. Un movimiento, una agitación de espíritus se manifiestan en todas las clases de la sociedad con una intensidad cada vez mayor. Todos se dan cuenta de que la tierra se hunde bajo sus pies. Ha surgido una masa de cuestiones sobre la solución de las cuales se discute en los dos sentidos. Una de las más importantes que se plantea es la que llamamos la cuestión de la mujer.

¿Qué lugar debe tomar la mujer en nuestro organismo social, cómo puede desarrollar todas sus fuerzas y todas sus aptitudes a fin de convertirse en miembro completo de la sociedad humana, teniendo los derechos de todos, pudiendo dar la medida completa de su actividad? En nuestra opinión, esta cuestión se confunde con la de saber cual será la organización que deberá recibir la sociedad humana para sustituir a la opresión, a la explotación, a la necesidad y la miseria bajo sus mil formas, una humanidad libre, una sociedad en plena salud tanto desde el punto de vista físico como desde el punto de vista social. La cuestión de la mujer no es por lo tanto para nosotros más que uno de los aspectos de la cuestión social general, que ocupa en este momento a todas las inteligencias, que pone todos los espíritus en movimiento. No puede, en consecuencia, encontrar su solución definitiva más que en la supresión de las contradicciones sociales y en la desaparición de los males que de ellas resultan.

Auguste Bebel : *La Mujer y el Socialismo*

\*

\*

\*

***FEMINISMO BURGUÉS Y  
LUCHA DE CLASES***

P O R

*AUGUSTE BEBEL*

Resulta que todas las mujeres, sin distinción de rango social, están interesadas, en su situación de sexo dominado y vejado por los hombres, en modificar este estado de cosas por reformas en el estado social existente, por medio de la revisión de las leyes. La inmensa mayoría de las mujeres tiene el mayor interés en modificar completamente esta situación. Es así que desaparecerán el esclavismo del salario, bajo el que sollozan la mayor parte de ellas, y el esclavismo sexual, que está íntimamente ligado a las condiciones de propiedad e industria.

Las mujeres que se ocupan del movimiento femenino burgués no comprenden la necesidad de un cambio radical semejante. Influenciadas por la situación privilegiada que ocupan en la sociedad, ven en el movimiento feminista proletario y sus diferentes aspiraciones y tendencias peligrosas y poco razonables que deben ser combatidas. Es así como la diferencia de clases, que origina un abismo entre los obreros y los capitalistas, hace igualmente sentir estos efectos en el movimiento feminista. Y estos efectos se vuelven más grandes en la medida que la situación se vuelve más tensa.

Auguste Bebel: *La Mujer y el Socialismo.*

\*

\*

\*

**LA CLASE OBRERA Y EL  
NEOMALTUSIANISMO**

POR

LENIN

En el Congreso de médicos de Pirogov, la cuestión del aborto, es decir, del aborto espontáneo artificialmente provocado, ha suscitado gran interés y ha planteado numerosos debates. El informador, Litchkous, aporta datos concernientes a la amplia extensión del aborto en los actuales Estados denominados civilizados.

En Nueva York, se han contado en un año 80.000 abortos, en Francia hay 36.000 cada mes. En San Petersburgo, el porcentaje de abortos ha sobrepasado el doble en espacio de cinco años. El Congreso de médicos de Pirogov ha expresado su deseo de que el aborto no deba acarrear para la madre persecución judicial y que el médico no deba ser perseguido más que en caso de que hubiera hecho la operación con finalidad « interesada ».

La mayor parte de los médicos que se pronunciaban en favor de la impunidad del aborto, naturalmente, también ha planteado en el curso de los debates la cuestión del pretendido neo-maltusianismo (es decir, de los medios anticonceptivos) y, en esta ocasión, han abordado igualmente el aspecto social del asunto. Así, por ejemplo, según el informe ofrecido por *Rousskoie Slovo*, M. Vigdortchik declara que “era necesario saludar los medios anticonceptivos”, mientras que M. Astrakhan exclamaba en medio de una tempestad de aplausos:

« ¡Se nos obliga a convencer a las madres de que traigan niños al mundo, para que sean lisiados en los establecimientos escolares, para que se les someta a sorteo, para que se les empuje al suicidio! »

Si es exacto que semejantes salidas de M. Astrakhan han levantado una tempestad de aplausos, no me sorprende nada. Los auditores eran burgueses medios y pequeños con psicología burguesa. ¿Se podía esperar de su parte otra cosa que no fuera un liberalismo de lo más soso?

Pero desde el punto de vista de la clase obrera, casi no es posible encontrar una expresión más sorprendente del carácter completamente reaccionario y de toda la ineptitud del « neomaltusianismo social » que la frase precipitada de M. Astrakhan. « Traer niños al mundo, para que sean lisiados »... ¿Solo para eso? ¿Por qué no a fin de que *luchen* mejor, con mayor unidad, con mayor conciencia y energía que los demás contra las condiciones actuales de la vida que mutilan y arruinan a nuestra generación?

Eso es precisamente en lo que consiste la diferencia fundamental entre la psicología de un campesino, de un artesano, de un intelectual, en general de un pequeño burgués, y la de un proletario.

El pequeño burgués ve y siente que perece, que la vida es cada vez más difícil, la lucha por la existencia más despiadada. Que su situación y la de su familia aparecen cada vez con menos salida. Eso es un hecho incontestable. Y es contra eso que protesta el pequeño burgués.

¿Pero cómo protesta?

Protesta como el representante de una clase que perece sin remedio, que desespera por su futuro, de una clase abatida y temerosa. Nada se puede hacer: que haya por lo tanto menos niños que padezcan nuestros sufrimientos y nuestro calvario, nuestra miseria y nuestras humillaciones, ese es el grito del pequeño burgués.

El obrero consciente está infinitamente alejado de este punto de vista. No se deja ennegrecer la conciencia con tales lamentaciones, por muy sinceras y emotivas que sean. Sí, nosotros también, los obreros, y la masa de los pequeños propietarios, mantenemos una vida encorvada bajo un yugo insoportable y lleno de sufrimientos. Nuestra generación soporta más desgracias que nuestros padres. *Nosotros hemos aprendido y aprendemos rápido a luchar*, - y a luchar, no en el aislamiento como los mejores de nuestros padres, no en nombre de consignas lanzadas por fraseólogos burgueses que nos son en el fondo extraños, sino bajo nuestras consignas, las de nuestra clase. Luchamos mejor que nuestros padres. Nuestros hijos lucharán todavía mejor y *vencerán*.

La clase obrera no perece, ella crece, deviene más fuerte y más vigorosa, se reúne, se instruye y se temple en el combate. Nosotros somos pesimistas en cuanto al feudalismo, al capitalismo y a la pequeña producción, pero nosotros somos optimistas ardientes en lo que concierne al movimiento obrero y sus objetivos. Nosotros echamos las bases del nuevo edificio, y nuestros hijos lo acabarán.

He ahí –y solo ahí– por lo que somos los enemigos absolutos del neo-maltusianismo, de esta tendencia propia de la pareja pequeño-burguesa, encerrada en sí misma y egoísta, que balbucea,

atemorizada: « Dios mío, haz que podamos mantenernos de una forma u otra; en cuanto a los hijos, mejor será no tener ».

Cierto es que eso no nos impide exigir un cambio completo de todas las leyes que prohíben el aborto o la difusión de obras de medicina que traten sobre los medios anticonceptivos, etc. Estas leyes son una de las hipocresías de las clases dirigentes. Estas leyes no curan las enfermedades del capitalismo, sino que las vuelven particularmente funestas y graves para las masas oprimidas. La libertad de propaganda médica y la defensa de las leyes democráticas elementales para los ciudadanos y ciudadanas es una cosa. La teoría social del neo-maltusianismo es otra. Los obreros conscientes mantendrán siempre la lucha más despiadada contra los intentos de insuflar esta teoría reaccionaria y cobarde a la clase más avanzada de la sociedad contemporánea, a la más fuerte, la mejor preparada para la gran transformación.

Lenin, La clase obrera y el neo-maltusianismo,

Pravda, 16-29 de junio de 1913

\*

\*

\*

## ***LAS MUJERES EN LA LUCHA REVOLUCIONARIA***

**POR**

**LENIN**

**-I-**

No, los trabajos forzosos no asustarán a los obreros cuyos jefes no tengan miedo a morir en la lucha de calle contra los esbirros del zar. El recuerdo de nuestros heroicos camaradas asesinados y torturados hasta la muerte en las prisiones multiplicará las fuerzas de los nuevos luchadores y hará surgir miles de nuevos combatientes que, como Marta Iakoleva, joven chica de 18 años, proclamarán abiertamente : « ¡estamos con nuestros hermanos! ». El Gobierno se ha decidido, aparte de la represión policial y militar, a juzgar a los manifestantes por rebelión. Nosotros responderemos uniendo a todas las fuerzas revolucionarias, atrayéndonos a todas las víctimas de la arbitrariedad zarista, preparando sistemáticamente la insurrección del pueblo entero.

Lenin, Reglas de presidio y veredicto de presidio,

Iskra, noviembre de 1901.

**-II-**

El proletariado moscovita nos ha dado en los días de diciembre<sup>61</sup> magníficas lecciones de « trabajo » ideológico en el ejército. Por ejemplo, el 8-21 de diciembre, en la plaza Strastnaia, cuando la muchedumbre rodea a los cosacos, rompe sus filas, fraterniza con ellos y les obliga a marcharse. O el 10-23 en el barrio de Presna, cuando dos jóvenes obreras, que llevaban una bandera roja entre una muchedumbre de diez mil personas, se echaron ante los cosacos gritando: « ¡matadnos! ¡Nunca entregaremos, vivas, nuestra bandera! » y los cosacos se enturbiaban y se comedían, mientras que la muchedumbre gritaba: « ¡viva los cosacos! ». Estas imágenes de bravura y heroísmo deben grabarse para siempre en la conciencia del proletariado.

Lenin, Las lecciones de la insurrección de Moscú

\*

\*

\*

## ***LA LUCHA POR EL DERECHO A VOTO***

**POR**

**LENIN**

La resolución concerniente al derecho a voto de las mujeres ha sido adoptada por unanimidad. Sólo una inglesa perteneciente a la sociedad semi-burguesa de los « fabianos » declara que se podría luchar no por el derecho a voto universal, sino por el derecho a voto limitado para las mujeres poseedoras. Esta propuesta

<sup>61</sup> Se refiere a la revolución de 1905

fue completamente rechazada por el congreso que preconizó la lucha de los obreros por el derecho a voto pero no al lado de los adeptos burgueses de la igualdad de derechos para las mujeres, sino al lado de los partidos de clase del proletariado. El congreso reconoció que, en la campaña por el sufragio femenino, era indispensable defender integralmente los principios del socialismo y la igualdad de los derechos entre hombres y mujeres, sin desfigurarlos por ninguna consideración de oportunidad.

Un desacuerdo muy interesante se manifestó en torno a esto en el seno de la comisión. Los austriacos (Víctor Adler, Adelheid Popp) aprobaban esta táctica en la lucha por el derecho a voto universal para los hombres: para conquistar este derecho estimaban oportuno, en la campaña de agitación, no poner en primer plano la reivindicación del derecho a voto femenino. Los socialdemócratas alemanes, en particular Zetkin, habían protestado ya contra este punto de vista en el momento en el que los austriacos mantenían su campaña en favor del sufragio universal. Zetkin había declarado en la prensa que en ningún caso no había que dejar en la sombra la reivindicación del derecho a voto para las mujeres, que los austriacos habían actuado como oportunistas sacrificando los principios por razones de conveniencia y que, lejos de debilitarlos, habrían amplificado el alcance de su agitación y la fuerza del movimiento popular si habrían puesto la misma energía en reivindicar el derecho a voto para las mujeres. En la comisión, Ziz, otra mujer eminente de la socialdemocracia alemana, se alía plenamente con al punto de vista de Zetkin. La enmienda de Adler, justificación indirecta de la táctica austriaca, fue *rechazada* por doce votos contra nueve - (esta enmienda pide solamente que no haya interrupción en la lucha por el derecho a voto acordado verdaderamente a todos los ciudadanos, y no que la lucha por el derecho a voto esté siempre ligada a la reivindicación de igualdad de derechos entre hombres y mujeres). Nada expresa mejor el punto de vista de la comisión y del congreso que las palabras siguientes, pronunciadas por la susodicha Ziz en la conferencia internacional de mujeres socialistas (que tuvo lugar en Stuttgart al mismo tiempo que el congreso):

« Por principio, debemos exigir todo lo que consideramos como justo, dijo Ziz, y solamente en el caso en el que nuestras fuerzas no sean suficientes para mantener la lucha aceptaremos lo que podamos obtener. Esa ha sido siempre la táctica de la socialdemocracia. Cuanto más modestas sean nuestras reivindicaciones, más modestas serán las concesiones del Gobierno ».

A la luz de esta discusión entre las mujeres socialdemócratas austriacas y alemanas, el lector puede ver con qué severidad los mejores marxistas juzgan la mínima desviación aportada a la táctica revolucionaria consecuente y fiel a los principios.

Lenin, El Congreso socialista internacional de Stuttgart, finales de 1907,  
Calendario para todos, 1908.

\*

\*

\*

## ***¡NO HAY DEMOCRACIA SIN MUJERES!***

**P O R**

**LENIN**

*No podemos asegurar la verdadera libertad, no podemos construir democracia – por no hablar de socialismo- si no llamamos a las mujeres al servicio cívico, al servicio en la milicia, en la vida política, si no la liberamos de la atmósfera embrutecedora de las tareas del hogar y la cocina.*

Lenin, Cartas de lejos,  
Zurich, 11/24 de marzo de 1917

\*

\*

\*

## **LA EDUCACIÓN POLÍTICA DE LAS MUJERES**

POR

STALIN

Hace cinco años, el Comité Central de nuestro Partido convocó en Moscú el primer Congreso panruso de obreras y campesinas. Más de mil delegadas se dieron cita en este congreso: no representaban a menos de un millón de mujeres trabajadoras. Este congreso puso la primera piedra para el trabajo de nuestro partido entre las mujeres trabajadoras. El inestimable mérito de este congreso consiste en que ha planteado los fundamentos de la *organización* de la educación política de las obreras y campesinas de nuestra República.

Algunos pueden pensar que no es nada extraordinario, que el Partido siempre se ha ocupado de la educación política de las masas comprendiendo a las mujeres; que la educación política de las mujeres no puede tener un significado serio, si es que pronto tenemos cuadros sólidos de obreros y campesinos. Este razonamiento es completamente falso. La educación política de las mujeres trabajadoras tiene, ahora que el poder ha pasado a manos de obreros y campesinos, una importancia capital.

He aquí por qué.

Nuestro país cuenta con una población de cerca de 140 millones de habitantes, cuya mitad son mujeres, principalmente obreras y campesinas, temerosas, poco conscientes, ignorantes. Si nuestro país se ha puesto seriamente a edificar una nueva vida soviética, ¿no está claro que las mujeres de este país, que representan la mitad de la población, serán como una bola atada al pie de cada movimiento hacia adelante si continúan siendo temerosas, poco conscientes, ignorantes?

La mujer obrera está del lado del obrero. Cumple con él la obra común de la edificación de nuestra industria. Puede contribuir a la obra común si ella está educada políticamente. Puede arruinar la obra común si es temerosa e ignorante, no por su culpa sin duda, sino a causa de su falta de instrucción.

La mujer campesina está del lado del campesino. Trabaja con él en la obra común del desarrollo de nuestra economía rural, en sus éxitos, en su florecimiento. Puede ser de inmensa utilidad en esta obra si ella se libera de las tinieblas y de la ignorancia. Y, al contrario, puede frenar la obra entera si se mantiene cautiva de la ignorancia.

Las obreras y campesinas son ciudadanas libres, al igual que los obreros y los campesinos. Eligen nuestros soviets, nuestras cooperativas, pueden ser elegidas en los soviets, en las cooperativas. Las obreras y campesinas pueden mejorar nuestros soviets y nuestras cooperativas, consolidarlas y desarrollarlas, si están educadas políticamente. Las obreras y campesinas pueden debilitarlas y perderlas si son ignorantes e incultas.

En resumen, las obreras y campesinas son las madres, las educadoras de nuestra juventud – futuro de nuestro país. Pueden deformar el alma del niño o dar un espíritu sano a nuestra juventud, capaz de sacar adelante nuestro país, dependiendo de que la mujer-madre sea simpatizante del régimen soviético o de que se deje arrastrar por el remolque del pope, del kulak, de la burguesía.

He ahí por qué la educación política de las obreras y campesinas, ahora que los obreros y campesinos han comenzado a construir una nueva vida, es una tarea capital, la tarea más importante de la victoria real sobre la burguesía.

He ahí por qué el significado del primer Congreso de obreras y campesinas, que marcó el comienzo de la obra de educación política de las mujeres trabajadoras, es, en realidad, inestimable.

Hace cinco años, en el primer Congreso de obreras y campesinas, la tarea que se planteaba ante el Partido consistía en llamar al trabajo común de la edificación de la nueva vida soviética a cientos de miles de obreras. Entonces estaban en las primeras filas de *obreras* de los círculos obreros como el elemento más móvil y más consciente de las mujeres trabajadoras. Hay que reconocer que durante cinco años no pocas cosas han sido hechas en este sentido, a pesar de que todavía quede mucho por hacer.

Ahora, la tarea del Partido consiste en llamar al trabajo común de la organización de nuestra vida soviética a millones de *campesinas*. Cinco años de trabajo han permitido hacer sacar toda una serie de dirigentes de entre las filas campesinas. Esperemos que nuevas campesinas conscientes vengán a reforzar las filas de las dirigentes campesinas. Esperemos que el Partido resuelva este problema.

Stalin, *Por el quinto aniversario del primer Congreso de obreras y campesinas*,  
Artículo publicado en la revista *La Comunista*, n°11, noviembre de 1923.

\*

\*

\*

***EL DÍA INTERNACIONAL  
DE LAS MUJERES***

**P O R**

***STALIN***

Ningún gran movimiento de oprimidos, en la historia de la humanidad, se ha desarrollado sin la participación de las mujeres trabajadoras. Las mujeres trabajadoras, las más oprimidas de entre todos los oprimidos, nunca se han quedado ni han podido quedarse aparte del gran camino del movimiento liberador. El movimiento liberador de los esclavos empujó, como se sabe, hacia adelante a cientos y miles de grandes mártires y heroínas. En las filas de los luchadores por la liberación de siervos, había decenas de miles de mujeres trabajadoras. No es sorprendente que el movimiento revolucionario de la clase obrera, el más potente de todos los movimientos liberadores de las masas oprimidas, haya atraído hacia sí a millones de mujeres trabajadoras. El Día Internacional de las Mujeres es el testimonio de la invencibilidad y el presagio de un gran futuro del movimiento liberador de la clase obrera.

Las mujeres y trabajadoras, las obreras y campesinas, constituyen la gran reserva de la clase obrera. Esta reserva representa a una buena mitad de la población. ¿Estará la reserva femenina con la clase obrera o contra ella? De eso dependen el destino del movimiento proletario, la victoria o derrota de la revolución proletaria, la victoria o derrota del poder proletario. Por eso, la primera tarea del Partido y de su destacamento más avanzado, el Partido comunista, consiste en llevar a cabo una lucha decisiva para liberar a las mujeres, obreras y campesinas, de la influencia de la burguesía, para educar políticamente y organizar a las obreras y campesinas bajo la bandera del proletariado.

El Día Internacional de las Mujeres es un medio para llamar a la reserva, constituida por mujeres trabajadoras, que se posicione del lado del proletariado.

Pero las mujeres trabajadoras no sólo son una reserva. Pueden y deben convertirse —con una política justa de la clase obrera— en un verdadero ejército de la clase obrera que combata a la burguesía. Hacer de esta reserva de mujeres trabajadoras un ejército de obreras y campesinas, que combatan junto al gran ejército del proletariado, ésa es la segunda tarea, que es decisiva, de la clase obrera.

El Día Internacional de las Mujeres debe servir para hacer pasar a las obreras y campesinas de la reserva de la clase obrera al ejército activo del movimiento liberador del proletariado.

¡Viva el Día Internacional de las mujeres!

Stalin, *Para el Día Internacional de las Mujeres*,  
*Pravda*, 8 de marzo de 1925.

\*

\*

\*



*T E R C E R A P A R T E :*

**LA MUJER, EL NIÑO Y LA**  
**FAMILIA EN EL RÉGIMEN**  
**CAPITALISTA**

*LAS ENCAJADORAS*

P O R

*FRIEDRICH ENGELS*

El trabajo más insano es el de los *lacerunners*, niños, la mayoría de veces de siete, cinco e incluso cuatro años. El comisario Grainger ha llegado a encontrar un niño de *dos años* trabajando en esto. Seguir con los ojos un solo y mismo hilo del que se tira con la aguja de un tejido artificialmente entremezclado, es muy perjudicial para los ojos, ya que este trabajo, como es habitual, dura de catorce a dieciséis horas. En el mejor de los casos, se produce una miopía muy pronunciada; en el peor, de forma bastante frecuente, una ceguera incurable, debida a la gota serena. Pero, además, el arrodillarse de continuo causa entre los niños debilidad, constricción de la caja torácica y escrófulas, consecuencias de una mala digestión; los problemas de útero son casi generales entre las chiquillas, al igual que la desviación de la columna vertebral, tan pronunciada que « podemos reconocer a todos los *lacerunners* por sus andares ». El trabajo de encaje tiene exactamente las mismas consecuencias tanto para los ojos como para todo el organismo. Los médicos son unánimes en declarar que la salud de todos los niños empleados en la industria costurera sufre considerablemente, que se vuelven pálidos, languidecidos, débiles, demasiado pequeños para su edad, y son, mucho más raramente que el resto, capaces de resistir una enfermedad. Las afecciones de las que sufren generalmente son: debilidad general, síncope frecuentes, dolores de cabeza, del costado, de espalda y pelvis, golpes de corazón, ganas de vomitar, náuseas, inapetencia, desviación de la columna vertebral, escrófulas y envejecimiento. Es sobre todo la salud del cuerpo femenino la que está continua y profundamente minada: se suelen notar (Grainger, Informe), leucorrea, partos difíciles y abortos. Además, el mismo empleado de la comisión del trabajo infantil declara que los niños están frecuentemente mal vestidos o en harapos y que no tienen comida suficiente, casi siempre sólo té y pan, habitualmente no tienen carne durante meses. En lo que a su condición moral se refiere, añade que:

« Todos los habitantes de Nottingham, policía, clero, fabricantes, obreros y los mismos padres de los hijos se han convencido unánimemente de que el sistema actual de trabajo es una de las fuentes más seguras de inmoralidad. Los *threaders*, chiquillos en mayor parte, y las *winders*, chiquillas en mayor parte, son convocados al mismo tiempo en la fábrica —a veces en plena noche— y sus padres no pueden saber por cuánto tiempo necesitarán de ellos, teniendo así la mejor de las ocasiones para concluir uniones poco convenientes e irse a vagabundear juntos tras el trabajo. Eso no ha contribuido poco a la inmoralidad que, según la opinión pública, existe en Nottingham en enormes proporciones. Por otra parte, el descanso doméstico y el bienestar de las familias a las que pertenecen estos niños y jóvenes están completamente sacrificadas a este estado de cosas extremadamente antinatural. »

Otra rama de la fabricación de encajes, el encaje a huso, se practica en las tierras agrícolas de Northampton, Oxford, Bedford y Buckingham, la mayor parte del tiempo por niños y jóvenes que se quejan generalmente de la mala alimentación y que raramente pueden comer carne. El trabajo en sí mismo es extremadamente insano. Los niños trabajan en piezas exiguas, mal ventiladas y húmedas, continuamente sentados y recostados sobre el cojín de encaje. Para sostener su cuerpo en esta posición fatigante, las



chiquillas llevan un corsé de montar de madera, y para la temprana edad de la mayoría, en la que los huesos son todavía muy delicados, en posición curvada, desplaza completamente el esternón y las costillas y provoca una constricción general de la caja torácica. Por eso la mayoría mueren de tisis, tras haber sufrido, a consecuencia del trabajo sentado y el ambiente cargado, cierto tiempo los efectos más penosos (severest) de una mala digestión. Ellas no reciben casi ninguna educación - de educación moral todavía menos que de ninguna otra-, les gusta arreglarse y, consecuencia de esto y de lo otro, su estado moral es bastante lamentable, y la prostitución es entre ellas casi epidémica. (Ch. Empl. Comm, BURNS, Informe)

F. Engels: La situación de la clase obrera en Inglaterra.

\*

\*

\*

## ***LAS MODISTAS Y LAS COSTURERAS***

**POR**

***FRIEDRICH ENGELS***

Es una cosa singular que la confección de los artículos que sirven precisamente para la limpieza de las damas de la burguesía esté unida a las consecuencias más penosas para la salud de las personas que los trabajan. Ya hemos visto eso en la fabricación de encajes, y ahora tenemos en las tiendas de moda de Londres una nueva prueba en apoyo de esta afirmación. Estos establecimientos emplean a gran número de chicas jóvenes - hay, según se dice, un total de 15.000 - que viven y comen en la casa, la mayor parte originarias del campo, y son así esclavas completas de la patronal. Durante la temporada alta, que dura en torno a cuatro meses al año, la duración del trabajo llega, incluso en las mejores casas, a quince horas y, si surgen asuntos urgentes, dieciocho; pero, en la mayor parte de las casas, se trabaja durante este período sin ninguna fijación de tiempo, aunque las chicas no tienen más de seis horas, a veces tres o cuatro, e incluso dos horas sobre veinticuatro para descansar y dormir, y trabajan de diecinueve a veinte horas por día, cuando no son forzadas - cosa que ocurre con bastante frecuencia- a pasar ¡toda la noche trabajando! El único límite de su trabajo es la incapacidad física absoluta de seguir con la aguja un minuto más. Hemos visto casos en los que estas pobres criaturas se quedaban nueve días seguidos sin desnudarse y sin poder descansar nada más que algunos instantes aquí o allá, encima de un colchón en el que se les servía su comida cortada ya en trozos pequeños, para permitirle tragarlos en el menor tiempo posible; en resumen, estas desgraciadas chicas, como esclavas, bajo la amenaza moral de un látigo que es el miedo a ser despedidas, están mantenidas en un trabajo tan intenso y tan incesante que un hombre robusto, con más razón chicas delicadas de catorce a veinte años, no podría soportarlo. Dicho de otra forma, el agobiante ambiente de los talleres, y también de los barracones, la postura curvada, la habitualmente mala alimentación difícil de digerir, - todo eso, pero, ante todo, el trabajo prolongado y la privación de aire, producen los resultados más penosos para la salud de las chicas. El cansancio y el agotamiento, la debilidad, la pérdida de apetito, los dolores de hombros, espalda y cadera, pero sobre todo los dolores de cabeza, pronto hacen aparición; seguidamente son la desviación de columna vertebral, la elevación y deformación de hombros, el adelgazamiento, los ojos hinchados, llorosos, que provocan dolor y se vuelven miopes pronto, la tos, el asma, la mala respiración, así como todas las enfermedades del desarrollo femenino. Los ojos sufren en muchos casos tanto que se produce una ceguera incurable, una desorganización completa de la vista, y si la visión se mantiene bastante bien como para permitir la continuidad del trabajo, es la tisis la que, normalmente, pone fin a la breve y triste vida de las modistas. Incluso en el caso de aquéllas que dejan el trabajo bien pronto, la salud queda descompuesta para siempre, el vigor de la constitución quebrado; están perpetuamente en particular en el matrimonio, enfermas y débiles, y sólo traen al mundo niños enfermos. Todos los médicos preguntados en torno a este tema por el miembro de la Comisión sobre el trabajo infantil, han sido unánimes en declarar que no se podría imaginar un modo de vida tendente, más que éste, a arruinar la salud y a provocar una muerte prematura.

Por otra parte, con la misma crueldad, de forma solamente un poco más indirecta, es como están explotadas las costureras de Londres. Las chicas que se ocupan de la confección de los corsés tienen un trabajo duro, penoso, extenuante para los ojos; ¿y cuál es el salario que reciben?... El salario de estas costureras asciende, según eso y según diversas declaraciones de obreros y empresarios, por un trabajo sostenido, continuado con intensidad en la noche, al total de ¡2<sup>1/2</sup> a 3 shillings por semana! Y lo que viene a rematar esta vergonzosa barbarie es que las costureras deben dejar una parte del valor de las materias primas

que les son confiadas, y ellas, evidentemente, no pueden hacerlo – y los propietarios bien lo saben- más que de una manera: empeñándose, o bien devolviéndolas con pérdidas, o entonces, si *no pueden* devolverlas, están obligadas a ir al juez de paz, como le ocurrió a una costurera en noviembre de 1834. Una chica pobre, que se encontraba en este caso y que no sabía qué hacer, se ahogó en un canal en agosto de 1844. Estas costureras viven normalmente en la mayor de las miserias, en pequeñas buhardillas, en las que se apiñan en una sola habitación, en tanto como el espacio se lo permita, y en las que, en invierno, el calor animal de las personas presentes es, la mayoría del tiempo, la única fuente de calor. Allí, sentadas y curvadas con su trabajo, cosen desde las cuatro o cinco de la mañana hasta medianoche, arruinan su salud en pocos años y mueren prematuramente, sin poder satisfacer sus necesidades más elementales<sup>62</sup>, mientras que por debajo, a sus pies, corren las brillantes carrozas de la alta burguesía, y mientras puede ser que a diez pasos de allí, un miserable dandy pierde en una noche, jugando al faraón, más dinero de lo que ellas puedan ganar en todo un año.

F. Engels: *La situación de la clase obrera en Inglaterra.*

\*

\*

\*

## ***LAS MADRES ARREBATADAS A SUS HIJOS***

P O R

*FRIEDRICH ENGELS*

El *Manchester Guardian*, en cada uno de sus números, habla de uno o varios casos de quemaduras. Que la mortandad general de los niños de baja edad aumente es algo que se puede deducir y verificar a consecuencia del trabajo de las madres. Las mujeres vuelven a la fábrica normalmente el tercer o cuarto día posterior al parto, y abandonan a sus lactantes; en las horas de libertad, deben correr aprisa hasta su casa para alimentar al niño y, accesoriamente, tomar ellas también alguna cosa – podemos imaginar lo que puede ser la lactancia en estas condiciones – Lord Ashley ofrece las declaraciones de algunas obreras : M.H., veinte años, tiene dos hijos, el último todavía en lactancia, y que está bajo la custodia del otro, un poco más mayor. La madre vuelve poco después de las cinco de la mañana a la fábrica y regresa a las ocho de la tarde; durante todo el día ella sufre pérdidas de leche que manchan sus ropas. H.W. tiene tres hijos; sale de su casa el lunes a las cinco de la mañana y no regresa hasta el sábado a las siete de la tarde, y entonces, sus hijos le dan tanto trabajo que no puede acostarse antes de las tres de la mañana. Muchas veces, empapada por la lluvia hasta los huesos, está obligada a trabajar en este estado. « Mis senos me han hecho sufrir terriblemente, he estado rebosante de leche ». El uso de narcóticos para mantener tranquilos a los niños, está favorecido por este infame sistema, y está extremadamente expandido en los distritos industriales; el Dr. Johns, inspector superior del distrito de Manchester, estima que esta costumbre es la causa principal de los frecuentes casos de muerte por convulsión. El trabajo de la mujer en la fábrica disuelve completamente la familia para ella, es fatal, y esta disolución tiene, en la sociedad actual que se basa en la familia, las consecuencias más desmoralizadoras, tanto para los esposos como para los hijos. Una madre que no tiene tiempo para ocuparse de su hijo, para darle durante los primeros años los cuidados más elementales; una madre que apenas puede ver a su hijo, no puede ser una madre para él: fatalmente, se vuelve indiferente, lo trata sin amor, sin cuidados, como un niño totalmente extraño. Los niños que han crecido en semejantes condiciones están más tarde completamente perdidos para la familia; no podrán sentirse nunca a gusto en la familia que funden ellos mismos, puesto que no han conocido más que el aislamiento en su vida, y es por eso que contribuyen necesariamente a la destrucción, general, de la familia en el caso de los obreros.

F. Engels: *La situación de la clase obrera en Inglaterra.*

\*

\*

\*

---

<sup>62</sup> Thomas Hood, el mejor de todos los humoristas ingleses contemporáneos y, como todos los humoristas, lleno de sentimientos humanos, pero sin ninguna energía intelectual, publicó, a comienzos de 1844, en el momento en el que la miseria de las costureras rellenaba todos los periódicos, una bonita poesía: *The song of the shirt* (La canción de la camisa), que provoca lágrimas compasivas en los ojos de las chicas de la burguesía, pero sin utilidad. Me falta espacio para reproducirla aquí; apareció primero en el *Punch* y luego lo hizo en toda la prensa. Habiendo sido tratada la situación de las costureras en todos los periódicos, serían superfluas las citas especiales (Nota de Engels).

## ***LA DISOLUCIÓN DE LA FAMILIA***

P O R

*FRIEDRICH ENGELS*

Una disolución análoga de la familia está provocada por el trabajo infantil. Cuando llegan a cobrar más de lo que les cuesta a sus padres alimentarlos, empiezan a dar a sus padres cierta suma para el mantenimiento y la vivienda y a gastar el resto para ellos mismos. Es lo que ocurre frecuentemente cuando llegan a los catorce o quince años. (Power: Rept. On Leeds; Tufnell: Rept. On Manchester, etc.... en el informe sobre la fábrica). En una palabra, los hijos se emancipan y consideran la casa familiar como un albergue que cambian por otro con bastante frecuencia cuando les deja de gustar.

En bastantes casos, la vida familiar no es destruida completamente sino desordenada por el hecho de que la mujer trabaje. Es la mujer la que alimenta a la familia, el hombre se queda en casa, cuida de los hijos, barre las habitaciones y cocina. El caso es frecuente, muy frecuente: sólo en Manchester, se registrarían varios cientos de hombres condenados de esta forma a trabajos domésticos. Puede imaginarse la revuelta legítima que esta castración causa entre los obreros, y qué alteración de todas las relaciones familiares se deriva, mientras que el resto de relaciones sociales continúan siendo las mismas.  
(...)

Si es disuelta la familia de la sociedad actual, incluso en esta disolución podrá verse que en el fondo no era el amor familiar sino el interés privado, fatalmente conservado en esta falsa comunidad de bienes, el lazo que mantenía la familia.

F. Engels: *La situación de la clase obrera en Inglaterra.*

\*

\*

\*

## ***LA OBRERA BAJO EL YUGO DEL PATRÓN***

P O R

*FRIEDRICH ENGELS*

Pero todo eso solo es lo de menos. Las consecuencias morales del trabajo de las mujeres en las fábricas son mucho más graves. La reunión de los dos sexos y de todas las edades en un único taller, la inevitable promiscuidad que de ello resulta, la aglomeración en un espacio estrecho de seres a los que no se ha dispensado educación intelectual ni moral alguna, no son precisamente hechos que puedan ejercer una buena influencia sobre el desarrollo del carácter femenino. El fabricante no puede, incluso si se fija, intervenir más que en caso de escándalo evidente; no tiene ocasión de conocer, ni, en consecuencia, de impedir, la influencia duradera, menos chocante, de los caracteres libertinos sobre los que son más morales, y principalmente sobre la juventud. Ahora bien, es precisamente esta influencia la que es más perniciosa. El lenguaje corriente en las fábricas ha sido calificado en varios lugares por los comisarios de fábricas en 1833 como « indecente », « malo », « sucio », etc. (Cowell, p. 35, 37 y en muchos otros sitios). La situación es, en pequeño, la misma que hemos visto en grande en las grandes ciudades. La centralización de la población tiene los mismos efectos sobre las mismas personas, sean éstos ejercidos en una gran ciudad o en una fábrica más pequeña. Si la fábrica es más pequeña, la promiscuidad es mayor, y las relaciones más forzadas. Tampoco faltan las consecuencias. Un testigo de Leicester dice que le gustaría más ver a sus hijas mendigando que yendo a la fábrica; las fábricas son verdaderos agujeros de infierno, la mayoría de las chicas de vida alegre de la ciudad deben a las fábricas haberse convertido en lo que son (Power, p.8); otro de Manchester « no duda en afirmar que los tres cuartos de las jóvenes obreras de 14 a 20 años han perdido la virginidad » (Cowell, p. 57). Por otra parte, el comisario Cowell expresa la opinión de que la moralidad de las obreras de fábrica es bastante inferior a la media de la clase obrera (P.82) y el Dr. Hawkins dice que (p. 4):

No se puede reducir fácilmente a cifras la estimación a realizar de la moralidad sexual, pero, si creo en mis propias observaciones y en la opinión general de aquéllos con los que he hablado, así como en todos los testimonios que me han sido ofrecidos, la idea que se puede hacer de la influencia que ejerce la vida de fábrica sobre la moralidad de la juventud femenina es extremadamente desalentadora.

Por otra parte, se entiende que el trabajo en la fábrica, como cualquier otro, y más cualquier otro, atribuye al patrón el *jus primae noctis*. El fabricante es, en este aspecto también, el amo del cuerpo y de los encantos de sus obreras. El despido es un castigo bastante fuerte como para triunfar, en nueve casos sobre diez, sino en noventa y nueve casos sobre cien, sobre los escrúpulos de chicas que ni los tienen o que no tienen gran disposición a la castidad. Si el patrón es pequeño- y el informe de la comisión cita numerosos casos- su fábrica es al mismo tiempo su harén; que todos los fabricantes no hagan uso de su derecho no cambia en nada la situación de las jóvenes. Al comienzo de la industria manufacturera, en la que los fabricantes eran casi todos nuevos ricos sin educación ni incumbencia por la hipocresía social, no se dejaron parar por nada en el ejercicio de un derecho que habían adquirido « como se debía ».

F. Engels: *La situación de la clase obrera en Inglaterra*.

\*

\*

\*

## ***EL CAPITALISMO HACE IMPOSIBLE LA VIDA EN FAMILIA AL TRABAJADOR***

P O R

*FRIEDRICH ENGELS*

Junto a los excesos del hábito de beber, los excesos sexuales constituyen uno de los principales vicios de muchos de los obreros ingleses. Es además una consecuencia fatal, una necesidad ineluctable de la situación de una clase abandonada a sí misma, que carece de los medios para hacer un uso conveniente de esta libertad. La burguesía sólo le ha dejado estos dos goces, mientras que los ha colmado de todo tipo de desgracias y dolores: la consecuencia es que los obreros, para disfrutar aunque sea un poco de la vida; concentran toda su pasión en torno a estos dos placeres y se entregan a ellos con exceso y de la forma más desordenada. Cuando se pone a la persona en una situación que sólo puede convenir a una bestia, no le queda más que rebelarse o sucumbir a la bestialidad. Y si, por añadidura, la misma burguesía contribuye encima directamente por su parte al progreso de la prostitución -¿cuántas de las 40.000 chicas que llenan cada noche las calles de Londres, viven a cuenta de la virtuosa burguesía?- ¿cuántas deben a la seducción de un burgués el hecho de estar obligadas hoy a ofrecer su cuerpo a todo aquél que pase para poder vivir?- la burguesía tiene verdaderamente menos que nadie el derecho de reprochar a la clase obrera su brutalidad sexual.

Todos los errores de los obreros ocurren debido al desorden existente en la búsqueda del disfrute, a la falta de previsión y de sumisión al orden social, en suma, a la incapacidad de sacrificar el placer del momento por una ventaja más lejana. ¿Pero cómo habría que sorprenderse? Una clase que, por un trabajo duro, no puede procurarse más que unas pocas cosas y solamente los disfrutes más materiales, ¿no debe lanzarse loca y ciegamente, sobre estos placeres? Una clase que nadie se preocupa de cultivar, sumisa a todos los azares posibles, que ignora toda seguridad de la existencia, ¿qué razones, qué interés tiene en ser preveedora, en llevar una vida « seria » y, en lugar de aprovechar la oportunidad del momento, en pensar en un disfrute lejano y muy problemático, para ella y para su situación que cambia, que se vuelca de forma perpetua? Clase obligada a soportar todos los inconvenientes del orden social sin beneficiarse de sus ventajas, clase a la que este orden social sólo aparece hostil, ¿es a esta clase a la que se le pide encima que respete este orden social? Ciertamente, es demasiado. Pero la clase obrera, durante todo el tiempo que subsista este orden social no puede escapar; si el trabajador aislado se dirige contra él, es él mismo el que padece el mayor daño. Así es como el orden social vuelve casi imposible la vida en familia al trabajador ; un alojamiento sucio e inhabitable, apenas lo bastante bueno como para servir de abrigo nocturno, mal amueblado, normalmente mal protegido contra la lluvia y destemplado, una atmósfera viciada en una sala superpoblada que no permite la vida de hogar; el hombre trabaja toda la jornada, puede que también la mujer y los hijos más mayores, todos en sitios distintos, viéndose sólo a la mañana y a la noche ; -añadan la

continua tentación de beber aguardiente- ¿cómo se pretende que exista la vida en familia ? Sin embargo, el obrero no puede escapar a la familia, debe vivir en familia; es lo que se deduce continuamente de las discordias familiares y discusiones domésticas, que ejercen tanto sobre los padres como sobre los hijos una influencia desmoralizadora del más alto grado. La negligencia de todos los deberes domésticos, la negligencia sobre todo en cuanto a los hijos no son más que muy frecuentes entre los obreros ingleses y no están provocadas más que por las instituciones sociales existentes. Los hijos criados así como salvajes, en el entorno más desmoralizador que exista, al que, con bastante frecuencia, pertenecen los mismos padres, ¿cómo podrían tener posteriormente alguna delicadeza moral? Las exigencias del burgués contento de sí mismo en torno al obrero son verdaderamente demasiado ingenuas.

F. Engels: La situación de la clase obrera en Inglaterra.

\*

\*

\*

## ***LOS NIÑOS Y LAS MUJERES EN LAS MINAS***

P O R

***KARL MARX***

Lo que sorprende, pues, en esta legislación inglesa de 1867 es, por una parte, la necesidad, impuesta al parlamento de las clases dominantes, de adoptar en principio medidas tan extraordinarias y amplias contra los excesos de la explotación capitalista; por otra parte, las medias tintas, la repugnancia y mala fe con que dicho parlamento lleva efectivamente a la práctica esas medidas.

La comisión investigadora de 1862 propuso, asimismo, una nueva reglamentación para la industria minera, una industria que se distingue de todas las demás por el hecho de que en ella coinciden ampliamente los intereses de los terratenientes (*landlord*) y los de los capitalistas industriales. La antítesis entre los intereses de unos y otros favorece a la legislación fabril; la ausencia de esa antítesis basta para explicar el retardo y las triquiñuelas que caracterizan a la legislación minera.

La comisión investigadora de 1840 había hecho revelaciones tan terribles, tan *shocking*, y desencadenado tal escándalo ante los ojos de Europa entera, que el parlamento se vio obligado a tranquilizar su conciencia con la *Mining Act* (ley minera) de 1842, en la cual se limitó a prohibir que trabajaran bajo tierra las mujeres, así como los niños de menos de 10 años.

Vino luego, en 1860, la *Mines' Inspection Act* (ley sobre la inspección de minas), según la cual debían inspeccionar las minas funcionarios públicos designados especialmente a tales efectos y no se podría ocupar a chicos de 10 a 12 años de edad, salvo si tenían un certificado escolar o asistían cierta cantidad de horas a la escuela. Esta ley quedó en letra muerta, por entero, debido al número ridículamente exiguo de los inspectores designados, a la insignificancia de sus atribuciones y otras causas que veremos en detalle más abajo.

El último libro azul sobre las minas, el *Report from the Select Committee on Mines Together with... Evidence, 23th July 1866*, es un grueso volumen en folio pero sólo contiene el interrogatorio a los testigos. El informe de la comisión, designada de su propio seno por la Cámara de los Comunes, consta ni más ni menos que de 5 (cinco) líneas, en las que se afirma que la comisión no tiene nada que decir y que debería interrogar a más (!) testigos. En la industria minera, advirtámoslo, los intereses de los terratenientes y los de los capitalistas industriales coinciden ampliamente.

La manera de interrogar a los testigos recuerda las *cross examinations* (interrogatorios contradictorios) ante los tribunales ingleses, en las que el abogado, por medio de preguntas desvergonzadas, equívocas, imprevistas y embrolladas procura intimidar y desconcertar al testigo e interpretar capciosamente las palabras que éste ha pronunciado. Los abogados son aquí los propios interrogadores parlamentarios, entre los que figuran propietarios de minas y explotadores; los testigos son obreros mineros, en su mayor parte de las minas de carbón. La farsa entera caracteriza demasiado bien el espíritu del capital como para que no ofrezcamos aquí algunos extractos. Para que este sumario sea más comprensible, agrupo en diversos rubros los resultados de la investigación, etc. Recordemos que en los *Blue Books* (libros azules) ingleses tanto las preguntas como las respuestas, que son obligatorias, están numeradas.



## **I. Ocupación de los muchachos de 10 y más años en las minas.**

El trabajo, sumándole el tiempo consumido forzosamente en ir a las minas y volver de ellas, dura de 14 a 15 horas, excepcionalmente más. Comienza a las 3, 4 ó 5 de la mañana y finaliza a las 4 ó 5 de la tarde (n. 6, 452, 83). Los obreros adultos trabajan en dos turnos, o sea 8 horas, pero para economizar en los costos el relevo no comprende a los jóvenes (n. 80, 203, 204). A los niños de menos edad se los emplea principalmente en abrir y cerrar las puertas de ventilación en los diversos compartimientos de la mina; a los de más edad, en trabajos más pesados, transporte de carbón, etcétera (n. 122, 739, 740). El horario prolongado de trabajo bajo tierra dura hasta que los jóvenes cumplen 18 ó 22 años, edad a la que pasan a efectuar el trabajo de mineros propiamente dichos (n. 161). Hoy en día a los niños y adolescentes se los hace trabajar más ruda y excesivamente que en cualquier período anterior. (Notas 1663-1667.) Los mineros exigen, casi por unanimidad, que una ley del parlamento prohíba el trabajo en las minas a los menores de 14 años. Y es ahora cuando Vivian Hussey (él mismo un explotador de minas) pregunta:

"¿Esa exigencia no depende de la mayor o menor pobreza de los padres?" Y Mr. Bruce: "¿No sería excesivamente riguroso, cuando el padre ha muerto, o es un lisiado, etc. privar a la familia de este recurso? Y sin embargo, debe imperar una norma general. ¿Ustedes quieren que en todos los casos se prohíba a los niños menores de 14 años que trabajen *bajo tierra*?" Respuesta: "*En todos los casos*". (N. 107-110.) Hussey: "Si se prohibiera el trabajo en las minas antes de los 14 años, ¿los padres no enviarían a los chicos a la fábrica, etc.? -Por regla general, no". (N. 174.) Un obrero: "Abrir y cerrar las puertas parece fácil. Pero es un trabajo muy penoso. Aun prescindiendo de la corriente permanente de aire, el muchacho está prisionero, exactamente lo mismo que si estuviera en un calabozo oscuro". El burgués Hussey: "¿El muchacho no puede leer mientras vigila la puerta, si tiene una luz? -En primer lugar, tendría que comprarse las velas. Pero además no se lo permitirían. Él está allí para atender a su trabajo, tiene un deber que cumplir. Nunca he visto a un muchacho leyendo en la mina." (N. 139, 141-160.)

## **II. Educación.**

Los mineros exigen una ley que establezca la educación infantil obligatoria, como en las fábricas. Declaran que la cláusula de la ley de 1860, que exige un certificado educacional para emplear a muchachos de 10 a 12 años, es puramente ilusoria. El "escrupuloso" procedimiento que siguen en sus interrogatorios los jueces capitalistas de instrucción se vuelve aquí verdaderamente cómico. (N. 115.)

"¿La ley es más necesaria contra los patrones o contra los padres? -Contra ambos." (N. 116.) "¿Más contra unos que contra otros? -¿Cómo podría contestar eso?" (N. 137.) "¿Los patrones han mostrado alguna intención de adaptar los horarios de trabajo a la enseñanza escolar? -Nunca. (N. 211.) "¿Los mineros mejoran, posteriormente, su educación? -En general empeoran; adquieren malas costumbres, se dedican a la bebida y al juego y cosas por el estilo y se echan a perder totalmente." (N. 454.) "¿Por qué no envían a los chicos a escuelas nocturnas? -En la mayor parte de los distritos carboneros las mismas no existen. Pero lo principal es que están tan extenuados, debido al exceso de trabajo, que se les cierran los ojos de cansancio". "Pero entonces", concluye el burgués, "¿Ustedes están contra la educación? -De ningún modo, pero, etc." (N. 443.) "¿Los propietarios de minas, etc., cuando emplean niños de 10 y 12 años, no están obligados por la ley de 1860 a exigir certificados escolares? -Según la ley, sí, pero los patrones no los exigen." (N. 444.) "En su opinión, ¿esa cláusula de la ley no se aplica en general? -No se aplica en absoluto." (N. 717.) "¿Los obreros de las minas se interesan mucho por el problema de la educación? -En su gran mayoría." (N. 718.) "¿Desean ansiosamente que se aplique la ley? -En su gran mayoría." (N. 720.) "¿Por qué, entonces, no imponen que se aplique la misma? -Más de un obrero procura que se rechace a los muchachos sin certificado escolar, pero se convierte en un *hombre señalado (a marked man)*." (N. 721.) "¿Señalado por quién? -Por su patrón." (N. 722.) "¿Pero usted no creerá que los patrones irían a perseguir a un hombre porque éste acata la ley? -Creo que lo harían." (N. 723.) "¿Por qué los obreros no se niegan a emplear a esos muchachos? -No es asunto que se deje a su elección." (N. 1634.) "¿Exigen ustedes la intervención del parlamento? -Si se ha de hacer algo efectivo por la educación de los hijos de los mineros, tendrá que ser hecho coactivamente, por una ley del parlamento." (N. 1636.) "¿Esto debería aplicarse a los hijos de todos los obreros de Gran Bretaña, o sólo a

los de los mineros? -Estoy aquí para hablar en nombre de los mineros." (N. 1638.) "¿Por qué diferenciar de los demás a los niños mineros? -Porque son una excepción a la regla." (N. 1639.) "¿En qué aspecto? -En el físico." (N. 1640.) "¿Por qué la educación habría de ser más valiosa para ellos que para los muchachos de otras clases? -Yo no digo que sea más valiosa para ellos, sino que tienen menos posibilidades, a raíz de su trabajo excesivo en las minas, de recibir educación en escuelas diurnas y dominicales." (N. 1644.) "¿No es cierto que es imposible tratar de una manera absoluta los problemas de esta índole?" (N. 1646.) "¿Hay suficientes escuelas en los distritos? -No [...]." (N. 1647) "Si el estado exigiera que se enviase a la escuela a todos los niños, ¿de dónde habrían de salir entonces las escuelas para todos esos chicos? -Creo que, no bien las circunstancias lo impongan, las escuelas surgirán por sí mismas". "La gran mayoría, no sólo de los niños, sino también de los mineros adultos, no sabe leer ni escribir." (N. 705, 726.)

### III. Trabajo femenino.

Desde 1842 ya no se utiliza *bajo tierra* a las obreras, pero sí *sobre la superficie*, para cargar carbón, etc., arrastrar las cubas hasta los canales o hasta los vagones del ferrocarril, clasificar el carbón, etc. Su número ha aumentado muy considerablemente en los últimos 3 ó 4 años. (N. 1727.) En su mayor parte son esposas, hijas o viudas de mineros, y sus edades oscilan entre los 12 y los 50 ó 60 años. (N. 647, 1779, 1781.)

(N. 648.) "¿Qué opinan los mineros acerca de la utilización de mujeres en las minas? -La condenan, en general." (N. 649.) "¿Por qué? -Porque consideran que esa actividad es degradante para ese sexo... Visten algo así como ropa de hombre. En muchos casos se deja a un lado todo pudor. No pocas mujeres fuman. [...] El trabajo es tan sucio como el que se efectúa dentro de la propia mina. Entre ellas hay muchas mujeres casadas, a las que les es imposible cumplir sus deberes domésticos." (N. 651 y ss., 701.) (N. 709.) "¿Las viudas podrían encontrar en otra parte una ocupación tan rendidora (de 8 a 10 chelines semanales)? -Nada puedo decir al respecto." (N. 710.) "¿Y sin embargo" (¡corazones de piedra!), "ustedes están resueltos a despojarlas de ese modo de ganarse la vida? -Sin duda." (N. 1715.) "¿En qué se funda esa actitud? -Nosotros, los mineros, sentimos demasiado respeto por el bello sexo para verlo condenado a trabajar en la mina... Este trabajo, en gran parte, es muy pesado. Muchas de esas muchachas levantan 10 toneladas por día." (N. 1732) "¿Cree usted que las obreras ocupadas en las minas son más inmorales que las que trabajan en las fábricas? -El porcentaje de las depravadas es mayor que entre las muchachas de las fábricas." (N. 1733.) "¿Pero usted, entonces, tampoco está conforme con el nivel de moralidad imperante en las fábricas? -No." (N. 1734.) "¿Quiere, pues, que también se prohíba en las fábricas el trabajo femenino? -No, no quiero eso." (N. 1735.) "¿Por qué no? -Porque es una ocupación más honorable y adecuada para el sexo femenino." (N. 1736.) "Sin embargo, ¿es nociva para la moral de las mujeres, según dice usted? -No, mucho menos que el trabajo en la mina. Además, yo no hablo sólo de razones morales, sino también de razones físicas y sociales. La degradación social de las muchachas es deplorable y extrema. Cuando estas muchachas se convierten en mujeres de los mineros, los hombres padecen muchísimo por esa degradación, y por eso se van de sus casas y se dedican a la bebida." (N. 1737.) "¿Pero no ocurrirá lo mismo con las mujeres que trabajan en los establecimientos siderúrgicos? -No estoy en condiciones de hablar de otros ramos industriales." (N. 1740.) "¿Pero qué diferencia existe entonces entre las mujeres que trabajan en los establecimientos siderúrgicos y las que lo hacen en las minas? -No me he ocupado de esa cuestión." (N. 1741.) "¿Podría descubrir alguna diferencia entre una clase y la otra? -No me he cerciorado de que exista, pero conozco, por mis visitas de casa en casa, el deplorable estado de cosas en nuestro distrito." (N. 1750.) "¿No le causaría un gran placer abolir el trabajo femenino en todos los lugares donde es degradante? -Sí... los mejores sentimientos de los niños se adquieren por la crianza materna." (N. 1751.) "¿Pero esto no se aplica igualmente a las ocupaciones agrícolas de las mujeres? -Esta ocupación sólo dura dos estaciones; entre nosotros las mujeres trabajan las cuatro estaciones enteras, y no pocas veces de día y de noche, caladas hasta los huesos, con su constitución debilitada y la salud deshecha." (Nota 1753.) "¿Usted no ha estudiado la cuestión" (esto es, la del trabajo de la mujer) "en términos generales? -He mirado a mí alrededor, y lo que puedo decir es que en ninguna parte he encontrado nada que se compare, en materia de ocupación femenina, a lo que ocurre en las minas de carbón. (N. 1793, 1794, 1808.) Es un trabajo para hombres y para hombres vigorosos. El mejor sector de los mineros, los que procuran elevarse y humanizarse, en vez de encontrar algún apoyo en sus mujeres, se ven empujados por ellas hacia abajo."



Después de que los burgueses siguieran lanzando preguntas a diestro y siniestro, finalmente sale a luz el misterio de su "compasión" por las viudas, las pobres familias, etc.:

"El propietario de la mina de carbón designa a ciertos gentlemen (caballeros) como capataces y la política de los mismos, para ganarse la aprobación del empresario, consiste en hacer la máxima economía posible. A las muchachas se les paga a razón de 1 chelín y 6 peniques por día, mientras que un hombre tendría que cobrar 2 chelines y 6 peniques." (N. 1816.)

Karl Marx: *El Capital*, Libro I, capítulo XIII.

\*

\*

\*

## **LA MORTALIDAD INFANTIL**

P O R

**KARL MARX**

Hemos aludido ya al deterioro físico tanto de los niños y adolescentes como de las mujeres a quienes la maquinaria somete a la explotación del capital, primero de manera directa en las fábricas que han crecido rápidamente sobre la base de las máquinas, y luego, de manera indirecta, en todos los demás ramos de la industria. Por eso, aquí nos detendremos únicamente en un punto, el referente a la enorme mortalidad de niños de obreros en sus primeros años de vida. Hay en Inglaterra 16 distritos del registro civil en los que el promedio anual de defunciones por cada 100.000 niños vivos de menos de un año es sólo de 9.000(en un distrito, sólo 7.047), en 24 distritos más de 10.000 pero menos de 11.000; en 39 distritos más de 11.000, pero sin llegar a 12.000, en 48 distritos entre 12.000 y 13.000; en 22 distritos más de 20.000; en 25, más de 21.000; en 17, más de 22.000; en 11, por encima de 23.000; en Hoo, Wolverhampton, Ashton-under-Lyne y Preston, más de 24.000, en Nottingham, Stockport y Bradford más de 25.000, en Wisbeach 26.000 y en Manchester 26.125<sup>63</sup>. Como lo demostró una investigación médica oficial en 1861, las altas tasas de mortalidad principalmente se deben, si se hace abstracción de circunstancias locales, a la ocupación extradomiciliaria de las madres, con el consiguiente descuido y maltrato a los niños, como por ejemplo alimentación inadecuada, carencia alimentaria, suministro de opiáceos, etc., a lo que debe agregarse el antinatural desapego que las madres experimentan por sus hijos, lo que tiene por consecuencia casos de privación alimentaria y envenenamiento intencionales<sup>64</sup>. En los distritos agrícolas

"donde sólo trabaja un mínimo de mujeres, la tasa de mortalidad es, por el contrario, la más baja".

La comisión investigadora de 1861, sin embargo, llegó a la conclusión inesperada de que en algunos distritos exclusivamente agrícolas sobre las costas del Mar del Norte, la tasa de mortalidad de niños menores de un año casi alcanzaba la de los distritos fabriles de peor renombre. Se encomendó por ello al doctor Julián Hunter que investigara el fenómeno en el lugar de los hechos. Su informe quedó incluido dentro del "*Sixth Report on Public Health*". Hasta entonces se había conjeturado que eran la malaria y otras enfermedades endémicas en zonas bajas y pantanosas lo que diezmaba a los niños. La investigación arrojó precisamente el resultado contrario, o sea

"que la misma causa que erradicó la malaria, esto es, la transformación del suelo pantanoso durante el invierno y de áridos pastizales durante el verano en fértil tierra triguera, provocó la extraordinaria tasa de mortalidad entre los lactantes".

<sup>63</sup> *Sixth Report on Public Health*, Londres, 1864, p. 34.

En las ciudades obreras de Francia, la mortalidad de los hijos de los obreros de menos de un año es de entre 20 y 22% (cifra de Roubaix). En Mulhouse, llega hasta el 33% en 1863. Sigue pasando del 30%.

En un trabajo presentado a la Academia de Medicina, el Sr. Devilliers establece que la mortalidad de los niños de las familias acomodadas era de un 10%, la de las obreras de los telares, como poco, del 35%. (Discurso de Boudet en la Academia de Medicina, sesión del 27 de noviembre de 1866). En su *Bulletin* n°28, la Sociedad industrial de Mulhouse constata la "espantosa degradación de la clase obrera".

<sup>64</sup> La investigación de 1861 "mostró, además, que así como bajo las circunstancias descritas los pequeños perecen debido al descuido y el maltrato derivados de las ocupaciones de sus madres éstas se vuelven atrozmente desnaturalizadas con respecto a su prole; es común que la muerte de sus vástagos las deje indiferentes, e incluso que a veces... adopten medidas directas para provocarla". (Ibíd.)

Los 70 médicos practicantes interrogados por el doctor Hunter en esos distritos estaban "asombrosamente de acuerdo" respecto a este punto. Con la revolución en la agricultura se había introducido, en efecto, el sistema industrial.

"Un hombre al que se denomina "jefe de banda" (*gangmaster*) y que alquila las cuadrillas en conjunto, pone a disposición del arrendatario, por una suma determinada, mujeres casadas que trabajan en cuadrillas junto a muchachas y jóvenes. Estas cuadrillas suelen apartarse muchas millas de sus aldeas, se las encuentra de mañana y al anochecer por los caminos; las mujeres de pollera corta y con los correspondientes abrigos y botas, y a veces de pantalones, muy vigorosas y sanas en apariencia, pero corrompidas por la depravación habitual e indiferentes ante las funestas consecuencias que su predilección por ese modo de vida activo e independiente depara a los vástagos, quienes languidecen en las casas".

Todos los fenómenos característicos de los distritos fabriles se reproducen aquí, y en grado aun mayor el infanticidio encubierto y la administración de opiáceos a las criaturas.<sup>65</sup>

Karl Marx: *El Capital*, Libro I, capítulo XIII.

\*

\*

\*

## ***EL SISTEMA DE CUADRILLAS***

P O R

***KARL MARX***

El suelo exige muchas tareas livianas, como arrancar la maleza, pasar la azada, ciertas operaciones de abonado, eliminación de las piedras, etc. Estos trabajos los ejecutan las cuadrillas o bandas organizadas, residentes en las aldeas abiertas.

La cuadrilla se compone de 10 a 40 ó 50 personas: mujeres, muchachos de uno u otro sexo (de 13 a 18 años), aunque a los muchachos varones generalmente se los excluye cuando llegan a los 13 años, y por último niños y niñas (de 6 a 13 años). A la cabeza está el *gang-master* (jefe de cuadrilla), que es siempre un obrero agrícola común y corriente y que suele ser lo que se llama un tipo de mala entraña, libertino, inconstante, borrachín, pero dotado de cierto espíritu emprendedor y de *savoir-faire* (destreza). Recluta la cuadrilla, que trabaja a sus órdenes y no bajo el mando del arrendatario. Con éste establece un acuerdo basado, la mayoría de las veces, en el pago a destajo. La remuneración del *gang-master*, no mucho mayor promedialmente que la de un obrero agrícola común. Unas 200 há., depende casi por entero de la destreza con que sepa hacer que su cuadrilla, en el menor tiempo posible, movilice la mayor cantidad posible de trabajo. Los arrendatarios han descubierto que las mujeres sólo trabajan ordenadamente bajo la dictadura masculina, pero que ellas y los niños, una vez puestos en movimiento, gastan con verdadero desenfreno sus energías vitales como ya lo sabía Fourier, mientras que el obrero varón adulto es tan mañoso que las economiza lo más que puede. El jefe de cuadrilla se traslada de una finca a otra y ocupa así a su banda durante 6 u 8 meses por año. Ser sus clientes, por ende, es mucho más rentable y seguro para las familias obreras que serlo del arrendatario individual, el cual sólo ocasionalmente da ocupación a niños. Esta circunstancia consolida a tal punto su influencia en las aldeas abiertas, que por lo general sólo por su mediación es posible contratar niños. La explotación individual de los mismos, al margen de la explotación de la cuadrilla por el arrendatario, constituye el negocio accesorio de estos individuos.

Los "puntos flacos" del sistema son el trabajo excesivo de los niños y de los jóvenes, las marchas interminables que efectúan diariamente para ir y volver de fincas distantes 5, 6 y a veces 7 millas, y por último la desmoralización de las *gangs*. Aunque el jefe de cuadrilla, al que en algunas comarcas se lo denomina *the driver* (el arriero), está provisto de una buena vara, rara vez la emplea, y las quejas sobre malos tratos son la excepción. Es un emperador democrático o una especie de flautista de Hamelin. Necesita, pues, gozar de popularidad entre sus súbditos y los mantiene vinculados a su persona por medio de la bohemia que prospera bajo sus auspicios. Una cruda licencia, un placentero desenfreno y la más obscena desenvoltura dan alas a la cuadrilla. La mayoría de las veces el jefe de cuadrilla paga los salarios en la taberna y vuelve más tarde a casa tambaleándose, sostenido a derecha e izquierda por sendas y robustas mujeres, a la cabeza de un séquito de niños y muchachos que alborotan y entonan canciones socarreras y

---

<sup>65</sup> Al igual que en los distritos fabriles ingleses, en los distritos rurales se extiende día a día el consumo del opio entre los obreros y obreras adultos. "El principal objetivo de algunos mayoristas emprendedores es... promover la venta de opiáceos. Los farmacéuticos los consideran como el artículo más solicitado." (Ibidem, p. 460.) Los lactantes a los que se suministraban opiáceos, "se contraían, convirtiéndose en canijos viejecitos, o quedaban arrugados como monitos". (Ibidem, p. 460.) Véase cómo la India y China se vengán de Inglaterra.

obscenas. En el camino de regreso está en la orden del día lo que Fourier llama la "fanerogamia". Es frecuente que muchachas de trece y catorce años queden embarazadas por compañeros de su misma edad. Las aldeas abiertas, que suministran el grueso de las cuadrillas, se convierten en Sodomas y Gomorras y registran dos veces más nacimientos ilegítimos que el resto del reino. Ya hemos indicado lo que aportan a la moralidad, en calidad de mujeres casadas, las muchachas criadas en esa escuela. Sus hijos, si el opio no les da el golpe de gracia, son reclutas natos de la cuadrilla.

La cuadrilla, en la forma clásica que acabamos de describir, se denomina cuadrilla pública, común o ambulante (*public, common or tramping gang*). Existen también, en efecto, cuadrillas privadas (*private gangs*). Se integran como la cuadrilla pública pero son menos numerosas, y en vez de trabajar bajo el mando del jefe de cuadrilla, lo hacen a las órdenes de un peón viejo al que el arrendatario no sabe dar mejor destino. El espíritu de bohemia se desvanece aquí, pero todas las declaraciones testimoniales coinciden en que tanto el pago como el trato de los niños empeoran.

El sistema de cuadrillas, que en los últimos años se ha extendido de manera constante, no existe, evidentemente, para complacer al jefe de cuadrilla. Existe para enriquecer a los grandes arrendatarios, o en su caso a los terratenientes. Para el arrendatario no existe un método más ingenioso, que le permita mantener a su personal obrero muy por debajo del nivel normal y, no obstante, tener siempre a la orden, para todo trabajo extraordinario, los brazos extras necesarios, así como extraer con la menor cantidad posible de dinero la mayor cantidad posible de trabajo y convertir en "supernumerarios" a los obreros varones adultos. Tras la exposición anterior, se comprende que por un lado se admita la mayor o menor desocupación del obrero rural, y que por otro se declare "necesario" el sistema de cuadrillas debido a la falta de trabajo obrero masculino y a su éxodo hacia las ciudades. Los campos libres de malezas y las malezas humanas de Lincolnshire, etcétera, son los polos opuestos de la producción capitalista.

Karl Marx: *El Capital*, Libro I, capítulo XXIII.

\*

\*

\*

## ***LOS CAMPESINOS OBLIGADOS A VENDER A SUS HIJOS***

P O R

***KARL MARX***

El *Public Health Report*, antes citado por mí, en el cual al analizarse la mortalidad infantil se alude de pasada al sistema de cuadrillas, permaneció ignorado por la prensa inglesa, y en consecuencia por el público inglés. El último informe de la *Children's Employment Commission*, en cambio, brindó a la prensa un pasto sensacional y bienvenido. Mientras la prensa liberal preguntaba cómo era posible que los elegantes *gentlemen* y *ladies* y los prebendados de la iglesia oficial, personajes todos que pululan en Lincolnshire y envían a las antípodas sus propias "misiones para el perfeccionamiento moral de los indígenas del Mar del Sur", permitieran que prosperase tal sistema en sus fincas y bajo sus propios ojos, la prensa más refinada se limitó exclusivamente a reflexionar sobre la burda corrupción de los campesinos, capaces de vender a sus hijos para esa clase de esclavitud! Bajo las execrables condiciones en que "los más delicados" condenan a vivir al campesino, sería explicable que éste devorara a sus propios hijos. Lo realmente asombroso es la integridad de carácter que, en gran parte, ese campesino ha logrado conservar. Los informantes oficiales han comprobado que los padres, incluso en los distritos donde impera, detestan el sistema de cuadrillas. "En las declaraciones testimoniales recogidas por nosotros, se encuentran pruebas abundantes de que en muchos casos los padres agradecerían la promulgación de una ley obligatoria que les permitiera resistir las tentaciones y presiones a que suelen estar sometidos. A veces el funcionario parroquial, a veces el patrón, en este caso bajo la amenaza de despedirlos a ellos mismos los apremia para que envíen los chicos a ganar dinero en vez de mandarlos a la escuela. Todo el tiempo y las energías derrochadas, todo el sufrimiento que le ocasiona al campesino y a su familia la fatiga extraordinaria e inútil, todos los casos en que los padres han achacado la ruina moral del hijo al hacinamiento de las *cottages* o las influencias contaminantes del sistema de cuadrillas, provocan en el pecho de los pobres laboriosos sentimientos fácilmente comprensibles y que es innecesario detallar. Son conscientes de que muchos de sus tormentos físicos y mentales les han sido infligidos por circunstancias de las que en modo alguno son responsables, a las que nunca habrían dado su

asentimiento si hubieran podido rehusarlo y contra las que son impotentes para luchar." (Ibídem, p. XX, n. 82, y XXIII, n. 96.)

Karl Marx: *El Capital*, Libro I, capítulo XXIII.

\* \* \*

## ***EL DESENFRENO...***

P O R

***KARL MARX***

"Las parejas de recién casados no constituyen un espectáculo edificante para hermanos y hermanas adultas, que comparten con ellos el mismo dormitorio, y aunque no sea aconsejable mencionar casos concretos, disponemos de datos suficientes que fundamentan la afirmación de que grandes sufrimientos, y a menudo la muerte, constituyen la suerte de las mujeres que toman parte en el delito de incesto." (Doctor Hunter, op. cit., p. 137.)

Un funcionario policial de origen campesino, que durante largos años actuó como detective en los peores barrios de Londres, dice de las muchachas de su aldea: "Durante toda mi vida de policía en las peores zonas londinenses nunca llegué a ver tan grosera inmoralidad a edad tan temprana, una insolencia e impudicia como las de aquéllas... Viven como cerdos, muchachos y muchachas ya crecidos, madres y padres; todos duermen revueltos en el mismo cuarto". ("*Children's... Sixth Report*", apéndice, p. 77, n. 155.)

Karl Marx: *El Capital*, Libro I, capítulo XXIII.

\* \* \*

## ***... Y LA MUERTE***

P O R

***KARL MARX***

En el informe del 5 de setiembre de 1865 el doctor Bell, uno de los médicos de indigentes de Bradford, declaró que la terrible mortalidad que se producía entre los enfermos de fiebre de su distrito se debía a las condiciones de las viviendas en que vivían:

"En un sótano de 1.500 pies cúbicos habitan 10 personas... La calle Vincent, el Green Air Place y the Leys albergan 223 casas con 1.450 habitantes, 435 camas y 36 letrinas... Las camas, y por tales entiendo todo montón de trapos sucios o de virutas, albergan una media de 3,3 personas; en no pocos casos esa guarrería llega a 4 y a 6 personas. Muchos duermen sin cama, en el suelo desnudo, con su vestimenta habitual; hombres jóvenes y mujeres, casados y solteros, todos promiscuamente mezclados. ¿Es necesario agregar que estas viviendas son en su mayor parte covachas hediondas y lóbregas, húmedas, sucias, absolutamente inadecuadas para alojar a un ser humano? Son estos los focos de los que brotan la enfermedad y la muerte, las cuales también cobran sus víctimas entre las personas acomodadas (*of good circumstances*) que permitieron que estos bubones pestíferos supuraran entre nosotros".

Bristol ocupa el tercer puesto después de Londres en cuanto a miseria de la situación de sus cuchitriles. "Aquí, en una de las ciudades más opulentas de Europa, la mayor de las abundancias [coexiste] con la pobreza más descarnada (blank poverty) y la miseria doméstica.

Hacia la misma época, el Dr. Harvey, del hospital San Jorge, a propósito de su visita a Wing durante la epidemia, me cita hechos semejantes: Una joven enferma de fiebre se acostaba a la noche en la misma habitación que su padre, su madre, su hijo ilegítimo, dos chicos jóvenes -sus hermanos- y sus dos hermanas (cada una con su bastardo). Algunas semanas antes, trece niños se acostaban en este mismo local.

Karl Marx: *El Capital*, Libro I, capítulo XXIII.

\* \* \*

## **DOS HOGARES DE PARADOS**

P O R

**KARL MARX**

Dejando el *workhouse*, di una vuelta por las calles, en su mayor parte orilladas por casas de un piso, tan numerosas en Poplar. Mi guía era miembro de la comisión para los desocupados. La primera casa en la que entramos era la de un obrero siderúrgico, desocupado desde hacía 27 semanas. Encontré al hombre y a toda su familia en un cuarto interior, sentados. La pieza todavía no carecía totalmente de muebles y el hogar se hallaba encendido. Esto era necesario para preservar de la congelación los pies descalzos de los más pequeños, porque el día era gélido. En una bandeja, frente al fuego, había un montón de estopa que la mujer y los chicos deshilachaban a cambio del pan que les proporcionaba el *workhouse*. El hombre trabajaba en uno de los patios que acabamos de describir por un bono de pan y 3 peniques diarios. Hacía unos instantes que había regresado a la casa para almorzar muy hambriento, según nos dijo con una sonrisa amarga y su comida consistía en unas pocas rebanadas de pan untadas con grasa, y una taza de té sin leche... La puerta siguiente en la que golpeamos fue abierta por una mujer de edad mediana, quien sin pronunciar una palabra, nos hizo pasar a un cuartito interior donde se sentaba toda su familia, en silencio, con los ojos clavados en un fuego mortecino, a punto de extinguirse. Era tal la desolación, la desesperanza que envolvía a esa gente y a su cuartito que no deseo otra cosa que no contemplar jamás una escena semejante. “No han ganado nada, señor”, dijo la mujer señalando a los niños, “nada en 26 semanas, y todo nuestro dinero se ha ido, todo el dinero que el padre y yo ahorramos en tiempos mejores, con la ilusión de tener una reserva cuando los negocios anduvieran mal. ¡Mire!”, gritó casi fuera de sí, mostrándonos una libreta de ahorros con todas las anotaciones regulares de dinero colocado y retirado, de tal manera que pudimos comprobar cómo su pequeño caudal había comenzado con el primer depósito de 5 chelines, cómo había aumentado poco a poco hasta llegar a las 20 libras esterlinas y cómo se había desinflado de nuevo, pasando de libras a chelines, hasta que la última anotación hacía que la libreta tuviera el mismo valor que un pedazo de papel en blanco. Esta familia recibía diariamente una mísera comida del *workhouse*... Nuestra visita siguiente fue a la mujer de un irlandés. El marido había trabajado en los astilleros. La encontramos enferma por falta de alimentación, echada en un colchón, con sus vestidos puestos, apenas cubierta con un pedazo de alfombra, pues toda la ropa de cama había ido a parar a la casa de empeños. Sus macilentos hijos la cuidaban, aunque parecían necesitar ellos los cuidados maternos. Diecinueve semanas de inactividad forzada la habían reducido a ese estado, y mientras nos contaba la historia del amargo pasado, se lamentaba como si hubiera perdido toda esperanza en un futuro mejor... Cuando salíamos de la casa un hombre joven que corría hacia nosotros nos alcanzó, solicitándonos que fuéramos a su casa y viéramos si se podía hacer algo por él. Una mujer joven, dos hermosos chicos, un montón de boletas de empeño y una pieza totalmente vacía era todo lo que tenía para mostrar.<sup>66</sup>

Karl Marx: *El Capital*, Libro I, capítulo XXIII.

\*

\*

\*

## **EL BAUTIZO EN LA INFAMIA**

P O R

**KARL MARX**

En lo concerniente a las condiciones habitacionales urbanas, anticiparé una observación general del doctor Simón: "Aunque mi punto de vista oficial", dice, "sea exclusivamente médico, los sentimientos humanitarios más comunes impiden que ignoremos el otro lado de este mal. En su grado más alto, ese hacinamiento determina casi necesariamente tal negación de toda delicadeza, una confusión tan asqueante de cuerpos y funciones corporales, tal exposición de desnudez sexual, que más que humano es bestial. Estar

---

<sup>66</sup> Marx ofrece un extracto de una investigación realizada por un corresponsal del *Morning Star* el cual visita, en enero de 1867, los centros obreros para darse cuenta de los efectos de la crisis.



sujeto a estas influencias significa una degradación que necesariamente se vuelve más profunda cuanto más continúa su obra. Para los niños nacidos bajo esta maldición, constituye un *bautismo en la infamia* (*baptism into infamy*). Y carece absolutamente de toda base la esperanza de que personas colocadas en esas circunstancias se esfuercen por acceder a esa atmósfera de civilización que tiene su esencia en la pureza física y moral“

Karl Marx: *El Capital*, Libro I, capítulo XXIII.

\* \* \*

## ***LA DESGRACIA DE SER JOVEN***

P O R

***KARL MARX***

Ya en el año de 1840 se había designado una comisión parlamentaria para que investigara el trabajo infantil. Su informe de 1842 desplegaba, según palabras de Nassau William Senior, "el cuadro más aterrador de avaricia, egoísmo y crueldad por el lado de los capitalistas y los padres, y de miseria, degradación y destrucción de niños y adolescentes, jamás presentado hasta hoy a los ojos del mundo... Tal vez suponga alguien que ese cuadro describe los horrores de una era pasada... Esos horrores persisten hoy, más intensos que nunca... Los abusos denunciados en 1842 florecen hoy" (octubre de 1863) "plenamente... El informe de 1842 fue adjuntado a las actas, sin que se le prestara más atención, y allí reposó veinte años enteros mientras se permitía a esos niños, aplastados física, intelectual y moralmente, convertirse en los padres de la generación actual"

Karl Marx: *El Capital*, Libro I, capítulo XIII.

\* \* \*

## ***LA EXPLOTACIÓN DE LAS MUJERES CASADAS***

P O R

***KARL MARX***

1. « M. E..., fabricante, me ha hecho saber que él emplea exclusivamente a mujeres en sus puestos mecánicos; da preferencia a las mujeres casadas, sobre todo a aquéllas que tienen familia numerosa; son más atentas y más disciplinables que las mujeres solteras, y además están obligadas a trabajar hasta la extenuación para procurarse los medios de subsistencia necesarios. Es así como las virtudes que caracterizan mejor a la mujer se convierten en perjuicio. Lo que hay de cariñoso y de moral en su naturaleza se vuelve el instrumento de su esclavización y de su miseria » (*Ten Hour's Factory Bill, The Speech of Lord Ashley*. London, 1844)

Karl Marx: *El Capital*, Libro I, capítulo XIII.

\* \* \*

## ***EL CAPITALISMO Y LA FAMILIA***

P O R

***KARL MARX***

En tanto la legislación fabril regula el trabajo en las fábricas, manufacturas, etc., ese hecho sólo aparece, ante todo, como intromisión en los derechos de explotación ejercidos por el capital. Por el contrario, toda regulación de la llamada industria domiciliaria, se presenta de inmediato como usurpación de la *patria potestad* esto es, interpretándola modernamente, de la autoridad paterna, un paso ante el cual el remilgado,



tierno parlamento inglés fingió titubear durante largo tiempo. No obstante, la fuerza de los hechos forzó por último a reconocer que la gran industria había disuelto, junto al fundamento económico de la familia tradicional y al trabajo familiar correspondiente a ésta, incluso los antiguos vínculos familiares. Era necesario proclamar el derecho de los hijos.

“ Desgraciadamente”, se afirma en el informe final de la *Children's Employment Commission* fechado en 1866, “de la totalidad de las declaraciones testimoniales surge que contra quienes es más necesario proteger a los niños de uno u otro sexo es contra los padres.”

El sistema de la explotación desenfadada del trabajo infantil en general y de la industria domiciliaria en particular se mantiene porque

“los padres ejercen un poder arbitrario y funesto, sin trabas ni control, sobre sus jóvenes y tiernos vástagos... Los padres no deben detentar el poder absoluto de convertir a sus hijos en simples máquinas, con la mira de extraer de ellos tanto o cuanto salario semanal... Los niños y adolescentes tienen el derecho de que la legislación los proteja contra ese abuso de la autoridad paterna que destruye prematuramente su fuerza física y los degrada en la escala de los seres morales e intelectuales”.

No es, sin embargo, el abuso de la autoridad paterna lo que creó la explotación de la infancia; es, al contrario, la explotación capitalista la que ha hecho degenerar esta autoridad en abuso. Por lo demás, ¿la legislación de la fábrica no es el testimonio oficial que la gran industria ha hecho de la explotación de mujeres y niños por el capital, de este disolvente radical de la familia obrera de antes, una necesidad económica, el testimonio de que ha convertido la autoridad paterna en aparato del mecanismo social destinado a abastecer directa o indirectamente al capitalista los hijos del proletario, el cual, bajo amenaza de pena de muerte, debe jugar su papel de intermediario y de mercader de esclavos? Todos los esfuerzos de esta legislación no pretenden más que reprimir los excesos de este sistema de esclavitud.

Ahora bien, por terrible y repugnante que parezca la disolución del viejo régimen familiar dentro del sistema capitalista, no deja de ser cierto que la gran industria, al asignar a las mujeres, los adolescentes y los niños de uno u otro sexo, fuera de la esfera doméstica, un papel decisivo en los procesos socialmente organizados de la producción, crea el nuevo fundamento económico en el que descansará una forma superior de la familia y de la relación entre ambos sexos. Es tan absurdo, por supuesto, tener por absoluta la forma cristiano-germánica de la familia como lo sería considerar como tal la forma que imperaba entre los antiguos romanos, o la de los antiguos griegos, o la oriental, todas las cuales, por lo demás, configuran una secuencia histórica de desarrollo. Es evidente, asimismo, que la composición del personal obrero, la combinación de individuos de uno u otro sexo y de las más diferentes edades, aunque en su forma espontáneamente brutal, capitalista en la que el obrero existe para el proceso de producción, y no el proceso de producción para el obrero constituye una fuente pestífera de descomposición y esclavitud, bajo las condiciones adecuadas ha de trastocarse, a la inversa, en fuente de desarrollo humano.<sup>67</sup>

Karl Marx: *El Capital*, Libro I, capítulo XIII.

\*

\*

\*

## ***BAJO EL TALÓN DE HIERRO***

P O R

***AUGUSTE BEBEL***

En las clases inferiores, por así decirlo, no suele haber matrimonios por cuestiones de dinero. Por regla general, el trabajador se casa por amor; sin embargo, no faltan motivos que obstaculicen la felicidad del matrimonio del obrero.

La incertidumbre es la característica de su existencia. Estos golpes de suerte amargan los caracteres, y es sobre la vida doméstica que influyen ante todo, cuando cada día, a cada hora, mujer y niños reclaman al

---

<sup>67</sup> « El trabajo de fábrica puede resultar bueno y bienhechor como lo era anteriormente el trabajo doméstico, e incluso en mayor grado » (*Reports of Insp. of Fact.*, 31 de octubre de 1865)

padre lo estrictamente necesario, sin que él pueda darles satisfacción. Estallan las disputas y la discordia. Todo ello arruina el matrimonio y la vida en familia. O bien el hombre y la mujer van los dos al trabajo.

Entonces, los niños quedan abandonados a su suerte o a la vigilancia de hermanos y hermanas mayores, que a su vez tienen necesidad de cuidados y educación. Lo que se llama desayuno, la miserable comida del mediodía, es devorada a toda velocidad, en caso de que los padres tengan la oportunidad de regresar al hogar, cosa que en el mejor de los casos es imposible vista la distancia existente entre el taller y el domicilio y la corta duración del descanso.

A la tarde, los dos vuelven a casa, extenuados de cansancio. En lugar de un interior agradable y apacible, encuentran una vivienda pequeña, insalubre, a la que le falta aire, luz, y normalmente las comodidades más indispensables. La miserable manera de alojar a los obreros, con todos los inconvenientes que de ello se derivan, es uno de los aspectos más oscuros de nuestra sociedad y deriva en grandes males y bastantes crímenes. A pesar de todos los intentos que en torno a esto se han hecho en las ciudades y barrios obreros, la situación se vuelve peor cada año. Golpea a medios cada vez más extensos: pequeños industriales, empleados, profesores, pequeños comerciantes, etc. La mujer del obrero, que vuelve extenuada a la tarde, tiene entonces trabajo añadido; a toda prisa, debe hacer el trabajo más indispensable. Los niños, gritando y montando jaleo, son acostados; la mujer se sienta, cose y zurce hasta bien entrada la noche.

Las distracciones intelectuales, los consuelos más indispensables del espíritu brillan por su ausencia. El marido carece de instrucción, no sabe gran cosa, la mujer menos todavía; lo poco que hay para decirse no da mucho de sí. El hombre va al cabaret a buscar la conversación que le falta en casa; bebe, y a poco que gaste, ya es mucho para sus medios. A veces se abandona también al juego, vicio que genera más particularmente víctimas entre las clases elevadas, y pierde diez veces más de lo que se gasta en beber. Durante este tiempo, la mujer atada a su trabajo, se deja llevar por el rencor hacia su marido: trabaja como un animal de carga, no hay para ella ni un instante de reposo ni un minuto de distracción. El hombre hace uso de la libertad que debe al azar de haber nacido hombre. La desinteligencia es completa.

Si la mujer es menos fiel a sus deberes, si, al regresar a la tarde cansada del trabajo busca las distracciones a las que tiene derecho, entonces el hogar marcha de pena, y la miseria se vuelve doblemente mayor. Sí, en realidad vivimos en el «mejor de los mundos».

Auguste Bebel, *La mujer y el Socialismo*

\*

\*

\*

## ***LAS MUJERES CONTRA LA GUERRA***

**POR**

***JULES GUESDE***

La Liga de mujeres por el desarme internacional lanza un nuevo llamamiento a las « Hermanas de todas las naciones ». Denuncia los 8 mil millones absorbidos por año sólo en Europa para la producción y mantenimiento de los medios de destrucción sobre los que se basa la paz armada. E indignada ante semejante *presupuesto de la muerte* —mientras que los capítulos de la vida: instrucción, agricultura, etc. están tan irrisoriamente dotados- grita: « ¡Abajo las armas! » a los hombres tan imbéciles y ciegos que llevan a la humanidad a su ruina.

Imposible no estar emocionado por esta generosa intervención de las sabinas modernas; pero imposible igualmente no recordarles la realidad mostrándoles el militarismo que las rebela, inseparable del mismo régimen capitalista.

Todas las protestas serán impotentes mientras que el triunfo del socialismo, suprimiendo la lucha por la vida entre los hombres no cree, basándose en la armonía de intereses, la gran paz social.

En consecuencia, es al partido socialista, único partido de la paz, al que debe venir no solamente nuestras Ligeras, sino todas las mujeres que no quieren seguir dando a luz para la guerra, esta última y peor forma de antropofagia.

Jules Guesde, *La*

*Paz,*

*El Socialista*, 31 de julio de 1898

\*

\*

\*

## **CÓMO LUCHA LA BURGUESÍA CONTRA LA PROSTITUCIÓN**

P O R

**LENIN**

Hace poco, en Londres, se ha terminado el « quinto congreso internacional de la lucha contra la prostitución ».

¡Fue éste un encuentro de duquesas, condesas, arzobispos, pastores, rabinos, funcionarios de policía y de filántropos burgueses de todo pelaje! ¡Y cuántos desayunos solemnes, cuántas fastuosas recepciones oficiales tuvieron lugar en esta ocasión! ¡Cuántos discursos enfáticos fueron pronunciados sobre la nocividad y la infamia de la prostitución!

¿Cuáles eran, por tanto, los medios de lucha reclamados por los delegados burgueses del congreso, estas delicadas gentes? Dos medios ante todo: la religión y la policía. Parece que eso es todo lo que hay de bueno y seguro contra la prostitución. Según el corresponsal londinense de la *Volkszeitung* de Leipzig, un delegado inglés se jactó de haber propuesto al Parlamento aplicar castigo corporal a los intermediarios. ¡Eso es un héroe « civilizado » de la lucha contra la prostitución tal y como se practica en nuestros días!

Una dama canadiense estaba encantada con la policía y la vigilancia ejercida por la policía femenina sobre las mujeres « caídas », pero a propósito de un aumento de los salarios ella decía que los obreros no merecían un pago mejor.

Un pastor alemán echa pestes contra el materialismo contemporáneo que se extiende cada vez más entre el pueblo y contribuye al progreso del amor libre.

Cuando el delegado austriaco, Hertner, intenta abordar las causas sociales de la prostitución, la miseria y la pobreza de las familias obreras, la explotación del trabajo de los niños, las insoportables condiciones de vivienda, etc. el congreso, con exclamaciones hostiles, ¡obliga al orador a callarse!

Por contra, se contaban entre grupos de delegados cosas edificantes y solemnes sobre las altas personalidades. Por ejemplo, cuando la emperatriz alemana visita una casa de partos en Berlín, se ponen alianzas en los dedos de las madres de hijos « ilegítimos » con el fin de no contrariar a la alta personalidad ¡con el aspecto de madres no casadas!

Eso permite juzgar qué asquerosa hipocresía burguesa reina en estos congresos aristocráticos y burgueses. Los acróbatas de la caridad y los policías para los que la miseria y la pobreza son objetos de escarnio se reúnen para « luchar contra la prostitución », que está precisamente sostenida por la aristocracia y la burguesía.

Lenin. « El quinto congreso internacional de lucha contra la prostitución ».

Rabotchaia Pravda, 13/26 julio de 1913

\*

\*

\*

## **EL DERECHO AL DIVORCIO**

P O R

**LENIN**

El ejemplo del divorcio muestra que es imposible ser un demócrata y un socialista sin pedir, desde hoy, la libertad completa de divorcio, puesto que la ausencia de una libertad tal constituye una vejación suplementaria del sexo oprimido, de la mujer, - ¡a pesar de que no sea muy difícil comprender que el reconocimiento de la *libertad* de separarse del marido no sea una *invitación* a todas las mujeres a divorciarse!-

...Bajo el capitalismo, la existencia de circunstancias que no permiten a las clases oprimidas « realizar » sus derechos democráticos no es un caso aislado, sino un fenómeno típico. En la mayor parte de los casos, bajo el capitalismo, el derecho al divorcio no se ha realizado puesto que el sexo oprimido está económicamente destrozado, puesto que, en cualquier democracia, bajo el capitalismo, la mujer permanece como « el esclavo del hogar », una esclava aprisionada en el dormitorio, el cuarto de los niños, la cocina. Bajo el capitalismo, en la mayor parte de los casos, el derecho del pueblo de elegir sus « propios » jueces, funcionarios, institutores, jurados, etc. es igualmente irrealizable, precisamente, en razón de la opresión

económica de los obreros y campesinos. Lo mismo vale para lo que concierne a la República democrática: nuestro programa « la proclama expresión de la soberanía del pueblo », y sin embargo todos los socialdemócratas saben muy bien que bajo el capitalismo la República más democrática no llega más que a la corrupción de los funcionarios por la burguesía, y a la alianza de la Bolsa y el gobierno.

Solas, personas completamente incapaces de pensar o desconocedoras del marxismo concluirán: ¡la República no tiene por lo tanto ningún tipo de utilidad, nada más que la libertad de divorcio, la democracia, el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos! Los marxistas no ignoran que la democracia no suprime el yugo de clase, sino que sólo vuelve la lucha de clases más limpia, más extensa, más abierta, más aguda; y eso es lo que necesitamos. Cuanto más completa sea la libertad de divorcio, mejor verá la mujer que su « esclavitud doméstica » es debida al capitalismo, y no a la ausencia de derechos. Cuanto más democrática sea la estructura del Estado, mejor verán los obreros que es el capitalismo el causante de todo el mal y no la ausencia de derechos. Y así con lo demás.

...El derecho al divorcio, como todos los derechos democráticos sin excepción, es difícilmente realizable bajo el capitalismo, es condicional, restringido, formal y estricto, pero sin embargo ningún socialdemócrata honesto contará entre los socialistas ni tampoco entre los demócratas si niega este derecho. Y ahí está lo esencial. Toda la « democracia » consiste en la proclamación y la realización de « derechos » que, bajo el capitalismo, son realizados en una medida muy modesta y muy condicional, pero sin su proclamación, sin la lucha inmediata y directa por estos derechos, sin la educación de las masas en el espíritu de una lucha tal, el socialismo es imposible.

Lenin, « Sobre una caricatura y sobre el « economismo imperialista ».

Octubre 1916, publicado en 1924.

\*

\*

\*

## ***LA GUERRA IMPERIALISTA Y LAS MUJERES***

**P O R**

***LENIN***

Al que diga que nuestra teoría está apartada de la vida, nosotros le recordaremos dos hechos de la historia mundial: el papel de los trusts y el trabajo de las mujeres en la fábrica, por una parte, y la Comuna de 1871 y la insurrección de diciembre de 1905 en Rusia, por otra.

El cometido de la burguesía, es desarrollar los trusts, amontonar niños y mujeres en las fábricas, hacerles sufrir, depravarlos, condenarlos a la miseria extrema. Nosotros « no exigimos » un desarrollo tal, nosotros no los « apoyamos », nosotros luchamos contra él. ¿Pero cómo luchamos nosotros? Sabemos que los trusts y el trabajo de las mujeres en la fábrica son progresivos. No queremos volver atrás, al artesanado, al capitalismo anterior a los monopolios, al trabajo de las mujeres a domicilio. Adelante a través de los trusts, etc.... ¡y más lejos que ellos, hacia el socialismo!

Este razonamiento, que toma en cuenta el *desarrollo objetivo*, puede ser aplicado, con las modificaciones que se impongan, a la militarización actual del pueblo.

Hoy día, la burguesía imperialista no militariza sólo al pueblo entero, sino también a la juventud. Mañana procederá igual a la militarización de las mujeres. En torno a esto, es necesario que digamos: ¡tanto mejor! ¡Que se apresuren! Cuanto más rápido se vaya, más rápido llegaremos a la insurrección armada contra el capitalismo. ¿Cómo puede haber socialdemócratas que se puedan sentir intimidados por la militarización de la juventud, etc. si se acuerdan del ejemplo de la Comuna? Ahí no hay una teoría « fuera de la vida », no son sueños, sino hechos. Y será verdaderamente muy lamentable que los socialdemócratas, a pesar de todos los hechos políticos y económicos, se pongan a dudar que la época imperialista y las guerras imperialistas deben inevitablemente conducir a la repetición de tales hechos.

Un observador burgués de la Comuna escribía en mayo de 1871 en un periódico inglés: “Si la nación francesa sólo se compondría de mujeres, ¡qué nación más terrible sería!”. Durante la Comuna, las mujeres y los niños de trece años luchaban al lado de los hombres. No puede ocurrir de otra forma en las futuras batallas por el derrocamiento de la burguesía. Las mujeres de los proletarios no mirarán pasivamente cómo la burguesía bien armada dispara sobre los obreros mal armados o desarmados. Tomarán las armas como en 1871 y, de todas estas naciones aterrorizadas de hoy día, o más exactamente: del movimiento obrero actual,

más desorganizado por los oportunistas que por los gobiernos, surgirá sin duda alguna, pronto o tarde, pero infaliblemente, una unión internacional de las “naciones terribles”, es decir, del proletariado revolucionario.

Hoy día, la militarización penetra a toda la vida social. El imperialismo, es la lucha encarnizada de las grandes potencias por el reparto y el nuevo reparto del mundo, y es por lo que debe inevitablemente desembocar en una militarización de todos los países, también los neutros y pequeños. Contra esto, ¿qué harán entonces las mujeres de los proletarios? ¿Se limitarán a maldecir toda guerra y todo lo que tenga que ver con la guerra y a reclamar sólo el desarme? Las mujeres de la clase oprimida, que es realmente revolucionaria, no se contentarán con un papel tan vergonzoso. Dirán a sus hijos:

“Pronto serás grande. Se te dará un fusil. Tómallo y aprende bien el oficio de la guerra. Es una ciencia indispensable para los proletarios, no para disparar contra tus hermanos, los obreros de otros países, como se hace en la guerra actual y como te lo aconsejan los traidores del socialismo, -sino para luchar contra la burguesía de tu propio país, a fin de acabar con la explotación, la miseria y las guerras, no por medio de deseos inofensivos, sino venciendo sobre la burguesía y desarmándola”.

Lenin, “Bajo la consigna: desarme”  
Sbornik Sotsial-demokrata, diciembre de 1916.

\*

\*

\*

## ***LA HIPOCRESÍA DE LAS CLASES DIRIGENTES***

**POR**

***LENIN***

El conocimiento sumario de la legislación de los países burgueses concernientes al matrimonio, el divorcio y los hijos naturales, así como la situación que existe, mostrará a todo aquél que se interese en la cuestión que la democracia burguesa de nuestros días, al igual que las Repúblicas burguesas más democráticas, tiene bajo este punto de vista, una actitud verdaderamente feudal en cuanto a la mujer y los hijos naturales se refiere.

Claro que eso no impide a mencheviques, socialistas-revolucionarios y una parte de los anarquistas, así como a todos los partidos respectivos de Occidente, continuar invocando la democracia y clamar contra la violación a la que la someten los bolcheviques. En realidad, la revolución bolchevique es precisamente la única revolución democrática consecuente en las cuestiones del matrimonio, del divorcio y de la situación de los hijos naturales. Ahora bien, esta cuestión concierne de la forma más directa a más de la mitad de la población de cualquier país. Sólo la revolución bolchevique, a pesar de las múltiples revoluciones burguesas que la han precedido y que se han pretendido democráticas, ha llevado resueltamente la lucha en el sentido indicado, tanto contra la reacción y la servidumbre como contra la hipocresía costumbrista de las clases dirigentes y poseedoras.

Si noventa y dos divorcios de diez mil matrimonios le parecen al señor Sorokine una cifra fantástica, queda por suponer que el autor ha vivido y ha sido criado en algún monasterio separado de la vida hasta el punto que apenas se podría creer en la existencia de un monasterio tal, o bien que el autor deforma la verdad para servir a la reacción y la burguesía. Cualquiera que conozca por poco que sea las condiciones sociales en los países burgueses, sabe que el número real de divorcios de hecho (no sancionados, evidentemente, por la Iglesia y la ley) es en cualquier parte infinitamente superior. Con este informe, Rusia no se diferencia del resto de países más que por el hecho de que sus leyes, en lugar de sancionar la hipocresía y ausencia de derechos para la mujer y su hijo, declaran abiertamente y en nombre del Estado una guerra sistemática a toda hipocresía y ausencia de derechos.

Lenin, “Sobre el significado del materialismo militante”  
Publicado el 12 de marzo de 1922 en Bajo el estandarte del marxismo

\*

\*

\*



**LA MUJER EN EL PUEBLO**

P O R

**MAURICE THOREZ**

Cada vez que leo en las hojas bien pensantes o en las obras de escritores de moda que la vida en el campo está hecha de dulzura y atracción, y que en particular la existencia feliz de la campesina es en todo aspecto digna de ser envidiada, las escenas de mi juventud me vienen rápido a la memoria. Vuelvo a ver cerca de la chimenea, en la que ella se pasaba todo el día de cuclillas, una pobre mujer anciana que la vida abandonó. Era mi « patrona », la Marie, como se la llamaba en su pueblo de La Creuse, en los Forges de Clugnat. Había sobrevivido a su hijo y su marido. Con cincuenta años recién cumplidos, le iba llegando su turno, gastada por el trabajo y las privaciones, corroída por la tuberculosis, esta terrible enfermedad más extendida en nuestros campos de lo que pensábamos.

Yo me había « alquilado » en donde la Marie, que se había quedado sola para cultivar el pequeño bien de la familia: algunos prados grandes como pañuelos de bolsillo; un poco de tierra laborable, el « Fromental » y una parcela proveniente de compartir la « Comunal »; cuatro vacas y dos cabras; un viejo caballo; el corral. Mi patrona había añadido a esta modesta explotación el comercio de clavos para cascos de caballo. La tienda estaba en el pequeño taller en el que el hermano de la Marie había fabricado anteriormente los clavos él mismo, mientras el perro giraba la gran rueda que accionaba el fuelle de la forja.

Como todos los campesinos, yo me levantaba pronto y me acostaba tarde, sobre todo en verano. Pero la Marie ya estaba levantada antes que yo; se acostaba cuando yo ya estaba dormido. Muy pronto, tenía que ordeñar, luego « colar » la leche y limpiar con mucho agua las jarras y el resto de utensilios. Daba de comer a las gallinas. Preparaba la sopa matinal mientras que yo limpiaba los establos, hacía el lecho del caballo, o llevaba las vacas al campo.

Luego íbamos juntos a las huertas. Mi patrona cavaba la tierra, sembraba o recogía las patatas, removía la hierba recién cortada, recogía los granos de trigo o de centeno, cortaba con la hoz el trigo negro o sarraceno, que se batía con el mayal. La Marie empuñaba como yo el pico, el mayal o la horquilla. Cargaba con el pesado estiércol en la carretilla, lanzaba su haz bien alto al carro, que arrastraban las vacas. Por que « atábamos » a las vacas para regresar con el heno y para tirar del carro, y la patrona marcaba con el aguijón el lento arreo.

Media hora antes de la comida del mediodía o de la noche, la Marie dejaba extenuada el campo. De camino, recogía algunos dientes de león que pelaba mientras andaba o entraba a la huerta a recoger una lechuga. Cuando llegaba yo, la mesa estaba puesta. Un fuego de retamas y ramitas había hecho la tortilla o las patatas de nuestra comida. Apenas tragado el último bocado, la patrona estaba ya de pie para fregar la vajilla o ir al establo a dar de beber al ternero.

En verano, tras la cena, la Marie batía la mantequilla o se ponía a « raspar » los quesos que se secaban en el techo. « Mojaba » ligeramente y envolvía con una pizca de paja húmeda los mejores quesos que depositaba al fresco en el sótano. Mi patrona no dormía más que unas horas.

Los días de mercado o de feria, invierno o verano, hiciera el tiempo que hiciera, se iba a vender los clavos a Boussac. Es esta existencia de bestia de carga la que desgastó y mató a la Marie. Una mañana no pudo levantarse; sufría dolorosas contracturas; estaba con fiebre, empapada en sudor. No pudo reponerse.

¡Ah! ¡Estamos lejos del cuadro idílico de la campesina robusta, sana y bella gracias a su trabajo al aire libre! La verdad es que la campesina obligada a entregarse a trabajos así de penosos y habitualmente engorrosos, es ya vieja antes de que le llegue la edad. La preocupación de la limpieza, los cuidados de los niños, las múltiples ocupaciones de la casa y los campos, no le dejan reposo. Es lo que explica el rostro triste, el aspecto resignado de las campesinas que no conocen ninguna distracción de orden intelectual. Ni siquiera pueden pensar en embellecer su existencia, cuidar de su cocina, ponerse guapas ellas mismas. Todo ello exigiría tiempo y un poco más de confort en el pueblo; locales de habitación más grandes y mejor equipados, agua a voluntad, electricidad. ¿Cómo sorprenderse de que las chicas jóvenes vuelvan su mirada hacia la ciudad en la que la existencia les parece más agradable?



De 7.276.845 personas ocupadas en la tierra, la estadística oficial cuenta 3.896.457 mujeres. Es decir, el lugar de la mujer en la agricultura, su rol social en la nación. Mientras no hayamos remediado efectivamente la desgraciada suerte de la campesina, la agricultura se degradará, los pueblos se despoblarán, el país será amenazado en sustancia y en futuro.

Maurice Thorez, *La Mujer en el pueblo*,  
*L'Humanité*, 3 de julio de 1939.

\* \* \*

## ***LAS CONDICIONES DE EXPLOTACIÓN DE LA MUJER EN LA SOCIEDAD CAPITALISTA***

P O R

***JEANNETTE VERMEERSCH***

La introducción de mujeres en la producción y en los diferentes dominios de la vida económica y social del país es un fenómeno histórico de progreso. El trabajo de las mujeres es el aporte de nuevos brazos, nuevos intelectos. El trabajo es para las mujeres la perspectiva de la independencia económica, la posibilidad de ganar su pan en igualdad con el hombre, el derecho a escoger un esposo, el derecho a una vida honesta y digna.

El trabajo hace de la mujer un ser inteligente, más comprensivo, capaz de elevarse por encima de sus únicas preocupaciones para interesarse por la suerte de sus semejantes, la suerte de su país. La introducción de un número cada vez mayor de mujeres en el trabajo social crea las condiciones para una unión sólida del pueblo, más numeroso, más fuerte en la lucha que mantiene contra sus enemigos.

Para muchas mujeres reventadas de preocupaciones la fórmula puede parecer tentadora. Sin embargo, imaginemos que mañana los cientos de miles de costureras se quedan en casa. ¿En qué nos convertiríamos sin vestidos? Y no olvidemos que nuestras costureras participan del buen nombre de Francia, que nuestras costureras generan divisas. Es imposible olvidarse del trabajo de nuestras costureras.

Que nuestras enfermeras, asistentes, auxiliares deciden de repente quedarse en casa... ¿qué haríamos en los hospitales, maternidades y centros de salud?

Imaginemos que los dos tercios de los efectivos de la enseñanza abandonan el trabajo. ¿Qué haríamos con nuestros pequeños escolares?

¡En las industrias del textil, de los cueros y pieles, de la ropa, de los productos farmacéuticos, sería el paro total del trabajo! Y en la agricultura, sin el trabajo de las mujeres, no hay abastecimiento posible.

Faltaría aún que estos millones de mujeres pudieran vivir sin trabajar.

Los reaccionarios querrían mantener a la mujer en la oscuridad, llevar la familia al estado tribal. Su concepción de la familia no está basada en la mujer que trabaja, en el respeto y estima mutua de los esposos, en el respeto y la estima recíproca de padres e hijos, en la igualdad entre esposos, en la afectividad. Quieren inculcar al pueblo la concepción de la familia, basada en el temor a Dios, el temor al padre, el temor al diablo, la resignación ante Dios, ante el padre y sobre todo ante los amos capitalistas.

...Hay que constatar que el sistema capitalista significa una doble explotación para las mujeres. Explotación capitalista en la fábrica, en la oficina, en la tienda, y explotación doméstica, puesto que la mujer es todavía a día de hoy, considerada como la que se tiene que ocupar de lo penoso, lo ingrato, el embrutecedor trabajo de la limpieza.

Las mujeres han sido llamadas a las fábricas por los amos capitalistas, cuando estos tenían necesidad de mano de obra en los períodos de prosperidad.

En período de crisis, de paro, son utilizadas como mano de obra competente contra los trabajadores, por los salarios inferiores que les son otorgados. En los períodos de guerra, las mujeres son llamadas en gran número para suplir la falta de brazos provocada por la movilización general. El capitalismo nunca se ha preocupado en estos momentos de saber si eso agradaba o no a la mujer, si esto destruía o no la familia. Se trataba para él de procurarse de la mano de obra que aumenta sus beneficios. El beneficio, eso es lo que ha guiado al capitalismo a llamar a las mujeres y niños a la producción.

Lo que mejor ilustra la explotación de mujeres para beneficio único de la reacción, es el ejemplo de 1939-1944. En efecto, en 1939, al día siguiente de la movilización, las mujeres son llamadas a la producción. Una parte de los hombres había sido movilizada y la otra, en particular los obreros de la región parisina,

fueron arrojados a las prisiones y campos de concentración por el Gobierno de Daladier, en los que los alemanes no tuvieron más que echarles mano para deportarlos o asesinarlos.

En ese momento, toda la prensa reaccionaria y « bien pensante » alababa a las mujeres. Eran astutas, hábiles, inteligentes, su capacidad era superior a la del hombre para ciertos trabajos, rendían inmensos favores al país, etc.... Después, el enterrador de la patria, Paul Reynaud, llama a Petain al poder. Petain firma el vergonzoso armisticio. No se necesitan más mujeres. Comienza entonces otro refrán. « La mujer es el ángel guardián del hogar ». « Su sitio está en el hogar », y, sin preocuparse de si el padre estaba ausente, deportado o preso, sin preocuparse de si el niño tendría pan, se echa a la mujer de la fábrica, se expulsa a la mujer casada de los servicios públicos, de la administración. Las maestras y mujeres funcionarias son prejubiladas.

Así, con muchos loores, con muchos discursos pomposos, se rechazaba a aquellas cuyos méritos tanto se habían ensalzado un año antes.

En 1942, la guerra da un giro inquietante para Hitler y sus cómplices, los petainistas y colaboradores. Hitler necesita mano de obra. Petain organiza el « relevo ». Luego, el S.T.O. decreta que las mujeres de dieciocho a treinta y cinco años serán movilizadas. Es el trabajo obligatorio para las mujeres, cuya presencia en el hogar no era, al parecer, necesaria ya. Es el ángel del hogar transformado en carne de trabajo para el Führer.

Todo eso sin preocuparse en ningún momento por el ser de carne y hueso, de la mujer, de la madre.

Cuando pensamos que Monseñor Suhard es el inspirador y director espiritual de los movimientos católicos femeninos que reclaman la « vuelta de la mujer al hogar », que este mismo Monseñor colaboraba con Petain, nos quedamos confusas con tanto jesuitismo, tanta hipocresía.

Así, tan lejos como remontamos en la historia del movimiento obrero, constatamos una explotación sinvergüenza del trabajo femenino e infantil.

Jeannette Vermeersch: *Las Mujeres en la Nación*  
Discurso pronunciado al Congreso de Estrasburgo, 27 de junio de 1947

\*

\*

\*

**CUARTA PARTE:**

**LA MUJER EN**  
**EL PAÍS DE LOS SOVIETS**

**LA MUJER Y LA VIDA PÚBLICA**

P O R

**LENIN**

- I -

Mientras que las mujeres no sean sólo llamadas a participar libremente en la vida política en general, sino también a cumplir un servicio cívico permanente y universal, no puede haber socialismo, ni siquiera una democracia integral y duradera. Las funciones de « policía », tales como la asistencia a los enfermos y niños abandonados, el control de la alimentación etc., no pueden, en general, estar aseguradas de forma satisfaciente mientras que las mujeres no hayan obtenido la igualdad no ya nominal, sino efectiva.

Lenin: Las tareas del proletariado en nuestra Revolución

Escrito el 10/23 de abril de 1917, publicado como folleto en septiembre de 1917.

- II -

Nosotros no somos utopistas. Sabemos que el primer peón o la primera cocinera que vengan no estarán en condiciones de participar inmediatamente en la administración del Estado. En eso estamos de acuerdo con los *kadetes*, con Brechkovskaia, con Tsereteli. Pero nos diferenciamos de estos ciudadanos en que nosotros exigimos la ruptura inmediata con el prejuicio según el que, solos, los funcionarios ricos o de familia rica serían capaces de *dirigir* el Estado, de cumplir el trabajo administrativo corriente, cotidiano.

Lenin: ¿Conservarán los bolcheviques el Poder?

Octubre de 1917

\*

\*

\*

***¡IGUALDAD COMPLETA PARA LAS MUJERES!***

P O R

**LENIN**

- I -

Camaradas, las elecciones al Soviet de Moscú dan testimonio de la consolidación del Partido comunista en el seno de la clase obrera.

Las obreras deben tomar mayor parte en las elecciones. Único en el mundo, el poder de los Soviets ha sido el primero en abolir completamente todas las viejas leyes burguesas, las leyes infames que consagraban la inferioridad legal de la mujer y los privilegios del hombre, notablemente en el matrimonio y las relaciones con los niños. El poder de los Soviets ha abolido el primero y único en el mundo, en tanto que poder de los trabajadores, todos los privilegios que, ligados a la propiedad, son mantenidos en beneficio del hombre, en el derecho familiar, por las Repúblicas burguesas más democráticas.

Allí donde haya propietarios terratenientes, capitalistas y comerciantes, no puede haber igualdad entre el hombre y la mujer, tampoco ante la ley.

Allí donde no hay propietarios terratenientes, capitalistas ni comerciantes, allí donde el poder de los trabajadores construya sin estos explotadores una vida nueva, hay igualdad entre el hombre y la mujer ante la ley.

Pero es insuficiente.

La igualdad ante la ley no es todavía la igualdad en la vida.

Entendemos que la obrera conquiste no sólo ante la ley, sino también en la vida, la igualdad con el obrero. Para eso hace falta que las obreras tomen parte cada vez mayor en la gestión de las empresas públicas y en la administración del Estado.

Administrando, las mujeres realizarán pronto su aprendizaje y alcanzarán a los hombres.

¡Elegid por tanto más obreras comunistas o sin partido al Soviet! Poco importa que una obrera honesta, sensata y concienciada en su trabajo no pertenezca al Partido: ¡elegidla para el Soviet de Moscú!

¡Que haya más obreras en el Soviet de Moscú! ¡Que el proletariado moscovita demuestre que está dispuesto a hacer lo que sea necesario y que hace todo para luchar hasta la victoria contra la vieja desigualdad, contra el viejo envilecimiento de la mujer!

El proletariado no conseguirá emanciparse completamente si no conquista una libertad completa para las mujeres.

Lenin: A las obreras  
Pravda, 22 de febrero de 1920

**- II -**

El capitalismo une una igualdad puramente formal a la desigualdad económica y, en consecuencia, social. Es una de sus características fundamentales, mentirosamente disimulada por los partidarios de la burguesía, por los liberales e incomprensidos de los demócratas pequeño burgueses. De esta característica del capitalismo deriva, entre otras cosas, la necesidad, en la lucha resuelta por la igualdad económica, de reconocer abiertamente la desigualdad capitalista, y también, en ciertas condiciones, de poner este reconocimiento altamente formulado de la desigualdad en la base del Estado proletario (Constitución soviética).

Por otra parte, mismo en la igualdad puramente formal (la igualdad jurídica, “igualdad” del bien alimentado y del hambriento, del poseedor y del no-poseedor), el capitalismo *no puede* ser consecuente. Y una de las manifestaciones más flagrantes de esta inconsecuencia es la *desigualdad* entre la mujer y el hombre. Ningún Estado burgués, aunque sea progresista, aunque sea republicano o democrático, no ha reconocido la entera igualdad de los derechos de la mujer y el hombre.

La República de los Soviets de Rusia, por contra, ha barrido de un solo golpe, *sin excepción, todos* los restos jurídicos de la inferioridad de la mujer y asegurado de golpe la igualdad más completa por ley para la mujer.

Se ha dicho que el nivel de cultura de un pueblo estaba mejor definido por la situación jurídica de la mujer. En esta fórmula hay algo de profunda verdad. Desde este punto de vista, solo la Dictadura del proletariado, sólo el Estado socialista podría alcanzar el grado más alto de cultura.

Es por lo que el nuevo impulso de una potencia sin precedentes, dada al movimiento obrero femenino es inseparable de la fundación (y de la liberación) de la primera República de los Soviets, -y, paralelamente, en conexión con este último hecho, de la Internacional comunista.

Tratándose de aquellos que el capitalismo oprime directa o indirectamente, entera o parcialmente, el régimen de los Soviets, y sólo este régimen, les asegura la democracia. La condición de la clase obrera y los campesinos más pobres lo demuestra claramente. La condición de la mujer lo demuestra también claramente.

Pero el régimen de los Soviets es el último combate decisivo por la *abolición de las clases*, por la igualdad económica y social. La democracia, aunque ofertada a los más oprimidos por el capitalismo, *no nos basta*.

El movimiento obrero femenino, no contento con una igualdad puramente formal, se propone como tarea principal la lucha por la igualdad económica y social de la mujer. Hacer participar a la mujer en el trabajo productivo social, arrancarla de la esclavitud doméstica, liberarla del yugo embrutecedor y humillante, eterno y exclusivo, de la cocina y la habitación de los niños, he ahí la tarea principal.

Esta lucha será larga. Exige una transformación radical de la técnica social y de las costumbres. Pero acabará finalizando con la victoria completa del comunismo.

Lenin: Para el Día Internacional de las mujeres  
Pravda, 7 de marzo de 1920.

- III -

El hecho esencial, fundamental, en el bolchevismo y la Revolución rusa de Octubre, es que han arrastrado a la política precisamente a aquellos que, bajo el capitalismo, eran los más oprimidos. Estas capas habían sido aplastadas, engañadas, esquilmas por los capitalistas, y bajo el régimen monárquico y en las Repúblicas democráticas burguesas. Este yugo, este engaño, este pillaje al pueblo trabajador por los capitalistas era inevitable, mientras existía la propiedad privada sobre la tierra, las fábricas, los talleres.

Lo esencial del bolchevismo y del poder soviético es que, desenmascarando la mentira y la hipocresía de democratismo burgués, aboliendo la propiedad privada de las tierras, de las fábricas, de los talleres, concentran todo el poder del Estado en manos de las masas trabajadoras y explotadas. Son estas mismas, estas masas, las que toman en sus manos la política, es decir, la obra de construcción de la nueva sociedad. Tarea difícil, puesto que las masas han sido rechazadas y aplastadas por el capitalismo, pero para salir del esclavismo asalariado, del esclavismo de los capitalistas, no hay otra salida y no puede haberla.

Ahora bien, es imposible arrastrar las masas a la política sin arrastrar a las mujeres a la política. Efectivamente, bajo el capitalismo, la mitad femenina del género humano sufre una doble opresión. La obrera y la campesina están oprimidas por el Capital, y, por encima del mercado, mismo en las Repúblicas burguesas más democráticas, y para empezar, ellas no disponen de los mismos derechos que el hombre, puesto que la ley no les concede la igualdad con él; después, -y es lo esencial-, viven en el “esclavismo del hogar”, se convierten en las “esclavas domésticas” que sufren el yugo del trabajo más mezquino, más oscuro, más pesado, el más embrutecedor, el trabajo de la cocina y, en general, de la limpieza individual y familiar.

La revolución bolchevique, soviética, arranca las raíces de la opresión y de la desigualdad de las mujeres de forma más profunda que ningún partido ni ninguna revolución en el mundo. Aquí, en Rusia soviética, no ha quedado rastro alguno de la desigualdad jurídica entre el hombre y la mujer. El poder soviético ha abolido completamente la desigualdad particularmente innoble, abyecta e hipócrita en el derecho del matrimonio y la familia, la desigualdad concerniente a los niños.

Todo ello no es más que un paso en la emancipación de la mujer. Sin embargo, ninguna de las Repúblicas burguesas, incluso la más democrática, se ha atrevido a dar este primer paso. No se han atrevido por miedo de la “santa propiedad privada”.

El segundo paso más importante fue la abolición de la propiedad privada de la tierra, de las fábricas y talleres; eso, y solo eso, abre la vía a la emancipación completa y real de la mujer, a su liberación del “esclavismo doméstico” por el paso del pequeño hogar individual al gran hogar socializado.

Este paso es difícil puesto que se trata de la transformación de un “orden” de los más enraizados, habitual, firme, empedernido (a decir verdad, no es un “orden” sino infamias y barbarie). Pero este paso ha empezado a darse, la obra ha comenzado, nos hemos comprometido con la nueva vía.

Con ocasión del Día internacional de las mujeres, las obreras de todos los países del mundo reunidas en innumerables mítines, enviarán sus saludos a la Rusia soviética que ha comenzado una obra extremadamente difícil y pesada, pero grande, de una grandeza mundial, y verdaderamente liberadora. Se oirán valientes exhortaciones para no dejarse intimidar por la reacción burguesa, feroz y a veces bestial. En la medida que un país burgués es “libre” o “democrático”, más estragos causa y ejerce una represión salvaje contra la revolución obrera la banda de los capitalistas: no tenemos más que tomar el ejemplo de la República democrática de los Estados Unidos. Pero las masas obreras ya han despertado. La guerra imperialista ha despertado de su letargo definitivamente a las masas adormecidas, somnolientas, inertes, en América, en Europa y en la Asia atrasada.

El hielo se ha roto en todas partes del mundo.

La liberación de los pueblos del yugo del imperialismo, la liberación de los obreros y obreras del yugo del Capital realiza progresos irresistibles. Esta obra ha sido empezada por docenas y centenas de millones de obreros y obreras, campesinos y campesinas. Es por lo que esta obra, que libera al trabajo del yugo del Capital, vencerá en el mundo entero.

Lenin, El Día Internacional de las mujeres  
Pravda, 8 de marzo de 1921

## ***EL ÉXITO DE UNA REVOLUCIÓN DEPENDE DEL GRADO DE PARTICIPACIÓN DE LAS MUJERES***

**POR**

**LENIN**

Camaradas, el congreso de la parte femenina del ejército proletario, desde cierto punto de vista, tiene una importancia particularmente grande por el hecho de que en todos los países las mujeres se han puesto a en movimiento con bastante dificultad. Una revolución socialista no es posible sin una larga representación de una fracción de las mujeres trabajadoras.

En todos los países civilizados, incluso en los más avanzados, la condición de las mujeres es tal que se les llama, no sin razón, las esclavas domésticas. En ningún Estado capitalista, aunque fuera la más democrática de las Repúblicas, las mujeres no gozan de plena igualdad de derechos.

La República de los Soviets tiene para empezar como tarea abolir todas las restricciones de los derechos de la mujer. El poder de los Soviets ha abolido totalmente esta fuente de ignominia burguesa, de envilecimiento y humillaciones, -el procedimiento del divorcio.

Pronto hará un año que existe una legislación completamente libre sobre el divorcio. Hemos promulgado un decreto que abole la diferencia de la situación entre el hijo legítimo y el hijo natural, y suprime toda una serie de vejaciones políticas: en ninguna parte del mundo la igualdad y la libertad de las mujeres trabajadoras han encontrado una realización tan completa.

Sabemos que todo el peso de las anticuadas prescripciones pesa sobre la mujer de la clase obrera.

Por primera vez en la historia, nuestra ley ha borrado todo lo que hace de la mujer un ser sin derechos. Pero no se trata de la ley. Aquí, esta ley sobre la libertad completa de matrimonio es fácilmente aceptada en las ciudades y aglomeraciones industriales, pero en el campo, se queda normalmente en letra muerta. Allí, hasta ahora, el matrimonio religioso predomina. Eso es debido a la influencia de los curas, y este mal es más difícil de combatir que la antigua legislación.

Es con extrema prudencia como hay que luchar contra los prejuicios religiosos: los que en el curso de esta lucha hieren los sentimientos religiosos hacen mucho daño. Hay que luchar por medio de la propaganda y la aclaración. Degradando esta lucha podemos irritar a las masas: una lucha tal profundiza la división de las masas sobre el terreno religioso y nuestra fuerza reside en la unión. La fuente más profunda de prejuicios religiosos es la miseria y el oscurantismo: esos son los males que debemos combatir.

Hasta aquí, la condición de la mujer se ha quedado como se calificaba de esclavismo; la mujer está sometida a su hogar y no puede salvarse de esta situación más que por el socialismo, solo en el momento en que de la pequeña explotación iremos a la explotación común y hacia la cultura comunal de la tierra.

Entonces, solo entonces, la liberación y la emancipación de la mujer serán totales. Es una tarea difícil: pero ya se han creado los comités de campesinos pobres y se acerca el momento en el que la revolución será consolidada.

Ahora, solamente, la parte más pobre de la población de la aldea se organiza, y en estas organizaciones de los pobres el socialismo obtiene un fundamento estable.

En el pasado, conocimos muy habitualmente situaciones en las que la ciudad se volvía revolucionaria y la aldea no se movía más que tras ella.

La revolución actual se apoya en la aldea, y es allí donde reside su importancia y su fuerza. La experiencia de todos los movimientos liberadores demuestra que el éxito de una revolución depende del grado de participación de las mujeres. El poder soviético hace todo para que la mujer pueda cumplir, en total independencia, su tarea proletaria y socialista.

Lenin: Discurso al primer congreso panruso de obreras

Pronunciado el 19 de noviembre de 1918

Pravda, 10 de marzo 1925



## **LA MUJER Y LA REVOLUCIÓN**

P O R

**LENIN**

Tomad la situación de la mujer. Ningún partido democrático en el mundo, en ninguna de las Repúblicas burguesas más avanzadas ha cumplido durante docenas de años en torno a esta cuestión la centésima parte de lo que hemos hecho nosotros durante el primer año de gobierno. Verdaderamente no hemos dejado subsistir nada de estas leyes infames concernientes a la desigualdad de derechos de la mujer, los impedimentos al divorcio, las formalidades abyectas que lo acompañan, el no reconocimiento de los hijos nacidos fuera del matrimonio, la búsqueda de paternidad, etc.- leyes que se encuentran masivamente en todos los países civilizados, para la vergüenza de la burguesía y del capitalismo. Tenemos mil veces razón de estar orgullosos de lo que hemos hecho en este dominio. Pero cuanto *más* hemos despejado el terreno de este viejo amasijo de leyes e instituciones burguesas, mejor vemos que se trata tan sólo de un despeje para la construcción, pero que no es todavía la construcción misma.

La mujer continúa siendo el *esclavo doméstico* a pesar de todas las leyes liberadoras puesto que la *pequeña economía doméstica* la oprime, la ahoga, la embrutece, la humilla, atándola a la cocina, a la habitación de los niños, obligándola a gastar sus fuerzas en tareas terriblemente improductivas, mezquinas, irritantes, alelantes, deprimentes. La verdadera *liberación de la mujer*, el verdadero comunismo comenzarán allí y cuando comience la lucha de masas (dirigida por el proletariado que posee el poder) contra esta pequeña economía doméstica o, más exactamente, durante su *transformación masiva* en gran economía socialista.

¿Prestamos la atención suficiente en la práctica a esta cuestión que, en teoría, no crea dudas a ningún comunista? Evidentemente no. ¿Cuidamos lo suficiente los *brotos* de comunismo que existen ahora ya en este dominio? Una vez más, no y no. Los restaurantes colectivos, las guardería infantiles, los jardines de infancia, -he ahí unos ejemplos de estos brotes, he ahí los medios simples, cotidianos, que no suponen nada pomposo, de extraordinario ni majestuoso y que, *en los hechos*, son capaces de *liberar a la mujer*, en los hechos son capaces de disminuir y suprimir su desigualdad con el hombre, y responden a su papel en la producción social y la vida social. Estos medios no son nuevos, han sido creados (como todas las premisas materiales del socialismo en general) por el gran capitalismo, pero en este régimen eran, para empezar, una excepción, y luego -lo que es particularmente importante- una *empresa comercial* con todos sus peores aspectos de especulación, de lucro, de engaños, de falsificación, o una « acrobacia de la filantropía burguesa », que los mejores obreros odiaban y despreciaban de forma justa.

Está fuera de toda duda que ya nos disponemos a tener muchas más instituciones de este tipo y que *comienzan* a cambiar de carácter. Está fuera de toda duda que, entre las obreras y campesinas, existe, mucho más numerosamente de lo que conocemos, *talentos de organizadoras*, personas que saben hacer funcionar una empresa con el concurso de gran número de obreros y mayor número aún de consumidores, sin esta exhuberancia de frases, de alarma, de estrépito, de habladurías sobre los planes, los sistemas, etc...., « enfermedad » de la que sufren constantemente los « intelectuales » tan hinchados de sí mismos, o los « comunistas » recién venidos. Pero *nosotros no cuidamos* como se debería estos brotes de futuro.

Mirad la burguesía. ¡Ella sí que sabe hacer propaganda de lo que *le* es necesario! ¡Cómo las empresas « modelo » a los ojos de los capitalistas son alabadas en millones de ejemplares de *sus* periódicos, cómo las instituciones burguesas « modelo » se convierten en objeto de orgullo nacional! Nuestra prensa no se ocupa, o casi no se ocupa, de describir los mejores restaurantes o las mejores guarderías ; no se esfuerza con peticiones cotidianas, en transformar algunos de entre ellos en establecimientos modelo, no les hace publicidad, no dice como debería detalles, qué economía de trabajo humano, qué facilidades para los consumidores, qué ahorro del producto, qué liberación de la mujer del esclavismo doméstico, qué mejora de las condiciones sanitarias se obtienen por medio del *trabajo comunista modelo*, pueden ser obtenidas, pueden ser extendidas a toda la sociedad, a todos los trabajadores.

Lenin: Una gran iniciativa  
Moscú, 1919

\*

\*

\*

## ***LAS TAREAS DE LAS MUJERES EN LA REPÚBLICA DE LOS SOVIETS***

**POR**

***LENIN***

Quisiera deciros algunas palabras sobre las tareas generales del movimiento obrero femenino en la República de los Soviets, tanto sobre las que están ligadas a la transición hacia el socialismo en general como sobre las que, actualmente, ocupan el primer plano de forma particularmente urgente. Camaradas, es desde el comienzo que la cuestión de la mujer ha sido planteada por el poder soviético. Me parece que la tarea de todo Estado obrero en paso al socialismo es de dos tipos. La primera parte de esta tarea es relativamente simple y fácil. Es la que trataba de las viejas leyes que mantenían a la mujer en un estado de inferioridad con respecto al hombre.

Desde hace mucho tiempo, no sólo durante décadas, sino durante siglos, los representantes de todos los movimientos liberadores de Europa occidental han exigido la derogación de estas leyes obsoletas y el establecimiento de la igualdad jurídica entre hombres y mujeres, pero ni uno de los Estados democráticos de Europa, ninguna de las Repúblicas más avanzadas ha conseguido realizar esta reivindicación, puesto que, allí donde exista el capitalismo, allá donde se conserve la propiedad privada de la tierra, las fábricas y talleres, allá donde se mantenga el poder del Capital, los privilegios de los hombres seguirán en vigor. En Rusia, se ha conseguido realizar esta reivindicación por la única razón de que desde el 25 de octubre de 1917 se estableció el poder de los obreros. El poder soviético se ha marcado por tarea desde el principio existir como poder de los trabajadores, enemigo de toda explotación. Se ha marcado por tarea extirpar las posibilidades de explotación de los trabajadores por propietarios terratenientes y capitalistas, destruir la dominación del Capital. El poder soviético se ha esforzado en obtener que los trabajadores construyan su vida sin la propiedad privada que, en todo el mundo, también en plena igualdad política, mismo en las Repúblicas más democráticas, ha reducido a los obreros la miseria y a la esclavitud asalariada, y a la mujer a una doble esclavitud.

Es por lo que el poder soviético, en tanto que poder de los trabajadores, ha realizado, en el curso de los primeros meses de su existencia, la transformación más decisiva sobre el plan de la legislación relativa a las mujeres. En la República soviética, no ha quedado piedra sobre piedra de las leyes que situaban a la mujer en estado de inferioridad. Hago alusión, notablemente, a las leyes que han explotado especialmente la condición inferior de la mujer, la han privado de derechos, y también la han humillado habitualmente, es decir, a las leyes sobre el divorcio, sobre los hijos naturales, sobre la búsqueda de la paternidad para asegurar la existencia del niño.

Es precisamente en este dominio que la legislación burguesa, también en los países más avanzados, hay que decirlo, explota la debilidad de la mujer disminuyendo sus derechos y humillándola; y es precisamente en este dominio que el poder soviético no ha dejado piedra sobre piedra, en el de las viejas leyes injustas, insoportables para los representantes de las masas trabajadoras. Y hoy día, nosotros podemos decir, con legítimo orgullo y ninguna exageración, que fuera de la Rusia soviética, no hay país en el mundo en el que la mujer disfrute de entera igualdad de derechos y donde no sea situada en una condición humillante, particularmente sensible en la vida cotidiana y familiar. Esa fue una de nuestras primeras y más importantes tareas.

Si resulta que entráis en contacto con los partidos hostiles a los bolcheviques, leéis periódicos editados en ruso en la regiones ocupadas por Koltchak y Dekinine, o habláis con gente que comparte el punto de vista de estos periódicos, los oiréis acusar habitualmente al poder soviético de violar la democracia.

A nosotros, representantes del poder soviético, bolcheviques-comunistas y partidarios del poder soviético, se nos reprocha constantemente haber violado la democracia y, en apoyo de esta acusación, se invoca el hecho de que el poder soviético ha desechado la Constituyente<sup>68</sup>. Nosotros respondemos habitualmente a estas acusaciones como sigue: nosotros no otorgamos valor a esta democracia y a esta Constituyente que han nacido en la época de la propiedad privada sobre la tierra, cuando los hombres no eran iguales entre ellos, cuando aquél que poseía su capital era el amo y los otros que trabajaban para él, eran sus esclavos asalariados. Una democracia así ha disimulado la esclavitud, también en los países más avanzados. Nosotros, socialistas, somos partidarios de la democracia solamente en la medida en que alivia la

<sup>68</sup> Para referirse a la Asamblea constituyente, Lenin emplea el diminutivo peyorativo *Outchredilka*

situación de los trabajadores y oprimidos. El socialismo se marca como tarea llevar la lucha en el mundo entero contra toda explotación del hombre por el hombre. Lo que nos importa verdaderamente, es una democracia al servicio de los explotados, al servicio de aquellos que se encuentran en una situación de desigualdad jurídica. Que aquél que no trabaje sea privado del derecho a voto, ésa es la verdadera igualdad entre los hombres. No tiene que haber hombres que no trabajen. En respuesta a estas acusaciones, nosotros decimos que hay que plantear la pregunta de saber cómo la democracia está realizada en uno u otro Estado. En todas las Repúblicas democráticas vemos que se proclama la igualdad, pero en las leyes civiles y en las leyes sobre la condición de la mujer, sobre su condición en la familia, sobre el divorcio, nos damos cuenta de la desigualdad y la degradación de la mujer, y nosotros decimos que es precisamente una violación de la democracia respecto a los oprimidos. No dejando subsistir en sus leyes la mínima alusión a la desigualdad de la mujer, el poder soviético ha realizado la democracia con mayor grado que el resto de países, los más avanzados. Lo repito, ni un Estado, ni una legislación democrática no han hecho para la mujer ni la mitad de lo que hace el poder soviético en el curso de los primeros meses de existencia.

Claro que las leyes no bastan, y nosotros no nos contentamos, de ninguna manera, con las realizaciones en el plano legislativo del que acabamos de hablar sino que hemos hecho todo lo necesario para dar igualdad a la mujer, y tenemos derecho a estar orgullosos. Hoy, la situación de la mujer en Rusia soviética es ideal en relación a los estados más avanzados. Pero decimos que eso, evidentemente, no es más que el comienzo.

La condición de la mujer, ocupada en los trabajos del hogar, sigue siendo penosa. Para que la mujer sea completamente liberada y realmente igual al hombre, hay que hacer que los trabajos del hogar sean una cuestión pública y que la mujer participe en la producción general. Entonces, la mujer ocupará la misma situación que el hombre.

Claro que no se trata aquí de abolir para la mujer las diferencias en lo que concierne al rendimiento del trabajo, su extensión, su duración, las condiciones de trabajo, etc. sino que lo que hace falta es que la mujer no esté oprimida en razón de su situación económica diferente a la del hombre. Todas sabéis que también cuando se ha realizado la completa igualdad de derechos, sigue quedando esta opresión de la mujer, puesto que todos los trabajos del hogar le siguen correspondiendo. En la mayoría de casos es la mujer la que efectúa los trabajos menos productivos, más bárbaros y más pesados. Es una labor extremadamente mezquina y que no puede contribuir, de ninguna manera, al desarrollo de la mujer.

Persiguiendo el ideal socialista, nosotros queremos luchar por la realización completa del socialismo, y aquí se abre a las mujeres un enorme campo de trabajo. En el momento actual, nosotros nos preparamos seriamente para despejar el terreno para la construcción del socialismo, pero la edificación del socialismo no será posible hasta que, habiendo realizado ya la completa igualdad de la mujer, abordemos el nuevo trabajo en común con la mujer, liberada de su mezquina labor, embrutecedora, improductiva. Para este trabajo, nos harán falta muchos años. Este trabajo no puede dar resultados tan rápidos ni producir tan deslumbrantes efectos.

Nosotros creamos instituciones modelo, restaurantes, jardines de infancia, guarderías, para liberar a las mujeres de los trabajos del hogar. Y es, precisamente, ante todo a las mujeres que incumbirá la tarea de organizar todas estas instituciones. Hay que decir que en el momento actual hay en Rusia muy pocas instituciones susceptibles de ayudar a la mujer a salir del estado de esclavas domésticas. Su presencia es ínfima y las condiciones en las que la República de los soviets se encuentra en el momento actual, -situación militar, abastecimiento, de lo que los camaradas os han hablado aquí en detalle- nos impiden realizar esta obra. Sin embargo, hay que decir que estas instituciones, liberando a la mujer de su condición de esclava doméstica, surgen allí donde se les ofrece la mínima posibilidad. Nosotros decimos que la emancipación de los obreros debe ser obra de los obreros mismos, y, por lo mismo, la emancipación de las obreras debe ser realizada por las obreras mismas. Las mismas obreras deben ocuparse del desarrollo de semejantes instituciones, y esta actividad de las mujeres modificará completamente la situación que ocupaban en la sociedad capitalista.

Para ocuparse de política, en la vieja sociedad capitalista, se exigía una preparación especial, y es por lo que, mismo en los países capitalistas más avanzados y más libres, la participación de las mujeres en la política era insignificante. Nuestra tarea consiste en convertir la política accesible a cada mujer trabajadora. Desde el momento en el que la propiedad privada de la tierra y de las fábricas es abolida y que el poder de los propietarios terratenientes y capitalistas es derrocado, las tareas políticas de las masas trabajadoras y de las mujeres trabajadoras se vuelven simples, claras y completamente accesibles para todos. En la sociedad capitalista, la mujer está privada de derechos políticos, hasta el punto en que su participación en la política es

casi nula en relación a la del hombre. Para cambiar esta situación, es necesario que se instaure el poder de los trabajadores, y entonces las tareas principales de la política englobarán todo lo que concierne directamente la suerte de los trabajadores mismos.

Aquí, la participación de las obreras es indispensable, no sólo el de aquellas que son miembros del Partido y conscientes, sino además la de las mujeres sin partido y menos conscientes. Aquí, el poder soviético ha abierto un enorme campo de acción a las mujeres.

Hemos tenido graves dificultades en la lucha contra las fuerzas hostiles que atacan la Rusia soviética. En el plano militar, hemos tenido dificultades en combatir las fuerzas que atacan al poder de los trabajadores recurriendo a la guerra, y, en el plano del abastecimiento, nos ha resultado difícil luchar contra los especuladores puesto que no hemos tenido gente suficiente, trabajadores que hayan venido exclusivamente en nuestro socorro con su propio trabajo. Aquí, nada es máspreciado para el poder soviético que la ayuda de la gran masa de obreras sin partido. Que lo sepan ellas: en la antigua sociedad burguesa, la actividad política ha podido pedir una preparación política complicada que no estaba al alcance de la mujer. Pero el principal objetivo de la actividad política de la República soviética es la lucha contra los propietarios terratenientes, los capitalistas, la lucha por la aniquilación de la explotación, y es por eso que en la República soviética, las obreras pueden ejercer una actividad política ayudando a los hombres con sus capacidades de organización.

Lo que nos hace falta, no es sólo un trabajo de organización a muy grande escala. También nos hace falta un trabajo de organización a más pequeña escala, que permita igualmente participar a las mujeres. La mujer también puede trabajar en el plano militar, cuando de ayudar al ejército se trata, de hacer trabajo de agitación en su seno. La mujer debe tomar parte activa en todo eso, para que el Ejército Rojo vea que ella es objeto de nuestros pensamientos y de nuestras preocupaciones. La mujer puede trabajar también en el plano del abastecimiento, -para la distribución de los productos y el mejoramiento de la alimentación de las masas, el desarrollo de los restaurantes que están ahora tan expandidos en Petrogrado.

Esos son los dominios en los que la actividad de la obrera adquiere una verdadera importancia en materia de organización. La participación de la mujer es igualmente indispensable para la instalación de grandes economías experimentales y su vigilancia, a fin de que estas tentativas no queden aisladas. Sin la participación de un gran número de mujeres trabajadoras, esta tarea no es realizable. Este trabajo puede ser perfectamente abordado por la obrera vigilando la distribución de los productos y velando por que puedan ser procurados fácilmente. Esta tarea es absolutamente proporcionada a las fuerzas de las obreras sin partido y su cumplimiento contribuirá, por otra parte, más que otra cosa, a la consolidación de la sociedad socialista.

Aboliendo la propiedad privada de la tierra y, casi completamente, la propiedad privada de las fábricas y talleres, el poder soviético se esfuerza en hacer participar en esta edificación de la economía a todos los trabajadores, no sólo a los miembros del Partido, sino también a los sin partido, y no sólo a los hombres, sino también a las mujeres. La obra comenzada por el poder de los soviets, no podrá progresar a menos que en toda Rusia, no ya cientos de mujeres, sino millones y millones de mujeres le aporten su contribución. Entonces, los trabajadores comprobarán que pueden vivir y pueden llevar sus asuntos sin propietarios terratenientes ni capitalistas. Entonces, la edificación socialista tendrá en Rusia un fundamento tan sólido que ningún enemigo en los otros países, ni en el interior de Rusia, será motivo de temor para la República soviética.

Lenin, « Las tareas del movimiento obrero femenino en la República soviética »

Discurso pronunciado el 23 de septiembre de 1919 en la IV Conferencia de obreras sin partido de Moscú.

Publicado en Pravda, el 25 de septiembre de 1919.

\*

\*

\*

## ***EL PODER SOVIÉTICO Y LA SITUACIÓN DE LA MUJER***

P O R

***LENIN***

El segundo aniversario del poder soviético nos dicta el deber de pasar revista a todo lo que ha sido realizado en el curso de este período y de reflexionar sobre el significado y objetivos de la transformación actual.

La burguesía y sus partidarios nos acusan de haber violado la democracia. Nosotros declaramos que la revolución soviética ha dado a la democracia un impulso sin precedentes tanto en extensión como en profundidad: este impulso, le ha dado precisamente a la democracia de las masas trabajadoras explotadas por el capitalismo, es decir, a la democracia para la inmensa mayoría del pueblo, a la democracia socialista (para los trabajadores) que hay que distinguir de la democracia burguesa (para los explotadores, capitalistas, ricos).

¿Quién tiene razón?

Reflexionar bien sobre esta cuestión y profundizar en ella quiere decir verificar la experiencia de estos dos años y prepararse mejor con miras a su desarrollo posterior.

La condición de la mujer hace particularmente evidente la diferencia entre la democracia burguesa y socialista y da una respuesta singularmente clara a la pregunta que acabamos de plantear.

En ninguna República burguesa (es decir, donde existe la propiedad privada de la tierra, fábricas, minas, acciones, etc.), por muy democrática que sea, en ninguna parte del mundo, mismo en los países más avanzados, la mujer goza de plena igualdad de derechos. Y eso a pesar de que ya ha transcurrido un siglo y cuarto desde la gran Revolución francesa (burguesa democrática).

En las palabras, la democracia burguesa promete igualdad y libertad. En los hechos, *ninguna* República burguesa, mismo la más avanzada, *ha dado* a la mitad femenina del género humano la plena igualdad jurídica con el hombre, ni la ha liberado de la tutela y de la opresión de este último.

La democracia burguesa es una democracia de frases pomposas, de promesas grandilocuentes, de consignas sonoras de *libertad e igualdad*, pero, en realidad, disimula la esclavitud y la desigualdad de la mujer, la esclavitud y desigualdad de los trabajadores y explotados.

La democracia soviética o socialista rechaza la verborrea pomposa y mentirosa, y declara una guerra sin cuartel a la hipocresía de los « demócratas », de los propietarios terratenientes, de los capitalistas o de los ya satisfechos campesinos que se enriquecen vendiendo a precios exorbitantes sus excedentes de trigo a los obreros hambrientos.

¡Abajo esta repugnante mentira! No puede haber, no hay ni habrá « igualdad » entre oprimidos y opresores, explotados y explotadores. No puede haber, no hay ni habrá « libertad » verdadera mientras la mujer no sea liberada de los privilegios que la ley dicta en favor del hombre, mientras el obrero no sea liberado del yugo del Capital, mientras el campesino trabajador no sea liberado del yugo del capitalista, del propietario terrateniente, del comerciante.

¡Los mentirosos e hipócritas, los imbéciles y ciegos, los burgueses y sus partidarios engañan al pueblo hablándole de la libertad, la igualdad, de la democracia en general!

Nosotros decimos a los obreros y campesinos: arrancad la careta a estos mentirosos, abrid los ojos a estos ciegos. Preguntadles:

-Igualdad; ¿de qué sexo con qué sexo?

-¿De qué nación con qué nación?

-¿De qué clase con qué clase?

-Libre ¿de qué yugo o bien del yugo de qué clase?

-Libertad ¿de qué clase?

El que habla de política, de democracia, de libertad, de igualdad, de socialismo, *sin plantear* estas preguntas, sin situarlas en primer plano, sin luchar contra las tentativas de esconder, de disimular y amortiguar estas preguntas es el peor enemigo de los trabajadores, un lobo disfrazado de cordero, el peor



adversario de los obreros y campesinos, un lacayo de los propietarios terratenientes, de los zares, de los capitalistas.

En espacio de dos años, el poder soviético ha hecho más por la liberación de la mujer, por su igualdad con el sexo « fuerte », en uno de los países más atrasados de Europa que todas las Repúblicas avanzadas, esclarecidas, « democráticas » del mundo entero a lo largo de 130 años.

Resplandor, cultura, civilización, libertad, en todas las Repúblicas capitalistas, burguesas del mundo, todas estas palabras pomposas van de la mano de leyes infinitamente abyectas, de una infamia asquerosa, de una grosería bestial, que consagran la desigualdad jurídica de la mujer en cuanto al matrimonio y al divorcio, que establecen la desigualdad entre hijos naturales y « legítimos », que crean privilegios para los hombres mientras que humillan y ultrajan a las mujeres.

El yugo del capital, la opresión de la sagrada « propiedad privada », el despotismo de la estupidez burguesa, el egoísmo del pequeño propietario, eso es lo que impide a las Repúblicas más democráticas de la burguesía tocar estas viles y abyectas leyes.

La República de los Soviets, la República de los obreros y campesinos ha barrido estas leyes de un golpe, no ha dejado piedra sobre piedra de las construcciones edificadas por la mentira burguesa y la hipocresía burguesa.

¡Abajo esta mentira! ¡Abajo los mentirosos que hablan de libertad e igualdad *para todos* mientras existe un sexo oprimido, existen clases de opresores, existe la propiedad privada del Capital y de las acciones, mientras que existen personas colmadas de excedentes de trigo, y que ponen bajo su yugo a los hambrientos! ¡No a la libertad para todos, no a la igualdad para todos, sino lucha contra los opresores y explotadores, aniquilación de la posibilidad de oprimir y explotar! ¡Esa es nuestra consigna!

¡Libertad e igualdad completa para el sexo oprimido!

¡Libertad e igualdad para el obrero, para el campesino trabajador!

¡Lucha contra los opresores, lucha contra los capitalistas, lucha contra el especulador kulak!

¡Ese es nuestro grito de guerra, esa es nuestra verdad proletaria, verdad de la lucha contra el capital, verdad que hemos arrojado a la cara del mundo del Capital con sus frases melosas, hipócritas, pomposas, sobre la libertad y la igualdad *en general*, sobre la libertad y la igualdad *para todos*!

Y es precisamente porque nosotros hemos arrancado la careta de esta hipocresía, porque realizamos con energía revolucionaria la libertad y la igualdad para los oprimidos y para los trabajadores, contra los opresores, contra los capitalistas, contra los kulaks, es precisamente para eso que el poder de los Soviets se ha convertido en algo tanpreciado para los obreros del mundo entero.

Es precisamente por eso que en este segundo aniversario del poder de los Soviets tenemos con nosotros la simpatía de las masas obreras, la simpatía de los oprimidos y explotados en todos los países del mundo.

Y es precisamente por eso que en este segundo aniversario del poder de los Soviets, a pesar del hambre y el frío, a pesar de todas nuestras desgracias que provienen de la invasión, por los imperialistas, de la República soviética rusa, estamos rellenos de una sólida fe en la justicia de nuestra causa, de una sólida fe en la inevitable victoria del poder soviético mundial.

Lenin: « El poder soviético y la situación de la mujer »

Pravda, 6 de noviembre de 1919

\*

\*

\*

## ***LAS CONQUISTAS DE LA REVOLUCIÓN RUSA***

**P O R**

**LENIN**

Tomad la religión o la desigualdad de los derechos de la mujer o la opresión y la desigualdad de los derechos de las nacionalidades no-rusas. Todo eso, son problemas de la Revolución democrático-burguesa. Los benditos de la democracia pequeño-burguesa han charlado sobre esto durante ocho meses; no hay ni un solo país de los más avanzados del mundo en el que estos problemas sean resueltos completamente en un sentido *democrático-burgués*. En nuestro caso, están completamente resueltos por la legislación de la Revolución de Octubre. Nosotros hemos luchado y luchamos contra la religión por lo verdadero. Nosotros hemos dado a *todas* las nacionalidades no-rusas *sus propias* Repúblicas o regiones autónomas. En nuestro



caso, en Rusia, no existe esta bajeza, esta infamia, esta dejadez que es la ausencia de derechos o desigualdad para la mujer, esta indignante supervivencia de la servidumbre y la Edad Media, perpetuada por la burguesía egoísta y la pequeña burguesía estúpida y atemorizada en todos los países del globo, sin ninguna excepción.

Todo eso es el contenido de la revolución democrático-burguesa. Hace siglo y medio y hace doscientos cincuenta años, los jefes de esta revolución (de estas revoluciones, si hablamos de cada variedad nacional de tipo común) prometieron a los pueblos liberar la humanidad de privilegios feudales, de la desigualdad de la mujer, de las ventajas acordadas por el Estado a una u otra religión (o a la « *idea* de religión », la « religiosidad » en general), de la desigualdad de las nacionalidades. Han prometido y no han cumplido sus promesas. No podían cumplirlas puesto que estaban impedidos por el « respeto » otorgado a la « santa propiedad privada ». Nuestra revolución proletaria no ha conocido este maldito « respeto » ante esta tres veces maldita Edad Media y ante esta « santa propiedad privada ».

Pero para asegurar a los pueblos de Rusia las conquistas de la revolución democrático-burguesa, nosotros debemos ir más lejos, y hemos ido más lejos. Hemos resuelto los problemas de la revolución democrático-burguesa de camino, en tránsito, como un « subproducto » de nuestra tarea principal y verdadera, *proletaria*, revolucionaria, socialista. Las reformas, siempre lo hemos dicho, son el subproducto de la lucha de clase revolucionaria. Las transformaciones democrático-burguesas, -dijimos y lo demostramos con nuestros actos-, son el subproducto de la revolución proletaria, es decir, socialista. Sea dicho a este propósito que todos los Kautsky, los Hilferding, los Martov, los Chernov, los Hillquit, los Longuet, los MacDonalds, los Turati, y otros héroes del marxismo « II ½ » no han sabido comprender *semejante* relación entre las revoluciones democrático-burguesas y socialista-proletarias. La primera, creciéndose, se transforma en la segunda. La segunda, en tránsito, resuelve los problemas de la primera. La segunda consolida la obra de la primera. La lucha, y sólo la lucha, decide hasta qué punto conseguirá la segunda deshacerse de la primera y superarla.

Lenin: « Por el cuarto aniversario de la Revolución de Octubre »  
Pravda, 18 de octubre de 1921

\*

\*

\*

## ***LENIN Y LA CUESTIÓN SEXUAL***

**P O R**

***CLARA ZETKIN***

El camarada Lenin me hablaba a menudo de la cuestión femenina. Le otorgaba una gran importancia, el movimiento femenino era para él parte constitutiva y, en ciertas condiciones, parte decisiva del movimiento de masas. No es necesario decir que consideraba la plena igualdad social de la mujer como un principio incontestable del comunismo. Nuestra primera conversación larga sobre éste tema tuvo lugar en otoño de 1920, en su gran despacho de trabajo del Kremlin. Lenin estaba sentado ante su mesa cubierta de libros y papeles que atestaban su género de ocupación y su trabajo, pero sin el “desorden habitual de los genios”.

*-Debemos, sin más dilación, crear un poderoso movimiento femenino internacional, fundado sobre una base teórica clara y precisa, comenzó tras haberme saludado. Está claro que no puede haber una buena práctica sin teoría marxista. Nosotros, comunistas, debemos observar en esta cuestión nuestros principios en toda su pureza. Debemos desmarcarnos claramente del resto de partidos. Desgraciadamente, nuestro II Congreso internacional, y aunque la cuestión femenina haya sido planteada, no ha tomado el tiempo de deliberar ni de tomar posición sobre este punto. La culpa es de la comisión, que da largas a las cosas. Debe elaborar una resolución con las tesis, una línea firme. Pero hasta ahora, esos trabajos no han avanzado mucho. Usted debe ayudarles.*

Yo ya había oído hablar de esto que me decía ahora Lenin y le expresé mi sorpresa. Estaba entusiasmada con todo lo que las mujeres rusas habían realizado durante la revolución, de todo lo que realizaban todavía para defenderla y ayudarla a desarrollarse. En cuanto a la situación y a la actividad de las mujeres en el Partido Bolchevique, me parecía que, en lo que a esto se refería, el Partido se mostraba

verdaderamente a la altura de su tarea. Sólo, el Partido Bolchevique da al movimiento femenino internacional cuadros probados, instruidos, y, al mismo tiempo, sirve de gran ejemplo histórico.

*Es exacto, muy exacto, subrayó Lenin con una ligera sonrisa. En Petrogrado, aquí en Moscú, en los pueblos y los centros industriales alejados, la actitud de las mujeres proletarias durante la revolución fue soberbia. Sin ellas, es muy probable que nosotros no hubiéramos vencido. Esa es mi opinión. ¡Menudo coraje han demostrado y qué coraje despliegan hoy todavía! Imagine todos los sufrimientos y privaciones que soportan... pero resisten, no se ablandan, porque defienden los Soviets, porque quieren la libertad y el comunismo.*

*“Sí, nuestras obreras son magníficas, son verdaderas combatientes de clase. Merecen nuestra admiración y nuestro amor.*

*“Sí, nosotros tenemos en nuestro Partido mujeres comunistas seguras, inteligentes y de una actividad infatigable. Podrían ocupar perfectamente puestos importantes en los soviets, comités ejecutivos, comisariados del pueblo, la administración. Muchas de entre ellas trabajan día y noche en el Partido, o entre las masas proletarias y campesinas, o bien en el Ejército Rojo. Es muy preciado para nosotros. Y eso es importante para las mujeres del mundo entero, puesto que ello es testimonio de las capacidades de las mujeres y del alto valor que tiene su trabajo para la sociedad.*

*“La primera dictadura del proletariado recorre verdaderamente el camino hacia la completa igualdad social de la mujer. Arranca de raíz más prejuicios que lo que harían montones de escritos sobre la igualdad femenina. Y, a pesar de todo eso, todavía no tenemos movimiento femenino internacional; ahora, hay que llegar a construirlo a todo precio. Debemos proceder sin más dilación a organizarlo. Sin este movimiento, el trabajo de nuestra Internacional y de sus secciones será incompleto y así quedará.*

*“Nuestro trabajo revolucionario debe ser llevado hasta el final. Dígame, ¿en qué situación está el trabajo comunista en el extranjero?*

Yo le comuniqué todas las informaciones que había podido recoger, informaciones limitadas, debido al nexo débil e irregular que existía entonces entre los partidos adherentes a la Internacional comunista. Lenin, un poco inclinado hacia adelante, me escuchaba con atención, sin ningún signo de aburrimiento, de impaciencia o cansancio. Se interesaba vivamente también por los detalles de importancia secundaria.

No conocía a nadie que sabría escuchar mejor que él, clasificar tan rápido los hechos y coordinarlos. Eso se demostraba en las preguntas breves, pero siempre muy precisas, que me planteaba de vez en cuando mientras que hablaba, y en su manera de volver más tarde sobre algún detalle de nuestra entrevista. Lenin había tomado algunas breves notas.

Se sobreentiende que yo hablaba sobre todo de la situación de Alemania. Le decía que Rosa estimaba que lo que más importaba de todo era ganarse a las masas femeninas para la lucha revolucionaria. Cuando se formó el Partido comunista, Rosa insistía en que se publicara un periódico que estaría consagrado al movimiento feminista. Cuando Leo Joguiches, examinando conmigo el plan de trabajo del Partido en el curso de nuestra última entrevista, treinta y seis horas antes de que lo mataran, me confió unas tareas para cumplir, comprendiendo un plan de trabajo organizado entre las obreras. Esta cuestión fue tratada desde la primera conferencia ilegal del Partido. Las propagandistas y dirigentes instruidas y experimentadas que se habían destacado antes y durante la guerra se habían quedado casi todas en los Partidos socialdemócratas de las dos ramas, ejerciendo gran influencia sobre la masa agitada de obreros. Sin embargo, entre las mujeres igualmente, se formó un núcleo de camaradas enérgicas y llenas de abnegación que tomaron parte en todo el trabajo y lucha de nuestro Partido. Este último había, por su parte, comenzado una acción metódica en torno a las obreras. Eso no era más que el comienzo, pero un comienzo bien iniciado.

*-No está mal, no está nada mal, dijo Lenin. La energía, el espíritu de abnegación y el entusiasmo de las mujeres comunistas, su coraje y su inteligencia en período de ilegalidad o de semi-ilegalidad abren una bella perspectiva de desarrollo de este trabajo. Atraer a las masas y organizar su acción, esos son elementos preciados para el desarrollo del Partido y de su poder.*

*“Pero ¿en qué momento estáis en cuanto a la comprensión exacta de estas bases? ¿Cómo enseñáis a las camaradas? Resulta que esta cuestión tiene una importancia decisiva para el trabajo a efectuar entre las masas. La cuestión ejerce una gran influencia sobre lo que penetra en el seno de las masas, sobre lo que las atrae a nosotros y las enciende. No puedo acordarme en este momento de quién dijo esto: “No se puede hacer nada grande sin pasión”. Ahora bien, nosotros y los trabajadores del mundo entero, tenemos todavía grandes cosas por cumplir.*

*“Así, ¿qué es lo que anima a vuestras camaradas, las mujeres proletarias de Alemania? ¿En qué estado está su conciencia de clase proletaria? ¿Sus intereses, su actividad apuntan a reivindicaciones políticas del momento actual? ¿Sobre qué están concentradas sus ideas?”*

*“A este propósito, he oído a camaradas rusas y alemanas decir cosas extrañas. Os debo contar eso. Se me ha informado de que una comunista muy cultivada editaba en Hamburgo un periódico para las prostitutas y que ella trataba de organizarlas para la lucha revolucionaria. Rosa, en su cualidad de comunista, había actuado y sentido humanamente escribiendo un artículo en la que tomaba la defensa de una prostituta, encarcelada por infracción a algún reglamento de policía en torno a su triste profesión. Doblemente víctimas de la sociedad burguesa, las prostitutas merecen ser compadecidas.*

*“Ellas son víctimas, ante todo, del maldito sistema de la propiedad, y después de la maldita hipocresía moral. Está claro. Sólo las bestias y los miopes pueden olvidarlo.*

*“¿Es que no hay en Alemania obreras industriales que deban ser organizadas? ¿Para las que se deba editar un periódico? ¿Que se deba arrastrar a la lucha? Eso es una desviación enfermiza. Eso me recuerda mucho a la moda literaria que hacía de toda prostituta la imagen de una dulce madona. Es cierto que ahí también la raíz era sana: la compasión social, la indignación contra la hipocresía de la honorable burguesía. Pero esta raíz sana, habiendo padecido la contaminación burguesa, ha degenerado. En un sentido general, la prostitución, en nuestro país igualmente, planteará ante nosotros difíciles problemas a resolver. Se trata de atraer a la prostituta al trabajo productivo, asignarle una plaza en la economía social, lo que, en el estado actual de nuestra economía y en las condiciones actuales, es una cosa complicada, difícilmente realizable. He ahí por lo tanto una trinchera de la cuestión femenina que, tras la conquista del poder por el proletariado, se plantea ante nosotros en toda su amplitud y exige que sea resuelta. En la Rusia soviética, este problema nos dará todavía mucha madeja que recoger. Pero volvamos a vuestro caso particular en Alemania. El Partido no podría, de ninguna manera, tolerar semejantes actos desordenados por parte de sus miembros. Eso empaña las cosas y disgrega nuestras fuerzas. ¿Y usted? ¿Qué ha comenzado a hacer para impedirlo?”*

Sin esperar mi respuesta, Lenin continuó:

*-La lista de sus pecados, Clara, no se ha terminado todavía. Tengo entendido que en vuestras tardes de lectura y discusión con las obreras, ustedes se ocupan sobre todo de cuestiones de sexo y matrimonio. Este tema estaría en el centro de vuestras preocupaciones, de vuestra enseñanza política y vuestra acción educativa. Yo no podía creerme lo que oía.*

*“El primer Estado de la dictadura del proletariado combate a todos los contrarrevolucionarios del mundo. La situación de Alemania también exige la mayor cohesión de todas las fuerzas revolucionarias proletarias para rechazar los ataques cada vez más vigorosos de la contrarrevolución. Ahora bien, durante este tiempo, las comunistas activas trataban la cuestión de los sexos, de las formas de matrimonio en el pasado, el presente y el futuro. Estiman que su primer deber es instruir a las obreras en este orden de ideas. Se pretende que el folleto de unas comunistas de Viena sobre la cuestión sexual goce de amplia difusión. ¡Qué tontería es este folleto! Las pocas nociones exactas que encierra las conocen ya las obreras desde Bebel, y eso no en forma de esquema árido y fastidioso, como en este folleto, sino bajo la forma de una propaganda que arrastra, de una propaganda llena de ataques contra la sociedad burguesa. Las hipótesis de Freud mencionadas en el folleto en cuestión confieren a este libro un carácter, a esto que se pretende “científico”, pero en el fondo no es más que un garabato primitivo. La teoría de Freud también no es hoy día más que un capricho a la moda. No tengo ninguna confianza en este tipo de teorías sexuales expuestas en los artículos, informes, folletos, etc..., resumiendo, en esta literatura específica que florece con exhuberancia bajo el mantillo de la sociedad burguesa. Yo desconfío de estos que están constante y obstinadamente absorbidos por las cuestiones del sexo, como el faquir hindú lo está con la contemplación de su propio ombligo.*

*“Me parece que esta abundancia de teorías sexuales, que no son en su mayoría nada más que hipótesis arbitrarias, provienen de necesidades absolutamente personales, es decir, de la necesidad de justificar a los ojos de la moral burguesa su propia vida anormal o sus excesivos instintos sexuales y volverlos tolerables.*

*“Este respeto enmascarado para con la moral burguesa me repugna tanto como esta pasión por las cuestiones sexuales. Le gusta revestirse de formas subversivas y revolucionarias mientras que esta ocupación es, a fin de cuentas, puramente burguesa. Entregándose preferentemente a los intelectuales y*

*otras capas de la sociedad que están próximas a ellos. No hay sitio para este género de ocupación en el Partido, entre el proletariado en lucha y consciente de su espíritu de clase.*

Yo subrayé que las cuestiones sexuales y matrimoniales en régimen de propiedad privada suscitaban múltiples problemas que eran causa de conflictos y sufrimientos para las mujeres de todas las clases y capas sociales. La guerra y sus consecuencias, decía yo, han agravado extremadamente para la mujer los conflictos y sufrimientos que existían antes en las relaciones entre los sexos. Los problemas escondidos hasta aquí se han mostrado a los ojos de las mujeres, y eso está ocurriendo en el ambiente de una revolución que acaba de empezar. El mundo de los viejos sentimientos, de las viejas ideas se rompe por todas partes. Los lazos sociales de otrora se debilitan y revientan. Vemos aparecer los gérmenes de nuevas premisas ideológicas, que todavía no han tomado forma, para las relaciones entre los hombres. El interés que suscitan estas cuestiones se explica por la necesidad de una nueva orientación. Y ahí aparece igualmente la reacción que se produce contra las deformaciones y la mentira de la sociedad burguesa. El cambio de formas matrimoniales y familiares a lo largo de la historia, en su dependencia de lo económico, constituye un buen medio para desenraizar del espíritu de los obreros la creencia de la inmortalidad de la sociedad burguesa. La crítica histórica de esta sociedad debe desembocar en el desmembramiento del orden burgués, dejar al descubierto su esencia y sus consecuencias, y, entre otras cosas más, en la estigmatización de la falsa moral sexual. Todos los caminos conducen a Roma. Todo análisis marxista concerniente a una parte importante de la superestructura ideológica de la sociedad o un fenómeno notable debe conducir al análisis del orden burgués y de su base, la propiedad privada; y cada uno de estos análisis debe conducir a esta conclusión: “Hay que destruir Cartago”.

Lenin sonreía asentando con la cabeza.

*-Muy bien. Usted tiene el aire de un abogado que defiende a sus camaradas y su partido. Ciertamente, lo que usted acaba de decir es justo. Pero eso sólo puede servir para excusar el error cometido en Alemania, no para justificarlo. Un error cometido sigue siendo un error. ¿Puede usted garantizarme seriamente que las cuestiones sexuales y matrimoniales no se discuten en sus reuniones más que desde el punto de vista de un materialismo histórico vital, bien entendido? Eso supone tener enormes conocimientos, profundos, el conocimiento marxista, claro y profundo, de una enorme cantidad de materiales. ¿Disponen ustedes, en este momento, de las fuerzas necesarias? Si es que sí, no habría sido posible que un folleto como este que acabamos de hablar, haya sido empleado como material de formación en sus tardes de lectura y discusión. Este folleto, se recomienda y se difunde en lugar de criticarlo. ¿A qué conduce, a fin de cuentas, este examen insuficiente y no marxista de la cuestión? A que las cuestiones sexuales y matrimoniales no sean comprendidas como parte de la principal cuestión social y que, por el contrario, la gran cuestión social misma aparezca como parte, como un apéndice del problema sexual. Lo más importante es relegado a un último plano, como algo secundario. Eso no sólo perjudica a la clarificación de la cuestión, sino que oscurece el pensamiento en general, la conciencia de clase de las obreras.*

*“Otra observación que no carece de utilidad. El sabio Salomón decía ya que “cada cosa a su momento”. Dígame, se lo ruego, ¿es éste el momento de ocupar a las obreras durante meses enteros para hablarles de la forma en la cual se ama y se es amado, o cómo se engatusa y se deja engatusar en los distintos pueblos, evidentemente, en el pasado, en el presente y en el futuro? ¡Y es a eso a lo que se llama orgullosamente materialismo histórico! Ahora, todos los pensamientos de las obreras deben estar dirigidos hacia la revolución proletaria. Ella es la que creará una base para las nuevas condiciones del matrimonio y las nuevas relaciones entre los sexos. De momento, verdaderamente, deben pasar a primer plano otros problemas que estos que conciernen a las formas del matrimonio de los negros de Australia o los matrimonios contraídos entre los miembros de la familia en la Antigüedad.*

*“La historia hace figurar en el orden del día del proletariado alemán la cuestión de los Soviets, del tratado de Versalles y de su influencia sobre la vida de las masas femeninas, la cuestión del paro, de la bajada de salarios, de los impuestos y de muchas otras cosas. Resumiendo, que sigo siendo de la opinión de que este método de instrucción política y social de las obreras no es el que debería, por nada del mundo. ¿Cómo habéis podido callar? Usted debería haber hecho uso de su autoridad.*

Explicué a mi ardiente amigo que nunca había perdido la ocasión de criticar, de replicar a los camaradas dirigentes, de hacer oír mi voz en sitios diferentes, pero que él debía de saber que nadie es profeta en su tierra ni entre sus próximos. Por mi crítica, yo había conseguido convertirme en sospechosa de



permanecer fiel a las supervivencias de la socialdemocracia y del espíritu burgués de viejo cuño. Sin embargo, mi crítica había terminado por sembrar sus frutos. Las cuestiones del sexo y del matrimonio no se consideraban más como las principales en nuestros círculos y nuestras tardes de discusión.

Lenin continuó desarrollando su pensamiento.

*-Lo sé, lo sé, decía, a mí también me suponen filisteo. Pero eso no me inquieta. Los listillos, apenas recién salidos del huevo de las concepciones burguesas se creen siempre terriblemente inteligentes. Y qué se le va a hacer. El movimiento juvenil también está contaminado por la tendencia moderna y el entusiasmo desmedido por los problemas sexuales.*

Lenin pronuncia con ironía la palabra “moderna”, con aire de desaprobación.

*-Se me ha comunicado que los problemas sexuales son también el objeto favorito del estudio de vuestras organizaciones de jóvenes. Nunca faltan informadores sobre este tema. Eso es particularmente escandaloso, particularmente peligroso para el movimiento de jóvenes. Estos temas pueden fácilmente contribuir a excitar, a estimular la vida sexual de ciertos individuos, a destruir la salud y las fuerzas de la juventud. Debéis luchar también contra éste fenómeno. Resulta que el movimiento de jóvenes y el de las mujeres tienen numerosos puntos en común. Nuestras camaradas comunistas mujeres deben hacer allá por donde vayan, en unión con los jóvenes, un trabajo sistemático. Eso tendrá como efecto elevarlos, transportarlos del mundo de la maternidad individual al de la maternidad social. Es importante contribuir a todo despertar de la vida social y de la actividad en el caso de la mujer, para permitirle elevarse por encima de la mentalidad estricta, pequeño-burguesa, individualista de su vida doméstica y familiar.*

*“En nuestro caso también, una gran parte de la juventud trabaja asiduamente revisando la concepción burguesa de la “moral” en los problemas sexuales. Y es, debo decirlo, la élite de nuestra juventud, la que realmente promete mucho. Como usted acaba de señalar, en el ambiente consecutivo a la guerra y al comienzo de la revolución los viejos valores ideológicos se derrumban, perdiendo la fuerza que los mantenía. Los nuevos valores solo se cristalizan lentamente, por medio de la lucha.*

*“Las concepciones sobre las relaciones entre hombres y mujeres se trastornan, como también ocurre con los sentimientos y las ideas. Se delimita de nuevo los derechos del individuo y los de la colectividad, y, a partir de ahí, los deberes del individuo. Eso es un proceso lento y normalmente doloroso de decadencia y nacimiento. Lo mismo ocurre en los dominios de las relaciones sexuales, en el matrimonio y la familia. La decadencia, la putrefacción, el lodo del matrimonio burgués con sus dificultades de ruptura, con la libertad para el marido y la esclavitud para la mujer, la mentira infame de la moral sexual y de las relaciones sexuales rellenan a los mejores hombres de un sentimiento de repugnancia profundo.*

*“El yugo que las leyes del estado burgués hacen pesar sobre el matrimonio y la familia agrava aún más el dolor y vuelve más agudos los conflictos. Es el yugo de la inviolabilidad, de la propiedad privada, que sanciona la venalidad, la bajeza, la perrería, a lo que vienen a unirse la mentira de los convencionalismos de la sociedad burguesa, el “como se debe”. La gente se rebela contra estas deformaciones de la naturaleza. Y en la época en la que se derrumban los Estados poderosos, en la que desaparecen las viejas formas de dominación, en las que perece todo un mundo social, los sentimientos del individuo aislado se modifican rápidamente.*

*“La sed ardiente de placeres variados adquiere fácilmente una fuerza irresistible. Las formas del matrimonio y las relaciones entre los sexos, en el sentido burgués, no satisfacen más. Una revolución se aproxima en este campo, la cual concuerda con la revolución proletaria. Se concibe que toda esta madeja, extraordinariamente embrollada de cuestiones, preocupe profundamente tanto a las mujeres como a los jóvenes. Los unos y los otros sufren particularmente esta confusión en torno a las relaciones sexuales. La juventud protesta contra este estado de cosas con la fogosidad propia de su edad. Eso es comprensible. No habría nada más falso que predicar a la juventud el ascetismo monástico y la santidad de la suciedad burguesa. No es bueno, a mi entender, que los problemas sexuales, en estos años se conviertan en la preocupación principal de los jóvenes. Las consecuencias son a veces fatales.*

*“En su nueva actitud concerniente a las cuestiones de la vida sexual, la juventud no está prestando atención a la teoría. Muchos califican su posición de “revolucionaria” o de “comunista”. Creen sinceramente que es así. Yo soy demasiado viejo para que me lo impongan. A pesar de que yo no soy nada más que un apagado asceta, esta nueva vida sexual de la juventud, y a veces también la de los adultos, me parece con frecuencia completamente burguesa, como uno de los múltiples aspectos de un mismo burdel burgués. Todo eso no tiene nada que ver con la “libertad del amor” tal y como nosotros, comunistas, la*

concebimos. Usted conoce sin duda la famosa teoría según la cual, en la sociedad comunista, satisfacer sus instintos sexuales y su necesidad de amor es tan simple y tan insignificante como tragarse un vaso de agua. Esta teoría del “vaso de agua” ha hecho que nuestra juventud esté rabiosa, literalmente rabiosa.

“Para muchos chicos y chicas jóvenes, esta teoría se ha vuelto fatal. Sus partidarios afirman que es una teoría marxista. Gracias por este marxismo por medio del que todos los fenómenos y todas las modificaciones que intervienen en la superestructura ideológica de la sociedad se deducen inmediatamente, en línea recta y sin reserva alguna, únicamente desde la base económica. La cosa no es tan simple como parece. Un tal Friedrich Engels, hace ya tiempo que estableció esta verdad del materialismo histórico.

“Considero la famosa teoría del “vaso de agua” como no marxista y antisocial para más colmo. En la vida sexual se manifiesta no sólo lo que nosotros tenemos por naturaleza, sino también aquello que nos aporta la cultura, se trate de cosas superiores o inferiores.

“Engels, en su Origen de la familia, demuestra lo importante que es que el amor se desarrolle y se afine. Las relaciones entre los sexos no son simplemente la expresión del juego de la economía social y de la necesidad física, disociada en pensamiento por medio de un análisis psicológico.

“La tendencia de llevar directamente a la base económica de la sociedad la modificación de estas relaciones fuera de su relación con toda ideología no sería del marxismo, sino del racionalismo. Ciertamente es, la sed debe ser saciada. Pero un hombre normal, en condiciones normales igualmente, ¿se pondría boca abajo en la calle para beber en un charco de agua sucia? ¿O de un vaso cuyos bordes hayan sido manchados por decenas de labios distintos? Lo más importante es el aspecto social. En efecto, beber agua es un asunto personal. Pero en el amor, hay dos interesados y luego llega un tercero, un nuevo ser. Es aquí donde se esconde el interés social, que nace del deber hacia la colectividad. Siendo comunista, yo no siento ninguna simpatía por la teoría del “vaso de agua” por mucho que lleve la etiqueta del “amor liberado”. Por lo demás, no es nueva, esta teoría comunista. Usted se acordará, supongo, que había sido “predicada” en literatura hacia la mitad del siglo pasado como la “emancipación del corazón”. Para la práctica burguesa, se convirtió en la emancipación de la carne. Entonces se predicaba con más talento que hoy. En cuanto a la práctica, no puedo juzgar.

“Yo no pretendo con mi crítica predicar el ascetismo. Estoy muy lejos de ello. El comunismo debe traer no el ascetismo sino la felicidad de vivir y el bienestar, debidos a su vez a la plenitud del amor. En mi opinión, el exceso que se observa hoy día en la vida sexual no trae ni la felicidad de vivir ni el reconfort; muy al contrario, los disminuye. Ahora bien, durante la revolución, eso no sirve para nada”.

“Lo que le falta precisamente a la juventud es la alegría de vivir y el bienestar.

“Deporte, gimnasia, natación, excursiones, todo tipo de ejercicios físicos, intereses morales varios, estudios, análisis, investigaciones, el todo aplicado simultáneamente, todo eso da a la juventud mucho más que las relaciones y las discusiones sin fin sobre las cuestiones sexuales y sobre la manera de “disfrutar de la vida” según la expresión corriente.

“Alma sana en cuerpo sano”. Ni monje ni Don Juan, ni tampoco filistino alemán como término medio. Usted conoce bien a su joven camarada Huz. Es un joven perfecto, muy dotado, pero me temo que de él no saldrá nada bueno. Se excita y se echa de una aventura amorosa a otra. Eso no vale para nada en la lucha política, ni para la revolución. No pondría la mano en el fuego en cuanto a la seguridad y la firmeza en la lucha por las mujeres cuya novela personal se entrelaza con la política ni por los hombres que corren tras cada falda y se dejan engatusar por la primera mujer joven que viene. No, ¡eso no va con la revolución!

Lenin se levantó bruscamente, golpeó la mesa con la mano y dió algunos pasos en su habitación.

-La revolución exige concentración, la tensión de las fuerzas. Por parte de las masas y de los individuos aislados. No tolera estados orgiásticos del tipo de estos que son propios a las heroínas y héroes decadentes de d'Annunzio. Los excesos en la vida sexual son un signo de degeneración burguesa. El proletariado es una clase en ascenso. No necesita que se la embriague, ser amortiguada, excitada. No pide ser embriagada ni con excesos sexuales ni con alcohol. Ni se atreve ni quiere olvidar la bajeza, el lodo y la barbarie del capitalismo. Saca sus impulsos más fuertes para la lucha en la situación de su clase, en el ideal comunista. Lo que necesita es la claridad y una vez más la claridad. También, lo repito, no más debilidad, no más fuerzas malgastadas o destruidas. Saber dominarse y disciplinar sus actos no es esclavismo. Y eso es también necesario en el amor.



*“Pero, perdóneme, Clara, me he desviado mucho del punto de partida de nuestra conversación. ¿Por qué no me ha llamado al orden? La angustia me ha hecho decir más de lo que yo quería. El futuro de nuestra juventud me inquieta mucho. La juventud es una parte de nuestra revolución. Sin embargo, si las influencias malhechoras de la sociedad burguesa comienzan a ganar también al mundo de la revolución como las raíces largamente ramificadas de ciertas malas hierbas, es mejor reaccionar a tiempo. Y más en tanto que estas cuestiones forman parte también del problema femenino.*

Lenin hablaba con mucha viveza y convicción. Sentía que cada una de sus palabras le provenía del fondo del corazón; la expresión de su cara lo atestiguaba. Un movimiento enérgico hecho con la mano subrayaba a veces su pensamiento. Lo que me chocaba era ver a Lenin, al lado de cuestiones políticas de la mayor importancia, prestando tan grande atención a los fenómenos aislados y analizarlos con un cuidado tal, y no sólo para las cosas concernientes a la Rusia soviética, sino también a los países capitalistas. Como perfecto marxista, Lenin concebía un fenómeno aislado, bajo la forma y el lugar en que se manifestase, en relación a lo grande, al todo, apreciando el valor del primero para este último; su voluntad, su objetivo vital, inquebrantable como una fuerza invencible de la naturaleza, sólo perseguía una cosa: acelerar la revolución, en la que él veía la causa de las masas. Lenin apreciaba todo fenómeno desde el punto de vista de la influencia que pueda ejercer sobre las fuerzas de combate, nacionales e internacionales, de la revolución, puesto que él veía siempre ante él, teniendo en cuenta plenamente las particularidades históricas en los diferentes países y las diversas etapas de su desarrollo, una única e indivisible revolución proletaria mundial.

-Cómo lamento, camarada Lenin, exclamaba yo, que cientos, miles de personas no hayan oído sus palabras. A mí, bien lo sabe usted, no tiene necesidad de convencerme. Pero sería extremadamente importante que su opinión fuera conocida tanto por nuestros amigos como por nuestros enemigos.

Lenin sonreía con bonachonería.

*-Puede que algún día pronuncie un discurso o escriba sobre este tema. No ahora, más tarde; hoy, debemos concentrar todo nuestro tiempo y todas nuestras fuerzas sobre otro punto. Por el momento tenemos otras preocupaciones más graves y más pesadas. La lucha por el mantenimiento y la consolidación del poder soviético está todavía bien lejos de estar terminada. Debemos hacer todo lo posible para sacar consecuencias de la guerra con Polonia. Wrangel está todavía en el Sur. Tengo la firme convicción, es cierto, que lo lograremos, lo que dará qué pensar a los imperialistas ingleses y franceses y a sus pequeños vasallos. Pero lo más difícil es la reconstrucción.*

*“A través de este proceso adquirirán importancia también el problema de las relaciones entre los sexos, las cuestiones del matrimonio y de la familia. De mientras, usted debe luchar siempre y por dondequiera que vaya. Usted no debe permitir que estas cuestiones sean tratadas en otro sentido que no sea el marxista, que creen un terreno favorable a las desviaciones y deformaciones perniciosas. En fin, regreso a vuestro trabajo.*

Lenin miró la hora.

*-Ya ha transcurrido, dijo, la mitad del tiempo del que disponía. He hablado demasiado. Tenemos que escribir tesis en las que se inspiren las mujeres para su trabajo comunista. Conozco sus principios y su experiencia práctica. Nuestra conversación sobre este punto será breve también. ¡A trabajar!...*

Clara Zetkin: “Notas de mi cuaderno”, Lenin y tal como era.

\*

\*

\*

## ***LAS MUJERES EN LOS KOLJÓS***

**POR**

**STALIN**

Unas palabras ahora *en torno a las mujeres, en torno a las koljosianas*. La cuestión de las mujeres en los koljós es una cuestión importante, camaradas. Yo sé que muchos de vosotros subestimáis el papel de las mujeres y también que os burláis un poco de ellas. Pero estáis equivocados, camaradas, estáis equivocados. No sólo por que las mujeres representen a la mitad de la población. Es sobre todo porque el movimiento

koljosiano ha llevado a puestos de dirección a un buen número de mujeres remarcables, mujeres preparadas. Considerad este congreso, su composición, y veréis que las mujeres, del atraso en el que estaban, hace ya tiempo que se han unido a la vanguardia. Las mujeres en los koljós, constituyen una fuerza importante. Disimular esta fuerza es cometer un crimen. Nuestro deber es el de promover a las mujeres en los koljós, y hacer actuar a esta fuerza.

Es cierto que el poder de los Soviets ha tenido, en un pasado reciente, un pequeño malentendido con las koljosianas. Era en torno a sus vacas. Pero ahora, la cuestión de las vacas está arreglada y el malentendido se ha disipado. Hemos llegado a que la mayor parte de koljosianos posean ya una vaca por casa. Pasarán todavía un año, dos años, y no encontrareis ni un solo koljosiano más que no tenga su vaca. Estad seguros de que nosotros, bolcheviques, podremos hacer que cada koljosiano tenga su vaca.

En lo que respecta a los koljosianos, no deben olvidar el papel y la importancia de los koljós para la mujer. No deben olvidar que sólo en los koljós pueden ponerse ellas en pie de igualdad con el hombre. Fuera de los koljós, está la desigualdad; en los koljós, está la igualdad de derechos. Que las camaradas koljosianas se acuerden y protejan el régimen de los koljós como a la niña de sus ojos.

Stalin: Discurso pronunciado al I Congreso de koljosianos-udarniks de la U.R.S.S.

19 de febrero de 1933

\* \* \*

**INDIVIDUALISTA AYER,  
KOLJOSIANA HOY**

P O R

**STALIN**

Cierto es, hay que comprender a las koljosianas y ponerse en su lugar. Todos estos años, han tenido que aguantar las ofensas y burlas por parte de los campesinos individuales. Pero las ofensas y burlas no deben tener aquí una importancia decisiva. Es un mal dirigente, el que no sabe olvidar las ofensas y hace pasar estos sentimientos antes que los intereses de la obra koljosiana. Si queréis ser dirigentes, debéis saber olvidar las ofensas que os hacen ciertos campesinos individuales. Hace dos años, recibí de la región del Volga una carta de una campesina viuda. Se quejaba de haber visto rechazada su admisión en el koljós, y requería mi ayuda. Yo pedí explicaciones al koljós. Se me respondió que no la podían aceptar porque había ultrajado una reunión de koljosianos. ¿De qué se trataba? Durante una reunión de campesinos, en la que los koljosianos llamaban a los campesinos individuales a entrar en el koljós, esta viuda, respondiendo al llamamiento, había, al parecer, levantado su falda diciendo: « ¡Tened, aquí tengo vuestro koljós! ». Es evidente que ella actuó mal, que ultrajó la reunión. Pero ¿se le puede rechazar el acceso al koljós si un año después ella se arrepiente sinceramente y reconoce su error? Yo creo que no. Es lo que escribí al koljós. Se aceptó a la viuda. ¿Y bien? Ella trabaja hoy en el koljós, y no en las últimas filas, sino en las primeras.

Stalin: Discurso pronunciado al I Congreso de koljosianos-udarniks de la U.R.S.S.

19 de febrero de 1933

\* \* \*

**LA IMPORTANCIA DE  
LA ACTIVIDAD DE LAS MUJERES EN  
LA EDIFICACIÓN DEL SOCIALISMO**

P O R

**STALIN**

Es remarcable como hecho reconfortante y signo de progreso en la aldea, la creciente actividad de las mujeres, miembros del koljós, en el trabajo de organización social. Sabemos, por ejemplo, que las mujeres que aseguran la presidencia de los koljós son actualmente cerca de 6.000; contamos entre los miembros de dirección de los koljós más de 60.000 mujeres; 28.000 jefas de equipo; 100.000 organizadoras de grupos de trabajo; 9.000 mujeres se encargan de dirigir la cría de ganado; 7.000 conductoras de tractores... No hace falta decir que estas informaciones son incompletas. Pero lo poco que encierran estos datos da fe con bastante evidencia del gran desarrollo cultural en la aldea. Este hecho, camaradas, tiene una enorme

importancia. Y eso, porque las mujeres constituyen la mitad de la población de nuestro país; porque constituyen un inmenso ejército del trabajo; porque están llamadas a educar a nuestros hijos; nuestra generación creciente; es decir, nuestro futuro. ¡Por eso no podemos admitir que este inmenso ejército de trabajadoras vegete en las tinieblas de la ignorancia! Por eso debemos saludar la actividad social creciente de las mujeres trabajadoras y su ascenso a los puestos de dirección como un verdadero signo del progreso de nuestra cultura.

Stalin: Informe sobre la actividad del Comité Central presentado al XVII Congreso del  
Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.

26 de enero de 1934

\*

\*

\*

## ***HEROÍNAS DEL TRABAJO SOCIALISTA***

**P O R**

**STALIN**

Camaradas, lo que hemos visto hoy aquí, es un fragmento de la nueva vida, de la vida que llamamos nosotros vida koljosiana, vida socialista. Hemos oído palabras simples de personas simples, de trabajadores: nos han dicho cómo han luchado, cómo han superado las dificultades para obtener éxitos en el terreno de la emulación. Hemos oído a mujeres que no son mujeres normales sino, diría yo, heroínas del trabajo puesto que sólo las heroínas del trabajo podrían obtener el éxito que han obtenido ellas. Nunca ha habido antes mujeres semejantes. Yo ya tengo cincuenta y seis años, ya he visto bastantes cosas, he visto muchos hombres y mujeres que trabajan. Pero nunca he encontrado unas mujeres así. Son seres totalmente nuevos. Sólo el trabajo libre, sólo el trabajo koljosiano podía crear estas heroínas del trabajo en el campo.

No existían mujeres semejantes, no podían existir en los viejos tiempos.

Verdaderamente, ¡cuando se piensa en lo que eran las mujeres antaño! Siendo todavía una niña, ya era la última entre los trabajadores. Trabajaba para el padre, trabajaba sin tregua ni respiro. Sin embargo, el padre la insultaba y le reprochaba: tengo que alimentarte. Cuando se casaba, ella trabajaba para su esposo y trabajaba tanto como le exigía el hombre. Pero su esposo la insultaba y le reprochaba: tengo que alimentarte. En la aldea, la mujer era la última entre los trabajadores. Es concebible que con una existencia así no podía haber heroínas del trabajo entre las campesinas. El trabajo estaba considerado en aquel momento como una maldición para la mujer y ella lo evitaba siempre que podía.

Sólo la vida koljosiana podía hacer del trabajo una cuestión de honor, sólo ella podía crear verdaderas heroínas en la aldea. Sólo la vida koljosiana podía abolir la desigualdad y asegurar a la mujer el lugar que le correspondía. Vosotros mismos lo sabéis muy bien. El koljós ha introducido la jornada de trabajo. ¿Qué es la jornada de trabajo? Ante la jornada de trabajo, hombres y mujeres son iguales. El que más días ha trabajado más gana. Aquí, ni el padre ni el marido pueden reprochar a la mujer que es alimentada por él. Hoy, cuando trabaja y abastece las unidades de trabajo, la mujer es su propio amo. Recuerdo una conversación que tuve con muchas camaradas en el II Congreso de koljosianas. Una de ellas, que era de las regiones del Norte, me dijo:

«Hasta hace dos años, no se me presentó ni un sólo pretendiente. ¡Una mujer sin dote! Hoy, tengo 500 unidades de trabajo, y ¿qué pasa? Que no puedo deshacerme de los pretendientes. Todos quieren casarse conmigo. Yo observo detenidamente y elegiré solo a uno».

Por medio de la unidad de trabajo, el koljós ha liberado a la mujer y la ha vuelto independiente. Ya no trabaja para su padre, cuando es una jovencita, ni para su marido cuando se casa, ella trabaja ante todo para sí misma. Y eso es la liberación de la campesina, eso es el régimen del koljós, que hace de la trabajadora la igual del trabajador. Solo sobre esta base y en estas condiciones podían aparecer estas magníficas mujeres. Por eso no considero el encuentro de hoy simplemente como un encuentro ordinario entre personas avanzadas, y miembros del gobierno, sino como un día solemne en el que han quedado a plena luz los éxitos y capacidades del trabajo femenino liberado. Pienso que el gobierno debe honrar a las heroínas del trabajo, que han venido aquí para exponer sus éxitos al gobierno.

Stalin: Discurso a las koljosianas de choque de los campos de remolachas  
durante su recepción por dirigentes del Partido y del gobierno

10 de noviembre de 1935

\* \* \*

***LAS MUJERES EN  
EL MOVIMIENTO STAJANOVISTA***

P O R  
***STALIN***

Para que la técnica moderna pueda dar resultados, todavía tiene que haber hombres, cuadros obreros y obreras capaces de situarse a cabeza de la técnica y empujarla hacia adelante. La eclosión y crecimiento del movimiento stajanovista significa que estos cuadros ya han nacido aquí entre los obreros y las obreras. Hace unos dos años, el Partido decía que construyendo nuevas fábricas y talleres y dando a las nuestras empresas un utillaje moderno, sólo habíamos hecho la mitad de la tarea. El Partido proclamó entonces que el entusiasmo que pusimos en construir nuevas fábricas debía ser completado con el entusiasmo en asimilar el funcionamiento, que sólo así podríamos llevar las cosas a buen fin. Es evidente que, durante estos dos años, han proseguido la asimilación de esta nueva técnica y la formación de nuevos cuadros. Ahora está claro que estos cuadros ya existen entre nosotros. Se entiende que sin estos cuadros, sin estos hombres nuevos, no tendríamos movimiento stajanovista. De esta forma, las nuevas personas entre los obreros y obreras que se han convertido en amos de la técnica moderna, han sido esta fuerza que ha cristalizado y empuja hacia adelante al movimiento stajanovista.

...Unos dicen que no tenemos necesidad de normas técnicas. Eso es falso, camaradas. Es más, es absurdo. Sin las normas técnicas, la economía planificada es imposible. Las normas técnicas son necesarias además para llevar a las masas atrasadas al nivel de las masas avanzadas. Las normas técnicas son una gran fuerza reguladora que organiza en la producción a las grandes masas de obreros en torno a los elementos avanzados de la clase obrera. En consecuencia, las normas técnicas nos son necesarias, no las que existen hoy, sino las normas más elevadas.

Otros dicen que las normas técnicas nos son necesarias, pero que habría que elevarlas desde ahora al nivel de los resultados obtenidos por los Stajanov, los Boussyguine, los Vinogradova, y otros. Eso también es falso. Estas normas no serían reales para el período actual, porque los obreros y las obreras, menos puestos en la técnica que los Stajanov y los Boussyguine, no estarían en condiciones de ejecutar estas normas. Lo que necesitamos son normas técnicas que tiendan a ser un intermedio entre las actuales y las establecidas por los Stajanov y los Boussyguine. Tomemos, por ejemplo, a María Demtchenko, conocida por haber recolectado 500 quintales de remolacha y más por hectárea. ¿Podemos hacer de esta realización una norma de rendimiento para todos los cultivos de remolacha, por ejemplo, de Ucrania? No, seguramente. Todavía es demasiado pronto para hablar. María Demtchenko ha obtenido 500 quintales y más por hectárea, mientras que la recolección media de remolachas en Ucrania, por ejemplo, se eleva este año a 130-132 quintales por hectárea. La diferencia, ya lo veis, no es poca. ¿Podemos dar una norma de rendimiento para la remolacha de 400 o 300 quintales? Todos los entendidos de la materia sostienen que de momento no se puede hacer. Aparentemente, habrá que establecer, para el año 1936, una norma de rendimiento por hectárea, para Ucrania, de 200 a 250 quintales. Y esta norma no es pequeña, puesto que si es realizada, nos podrá dar dos veces más azúcar que en 1935. Otro tanto cabe decir en lo que a la industria concierne. Stajanov ha sobrepasado la norma técnica existente en diez veces, o también más. Hacer de esta realización una nueva norma técnica para todos los que trabajan con el martillo picador no sería razonable. Al parecer, habría que establecer una norma media entre la norma técnica existente y la norma realizada por el camarada Stajanov.

En todo caso, una cosa está clara: las normas técnicas actuales no se corresponden a la realidad; se retardan, se han convertido en un freno para nuestra industria. Ahora bien, para no frenar nuestra industria, hay que reemplazarlas por nuevas técnicas modernas, más elevadas. Hombres nuevos, tiempos nuevos, nuevas normas técnicas.

Stalin: *Discurso pronunciado en la primera conferencia  
de stajanovistas de la U.R.S.S.*  
17 de noviembre de 1935

\* \* \*

***LA MUJER Y  
LA CONSTITUCIÓN DE LA U.R.S.S.***

**P O R**

***STALIN***

**- I -**

La quinta particularidad del proyecto de la nueva Constitución es un democratismo consecuente y sin defecto. Desde el punto de vista del democratismo, las constituciones burguesas se pueden dividir en dos grupos: un grupo de constituciones niega abiertamente o, en los hechos, reduce a nada la igualdad en derechos de los ciudadanos y las libertades democráticas. El otro grupo de constituciones fácilmente y también expone los principios democráticos pero al mismo tiempo hace semejantes reservas y restricciones que los derechos y libertades democráticas se encuentran completamente mutiladas. Estas constituciones hablan de derechos electorales iguales para todos los ciudadanos pero inmediatamente los restringen con las condiciones de residencia e instrucción, o de fortuna. Hablan de derechos iguales para los ciudadanos, pero inmediatamente hacen la reserva de que eso no concierne a las mujeres, o que no les concierne más que parcialmente. Etc., etc....

El proyecto de la nueva Constitución de la U.R.S.S. tiene esto de particular: que está exento de reservas y restricciones semejantes. Para ella, no existen ciudadanos activos o pasivos; para ella, todos los ciudadanos son activos. No admite ninguna diferencia de derechos entre hombres y mujeres, entre “domiciliados” y “no domiciliados”, entre poseedores y no poseedores, entre personas instruidas y no instruidas. Para ella, todos los ciudadanos tienen derechos iguales. No es la situación de fortuna ni de origen nacional, o el sexo ni la función o el grado, sino las cualidades personales y el trabajo personal de cada ciudadano los que determinan su situación en la sociedad.

*Stalin: Sobre el proyecto de Constitución de la U.R.S.S.*

*Informe presentado al VIII Congreso extraordinario de los Soviets de la U.R.S.S.*

*25 de noviembre de 1936.*

**- I I -**

ART 122- Los mismos derechos que se otorgan al hombre se dan la mujer, en la U.R.S.S. en todos los dominios de la vida económica, pública, cultural, social y política.

La posibilidad de realizar todos estos derechos de las mujeres está asegurada por la concesión a la mujer de los mismos derechos que el hombre en cuanto al trabajo, al salario, al reposo, a los seguros sociales y la instrucción, por la protección del Estado de los intereses de la madre y de niño, por la concesión a la mujer de bajas por embarazo con mantenimiento de salario, por una gran red de maternidades, guarderías y jardines de infancia.

*Constitución de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas*

*Adoptada el 5 de diciembre de 1936.*

\*

\*

\*

***LAS MUJERES SOVIÉTICAS EN LA GUERRA  
DE LIBERACIÓN CONTRA EL INVASOR HITLERIANO***

**P O R**

***STALIN***

**- I -**

Para conseguir estos objetivos, hay que destruir la potencia militar de los invasores alemanes, hay que exterminar hasta el último de todos lo invasores alemanes que han entrado en nuestra Patria para esclavizarla.

Para eso es necesario que nuestro ejército y nuestra flota tengan el apoyo activo y eficaz de todo nuestro país; es necesario que nuestros obreros y empleados, hombres y mujeres, trabajen en las empresas sin respiro y abastezcan el frente con cada vez más carros, fusiles, piezas anticarro, aviones, cañones, morteros, ametralladoras, fusiles, munición; es necesario que nuestros koljosianos, hombres y mujeres, trabajen en sus campos sin respiro y abastezcan el frente y al país con cada vez más trigo, carne, materias primas para la industria; es necesario que todo nuestro país y todos los pueblos de la U.R.S.S. formen un único campo atrincherado, ganando terreno junto a nuestro ejército y nuestra flota la gran guerra liberadora por el honor y la libertad de nuestra Patria, por la destrucción de los ejércitos alemanes.

Esa es nuestra tarea de hoy.

Podemos y debemos cumplir esta tarea.

Stalin: Informe presentado para el XXIV aniversario de  
la gran Revolución socialista de Octubre en la sesión del  
Soviet de diputados de trabajadores de Moscú,  
ampliado a las organizaciones sociales y del Partido.  
6 de noviembre de 1941.

## **- II -**

Las mujeres soviéticas han rendido servicios inapreciables a la defensa nacional. Trabajan con abnegación para el frente; soportan valientemente todas las dificultades de los tiempos de guerra; animan con brillantes acciones a los combatientes del Ejército Rojo, los liberadores de nuestra Patria.

La guerra nacional ha demostrado que el pueblo soviético es capaz de realizar prodigios y superar las pruebas más duras.

Stalin: Orden del día del comandante en jefe de  
las fuerzas armadas de la U.R.S.S.  
Primero de Mayo de 1944

\*

\*

\*



# Anexo

## **DOS CARTAS SOBRE EL AMOR LIBRE**

P O R

**LENIN**

*Una camarada del Partido bolchevique, Inés Armand, que pasaba una temporada en Suiza como Lenin durante la guerra imperialista, se disponía, a principios de 1915, a escribir un folleto para las obreras sobre las relaciones entre el hombre y la mujer. Sometió el plan de este folleto a Lenin. Éste, en dos cartas, le reprocha amigablemente, pero firmemente, el reivindicar para el proletariado el “amor libre”, concepción burguesa a la que Lenin opone el “matrimonio proletario con amor”.*

*Este texto, publicado por primera vez en Moscú en 1939, es inédito en francés.*

### **- I -**

17 de enero de 1915

*Dear friend!*

Os ruego que me detalléis con antelación el plan de vuestro folleto. De lo contrario, demasiadas cosas permanecerán sin precisar.

Quiero expresaros desde ahora mi opinión sobre un punto:

Os aconsejo suprimir el párrafo 3: “reivindicación (por la mujer) del amor libre”.

Es una exigencia que no es proletaria, sino burguesa.

¿Qué entiende usted por eso? ¿Qué *se puede* entender por eso?

1. ¿El hecho de que se libere así de los cálculos materiales (financieros) en el amor?
2. ¿De las preocupaciones materiales?
3. ¿De los prejuicios religiosos?
4. ¿De las prohibiciones paternas?
5. ¿De los prejuicios de “la sociedad”?
6. ¿Del medio mezquino (campesino, pequeño-burgués, intelectual burgués)?
7. ¿De los obstáculos de la ley, los tribunales, la policía?
8. ¿De las serias consecuencias del amor?
9. ¿Del nacimiento de niños?
10. ¿Que se permita el adulterio? etc.

He enumerado muchos puntos (no todos). Usted, es cierto, no se propone recoger los puntos del 8 al 10, sino los puntos del 1 al 7, o algo que se aproxime de los puntos del 1 al 7.

Pero para los puntos del 1 al 7, hay que elegir otra fórmula, puesto que el amor libre no responde exactamente a este orden de preocupaciones.

El público, los lectores del folleto entenderán *inevitablemente* por “amor libre” algo del género de los puntos del 8 al 10, mismo *si usted no lo pretende*.

Porque en la sociedad actual las clases más charlatanas, más escandalosas, más “en boga”, entienden por amor libre los puntos del 8 al 10, y esta exigencia no es proletaria, sino burguesa.

Para el proletariado, los puntos más importantes son los puntos 1 y 2, luego los que van del 3 al 7, pero esto no es propiamente hablando “el amor libre”.

No se trata de lo que “usted quiera entender” *subjetivamente* por eso. Se trata de la *lógica objetiva* de las relaciones de clase en el amor.

*Friendly shake hands!*

## - II -

24 de enero de 1915

¡Querida amiga!

Perdone por el retraso que llevo en responderos: lo quería haber hecho ayer, me han retenido y no he tenido tiempo de escribiros.

En lo que concierne al plan del folleto, he encontrado que “la exigencia del amor libre” es imprecisa, y que, independientemente de su deseo y voluntad, (lo he subrayado diciendo: se trata de relaciones objetivas de clase y no de sus deseos subjetivos) aparecerá en las condiciones sociales actuales como una exigencia burguesa y no proletaria.

Usted no está de acuerdo.

Bien. Examinemos el asunto una vez más.

Para precisar, he enumerado diez interpretaciones posibles (e inevitables en las condiciones de la lucha de clases), y he hecho notar que las interpretaciones del 1 al 7 serán, en mi opinión, típicas o características para las obreras, y las interpretaciones del 8 al 10 para las burguesas.

Si se niega eso, hay que demostrar:

1° Que estas interpretaciones son falsas (entonces habrá que reemplazarlas por otras o rechazar las que son falsas)

2° O incompletas (entonces completarlas)

3° O que no se dividen en interpretaciones proletaria y burguesa.

Usted no hace nada de eso.

Usted no toca los puntos del 1 al 7. Por lo tanto, ¿reconoce usted (en general) su justeza? Lo que usted escribe acerca de la prostitución de las obreras y de su dependencia: “imposibilidad de decir no” entra absolutamente en los puntos del 1 al 7. Ahí no hay ningún desacuerdo entre nosotros.

Usted tampoco contesta lo que es una interpretación *proletaria*.

Quedan los puntos del 8 al 10.

Usted “no los comprende para nada” y usted “objeta”: “No entiendo cómo se puede (son sus palabras) identificar (¡!?) el amor libre” con el punto 10.

Se deduce que “yo identifico”, y usted se apresura a reprenderme severamente y a aplastarme.

¿Qué quiere decir?

Los burgueses entienden por amor libre los puntos 8 al 10, ésa es mi tesis.

¿La negáis? ¿Decís lo que las damas burguesas entienden por amor libre?

No lo decís. ¿Es que la literatura y la vida no demuestran que las burguesas lo comprenden exactamente así? ¡Lo demuestran! Usted lo reconoce con su silencio.

Desde el momento en que eso es así, eso proviene de su situación de clase: “refutarlo” es imposible e inocente.

Hay que desmarcarse claramente, oponerle el punto de vista proletario. Hay que tomar en consideración este hecho objetivo de que sin eso ellas extraerán de su folleto estos pasajes, los interpretarán a su manera, actuarán como dicen sus ideas ante los obreros, sembrarán la confusión. En su folleto, lleva el agua a su molino, desnaturalizarán su espíritu (despertando en ellos el temor que usted les aporta con esas ideas que les son extrañas). Para eso ya tienen una masa de periódicos, etc.... Y usted, abandonando completamente el punto de vista objetivo y de clase, pasa al “ataque” contra mí, acusándome de “identificar” el amor libre con los puntos del 8 al 10. Maravilloso, ciertamente maravilloso...

“También la pasión pasajera, la aventura pasajera” es “más poética y más pura” que los “besos sin amor” intercambiados habitualmente entre marido y mujer. Usted lo escribe. Y usted se dispone a escribirlo en su folleto. Muy bien.

¿Es lógica esta oposición? Los besos sin amor que el marido y la mujer intercambian por costumbre son impuros. De acuerdo. ¿A qué querría oponerlos usted? ¿A un beso pleno de amor, parece ser? No, usted los opone a la “pasión” (¿por qué no el amor?) “pasajera” (¿por qué pasajera?). Se deduce lógicamente que estos besos sin amor (ya digo que pasajero) se oponen a los besos sin amor intercambiados por el marido y la

mujer... ¡Extraño! En un folleto popular, ¿no convendría más oponer el matrimonio sucio y bajo sin amor (ver los puntos 6 o 5 en mi caso) al matrimonio proletario con amor (añadiendo, si usted lo quiere, que la aventura-pasión pasajera sólo puede ser o sucia o pura)? Usted no opone tipos de clase, sino casos, que pueden, cierto es, producirse. ¿Pero se trata de casos? Si tomamos por tema el caso individual de besos impuros en el matrimonio y de los besos puros en la aventura pasajera, podemos desarrollar este tema en una novela (puesto que en una novela se trata de descripciones de individuos, análisis de caracteres, de psicología de tipos dados). ¿Pero en un folleto?

Usted ha entendido muy bien mi pensamiento en torno al tema de la cita de Key <sup>69</sup>, que no conviene, diciendo que es “estúpido” asumir el papel de “profesor en amor”. Cierto es. ¿Y de asumir el papel de profesor en amor pasajero?

No quiero crear polémica. Me hubiera gustado no escribir esta carta y esperar a nuestra próxima entrevista. Pero deseo que el folleto sea bueno, que nadie pueda extraer frases desagradables para usted (una sola frase tiene a veces el efecto de una cucharada de alquitrán), que nadie pueda haceros decir lo que usted no ha querido decir. Estoy segura de que lo que usted ha escrito lo ha escrito “sin quererlo”, y os envío esta carta sólo para que examine a fondo su plan según mis observaciones, lo que vale más que hacerlo a consecuencia de una entrevista. El plan es una cosa muy importante.

¿No conoce usted a una socialista francesa? Tradúzcale (como si estaría traducido del inglés) mis puntos del 1 al 10 y sus notas sobre el “amor pasajero”, etc.... Obsérvela, escúchela atentamente: es una pequeña experiencia para saber lo que dirán las personas de fuera, cuáles serán sus impresiones, lo que esperan del folleto.

Os estrecho la mano y os deseo menores sufrimientos de migrañas y una pronta recuperación.

Lenin: *Dos cartas a Inés Armand*, 17 y 24 de enero de 1915,  
*Bolchevik* n° 13, julio de 1939.

---

<sup>69</sup> Ellen Key, mujer de letras sueca (1849-1926) que defendía la causa de los obreros y la mujer.



## Textos de Friedrich Engels



<u>NOMBRE DEL TEXTO</u>	<u>TÍTULO DE LA OBRA A LA QUE PERTENECE</u>
<a href="#"><u>1-EL RÉGIMEN COMUNISTA Y LA FAMILIA</u></a>	PRINCIPIOS DEL COMUNISMO
<a href="#"><u>2-LOS COMUNISTAS Y LA FAMILIA</u></a>	MANIFIESTO COMUNISTA
<a href="#"><u>3-FOURIER Y LA EMANCIPACIÓN DE LA MUJER</u></a> <a href="#"><u>4-LA FAMILIA SEGÚN EL Sr. DÜHRING</u></a>	ANTI-DÜHRING
<a href="#"><u>5-EL MATERIALISMO HISTÓRICO Y LA EVOLUCIÓN DE LA FAMILIA</u></a> <a href="#"><u>6-LA EVOLUCIÓN DEL MATRIMONIO</u></a> <a href="#"><u>7-LA FAMILIA SINDIÁSMICA</u></a> <a href="#"><u>8-EL TRÁNSITO DEL MATRIARCADO AL PATRIARCADO</u></a> <a href="#"><u>9-POLIGAMIA Y POLIANDRÍA</u></a> <a href="#"><u>10-LA DECADENCIA DE LA GENS Y EL NACIMIENTO DEL ESTADO</u></a> <a href="#"><u>11-EL ORIGEN DE LA FAMILIA MONOGÁMICA</u></a> <a href="#"><u>12-CARACTERÍSTICAS DE LA MONOGAMIA</u></a> <a href="#"><u>13-EL AMOR SEXUAL Y EL MATRIMONIO DE LA ANTIGÜEDAD HASTA NUESTROS DÍAS</u></a> <a href="#"><u>14-EL FUTURO DE LA MONOGAMIA</u></a> <a href="#"><u>15-EL MATRIMONIO BURGUÉS</u></a> <a href="#"><u>16-LA SITUACIÓN JURÍDICA DE LA MUJER Y LAS CONDICIONES DE SU LIBERACIÓN</u></a>	EL ORIGEN DE LA FAMILIA, LA PROPIEDAD PRIVADA Y EL ESTADO

[Inicio búsqueda por autor](#)

[17-LAS ENCAJADORAS](#)

[18-LAS MODISTAS Y LAS COSTURERAS](#)

[19-LAS MADRES ARREBATADAS A SUS HIJOS](#)

[20-LA DISOLUCIÓN DE LA FAMILIA](#)

[21-LA OBRERA BAJO EL YUGO DE PATRÓN](#)

[22-EL CAPITALISMO HACE IMPOSIBLE LA VIDA EN FAMILIA AL TRABAJADOR](#)

**LA SITUACIÓN DE LA CLASE OBRERA EN INGLATERRA**

### **Textos de Jean Freville**

**NOMBRE DEL TEXTO**

**TÍTULO DE LA OBRA A LA QUE PERTENECE**

[23-LA MUJER Y EL COMUNISMO](#)

[24-LA OPRIMIDA](#)

[25-MARX Y ENGELS](#)

[26-LENIN Y STALIN](#)

**LA MUJER Y EL COMUNISMO**

### **Textos de Jeannette Vermeersch**

**NOMBRE DEL TEXTO**

**TÍTULO DE LA OBRA A LA QUE PERTENECE**

[27-PRÓLOGO](#)

**LA MUJER Y EL COMUNISMO**

[28-LAS CONDICIONES DE EXPLOTACIÓN DE LA MUJER EN LA SOCIEDAD CAPITALISTA](#)

**LAS MUJERES EN LA NACIÓN  
(DISCURSO PRONUNCIADO EN EL  
CONGRESO DE Estrasburgo  
EL 27 DE JUNIO DE 1947)**

**[Inicio búsqueda por autor](#)**



## Textos de Josiph Visariónovich, *Stalin*



<u>NOMBRE DEL TEXTO</u>	<u>TÍTULO DE LA OBRA A LA QUE PERTENECE</u>
<a href="#"><u>29-LA EDUCACIÓN POLÍTICA DE LAS MUJERES</u></a>	<b>POR EL QUINTO ANIVERSARIO DEL PRIMER CONGRESO DE OBRERAS Y CAMPELINAS (<i>LA COMUNISTA</i>, nº 11, NOVIEMBRE DE 1923)</b>
<a href="#"><u>30-EL DÍA INTERNACIONAL DE LAS MUJERES</u></a>	<b>PARA EL DÍA INTERNACIONAL DE LAS MUJERES (<i>PRAVDA</i> , 8 DE MARZO DE 1925)</b>
<a href="#"><u>31-LAS MUJERES EN LOS KOLJÓS</u></a> <a href="#"><u>32-INDIVIDUALISTA AYER, KOLJOSIANA HOY</u></a>	<b>DISCURSO PRONUNCIADO AL I CONGRESO DE KOLJOSIANOS-UDARNIKS DE LA U.R.S.S. (19 DE FEBRERO DE 1933)</b>
<a href="#"><u>33-LA IMPORTANCIA DE LA ACTIVIDAD DE LAS MUJERES EN LA EDIFICACIÓN DEL SOCIALISMO</u></a>	<b>INFORME SOBRE LA ACTIVIDAD DEL COMITÉ CENTRAL PRESENTADO AL XVII CONGRESO DEL P.C.(b)U.S. (26 DE ENERO DE 1934)</b>
<a href="#"><u>34-HEROÍNAS DEL TRABAJO SOCIALISTA</u></a>	<b>DISCURSO A LAS KOLJOSIANAS DE CHOQUE DE LOS CAMPOS DE REMOLACHAS DURANTE SU RECEPCIÓN POR DIRIGENTES DEL PARTIDO Y DEL GOBIERNO (10 DE NOVIEMBRE DE 1935)</b>
<a href="#"><u>35-LAS MUJERES EN EL MOVIMIENTO STAJANOVISTA</u></a>	<b>DISCURSO PRONUNCIADO EN LA PRIMERA CONFERENCIA DE STAJANOVISTAS DE LA U.R.S.S. (17 DE NOVIEMBRE DE 1935)</b>

[\*Inicio búsqueda por autor\*](#)



[36-LA MUJER Y  
LA CONSTITUCIÓN DE LA U.R.S.S. I](#)

**SOBRE EL PROYECTO DE CONSTITUCIÓN  
DE LA U.R.S.S.  
(INFORME PRESENTADO AL VIII  
CONGRESO EXTRAORDINARIO DE LOS  
SOVIETS DE LA U.R.S.S.,  
25 NOVIEMBRE DE 1936)**

[37-LA MUJER Y  
LA CONSTITUCIÓN DE LA U.R.S.S. II](#)

**CONSTITUCIÓN DE LA UNIÓN DE  
REPÚBLICAS SOCIALISTAS SOVIÉTICAS  
(ADOPTADA EL 5 DE DICIEMBRE DE 1936)**

[38-LAS MUJERES SOVIÉTICAS EN LA GUERRA DE  
LIBERACIÓN CONTRA EL INVASOR HITLERIANO I](#)

**INFORME PRESENTADO PARA EL XXIV  
ANIVERSARIO DE LA GRAN REVOLUCIÓN  
SOCIALISTA DE OCTUBRE EN LA SESIÓN  
DEL SOVIET DE DIPUTADOS DE  
TRABAJADORES DE MOSCÚ AMPLIADO A  
LAS ORGANIZACIONES SOCIALES Y DEL  
PARTIDO  
(6 DE NOVIEMBRE DE 1941)**

[39-LAS MUJERES SOVIÉTICAS EN LA GUERRA DE  
LIBERACIÓN CONTRA EL INVASOR HITLERIANO II](#)

**ORDEN DEL DÍA DEL COMANDANTE EN  
JEFE DE LAS FUERZAS ARMADAS DE LA  
U.R.S.S.  
(PRIMERO DE MAYO DE 1944)**

### **Textos de Jules Guesde**

**NOMBRE DEL TEXTO**

**TÍTULO DE LA OBRA A LA QUE PERTENECE**

[40-LA MUJER TIENE QUE PODER VIVIR  
TRABAJANDO](#)

**LA MUJER Y SU DERECHO AL TRABAJO  
(*LE SOCIALISTE*, 9 DE OCTUBRE DE 1898)**

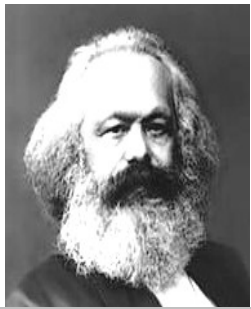
[41-LA SALVACIÓN DE LA MUJER ESTÁ EN LA  
SOCIEDAD SOCIALISTA](#)

**SOBRE EL DIVORCIO. LA SOLUCIÓN.  
(*LE CRI DU PEUPLE*, 12 DE JUNIO DE 1884)**

[42-LAS MUJERES CONTRA LA GUERRA](#)

**LA PAZ  
(*LE SOCIALISTE*, 31 DE JULIO DE 1898)**

[\*Inicio búsqueda por autor\*](#)



## Textos de Karl Marx



<u>NOMBRE DEL TEXTO</u>	<u>TÍTULO DE LA OBRA A LA QUE PERTENECE</u>
<a href="#"><u>43-LA MUJER Y EL COMUNISMO BURDO</u></a>	<b>PROPIEDAD PRIVADA Y COMUNISMO MANUSCRITOS ECONÓMICOS Y FILOSÓFICOS DE 1844</b>
<a href="#"><u>44-LA EMANCIPACIÓN DE LAS MUJERES Y LA CRÍTICA CRÍTICA</u></a>	<b>LA SANTA FAMILIA O CRÍTICA DE LA CRÍTICA CRÍTICA</b>
<a href="#"><u>45-LA DESCOMPOSICIÓN DE LA FAMILIA BURGUESA</u></a>	<b>LA IDEOLOGÍA ALEMANA</b>
<a href="#"><u>46-LOS COMUNISTAS Y LA FAMILIA</u></a>	<b>MANIFIESTO COMUNISTA</b>
<a href="#"><u>47-LOS NIÑOS Y LAS MUJERES EN LAS MINAS</u></a> <a href="#"><u>48-LA MORTALIDAD INFANTIL</u></a> <a href="#"><u>49-EL SISTEMA DE CUADRILLAS</u></a> <a href="#"><u>50-LOS CAMPESINOS OBLIGADOS A VENDER A SUS HIJOS</u></a> <a href="#"><u>51-EL DESENFRENO...</u></a> <a href="#"><u>52-...Y LA MUERTE</u></a> <a href="#"><u>53-DOS HOGARES DE PARADOS</u></a> <a href="#"><u>54-EL BAUTIZO EN LA INFAMIA</u></a> <a href="#"><u>55-LA DESGRACIA DE SER JOVEN</u></a> <a href="#"><u>56-LA EXPLOTACIÓN DE LAS MUJERES CASADAS</u></a> <a href="#"><u>57-EL CAPITALISMO Y LA FAMILIA</u></a>	<b>EL CAPITAL</b>

**[Inicio búsqueda por autor](#)**

## Textos de Maurice Thorez

<u>NOMBRE DEL TEXTO</u>	<u>TÍTULO DE LA OBRA A LA QUE PERTENECE</u>
<a href="#"><u>58-LA MUJER EN EL PUEBLO</u></a>	LA MUJER EN EL PUEBLO ( <i>L'HUMANITÉ</i> , 3 DE JULIO DE 1939)



## Textos de Vladimir Ilich Ulianov, *Lenin*



<u>NOMBRE DEL TEXTO</u>	<u>TÍTULO DE LA OBRA A LA QUE PERTENECE</u>
<a href="#"><u>59-LA CLASE OBRERA Y EL NEOMALTUSIANISMO</u></a>	LA CLASE OBRERA Y EL NEOMALTUSIANISMO ( <i>PRAVDA</i> , 16-29 DE JUNIO DE 1913)
<a href="#"><u>60-LAS MUJERES Y LA LUCHA REVOLUCIONARIA I</u></a>	REGLAS DE PRESIDIO Y VEREDICTO DE PRESIDIO ( <i>ISKRA</i> , NOVIEMBRE DE 1901)
<a href="#"><u>61-LAS MUJERES Y LA LUCHA REVOLUCIONARIA II</u></a>	LAS LECCIONES DE LA INSURRECCIÓN DE MOSCÚ
<a href="#"><u>62-LA LUCHA POR EL DERECHO A VOTO</u></a>	EL CONGRESO SOCIALISTA INTERNACIONAL DE STUTTGART(FINALES DE 1907), CALENDARIO PARA TODOS (1908)
<a href="#"><u>63-¡NO HAY DEMOCRACIA SIN MUJERES!</u></a>	CARTAS DE LEJOS (ZURICH, 11-24 DE MARZO DE 1917)_

[\*Inicio búsqueda por autor\*](#)

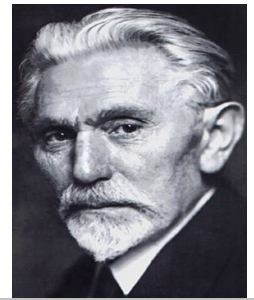
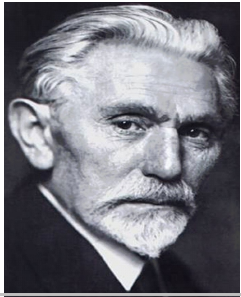
<a href="#"><u>64-CÓMO LUCHA LA BURGUESÍA CONTRA LA PROSTITUCIÓN</u></a>	<b>EL QUINTO CONGRESO INTERNACIONAL DE LUCHA CONTRA LA PROSTITUCIÓN (RABOTCHAIA PRAVDA, 13/26 DE JULIO DE 1913)</b>
<a href="#"><u>65-EL DERECHO AL DIVORCIO</u></a>	<b>SOBRE UNA CARICATURA Y SOBRE EL “ECONOMISMO IMPERIALISTA” (OCTUBRE DE 1916, PUBLICADO EN 1923)</b>
<a href="#"><u>66-LA GUERRA IMPERIALISTA Y LAS MUJERES</u></a>	<b>BAJO LA CONSIGNA: DESARME</b>
<a href="#"><u>67-LA HIPOCRESÍA DE LAS CLASES DIRIGENTES</u></a>	<b>SOBRE EL SIGNIFICADO DEL MATERIALISMO MILITANTE (PUBLICADO EL 12 DE MARZO DE 1922 EN “BAJO EL ESTANDARTE DEL MARXISMO”)</b>
<a href="#"><u>68-LA MUJER Y LA VIDA PÚBLICA I</u></a>	<b>LAS TAREAS DEL PROLETARIADO EN NUESTRA REVOLUCIÓN (10/23 DE ABRIL DE 1917, PUBLICADO COMO FOLLETO EN SEPTIEMBRE DE 1917)</b>
<a href="#"><u>69-LA MUJER Y LA VIDA PÚBLICA II</u></a>	<b>¿CONSERVARÁN LOS BOLCHEVIQUES EL PODER? (OCTUBRE DE 1917)</b>
<a href="#"><u>70- IGUALDAD COMPLETA PARA LAS MUJERES I</u></a>	<b>A LAS OBRERAS (PRAVDA, 22 DE FEBRERO DE 1920)</b>
<a href="#"><u>71- IGUALDAD COMPLETA PARA LAS MUJERES II</u></a>	<b>PARA EL DÍA INTERNACIONAL DE LAS MUJERES (PRAVDA, 7 DE MARZO DE 1920)</b>
<a href="#"><u>72- IGUALDAD COMPLETA PARA LAS MUJERES III</u></a>	<b>EL DÍA INTERNACIONAL DE LAS MUJERES (PRAVDA, 8 DE MARZO DE 1921)</b>
<a href="#"><u>73-EL ÉXITO DE UNA REVOLUCIÓN DEPENDE DEL GRADO DE PARTICIPACIÓN DE LAS MUJERES</u></a>	<b>DISCURSO AL PRIMER CONGRESO PANRUSO DE OBRERAS (PRONUNCIADO EL 19 DE NOVIEMBRE DE 1918, PUBLICADO EN PRAVDA EL 10 DE MARZO DE 1925)</b>

<a href="#"><u>74-LA MUJER Y LA REVOLUCIÓN</u></a>	<b>UNA GRAN INICIATIVA (MOSCÚ, 1919)</b>
<a href="#"><u>75-LAS TAREAS DE LAS MUJERES EN LA REPÚBLICA DE LOS SOVIETS</u></a>	<b>LAS TAREAS DEL MOVIMIENTO OBRERO FEMENINO EN LA REPÚBLICA SOVIÉTICA (DISCURSO PRONUNCIADO EL 23 DE SEPTIEMBRE DE 1919 EN LA IV CONFERENCIA DE OBRERAS SIN PARTIDO DE MOSCÚ. PUBLICADO EN <i>PRAVDA</i> EL 25 DE SEPTIEMBRE DE 1919)</b>
<a href="#"><u>76-EL PODER SOVIÉTICO Y LA SITUACIÓN DE LA MUJER</u></a>	<b>EL PODER SOVIÉTICO Y LA SITUACIÓN DE LA MUJER (<i>PRAVDA</i>, 6 DE NOVIEMBRE DE 1919)</b>
<a href="#"><u>77-LAS CONQUISTAS DE LA REVOLUCIÓN RUSA</u></a>	<b>POR EL CUARTO ANIVERSARIO DE LA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE (<i>PRAVDA</i>, 18 DE OCTUBRE DE 1921)</b>
<a href="#"><u>78-DOS CARTAS SOBRE EL AMOR LIBRE I (DEL 17 DE ENERO DE 1915)</u></a> <a href="#"><u>79-DOS CARTAS SOBRE EL AMOR LIBRE II (DEL 24 DE ENERO DE 1915)</u></a>	<b>DOS CARTAS A INÉS ARMAND (<i>BOLCHEVIK</i>, nº 13, JULIO DE 1939)</b>

### **Textos de Paul Lafargue**

<b><u>NOMBRE DEL TEXTO</u></b>	<b><u>TÍTULO DE LA OBRA A LA QUE PERTENECE</u></b>
<a href="#"><u>80-LA CUESTIÓN DE LA MUJER</u></a>	<b>LA CUESTIÓN DE LA MUJER (PARÍS, 1904)</b>

**[Inicio búsqueda por autor](#)**



## Textos de Auguste Bebel

<u>NOMBRE DEL TEXTO</u>	<u>TÍTULO DE LA OBRA A LA QUE PERTENECE</u>
<a href="#"><u>81-LAS MUJERES Y LA REVOLUCIÓN FRANCESA</u></a> <a href="#"><u>82-LA HISTORIA DE LA MUJER ES LA HISTORIA DE SU OPRESIÓN</u></a> <a href="#"><u>83-LA CUESTIÓN DE LA MUJER ES UN ASPECTO DE LA CUESTIÓN SOCIAL</u></a> <a href="#"><u>84-FEMINISMO BURGUÉS Y LUCHA DE CLASES</u></a> <a href="#"><u>85-BAJO EL TALÓN DE HIERRO</u></a>	<b>LA MUJER Y EL SOCIALISMO</b>

## Textos de Clara Zetkin

<u>NOMBRE DEL TEXTO</u>	<u>TÍTULO DE LA OBRA A LA QUE PERTENECE</u>
<a href="#"><u>86-Lenin y la cuestión sexual</u></a>	<b>NOTAS DE MI CUADERNO; LENIN TAL Y COMO ERA</b>

[Inicio búsqueda por autor](#)

[Índice](#)



**EDITIONS SOCIALES**

**64, BOULEVARD AUGUSTE BLANQUI, PARIS (13°)**

# Manual de lenguaje no sexista

**CNT**



**Confederación Nacional del Trabajo**

Secretaría de Formación y Estudios

Secretariado Permanente del Comité Confederal

Mayo 2011

Historiador Domínguez Ortiz 7 local 2 14002 Córdoba

correo-e: [sp\\_cn@cnt.es](mailto:sp_cn@cnt.es)

Dirección Postal: Apartado 2138 - Código Postal 14080

Teléfono: 957 434 897 /Fax: 942 940 983

**[www.cnt.es](http://www.cnt.es)**

# índice

Introducción .....	5
1.- Importancia de cambiar el uso de lenguaje .....	6
2.- Conceptos básicos en la comunicación y el género .....	6
3.- ¿Cómo evita el sexismo en el lenguaje? .....	7
4.- Alternativas no sexistas al uso sistemático del masculino .....	7

# Introducción

La CNT en el marco del X Congreso, ratifica dentro de sus principios, tácticas y finalidades su declaración ANTISEXISTA manifestándose así:

El anarcosindicalismo, en su lucha por alcanzar una sociedad libre, justa e igualitaria, tiene entre sus finalidades la destrucción del patriarcado y el fin del sexismo y de cualquier discriminación por razón de sexo u orientación sexual.

No deben existir jerarquías entre las personas en función de su sexo, y rechazamos con firmeza cualquier imposición social o cultural de una conducta o rol según se nazca. Cada individuo ha de desarrollar su personalidad en plenitud sin importar su sexo o sexualidad, huyendo de los convencionalismos que nos fijan un camino a seguir o una manera de ser “femenina” o “masculina”.

No nos olvidamos de que el sexismo y las formas de dominación propias del patriarcado siguen muy vigentes y aunque no sean tan explícitas como antaño, ello no quiere decir que hayan desaparecido. Es más, sus manifestaciones son cada vez más sutiles, y en ello reside su peligro y su capacidad alienante. El sexismo está muy presente en nuestra sociedad, y va calando en las personas desde la más tierna infancia, por ello a menudo su presencia pasa desapercibida. Es por ello que debemos incidir en la educación y los valores que nos transmitimos de unas personas a otras, buscando siempre ir a la raíz de los problemas.

Las y los anarcosindicalistas luchamos por una sociedad en la que cualquier forma de autoridad sea abolida. Queremos que todas las personas, independientemente de nuestro sexo, podamos vivir, desarrollarnos y relacionarnos entre nosotras en pie de igualdad y de libertad.

Es en los Acuerdos sobre Accion Sindical donde se concretan nuestros posicionamientos y propuestas de acción:

Desde hace cien años, la CNT va al grano y no necesita participar en estructuras estatales, ni crear secretarías de la mujer en su interior para analizar y articular respuestas a las injusticias actuales. El anarcosindicalismo en su análisis, vincula la injusticia a la explotación de toda una clase social, por parte de otra que quiere imponer su ley y su moral, con la manipulación y la represión violenta, si es necesario, para mantener sus privilegios y modo de vida, presidido por la mayor acumulación, de la que sean capaces, de toda la riqueza existente en el globo.

La CNT, como organización, se concibe desde el principio como una gran comunidad de aprendizaje y de apoyo mutuo, independientemente de cualquier característica diferencial como persona: edad, sexo, origen, capacidades, raza, orientación sexual... Esa formación es un medio de superación de la explotación, dado que incrementa la capacidad individual y colectiva para el control de nuestras propias vidas como seres humanos.

La CNT no crea estructuras “terapéuticas” sino que incorpora la cuestión de la explotación de la mujer trabajadora al núcleo central de la lucha por una sociedad más libre y más justa, partiendo de que es el mayor conjunto humano en la Tierra afectado de discriminación y explotación y que, sin su incorporación a la organización y al proceso revolucionario, cualquier tentativa por cambiar el orden social estaría condenado al fracaso.

En el mundo, la desigualdad de género, la falta de expectativas potenciales, la discriminación y la violencia contra las mujeres son la norma y no la excepción.

En un mercado laboral estrictamente dividido por sexo, la contribución a la riqueza y bienestar de la trabajadora se quiere invisibilizar.

La situación seguirá empeorando en los próximos años cuando no haya renovación generacional de las abuelas que sostenían la incorporación laboral de sus hijas.

Mujeres de clase trabajadora están pagando con su explotación la liberación de burguesas de las que reciben lecciones teóricas de emancipación. Como la educación es el medio más importante para que las mujeres adquieran las aptitudes y la autoconfianza necesarias para la mejora de su vida y para la transformación social, nuestra obligación como organización es ayudar a eliminar cualquier obstáculo que impida la participación social que educa, empezando por el sindicato. movimiento libertario siempre ha sido el más comprometido con ello, recordémoslo.

Los compañeros/as de los medios tienen que oponerse radicalmente a la transmisión de estereotipos trasnochados y la juventud tiene que ser consciente de que los prejuicios

por el aspecto exterior esclavizan, principalmente, a mujeres de todas edades.

*8.a) Objetivos a corto y medio plazo para mejorar nuestra organización en relación con la mujer trabajadora: Cuidar la imagen de la organización para que esté libre de estereotipos que dificultan la identificación de las mujeres trabajadoras con el sindicato.*

*Uso del lenguaje no sexista*





## 1.- IMPORTANCIA DE CAMBIAR EL USO DEL LENGUAJE

El lenguaje no es una creación arbitraria de la mente humana, sino un producto social e histórico que influye en nuestra percepción de la realidad. Al transmitir socialmente al ser humano las experiencias acumuladas de generaciones anteriores, el nuestro pensamiento y determina nuestra visión del mundo.

Los prejuicios sexistas que el lenguaje transmite sobre las mujeres son el reflejo del papel social atribuido a éstas durante generaciones. A pesar de que el papel de las mujeres en la sociedad ha experimentado desde principios de nuestro siglo, particularmente en las últimas décadas, profundas transformaciones, los mensajes que el lenguaje sigue transmitiendo sobre ellas refuerzan su papel tradicional y dan una imagen de ellas relacionada con el sexo y no con sus capacidades y aptitudes, intrínsecas a todos los seres humanos.

Por esto se hace fundamental para nuestra organización tener especial cuidado en el uso del lenguaje en panfletos, notas de prensa, cartelera, artículos de opinión... y comunicación interna.

Al ser un lenguaje que habitualmente no utilizamos, requiere de un esfuerzo consciente de querer ser coherentes con nuestros principios, tácticas y finalidades así como con los acuerdos congresuales, debiendo de cambiar formas en la redacción diferentes a las recomendadas por la RAE donde el género gramatical masculino representa tanto al sexo masculino como al femenino.

Apostemos por utilizar un lenguaje donde mujeres y hombres estemos representados, tanto la clase explotada como la explotadora y detentora del poder.

## 2.- CONCEPTOS BÁSICOS EN LA COMUNICACIÓN Y EL GÉNERO

### SEXO

Categoría que se refiere a las características biológicas de los seres humanos que los define como varón y hembra. Rasgo biológico.

### GÉNERO

Construcción sociocultural que varía según el tiempo, la sociedad y el lugar, y define los rasgos característicos de lo que se considera masculino y femenino en una sociedad determinada. Constituye también una categoría analítica que permite visualizar las relaciones que se establecen entre hombres y mujeres en un contexto dado. Rasgo cultural.

### IGUALDAD DE MUJERES Y HOMBRES

Eliminación de cualquier discriminación por razón de sexo que limiten la oportunidad de acceder y desarrollarse en igualdad en cualquier ámbito: político, social, económico, cultural, afectivo, educativo, etc. Tiene dos dimensiones:

■ **Cuantitativa:** Proporción equilibrada en esfera pública y privada.

■ **Cualitativa:** Misma valoración social del conocimiento, experiencia y valores de las mujeres y de los hombres.

### MAINSTREAMING-TRANSVERSALIDAD DE GÉNERO

Aplicar sistemáticamente la perspectiva de género en todas las acciones, programas y políticas y en todas sus fases de análisis, metodologías, planificación, ejecución y evaluación.

### PERSPECTIVA DE GÉNERO

Enfoque no solo limitado a mujeres. Implica tener en cuenta las relaciones entre mujeres y hombres y cómo afectan éstas a las oportunidades y el estilo de vida.

### COMUNICACIÓN CON PERSPECTIVA DE GÉNERO

Implica incluir en el lenguaje y las imágenes

un trato igualitario y respetuoso hacia mujeres y hombres, utilizando todos los recursos y herramientas disponibles que nos ofrece la lengua.

### LENGUAJE ANDROCENTRICO

El empleo reiterado de voces masculinas en sentido genérico, excepto en actitudes, comportamientos, profesiones, etc. relacionados tradicionalmente con el género femenino. Igualmente la redacción lingüística androcéntrica, tiene en cuenta la experiencia de los hombres olvidando la existencia de las mujeres.

Ejemplo: “La evolución del hombre.”

### IMÁGENES ANDROCENTRICAS

Supone la ausencia de representación de mujeres en todos los ámbitos en los que su presencia y participación es una realidad constatable.

### LENGUAJE SEXISTA

El sexismo mantiene a través de la lengua un orden jerárquico presentando a las mujeres minorizadas y/o relacionadas con valores como: debilidad, pasividad, dependencia, etc.

### IMÁGENES SEXISTAS

Se manifiesta a través de la representación de mujeres y hombres de forma sesgada, parcial o discriminatoria.

## 3. ¿CÓMO EVITAR EL SEXISMO EN EL LENGUAJE?

■ Evitando asociaciones verbales que superpongan a la idea de mujer otras ideas como debilidad, pasividad, labores domésticas, etc. que supongan una minorización de las mujeres.

■ Evitando la mención de mujeres únicamente en su condición de madres, esposas, es decir, en función de con quién o quienes se relacionen.

**Ejemplo:** *Señorita Pérez, si la mujer es soltera, frente al Señor Pérez aunque sea soltero.*

■ Evitando un orden jerárquico al nombrar a mujeres y hombres.

## 4.- ALTERNATIVAS NO SEXISTAS AL USO SISTEMÁTICO DEL MASCULINO

El **uso sistemático del masculino** (en singular o en plural) para referirse a los **dos sexos** no siempre consigue representarlos, pues, además de crear constantes **ambigüedades y confusiones en los mensajes**, puede ocultar a la mujer. Para evitar **el abuso del masculino** es posible acudir a otros recursos de los que la lengua dispone.

Entre ellos se encuentran, no solo **procedimientos léxicosemánticos**, sino también morfosintácticos, pero por razones didácticas hemos creído conveniente aunarlos como sigue:

■ La utilización de **sustantivos genéricos o colectivos**

■ El empleo de **perífrasis**

■ La introducción de las **construcciones metonímicas**

■ El uso de **desdoblamientos**

■ El uso de **barras**

■ La introducción de **aposiciones explicativas**

■ La **omisión de determinantes**

■ El empleo de **determinantes sin marca de género**

■ La utilización las **estructuras con se**

■ El empleo de determinadas **formas personales de los verbos**

■ El uso de las **formas no personales de los verbos**

De todos modos, y teniendo en consideración estas alternativas, se puede seguir utilizando, de acuerdo con las normas del castellano, el **masculino plural como genérico** en aquellos contextos en los que resulte suficientemente claro que **incluye a ambos sexos** y no resulte confuso.

## ■ Sustantivos genéricos y colectivos

En nuestra lengua existe un buen número de **sustantivos** que, con independencia de que tengan **género gramatical masculino** (*personaje, colectivo, grupo, pueblo, equipo*) o **femenino** (*persona, pareja, criatura, gente, colectividad, asamblea, asociación*), hacen referencia tanto a hombres como a mujeres.

Su uso es preferible, siempre que sea posible, a la utilización del masculino genérico.

### No:

- > Los **trabajadores** de la empresa
- > Los **funcionarios** que han sufrido una merma en sus salarios

### Propuesta de cambio:

- > La **plantilla** de la empresa
- > El **funcionario** que ha sufrido una merma en sus salarios

## ■ Perífrasis

Para que el **masculino genérico** no produzca confusión, puede, en ocasiones, sustituirse por **perífrasis** del tipo personal sanitario, las personas que ejercen, etc.

### No:

- > La CNT es el único sindicato en el que **los que deciden son los trabajadores** sin intermediarios

### Propuesta de cambio:

- > La CNT es el único sindicato **en el que decide la clase trabajadora** sin intermediación

## ■ Construcciones metonímicas

Para evitar el **masculino genérico** podemos, en determinadas circunstancias, aludir al cargo, profesión o titulación que se posee y no a la persona que los desempeña.

### Podemos utilizar:

*La patronal  
Gerencia  
Dirección  
jefatura  
secretaría  
presidencia  
tesorería  
abogacía  
judicatura  
coordinación*

### En lugar de:

*los jefes  
los gerentes  
los directores  
los jefes  
los secretarios  
los presidentes  
los tesoreros  
los abogados  
los jueces  
los coordinadores*

*Estas propuestas son orientativas y no deben interpretarse como soluciones válidas en todos los contextos, pues no siempre términos como **dirección, jefatura, etc.** pueden sustituir en el discurso a **jefes-jefas, patronos...** etc.*

## ■ Desdoblamientos

La posible **ambigüedad del masculino genérico** puede evitarse **desdoblado** los términos y **alternando el orden de presentación** para no dar sistemáticamente prioridad al masculino sobre el femenino.

No obstante, si nos atenemos a las recomendaciones de la Real Academia de la Lengua, ésta indica “los desdoblamientos son artificiosos e innecesarios desde el punto de vista lingüístico. En los sustantivos que designan seres animados existe la posibilidad del uso genérico del masculino para designar la clase, es decir, a todos los individuos de la especie, sin distinción de sexos: *Todos los ciudadanos mayores de edad tienen derecho a voto.*”

La mención explícita del femenino se justifica solo cuando la oposición de sexos es relevante en el contexto: *El desarrollo evolutivo es similar en los niños y las niñas de esa edad.*

La actual tendencia al desdoblamiento indiscriminado del sustantivo en su forma masculina y femenina va contra el principio de economía del lenguaje y se funda en razones extralingüísticas. Por tanto, deben evitarse estas repeticiones, que generan dificultades sintácticas y de concordancia, y complican innecesariamente la redacción y lectura de los textos.

El uso genérico del masculino se basa en su condición de término no marcado en la oposición masculino/femenino. Por ello, es incorrecto emplear el femenino para aludir conjuntamente a ambos sexos, con independencia del número de individuos de cada sexo que formen parte del conjunto. Así, *los alumnos* es la única forma correcta de referirse a un grupo mixto, aunque el número de alumnas sea superior al de alumnos varones.”

#### No:

> Los **trabajadores** de la empresa

#### Propuesta de cambio:

- > Las y los **trabajadores** de la empresa
- > Los y las **trabajadoras** de la empresa
- > Los **trabajadores y las trabajadoras** de la empresa
- > Las **trabajadoras y los trabajadores** de la empresa

#### ■ Barras y arrobas

Si en los documentos hay **problemas de espacio**, se pueden utilizar los dobles mediante barras y arrobas.

#### Ejemplos:

- > Salud, **compañeros/as**
- > **Tod@s l@s trabajado@s** (resulta cómodo de escribir pero no tanto la lectura)

#### ■ Aposiciones explicativas

Para evitar la pesadez que generan tanto los desdoblamientos como los dobles con ba-

rras, y arrobas, se puede recurrir a **apositiones explicativas** u otro tipo de complementación similar que clarifiquen que el masculino está utilizado de modo genérico, impidiendo así otra interpretación.

#### No:

> La filosofía que subyace respecto a los **desempleados**

> Queda claro que los **trabajadores** tendrán que cotizar 38 años y medio

#### Podemos utilizar:

> La filosofía que subyace respecto a los **desempleados tanto mujeres como hombres**

> Queda claro que los **trabajadores, de uno y otro sexo**, tendrán que cotizar 38 años y medio

#### ■ Omisión del determinante

Los sustantivos de una sola terminación para ambos géneros necesitan del artículo para **diferenciar el sexo del referente**, como ocurre con *adquirente, solicitante, compareciente, declarante, otorgante, denunciante, cedente, contribuyente, recurrente, representante, estudiante, docente, profesional, joven, avalista, titular, progenitores, etc.* En estos casos, cuando es posible **omitir el artículo**, se consigue englobar sin problemas tanto a las mujeres como a los hombres.

#### ■ Determinantes sin marca de género

#### No:

> El **titular** de la cuenta

#### Podemos utilizar:

> **Titular** de la cuenta

Otra forma de **evitar el abuso del masculino** consiste en emplear, junto a sustantivos de una sola terminación, **determinantes sin marca de género**, como, por ejemplo, cada.

## No:

*Se hará saber individualmente a todos los miembros de la asamblea*

## Podemos utilizar:

*Se hará saber individualmente a cada miembro de la asamblea*

Del mismo modo, en ocasiones, se pueden **eludir los adjetivos y participios en género masculino** y recurrir a otras estructuras.

### ■ Estructuras con se

A veces, es posible prescindir de la referencia directa al sujeto recurriendo al **se impersonal** (se recomienda...), de **pasiva refleja** (se debatirá...) o de **pasiva perifrástica** (se va a elegir...).

### ■ Algunas formas personales del verbo

## No:

*Cuando el trabajador reclame*

## Podemos utilizar:

*Cuando se reclame*

También, a veces, se puede **omitir la referencia directa al sexo** del sujeto y utilizar **el verbo en la primera persona de plural, en la segunda persona del singular**, y en la tercera persona del singular o del plural. Esto será posible siempre y cuando el sujeto esté claro y no cree ningún tipo de ambigüedad omitirlo, por ejemplo en los textos que recogen normas, recomendaciones, órdenes, etc.

## No:

*Si los compañeros deciden en asamblea*

## Podemos utilizar:

*Si se decide en asamblea*

### ■ Formas no personales del verbo

Por último, otra manera de evitar la recurrencia al masculino genérico, consiste en **emplear infinitivos o gerundios de interpretación genérica**.

## No:

*Es necesario que los trabajadores reclamen*

## Podemos utilizar:

*Es necesario reclamar*

Todas estas soluciones no son posibles en todos los contextos. Se trata de optar por la más adecuada, es decir, aquella que, sin atentar contra la gramática, visualice a la mujer en el discurso.

Tener en cuenta que será más ágil la lectura si se utilizan diferentes formas de nombrar a hombres y mujeres de las expresadas anteriormente.

Si utiliza el femenino y masculino, alternar el orden a lo largo del documento redactado, de modo que no tome relevancia ningún sexo

Buscar el equilibrio entre la economía del lenguaje y la representación explícita de mujeres y hombres







VIRGINIE DESPENTES

TEORÍA KING KONG

Traducción de Beatriz Preciado

UHF

EDUARDO BATTIO  
Cnel. Olmedo 11 - 11 B  
Tel. 0331 - 4727722

T10  
11 B  
7122

A KAREN BACH,

RAFAËLA ANDERSON Y CORALIE TRINH THI

Título original: *King Kong Théorie*

© Edicions Grasset & Fasquelle, 2006

© De la traducción: Bearriz Preciado

© Editorial Melusina, S.L., 2007  
[www.melusina.com](http://www.melusina.com)

Ilustración de cubierta: Marie Meier

Primera edición, 2007.  
Reservados todos los derechos.

Fotocomposición: Víctor Igual, S.L.  
Impresión: Romanyà Valls, S.A.  
ISBN-13: 978-84-96614-27-7  
ISBN-10: 84-96614-27-1  
Depósito legal: B.44.269-2007  
*Impreso en España*

EDICIONES B  
C/ de València, 107-109  
Tel. 9341 4117

## CONTENIDO

TENIENTAS CORRUPTAS 7

¿TE DOY O ME DAS POR EL CULO? 15

IMPOSIBLE VIOLAR A UNA MUJER TAN VICIOSA 29

DURMIENDO CON EL ENEMIGO 49

PORNO-BRUJAS 75

KING KONG GIRL 93

BUENA SUERTE CHICAS 113

BIBLIOGRAFÍA 123

## Tenientas corruptas\*

Escribo desde la fealdad, y para las feas, las viejas, las camioneras, las frías, las mal folladas, las infollables, las histéricas, las taradas, todas las excluidas del gran mercado de la buena chica. Y empiezo por aquí para que las cosas queden claras: no me disculpo de nada, ni vengo a quejarme. No cambiaría mi lugar por ningún otro, porque ser Virginie Despentes me parece un asunto más interesante que ningún otro.

Me parece formidable que haya también mujeres a las que les guste seducir, que sepan seducir, y otras que sepan casarse, que haya mujeres que huelan a sexo y otras a la merienda de los niños que salen del colegio. Formidable que las haya muy dulces, otras contentas en su feminidad, que las haya jóvenes, muy guapas, otras coquetas y radiantes. Francamente, me alegro por todas a las que les convienen las cosas tal y como son. Lo digo sin la menor ironía. Simplemente, yo no formo par-

\* Agradezco a Itziar Ziga y José Pons Bertran la lectura de esta traducción en castellano. (N. de la t.)

te de ellas. Seguramente yo no escribiría lo que escribo si fuera guapa, tan guapa como para cambiar la actitud de todos los hombres con los que me cruzo. Yo hablo como proletaria de la feminidad: desde aquí hablé hasta ahora y desde aquí vuelvo a empezar hoy. Cuando estaba en el paro no sentía vergüenza alguna de ser una paria, sólo rabia. Siento lo mismo como mujer: no siento ninguna vergüenza de no ser una tía buena. Sin embargo, como chica por la que los hombres se interesan poco estoy rabiosa, mientras todos me explican que ni siquiera debería estar ahí. Pero siempre hemos existido. Aunque nunca se habla de nosotras en las novelas de hombres, que sólo imaginan mujeres con las que querrían acostarse. Siempre hemos existido, pero nunca hemos hablado. Incluso hoy que las mujeres publican muchas novelas, raramente encontramos personajes femeninos cuyo aspecto físico sea desagradable o mediocre, incapaces de amar a los hombres o de ser amadas. Por el contrario, a las heroínas de la literatura contemporánea les gustan los hombres, los encuentran fácilmente, se acuestan con ellos en dos capítulos, se corren en cuatro líneas y a todas les gusta el sexo. La figura de la pringada de la feminidad me resulta más que simpática: es esencial. Del mismo modo que la figura del perdedor social, económico o político. Prefiero los que no consiguen lo que quieren, por la buena y simple razón de que yo misma tampoco lo logro. Y porque, en general, el humor y la invención están de nuestro lado. Cuando no se tiene lo que hay que tener para chulearse, se es a menudo más creativo. Yo, como chica, soy más bien King Kong que Kate Moss. Yo soy ese tipo de mujer con la que no se casan, con la que no tienen hijos, hablo de mi lugar como mujer siempre excesiva, demasiado agresiva, demasiado ruidosa, demasiado gorda, dema-

siado brutal, demasiado hirsuta, demasiado viril, me dicen. Son, sin embargo, mis cualidades viriles las que hacen de mí algo distinto de un caso social entre otros. Todo lo que me gusta de mi vida, todo lo que me ha salvado, lo debo a mi virilidad. Así que escribo aquí como mujer incapaz de llamar la atención masculina, de satisfacer el deseo masculino y de contentarme con un lugar en la sombra. Escribo desde aquí, como mujer poco seductora pero ambiciosa, atraída por el dinero que gano yo misma, atraída por el poder de hacer y de rechazar, atraída por la ciudad más que por el interior, siempre excitada por las experiencias e incapaz de contentarme con la narración que otros me harán de ellas. No me interesa ponérsela dura a hombres que no me hacen soñar. Nunca me ha parecido evidente que las chicas seductoras se lo pasen tan bien. Siempre me he sentido fea, pero tanto mejor porque esto me ha servido para librarme de una vida de mierda junto a tíos amables que nunca me habrían llevado más allá de la puerta de mi casa. Me alegro de lo que soy, de cómo soy, más deseante que deseable. Escribo desde aquí, desde las invendibles, las torcidas, las que llevan la cabeza rapada, las que no saben vestirse, las que tienen miedo de oler mal, las que tienen los dientes podridos, las que no saben cómo montárselo, esas a las que los hombres no les hacen regalos, esas que follarían con cualquiera que quisiera hacérselo con ellas, las más zorras, las putitas, las mujeres que siempre tienen el coño seco, las que tienen tripa, las que querrían ser hombres, las que se creen hombres, las que sueñan con ser actrices porno, a las que les dan igual los hombres pero a las que sus amigas interesan, las que tienen el culo gordo, las que tienen vello duro y negro que no se depilan, las mujeres brutales, ruidosas, las que lo rompen todo cuando pasan, a las que no les



gustan las perfumerías, las que llevan los labios demasiado rojos, las que están demasiado mal hechas como para poder vestirse como perritas calentonas pero que se mueren de ganas, las que quieren vestirse como hombres y llevar barba por la calle, las que quieren enseñarlo todo, las que son púdicas porque están acomplejadas, las que no saben decir que no, a las que se encierra para poder domesticarlas, las que dan miedo, las que dan pena, las que no dan ganas, las que tienen la piel flácida, la cara llena de arrugas, las que sueñan con hacerse un lifting, una liposucción, con cambiar de nariz pero que no tienen dinero para hacerlo, las que están desgastadas, las que no tienen a nadie que las proteja excepto ellas mismas, las que no saben proteger, esas a las que sus hijos les dan igual, esas a las que les gusta beber en los bares hasta caerse al suelo, las que no saben guardar las apariencias; pero también escribo para los hombres que no tienen ganas de proteger, para los que querrían hacerlo pero no saben cómo, los que no saben pelearse, los que lloran con facilidad, los que no son ambiciosos, ni competitivos, los que no la tienen grande, ni son agresivos, los que tienen miedo, los que son tímidos, vulnerables, los que prefieren ocuparse de la casa que ir a trabajar, los que son delicados, calvos, demasiado pobres como para gustar, los que tienen ganas de que les den por el culo, los que no quieren que nadie cuente con ellos, los que tienen miedo por la noche cuando están solos.

Porque el ideal de la mujer blanca, seductora pero no puta, bien casada pero no a la sombra, que trabaja pero sin demasiado éxito para no aplastar a su hombre, delgada pero no obsesionada con la alimentación, que parece indefinidamente joven pero sin dejarse desfigurar por la cirugía estética, madre

realizada pero no desbordada por los pañales y por las tareas del colegio, buen ama de casa pero no sirvienta, cultivada pero menos que un hombre, esta mujer blanca feliz que nos ponen delante de los ojos, esa a la que deberíamos hacer el esfuerzo de parecernos, a parte del hecho de que parece romperse la crisma por poca cosa, nunca me la he encontrado en ninguna parte. Es posible incluso que no exista.

«En realidad, si la mujer no tuviera existencia salvo en la ficción que han escrito los hombres, uno se la imaginaría como una persona de la mayor importancia, muy heterogénea, heroica y mezquina, espléndida y sórdida, infinitamente hermosa y extremadamente horrible, tan grande como el hombre, más grande según algunos. Pero ésa es la mujer en la ficción. En la realidad, como señala el profesor Trevelyan, la encerraban, la golpeaban y la zamarreaban por el cuarto.»

Virginia Woolf, *Una habitación propia*, 1929.

## ¿Te doy o me das por el culo?

Desde hace un tiempo, en Francia, no nos dejan de echar la bronca con respecto a los años 70. Que si hemos tomado el mal camino, que qué hemos hecho con la revolución sexual, que si nos creemos hombres o qué y que, con nuestras tonterías, váyase a saber dónde ha ido a parar la buena y vieja virilidad, esa de papá y del abuelo, de esos hombres que sabían morir en la guerra y conducir un hogar con una sana autoridad. Y con la ley respaldándoles. Nos echan la bronca porque los hombres tienen miedo. Como si la culpa fuera nuestra. Resulta asombroso y, como poco, moderno, que sea un dominante el que venga a quejarse de que el dominado no pone bastante de su parte... El hombre blanco, ¿se dirige aquí realmente a las mujeres o intenta más bien expresar que está sorprendido del giro que están dando globalmente sus asuntos? En cualquier caso, no es posible que nos echen tanto la bronca, que nos llamen al orden y nos controlen de este modo. Por una parte, jugamos demasiado a ser la víctima, por otra, no follamos como es debido, o somos demasiado zorras o demasiado tiernas y enamoradas. Sea lo que sea, no hemos entendido nada. O so-

mos demasiado porno o no somos demasiado sensuales... Definitivamente, esta revolución sexual fue como echar margaritas a las tontas. Hagamos lo que hagamos, siempre hay alguien que se esfuerza por decirnos que es una mierda. Casi era mejor antes. ¿De verdad?

Nací en 1969. Fui a un colegio mixto. Supe desde los primeros cursos que la inteligencia escolar de los niños era la misma que la de las niñas. Llevé minifalda sin que nadie de mi familia se preocupara por mi reputación frente a los vecinos. Empecé a tomar la píldora a los catorce años sin más complicación. Follé desde que tuve la primera ocasión, me gustaba muchísimo en esa época y, veinte años después, el único comentario que se me ocurre al respecto es: «mejor para mí». Me fui de casa a los diecisiete años y tuve derecho a vivir sola sin que nadie pudiera decirme nada. Siempre he sabido que trabajaría, que no estaría obligada a soportar la compañía de un hombre para que me pagara el alquiler. Abrí una cuenta corriente a mi nombre sin ser consciente de que pertenecía a la primera generación de mujeres que podían hacerlo sin depender de su padre o de su marido. Empecé a masturbarme bastante tarde, pero ya conocía la expresión después de haber leído libros muy claros sobre la cuestión: no era un monstruo social porque me masturbaba, en todo caso, lo que yo hacía con mi coño era asunto mío. Me he acostado con cientos de tíos y nunca me he quedado embarazada y, de todos modos, sabía dónde abortar, sin necesidad de autorización, sin poner mi vida en peligro. He sido puta, me he paseado por la ciudad con tacones altos y escotes largos sin rendir cuentas a nadie, cobraba y me gastaba cada céntimo que ganaba. He hecho auto-stop, me violaron, y después volví a hacer auto-stop. Es-

cribí un primer libro que firmé con mi nombre de mujer, sin imaginarme por un segundo que cuando fuera publicado vendrían a recitarme la cartilla de todas las fronteras que no debo cruzar. Las mujeres de mi edad son las primeras que pueden vivir una vida sin sexo, sin tener que entrar en un convento. El matrimonio forzado se ha vuelto insólito. El deber conyugal ha dejado de ser una evidencia. Durante años, estuve a millones de kilómetros del feminismo, no por falta de solidaridad o de conciencia, sino porque, durante mucho tiempo, ser del sexo femenino no me impedía hacer gran cosa. Como tenía ganas de vivir una vida de hombre, he vivido una vida de hombre. Y es que la revolución feminista ha ocurrido. Basta de contarnos que antes estábamos más satisfechas. Los horizontes se han ampliado, nuevos territorios se han abierto radicalmente, hasta tal punto que hoy nos parece que siempre ha sido así.

Es cierto, hoy Francia dista mucho de ser la Arcadia para todos. Aquí no estamos ni contentas ni contentos. Y esto no tiene ninguna relación con el respeto de la tradición de los géneros. Podríamos quedarnos todas en delantal en la cocina y tener hijos cada vez que follamos, eso no cambiaría en nada la quiebra del sistema de trabajo, del liberalismo, del cristianismo y del equilibrio ecológico.

Las mujeres que me rodean ganan efectivamente menos que los hombres, ocupan puestos subalternos, encuentran normal que las menosprecien cuando emprenden algo. Existe un orgullo de sirvienta que avanza con trabas, como si fuera útil, agradable o sexy. Un goce de esclavo en la idea de servir de trampolín. Nos avergüenza nuestro poder. Siempre estamos vigiladas por los hombres que siguen metiéndose en

nuestros asuntos para decirnos lo que nos conviene y lo que no, vigiladas sobre todo por las otras mujeres, por la familia, por las revistas femeninas, por el discurso dominante. Es necesario reducir nuestro poder, nunca bien visto en una mujer: «competente» quiere decir todavía «masculino».

Joan Rivière, psicoanalista de principios del siglo XX, escribe *La feminidad como mascarada* en 1927. Estudia el caso de una mujer «intermedia», es decir, heterosexual pero viril, que sufre cada vez que se expresa en público, tiene un miedo tan horrible que pierde los papeles y que se traduce en una necesidad obsesiva y humillante de atraer la atención de los hombres.

«El análisis desveló que su coquetería y sus flirteos compulsivos ... se explicaban de este modo: se trataba de un intento inconsciente de disminuir la ansiedad que le provocaba el miedo a las represalias que temía recibir por parte de las figuras paternas después de haber mostrado sus proezas intelectuales. La demostración en público de sus capacidades intelectuales, que en sí mismas representaban un éxito, adquiría el sentido de una exhibición que pretendía mostrar que ella poseía el pene del padre, después de haberlo castrado. Una vez hecha la demostración, sentía un miedo horrible de que el padre se vengara. Se trataba, evidentemente, de una conducta destinada a apaciguar la venganza intentando ofrecerse sexualmente a él.»

Este análisis ofrece una clave de lectura del éxito del modelo de la «calentona» en la cultura popular actual. Ya sea mientras andamos por la ciudad o cuando vemos la MTV o un programa musical en la primera cadena o cuando hojeamos una revista

del corazón, nos asalta la explosión del estilo super-puta, por otra parte muy favorecedor, que adoptan muchas chicas. Es una manera de disculparse, de tranquilizar a los hombres: «mira qué buena estoy, a pesar de mi autonomía, de mi cultura, de mi inteligencia, en realidad, lo único que quiero es gustarte» parecen gritar las niñas en tanga. Tengo la posibilidad de vivir de otro modo, pero he decidido vivir alienada a través de las estrategias de seducción más eficaces.

Podemos extrañarnos, a primera vista, de que las chavalas adopten con tanto entusiasmo los atributos de la mujer-«objeto», que mutilen su cuerpo y lo exhiban espectacularmente, al mismo tiempo que esta joven generación valoriza la «mujer respetable», lejos de una sexualidad lúdica. La contradicción es tan sólo aparente. Las mujeres envían a los hombres un mensaje tranquilizador: «no tengáis miedo de nosotras». Vale la pena llevar ropa poco confortable, zapatos que dificulten la marcha, vale la pena rehacerse la nariz o hincharse los senos, vale la pena morir de hambre. Nunca antes una sociedad había exigido tantas pruebas de sumisión a las normas estéticas, tantas modificaciones corporales para feminizar un cuerpo. Al mismo tiempo, ninguna otra sociedad ha permitido de modo tan libre la circulación corporal e intelectual de las mujeres. La re-feminización de las mujeres parece una excusa que viene después de la pérdida de las prerrogativas masculinas, una manera de tranquilizarse, tranquilizándose. «Liberémonos, pero no demasiado. Queremos jugar el juego, no queremos poderes vinculados al falo, no queremos asustar a nadie.» Las mujeres se aminoran espontáneamente, disimulan lo que acaban de conseguir, se sitúan en la posición de la seductora, incorporándose de este modo a su papel, de modo

tan ostentoso que ellas mismas saben que —en el fondo— se trata simplemente de un simulacro. El acceso a los poderes tradicionalmente masculinos implica el miedo al castigo. Desde siempre, salir de la jaula se ha visto acompañado de sanciones brutales.

No es tanto el hecho de que hayamos asimilado la idea de nuestra propia inferioridad, no importa cuál haya sido la violencia de los instrumentos de control, la historia cotidiana nos ha mostrado que los hombres no eran por naturaleza ni superiores ni diferentes a las mujeres. Es más bien la idea de que nuestra independencia resulta nefasta la que está implantada en nosotras hasta el tuétano. Idea que los medios de comunicación retoman con insistencia: ¿cuántos artículos en los últimos veinte años se han escrito sobre las mujeres que dan miedo a los hombres, sobre las que se han quedado solas, las que han sido castigadas por su ambición o su singularidad? Como si ser viuda, estar sola o abandonada en tiempos de guerra, o ser maltratada fuera una invención reciente. Siempre hemos tenido que arreglárnoslas sin la ayuda de nadie. Pretender que los hombres y las mujeres se llevaban mejor antes de los años setenta es una contraverdad histórica. Nos frecuentábamos menos, eso es todo.

En el mismo orden de cosas, la maternidad se ha vuelto una experiencia femenina ineludible, valorada por encima de cualquier otra: dar la vida es fantástico. La propaganda «pto-maternidad» nunca ha sido tan martilleante. Menudo carnelo, el método contemporáneo y sistemático de la doble obligación: «tened hijos, es fantástico, os sentiréis más mujeres y más realizadas que nunca», pero hacedlo en una sociedad decadente en

la que el trabajo asalariado es una condición de la supervivencia social, aunque no está garantizado para nadie, y sobre todo para las mujeres. Traed hijos a ciudades donde la vivienda es precaria, donde el colegio dimite, donde se somete a los niños a las agresiones mentales más perversas, a través de la publicidad, la televisión, internet, las empresas de refrescos y todos sus colegas. Sin niños la alegría femenina no existe, pero criar a los niños en condiciones decentes es casi imposible. Es necesario, de todos modos, que las mujeres sientan que han fracasado. En cualquier cosa que emprendan, debemos poder demostrar que ellas lo han hecho mal. No hay actitud correcta, forzosamente hemos cometido un error en nuestra elección, se nos responsabiliza de un fracaso que es, en realidad, colectivo, social y no femenino. Las armas utilizadas contra nuestro género son específicas, pero el método también se aplica contra los hombres. Un buen consumidor es un consumidor inseguro.

Sorprendente y tristemente revelador: la revolución feminista de los años 70 no ha dado lugar a ninguna reorganización con respecto al cuidado de los niños. Tampoco del espacio doméstico. Ambos son trabajos benévolos, por tanto, femeninos. No hemos salido de la condición del artesanado. Tanto política como económicamente, no nos hemos preocupado del espacio público, no nos lo hemos apropiado. No hemos creado las guarderías necesarias ni los jardines de infancia, no hemos creado los sistemas industriales de trabajo a domicilio que nos hubieran permitido emanciparnos. No hemos invertido en estos sectores económicamente rentables, ni para hacer fortuna, ni siquiera para que sirvieran a la comunidad. ¿Por qué nadie ha inventado el equivalente de Ikea para cuidar a los niños, el equivalente de Macintosh para hacer las tareas domésticas? La



organización de la colectividad sigue siendo una prerrogativa masculina. Nos falta seguridad con respecto a nuestra legitimidad para irrumpir en lo político; no se puede pedir menos, visto el terror físico y moral al que se enfrenta nuestra categoría sexual. Como si otros se fueran a ocupar correctamente de nuestros problemas, y como si nuestras preocupaciones específicas no fueran tan importantes. Nos equivocamos. Si parece evidente que las mujeres se vuelven tan corruptas y asquerosas en contacto con el poder como los hombres, parece también innegable que ciertas consideraciones son específicamente femeninas. Abandonar el terreno político como lo hemos hecho nosotras marca nuestras propias resistencias a la emancipación. Es cierto que para luchar y tener éxito en política se requiere estar lista para sacrificar la feminidad, porque hay que estar dispuesta a combatir, triunfar, y demostrar el poder de una. Hay que olvidarse de ser dulce, agradable, servicial, hay que autorizarse a dominar al otro, públicamente. Pasar de su consentimiento, ejercer el poder frontalmente, sin remilgos ni excusas, porque son escasos los contrincantes que os felicitarán por haberles ganado.

La maternidad se ha vuelto el aspecto más glorificado de la condición femenina. Es también, en Occidente, el dominio en el que el poder de la mujer se ha intensificado más. Lo que era cierto en el caso de las niñas desde hace tiempo, el dominio total de la madre, lo es hoy también en el caso de los niños. La mamá sabe lo que es bueno para su hijo, nos lo repiten de todas las maneras posibles, en ella reside intrínsecamente ese asombroso poder. Réplica doméstica de lo que se organiza colectivamente: el Estado siempre vigilante sabe mejor que nosotros lo que debemos comer, beber, fumar, in-

gerir, lo que podemos ver, leer, comprender, cómo debemos desplazarnos, gastar nuestro dinero, distraernos. Cuando el gobierno reclama la presencia de la policía en el colegio o pide la presencia del ejército en los barrios periféricos, no introducen una figura viril de la ley en el dominio de la infancia, se trata más bien de la prolongación del poder absoluto de la madre. Sólo ella sabe castigar, encuadrar y mantener a los niños en estado de crianza prolongada. Un Estado que se proyecta como madre todopoderosa es un Estado fascista. El ciudadano de la dictadura vuelve a la condición de bebé: con los pañales bien limpios, bien alimentado y mantenido en su cuna por una fuerza omnipresente que todo lo sabe, que tiene todos los derechos sobre él, y todo ello por su propio bien. Se libera al individuo de su autonomía, de su facultad de engañar, de ponerse en peligro. Nuestra sociedad tiende hacia ahí, posiblemente porque ya hemos dejado atrás nuestro tiempo de gloria, regresamos hacia estados de organización colectiva que infantilizan al individuo. Según la tradición, los valores viriles son los valores de la experimentación, del riesgo, de la ruptura con el hogar. Los hombres se equivocan si se sienten alegres o protegidos al ver que desde todos los ámbitos se menosprecia, se entorpece y se designa como funesta la virilidad de las mujeres. Lo que se cuestiona es tanto nuestra autonomía como la suya. En una sociedad de vigilancia liberal, el hombre es un simple consumidor como cualquier otro, y no es deseable que tenga más poder que una mujer.

El cuerpo colectivo funciona como un cuerpo individual: si el sistema es neurótico engendra inmediatamente estructuras autodestructoras. Cuando el inconsciente colectivo, a través de

los instrumentos de poder de los medios de comunicación o de la industria cultural, sobrevalora la maternidad, no lo hace ni por amor de la feminidad ni por bondad global. La madre investida de todas las virtudes es el cuerpo colectivo que se prepara para la regresión fascista. El poder que otorga un Estado enfermo es forzosamente un poder sospechoso.

Hoy escuchamos a hombres que se lamentan de que la emancipación femenina les desviriliza. Echan de menos un estado anterior, en el que su fuerza estaba enraizada en la opresión femenina. Olvidan que esta ventaja política que se les había concedido tenía un coste: el cuerpo de las mujeres pertenecía a los hombres; en contrapartida, el cuerpo de los hombres pertenecía a la producción, en tiempos de paz, y al Estado, en tiempos de guerra. La confiscación del cuerpo de las mujeres se produce al mismo tiempo que la confiscación del cuerpo de los hombres. Los únicos que salen ganando en este negocio son los dirigentes.

El soldado más famoso de la guerra de Iraq es una mujer. Hoy en día, los Estados envían sus pobres al frente. Los conflictos armados se han vuelto territorios mixtos. Cada vez más, la polaridad en la realidad se estructura en función de la clase social.

Los hombres denuncian con virulencia las injusticias sociales o raciales, pero se muestran indulgentes y comprensivos cuando se trata de la dominación machista. Son muchos los que pretenden explicar que el combate feminista es secundario, como si fuera un deporte de ricos, sin pertinencia ni urgencia. Hace falta ser idiota, o asquerosamente deshonesto, para pensar que una forma de opresión es insoportable y juzgar que la otra está llena de poesía.

Del mismo modo, las mujeres ganaríamos pensando mejor en las ventajas del acceso de los hombres a una paternidad activa, más que aprovecharse del poder que les confiere políticamente la exaltación del instinto maternal. La mirada del padre sobre el niño constituye una revolución en potencia. Los padres pueden hacer saber a sus hijas que ellas tienen una existencia propia, fuera del mercado de la seducción, que poseen fuerza física, espíritu emprendedor e independiente, y pueden valorarlas por esta fuerza sin miedo a un castigo inmanente. Pueden hacer saber a sus hijos que la tradición machista es una trampa, una restricción severa de las emociones al servicio del ejército y del Estado. Porque la virilidad tradicional es una maquinaria tan mutiladora como lo es la asignación a la feminidad. ¿Qué es lo que exige ser un hombre, un hombre de verdad? Reprimir sus emociones. Acallar su sensibilidad. Avergonzarse de su delicadeza, de su vulnerabilidad. Abandonar la infancia brutal y definitivamente: los hombres-niños no están de moda. Estar angustiado por el tamaño de la polla. Saber hacer gozar sexualmente a una mujer sin que ella sepa o quiera indicarle cómo. No mostrar la debilidad. Amordazar la sensualidad. Vestirse con colores discretos, llevar siempre los mismos zapatos de patán, no jugar con el pelo, no llevar muchas joyas y nada de maquillaje. Tener que dar el primer paso, siempre. No tener ninguna cultura sexual para mejorar sus orgasmos. No saber pedir ayuda. Tener que ser valiente, incluso si no se tienen ganas. Valorar la fuerza sea cual sea su carácter. Mostrar la agresividad. Tener un acceso restringido a la paternidad. Tener éxito socialmente para poder pagarse las mejores mujeres. Tener miedo de su homosexualidad porque un hombre, uno de verdad, no debe ser penetrado. No jugar a las muñe-

cas cuando se es pequeño, contentarse con los coches y las pistolas de plástico aunque sean feas. No cuidar demasiado su cuerpo. Someterse a la brutalidad de los otros hombres sin quejarse. Saber defenderse incluso si se es tierno. Privarse de su feminidad, del mismo modo que las mujeres se privan de su virilidad, no en función de las necesidades de una situación o de un carácter, sino en función de lo que exige el cuerpo colectivo. De tal modo que las mujeres ofrezcan siempre los niños a la guerra y los hombres acepten ir a dejarse matar para salvaguardar los intereses de tres o cuatro cretinos de miras cortas.

Si no avanzamos hacia ese lugar desconocido que es la revolución de los géneros, sabemos exactamente hacia donde regresamos. Un Estado omnipotente que nos infantiliza, que interviene en todas nuestras decisiones, por nuestro propio bien, que —con la excusa de protegernos mejor— nos mantiene en la infancia, en la ignorancia y en el miedo al castigo y la exclusión. El tratamiento de favor que hasta ahora estaba reservado a las mujeres, con la vergüenza como punta de lanza que las mantenía en el aislamiento, la pasividad, la inmovilidad, podría ahora extenderse a todos. Comprender los mecanismos que nos han hecho inferiores y los modos a través de los cuales nos hemos convertido en nuestras mejores vigilantes, es comprender los mecanismos de control de toda la población. El capitalismo es una religión igualitarista, puesto que nos somete a todos y nos lleva a todos a sentirnos atrapados, como lo están todas las mujeres.

«En Estados Unidos y en otros países capitalistas, las leyes contra la violación fueron originalmente formuladas para proteger a los hombres de las clases altas frente a las agresiones que podían sufrir sus hijas y esposas. Habitualmente, los tribunales han prestado poca atención a lo que pudiera ocurrirles a las mujeres de clase trabajadora, y por consiguiente, el número de hombres blancos procesados por violencia sexual infligida a estas mujeres es extraordinariamente reducido.»

Angela Davis, *Mujeres, clase y raza*, 1981.

## Imposible violar a una mujer tan viciosa\*

Julio de 1986, tengo 17 años. Somos dos chicas en minifalda, yo llevo unos leonardos a rayas y unas zapatillas Converse rojas. Regresamos de Londres donde nos hemos gastado en discos, tintes y diversos accesorios con clavos y tachuelas toda la pasta que teníamos ahorrada, así que no tenemos ni un duro para el viaje de vuelta. Nos las arreglamos para llegar hasta Dover haciendo auto-stop, nos lleva todo el día, después pedimos dinero al lado de la taquilla para pagar el ferry; cuando llegamos a Calais ya es de noche. Durante la travesía hemos buscado a alguien que nos pueda acercar en coche. Dos italianos bastante guapos y fumadores de porros nos llevan hasta la entrada de París. Nos dejan en plena noche en una gasolinera en algún lugar de la autopista que rodea París. Decidimos esperar a que se haga de día y los conductores se levanten para encontrar un camión que nos lleve directamente hasta Nancy. Vagabundeamos en el parking, en la tienda; apenas hace frío.

\* Título de una canción del grupo punk francés Trust del álbum *Antisocial*. (N. de la t.)

Un coche con tres chavales blancos, típicos barriobajeros de las afueras en esa época, cervezas, porros, hablan de Renaud, el cantante. Como son tres, al principio, no queremos montarnos con ellos. Pero se toman la molestia de hacerse los simpáticos, de bromear y de discutir. Nos convencen de que es estúpido esperar al oeste de París cuando ellos podrían dejarnos en el este, desde donde sería más fácil encontrar a alguien que nos lleve. Y acabamos montándonos en el coche. De las dos, yo soy la que ha corrido más mundo, la más bocazas, la que decide irnos con ellos. Nada más cerrar las puertas, ya sabemos que hemos hecho una tontería. Pero en lugar de gritar «nos bajamos» durante los pocos metros que hubiera sido posible, cada una se dice en su esquina que hay que dejar de ser paranoica y de ver violadores por todas partes. Llevamos una hora hablando con ellos, tienen pinta de simples tarados, graciosos, realmente nada agresivos. Esta proximidad quedará entre las cosas imborrables: cuerpos de hombres en un lugar confinado en el que estamos encerradas, con ellos, pero sin ser como ellos. Nunca iguales, nuestros cuerpos de mujer. Nunca seguras, nunca como ellos. Somos el sexo del miedo, de la humillación, el sexo extranjero. Su virilidad, su famosa solidaridad masculina, se construye a partir de esta exclusión de nuestros cuerpos, se teje en esos momentos. Es un pacto que reposa sobre nuestra inferioridad. Sus risas de tíos, entre ellos, la risa de los más fuertes, de los más numerosos.

Mientras ocurre ellos hacen como si no supieran exactamente qué está pasando. Como llevamos minifalda, como tenemos una el pelo verde y la otra naranja, sin duda, «follamos como perras», así que la violación que se está cometiendo no es tal cosa. Como en la mayoría de las violaciones, imagino. Imagino que, después, ninguno de esos tres tipos se identifica

como violador. Puesto que lo que han hecho es otra cosa. Tres con un fusil contra dos chicas a las que han pegado hasta hacerles sangrar: no es una violación. La prueba: si verdaderamente hubiéramos querido que no nos violaran, habríamos preferido morir, o habríamos conseguido matarlos. Desde el punto de vista de los agresores, se las arreglan para creer que si ellas sobreviven es que la cosa no les disgustaba tanto. Es la única explicación que he encontrado a esta paradoja: a partir de la publicación de *Fóllame* me encuentro con mujeres que vienen a contarme: «me violaron, cuanto tenía tantos años, en tales circunstancias». Esta situación se repetía tan a menudo que resultaba molesta, y en un primer momento, me preguntaba si mentían. En nuestra cultura, desde la Biblia y la historia de José en Egipto, la palabra de la mujer que acusa al hombre de haberla violado es una palabra que ponemos inmediatamente en duda. He aquí un hecho aglutinador, que conecta a todas las clases sociales, todas las generaciones, todos los cuerpos y todos los caracteres. Pero, ¿cómo explicar que nunca oigamos al adversario: «fulanita ha violado a fulanita, en tales circunstancias»? Porque los hombres siguen haciendo lo que las mujeres han aprendido a hacer durante siglos: llamarlo de otro modo, adornarlo, darle la vuelta, sobre todo no llamarlo nunca por su nombre, no utilizar nunca *la* palabra para describir lo que han hecho. Se «han pasado un poco», ella estaba «un poco borracha» o bien era una ninfómana que hacía como si no quisiera: pero si ha ocurrido es que, en realidad, la chica consentía. Que haga falta pegarla, amenazarla, agarrarla entre varios para obligarla y que lllore antes, después y durante, eso no cambia nada; en la mayoría de los casos, el violador se las arregla con su conciencia: no ha sido una violación, era una puta que no se asume y a la que él ha sabido convencer. A menos que ese no

sea un peso demasiado difícil de soportar, también del lado de ellos. Pero no sabemos nada, ellos no dicen nada.

Sólo se identifica en prisión a los psicópatas graves, los violadores en serie que recortan coños con cascots de botella, o a los pedófilos que atacan a las niñas. Porque los hombres, claro está, condenan la violación. Lo que ellos practican, eso es otra cosa.

A menudo se dice que el porno aumenta el número de violaciones. Hipócrita y absurdo. Como si la agresión sexual fuera una invención reciente, que tuvo que ser introducida en las mentes a través de las películas. Sin embargo, que los machos franceses no hayan ido a la guerra después de los años sesenta en Argelia aumenta seguramente el número de violaciones «civiles». La vida militar hasta ahora era una ocasión habitual de practicar violaciones colectivas «por la buena causa». Se trata en principio de una estrategia de guerra, que participa de la virilización del grupo que la lleva a cabo y debilita, al mismo tiempo, al grupo adversario. Esto es así desde que las guerras existen. Dejen de hacernos creer que la violencia sexual contra las mujeres es un fenómeno reciente, o propio de un grupo específico.

Los primeros años, procurábamos no hablar de ello. Tres años más tarde, en las cuevas de la Cruz Roja de Lyon, violan a una chica a la que yo quería mucho: un tipo la sigue desde la calle y la viola en su casa, sobre la mesa de la cocina. El día que me entero estoy trabajando en una pequeña tienda de discos, Ataque Sonoro, en el casco viejo de Lyon. Hace un día estupendo, luce el sol, la luz inunda los muros de las calles estrechas de la vieja ciudad, las piedras talladas y pulidas, los bancos amarillos y anaranjados. El muelle de Saône, el puente, las fachadas de las ca-

sas. Siempre me ha impresionado la belleza de la ciudad, y ese día especialmente. La violación, como si estuviera ya contenida de algún modo en la ciudad, no perturba esa tranquilidad. Cierro la tienda y voy a dar una vuelta. Me indigno más ese día que cuando nos ocurrió a nosotras. A través de su historia comprendo que la violación es algo que se pilla y de lo que después no te puedes deshacer. Contaminada. Hasta ese momento, yo creía que lo había asumido bien, que tenía la piel gruesa y cosas mejores que hacer en lugar de dejar que tres paletos me traumatizaran. Pero al darme cuenta de hasta qué punto yo veía la violación de mi amiga cómo un acontecimiento a partir del cual nada sería nunca como antes, acabé aceptando, de rebote, lo que nosotras mismas sentíamos. La herida de una guerra que se libra en el silencio y en la oscuridad.

Cuando violaron a mi amiga, yo tenía veinte años. Entonces no me interesaba que me hablaran de feminismo. Poco punk y demasiada buena voluntad. Después de su agresión, cambié de idea, y participé en un fin de semana de formación de «Stop Violación», una línea telefónica de ayuda, para hablar después de una agresión o para encontrar información jurídica. El seminario apenas había empezado y yo ya estaba refunfuñando en mi silla: ¿por qué aconsejar a alguien que pusiera una denuncia? Al ir a la policía, salvo para recibir el dinero de un seguro, no le veía ningún interés. Declararse víctima de una violación, en una comisaría, pensaba yo de forma instintiva, era una manera de ponerse de nuevo en peligro. La ley de los maderos es la ley de los hombres. Después una participante nos explica: «la mayoría de las veces, una mujer que habla de su violación empezará llamándola de otro modo.» En mi interior, como siempre, sigo renegando. Eso me parecía altamente improbable: ¿por qué no dirán esa palabra y, además, qué sabe esa

que habla? ¿Acaso se cree que nos parecemos todas? De repente, pongo freno a mi rollo: ¿Qué es lo que yo he hecho hasta ese momento? Las pocas veces —a menudo super pedo— que he querido hablar del tema, ¿acaso he dicho la palabra? Nunca. Las pocas veces que he intentado contarle, he esquivado la palabra «violación»: «una agresión», «un lío», «un agarrón», «una mierda», *whatever...* Mientras no lleva su nombre, la agresión pierde su especificidad, puede confundirse con otras agresiones, como que te roben, que te pille la policía, que te arresten o que te peguen una paliza. Esta estrategia de miopía resulta útil. Porque, desde el momento en que se llama a una violación *violación*, todo el dispositivo de vigilancia de las mujeres se pone en marcha: ¿qué es lo que quieres?, ¿que se sepa lo que te ha sucedido? ¿Qué es lo que quieres?, ¿que todo el mundo te vea como a una mujer a la que *eso* le ha sucedido? Y de todos modos, ¿cómo es posible que hayas sobrevivido sin ser realmente una puta rematada? Una mujer que respeta su dignidad hubiera preferido que la mataran. Mi supervivencia, en sí misma, es una prueba que habla contra mí. El hecho de tener más miedo a la posibilidad de que te maten que a quedar traumatizada por los golpes de pelvis de tres cabrones, parecía algo monstruoso: yo nunca había oído hablar del tema, en ninguna parte. Gracias a mi condición de punky practicante, podía vivir sin mi pureza de mujer decente. Porque es necesario quedar traumatizada después de una violación, hay una serie de marcas visibles que deben ser respetadas: tener miedo a los hombres, a la noche, a la autonomía, que no te gusten ni el sexo ni las bromas. Te lo repiten de todas las maneras posibles: es grave, es un crimen, los hombres que te aman, si se enteran, se van a volver locos de dolor y de rabia (la violación es también un diálogo privado a través del cual un hombre declara a

los otros hombres: yo me follo a vuestras mujeres a lo bestia). Así que el consejo más razonable, por diferentes razones, sigue siendo: «guarda eso en tu fuero interior.» Asfixiada entre dos órdenes. Púdrete, puta, como quien dice.

Así se evita la palabra. A causa de todo lo que la palabra abarca. En el campo de las agredidas, como en el de los agresores, todo el mundo da vueltas en torno al término. El resultado es un silencio cruzado.

Los primeros años después de la violación, una triste sorpresa: los libros no podrán ayudarme. Eso no me había ocurrido nunca. Cuando, por ejemplo, en 1984 me internaron en un hospital psiquiátrico durante unos meses, mi primera reacción, al salir, fue leer. *El pabellón de los niños locos*, *Alguien voló sobre el nido del cuco*, *Cuando tenía cinco años me maté* y los ensayos sobre psiquiatría, internamiento, vigilancia y adolescencia. Los libros estaban ahí, me acompañaban, hacían que aquello fuera posible, enunciable, que yo pudiera compartirlo. La prisión, la enfermedad, los malos tratos, las drogas, el abandono, la deportación, todos los traumas tienen su literatura. Pero ninguna mujer después de haber pasado por una violación había podido utilizar el lenguaje para hacer de esa experiencia el tema de una novela. Nada, ni guía, ni compañía. Eso no pasaba al dominio de lo simbólico. Es asombroso que las mujeres no digamos nada a las niñas, que no haya ninguna transmisión de saber, ni de consignas de supervivencia, ni de consejos prácticos y simples. Nada.

Finalmente, en 1990, voy a París a un concierto de Limbomaniacs, en el tren leo *Spin*, una revista americana. Una tal Camille Paglia escribe un artículo que me interpela y me hace



reír, en el que describe el efecto que le causa ver a los jugadores de fútbol sobre el terreno, fascinantes bestias de sexo llenas de agresividad. Empieza su artículo hablando de cómo le gusta toda esa rabia guerrillera, ese alarde de sudor y de piernas musculosas en acción. Y eso la lleva, como de oca en oca, a hablar de violación. He olvidado los términos exactos. Pero, era algo así, en esencia: «Es un riesgo inevitable, es un riesgo que las mujeres deben tener en cuenta y deben correr si quieren salir de sus casas y circular libremente. Si te sucede, levántate, *dust yourself*, desempólvate, y pasa a otra cosa. Y si eso te da demasiado miedo, entonces quédate en casa de mamá y ocúpate de hacerte la manicura.» Eso me da rabia en su momento. Pero unos minutos después, se instala en mí una paz interior: me impacta. París, estación de Lyon, se ha hecho de noche, llamo a Carolina, la misma amiga de siempre, antes de tirar hacia el norte en busca de la sala de conciertos de la calle Ordener. La llamo, emocionada, para hablarle de esta italo-americana, tiene que leerla y decirme lo que piensa. El artículo impacta a Carolina como me impactó a mí.

A partir de ese momento ya nunca ha habido nada prohibido, cerrado como antes. Pensar por primera vez la violación de una manera nueva. El tema había sido tabú hasta entonces, tan minado que no nos permitían decir otra cosa que «qué horror» y «pobres chicas».

Por primera vez, alguien valoraba la capacidad de recuperarse de una violación, más que de largar un florilegio de traumas de forma condescendiente. Desvalorización de la violación, de su alcance, de su resonancia. Eso no anulaba nada de lo que había pasado ni borraba nada de lo que habíamos aprendido aquella noche.

Camille Paglia es, sin duda, la más controvertida de todas las feministas americanas. Propone pensar la violación como un riesgo inevitable, inherente a nuestra condición femenina: Una libertad increíble de des-dramatización. Sí, habíamos salido afuera, a un espacio que no era el nuestro. Sí, habíamos sobrevivido en lugar de haber muerto. Sí, estábamos en minifalda solas sin un tío que nos acompañara, de noche, sí, habíamos sido idiotas, y débiles como las niñas aprenden a serlo cuando las agreden. Sí, eso nos había ocurrido a nosotras, pero por primera vez comprendíamos lo que habíamos hecho: habíamos salido de casa, porque en casa de papá y mamá no pasaba nada interesante. Habíamos corrido el riesgo, habíamos pagado el precio, y más que sentir vergüenza por estar vivas podíamos decidir levantarnos y recuperarnos lo mejor posible. Paglia nos permitía imaginarnos como guerrilleras, no tanto responsables personalmente de algo que nos habíamos buscado, sino víctimas ordinarias de algo que podíamos esperar cuando se es mujer y se quiere correr el riesgo de salir al exterior. Ella era la primera que había sacado la violación del horror absoluto, de lo no dicho, de lo que no debe ocurrir nunca. Ella hacía de la violación una circunstancia política, algo que debíamos aprender a encajar. Paglia cambiaba todo: ya no se trataba de negar, ni de morir, se trataba de vivir con.

Verano de 2005, Filadelfia, estoy frente a Camille Paglia, realizando una entrevista para un documental. Asiento con la cabeza entusiasmada escuchándola: «En los años sesenta, en los campus universitarios, se encerraba a las chicas en los dormitorios a las seis de la tarde, mientras que los chicos podían hacer lo que querían. Nosotras preguntamos: “¿por qué esta diferencia de trato?”. Nos explicaron: “porque el mundo es peli-

groso; corréis el riesgo de ser violadas". Respondimos: "entonces dadnos el derecho de correr el riesgo de ser violadas."

He aquí algunas de las reacciones que la narración de mi historia ha suscitado: «¿Y tú has hecho dedo después?» Porque yo contaba que no se lo había dicho a mis padres, por miedo a que me encerraran en una caja fuerte por mi bien. Porque evidentemente había vuelto a hacer dedo. Menos contenta, menos efusiva, pero lo he vuelto a hacer. Hasta que otros punks me dieron la idea de viajar en tren a golpe de multa no conocía otra manera de ir a un concierto en Toulouse el jueves y a otro el sábado en Lille. Y en esa época, ir a un concierto era más importante que cualquier otra cosa. Justificaba cualquier riesgo. Nada podía ser peor que quedarme en mi habitación, lejos de la vida, cuando ocurrían tantas cosas fuera. Así que seguí yendo a ciudades en las que no conocía a nadie, seguí esperando que las estaciones de tren cerrasen para poder pasar la noche dentro, seguí durmiendo en las entradas de los edificios esperando un tren para el día siguiente. Haciendo como si yo no fuera una chica. Y si nunca me han violado después, he corrido no obstante ese riesgo cientos de veces, simplemente por rondar por la calle. Lo que viví en esa época, a esa edad, fue irremplazable, mucho más intenso que encerrarme en el colegio y aprender la docilidad, o quedarme en casa a hojear revistas. Esos fueron los mejores años de mi vida, los más ricos y bulliciosos; y todas las mierdas que vinieron con ellos, yo encontré la manera de vivirlas.

Pero evité escrupulosamente contar mi historia porque no sabía cuál sería el juicio de antemano: «ah, así que has seguido haciendo dedo; si eso no ha bastado, es que te debió gustar.» Porque en la violación siempre es necesario probar que no estábamos realmente de acuerdo. La culpabilidad está so-

metida a una atracción moral no enunciada, que hace que todo recaiga siempre del lado de aquella a la que se la meten más que del lado del que la mete.

Cuando se retiró de los cines la película *Fóllame*, muchas mujeres —los hombres no se han atrevido a decir nada al respecto— afirmaron públicamente: «Qué horror, sobre todo no hay que creer que la violencia es una solución contra la violación.» ¿Ah, no? Nunca oímos en el telediario hablar de chicas, solas o en banda, que arrancan la polla del violador con los dientes durante la agresión, que les buscan después para vengarse, o que les dan una hostia. Esos ejemplos existen únicamente en las películas hechas por hombres: *La última casa de la izquierda* de Wes Craven, *El ángel de la venganza* de Abel Ferrara, *Escupo sobre tu tumba* de Meir Zarchi, por ejemplo. Las tres películas empiezan por una violación más o menos repugnante (más bien más que menos, por otra parte). Después, en la segunda parte, detallan las venganzas ultrasangrientas que las mujeres infligen a sus agresores. Cuando los hombres ponen en escena personajes femeninos, rara vez suele ser para intentar comprender sus vivencias o lo que ellas sienten como mujeres. Es más bien para poner en escena su sensibilidad de hombres en un cuerpo de mujer. Volveré sobre esta cuestión al hablar de porno, que sigue la misma lógica. En estas tres películas, vemos cómo los hombres reaccionarían frente a la violación si estuvieran en el lugar de las mujeres. Un baño de sangre, de una violencia despiadada. El mensaje que nos dirigen está claro: ¿por qué vosotras no os defendéis más violentamente? Lo que resulta sorprendente, efectivamente, es que no reaccionemos de ese modo. Una empresa política ancestral, implacable, enseña a las mujeres a no defenderse. Como siempre, doble obligación: hacernos saber que no hay nada tan gra-

ve, y al mismo tiempo, que no debemos defendernos, ni vengarnos. Sufrir y no poder hacer nada más. Una espada de Damocles entre las piernas.

Pero las mujeres sienten aún la necesidad de afirmar: la violencia no es una solución. Por tanto, el día que los hombres tengan miedo de que les laceren la polla a golpe de cúter cuando acosen a una chica, seguro que de repente sabrán controlar mejor sus pasiones «masculinas» y comprender lo que quiere decir «no». Yo habría preferido, aquella noche, ser capaz de dejar atrás lo que habían enseñado a mi sexo y degollarlos a todos, uno por uno. En lugar de vivir como una persona que no se atreve a defenderse, porque es una mujer y la violencia no es su territorio, como si la integridad física de un hombre fuera más importante que la de una mujer.

Durante la violación, llevaba en el bolsillo de mi cazadora Teddy roja una navaja, mango negro brillante, mecánica impecable, cuchilla fina pero larga, afilada, perfecta, radiante. Una navaja que yo sacaba con bastante facilidad en esa época globalmente confusa. Me había acostumbrado a ella; a mi manera, había aprendido a usarla. Esa noche, la navaja se quedó escondida en mi bolsillo y la única idea que me vino a la cabeza fue: sobre todo que no la encuentren, que no decidan jugar con ella. Ni siquiera pensé en utilizarla. Desde el momento en que comprendí lo que nos estaba ocurriendo, me convencí de que ellos eran los más fuertes. Una cuestión mental. Luego me he dado cuenta de que mi reacción habría sido diferente si hubieran intentado robarnos las cazadoras. Yo no era temeraria, pero sí bastante inconsciente. En ese momento preciso me sentí mujer, suciamente mujer, como nunca me había sentido antes y como nunca he vuelto a sentirme después. No podía hacer daño a un hombre para salvar mi pellejo. Creo que ha-

bría reaccionado de la misma manera si hubiera habido un único chico contra mí misma. Era el proyecto mismo de la violación lo que hacía de mí una mujer, alguien esencialmente vulnerable. Se domestica a las niñas para que nunca hagan daño a los hombres, y las mujeres las llaman al orden cada vez que se saltan esa regla. A nadie le gusta saber hasta qué punto es un cobarde. Nadie quiere sentirlo en su propia piel. No estoy furiosa contra mí por no haberme atrevido a matar a uno de ellos. Estoy furiosa contra una sociedad que me ha educado sin enseñarme nunca a golpear a un hombre si me abre las piernas a la fuerza, mientras que esa misma sociedad me ha inculcado la idea de que la violación es un crimen horrible del que no debería reponerme. Sobre todo, me da rabia que frente a tres hombres, una escopeta y atrapadas en un bosque del que no podíamos escapar corriendo, hoy todavía me sienta culpable de no haber tenido el coraje de defendernos con una pequeña navaja.

Al final, uno de ellos encontró la navaja y se la enseñó a los otros, sinceramente sorprendido de que yo no la hubiera sacado: «O sea que les gustaba». Los hombres, francamente, ignoran hasta qué punto el dispositivo de emasculación de las chicas es imparable, hasta qué punto todo está escrupulosamente organizado para garantizar que ellos triunfen sin arriesgar demasiado cuando atacan a mujeres. Creen inocentemente que su superioridad se debe a su gran fuerza. No les molesta pelearse con una escopeta contra una navaja. Piensan, alegres imbéciles, que ese combate es igualitario. Ese es el secreto de su tranquilidad de espíritu.

Resulta sorprendente que en 2006, mientras que todo el mundo se pasea con minúsculos ordenadores portátiles, con cámaras de fotos, teléfonos, agendas y aparatos de música en el

bolsillo, no exista todavía un solo objeto que podamos meter-nos en el coño cuando salimos a dar una vuelta y que cortaría en pedazos la polla del primer idiota que quisiera entrar sin permiso. Quizás no sea deseable hacer que el sexo femenino sea inaccesible por la fuerza. Es necesario que siga abierto, y temeroso: una mujer. Si no, ¿qué definiría la masculinidad?

Post-violación, la única actitud que se tolera es volver la violencia contra una misma. Engordar veinte kilos, por ejemplo. Salir del mercado sexual, porque has sido dañada, sustraerte voluntariamente al deseo. En Francia no se mata a las mujeres violadas, pero se espera que sean ellas mismas las que tengan la decencia de señalarse como mercancía deteriorada, contaminada. Putas o feas, que salgan espontáneamente del vivero de las casaderas.

Porque la violación fabrica las mejores putas. Una vez abiertas por la fuerza, guardan a veces a flor de piel algo marchito que excita a los hombres, un toque desesperado y seductor. La violación es a menudo iniciática, esculpe en la carne para fabricar la mujer abierta, que no se vuelve a cerrar nunca completamente. Estoy segura de que hay como un olor, algo que los machos detectan y que les excita especialmente.

Nos obstinamos en hacer como si la violación fuera algo extraordinario y periférico, fuera de la sexualidad, evitable. Como si concerniera tan sólo a unos pocos, agresores y víctimas, como si constituyera una situación excepcional, que no dice nada del resto. Cuando, por el contrario, está en el centro, en el corazón, en la base de nuestra sexualidad. Rito de sacrificio central, está omnipresente en el arte, desde la antigüedad su representación en los textos, la escultura, la pintura es una constante a través de los siglos. En los jardines de París y en los museos, vemos representaciones de hombres forzando a muje-

res. En *Las metamorfosis* de Ovidio parece que los dioses pasan el tiempo queriendo tirarse a mujeres que no están de acuerdo, consiguiendo lo que quieren por la fuerza. Fácil, para los que son dioses. Y cuando se quedan embarazadas, encima las mujeres de los dioses se vengan de ellas. La condición femenina, su alfabeto. Siempre culpables de lo que nos hacen. Criaturas a las que se responsabiliza del deseo que ellas suscitan. La violación es una programa político preciso: esqueleto del capitalismo, es la representación cruda y directa del ejercicio del poder. Designa un dominante y organiza las leyes del juego para permitirle ejercer su poder sin restricción alguna. Robar, arrancar, engañar, imponer, que su voluntad se ejerza sin obstáculos y que goce de su brutalidad, sin que su contrincante pueda manifestar resistencia. Correrse de placer al anular al otro, al exterminar su palabra, su voluntad, su integridad. La violación es la guerra civil, la organización política a través de la cual un sexo declara al otro: yo tomo todos los derechos sobre ti, te fuerzo a sentirte inferior, culpable y degradada.

La violación es lo propio del hombre; ni la guerra, ni la caza, ni el deseo crudo, ni la violencia o la barbarie, la violación es lo único que las mujeres —hasta ahora— no se han re-apropiado. La mística masculina debe construirse como si fuera peligrosa, criminal e incontrolable por naturaleza. Por ello, debe ser rigurosamente vigilada por la ley, gobernada por el grupo. Detrás del velo de control de la sexualidad femenina aparece el objetivo principal de lo político: formar el carácter viril como asocial, pulsional, brutal. La violación sirve como medio para afirmar esta constatación: el deseo del hombre es más fuerte que él, no puede dominarlo. Oímos todavía decir «gracias a las putas, hay menos violaciones», como si los varones no pudieran contenerse y tuvieran que descargarse en

alguna parte. Creencia política construida y no evidencia natural —pulsional— como nos quieren hacer creer. Si la testosterona hiciera de ellos animales de pulsiones indomables, entonces matarían tan fácilmente como violan. Y éste no es el caso. Los discursos sobre la cuestión de la masculinidad están esmaltados con residuos de oscurantismo. La violación, el acto condenado del que no se debe hablar, sintetiza un conjunto de creencias fundamentales sobre la virilidad.

La fantasía de la violación existe. La fantasía sexual. Si quiero hablar de «mi» violación, entonces tengo que pasar por esto. Es una fantasía que tengo desde que era una niña. Diría que es un vestigio de la escasa educación religiosa que he recibido, indirectamente, a través de los libros, la tele, los otros niños del colegio, los vecinos. Las santas, atadas, quemadas vivas, los mártires son las primeras imágenes que me provocaron una emoción erótica. La idea de ser entregada, forzada, obligada era una fascinación mórbida y excitante para la niña que yo era entonces. Después, esas fantasías me acompañan. Estoy segura de que son muchas las mujeres que prefieren masturbarse fingiendo que eso no les interesa, antes de saber lo que les excita. No todas somos iguales, pero no soy la única. Esas fantasías de violación, de ser tomada por la fuerza, en condiciones más o menos brutales, que yo declino a lo largo de mi vida masturbatoria, no me vienen *out of the blue*. Se trata de un dispositivo cultural omnipresente y preciso, que predestina la sexualidad de las mujeres a gozar de su propia impotencia, es decir, de la superioridad del otro, más bien a gozar contra su propia voluntad que como zorras a las que les gusta el sexo. En la moral judeo-cristiana, más vale ser tomada por la fuerza que ser tomada por una zorra, nos lo han repetido suficientemente. Hay una predisposición femenina al masoquismo que no

viene de nuestras hormonas, ni del tiempo de las cavernas, sino de un sistema cultural preciso, y que tiene implicaciones perturbadoras en el ejercicio que podemos hacer de nuestra independencia. Voluptuosa y excitante, resulta también perjudicial: que nos atraiga lo que nos destruye nos aparta siempre del poder.

En el caso preciso de la violación, se presenta el problema del sentimiento de culpabilidad: puesto que he tenido a menudo esa fantasía, soy co-responsable de la agresión. Para empeorar las cosas, de ese tipo de fantasías no se habla. Sobre todo si te han violado. Somos probablemente numerosas las que nos hallamos en esta situación: haber pasado por una violación y haber tenido anteriormente fantasías de este tipo. Por tanto, sobre el tema, sólo hay silencio, porque lo que no se puede decir puede destruir sin trabas.

Cuando el chico se da la vuelta y declara «se acabaron las risas» dándome la primera bofetada, no es la penetración lo que me aterra, sino la idea de que nos van a matar, para que no podamos hablar después. Ni denunciarlos, ni declarar. En su lugar, después de todo, eso es lo que yo hubiera hecho. Del miedo a la muerte, me acuerdo de manera precisa. Esa sensación blanca, una eternidad, no ser nada, ya nada. Eso se acerca más a un trauma de guerra que al trauma de la violación, tal y como de ello hablan los libros. Es la posibilidad de la muerte, la proximidad de la muerte, la sumisión al odio deshumanizado de los otros, que hace que esa noche sea imborrable. Para mí, la violación posee ante todo esa particularidad: es algo obsesivo. Vuelvo a ello, todo el tiempo. Desde hace veinte años, cada vez que creo haber acabado con ello, vuelvo. Para decir cosas diferentes y contradictorias. Novelas, historias cortas, canciones, películas. Imagino siempre

que un día podré acabar con ello. Liquidar el evento, vaciarlo, agotarlo.

Imposible. Es fundacional. De lo que soy como escritora, como mujer que ya no es exactamente una. Es al mismo tiempo lo que me desfigura y lo que me constituye.

«El paradigma servicio femenino/compensación masculina corresponde a un intercambio social desigual; intercambio que yo he llamado “prostitucional” con el fin de hacer explícitas las bases materiales concretas de las convenciones heterosexuales. Ya sean públicamente consagradas por la ceremonia del matrimonio o clandestinamente negociadas en la industria del sexo, las relaciones heterosexuales se construyen socialmente y psicológicamente sobre el postulado del derecho de los hombres sobre el trabajo de las mujeres. Incluso aquellos que denuncian la vejación y la violencia contra las mujeres llevada a cabo por los hombres, cuestionan raramente los privilegios de los hombres en los dominios sexuales, domésticos y reproductivos.»

Gail Pheterson, *El prisma de la prostitución*, 1996.

## Durmiendo con el enemigo

Hacer lo que no debe hacerse: pedir dinero por lo que debe seguir siendo gratuito. La decisión no pertenece a la mujer adulta, el colectivo impone sus leyes. Las prostitutas forman el único proletariado cuya condición conmueve tanto a la burguesía. Hasta el punto de que a menudo, mujeres a las que nunca les ha faltado de nada están convencidas de esta evidencia: eso no hay que legalizarlo. El tipo de trabajos que las mujeres no pudientes ejercen, los salarios miserables a cambio de los cuales venden su tiempo, eso no le interesa a nadie. Es el destino de las mujeres que han nacido pobres al que nos acostumbramos sin problema. Ninguna legislación prohíbe dormir en la calle a los cuarenta años. Convertirse en vagabundo es una degradación tolerable. El trabajo es otra. Pero la venta del sexo, eso le concierne a todo el mundo, y las mujeres «respectables» tienen algo que decir al respecto. Durante los últimos diez años me he encontrado bastantes veces en un bonito salón, en compañía de mujeres mantenidas a través de un contrato matrimonial, a menudo mujeres divorciadas que han obtenido una pensión vitalicia digna de ese nombre y que, sin dudarlo un solo segundo, me expli-



can que la prostitución es algo intrínsecamente denigrante para las mujeres. Ellas saben intuitivamente que ese trabajo es más degradante que cualquier otro. De forma intrínseca. No en circunstancias particulares, sino en sí mismo. La afirmación es categórica, pocas veces matizada, como por ejemplo: «si las chicas no dan su consentimiento», o «cuando ellas no cobran ni un céntimo por su trabajo», o «cuando se les obliga a ir a trabajar fuera, a la periferia de las ciudades.» Como si no hubiera ninguna diferencia a priori entre putas de lujo, ocasionales, de la calle, viejas, jóvenes, virtuosas, dómicas, yonquis o madres de familia. Intercambiar un servicio sexual por dinero, incluso en buenas condiciones, incluso voluntariamente, es un ataque a la dignidad de la mujer. He aquí la prueba: si pudieran elegir, las prostitutas dejarían de hacerlo. Hace falta retórica... como si la chica que hace la depilación en Yves Rocher extendiera la cera o limpiara los poros de la nariz por pura vocación estética. La mayoría de la gente que trabaja dejaría de hacerlo si pudiera, ¡menudo chiste! Lo que no impide que, en ciertos ambientes, se nos repita sin fin que la cuestión no es sacar la prostitución de la periferia de las ciudades donde las prostitutas están expuestas a todo tipo de agresiones (condiciones en las que vender pan, por ejemplo, sería un deporte de alto riesgo), ni obtener el marco legal que reclaman las trabajadoras sexuales, sino prohibir la prostitución. Resulta difícil no pensar que lo que no dicen las mujeres respetables, cuando se preocupan del destino de las putas, es que en el fondo tienen miedo de la competencia: desleal, demasiado oportuna y directa. Si la prostituta ejerce su negocio en condiciones decentes, similares a la esteticista o la psiquiatra, si libera su actividad de todas las presiones legales que se ejercen actualmente sobre ella, entonces, la posición de la mujer casada se vuelve de repente menos interesante. Porque si se banaliza el

contrato de la prostitución, el contrato matrimonial aparece de modo más claro como lo que es: un intercambio en el que la mujer se compromete a efectuar un cierto número de tareas ingratas asegurando así el confort del hombre por una tarifa sin competencia alguna. Especialmente las tareas sexuales.

Ya he dicho públicamente y en varias ocasiones, en distintas entrevistas, que me prostituí de forma ocasional durante dos años. Cuando escribí este libro, me estancaba siempre al llegar a este capítulo. No me lo esperaba. Se mezclan varias reticencias. Contar mi experiencia resulta difícil. Buscar clientes en su momento, fue mucho menos difícil.

En 1991, el minitel\* me da por primera vez la idea de prostituirme. Todos los medios de comunicación modernos sirven primero al mercado del sexo. El minitel, este anticipo de internet, hizo posible que toda una generación de chicas se prostituyera en condiciones ideales de anonimato, elección de cliente, discusión del precio y autonomía. Aquellos que querían pagar por el sexo y aquellas que querían venderlo podían entrar en contacto fácilmente, ponerse de acuerdo sobre las modalidades de este intercambio. La posibilidad de pagar los hoteles con tarjeta de crédito hacía todavía más fácil que el negocio se llevara a cabo: las habitaciones estaban limpias, el precio era moderado, no nos cruzábamos con nadie en la entrada. El primer trabajo que encontré por minitel, en 1989, consistía en vigilar un servidor. Se me pagaba para desconectar a todos los participantes que utilizaban un lenguaje racista o antisemita, pero también a los pedófilos y finalmente, a las prostitutas. Así se aseguraban que este útil no serviría a aquellas mujeres

\* Sistema de comunicación telefónica escrita que existía en Francia antes de internet. (N. de la t.)

que querían disponer libremente de sus cuerpos para ganar dinero, ni a los hombres que podían pagar y deseaban solicitar claramente lo que buscaban, sin pasar por los subterfugios para obtenerlo. Porque la prostitución no debe banalizarse, ni ejercerse en condiciones confortables.

Corría 1991, la primera guerra del Golfo, retransmitida por la televisión, misiles Scud sobre Bagdad, un disco de *Noir Désir* en rotación intensa, «Aux Sombres Héros», eliminan al Profesor Griff de Public Enemy, Neneh Cherry lleva mallas ajustadas y zapatillas de deporte enormes. Yo me visto del modo más unisex posible, es decir, más bien como un chico. No llevo maquillaje, ni un corte de pelo identificable, ni joyas, ni zapatos de chica. Los atributos femeninos clásicos no me conciernen. Tengo otras cosas en la cabeza.

Trabajo en un supermercado, en el revelado de fotos en una hora. Tengo 22 años. No tengo en principio el perfil de alguien que va a tomar el camino del sex-business. En todo caso, no tengo realmente el look. Además, dos años antes, cuando era vigilante en la red minitel, y veía a «hombres generosos» proponer mil francos\* por un polvo me parecía una trampa: les proponían pagar un precio tan caro para poder atraerlas hasta sus casas y hacerles toda una serie de horrores antes de arrojarlas desnudas y ensangrentadas en la fosa más próxima. Lectura de Ellroy, algunas películas, la cultura dominante acaba consiguiendo pasar su mensaje: desconfiad, chicas, nos gustáis mucho cuando sois cadáveres. A la larga, yo había terminado convenciéndome de que los hombres pagaban efectivamente mil francos por cita, había deducido que las tías en cuestión debían ser extraordinarias megabombas sexuales.

\* 150 euros. (N. de la t.)

Odiaba trabajar. Me deprimía la cantidad de tiempo que dejaba en ello, lo poco que ganaba y la facilidad con la que me gastaba el dinero. Miraba a las mujeres más mayores que yo, trabajando toda una vida de ese modo para ganar poco más que el sueldo mínimo y para que, cuando tuvieran cincuenta años, les echara la bronca el jefe de sección porque iban demasiadas veces a mear. Mes tras mes, comprendía con detalle lo que quería decir llevar una vida de trabajadora honrada. Y no veía escapatoria posible. Ya en esa época, había que contentarse con tener un trabajo. Pero yo nunca he sido razonable y me costaba conformarme.

En el ordenador en el que facturaba las tiradas de fotos se podía ir al minitel y me conectaba a menudo para discutir con un amante rubio, un chico de París, que trabajaba como «animadora» en un servidor. Yo estaba acostumbrada a hablar por el minitel y, de paso, charlar con mucha gente. Una vez tuve una conversación más excitante que las demás con un señor convincente. Mi primera cita fue con él. Me acuerdo de su voz, cálida y excitante, pensaba que tenía ganas de ver cómo era, que lo hubiera hecho gratis, que me enloquecía a lo bestia. Finalmente, no fui a la cita. Me había preparado, estaba cerca, pero me rajé en el último momento. Demasiado miedo. Demasiado lejos de mí. No en mi vida. Las chicas que «lo hacían» habían recibido seguramente algún tipo de consigna particular, un mensaje llegado desde otra dimensión. Pensaba que hacer la calle no podía improvisarse, que debía haber una iniciación precisa cuyo protocolo me era desconocido. Pero el afán de lucro, mezclado con la curiosidad, con el imperativo de encontrar una manera de que me echaran del supermercado, además de las ganas de aprender algo importante... Me di de nuevo cita, unos días más tarde, con otro

hombre, ese precisamente no muy sexy. Simplemente un cliente, uno de verdad.

La primera vez que salgo en minifalda con tacones altos. La revolución depende de unos cuantos accesorios. Después, la única sensación comparable será mi primer paso por la televisión, en Canal Plus, cuando estrenamos la película *Fóllame*. Tú no has cambiado en nada, pero algo fuera de ti se ha desplazado y ya nada es como antes. Ni las mujeres, ni los hombres. Sin que estés segura de que te guste o no ese cambio, de comprender todas sus consecuencias. Cuando las norteamericanas hablan de sus experiencias como «trabajadoras sexuales» les gusta emplear el término «*empowerment*», empoderamiento, un subidón de poder. Me gustó inmediatamente el impacto que causaba en la población masculina, el carácter exagerado, casi teatral, el cambio notable de estatus. Yo que hasta entonces era una tía casi transparente, pelo corto y zapatillas sucias, me había convertido bruscamente en una criatura de vicio. La gran clase. Parecía Wonder Woman que da vueltas en una cabina de teléfono para acabar saliendo convertida en superheroína; todo esto era divertido. Pero en seguida también sentí miedo precisamente de esa importancia, que iba más allá de mi comprensión y de mi control. El efecto que todo ello causaba en muchos hombres era casi hipnótico. Entrar en una tienda, en el metro, cruzar la calle, sentarse en un bar. Por todos lados, atraer las miradas de los hambrientos, estar increíblemente presente. Depositaria de un tesoro furiosamente deseado, mi entrepierna, mis pechos, cobraban una importancia extrema. Esto no causaba ese efecto únicamente en los obsesos. Una mujer con estilo de puta le interesa a casi todo el mundo. Me había convertido en un juguete gigante. En todo caso, lo que estaba claro es que yo po-

día hacer ese trabajo. Finalmente, no era necesario ser una megabomba sexual, ni conocer secretos técnicos inimaginables para convertirse en una mujer fatal... bastaba con jugar el juego. El juego de la feminidad. Y nadie podía decirte «cuidado, es una impostora», porque no lo era, no más que cualquier otra. Al principio ese proceso me fascinó. A mí que siempre me habían dado igual esas cosas de chicas, me volví una apasionada de los tacones de aguja, de la lencería fina y de los trajes de falda y chaqueta. Me acuerdo de mi propia perplejidad, los primeros meses, cuando me veía reflejada en los cristales de los escaparates. Es verdad que esa no era simplemente yo, esa gran puta de piernas alargadas por los tacones altos. La chica tímida, rellenita, masculina, desaparecía en un abrir y cerrar de ojos. Incluso aquello que había de masculino en mí, como mi manera de avanzar superrápida y con seguridad, se convertía, una vez que me había puesto el uniforme, en atributo de hiperfeminidad. Al principio, eso me gustó, convertirme en esa otra chica. Era como hacer un viaje, sin cambiar de sitio, pero entrando en otra dimensión. Inmediatamente, desde el momento en que llevaba el disfraz de la hiperfeminidad puesto: un cambio de autoafirmación, como cuando te metes una raya de coca. Después, como la coca, se volvió más difícil de gestionar.

Entretanto, me había armado de coraje, había conseguido mi primer cliente a domicilio, un buen hombre, un sesentón, que fumaba cigarillos negros uno tras otro y hablaba mucho durante el sexo. Parecía solo y a mí me resultaba sorprendentemente amable. No sé si tengo pinta de torpe o de dulce o, al contrario, soy demasiado imponente, o si simplemente he tenido buena suerte, pero esta tendencia se confirmó después: los clientes fueron más bien cariñosos conmigo, atentos, tiernos.

Mucho más que en la vida real, de hecho. Si mi memoria es buena, y creo que lo es, lo que era difícil de soportar no era su agresividad o su desprecio, ni nada de lo que querían, sino más bien su soledad, su tristeza, sus pieles blancas, su timidez desamparada, los fallos que dejaban al descubierto, sin maquillaje, su fragilidad expuesta. Su vejez, sus ganas de carne fresca contra sus cuerpos de viejo. Sus tripas cerviceras, sus pollas pequeñas, sus culos caídos o sus dientes amarillentos. Era su fragilidad lo que hacía que fuera complicado. Aquellos a los que podía odiar o despreciar eran los únicos, finalmente, con los que era posible hacerlo permaneciendo bien cerrada. Ganar un máximo de pasta, en un mínimo de tiempo, y después no pensar en ello. Pero, en mi corta experiencia, los clientes estaban llenos de humanidad, de fragilidad, de angustia. Y eso, después, se te queda pegado como un remordimiento.

En ese momento, desde un punto de vista físico, tocar la piel del otro, poner mi piel a su disposición, abrir mis piernas, mi vientre, todo mi cuerpo al olor del extranjero, superar el asco corporal no representaba un problema para mí. Era una cuestión de caridad, incluso teniendo precio. Resultaba evidente que para el cliente era importante que yo no me mostrara asqueada por sus gustos, o sorprendida por sus defectos físicos, que finalmente, valía la pena fingir.

Descubrir un mundo completamente nuevo en el que el dinero cambia de valor. El mundo de las mujeres que juegan el juego. Lo mismo que se gana en cuarenta horas de curro ingrato se te ofrece por menos de un par. Evidentemente, hay que contar el tiempo de la preparación, la depilación, el tinte, la manicura, el maquillaje, los gastos en ropa, medias, lencería, en complementos de vinilo. Pero, aun así, las condiciones de trabajo seguían siendo un lujo. A los hombres que se lo pue-

den permitir les gusta pagarse mujeres. He llegado a esa conclusión. A algunos les gusta frecuentar putas según un ritual estricto, dinero en efectivo en mano y escenario exacto de la relación previamente acordado. Otros prefieren que aquello se parezca más a una relación. Lo llaman libertinaje, te piden que les traigas facturas o que les digas qué quieres que te regalen en concreto. Una manera de jugar a papá, de hecho.

«Subrayemos que se define a aquellas o aquellos que piden dinero a cambio de servicios sexuales por su actividad como "prostitutas", un estatuto ilegítimo o ilegal, mientras que aquellos que pagan por el sexo son raramente diferenciados de la población masculina en general», escribe Gail Pheterson en *El prisma de la prostitución*. Decir que «te has hecho un cliente» te sitúa al margen y te somete a los fantasmas más diversos. Nada anodino. Decir que te vas de putas, es distinto. Eso no hace de un hombre un hombre aparte, no marca su sexualidad, no le predefine de ningún modo. Se piensa que los clientes de las prostitutas constituyen una población variada, tanto por sus motivos como por sus modos de actuar, su categoría social, racial, su edad o su cultura. Sin embargo, las mujeres que realizan ese trabajo son inmediatamente estigmatizadas, pertenecen a una categoría única: las víctimas. En Francia, la mayoría de ellas se niega a hablar públicamente con el rostro al descubierto, porque saben que ese trabajo no debe asumirse. Hay que guardar silencio. Siempre la misma maquinaria. Se exige de ellas que estén sucias, mancilladas. Y si no dicen lo que hay que decir, si no se quejan del daño que les han hecho, si no cuentan cómo las han forzado, entonces lo pagan caro. No nos da miedo que no sobrevivan, al contrario, lo que nos da miedo es que digan que ese trabajo no es tan aterrador como parece. Y no sólo porque todo trabajo es degradante, di-

fácil, duro. Sino porque muchos hombres nunca son tan amables como cuando están con una puta.

Creo que conocí unos cincuenta y tantos clientes distintos en dos años. Cada vez que necesitaba dinero en efectivo, me conectaba por minitel, en un servidor de Lyon. En diez minutos de conexión, anotaba varios números de teléfono de hombres y buscaba una cita para ese mismo día. A menudo eran tipos que estaban de viaje de negocios. En Lyon había más clientes que chicas, lo que hacía más fácil la selección y el trabajo más agradable. Hablando con los que «venían» más a menudo, me decían que encontraban bastante rápidamente lo que buscaban. Si los clientes eran numerosos y estaban satisfechos es que también éramos muchas las que proponíamos nuestros servicios. La prostitución ocasional no tiene nada de extraordinario. Lo único excepcional en mi caso es que yo hablo de ello. Este trabajo, que puede practicarse en secreto total, no es más que un curro bien pagado, para una mujer poco o nada cualificada.

Cuando trabajaba en los salones de masaje «erótico» y en algunos peep-shows de París, tenía tiempo de discutir con otras chicas entre dos clientes. Conocí a chicas muy distintas, las más inesperadas según la conciencia colectiva para «ese tipo de trabajo.» La primera vez que trabajé en un salón de masajes, venía de un ambiente de extrema izquierda en el que había escuchado decir, convencida, que las chicas que se prostituyen son víctimas, inconscientes o manipuladas, que en todo caso no tenían elección. La realidad sobre el terreno era muy distinta. La chica que me abrió la puerta era una negriza asombrosa, una de las chicas más guapas que he visto de cerca. Difícil de compadecerla o de tener piedad de una criatura así. Después nos conocimos bien: era algo más joven que yo, estaba mejor inte-

grada socialmente, había trabajado varios años como estetician, estaba comprometida con un chico que la adoraba y tenía mucho humor y muy buen gusto para la música. A mí me parecía sólida, trabajadora, decidida. Lúcida y con las cosas claras comparada conmigo o con las otras chicas que yo conocía. Nada que ver con la imagen de las profesionales del sexo que yo tenía. Muy solicitada, ganaba una fortuna cada día, dinero en efectivo que ella ahorraba concienzudamente. Al mismo tiempo que yo llegó al salón una chica pequeña, morena, que volvía de Yugoslavia, donde había trabajado en el ámbito humanitario. Tenía un diploma de la escuela de comercio, pero se había encontrado confundida al buscar un «curro» normal. Y había intentado entrar en un salón por azar. Le decía a su novio que era secretaria en una gran empresa. No pensaba hacer ese trabajo por mucho tiempo. Hablábamos muchísimo sobre la extrañeza de ese tipo de trabajo que nos fascinaba por igual.

El único punto en común que he podido encontrar entre todas las chicas con las que me he cruzado es, evidentemente, la falta de dinero, pero sobre todo el hecho de que ellas no hablaban de lo que hacían. Secretos de mujeres. Ni a los amigos, ni a la familia, ni a los novios, ni a los maridos. Creo que la mayoría de ellas han hecho lo mismo que yo: han trabajado en esto algún tiempo, algunas veces, y después se han dedicado a otras cosas completamente distintas.

A la gente le gusta poner cara de incrédula cuando les dices que has trabajado como puta, lo mismo que ocurre con la violación: pura hipocresía. Si se pudiera realizar una encuesta, nos asombraríamos de la cantidad de chicas que han vendido sexo a un desconocido. Hipócritamente, porque en nuestra cultura, el límite entre la seducción y la prostitución es borroso, aunque en el fondo todo el mundo sea consciente de ello.

Durante todo el primer año, realmente me gustó ese trabajo. Porque se hacía más dinero fácil que en otros sitios, pero también porque me permitió experimentar casi todo lo que me intrigaba, me excitaba, me perturbaba o me fascinaba sin hacerme demasiadas preguntas y evitando toda consideración moral. Además de otras muchas cosas que yo no hubiera pensado espontáneamente y que no me habrían gustado que me pidieran en la intimidad, aunque fue interesante hacerlas una vez. Sólo comprendí el confort de mi posición después de haberlo dejado, cuando, después de convertirme en Virginie Despentes, me pasé por un club de intercambio de parejas. Entonces me di cuenta de que era mucho más fácil hacerlo como puta que acompañar a un cliente. Sin comerse la cabeza: vengo aquí porque es mi trabajo, hago lo que no debe hacerse, me pagan por ello. Es punk-rock. Sin el dinero como motivo, todo se complicaba: ¿venía para acompañar a un productor, o solamente por mi propio placer? ¿Las cosas que hacía allí las hacía porque estaba demasiado borracha o porque verdaderamente me excitaban? ¿Tenía el coraje al menos de saber cómo me sentía el día después? Benévola y lúdica, mi sexualidad me parecía entonces mucho más confusa. Soy una chica, así que el territorio del sexo fuera de la pareja no me pertenece. La prostitución ocasional, con la posibilidad de elegir los clientes y los tipos de escenario, es también para una mujer una manera de echar un vistazo al lado del sexo sin sentimientos, de experimentar, sin tener que pretender que lo hace por puro placer y sin esperar beneficios sociales colaterales. Cuando se trabaja como puta, se sabe a lo que se viene, por cuánto, y mejor si además te lo pasas bien o si satisfaces tu curiosidad. Cuando se es una mujer libre, la cosa es mucho más complicada, en definitiva, menos ligera.

Al principio, todo el mundo me felicitaba y se alegraba tanto de mi éxito que era fácil apreciar mi nuevo trabajo. Una chica que se feminiza, eso sí que causa emoción. Así son las cosas. Pocos son los que se preguntaban qué me ocurría. Ya lo he dicho antes, «el disfraz de mujer» nunca me había interesado. Pero llevarlo me permitió comprender dos o tres cosas importantes sobre los hombres. Cuando no te lo esperas, el efecto que producen los objetos fetiche —el ligero, los tacones de aguja, los sujetadores que realzan el pecho o el carmín— es un chiste. Hacemos como si no lo supiéramos cuando compadecemos a las mujeres-objeto, las bimbos de pechos remodelados, todas las zorras anoréxicas y reconstruidas que salen en la tele. Pero la fragilidad está sobre todo del lado de los hombres. Como si nadie les hubiera avisado de que Papá Noel no vendrá: les basta con ver una chaqueta roja para correr con la lista de regalos que querrían ver junto a su chimenea. Me hace gracia, desde entonces, escuchar cómo los hombres disertan sobre la estupidez de las mujeres que adoran el poder, el dinero o la fama: como si adorar un ligero fuera menos estúpido...

En mi caso, la prostitución ha sido una etapa crucial de reconstrucción después de la violación. Una empresa de indemnización, billete a billete, de lo que me había sido robado por la fuerza. Aquello que yo podía vender a cada cliente, lo había guardado intacto. Si yo lo vendía diez veces seguidas, quería decir que aquello no se desgastaba con el uso. Este sexo sólo me pertenecía a mí, no perdía su valor a medida que se usaba, e incluso podía ser rentable. De nuevo, me encontraba en una situación de ultra-feminidad, pero esta vez yo sacaba un beneficio neto.

Lo que resulta difícil, incluso hoy, no es el haberlo hecho. Recordar mi pasado para escribir este capítulo me confronta

con buenos recuerdos. El subidón de adrenalina antes de llamar a una puerta, y subidones todavía más fuertes antes de empezar una sesión. Me gustaría decir otra cosa visto que no me hace falta añadir mucho del lado de lo cutre, pero desde un punto de vista sexual, en general, fue muy excitante. Ser puta era a menudo lo más, el deseo resultaba gratificante. Aquellas fueron también mis primeras salidas de compras, con mi propio dinero, en efectivo, como nunca antes hubiera soñado tenerlo y poder fundirlo en un solo día. Además, esta experiencia, al presentarme a los hombres bajo un ángulo más infantil, frágil y vulnerable, los volvió más simpáticos, menos impresionantes, más amables. Y finalmente, más accesibles. Descubrí una receta para atraer más atención de la que yo podía gestionar. Eso ha disminuido mi agresividad contra ellos, más de lo que nunca hubiera imaginado. Una agresividad que, a diferencia de lo que se cree, nunca ha sido muy elevada. Lo que me da rabia no es lo que los hombres hacen o son, sino lo que quieren impedirme que haga o lo que quieren obligarme a hacer.

Lo que resulta difícil es hablar de ello. Lo que eso provocaría en la cabeza de la gente, con la que luego me encontraría. La condescendencia, el desprecio, la proximidad, las conclusiones fuera de lugar.

Cuando llegué a París, la práctica se complicó. Muchas más chicas, muchas más blancas, chicas del Este, muy guapas, muchos más clientes peligrosos. Los servidores de minitel estaban vigilados y era difícil elegir como antes. No conocía bien los barrios a los que iba. Y cuando quería pasarme a trabajar en el masaje o en el striptease, para entrar en una estructura, los porcentajes eran ridículos, los locales demasiado pequeños y la oferta siempre superior a la demanda, lo que hacía que el ambiente entre las chicas fuera un espanto. Además, yo

ya no estaba sola, así que empezaron las mentiras y la sensación de traer mi mierda a casa. Pérdida de equilibrio.

Es difícil dejarlo. Volver a trabajos pagados normalmente, en los que se te trata normalmente, como un empleado. Levantarse por las mañanas, dar todo tu tiempo. De todos modos, yo echaba solicitudes por todos lados, pero no encontraba trabajo. Tuve que esperar a conocer a alguien que a su vez conocía a alguien que trabajaba en Virgin para poder empezar a ser dependiente durante unos meses. Trabajar por el sueldo mínimo se había vuelto una especie de lujo. El mercado se había endurecido y, entretanto, yo me había hecho mayor y tenía lagunas sospechosas en mi CV. La readaptación no era evidente. El único trabajo estable que encontré consistía en hacer reseñas de películas X para un editor de revistas porno. Y eso no daba para pagar un alquiler en París. Cuidé niños, cosa que al menos era divertida, pero eso tampoco daba para vivir en la capital.

Cabría comparar el estar enganchado a una droga dura y ser puta. Todo empieza bien: sensaciones fáciles de poder (sobre los hombres, el dinero), emociones fuertes, descubrimientos interesantes sobre ti misma, liberación de dudas. Pero es un alivio traicionero, los efectos secundarios son duros, sigues buscando las sensaciones del principio, como con la droga. Cuando intentas dejarlo, las complicaciones se parecen: vuelves una vez más, una sola vez y después una semana más tarde, cuando se presenta el más mínimo problema, vuelves a encender tu minitel, por última vez. Entonces empiezas a entender que aquello te da más problemas que beneficios, pero aun así vuelves. Lo que antes era una fuerza fantástica que controlabas acaba desbordándolo todo y volviéndose amenazadora. Y todo lo que antes te atraía del asunto, se vuelve un problema.



Durante cierto tiempo estuve así, volviendo y dejándolo, hasta que me convertí en Virginie Despentes. Siempre me ha impresionado la similitud entre la parte promocional de mi trabajo de escritora mediatizada y el acto de prostituirse. Con la diferencia de que cuando dices «soy puta», tienes a todos los salvadores de tu parte, mientras que cuando dices «salgo en la tele» lo único que encuentras son envidiosos. Pero el sentimiento de no poseerse a sí misma por completo, de vender lo íntimo, de mostrar lo privado, es exactamente el mismo.

Aún no veo bien la diferencia entre la prostitución y el trabajo asalariado legal, entre la prostitución y la seducción femenina, entre el sexo pagado y el sexo interesado, entre lo que conocí durante aquellos años y lo que he visto después. Lo que las mujeres hacen con su cuerpo, desde el momento en que hay hombres que tienen pasta y poder alrededor, me parece todo bastante parecido al final. Entre la feminidad tal y como se nos vende en las revistas y la de la puta, se me escapa siempre el matiz de diferencia. Porque aunque algunas no digan claramente cuáles son sus honorarios, tengo la impresión de haber conocido a muchas putas. Muchas mujeres a las que el sexo no les interesa pero que saben sacar beneficios de él. Que se acuestan con hombres viejos, feos, muermos, idiotas hasta la depresión, pero socialmente poderosos. Que se casan con ellos y que luchan por sacar un máximo de dinero en el momento del divorcio. Que les parece normal que una mujer sea una mantenida, que se la lleve de viaje, que se la mime. Que incluso piensan que eso es un éxito. Es triste escuchar a algunas mujeres hablar del amor como de un contrato económico implícito. Que esperan que los hombres paguen por acostarse con ellas. Eso me parece lo más cutre, en su caso, que renuncien a toda independencia —al menos la puta, una vez

que ha satisfecho a su cliente, puede largarse tranquila— y en el caso de los hombres, que sólo puedan acceder a la sexualidad si tienen un modo de apoquinar. Es mi lado clase media: hay evidencias que no puedo digerir y respecto a las cuales me falta sutileza. Pero si tuviera que dar consejo a una chavalita, le diría que hiciera las cosas sin tapujos, que guardara su independencia, y que si quiere, saque provecho de sus encantos en lugar de casarse, encerrarse, parir y dejar que un tipo al que ella no soporta y que no la lleva de viaje le ponga un cerrojo.

A los hombres les gusta pensar que lo que las mujeres prefieren es seducirles y hacerles enloquecer. Pura proyección homosexual: si fueran de sexo femenino, lo que les gustaría a ellos es excitar a otros hombres. Vale, es verdad, es agradable hacerles perder la cabeza a base de escotes y de carmín. Hay a quien le gusta llevar un disfraz de Mickey para distraer a los niños, pero hay quien prefiere otra cosa. Por ejemplo, hay quien prefiere no trabajar en Disney. Seducir está al alcance de muchas jóvenes, siempre que acepten jugar el juego, porque de lo que se trata es de reconfortar a los hombres sobre su virilidad, jugando el juego de la feminidad. Sacar un beneficio personal exige un perfil preciso, cualidades poco frecuentes. Todas no venimos de las clases sociales superiores, a todas no nos han entrenado para sacar el máximo de dinero de los hombres. Y, además, algunas preferimos el dinero que ganamos nosotras mismas. A diferencia de la idea que se hacen muchos hombres, no todas las mujeres tienen alma de cortesanas. A algunas, por ejemplo, les gusta el poder directo, el que permite llegar donde quieres sin necesidad de sonreír a tres fulanos esperando que les contraten como esto, o les confíen aquello. El poder que te permite ser desagradable, exigir, ser cortante. Y ese poder no es más vulgar cuando una mujer lo ejerce que cuando lo hace un

hombre. Se supone que, a causa de nuestro sexo, nosotras debemos renunciar a este tipo de placer. Eso es mucho pedir. No nos encontramos con muchas Sharon Stone en la vida. Hay más bellezas pasadas de coca, idiotas con vestidos bonitos. A los hombres les gustan las chicas guapas, cortejarlas y fanfarronear cuando se llevan una al huerto. Pero lo que más les gusta en realidad es ver cómo se la pegan mientras simulan compadecerlas o se alegran directamente. La prueba es su tosca alegría cuando ven envejecer a aquellas mujeres que no han podido obtener o a las que les hicieron sufrir. ¿Acaso hay algo más rápido y previsible que la caída de una mujer que ha sido guapa? No es necesario tener mucha paciencia para obtener venganza.

«Lo que resulta inaceptable no es que se gratifique materialmente a una mujer a cambio de satisfacer el deseo de un hombre, sino que se pida esa gratificación de forma explícita», escribe Pheterson.

Como el trabajo doméstico y la educación de los niños, el servicio sexual debe ser gratuito. El dinero es la independencia. Lo que ataca la moral en la práctica del sexo pagado no es el hecho de que la mujer no encuentre placer, sino que se aleje del hogar y que gane su propia independencia. La puta es la «criatura del asfalto», la que se apropia de la ciudad. Trabaja fuera de la domesticidad y de la maternidad, fuera de la célula familiar. Los hombres no necesitan mentirle, ni ella necesita engañarlos, más bien ella se puede convertir en su cómplice. Tradicionalmente, las mujeres y los hombres no están hechos para comprenderse, entenderse y ser sinceros entre sí. Claramente, esta posibilidad da miedo.

Los medios de comunicación franceses, los artículos, los documentales y los reportajes de radio se centran siempre en las formas más sórdidas de la prostitución, como la de calle

en la que se explota a las mujeres sin papeles. Por su dimensión espectacular evidente: un poco de injusticia medieval en nuestras carreteras siempre produce buenas imágenes. Nos gusta contar historias de mujeres maltratadas que cuentan a las otras que se han librado por los pelos de lo peor. Además resulta más fácil, porque los y las que trabajan en el exterior no pueden mentir acerca de su actividad, como lo hacen los que la practican a través de internet. Buscamos lo más sórdido y lo encontramos sin mucha dificultad porque ésa es precisamente la prostitución que no puede sustraerse a la mirada pública. Chicas ilegales, que trabajan sin dar su consentimiento, que hacen clientes en cadena, domesticadas por la violación, drogadas, retratos de chicas perdidas. Cuanto más cutre, mejor y más fuerte se siente un hombre en comparación. Cuanto más sórdido, más emancipado se siente el pueblo francés. Así, a partir de imágenes inaceptables de un tipo de prostitución practicada en condiciones asquerosas, se acaban extrayendo conclusiones sobre el mercado del sexo en su conjunto. Es tan pertinente como hablar del trabajo textil mostrando únicamente imágenes de niños sin contrato en sótanos. No importa, lo que cuenta es poder transmitir una única idea: ninguna mujer debe sacar beneficios de sus servicios sexuales fuera del matrimonio. En ningún caso ella es lo suficientemente adulta como para negociar con sus encantos. Prefiere forzosamente tener un trabajo honesto. Honesto según las instancias morales. Un trabajo no degradante. Porque el sexo para las mujeres, sin amor, es siempre degradante.

Esta imagen precisa de la prostituta, que nos gusta tanto exhibir, una mujer privada de todos sus derechos, de su autonomía, de su poder de decisión, sirve varias funciones. Principalmente mostrar a los hombres que quieren hacérselo con

una puta lo bajo que deberán caer para conseguirlo. De este modo, también se les arrastra a ellos hasta la célula familiar: todo el mundo a casa. Es también una manera de recordarles que su sexualidad es monstruosa, que crea víctimas y destruye vidas. Porque la sexualidad masculina debe seguir siendo criminal, peligrosa, asocial y amenazadora. Esto no es una verdad en sí, es una construcción cultural. Cuando impedimos que las putas trabajen en condiciones decentes, atacamos directamente a las mujeres, pero también buscamos controlar la sexualidad de los hombres. Echar un polvo cuando tienen ganas no debe ser algo agradable y fácil. Su sexualidad debe seguir siendo un problema. De nuevo, doble imposición: en la ciudad todas las imágenes invitan al deseo, pero el alivio debe seguir siendo problemático, cargado de culpa.

La decisión política que consiste en hacer de las prostitutas víctimas también cumple una función: marcar el deseo masculino, encerrarlo en la infamia. Que se corran pagando, si quieren, pero que para hacerlo tengan que meterse en el fango, la vergüenza y la miseria. El pacto de la prostitución «yo te pago y tú me satisfaces» es la base de la relación heterosexual. Hacernos creer que ese contrato es extraño a nuestra cultura es pura hipocresía. Al contrario, la relación entre el cliente varón heterosexual y la puta es un contrato entre los sexos sano y claro. Por eso, es necesario complicarlo de manera artificial.

Cuando las leyes Sarkozy sacan a las prostitutas de la calle fuera de la ciudad, obligándolas a trabajar en los bosques, del otro lado de las autopistas, a merced de los caprichos de los policías y los clientes (el símbolo del bosque es interesante: la sexualidad debe salir físicamente del dominio de lo visible, de lo consciente, de lo iluminado), no se trata de una decisión

política que proteja la moral. La cuestión no es solamente evitar que esta población pobre esté a la vista de los ciudadanos del centro de las ciudades, los más ricos de entre nosotros. A través del cuerpo de la mujer, definitivamente un instrumento esencial en la elaboración política de la mística de la masculinidad, el gobierno decide deportar fuera de la ciudad el deseo bestial de los hombres. Si las putas se instalaban hasta ahora sin problema en los barrios favorecidos, es porque los clientes estaban allí, y se paraban para que les hicieran una mamada rápida antes de volver a sus casas.

En su libro, Pheterson cita a Freud: «la corriente tierna y la corriente sensual sólo se han fusionado como es necesario en un pequeño grupo de seres civilizados; los hombres se sienten casi siempre limitados en el ejercicio de su actividad sexual por respeto a las mujeres y sólo desarrollan su plena potencia sexual cuando se encuentran en presencia de un objeto sexual despreciado, una cuestión fundada también sobre el hecho de que existen en sus deseos sexuales componentes perversos que no se permiten satisfacer con una mujer a la que respetan.»

La dicotomía madre-puta está dibujada artificialmente sobre el cuerpo de las mujeres, un poco como el mapa de África: sin tener en cuenta las realidades del terreno, sino únicamente los intereses de los colonizadores. Esta separación no procede de un proceso «natural», sino de una voluntad política. Se condena a las mujeres a estar escindidas en dos opciones incompatibles. Al mismo tiempo, se encierra a los hombres en otra dicotomía: lo que se le pone dura debe ser problemático. Sobre todo, que no haya reconciliación, es un imperativo. Una de las características particulares de los hombres es una tendencia a despreciar aquello que desean, así como a despre-

ciarse a sí mismos a causa de la manifestación física de ese deseo. En desacuerdo fundamental con ellos mismos, se empalman con aquello que avergüenza. Al eliminar la prostitución de las calles, la que ofrece un alivio más rápido, el cuerpo social complica el alivio de los hombres.

Una frase de cliente me ha marcado, una frase repetida varias veces, por distintos hombres, después de sesiones muy diferentes unas de otras. Me decían, en un tono suave y algo triste, en todo caso resignado: «es a causa de hombres como yo que chicas como tú hacen lo que hacen». Era una manera de reasignarme a mi posición de chica perdida, probablemente porque yo no daba suficientemente la impresión de sufrir con lo que hacía. Era también una frase que venía a expresar lo doloroso que es el recinto del placer masculino: lo que a mí me gusta hacer contigo produce forzosamente infelicidad. A solas con su culpabilidad. Es necesario que se avergüencen de su propio deseo, incluso si encuentran satisfacción en un contexto que no causaría dolor, donde ambas partes podrían satisfacerse. El deseo de los hombres debe herir a las mujeres, ultrajarlas. Y, en consecuencia, debe culpabilizar a los hombres. De nuevo, no se trata de una fatalidad, sino de una construcción política. Actualmente, los hombres no dan la impresión de querer liberarse de este tipo de cadenas. Más bien al contrario.

No estoy afirmando que en cualquier condición y para cualquier mujer esta forma de trabajo resulte anodina. Pero teniendo en cuenta que el mundo económico actual es lo que es, es decir una guerra fría sin piedad, prohibir el ejercicio de la prostitución en un marco legal adecuado, es prohibir a la clase femenina enriquecerse y sacar ventaja de su propia estigmatización.

Creo que no tendría un recuerdo tan positivo de mis años de puta sin la lectura de las feministas americanas «pro-sexo»,\* Norma Jane Almodóvar, Carol Queen, Scarlot Harlot, Margot St. James, por ejemplo. No es casual que ninguno de sus textos estén traducidos al francés —o al español—, que el libro *El prisma de la prostitución* de Pheterson haya tenido una pequeña difusión a pesar de ser una obra ineludible, que el libro de Claire Carthounet *J'ai des choses à vous dire* no se conozca apenas o que sea considerado como un simple testimonio. El desierto teórico al que nos condenamos socialmente es una estrategia. Es necesario guardar la prostitución en la vergüenza y la oscuridad para proteger tanto como sea posible la célula familiar tradicional.

Vuelvo a hacerme algunos clientes a finales del 91, escribo *Fóllame* en abril del 92. No creo que se trate de simple azar. Existe una relación real entre escritura y prostitución. Emanciparse, hacer lo que no debe hacerse, ofrecer la intimidad, exponerse a los peligros de ser juzgado por los otros, aceptar la exclusión del grupo. Más en concreto, como mujer: convertirse en una mujer pública. Ser leída por cualquiera, hablar de aquello que debe permanecer en secreto, exhibirse en los periódicos... En conflicto evidente con la posición que se nos asigna tradicionalmente: mujer privada, propiedad, mitad y sombra del hombre. Convertirse en escritora, ganar dinero fácilmente, provocar tanta repulsión como fascinación: la vergüenza pública es comparable a la de la puta. Aliviar, acompañar a aquellos que nadie quiere, compartir la intimidad con un desconocido, aceptar sin juzgar diferentes tipos de deseo. Encontramos muchas prostitutas en las

\* La autora se refiere aquí al feminismo «pro-sexo», una reacción crítica frente al feminismo conservador «pro-censorship» que defiende la abolición de la prostitución y la censura de la producción audiovisual pornográfica. Traducimos aquí literalmente feminismo «pro-sexo». (N. de la t.)

novelas: Bola de sebo, Nana, Sofia Semionovna, Marguerite, Fantine... Son figuras populares, anti-madres, en el sentido religioso del término, mujeres que no juzgan, que son comprensivas, que reconocen el deseo de los hombres, condenadas y libres. Cuando los hombres sueñan que son mujeres, se imaginan más fácilmente siendo putas, excluidas y libres de movimientos, que siendo madres de familia preocupadas de la limpieza del hogar. A menudo, las cosas son exactamente lo contrario de lo que nos dicen que son, por eso nos lo repiten con tanta insistencia y brutalidad. La figura de la puta es un buen ejemplo: cuando afirmamos que la prostitución es una «violencia contra las mujeres» es para que olvidemos que es el matrimonio lo que constituye una violencia contra las mujeres y, de modo general, todo lo que aguantamos. Aquellas que se dejan follar gratis deben seguir diciendo que su opción es la única posible, si no ¿cómo las retendríamos? La sexualidad masculina en sí misma no constituye una violencia contra las mujeres, si éstas consienten y están bien pagadas. Lo que resulta violento es el control que se ejerce sobre cada una y cada uno de nosotros, la facultad de decidir por nosotros lo que es digno y lo que no lo es.

«La pornografía es como un espejo en el que podemos mirarnos. A veces, lo que vemos no es muy bonito y nos puede hacer sentir bastante mal. Pero es una ocasión maravillosa para conocerse a sí mismo, para aproximarse a la verdad y aprender.

La respuesta al porno malo no es la prohibición del porno, sino hacer mejores películas porno.»

Annie Sprinkle, *Hardcore from the Heart*, 2001.

## Porno-brujas

Una se pregunta qué diablos está en juego en el porno que hace que el dominio X tenga tal poder blasfematorio. Basta con que nos muestren un rabo enorme taladrando un coño depilado para que un buen número de nuestros contemporáneos se santigüe mientras cierra el ano. Algunos, haciendo como si ya estuvieran de vuelta, repiten: «eso no tiene ningún interés», pero basta con caminar cien metros por la ciudad con una actriz porno para darse cuenta de lo contrario. O con echar un vistazo en internet a la prosa antiporno. Los que se ofuscan cuando se trata de prohibir una caricatura religiosa, «no estamos en la Edad Media, es el colmo», ya no tienen las ideas tan claras cuando se trata de clítoris y de cojones. Asombrosas paradojas del porno.

Las afirmaciones circulan de forma tanto más perentoria puesto que siguen sin ser verificadas. Entretanto se sigue haciendo responsable al porno de las violaciones colectivas, de la violencia entre los sexos, de las violaciones en Bosnia o en Ruanda. Se lo compara incluso con las cámaras de gas... Sólo una cosa parece surgir de todo esto con claridad: filmar el sexo no es

anodino. Los artículos y los libros consagrados a la cuestión son extraordinariamente numerosos. Los estudios serios son muchos menos, y raramente se molestan en investigar las reacciones de los hombres consumidores de porno. Preferimos imaginar lo que les pasa por la cabeza que preguntarles directamente.

David Loftus en su libro *Watching sex, how men really respond to pornography* pregunta precisamente a cien personas de sexo masculino, de diversos perfiles, sobre sus reacciones frente al porno. Todos dicen haber descubierto el porno antes de la edad legal. De la muestra de consumidores analizada por Loftus, ninguno de los hombres dice haberse sentido mortificado. Al contrario, el descubrimiento del material pornográfico está asociado para ellos con un recuerdo agradable, constructivo de su masculinidad de formas distintas, ya sea lúdicamente o de forma excitante. A excepción de dos hombres, ambos homosexuales, que explican cómo al principio les fue difícil porque sabían, confusamente, que les gustaban los hombres, pero sin haberlo formulado claramente. En estos dos casos, la visión del material pornográfico les obligó a identificar claramente su atracción.

Para mí este experimento ofrece una pista interesante para comprender la violencia del rechazo a menudo fanático, al borde del pánico, que suscita el porno. Los militantes despavoridos reclaman la censura y la prohibición a gritos como si les fuera la vida en ello. Esta actitud resulta objetivamente sorprendente: ¿Amenaza la seguridad del Estado un primer plano de una polla que penetra a una chica a cuatro patas? Las páginas web antiporno son más numerosas y vehementes que las páginas contra la guerra en Iraq, por ejemplo. Asombroso vigor contra algo que no deja de ser un simple género cinematográfico.

El problema que plantea el porno reside en el modo en el que golpea el ángulo muerto de la razón. Se dirige directa-

mente al centro de las fantasías, sin pasar por la palabra ni por la reflexión. Primero, nos empalmamos o mojamos, después nos preguntamos por qué. Los reflejos de autocensura se ven trastocados. La imagen porno no nos deja elección: esto te excita, esto te hace reaccionar. Nos hace saber dónde hay que apoyarse para ponerse en marcha. Ahí está su mayor fuerza, su dimensión casi mística. Por eso se crispan y gritan tanto los militantes antiporno. Rechazan que se hable directamente a su propio deseo, que se les fuerce a saber algo sobre sí mismos que han decidido ignorar o acallar.

El porno presenta un verdadero problema: libera el deseo y le promete satisfacción demasiado rápido como para permitir una sublimación. En este sentido, cumple una función mediadora, relaja la tensión en nuestra cultura entre delirio sexual abusivo (en la ciudad, los signos que llaman al sexo nos invaden literalmente el cerebro) y rechazo exagerado de la realidad sexual (no vivimos en una gigantesca orgía perpetua, las cosas permitidas o posibles son más bien relativamente pocas). El porno interviene aquí como una liberación psíquica, para equilibrar la diferencia de presión. Pero aquello que resulta excitante a menudo es socialmente molesto. Pocos son aquellos y aquellas capaces de asumir en público lo que les pone a cien en la vida privada. A veces, ni siquiera tenemos ganas de hablar de ello con nuestros compañeros sexuales. El dominio de lo privado, lo que me hace mojar. Porque la imagen que ello da de mí es incompatible con mi identidad social cotidiana.

Nuestras fantasías sexuales hablan de nosotros, en la manera desplazada de los sueños. No dicen nada de lo que deseamos que ocurra de facto.



Es evidente que muchos hombres heterosexuales se empalman pensando en ser penetrados por otros hombres, o ser humillados, sodomizados por una mujer, del mismo modo que es evidente que muchas mujeres se excitan con la idea de ser violentadas; de participar en un *gang bang* o de ser folladas por otra mujer. El porno también nos puede molestar porque revela que somos inexcitables mientras que nos imaginamos a nosotros mismos como calentones insaciables. Aquello que nos excita o que no nos excita proviene de zonas incontrolables, oscuras y pocas veces en acuerdo con lo que deseamos conscientemente. He aquí el interés de este género cinematográfico, si nos gusta soltar amarras y perder la razón, he aquí también el peligro de este tipo de cine, precisamente si tenemos miedo de no poder controlarlo todo.

Pedimos demasiado a menudo al porno que sea una imagen de lo real. Como si el porno ya no fuera cine. Reprochamos a las actrices, por ejemplo, que finjan el placer. Están ahí para eso, se les paga para eso, han aprendido a hacerlo. No se le pide a Britney Spears que tenga ganas de bailar cada tarde que sale a actuar. A eso es a lo que viene, nosotros pagamos para verlo, cada uno hace su trabajo y nadie se queja al salir diciendo: «yo creo que simulaba». El porno debería decir la verdad. Algo que nunca pedimos al cine, esencialmente una técnica de ilusión.

Le pedimos al porno precisamente lo que nos asusta de él: que diga la verdad sobre nuestros deseos. Yo, yo no sé nada sobre por qué es tan excitante ver a otras personas follando y diciéndose guarradas. El caso es que funciona. Es mecánico. El porno revela crudamente ese otro aspecto de nosotros mismos: el deseo sexual es una mecánica, nada complicada de poner en marcha. Y sin embargo, mi libido es compleja, lo que

dice de mí no siempre me agrada, no siempre encaja con lo que a mí me gustaría ser. Pero puedo preferir saberlo, en lugar de esconder la cabeza y decir lo contrario de lo que sé de mí, para preservar una imagen social tranquilizadora.

Los detractores del género se quejan de la pobreza del porno, y pretenden que sólo existe un único tipo de porno. Les gusta hacer circular la idea según la cual este sector no es creativo. Y esto es falso. El sector está dividido en subgéneros distintos: las películas de 35 mm de los años 70 son diferentes de las películas amateur que aparecen con el vídeo, y éstas son diferentes de las viñetas hechas con teléfonos móviles, con las webcams o de las actuaciones *live* de internet. Porno chic, alt-porn, post-porn, gang bang, gonzo, SM, fetichismo, bondage, uro-scato, películas temáticas —con mujeres maduras, pechos enormes, pies bonitos, culos bonitos—, películas con transexuales, películas gays, películas lesbianas. Cada género porno tiene su propio programa, su historia, su estética. Del mismo modo, el cine porno alemán no gira en torno a las mismas obsesiones que el cine japonés, italiano o estadounidense. Cada parte del mundo tiene sus especificidades pornográficas.

Lo que escribe realmente la historia del porno, lo que la inventa y lo define es la censura. Aquello que prohibimos mostrar es lo que va a marcar cada cine porno, buscando modos interesantes de soslayar los límites.

Con las aberraciones y los contraefectos más o menos alienantes que ello supone: en Francia, las cadenas de televisión privadas definen lo que se puede mostrar o no. Ni escenas de violencia ni de sumisión, por ejemplo. Hacer porno sin pasar por ciertas obligaciones es como patinar sobre hielo sin las cuchillas. Buena suerte... También se prohíbe el uso de objetos: dildos, cinturones-polla. Se prohíbe el porno lesbiano y toda

imagen de un hombre siendo penetrado... Con la excusa de proteger la dignidad de las mujeres.

No se sabe muy bien por qué la dignidad de las mujeres se verá especialmente atacada por la utilización de un cinturón-polla. Sabemos que tienen suficientes recursos para comprender que una escena SM no implica que ellas quieran que las azoten cuando lleguen a la oficina, ni que las amordacen cuando friegan los platos. Sin embargo, basta con encender la tele para ver mujeres en posiciones humillantes. Las prohibiciones son las que son y tienen su justificación política (el SM debe seguir siendo un deporte de élite, el pueblo es incapaz de entender su complejidad, le haría daño). En todo caso, la «dignidad» de la mujer nos viene como anillo al dedo cuando se trata de limitar la expresión sexual...

Las condiciones en las que trabajan las actrices, los contratos aberrantes que firman, la imposibilidad de controlar su imagen cuando abandonan la profesión, o de que les retribuyan cada vez que se utiliza su imagen, esta dimensión de su dignidad no interesa a los censuradores. El hecho de que no exista ningún centro de ayuda especializado al que las actrices porno puedan acudir en busca de información sobre las particularidades de su profesión no inquieta en absoluto a los poderes públicos. Hay una dignidad que les preocupa y otra que no interesa a nadie. Pero el porno se hace con carne humana, con la carne de la actriz. Y al final, sólo suscita un único problema moral: la agresividad con la que se trata a las actrices porno.

Estamos hablando aquí de mujeres que deciden ejercer esta profesión cuando tienen entre dieciocho y veinte años. Es decir, durante un período particular de la vida en el que la expresión «consecuencias a largo plazo» tiene menos sentido

que el griego clásico. Los hombres maduros no se avergüenzan de seducir a chicas que acaban de salir de la infancia, les parece normal hacerse una paja mirando culos apenas púberes. Es un problema de adultos, eso es asunto suyo, deberían asumir las consecuencias. Por ejemplo, siendo particularmente atentos y amables con las chicas aún jóvenes que aceptan satisfacer sus apetitos. Pues bien, en absoluto: les da rabia que ellas se hayan tomado la libertad de hacer exactamente lo que ellos deseaban ver. Toda la elegancia y la coherencia masculina resumidas en una actitud: «Dame lo que quiero, te lo suplico, para que yo pueda después escupirte en la cara.»

La chica que hace porno lo sabe nada más entrar en la profesión, todo el mundo se lo repite, para que no se haga ilusiones: no habrá reconversión. Decididamente, a las mujeres las queremos sobre todo cuando están en peligro. Marcadas, el colectivo se preocupa de que paguen el precio más alto por haberse apartado del camino recto y por haberlo hecho públicamente.

Yo lo he visto de cerca, al co-dirigir la película *Fóllame* con Coralie Trinh-Thi. Que su figura deje a los señores ensimismados, que la recuerden emocionados, por qué no. Pero el empeño con el que después se le niega el derecho de ser capaz de hacer otra cosa que no sea porno es molesto. Si ella era co-directora de la película sólo podía ser porque a mí se me había antojado. Poco importa cuál sea el argumento, la cuestión es que el caso esté cerrado en treinta segundos: ilegítima. No podía ser una criatura sulfurosa y mostrar después invención, inteligencia y creatividad. Los hombres no querían ver al objeto de sus fantasías salir del marco particular en el que lo habían encerrado; las mujeres se sentían amenazadas por su simple presencia, inquietas del efecto que su status provocaba en los

hombres. Los unos y las otras se ponían de acuerdo en un punto esencial: había que cerrarle la boca, interrumpirla, impedir que hablara. Incluso en las entrevistas en las que se publicaban sus palabras, éstas se me atribuían a mí. No me centro aquí en algunos casos aislados, sino en reacciones casi sistemáticas. Era necesario hacerla desaparecer del espacio público. Para proteger la libido de los hombres, a quienes les gusta que el objeto de su deseo se quede donde y como debe estar, es decir desencarnado, y sobre todo mudo.

Del mismo modo que resulta crucial para el político encerrar la representación visual del sexo en guetos delimitados, claramente separados del resto de la industria con el fin de recluir el porno en el lumpenproletariado del espectáculo, resulta crucial encerrar a las actrices porno a través de la condena, la vergüenza y la estigmatización. No es que ellas no sean capaces de hacer nada más que porno, ni que no quieran hacerlo, es que todo está organizado para asegurar que ello no sea posible.

Las chicas que se meten en el sexo pagado y que, siendo autónomas, obtienen un beneficio concreto de su posición de hembras, deben ser castigadas públicamente. Han transgredido; no han jugado el papel ni de la buena madre ni de la buena esposa; y todavía menos el de la mujer respetable —no hay una manera más clara de salirse de esta categoría que haciendo porno—, así que deben ser excluidas de la sociedad.

Es la lucha de clases. Los dirigentes interpelan a las que han querido liberarse, tomar el ascensor social al asalto y obligarlo a ponerse en marcha. El mensaje es político, va de una clase a la otra. La mujer no tiene otra perspectiva de ascenso social que el matrimonio, es necesario que no lo olvide. El equivalente del porno para los hombres es el boxeo. Tienen que de-

mostrar agresividad y arriesgarse a destruir sus propios cuerpos para divertir a los ricos. Pero los boxeadores, incluso los negros, son hombres. Tienen derecho a este margen mínimo de movilidad social. Las mujeres no.

Cuando Valéry Giscard d'Estaing prohíbe el porno en los cines, en los años 70, no lo hace respondiendo a una protesta popular —la gente no salió a la calle gritando «no podemos más»— o a un aumento de los problemas sexuales. Lo hace porque las películas porno tienen demasiado éxito: el pueblo llena las salas y descubre la noción de placer. El presidente protege al pueblo francés de sus ganas de ir al cine a ver buenas películas de sexo. A partir de ese momento, el porno será objeto de una censura económica asesina. Ya no habrá posibilidad de realizar películas ambiciosas, de filmar el sexo como se filma el cine bélico, romántico o de gangsters. Se dibujan así las fronteras del gueto, sin ninguna justificación política. La moral que se protege es la que vela porque los dirigentes sean los únicos que tengan la experiencia de una sexualidad lúdica. El pueblo tiene que estar quieto, sin duda demasiada lujuria podría interferir en su rendimiento en el trabajo.

No es la pornografía lo que molesta a las élites, sino su democratización. Cuando la revista *Le Nouvel Observateur* titula —en 2000, a propósito de la prohibición de *Fôllame*— «Pornografía, el derecho a decir que no», no se trata de prohibir a la gente cultivada el acceso a los escritos de Sade, ni de cerrar las columnas de los periódicos dedicadas a los anuncios para lectores generosos y salaces. Nadie se hubiera extrañado al encontrarse a esos virulentos antiporno en compañía de jóvenes putas o en los clubs de intercambio de parejas. Es el libre acceso a aquello que debe seguir siendo el dominio de unos privilegiados a lo que *Le Nouvel Observateur* reclama el derecho a

decir que no. La pornografía es el sexo puesto en escena, ritualizado. Porque, por un número de magia conceptual que nos sigue resultando opaco, lo que es bueno para unos, léase aquí libertinaje, supondría un peligro para las masas frente al cual hay que protegerlas.

En el discurso antipornográfico nos perdemos rápidamente pero, ¿quién es la víctima? ¿Las mujeres que pierden toda dignidad a partir del momento en el que se comen una polla? ¿O los hombres, demasiado débiles e incapaces de controlar su deseo de ver sexo y de comprender que se trata únicamente de una representación?

La idea según la cual la pornografía se articula únicamente en torno al falo resulta sorprendente. Lo que vemos son, en realidad, cuerpos de mujeres. Y a menudo cuerpos sublimados de mujeres. ¿Hay algo más inquietante que una actriz porno? Ya no estamos en el dominio de la «bunny girl», de la chica de la puerta de al lado, que no da miedo, que es de fácil acceso. La actriz porno es la liberada, la mujer fatal, la que atrae todas las miradas y provoca forzosamente una inquietud, ya sea ésta deseo o rechazo. ¿Pero por qué nos dan pena estas mujeres que poseen todos los atributos de la bomba sexual?

Tabatha Cash, Coralie Trinh Thi, Karen Lacaume, Rafaela Anderson, Nina Roberts: lo que me ha llamado la atención al estar junto a ellas no es que los hombres las trataran como a una mierda, ni que ellos dominaran la situación. Al contrario, nunca antes había visto a los hombres tan impresionados. Si es verdad, como afirman a gritos, que nada es tan bonito para una mujer como hacer soñar a los hombres, ¿por qué siguen compadeciendo a las actrices porno? ¿Por qué el cuerpo social insiste en hacer de ellas víctimas, cuando en realidad lo tienen todo para ser las mujeres más realizadas en términos de

seducción? ¿Qué tabú se ha transgredido aquí que merezca una movilización tan febril?

La respuesta, después de haber visto centenares de películas porno, me parece simple: en las películas, la actriz porno despliega una sexualidad masculina. Para ser más precisa, se comporta exactamente como un marica en un *backroom*. Tal y como se la representa en las películas, quiere sexo, con cualquiera, quiere que se la metan por todos los agujeros y quiere correrse cada vez. Como un hombre si éste tuviera un cuerpo de mujer.

Si observamos una película porno heterosexual, siempre es el cuerpo femenino el que resulta valorizado, el que es mostrado, es el cuerpo que cuenta para producir un efecto. No se pide lo mismo de un actor porno, se le pide que se empalme, que se agite, que saque su esperma. El espectador de una película porno se identifica sobre todo con la actriz, más que con el protagonista masculino. Del mismo modo que en cualquier otra película nos identificamos espontáneamente con el personaje valorizado. El porno es también la manera que tienen los hombres de imaginar lo que ellos harían si fueran mujeres, cómo se esforzarían en dar placer a otros hombres, siendo buenas putitas y comiéndose todas las pollas. Se evoca a menudo la frustración de lo real, comparada con la puesta en escena pornográfica, esa realidad en la que los hombres deben follar con mujeres que no se les parecen, o al menos no muy a menudo. En este sentido resulta interesante notar que las mujeres «reales» que acumulan los signos de la feminidad, las que repiten doce veces a lo largo de una conversación que ellas se sienten «tan mujeres», y que participan de una sexualidad compatible con la de los hombres, a menudo son las más viriles. La frustración de lo

real es el duelo que los hombres deben realizar si quieren entrar en la heterosexualidad, el duelo de la posibilidad de follar con hombres que tengan atributos externos de mujeres.

El porno, fácilmente denunciado por su capacidad de perturbar la relación que la gente tiene con el sexo, es en realidad un ansiolítico. Por eso lo atacamos con virulencia. Es importante que la sexualidad nos dé miedo. En la película porno sabemos que la gente va a «hacerlo», esta posibilidad no nos inquieta, mientras que sí lo hace en la vida real. Follar con alguien desconocido da siempre un poco de miedo, a menos que se esté muy borracho. Es incluso una de las cosas más interesantes del asunto. En el porno sabemos que los hombres se empalman, que las mujeres se corren. No podemos vivir en una sociedad espectacular invadida por representaciones de seducción, de flirteo, de sexo, y no ser capaces de entender que el porno es un espacio de seguridad. No estamos dentro de la acción, podemos ver cómo otros los hacen, cómo saben hacerlo, con la mayor tranquilidad. Aquí, las mujeres están contentas del servicio que se les ha ofrecido, los hombres la tienen dura y eyaculan, todo el mundo habla el mismo lenguaje, por una vez, todo sale bien.

¿Por qué el porno es el dominio exclusivo de los hombres? ¿Por qué, si el porno es una industria que tiene tan sólo treinta años, son ellos los principales beneficiarios económicos? La respuesta es la misma en todas las situaciones: el poder y el dinero resultan desvalorizantes para las mujeres que los poseen. No debe ejercerse u obtenerse si no es a través de la colaboración masculina: sé elegida como esposa y te aprovecharás de las ventajas de tu compañero.

Sólo los hombres imaginan el porno, lo ponen en escena, lo miran y sacan provecho; así el deseo femenino se ve sometido a la misma distorsión: debe pasar por la mirada masculina. Lentamente nos acostumbramos a la idea de un orgasmo femenino. Hasta hace poco tabú e impensable, el orgasmo femenino aparece en el lenguaje cotidiano a partir de los años setenta. Rápidamente, se vuelve doblemente contra las mujeres. Primero, haciéndonos comprender que hemos fallado si no logramos gozar. La frigidez se ha vuelto casi un signo de impotencia. La anorgasmia femenina no es sin embargo comparable a la impotencia masculina: una mujer frígida no es una mujer estéril. Ni una mujer amputada de su sensualidad. Pero, en lugar de ser una posibilidad, el orgasmo se ha vuelto un imperativo. Es necesario sentirse siempre incapaz de algo... Y segundo, porque los hombres se han apropiado rápidamente de este orgasmo femenino: la mujer debe gozar a través de ellos. La masturbación femenina continúa siendo objeto de desprecio, como si fuera algo anexo. El orgasmo al que debemos llegar es el que nos procura el macho. El hombre debe «saber cómo hacerlo.» Como en *La Bella durmiente del bosque*, se tumba sobre la princesa y le hace ver las estrellas.

Las mujeres escuchan el mensaje y, como siempre, se toman a pecho no ofender al sexo susceptible. En 2006, escuchamos a chicas aún muy jóvenes decir que *esperan* que un hombre les haga gozar. Así todo el mundo está molesto: los chicos que se preguntan cómo van a hacerlo, las chicas, frustradas porque ellos no conocen mejor que ellas mismas sus propias anatomías y sus dominios fantasmáticos.

En cuanto a la masturbación femenina, basta con hablar con la gente que te rodea: «eso no me interesa sola», «lo hago solamente cuando no tengo novio durante mucho tiempo», «yo no

lo hago, no me gusta.» No sé qué es lo que hacen todas ellas en su tiempo libre, pero en todo caso, si es cierto que no se masturban, entonces resulta comprensible que no tengan ningún interés en las películas porno cuyas vocaciones, por otra parte, no son diversas. Una película porno está hecha para masturbarse.

Sé que lo que hacen todas esas chicas solas con sus clítoris no es asunto mío, pero su indiferencia frente a la masturbación me perturba: ¿Cuándo se conectan las mujeres con sus propias fantasías, si no se tocan cuando están solas? ¿Saben lo que les excita realmente? ¿Y si no se sabe eso sobre una misma, qué se sabe exactamente de sí? ¿Cuál es el contacto que una establece consigo misma cuando su sexo está sistemáticamente bajo el poder del otro?

Queremos ser mujeres decentes. Si la fantasía aparece como un problema, impura y despreciable, la reprimimos. Niñitas modelo, angelitos del hogar y buenas madres, construidas para el bien del prójimo, pero no para conocer nuestro interior. Estamos formateadas para evitar entrar en contacto con nuestro propio lado salvaje. Antes que nada, tenemos que adaptarnos a las conveniencias, pensar primero en la satisfacción del otro. Nuestras sexualidades nos ponen en peligro, reconocerlas es quizás experimentarlas y toda experiencia sexual para una mujer conduce a su exclusión del grupo.

El deseo femenino estuvo silenciado hasta los años cincuenta. La primera vez que las mujeres se reúnen masivamente y se expresan: «Tenemos deseos, estamos atravesadas por pasiones brutales, inexplicables, nuestros clítoris son como pollas, buscan satisfacción». Esto sucede en los primeros conciertos de rock. Los Beatles se ven obligados a dejar de actuar: las mujeres se ruborizan con cada nota, sus gritos ahogan el sonido de la música.

Rápidamente aparece el desprecio. La histeria de la *groupie*. Nadie quiere oír lo que ellas han venido a decir, que están ardientes y llenas de deseo. Se oculta este fenómeno clave. Los hombres no quieren saber nada de él. El deseo es su dominio, en exclusiva. Resulta impresionante pensar que despreciamos a una chica que grita de deseo cuando John Lennon toca la guitarra, mientras que nos parece gallardo que un viejo le silbe a una adolescente en falda. Por un lado, existe un apetito sexual que es indicador de buena salud, sobre el que la colectividad se pone de acuerdo, que se ve favorecido, y por el que se muestra bondad y comprensión. Y por otro lado, un apetito forzosamente grotesco, monstruoso, que provoca la risa y que debe ser reprimido.

La explicación psicológica popular que se emplea para pensar la ninfomanía, según la cual las ninfómanas multiplican sus relaciones sexuales porque no pueden sentir satisfacción sexual, es un ejemplo patente de desprecio. Así se extiende la idea según la cual la multiplicación de conquistas es un índice de frustración femenina. Cuando, en realidad, es una teoría que se ajustaría mejor a los hombres, frustrados por la pobreza de su sensualidad y orgasmos. Son los hombres los que sobrevaloran y subliman el cuerpo femenino y quienes, incapaces de obtener el placer esperado, acumulan las conquistas con la esperanza de sentir, un día, algo que se parezca a un verdadero orgasmo. Una vez más, aquello que es fundamentalmente cierto en el caso de los hombres es desplazado para estigmatizar la sexualidad femenina.

Cuando Paris Hilton se pasa de la raya, se presenta a cuatro patas y aprovecha la difusión de la imagen para hacerse mundialmente famosa, entendemos algo importante: ella pertenece a su clase social, antes de pertenecer a su sexo. Así, en el plató de

televisión del programa francés «Nulle Part Ailleurs», frente al cómico de origen popular Jamel Debouze, sucede una escena interesante. El joven cómico busca inmediatamente el modo de reasignarla, de ponerla en su lugar de mujer caída: «Tú, yo te conozco, te he visto, te he visto por internet». Él habla en nombre de su sexo, cuenta con su superioridad intrínseca para ponerla en una posición delicada. Pero Paris Hilton no es una actriz porno local, antes de ser la chica a la que le hemos visto el coño, es la heredera de los hoteles Hilton. Para ella, resulta impensable que un hombre de clase social inferior la ponga en peligro, ni siquiera un segundo. Ni se inmuta, apenas le mira. Cero desestabilizada. No porque tenga un carácter especial. Simplemente nos indica a todos que ella puede permitirse el lujo de follar delante de todo el mundo. Pertenece a esta casta que tiene históricamente el derecho al escándalo, a no adecuarse a las reglas que se aplican al pueblo. Antes de ser una mujer, sometida a la mirada del hombre, es una dominante social, con capacidad para acallar el juicio de los menos privilegiados.

Así comprendemos que la única manera de hacer explotar el sacrificio ritualizado del porno será hacer entrar en él a las chicas de las buenas familias. Lo que explota cuando estallan las censuras impuestas por los dirigentes es un orden moral fundado sobre la explotación de todos. La familia, la virilidad guerrillera, el pudor, todos los valores tradicionales intentan asignar cada sexo a su rol. Los hombres como cadáveres gratuitos para el Estado, las mujeres como esclavas de los hombres. Al final, todos subyugados, nuestras sexualidades confiscadas, sometidas a la vigilancia policial, normalizadas. Siempre hay una clase social a la que le interesa que las cosas sigan siendo como son y que no dice la verdad sobre sus motivaciones profundas.

«Efectivamente, en nuestros días el hombre representa el positivo y el neutro, es decir, el macho y el ser humano, mientras que la mujer es sólo el negativo, la hembra. Cada vez que la mujer se conduce como un ser humano, se dice que se identifica con el varón. Sus actividades deportivas, políticas, intelectuales, el deseo que siente por otras mujeres, se interpreta como una "protesta viril"; no se quieren tener en cuenta los valores hacia los que ella se trasciende, lo que lleva evidentemente a considerar que ha elegido la opción inauténtica de una actitud subjetiva. El gran malentendido sobre el que descansa este sistema de interpretación es que se admite que es *natural* para el ser humano hembra convertirse en una mujer *femenina*: no basta con ser heterosexual, ni siquiera ser madre, para realizar esta idea. La "mujer, mujer" es un producto artificial que fabrica la civilización como antes se fabricaban castrados; sus supuestos "instintos" de coquetería, de docilidad, se insuflan como al hombre el orgullo fálico; él no siempre acepta su vocación viril; ella tiene buenas razones para aceptar menos dócilmente todavía la que se le ha asignado.»

Simone de Beauvoir, *El Segundo Sexo*, 1949.



## King Kong Girl

La versión de *King Kong* realizada por Peter Jackson en 2005 comienza a principios del siglo pasado. Al mismo tiempo que se construye la América industrial, moderna, y se dice adiós a las antiguas formas de diversión, al teatro burlesco, a la compañía solidaria, uno se prepara para formas de entretenimiento y de control modernas: el cine y el porno.

Un director de teatro megalómano y mentiroso, un hombre de cine, hace subir a una mujer rubia a un barco. Ella es la única mujer a bordo. La isla que les interesa se llama Skull Island. No existe en los mapas, porque nadie que haya ido ha vuelto jamás. Pueblos primitivos, criaturas fetales, niñas con cabelleras negras y enmarañadas, viejas amenazantes, desdentadas, gritan bajo una lluvia diluviana.

Raptan a la rubia para ofrecérsela a King Kong. La atan; una vieja le pone un collar antes de dejarla a merced del simio gigante. Los humanos que la precedieron, ataviados con ese mismo collar, fueron devorados, como si fueran tapitas. Este King Kong no tiene ni polla, ni cojones, ni tetas. Ninguna escena nos permite atribuirle un género. No es ni un macho ni

una hembra. Es simplemente peludo y negro. Herbívoro y contemplativo, se trata de una criatura con sentido del humor, y hace gala de una gran potencia. Entre Kong y la rubia, no hay ninguna escena de seducción erótica. La bella y la bestia se acostumbran el uno al otro y se protegen, son sensualmente tiernos el uno con el otro. Pero de un modo no sexual.

La isla está poblada de criaturas que no son ni masculinas ni femeninas: orugas monstruosas, con tentáculos viscosos y penetrantes, pero húmedos y rosados como pollas, que se abren para volverse vaginas dentadas que se comen las cabezas de los miembros de la tripulación... Otras hacen referencia a una iconografía más marcada en términos de género, pero dependen del dominio de la sexualidad polimorfa: arañas velludas y brontosaurios grises todos iguales, semejantes a una horda de torpes espermatozoides...

King Kong funciona aquí como una metáfora de una sexualidad anterior a la distinción entre los géneros tal y como se impuso políticamente hacia finales del siglo XIX. King Kong está más allá de la hembra y más allá del macho. Es la bisagra entre el hombre y el animal, entre el adulto y el animal, entre el bueno y el malo, lo primitivo y lo civilizado, el blanco y el negro. Híbrido, anterior a la obligación de lo binario. La isla de la película es la posibilidad de una forma de sexualidad polimorfa e hiperpotente. Eso es precisamente lo que el cine quiere capturar, exhibir, desnaturalizar y finalmente exterminar.

Cuando el hombre viene a buscarla, la mujer duda en seguirle. Él quiere salvarla, llevarla a la ciudad, a la heterosexualidad hipernormativa. La bella sabe que está segura junto a King Kong. Pero sabe también que será necesario abandonar su larga y segura palma de la mano para ir adonde están los hombres y poder arreglárselas a solas. Decide seguir al que la

ha venido a buscar; sacarla de la seguridad para llevarla a la ciudad, donde ella se verá amenazada por todas partes. Escena a cámara lenta, primer plano sobre los ojos de la rubia: ella comprende que ha sido utilizada. Que ha servido para capturar al animal. *A la* animal. Que ha traicionado a su aliada, a su protectora. Con la que tenía afinidades. Su elección de la heterosexualidad y de la vida en la ciudad, es la elección de sacrificar lo que en ella había de hirsuto, de potente, lo que ríe en ella golpeándose el pecho. Lo que reina en la isla. Pero algo debía ofrecerse como sacrificio.

A continuación encadenan a King Kong, y lo exhiben en Nueva York. Es necesario que la fiera aterrice a las masas, pero que las cadenas sean sólidas, que las masas puedan ser también de ese modo domesticadas, como en la pornografía. Queremos tocar de cerca lo bestial, temblar, pero no queremos daños colaterales. Habrá daños, porque la bestia escapa al dominio del que la muestra, como en el espectáculo. No es la recuperación del sexo o de la violencia lo que hoy causa problemas, sino lo contrario, la imposibilidad de recuperar las nociones de las que nos servimos en el espectáculo: la representación no puede domesticar ni a la violencia ni al sexo.

En la ciudad, King Kong arrasa con todo a su paso. Destruye rápidamente la civilización que veíamos en construcción al principio de la película. Esta fuerza que no hemos querido ni domesticar, ni respetar, ni tampoco dejarla donde estaba, es excesivamente grande para la ciudad que aplasta simplemente al caminar. Con una gran tranquilidad, la bestia busca a su rubia en una escena que no es erótica, sino que hace referencia a la infancia: te agarro de la mano y patinamos juntos, como en un vals. Y tú te ríes como un niño montado en un tiovivo encantado. Aquí no hay seducción erótica, sino una relación sen-

sual evidente, lúdica, en la que la fuerza no cristaliza en dominación. King Kong o el caos anterior a los géneros.

Después los hombres en uniforme, la política, el Estado, intervienen para matar a la bestia. Subirse a lo más alto de los edificios, batirse con los aviones que son como mosquitos. Es su número lo que permite matar a la bestia. Y dejar a la rubia sola, lista para casarse con el héroe.

El director de cine, con los ojos desorbitados frente al cuerpo del animal fotografiado como un trofeo: «Los aviones no tienen la culpa. Es la bella la que ha matado a la bestia.»

Palabra de director: mentira. La bella no ha elegido matar a la bestia. La bella se niega a participar en el espectáculo. Fue a buscarla en cuanto supo que se había escapado, se ha divertido sobre su mano mientras se deslizaban sobre el agua helada del parque, la ha seguido hasta la cumbre donde la han matado. Y después, la bella ha ido detrás de su chulo. La bella no ha podido impedir que los hombres trajeran a la bestia, ni que la mataran. Se deja proteger por el más deseante, el más fuerte, el más adaptado. Se ha distanciado de su potencia fundamental. Ése es nuestro mundo moderno.

Cuando llego a París en el 93 apenas llevo accesorios de la feminidad, sólo aquellos que tienen una utilidad profesional. A partir del momento en que decido dejar de follar por dinero, me visto con un anorak, vaqueros, zapatos planos y casi sin maquillaje. El punk-rock es un ejercicio a través del cual se dinamitan los códigos establecidos, especialmente los de género. Aunque sólo sea porque nos alejamos, físicamente, de los criterios de la belleza tradicional. Cuando me internan en un psiquiátrico, a los quince años, el psiquiatra me pregunta por qué me empeño en afearme hasta ese punto. Me alucina que ten-

ga el morro de preguntarme eso, cuando yo, con mi cresta roja, mis labios pintados de negro, mis medias blancas de rejilla y mis botas militares me encuentro superchic. Insiste: ¿acaso tengo miedo de ser fea? Me dice que tengo los ojos bonitos. Yo ni siquiera entiendo de qué diablos me habla. ¿Acaso él se siente sexy con su traje de chaqueta de mierda y con cuatro pelos de sobra en el cráneo? Ser punkarra implica forzosamente reinventar la feminidad porque se trata de estar en la calle, mendigar, vomitar cerveza, esnifar cola hasta caerse al suelo, que te atrape la policía, bailar el pogo, beber por un tubo, aprender a tocar la guitarra, llevar la cabeza rapada, llegar todos los días a casa pedo, saltar como una loca en los conciertos, cantar en el coche a gritos himnos supermasculinos con las ventanillas bajadas, saber qué pasa en el fútbol, ir a las manifestaciones con pasamontañas y lista para darse de hostias... Y todo el mundo te deja en paz. Habría incluso bastantes tíos que piensan que es estupendo, capaces de ser buenos colegas y de no intentar darte lecciones. He aquí el concepto punk, no hacer lo que te dicen que hagas. Con la policía pasa lo mismo que con el psiquiatra: en la comisaría, un inspector sentimental me dice que soy más guapa de lo que creo, que por qué llevo la vida que llevo. Ésa me la van a jugar a menudo. Aunque yo no me quejo de nada, ni a nadie. Sé guapa: ¿de qué me serviría eso si no me siento superdotada en el tema y mis estrategias para compensar funcionan mejor de lo que hubiera podido esperar? Yo era amable con los chicos y, en general, ellos también lo eran conmigo. En Lyon, me corto el pelo supercorto, la gente me llama «señor» en las panaderías o en los kioscos, y a mí me da totalmente igual. Los comentarios son escasos —«deja de fumar como un tío»—, la mayor parte de las veces, en la cultura underground, privilegiada y al margen,

no me dan la vara. Se debe notar que yo estoy bien como estoy. El punk-rock es mi casa. Pero eso no dura mucho.

En el 93 publico *Fóllame*. La primera crítica aparece en *Polar*. Una revista de tíos. Tres páginas. Para reasignarme. Lo que molesta al tío no es, según sus criterios, que el libro no sea bueno. En realidad, ni siquiera habla del libro. Lo que le interesa es que soy una chica que escribe sobre chicas como ésas, como yo. Y sin hacerme preguntas —puesto que es un hombre y según él debe tener derecho, evidentemente, a decirme lo que puedo permitirme según su definición de decoro— me lo viene a explicar, ese desconocido, y a decírmelo públicamente: yo no debo hacer eso. Pasa totalmente del libro. Lo que cuenta es mi sexo. Pasa de quién soy, de dónde vengo, de lo que me conviene, de quién va a leerme, de la cultura punk-rock. Papy interviene, con las tijeras, para corregírmela, para cortarme mi polla mental, porque de las chicas como yo hay que ocuparse. Y de paso cita a Renoir: «las películas deberían estar hechas por chicas bonitas que muestran cosas bonitas.» Eso al menos me dará una idea para un título.\* En ese momento, me parece tan grotesco que me hace reír. Pero después cambio de tono, me doy cuenta de que me dan palos por todos lados y que eso es lo único que les interesa: que yo sea una chica, una chica, una chica. Tengo un coño pegado en la cara. No me había confrontado todavía con el mundo de los adultos y menos aún con el de los adultos normales, así que al principio me sorprende de cuántos

\* La autora se refiere aquí a su libro *Les jolies choses*, las cosas bonitas, traducido en castellano como *Lo bueno de verdad*, Barcelona, 1997. (N. de la t.)

saben distinguir entre lo que debe hacer y no debe hacer una chica en la ciudad.

Cuando te vuelves una chica pública, te dan palos por todos lados, de una manera muy particular. Pero no hay que quejarse porque está mal visto. Hay que tener buen humor, tomárselo con distancia y tener un buen par de cojones para aguantarlo. Todas esas discusiones para saber si yo tenía o no derecho a decir lo que decía. Una mujer. Mi sexo. Mi cuerpo. En todos los artículos, más bien de forma amable, por cierto. No, no se describe a un autor como se describe a una mujer. Nadie cree necesario decir que Houellebecq es guapo. De ser una mujer, y si a un número igual de hombres les hubieran gustado sus libros, habrían escrito sobre él que era guapa. O fea. Pero habríamos sabido lo que piensan sobre el tema. Y habrían intentado, en nueve de cada diez artículos, cantarle las cuarenta y explicarle, en detalle, por qué este hombre era tan desgraciado sexualmente. Le habrían dicho que era culpa suya, que no hacía las cosas correctamente, que no podía quejarse de nada. Y de paso, se hubieran reído de él: ¿Pero has visto la cara que tienes? Habrían sido extraordinariamente violentos con él si, como mujer, hubiera dicho sobre el sexo y el amor con los hombres lo que él dice sobre el sexo y el amor con las mujeres. Con el mismo talento, no hubiera habido el mismo trato. No querer a las mujeres, cuando se es hombre, es una actitud. No querer a los hombres, cuando se es mujer, es una patología. ¿Una mujer no muy seductora que se quejara de que los hombres no fueran capaces de darle un orgasmo? Nos tocaría oír hablar de su cuerpo, y de su familia, de sus complejos, de sus problemas. No es casual que todas las marujas o casi todas, a partir de una cierta edad, intenten no hacerse notar demasiado. Que no nos cuenten que es una cuestión de carácter o de

naturaleza, que a nosotras no nos gusta provocar y que lo nuestro es la casa y los niños. No hay más que darse cuenta de la que nos cae encima en cuanto hacemos algo. Ni siquiera al más loco de los tíos del hip-hop le tratan tan mal como a una mujer. Y sin embargo, ya sabemos lo que los blancos piensan de los negros. No hay nada peor que ser una mujer juzgada por los hombres. Valen todos los golpes, empezando por los más bajos. No somos ni siquiera extranjeras: nos ponen subtítulos todo el tiempo, como si no supiéramos lo que tenemos que decir. No lo sabemos tan bien como los machos dominantes, habituados como están desde hace siglos a escribir libros sobre la cuestión de nuestra feminidad y sobre sus implicaciones.

Es en esta época cuando descubro, con consternación, que cualquier huevón dotado de una pija se cree con derecho a hablar en nombre de todos los hombres, de la virilidad, de los pueblos guerreros, de los señores, de los dominantes y, en consecuencia, se cree con derecho a darme lecciones de feminidad. Da igual si el tío mide uno cincuenta, es más ancho que largo, y nunca, ni en nada, haya demostrado su masculinidad. Es un tío. Y yo... yo soy del otro sexo. No soy la única a la que le espanta que la pongan sistemáticamente en su lugar de hembra. Sólo me comparan con otras mujeres. Marie Darrieussecq, Amélie Nothomb, Lorente Nobécourt, poco importa, con tal de que tengamos la misma edad. Y sobre todo, que seamos del mismo sexo. Como mujer, me toca tomarme una ración doble de condescendencia, vejaciones suplementarias y llamadas al orden. Mis amistades. Mis salidas. Mis gastos. Dónde vivo. Bajo vigilancia. De todo tipo. Una chica.

Después viene la película. La prohibición. La verdadera censura, evidentemente, no pasa por los textos legales. Es más bien

un consejo que te dan. Y se aseguran de que te enteres bien. Hay que impedir que tres actrices porno y una exputa hagan una película sobre la violación. Incluso si se trata de un pequeño presupuesto, de una película de género, incluso si es una parodia. Es importante. Cualquiera diría que estamos amenazando la seguridad del Estado. No se puede hacer una película sobre una violación colectiva en la que las víctimas no lloriqueen en el hombro de los tíos que las vengarán. Eso no. Consenso unánime de la prensa: su famoso derecho a decir que no. Nos representan a mí y a las otras tres chicas de la película como si no quisiéramos otra cosa que ganar dinero. Evidentemente. No es necesario ver la película para saber lo que hay que pensar. Si las chicas hablan de sexo, es para robarles el dinero a los hombres honestos. Putas. Porque si no, seguro, habríamos hecho una película con praderas y perritos saltarines, una película con mujeres preocupadas por seducir a los hombres. O no hubiéramos ni siquiera hecho la película, no nos hubiéramos movido de nuestro sitio. Putas, forzosamente. El cuerpo de Karen, en primera página. Normal. Putas. Cualquiera tiene derecho a vender periódicos gracias a su vientre porque ella lo había querido enseñar. Putas. Y la ministra de cultura, una mujer, esa izquierda que se dice sutil, declara que una artista debería sentirse responsable de lo que muestra. No son los hombres los que deberían sentirse responsables cuando se ponen de acuerdo entre tres para violar a una chica. No son los hombres los que deberían sentirse responsables cuando se van de putas pero no votan las leyes necesarias para que ellas puedan trabajar tranquilamente. No es la sociedad la que debería sentirse responsable cuando vemos en todas las películas a las mujeres haciendo los papeles de las víctimas más atroces. Somos nosotras las que debemos sentirnos responsables. De lo

que nos sucede, de negarnos a palmarla, de querer vivir para contarlo. De abrir la boca. Ya conocemos esta cantinela, la que dice que tienes que sentirte culpable de lo que te sucede. En la revista *Elle*, una imbécil cualquiera, al reseñar otro libro sobre la violación, sin ninguna relación con el mío, subraya la dignidad de su argumento, sintiéndose obligada a oponerlo a los «aullidos» que yo profiero. Como víctima, no soy lo suficientemente silenciosa. Merece la pena señalarlo en una revista femenina, es un consejo a las lectoras: la violación, de acuerdo, es algo triste, pero limiten los aullidos, señoras. No son lo suficientemente dignos. Que te den por el culo. En la revista *Paris Match*, el mismo método, para decirle a la hija de Montand, cuando habla de las caricias de su padre, que es mejor que se calle; otra imbécil subraya el estilo de Marilyn Monroe, que ha sabido ser una buena víctima. Léase: dulce, sexy, con la boquita cerrada. Ella sabía tenerla cerrada, mientras pasaba de mano en mano a cuatro patas en las orgías más cutres. Consejo de mujeres, entre ellas. La llave maestra. Guarden sus heridas, señoras, porque podrían molestar al torturador. Hay que ser una víctima digna. Es decir, que se sepa callar. La palabra les ha sido siempre confiscada. Peligrosa, ya lo hemos entendido. ¿A quién podría quitarle el sueño?

¿Cuál es la ventaja que sacamos de nuestra situación que hace que merezca la pena que colaboremos tan activamente? ¿Por qué las madres animan a los niños a hacer ruido mientras enseñan a las niñas a callarse? ¿Por qué seguimos valorizando al hijo que se hace notar mientras que nos da vergüenza que una chica se salga del tiesto? ¿Por qué enseñamos a las niñas la docilidad, la coquetería y el disimulo, mientras que decimos a los niños que deben ser exigentes, que el mundo es suyo, que deben tomar decisiones y elegir? ¿Qué hay de bueno en el

modo en el que las cosas suceden que haga que nos compense a las mujeres suavizar los golpes que damos?

Son aquellas de entre nosotras que ocupan las mejores posiciones las que han firmado una alianza con los más poderosos. Son las más capaces de callarse cuando se las engaña, de aguantar cuando se mofan de ellas, de adular el ego de los hombres. Las más capaces de adaptarse a la dominación masculina son evidentemente aquellas que ocupan los mejores puestos, ya que siguen siendo ellos los que aceptan o no a las mujeres en posiciones de poder. Las más coquetas, las más bellas, las que se muestran más amables con los hombres. Las mujeres que se expresan son aquellas que saben acomodarse a ellos. Preferiblemente, aquellas para quienes el feminismo es una causa secundaria, un lujo. Las que no se rompen la cabeza con la cuestión. Y más bien las mujeres más presentables, puesto que nuestra cualidad primordial sigue siendo ser agradables. Las mujeres de poder son las aliadas de los hombres, aquellas de entre nosotras que saben mejor doblar la rodilla y sonreír bajo la dominación. Las que hacen como si eso no doliera. A las otras, a las furiosas, las feas, las bocazas, se las asfixia, se las aleja, se las extermina. Persona non grata para la flor y nata.

A mi me gusta Josée Dayan. Ronroneo de placer cada vez que la veo en la tele. Porque excepto ella, todas las demás, las novelistas, las periodistas, las deportistas, las cantantes, las presidentas de empresas, las productoras, todas las señoras sienten la obligación de ponerse un escote, un par de pendientes, de pasar por la peluquería, de dar fe de su feminidad y garantía de docilidad.

Ya conocemos el síndrome del rehén que se identifica con su carcelero. Así es como acabamos vigilándonos las unas a las otras, juzgándonos a través de los ojos del que nos encierra con doble cerrojo.

En la treintena, cuando dejé de beber, fui a diferentes psicoanalistas, sanadores, magos, ninguno de ellos tenía demasiado que ver con el otro. Excepto porque todos esos hombres, varias veces, me dijeron: «Sería necesario que se reconciliara con su feminidad.» Yo siempre respondía lo mismo, espontáneamente: «Sí, no tengo hijos, pero...» y siempre me interrumpían para decirme que no era cuestión de maternidad. Se trataba de mi feminidad. ¿Pero qué quieren decir con eso? Nunca me han dado una respuesta clara. Mi feminidad... no estoy en contra, si además me lo dicen varias veces, con mucha convicción y con una bondad evidente. Así que intenté comprender, sinceramente, qué es lo que me faltaba. Me parecía que lo había dicho todo, que no intentaba ser más esto que aquello, que me dejaba llevar sin reservas. La feminidad, de qué se trataba... Las circunstancias en las que yo visitaba a esos terapeutas eran privilegiadas, yo era más bien dulce y tranquila. No soy una bestia a tiempo completo. Soy más bien tímida, reservada, desde que dejé de beber no se puede decir que haga mucho ruido, en general. Es verdad que a veces se me cruzan los cables y estallo. Y de una forma no particularmente femenina, lo confirmo, pero por casualidad, de una manera bastante eficaz. Pero ellos no me hablaban ni de agitación ni de agresividad, sino de «feminidad». Sin entrar en detalles. Me comí la cabeza. ¿Se trataba de ser menos imponente, de dar más seguridad, de ser accesible, quizás? Bueno, eso, incluso intentándolo, va a ser difícil. Al final, ser la chica que ha hecho *Fóllame* es una broma. A veces, es fácil, me siento como Bruce Lee. Cuando él contaba en las entrevistas cómo los tíos venían a darle una palmadita en la espalda para provocar un duelo. Querían probar a todo el vecindario que eran tan fuertes que se habían peleado con Bruce Lee. En mi caso, son los

casposos de polla pequeña del barrio los que se sienten obligados a desafiarme, para mostrar a sus amigos que han tenido el valor de ponerme en mi sitio. No voy a entrar en detalles, ni a describir qué es lo que ocurre cuando estos tíos en cuestión entienden que todas las chicas que a ellos les gustaría tirarse prefieren acostarse conmigo. Eso les pone superagresivos. ¿Qué puedo hacer si son tan sexys como un viejo R-5 oxidado? Seguramente se imaginan que si yo no existiera ellos la tendrían más grande. No merece la pena darle vueltas. De todos modos, ya se trate de mí o de cualquier otra, desde este punto de vista, es lo mismo: nunca es suficiente. Hagas lo que hagas, siempre resulta demasiado para un necio local que se siente obligado a intervenir e intentar devolverte al redil.

Cuanto más escasa es la virilidad de un tipo, más atento está a lo que hacen las mujeres. Y al contrario, cuanta más seguridad tiene un hombre mejor soporta la diversidad de actitudes de las mujeres y su masculinidad. Por eso nunca se nos llama al orden de una manera tan severa y estricta como en el territorio de las clases pudientes: allí donde la masculinidad no está garantizada para los hombres, se pide a las féminas que jueguen el juego de la hipersumisa.

Cuando, en la tele, consternados, pasan una y otra vez imágenes de «Happy slapping», un chico que le da una hostia a una chica que mide dos cabezas menos que él y pesa quince kilos menos, y se hace filmar por un amigo para después hacerse el chulito delante de otros tíos, nos las muestran para decirnos: «Estos musulmanes hijos de padres polígamos, no respetan a las mujeres, es insoportable». Pero eso es exactamente lo que vosotros hacéis en un tercio de la literatura blanca masculina. Contáis cómo os aprovecháis de vuestro estatuto de dominantes para abusar de chavalitas que elegís entre las más



débiles, contáis cómo las engañáis, las jodéis, las humilláis, para que os admiren vuestros colegas. Un triunfo a buen precio. Sería mucho más gracioso si el chaval del móvil le fuera a romper la cara a un tío que fuera el doble de alto que él; sería mucho más gracioso si os diera por incordiar a los tíos más feroces del grupo, o a las mujeres más ariscas. Pero eso no es lo que os motiva. El triunfo barato, la fuerza de los débiles. Mirad lo que les hacen a las chicas en un tercio de la producción cinematográfica blanca contemporánea. Triunfo de cobardes. Y es que hace falta reconfortar a los hombres. De eso se trata.

Después de unos años de buena, leal y sincera investigación he acabado llegando a esta conclusión. La feminidad: puta hipocresía. El arte de ser servil. Podemos llamarlo seducción y hacer de ello un asunto de glamour. Pero en pocos casos se trata de un deporte de alto nivel. En general, se trata simplemente de acostumbrarse a comportarse como alguien inferior. Enrrar en una habitación, mirar a ver si hay hombres, querer gustarles. No hablar demasiado alto. No expresarse en un tono demasiado categórico. No sentarse con las piernas abiertas. No expresarse en un tono autoritario. No hablar de dinero. No querer tomar el poder. No querer ocupar un puesto de autoridad. No buscar el prestigio. No reírse demasiado fuerte. No ser demasiado graciosa. Gustar a los hombres es un arte complicado, que exige que borremos todo aquello que tiene que ver con el dominio de la potencia. Entre tanto, los hombres, en todo caso los de mi edad, no tienen cuerpo. Ni edad, ni corpulencia. Cualquier huevón con la cara roja por el alcohol, calvo, con barriga y un look de mierda podrá permitirse hacer comentarios sobre la apariencia física de las chicas, comentarios desagradables si es que no las encuentra suficientemente arregladas u observaciones asquerosas si es que le da rabia no poderse las tirar.

Esas son las ventajas de su sexo. Los hombres quieren hacer pasar la excitación más patética como si fuera algo simpático y pulsional. Pero no hay muchos Bukowskis, la mayoría de las veces, se trata simplemente de un paleta cualquiera. Sería como si yo, por tener una vagina, me creyera tan cañón como Greta Garbo. Estar acomplejada, he aquí algo femenino. Eclipsada. Escuchar bien lo que te dicen. No brillar por tu inteligencia. Tener la cultura justa como para poder entender lo que un guaperas tiene que contarte. Charlar es femenino. Todo lo que no deja huella. Todo lo doméstico se vuelve a hacer cada día, no lleva nombre. Ni los grandes discursos, ni los grandes libros, ni las grandes cosas. Las cosas pequeñas. Las monadas. Femeninas. Pero beber: viril. Tener amigos: viril. Hacer el payaso: viril. Ganar mucha pasta: viril. Tener un coche enorme: viril. Andar como te dé la gana: viril. Querer follar con mucha gente: viril. Responder con brutalidad a algo que te amenaza: viril. No perder el tiempo en arreglarse por las mañanas: viril. Llevar ropa práctica: viril. Todo las cosas divertidas son viriles, todo lo que hace que ganes terreno es viril. Eso no ha cambiado tanto en cuarenta años. El único avance significativo es que ahora nosotras podemos mantenerles. Porque el trabajo alimenticio es demasiado exigente para los hombres, que son artistas, pensadores, personajes complejos y terriblemente fáciles. El salario mínimo es más bien una cosa de mujeres. Evidentemente, en contrapartida, habrá que entender que ser unos mantenidos les puede transformar en tipos violentos o desagradables. Porque no es fácil, cuando se pertenece a la raza de los grandes cazadores, no ser el que trae la comida a casa. Los hombres, qué guay, nos pasamos la vida comprendiéndolos. Porque la extraordinaria desesperación también tiene sexo, el nuestro, nuestra práctica es el gemido quejica.

No digo que ser una mujer sea en sí mismo una obligación horrible. Las hay que lo hacen muy bien. Lo que resulta degradante es el hecho de que sea una obligación. Evidentemente, las grandes seductoras son, cuando se trata de divinidades locales, las reinas del mambo. Hacer patinaje artístico es también muy bonito. Y, sin embargo, no nos exigen a todas que seamos patinadoras. Montar a caballo también tiene su punto. Y, sin embargo, no te dan una silla y un caballo nada más nacer.

En una cadena de televisión informativa, pasan un documental sobre las chicas de los barrios de la periferia de las grandes ciudades. Para ser más exactos: sobre la pérdida inquietante de su feminidad. Vemos a tres niñas con buena cara jurando como un camionero. Una de ellas intenta atrapar a alguien que sube por el hueco de la escalera con la esperanza de propinarle una paliza. Barrio desangelado, juventud a la deriva y sin objetivos, chavales que saben que, probablemente, no tendrán más oportunidades que sus padres, es decir, nada de nada. Imágenes, siempre un poco molestas para alguien de mi edad, de una Francia que se ha vuelto un país del cuarto mundo. Una pobreza extrema que roza el lujo más indecente. Y en medio de todo eso, lo que inquieta a los reporteros, lo dicen sin reírse, es que las chicas ya no llevan falda. Y que hablan mal. Eso les sorprende, son sinceros. Se imaginan, tranquilamente, que las niñas nacen en una suerte de rosas virtuales y que se convertirán después en criaturas dulces y pacíficas. Incluso cuando se ven arrojadas a un mundo hostil donde más vale saber cómo dar un buen cabezazo si quieres sobrevivir mínimamente. Las chicas deberían ocuparse de que las cosas fueran bonitas, regando las plantas y cantando dulcemente. Eso es lo único que parece preocupar a los que han venido a filmarlas. Esas mujeres no se parecen a las mujeres de los barrios de cla-

se alta, ni a las niñas de las revistas, ni a las chicas de las universidades de prestigio. El periodista que ha escrito este comentario tiene la impresión de que ser una mujer como las mujeres que le rodean es algo natural. Que esta feminidad no tiene raza, ni clase, que no está construida políticamente, cree que si dejamos a las mujeres ser lo que son, naturalmente, de la manera más poéticamente admirable, se convertirán en mujeres como las que trabajan y cenan a su lado: en burguesas blancas como debe ser.

No es solamente mi naturaleza profunda, y lo que ella tenía de diferente, de brutal, de agresivo, de potente, lo que empecé a domesticar. También aprendí a renegar de mi clase social.

No fue una decisión consciente. Más bien fue una estrategia de supervivencia social. Limitar los movimientos, físicamente, preferir los gestos suaves. Ralentizar la dicción. Privilegiar aquello que no da miedo. Volverme rubia. Arreglarme los dientes. Emparejarme con un hombre mayor que yo, más rico y más famoso. Querer tener un hijo. Hacer lo que hacen los demás. Después del escándalo de la película. Fundirme un poco en su decorado. Dar tiempo al tiempo. Dejar de beber. Tanto por preservar mi look como por evitar la desinhibición del alcohol. Y los comportamientos viriles que vienen con él: acostarse con cualquiera, intimar con el prójimo, hacer ruido, reírse demasiado. Volví a mi categoría, tal y como la entendía mi nuevo ambiente. Vestirse de rosa y llevar pulseras brillantes. Hice cuanto pude para pasar desapercibida... Pero no fue neutro. Fue un debilitamiento consentido.

Por suerte, existe Courtney Love, en concreto, y el punk-rock en general. Una tendencia a amar el conflicto. Intento recuperar la salud mental bajo mi sombra de rubia. El monstruo que habita en mí no se rinde. Mi novio me planta, no tengo hijos.

El día de mi 35 cumpleaños es la muerte. Sin saber siquiera si todavía tenía algo que demostrarle al mundo, que soy una mujer como cualquier otra, con todas las veces que me han repetido «usted odia a los hombres», yo me había empeñado en demostrar lo contrario. Qué idea tan absurda. Intentar probar que soy una mujer amable. Que incluso tiene hijos. Como lo prescribe la prensa. Pero cada uno lleva la vida que debe llevar, y todo eso no funciona en mi caso. No soy dulce no soy amable no soy una pija. Tengo subidones de hormonas que me causan estallidos de agresividad. Si no viniera del punk-rock, me avergonzaría de lo que soy. Incapaz de adaptarme hasta ese punto. Pero vengo del punk-rock y estoy orgullosa de no lograrlo.

«El primer deber de una mujer escritora es matar al ángel del hogar.»

Virginia Woolf

## Buena suerte chicas

En internet, me encuentro por casualidad con una carta firmada por Antonin Artaud. Una carta de ruptura, de alejamiento en todo caso, dirigida a una mujer que él declara haber amado. Comprendo que, en detalle, su historia debe ser complicada. Pero al final, la cosa queda así: «Necesito una mujer que sea únicamente mía y que pueda encontrar en mi casa en todo momento. Estoy desesperadamente solo. Por la noche, no puedo volver a una habitación solo, sin que ningún servicio de la vida me sea accesible. Necesito un interior, y lo necesito urgentemente, y una mujer que se ocupe sin cesar de mí hasta en los detalles más ínfimos. Una artista como tú tiene su propia vida y no puede hacer eso. Todo lo que digo es de un egoísmo feroz, pero así es. Ni siquiera es necesario que esa mujer sea muy guapa, tampoco quiero que tenga una inteligencia excesiva, ni que reflexione demasiado. Basta con que esté atada a mí.»

Desde que soy niña, después de Goldorak y Candy, que pasaban en la tele a la salida del colegio, me apasiona invertir las cosas, simplemente para ver lo que pasa.

«Necesito un hombre que sea únicamente mío y que pueda encontrar en mi casa en todo momento.» Esto suena inmediatamente muy distinto. El hombre no está ahí para quedarse en casa, ni para ser poseído. Incluso si yo necesitara o quisiera un hombre que fuera únicamente para mí, todo me aconsejaría moderar mis ardores y, al contrario, consagrarme completamente a él. No es la misma historia. No hay nadie a mi alrededor que haya sido asignado, políticamente, a sacrificar su vida para hacer la mía más confortable. Esta relación de utilidad no es recíproca. Del mismo modo, yo no podría escribir de un modo sinceramente egoísta: «Necesito un interior, y lo necesito urgentemente, y un hombre que se ocupe sin cesar de mí hasta en los detalles más ínfimos.» Si encontrara a un hombre así, sería porque tengo medios para asalariarlo. «Ni siquiera es necesario que ese hombre sea muy guapo, tampoco quiero que tenga una inteligencia excesiva, ni que reflexione demasiado. Basta con que esté atado a mí.»

Mi poder no reposará nunca sobre la sumisión de la otra mitad de la humanidad. Un ser humano de cada dos no ha venido al mundo para obedecerme, ocuparse de mi interior, cuidar mis hijos, gustarme, distraerme, confortar el poder de mi inteligencia, procurarme reposo después de la batalla, dedicarse a alimentarme bien... y es mejor así.

En la literatura femenina, los ejemplos de confrontación o de hostilidad contra los hombres son rarísimos. Censurados. Yo pertenezco a ese sexo que ni siquiera tiene derecho a tomárselo mal. Colette, Duras, Beauvoir, Yourcenar, Sagan, toda una historia de escritoras que juegan a mantener un perfil bajo, a dar la razón a los hombres, a disculparse por escribir repitiendo cuánto les aman, les respetan, les adoran y que, sobre todo, no quieren —pese a lo que escriben— echarlo todo

por la borda. Todas sabemos que, en caso contrario, la manada se ocupará cuidadosamente de darnos nuestro merecido.

Año 1948, muere Antonin Artaud. Genet, Bataille, Breton; los hombres explotan los límites de lo decible. Violette Leduc comienza a redactar lo que se convertirá después en *Teresa e Isabel*. Un texto magistral. Beauvoir al leerlo escribe inmediatamente: «Es imposible publicarlo. Es una historia de sexualidad lesbiana tan cruda como las de Genet».

Violette Leduc edulcora el texto, que Queneau, autor de *Zazie en el metro* y editor, rechaza rápidamente: «imposible publicarlo abiertamente». Habrá que esperar a 1966 para que Gallimard lo edite.

Yo pertenezco a ese sexo, el que debe callarse, al que todos acallan. Y que debe tomárselo con cortesía, una vez más, jugar a mantener un perfil bajo. A riesgo de que te borren del mapa. Los hombres saben mejor que nosotras lo que podemos decir sobre nosotras mismas. Las mujeres, si quieren sobrevivir, tienen que aprender a entender las órdenes. Que no me vengan a contar que las cosas han evolucionado tanto y que ya no es lo que era. A mí no. Lo que yo he soportado por ser mujer escritora es el doble de lo que un hombre soporta.

Simone de Beauvoir empieza las *Cartas al Castor* con esta primera carta que le escribe Sartre: «¿Querría usted ser tan amable y llevar mi ropa sucia (en el cajón inferior del armario) a la lavandería esta mañana? Dejo la llave puesta en la puerta. La amo tiernamente, mi amor. Ayer tenía usted una carita tan mona al decir: “Ah, usted me ha mirado, me ha mirado” y, cuando lo pienso, se me rompe el corazón de ternura. Adios, cariñito.» Démosle la vuelta a todo, démosle la vuelta a la ropa sucia y a la carita tan mona. Así entenderemos

mejor de qué sexo somos, el sexo de la ropa sucia de los otros, el de las caritas monas.

Como escritora, la política se organiza para ralentizarme, para discapacitarme, no tanto como individuo sino más bien como mujer. Y esto no es algo que yo me tome con gracia, filosofía o pragmatismo. Puesto que se me impone, lo asumo. Lo hago con rabia. Sin humor. Incluso cuando agacho la cabeza y escucho todo aquello que no quiero oír y me callo porque no tengo otra alternativa. No tengo intención de disculparme de lo que se me impone, ni de aspirar a encontrarlo formidable.

Angela Davis habla de la esclava negra americana: «Ella había aprendido a través del trabajo que su potencial de mujer era equivalente al del hombre.»

El sexo débil, eso siempre ha sido una broma. Podemos despreciar todo lo que queramos a las mujeres negras que vemos mover el culo con una eficacia perturbadora en los clips de *50 Cents*, podemos compadecerlas pensando que se las utiliza y degrada como mujeres: son hijas de esclavas que han trabajado como los hombres, a las que se ha azotado como a los hombres. Angela Davis: «Pero a las mujeres no sólo se les azotaba y mutilaba, también se les violaba». Preñadas a la fuerza y obligadas a criar sus hijos solas. Pero sobrevivieron. Lo que las mujeres han recorrido no es sólo la historia de los hombres, como los hombres, sino su propia opresión específica. Una historia de una violencia inaudita. De ahí que surja una proposición simple: iros todos a tomar por el culo, con vuestra forma condescendiente de mirarnos, con vuestras simulaciones de fuerza garantizadas por el colectivo, vuestra protección puntual o vuestra manipulación de víctimas para las que la emancipación femenina sería algo difícil de soportar. Lo que

sigue siendo difícil es ser mujer y aguantar todas vuestras estupideces. Las ventajas que vosotros sacáis de nuestra opresión en realidad son trampas. Cuando defendéis vuestros derechos masculinos, sois como los empleados de un gran hotel que se creen los propietarios de la finca... siervos arrogantes, eso es lo que sois.

Cuando el mundo capitalista se viene abajo y no puede abastecer las necesidades de los hombres, cuando no hay trabajo, ni dignidad en el trabajo, en medio de exigencias económicas crueles y absurdas, de vejaciones administrativas, de humillaciones burocráticas, de la seguridad de que nos engañan cada vez que compramos algo, se nos toma de nuevo por las únicas responsables. Lo que les hace sentirse infelices es nuestra liberación. No es culpa del sistema político, sino de la emancipación de las mujeres.

¿Querer ser un hombre? Yo soy mejor que eso. No me interesa el pene. No me interesa ni la barba ni la testosterona, yo tengo todo el coraje y la agresividad que necesito. Pero claro que quiero todo lo que un hombre puede querer, como un hombre en un mundo de hombres, quiero desafiar a la ley. Frontalmente. Sin atajos y sin excusas. Quiero obtener más de lo que me prometieron al principio. No quiero que me cierren la boca. No quiero que me digan lo que tengo que hacer. No quiero que me abran la piel para hincharme los pechos. No quiero tener un cuerpo longilíneo de adolescente cuando me acerco a los cuarenta. No quiero huir del conflicto para esconder mi fuerza y evitar perder mi feminidad.

Liberan a una rehén. Ella declara en la radio: «Por fin he podido depilarme, perfumarme, recuperar mi feminidad.» Al menos ése es el fragmento que han decidido seleccionar. Ella

no quiere caminar por la ciudad, ver a sus amigos o leer el periódico. ¿Lo que quiere es depilarse? Es su derecho inalienable. Pero que no me pidan que me parezca normal.

Monique Wittig: «Hemos caído de nuevo en la trampa, en el familiar callejón sin salida de qué-maravilloso-es-ser-mujer.»

Una afirmación que repiten sin problemas los hombres. Y que sus colaboradoras citan, siempre prestas a defender los intereses del amo. Es lo que a los hombres maduros les gusta decirnos. Se callan el final lógico de su «qué maravilloso es ser mujer»: joven, delgada y con posibilidad de gustarle a los hombres. Si no, no hay nada de maravilloso en ello. Es simplemente el doble de alienante.

A los hombres les gusta hablar de las mujeres. Así no tienen que hablar sobre sí mismos. ¿Cómo se explica que en los últimos treinta años ningún hombre haya producido un texto innovador sobre la masculinidad? Ellos que son tan locuaces y tan competentes cuando se trata de disertar sobre las mujeres, ¿cómo se explica ese silencio con respecto a sí mismos? Porque sabemos que cuanto más hablan, menos dicen. Sobre lo esencial, lo que tienen realmente en la cabeza. ¿Quizás quieren que seamos ahora nosotras las que hablemos de ellos? ¿Querrán, por ejemplo, que digamos qué es lo que pensamos nosotras, desde fuera, de sus violaciones colectivas? Diremos que ellos quieren verse follando entre ellos, mirarse las pollas los unos a los otros, empalmarse juntos, diremos que tienen ganas de metérsela entre ellos por el culo. Diremos que de lo que tienen ganas, realmente, es de follar entre ellos. A los hombres les gustan los hombres. Nos explican todo el rato cuánto les gustan las mujeres, pero todas sabemos que no son más que palabras. Se quieren entre hombres. Se follan unos a otros a través de las mujeres, muchos de ellos piensan en sus amigos mien-

tras la meten en un coño. Se miran a sí mismos en el cine, se dan los mejores papeles, se sienten potentes, fanfarronean, alucinan de ser tan fuertes, tan guapos y de tener tanto valor. Escriben unos para otros, se felicitan mutuamente, se apoyan. Tienen razón. Pero de tanto escucharles quejarse de que las mujeres no follan bastante, de que no les gusta tanto el sexo como haría falta, de que no entienden nada, acabamos preguntándonos: ¿A qué esperan para darse por el culo los unos a los otros? Venga. Si eso os puede devolver la sonrisa, entonces es que está bien. Pero entre las cosas que les han inculcado bien está el miedo de ser marica, la obligación de que les gusten las mujeres. Así que se sujetan. Refunfuñan, pero obedecen. Y de paso, furiosos por tener que someterse, le dan un par de hostias a una o dos chicas.

Hubo una revolución feminista. Se articularon discursos, a pesar del decoro y frente a la hostilidad. Y eso sigue en marcha. Pero, de momento, nada con respecto a la masculinidad. Un silencio aterrizado de chavales frágiles. Ya basta. El sexo que se dice fuerte es precisamente el que hay que proteger sin cesar, el que hay que confortar, curar, cuidar. Al que hay que proteger contra la verdad. Las mujeres son tan cabronas como ellos y los hombres tan putos y tan madres como ellas, todos estamos en medio de la misma confusión. Hay hombres que están hechos para ocuparse del jardín, de la decoración interior y para llevar a los niños al parque; y mujeres con un cuerpo capaz de agujerear la cabeza de un mamut, de hacer ruido y de tender emboscadas. A cada cual su terreno. El eterno femenino es una tremenda broma. Cualquiera diría que la vida de los hombres depende de seguir ocultando esta mentira... mujer fatal, conejita, enfermera, lolita, puta, madre bondado-



sa o castradora. Eso son sólo películas. Puesta en escena de signos y precisión de los disfraces. ¿De qué queremos tranquilizarnos con todo esto? No sabemos exactamente qué riesgo correrían si todos estos arquetipos contruidos se vinieran abajo: las putas son individuos como cualquier otro; las madres no son intrínsecamente ni buenas ni valientes ni cariñosas, ni tampoco los padres, eso depende en cada caso, de la situación, del momento.

Liberarse del machismo, esta trampa para bobos sólo sirve para calmar a los idiotas. Admitir que no queremos respetar las reglas del reparto de cualidades. Ni el sistema de mascaradas obligatorias. ¿Cuál es la autonomía de la que los hombres tienen tanto miedo que prefieren seguir callándose y no inventar nada nuevo, ningún discurso nuevo, crítico, creativo acerca de su propia condición?

¿Para cuándo la emancipación masculina?

A ellos, a vosotros, os toca ahora independizaros. «Sí, pero cuando somos amables, las mujeres prefieren los brutos», se quejan los antiguos privilegiados. Falso. A algunas mujeres les gusta la potencia, no les da miedo que otros sean potentes. Pero la potencia no es la brutalidad. Ambas nociones son bien distintas.

LEMMY CANTONA BREILLAT PAM GRIER HANK BUKOWSKI CAMILLE PAGLIA DENIRO TONY MONTANA JOEY STARR ANGELA DAVIS ETA JAMES TINA TURNER MOHAMED ALI CHISTIANE ROCHEFORT HENRI ROLLINS AMELIE MORESMO MADONNA COURTNEY LYDIA LUNCH LOUISE MICHEL MARGUERITE DURAS CLINT JEAN GENET... Cuestión de actitud, de valentía, de insumisión. Existe una clase de fuerza, que no es ni masculina ni femenina, que impresiona, que enloquece, que da seguridad. Una capacidad de decir que no, de imponer una visión propia de las cosas, de

no ocultarse. Me da lo mismo que el héroe lleve falda y tenga dos tetas como melones o que la tenga como un toro y fume puros.

Claro que es penoso ser mujer. Miedos, obligaciones, imperativos de silencio, llamadas a un orden que es el mismo desde hace tiempo, festival de limitaciones imbéciles y estériles. Siempre como extranjeras, haciendo los peores trabajos, suministrando la materia prima y asumiendo un perfil bajo... Pero, frente a lo que significa ser un hombre, eso parece una broma... Porque, al final, no somos nosotras las que tenemos más miedo, ni las que estamos más desarmadas, ni a las que les ponen más trabas. El sexo del aguante, de la valentía, de la resistencia, siempre ha sido el nuestro. De todos modos, tampoco hemos tenido elección.

El verdadero coraje. Confrontarse con lo nuevo. Posible. Mejor. ¿Fracaso en el trabajo? ¿Fracaso en la familia? Buenas noticias. Puesto que cuestiona, inmediatamente, la virilidad. Otra buena noticia. De estas tonterías, ya hemos tenido bastante.

El feminismo es una revolución no un reordenamiento de consignas de marketing, ni una ola de promoción de la felación o del intercambio de parejas, ni tampoco una cuestión de aumentar el segundo sueldo. El feminismo es una aventura colectiva, para las mujeres pero también para los hombres y para todos los demás. Una revolución que ya ha comenzado. Una visión del mundo, una opción. No se trata de oponer las pequeñas ventajas de las mujeres a los pequeños derechos adquiridos de los hombres, sino de dinamitarlo todo.

Y dicho esto, buena suerte chicas y mejor viaje...

## Bibliografía

- ALMODOVAR, Norma J., *Cop to Call Girl: Why I Left the LAPD to Make an Honest Living as a Beverly Hills Prostitute*. Nueva York, Simon & Schuster, 1993.
- ARTAUD, Antonin, *La pèse nerfs*, (1925), París, Gallimard, 1988. [*El pesa-nervios*, Buenos Aires, 1959.]
- BEAUVOIR, Simone de, *Le Deuxième Sexe*, París, Gallimard, 1949. [*El segundo sexo*, Madrid, 1999.]
- BUTLER, Judith, *Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity*, Nueva York, Routledge, 1990. [*El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, México, 2001.]
- CALIFIA, Pat, *Public Sex: The Culture of Radical Sex*, San Francisco, Cleis Press, 1994.
- CARTHONNET, Claire, *J'ai des choses à vous dire : Une prostituée témoigne*, París, Robert Laffont, 2003.
- CORNELL, Drucilla (ed.), *Feminism and Pornography*, Oxford, Oxford University Press, 2000.
- DAVIS, Angela Y., *Women, Race and Class*, New York, Vintage Books, 1981. [*Mujeres, raza y clase*, Madrid, 2004.]

GAUNTLET, *Special Issue Sex Work in the United States*, n. 7, 1997.

HALIMI, Gisèle, *La Cause des femmes*, Paris, Grasset, 1974.

HARLOT, Scarlot, *Unrepentant Whore: The Collected Works of Scarlot Harlot*, San Francisco, Last Gasp, 2004.

HPG, *Autobiographie d'un hardeur*, Paris, Hachette Littérature, 2002.

LAURETIS, Teresa de, *Technologies of Gender: Essays on Theory, Film and Fiction*, Bloomington and Indianapolis, Indiana University Press, 1984.

—. *The Practice of Love. Lesbian Sexuality and Perverse Desire*, Bloomington and Indianapolis, Indiana University Press, 1994.

LEBLANC, Lauraine, *Pretty in Punk. Girls' Gender Resistance in Boys' Culture*, New Brunswick, Rutgers University Press, 2001.

LEBRUN, Annie, *Lâchez tout*, Paris, Le Sagittaire, 1977.

LE DOEUFF, Michèle, *L'étude et le rouet*, Paris, Seuil, 1989. [*El estudio y la rueca*, Madrid, 1993.]

LEDUC, Violette, *Thérèse et Isabelle*, Paris, Gallimard, 1955.

LOFTUS, David, *Watching Sex: How Men Really Respond to Pornography*, Nueva York, Thunder's Mouth Press, 2002.

LUNCH, Lydia, *Paradoxia, A Predator's Diary*, London, Creation Press, 1997.

ORBACH, Susie, *Fat Is A Feminist Issue*, Nueva York, Berkley Publishing Group, 1978.

PAGLIA, Camille, *Vamps and Tramps*, Nueva York, Vintage, 1992. [*Vamps and Tramps. Más allá del feminismo*, Madrid, 2001.]

PERROT, Michelle, *Les Femmes ou les Silences de l'Histoire*, Paris, Flammarion, 2001.

PHETERSON, Gail (ed.), *A Vindication of the Rights of Whores*. Seattle, Seal Press, 1989.

—. *The Prostitution Prism*, Amsterdam, Amsterdam University Press, 1996. [*El prisma de la prostitución*, Madrid, 2000.]

PRECIADO, Beatriz, *Manifiesto Contra-Sexual*, Paris, Balland, 2000. [*Manifiesto Contra-Sexual*, Madrid, 2002.]

—. «Gigantas, Casas, Ciudades: Notas para una topografía del género y la raza/Giantesses, Houses, Cities: Notes for a Political Topography of Gender and Race», *Artecontexto, Gender and Territory*, Autumn, 2005.

QUEEN, Carol, *Real, Live, Nude Girl: Chronicles of Sex-Positive Culture*, San Francisco, Cleis Press, 1997.

RAHA, Maria, *Cinderella's Big Score, Women of the Punk and Indie Underground*, Emeryville, Seal Press, 2005.

RICH, Ruby, *Chick Flicks: Theories and Memories of the Feminist Film Movement*, Durham, Duke University Press, 1998.

RIVIERE, Joan, «Womanliness as Masquerade», *The International Journal of Psychoanalysis*, vol. X, 1929, pp. 303-313. [*La femineidad como máscara*, Barcelona, 1979]

ROBERTS, Nina, *J'assume*, Paris, Scali, 2005.

RUBIN, Gayle, «Sexual Traffic», Interview with Judith Butler, *Feminism meets Queer Theory*, Indianapolis, Indiana University Press, 1997.

SÁEZ, Javier, *Teoría queer y psicoanálisis*, Madrid, Síntesis, 2004.

SOLANAS, Valerie, *Scum Manifesto*, London, Phoenix Press, 1991. [*Scum*, Madrid, 2002.]

SPRINKLE, Annie, *Hardcore from the Heart: The Pleasures, Profits and Politics of Sex in Performance*, London, Continuum, 2001.

- TEA, Michelle, *Rent Girl*, San Francisco, Alternative Comics, Last Gasp, 2004.
- VON FRANTZ, Marie-Louise, *La Femme dans les Contes de Fées*, Paris, La Fontaine de Pierre, 1979.
- WILLIAMS, Linda, *Hard Core. Power, Pleasure and the Frenzy of the Visible*, Berkeley, University of California Press, 1989.
- WITTIG, Monique, *The Straight Mind*, Boston, Beacon Press, 1992. [*El pensamiento heterosexual*, Madrid, 2005.]
- WOLLSTONECRAFT, Mary, *A Vindication of the Rights of Woman* (1792), Nueva York, Norton Critical Editions, 1988. [*Vindicación de los derechos de la mujeres*, Madrid, 1998.]
- WOOLF, Virginia, *A Room of One's Own* (1929), Orlando, Harvest Books, 1989. [*Una habitación propia*, Barcelona, 2001]